This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NKT
Fenelon

AVENTURAS

DE

TELÉMACO.

AVENTURAS
DE
TELÉMACO,
HIJO DE ULISES,
POR FRANCISCO SALIGNAC
DE LA MOTHE-FÉNÉLON,
ARZOBISPO DE CAMBRAY.

TRADUCIDO DEL ORIGINAL FRANCES.

EN PARIS,

En casa de LOUIS, Librero, calle de Savoie.

XII. — M. DCCCIV.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
405948
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
1908

TELÉMACO.

LIBRO I.

SUMARIO.

Telémaco, hijo de Ulises, acompañado de Minerva, disfrazada en el trage de Mentor, llega, arrojado de una tempestad, á la Isla de Calipso y es recibido con acogimiento muy cortesano. Ruégale Calipsoque le haga relacion de sus sucesos; él la obedece, y empieza la narracion de su partida de Itaca. Huye Telémaco de encontrar con las armadas de los Troyanos, y aporta á Sicilia. Es presentado á Acestes, que lo quiere sacrificar sobre el sepulcro de Anchises. Mentor predice á Acestes, que dentro de tres dias será atacado de ciertos bárbaros, y le aconseja que se prevenga. Salva la vida ésta prediccion á Mentor y á Telémaco. Vuélvense á embarcar ambos en un baxel Fenicio, que es apresado por algunos Egipcios, los quales le conducen á Egipto.

No podia Calipso consolarse sobre la partida de Ulises: haciala el ser inmortal que se tuviera por infelice en su pena. Ya no resonaba su gruta con el canto apacible de su voz; y las Ninfas que la servian, no se atrevian á hablarla. Paseábase sola de ordinario en los floridos prados, de los quales toda su Isla estaba adornada, ceñida de una primavera perpetua; pero aquellas bellas florestas, léjos de mitigar sus desconsuelos, le traian á la memoria el funesto acuerdo de Ulises, á quien en ellas mismas habia tantas veces tenido cerca de sí. Muchas veces quedaba inmoble sobre la ribera del mar, que tambien con sus lágrimas bañaba, y estaba siempre vuelta ácia aquella parte, por la qual el baxel de Ulises, hendiendo la agua, se le habia ausentado de los ojos. Notó improvisamente las despedazadas reliquias de una nave que habia naufragado, hechos trozos los bancos de los remeros, esparcidos acá, y allá algunos remos sobre la arena,

un timon, un árbol, y algunos cables sobre la playa: luego á lo léjos descubrió dos humbres, de los quales uno parecia anciano, y el otro, bien que jóven, se semejaba á Ulises. El tenia su suavidad, su viveza, junto con su estatura y con su majestuoso ademan. Presto entendió la diosa que este era Telémaco, hijo de aquel héroe; pero aunque sobrepujen con gran ventaja los Dioses en él conocimiento á los hombres, no pudo penetrar quien era aquel anciano venerable; porque ocultan los dioses superiores todo lo que les place á los inferiores; y Minerva, que acompañaba á Telémaco baxo de la figura de Mentor, no queria que la conociera Calipso. Esta entre tanto se alegraba consigo de un naufragio, que conducia á su Isla al hijo de Ulises, tan semejante á su padre. Adelantóse ácia él, y no monstrando que le conocia: ¿De dónde viene, le dixo, esta vuestra temeridad de llegar á mi Isla? Jóven forastero, sabed, que nadie se introduce en mi Imperio sin que experimente el rigor de su justo castigo. Baxo de la amenaza de estas palabras se esforzaba á encubrir la alegría del corazon, que á su pesar se le descubria en el rostro.

O vos, qualquiera que seais, le respondió Telémaco, muger mortal, ó por ventura diosa (aunque diosa os creerá qualquiera que llegue á veros), ¿no os compadeceréis de la desventura de un hijo, que caminando en busca de su padre, á discrecion del mar y de los vientos, ha visto destrozarze su nave en vuestros escollos? ¿Y quién es, replicó la diosa, ese vuestro padre, á quien buscais? Se llama Ulises, respondió Telémaco, y es uno de los Reyes, que despues de un asedio de diez años, han abatido la famosa Troya. Su nombre ha sido célebre en toda la Grecia, y el Asia por su valor heroico en las batallas, y mas aun por la sabiduría de sus consejos. Al presente, vagando por el espacio vasto de los mares, ha corrido por los mas horribles escollos: parece que su patria va fugitiva de él: Penélope su esposa, y yo que soy su hijo, hemos perdido ya toda la esperanza de volverle á ver. Yo navego, corriendo acá y allá, entre riesgos iguales á los suyos, por saber dónde se halla. ¿Mas qué digo? Tal vez ahora le sepultó ya el mar

en sus insondables abismos. Compadeceos, ¡ó diosa! de nuestras desventuras; y si teneis noticia de lo que obró el destino para salvar á Ulises, ó perderlo dignaos de que lo entienda Telémaco su hijo.

Atonita Calipso, y enternecida, advirtiendo tanta sabiduría y eloqüencia en una juventud tan vivaz, no podia saciarse de mirarlo, y estábase en silencio. Finalmente le dixo así: Telémaco, yo os avisaré de lo que ha sucedido á vuestro padre; pero es larga la historia que debo referiros. Tiempo es que reposeis de todas vuestras fatigas: venid á mi habitacion, donde os acogeré como á hijo mio: venid, vos seréis mi consuelo en esta soledad, y tendréis de mi mano vuestra felicidad, con tal que acerteis á gozarla.

Telémaco seguia á la diosa, rodeada de una tropa de Ninfas de poca edad, sobre las quales ella se levantaba con toda la cabeza, como una grande encina en una selva levanta sus ramas frondosas sobre los demas árboles que la rodean. Dábale admiracion el esplendor brillante de su hermosura: la rica púrpura de su ropage largo y ondoso; su cabello anudado átrás con negligencia, pero no sin gracia: el fuego, que en los ojos le centelleaba, y la dulzura con que se templaba su vivacidad. Seguia Mentor á Telémaco con los ojos baxos, y con un modesto silencio. Llegáron á la puerta de la gruta de Calipso, en donde se asombró Telémaco al ver con una apariencia de rústica sencillez quanto en extremo puede deleitar los ojos. No se veia allí ni oro, ni plata, ni mármol, ni columnas, ni quadros, ni colosos. Estaba la gruta entallada en la roca, formándose una bóveda embutida de piedrezuelas y de pequeñas cónchas, y adornándola una vid nueva, que igualmente extendia por todos lados sus flexibiles pámpanos. Los apacibles céfiros, á despecho de los ardientes rayos del sol, mantenian en aquel sitio una deliciosa frescura. Las fuentes, que corrian con suave murmullo sobre los prados cubiertos de amarantos y violetas, formaban en ciertos lugares unos baños tan puros y tan claros como el cristal. Mil flores, que salian de sus tiernos cogollos, esmaltaban aquella verdura, de que la gruta estaba rodeada. Hallábase allí un bosque de aquellos

árboles; que producen pomos de oro) cuya flor, renovándose en todos tiempos, esparce la fragancia mas suave que pueda percibirse. Parecíame que él coronaba las praderías mas agraciadas, y formaba una noche, cuya jurisdiccion no osaban penetrar los ardores del sol. Jamás allí se oia sino el donoso canto de los paxarillos, ó el ruido de un arroyo, que despeñándose de la cima de un risco, y dando grandes saltos, y haciendo mucha espuma, corria fugitivo al traves del prado.

La gruta de la diosa estaba en el pendiente de un collado. De aquel sitio se descubria el mar, á veces claro y llano como un espejo, á veces locamente encruelecido contra las rocas, en quienes se estrellaba bramando, y encrespando sus ondas como montañas; y de un otro lado se descubria un rio, en el qual se formaban algunas Islas, rodeadas de tejos floridos, y de álamos gigantes, que levantaban sus soberbias cimas á idea de meterlas en las nubes para robar el dia. Parecia que los diversos brazos, que formaban aquellas Islas, jugueteaban en la campaña. Algunos impelian con rapidez sus aguas; otros eran apacibles y sosegados, y otros con largos giros se volvian atras en busca de su fuente; y parecia que no se podia alejar del hechizo de sus riveras. Notábanse á lo léjos colinas y montañas, que se escondian entre las nubes, y que con su caprichosa figura formaban para gusto de los ojos un muy desigual orizonte. Estaban revestidos los vecinos montes de pámpanos lozanos, que se descolgaban todos entretexidos con sus racimos: la uva mas luciente que la púrpura, no podia ocultarse baxo de la espesura de la frondosa vid, á quien oprimia su fruto: cubrian la campaña las higueras, olivos, y ganados, con la selva infinita de otros frutales, los quales componian un dilatadísimo jardin.

Habiendo mostrado Calipso todas estas naturales bellezas á Telémaco, le dixo de ésta suerte: Tiempo es que troqueis de vestido, porque está muy mojado el que traeis: reposad, que ya nos volverémos á ver, y os contaré sucesos, que no podréis oirlos sin que se os enternezca el corazon. Hizo luego que entrara con Mentor en la mas retirada y oculta estancia de una

otra gruta, vecina á aquella, en que tenia ella su habitacion. Habian cuidado las Ninfas de encender allí un grande fuego de oloroso cedro, cuya suave fragrancia por todas partes se difundia, y habian dexado vestidos para ambos forasteros y nuevos huéspedes. Viendo Telémaco, que estaba destinado para él un jubon de finísima lana, que afrentaba con su blancura la de la misma nieve, y un vestido de púrpura bordada, se dexó llevar de aquel gusto, que es tan natural en un jóven, reparando en aquella magnificencia.

Mentor entónces con voz grave y severa: ¿Son estos por ventura, le dixo, los pensamientos que deben emplear el corazon del hijo de Ulises? Pensad ántes en mantener la alta reputacion de vuestro padre, y vencer la fortuna que os persigue. Es indigno de la virtud y gloria aquel jóven que gusta de vestir vanamente, de la suerte que una muger. No se debe la gloria sino es á un corazon, que sabe tolerar las fatigas y despreciar los gustos.

Primero, respondió suspirando Telémaco, me quiten la vida los dioses, que permitan que de mi pecho se apodere el deleite, y la afeminacion. No, no, nunca el hijo de Ulises se rendirá, al alhago de una vida blanda y afeminada. ¿Mas qué favor del Cielo, despues de nuestro naufragio, nos ha hecho hallar á esta diosa, ó esta muger que nos colma de tantos bienes?

Temed, replicóle Mentor, que no os colme de males, temed de las dulzuras engañosas, mas que de sus escollos, en que se destrozó vuestra nave. Mas terribles son que el naufragio, y la muerte los placeres que asaltan á la virtud. Guardaos bien de no prestar fé á lo que ella os contare. Es la juventud presumida, y de sí propia se lo promete todo: por mas que sea frágil, piensa que para todo tiene poder, y que no ha de temer cosa ninguna; fíase de ligero y sin cautela. Guardaos de dar oidos á las dulces y hechiceras palabras de Calipso, que se introducirán con deleite en vuestro corazon; temed aquel veneno escondido: desconfiad de vos mismo, y estad atento siempre á mis consejos.

Despues de esto volviéron á Calipso, que los aguardaba: trenzados sus cabellos las Ninfas, y vestidas todas de blanco, les sirviéron unos manjares sin adobos; pero exquisitos, asi por la sazon, como por el aliño. No se veia allí otra vianda sino los paxarillos que habian ellas preso con sus redes, ó las fieras, que en la caza ellas propias habian traspasado con sus flechas. Pasaban de cántaros de plata á vasos de oro, coronados de flores, un vino mas suave que el nectar. Y al mismo tiempo en varios azafates se sacáron todas las frutas que la primavera promete, y el Otoño derrama sobre la tierra. Quatro jóvenes Ninfas se pusieron entonces á cantar; y primeramente cantáron la batalla de los Dioses con los Gigantes: despues los amores de Júpiter y de Semele: el nacimiento de Baco, y el modo con que el viejo Sileno le educó: el curso de Hipomene y Atalanta, que quedó vencida por las manzanas de oro cogidas en el huerto de las Espérides. Cantáron finalmente tambien la sangrienta guerra de Troya, y levantáron sobre las nubes los combates de Ulises y su sabiduría. La primerá de aquellas Ninfas que se llamaba Leucotoe, fué la que templó la harmonía de su lira con aquellas suaves voces. Quandó escuchó Telémaco el nombre de su padre, las lágrimas que corriéron sobre sus mexillas, diéron un nuevo lustre á su belleza. Mas luego que Calipso advirtió que no podia comer, y que le arrebataba el dolor, hizo señal á las Ninfas, é inmediatamente cantáron la lucha de los Centauros y Lapitas: la baxada de Orfeo á los abismos para sacar de allí á su querida Euridice. Concluida la comida, tomó la diosa á Telémaco, y hablóle de esta suerte.

Bien veis, ó hijo del grande Ulises, con qué cortesía os acojo: yo soy inmortal, y ninguno puede entrar en esta Isla sin tener el castigo de su temeridad: por la qual, si yo no os amase, vuestro naufragio mismo no os salvára de mi rigor. Vuestro padre ha tenido la misma buena suerte que vos; mas ¡ay, que no la supo aprovechar! Largo tiempo le guardé en esta Isla, y por él ha quedado el no vivir conmigo exènto de la muerte; pero el deseo ciego de volver á su patria, hizo que no admitiese todas estas ventajas.

Vos veis quanto ha perdido por restituirse á Itaca, que sin embargo no verá ya jamas. Quísome abandonar, y se ausentó; pero me vengó una tempestad. Su baxel, despues de haber sido juguete de los vientos, se sepultó en las hondas. Aprovechaos de exemplo tan funesto: despues de su naufragio, no os queda la esperanza de volver á verlo, ni de sucederle en su Reyno, y dominar en Itaca en algun tiempo. Consolaos de haberle perdido, pues hallais una diosa, pronta á haceros felice, y un Reyno, què ella misma os ofrece. Juntó con estas voces otros largos discursos, para contar quán dichoso habia Ulises sido en su compañía. Refiriòle les cosas que le pasáron en la cueva de Polifemo, y en casa de Antifate, Rey de los Lestrigonios: no omitió los sucesos de la Isla de Circe, hija del sol, y los riesgos, que entre Scila y Caribdis habia padecido en el mar. Representóle la violenta borrasca que habia levantado contra él Neptuno, quando se ausentó de ella, queriendo que entendiera que habia fenecido en el naufragio; y no dixo su arribo á la Isla de Feaco. Telémaco, que se habia al principio entregado sobrado presto á su alegría propia, por ser tan bien tratado de Calipso, conoció finalmente su artificio y los sabios consejos de Mentor. Permitid mi dolor, ¡ó diosa! respondió en pocas voces: por ahora no puédo sino afligirme; quizás en adelante me hallaré mas robusto, para lograr la dicha que me ofreceis. Dexadme por ahora al llanto de mi padre: sabeis mejor que yo quanto él es digno de estas lágrimas.

No se atrevió Calipso á estrecharlo mas la primera vez, ántes disimuló, que se compadecia de Ulises, y que entraba á la parte de su dolor; mas por mejor penetrar los medios que serian mas al caso, para señorearse de su corazon, le preguntó en qué forma habia hecho naufragio, y por quales acasos se habia conducido á sus playas. Seria demasiado prolixa la narracion de todas mis desgracias, dixo él. No, no, replicóle Calipso: yo estoy con impaciencia por saberlas; daos prisa de contármelas. Importunólo mucho: y él, no pudiendo excusarse, habló de esta manera.

Partíme de Itaca para ir á preguntar á otros Reyes,

vueltos del asedio de Troya, alguna nueva de Ulises. Quedáron admirados de mi partida los amantes de mi madre Penélope, porque habia procurado ocultársela, conociendo bien su perfidia. Nestor, á quien ví en Pilo y Menelao, que me recibió con cariño en Lacedemonia, no supiéron darme noticia de si mi padre todavia era vivo. Cansado de vivir siempre indeciso, y en una total incertidumbre determiné navegar á Sicilia, donde habia oido decir, que los vientos habian arrojado á mi padre. Pero el sabio Mentor que veis aquí presente, se opuso á este designio tan temerario. Representóme por una parte los Ciclopes, gigantes monstruosos, que se comen los hombres; y por otra la Armada de Eneas y los Troyanos, que costeaban aquellas playas. Los Troyanos, decia, estan irritados contra todos los Griegos; mas la sangre, que con mas gusto derramarian ellos, es la del hijo de Ulises. Volved á Itaca, proseguia en decirme: tal vez luego que hallá llegareis, llegará tambien vuestro padre, á quien aman tanto los dioses. Pero si el cielo ha determinado que él feneciese, y que no vuelva á ver jamás su amada patria, preciso es por lo ménos que volvais á vengarlo y á dar á vuestra madre libertad; á mostrar á todos los pueblos vuestra sabiduría, y á hacer que vea en vos toda la Grecia un Rey tan digno de la corona como el mismo Ulises. Eran saludables sus voces; pero no harto prudente yo para escucharlas. No daba oidos sino á mi pasion sola; y el sabio Mentor me amó tanto, que me siguió en un viage tan temerario, á que yo me aprestaba á despecho de sus consejos.

En tanto que él hablaba, Calipso miraba á Mentor. Ella estaba pasmada, y pareciale reconocer en él algo divino; pero no podia sacar de entre la turbulencia de su confusion sus varios pensamientos. Por eso estaba llena de temor y desconfianza en présencia de aquel desconocido; mas temió dar á ver su turbacion. Continuad, dixo á Telémaco, en dar satisfaccion á mi curiosidad; y Telémaco entónces volvió otra vez á hablar.

Tuvimos mucho tiempo los ayres favorables para Sicilia; mas quitónos despues de nuestra vista al cielo

una tempestad tenebrosa, y nos vimos cercados de una profunda noche. A la funesta luz de los rayos vimos en el mismo peligro algunas otras naves, y notamos bien presto que eran los baxeles de Eneas. No habiamos nosotros de temer estos ménos que los escollos. Entónces entendí, pero sobrado tarde, lo que el ímpetu fuerte de una juventud imprudente me habia embarazodo considerar primero. Mentor en este riesgo, no solo se mostró firme é intrépido, sino mas sosegado y risueño que nunca. El proprio era quien me alentaba, y conocia yo que me inspiraba extraordinario esfuerzo; y miéntras el piloto se turbaba, él sosegadamente daba todos los órdenes. Amado Mentor mio, le decia yo, ¿por qué he rehusado seguir vuestros consejos? no he sido loco yo en haber querido darme á mí mismo fe en una edad, en que ni hay prevencion de lo futuro, ni experiencia de lo pasado, ni moderacion para usar con acierto de lo presente? ¡Ay! si escapamos de esta tempestad, desconfiaré de mi propio, como de mi enemigo mas peligroso; A ninguno! ó Mentor! daré fe en adelante, sino es á vos. Yo no estoy ya, me respondió Mentor sonriéndose, para reprehenderos el error que habeis hecho, y hasta que vos mismo lo reconozcais, y que esto sirva para ser otra vez mas circunspecto en vuestros deseos. Pero habiendo pasado el riesgo, volverá por ventura la presuncion. Menester es temerlo y prevenirlo; mas quando llega el tiempo á verse en él, no le queda que hacer sino despreciarlo. Sed, pues, hijo digno de Ulises: mostrad un corazon mayor que todos los males que os amenazan. Llenabánme de asombro la dulzura, y denuedo de Mentor; pero aun quedé mucho mas admirado, quando advertí con qué sagacidad nos sacó del peligro.

Los Troyanos en aquel punto en que empezaba el Cielo á esclarecerse, mirándonos de cerca, sin duda nos hubieran conocido. Notó, pues, él uno de sus baxeles que parecia al nuestro, y con la tempestad se habia separado léjos de los demas; cuya popa estaba coronada con algunas flores. Dióse prisa Mentor en coronarnos de semejantes flores, y él mismo las ató con algunas cintas de aquel mismo color, que eran las

que llevaban los Troyanos. Dió órden á todos nuestros remeros, para que se abaxasen quanto pudieran lo largo de los bancos, por no ser conocidos de los contrarios, y de esta suerte pasamos por en medio de su armada. Al vernos ellos, levantaron el grito de contentos, como si hubieran visto á sus compañeros perdidos, y aun fuímos constreñidos de la fuerza del mar á andar con ellos mismos mucho tiempo. Finalmente nos quedamos un poco atras; y miéntras que los vientos impetuosos los llevaban á la Africa, hicimos los postreros esfuerzos para llegar á fuerza de los remos á la vecina playa de Sicilia.

Llegamos en efecto; pero lo que buscabamos no era ménos funesto que la armada, que nos hacia huir. Encontramos á otros Troyanos, contrarios de los Griegos en aquella ribera de Sicilia. Era allí Rey Acestes que habia venido de Troya. Apénas arribamos á aquella playa, quando los vecinos creyéron que fuesemos nosotros armados de otros pueblos de la Isla, para improvisamente sorprenderlos, ó extrangeros que ibamos con designio de ocupar sus tierras. Al ímpetu primero de su furor, queman nuestro baxel, dan muerte á todos nuestros compañeros, reservando tan solos á Mentor y á mí, para presentarnos á Acestes; y porque de nosotros pudiera averiguar nuestros designios, y de que tierras habiamos partido. Entramos en la Ciudad con las manos atadas á las espaldas, y no se retardaba la muerte, sino para hacernos servir de mísero espectáculo á aquel pueblo cruel, si se hubiera sabido nuestra patria.

Fuímos luego presentados á Acestes, que teniendo empuñado un cetro de oro, juzgaba aquellos pueblos, y estaba disponiéndose para un gran sacrificio. Preguntónos, con un tono de vóz severo, de dónde eramos, y á qué habiamos llegado. Prontamente Mentor respondió así: Venimos de las costas de la grande Hesperia, y no es léjos de aquí nuestra patria. De esta suerte excusó decir, que eramos Griegos; pero Acestes, sin mas oir, y juzgándonos extrangeros, que ocultábamos nuestro intento, mandó que nos enviaran á una vecina selva, para servir de esclavos, á discrecion de aquellos á cuyo cargo estaban los ganados.

Parecióme esta condicion mas dura que la muerte; y por eso al punto grité: Hacednos, ¡ó Rey! ántes morir, que tratarnos con tanta indignidad. Sabed que yo soy Telémaco, hijo del sabio Ulises, Rey de Itaca, en cuya busca voy por todos esos mares. Si no puedo ni hallarlo, ni volver á mi patria, ni huir la esclavitud, acabadme una vida, que no podré sufrir. Apénas hube dicho estas palabras, quando todo aquel pueblo conmovido, gritó, que era preciso hacer morir al hijo del cruel Ulises, cuyos artificios habrian arruinado á Troya. ¡O hijo de Ulises! me dixo Acestes, no puedo negar vuestra sangre á las cenizas, y almas de tanto número de Troyanos, que muriéron á manos de vuestro padre. Vos, pues, moriréis con ese que os conduce. Al mismo tiempo un viejo de aquella turba propuso que nos sacrificaran sobre el sepulcro de Anchises: Será su sangre grata, decia, á la alma de aquel héroe; y quando sepa el mismo Eneas un sacrificio tal, se alegrará de ver quanto amais vos aquello que le es mas apreciable en el mundo. Todo el pueblo aplaudió la propuesta, y no se pensó en otra cosa que en sacrificarnos. Conducianos ya al sepulcro de Anchises, en que habian erigido dos aras, sobre quienes ardia el sacro fuego: teniamos á vista el cuchillo que habia de acabarnos: habian nos coronado de flores, y de manera alguna podia nuestra vida salvarse: no habia mas remedio para nosotros; quando Mentor pidió tranquilamente hablar al Rey, y hablólo de esta suerte: si no os puede mover á compasion, ó Acestes! la infelicidad del jóven Telémaco, que nunca ha empuñado las armas en ofensa de los Troyanos, muévaos por lo ménos vuestro proprio interes. La ciencia que he adquirido de entender los presagios, y disposicion de los dioses, me hace conocer, que dentro de tres dias os veréis invadido de algunos pueblos bárbaros, que vienen de las cimas de los montes, como un torrente rápido, á inundar la ciudad, y asolar vuestras tierras. Daos prisa á prevenirlos: poned vuestros pueblos en armas, y no tardeis un punto á retirar dentro del recinto de vuestros muros los preciosos rebaños que estan en la campaña. Si mi prediccion fuere falsa, dentro del breve espacio de tres dias podréis

sacrificarnos : pero si es verdadera , acordaos , de que no debe un hombre quitar la vida á aquellos á quienes es deudor de la suya. Quedó espantado Acestes de estas palabras , que Mentor le decia con tal satisfaccion, qual jamas él habia hallado en algun hombre. Bien veo , ó extrangero , le respondió , que los dioses , que no os han dado mejor fortuna , os concediéron una sabiduría que es de mucho mas precio que todas las venturas de la tierra. Al mismo tiempo difirió el sacrificio , y dió con diligencia los órdenes precisos , para prevenir el asalto , de que Mentor le habia anticipadamente avisado. No se veia por todas partes otra cosa que tímidas mugeres , viejos encorvados , y niños con las lágrimas á los ojos , que se retiraban á la ciudad. Los bueyes , y las reses venian de tropel , dexando el grueso pasto : y no hallando rediles suficientes para estar al abrigo de cubierto. Oíanse por todas partes los confusos rumores de los hombres, que dando unos con otros , no podian bien entenderse : que tomaban en tanta confusion al incógnito por el amigo , y corrian sin saber á qué parte se encaminaban ; pero los principales de la Ciudad , creyéndose mas sabios , que los demas , pensaban que Mentor era un embustero , y habia hecho una falsa prediccion para salvar la vida.

Antes de fenecerse el tercer dia , miéntras se resolvian estos pensamientos , en la vertiente de los montes vecinos se vió una nube de polvo , de entre la qual salia una infinita tropa de bárbaros armados. Los que no hiciéron caso de la prediccion sabia de Mentor , perdiéron sus esclavos y ganados. Acestes en esta ocasion , volviéndose á Mentor , le dixo asi : Ya no me acuerdo mas de que sois Griegos : nuestros enemigos han pasado á ser amigos fieles ; ni os miro sino como á hombres , que los dioses nos han enviado para salvarnos. No espero ménos de vuestro valor , que de vuestras sabias palabras : ea , pues , no tardeis en socorrerme.

Dió á ver en los ojos Mentor un denuedo , que hacia espanto á los mas feroces guerreros. Tomó el escudo , celada , espada y lanza , ordenó los soldados de Acestes , marchó á su frente , y fué á los enemigos con

buen órden. Acestes, aunque lleno de corage, por su vejez no podia seguirlo sino de léjos: seguíle yo de mas cerca; mas no pude igualar con su braveza. Su coraza parecia en aquella batalla á la Egide inmortal. De fila en fila discurria la muerte por donde quiera que descargaba el golpe; y él parecia á un leon de la Numidia, que instigado de la hambre, entrando en un redil de desvalidas reses, arruina y destroza hasta nadar en sangre, huyendo los pastores temerosos, por librarse de su furor, en vez de socorrer á su ganado.

Pensaban los bárbaros sorprender la ciudad, y fuéron ellos mismos sorprendidos y puestos en desórden. Los vasallos de Acestes se animáron con las palabras y exemplo de Mentor, y tuviéron aquel esfuerzo del qual no se tenian por capaces. Yo abatí con mi lanza al hijo del Rey de aquel pueblo enemigo. El era de mi edad; pero de mayor estatura, porque era aquella gente de casta de gigantes, y de la raza misma de los Ciclopes. Despreciaba á un contrario tan débil como yo; pero sin espantarme de su monstruosa fuerza, ni del ayre salvage, y fiero de su semblante, le meti en el pecho mi lanza, y á vueltas de un torrente de sangre humosa y negra, le hice vomitar la feroz alma. Al caer él, faltó poco para estruxarme á mí con su peso; y el ruido de sus armas hizo eco, que corrió por las montañas. Tomé de sus despojos, y volví al Rey Acestes con las armas quitadas al cadáver. Habiendo acabado Mentor de poner en desórden á los contrarios, los hizo trozos, y arrojó fugitivos hasta las selvas. Con ocasion de un lance tan no esperado, le miráron como á hombre á quien amaban, é inspiraban los dioses. Movido Acestes del agradecimiento, nos avisó, que tenia grand miedo de nuestro bien, si las naves de Eneas llegaban á Sicilia; diónos él un baxel, para que nos volvieramos á nuestra tierra, nos colmó de regalos, y apresuró nuestra partida, para evitar todos los sucesos siniestros; mas no nos quiso dar piloto, ni remeros de su nacion, por temor que en las costas de la Grecia se expondrian á mucho riesgo. Diónos con todo algunos mercaderes Fenicios, que teniendo comercio con todos los paises del mundo, no tenian

de quien temer, y habian de volver á Acestes su baxel, en habiendonos dexado en Itaca. Pero nos reservaban otros nuevos riesgos los dioses, que hacen burla de las ideas humanas.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

TELÉMACO.

LIBRO II.

SUMARIO.

Presentan Telémaco y Mentor á Sesostris, que cobra amor á Telémaco. Háceles Medofi traicion, siendo privado del Rey: divide á Mentor de Telémaco, y hace servir de esclavos á los dos. Constituyen á Telémaco á que guarde ganado, y pasa una vida de gran deleite en compañía de los otros pastores, que son de él enseñados. Lucha con un leon, y lo mata. La fama de esta accion hace que sea llamado á la corte. Gana la gracia del Rey Sesostris, que le ofrece un baxel para continuar su viage. Muere en esto Sesostris. Bocoris, hijo del Rey Sesostris y su sucesor, manda encerrar á Telémaco en una torre. Muere Bocoris.

Los de Tyro con su soberbia habian irritado al Rey Sesostris, que reynaba en Egipto, y habia conquistado tantos Reynos. Las riquezas que habian adquirido por medio del comercio, y la invencible fortaleza de Tyro, situada en el mar, habian alentado la altivez de los pueblos. Excusábanse de pagar á Sesostris el tributo que les habia impuesto á la vuelta de sus conquistas, por haber dado soldados á su hermano, que habian intentado quitarle la vida á traicion entre las alegrias de un gran convite. Sesostris habia resuelto abatir su orgullo, arruinar su comercio, y perseguirlos en todos los mares. Andaban sus baxeles buscando á los Fenicios por todas partes; y quando comenzamos nosotros á perder de vista los montes de Sicilia, nos salió al encuentro una Armada de Egipto. Parecia que la tierra y el puerto huian de nosotros, y se iban á esconder en las nubes, quando en el mismo tiempo vimos, que las naves Egipcias, cómo una ciudad fluctuante, se iban acercando á nosótros. Bien las conociéron; mas tarde: los Fenicios quisieron alejarse; pero no era ya tiempo de executarlo. Las velas de los Egipcios eran mucho mejores

que las nuestras, tenían favorables los vientos y número mayor de remeros. Acercanse á nosotros, nos prenden, y nos llevan prisioneros á Egipto. En vano yo les quise persuadir que no era Fenicio: apénas se dignáron de escucharme. Tuvieron nos por esclavos, en que hacian tráfico los Fenicios, y no pensáron sino en la ganancia de semejante presa. Llegamos á la Isla de Faro: de aquí subimos por el Nilo arriba hasta Menfis; y si la pena de nuestro cautiverio no nos hubiera llevado todo el gusto de los placeres, hubieran nuestros ojos percibido extremado deleyte, viendo las tierras fértiles de Egipto como un delicioso jardin regádo con un número infinito de arroyos. No podia lisonjearse la vista sobre qualquiera de las dos riveras, sin que encontrase con hermosas islas, y quintas bellamente situadas; tierras, que sin descanso en todo el año, estaban siempre cubiertas de doradas mieses; praderías pobladas de ganados, labrados oprimidos del peso de los frutos de sus sembrados y pastores, que hacian repetir á los ecos de los contornos las alegres tonadas de sus pífanos y zampoñas.

¡Feliz, decia Mentor, aquel pueblo, que es governado por un sabio Rey! El logra la abundancia, vive dichoso, y ama á aquel á quien debe la dicha de que goza. De esta manera debeis reynar, Telémaco, proseguia, y ser la alegría de vuestros pueblos. Si algun tiempo los dioses os dexan gobernar el Estado de vuestro padre, amad á vuestros pueblos como si fueran hijos: gustad de que ellos os amen, y haced, que nunca puedan percibir el sosiego y la alegria, sin acordarse de aquel buen Rey, de quien habrán recibido tan preciosas prendas. Los Reyes, que no piensan sino en hacerse temer y oprimir á sus súbditos, para hacerlos así mas rendidos, son el azote del linage humano. Son temidos, como quieren puntualmente serlo; mas son aborrecidos y detestados; y tienen harto mas que temer la rebelion de sus súbditos, que sus súbditos tienen que temer su potencia.

¡Ay de mí! respondí á Mentor: no es tiempo de pensar en las máximas, con que se ha de reynar. No hay mas Itaca ya para nosotros; ya nunca volverémos á ver ni á nuestra patria, ni á Penélope: y aun

quando Ulises, todo lleno de gloria, se restituyera á su Reyno, jamas tendrá el consuelo de nuestra vista, ni yo el de obedecerle, para aprender el arte de mandar. Muramos ¡ ó mi amado Mentor ! Ya no se nos permite otro discurso que este. Muramos, supuesto que no tienen los dioses compasion alguna de nuestros males. Miéntras hablaba así, interrumpia todas mis palabras con muy profundos suspiros; pero Mentor que temia los males ántes que sucediesen, no sabia temerlos al punto que ya habian llegado. Hijo indigno del sabio Ulises, me dixo en alta voz, ¿ luego os habeis dexado vencer de vuestra desgracia ? Sabed, que un dia veréis otra vez à la Isla de Itaca, y á Penélope, vuestra madre : veréis tambien en su primera gloria à aquel, que nunca visteis, al invencible Ulises, que no puede ser abatido de su fortuna ; y en sus grandes desgracias, demasiado mayores que las nuestras, nos muestra, que jamas debemos espantarnos. ¡ O si en aquellas apartadas tierras, á que ha sido arrojado de la tempestad, pudiera saber que su hijo no sabe imitar su valor y paciencia ! llenaríale de vergüenza esta sola noticia, y le seria de mayor tormento que todas las demas calamidades, que tanto tiempo ha que padece.

Hacíame Mentor observar despues de esto en toda la campaña de Egipto la alegria con la abundancia en ella derramada, y veinte y dos mil ciudades que estaban asentadas en su distrito. En ellas admiraba el buen órden, la justicia exercida á favor de los pobres contra los ricos; la buena educacion de los niños, que se acostrumbraban á la obediencia, al trabajo y á la sobriedad, al amor de las artes y de las letras; la perfecta observancia de todo lo que mira á la Religion, el desinteres, el deseo de honra, la fidelidad con los hombres, y el temor de los dioses, que imprimian los padres en los hijos. No se satisfacia de admirar un órden tan hermoso. ¡ Bienaventurado aquel pueblo, me decia continuamente, á quien de esta manera gobierna un sabio Rey ! Pero harto mas feliz aquel Rey, que es el autor de la felicidad de tantos pueblos, y que en su virtud misma halla la suya ! Mas es que temido, pues es amado; no solo le obedecen, sino que tambien

le obedecen de buena gana. Es el Rey de todos los corazones, y cada uno mas teme perderlo, que verse libre de él, y pondria por él la vida.

Estaba atento yo á lo que Mentor me decia; y conforme al discurso de este sabio amigo, sentia interiormente, que se me renovaba el esfuerzo. Luego que llegamos á Menfis, ciudad rica, abundante y magnifica, dió el Gobernador órden que fuesemos á Tebas, para ser presentados al Rey Sesostris, que por sí mismo exáminaba las cosas, y estaba muy irritado de los Tyrios. Marchamos, pues, contra la corriente de Nilo hasta aquella famosa Tebas, que se entra por cien puertas, y que era habitacion de este gran Rey. Parecíonos aquella ciudad de una amplitud immensa, y mas poblada, que las ciudades mas floridas de Grecia. Está allí en perfeccion el buen órden por la pulidez de las calles, el curso de las aguas, los conductos para los baños, cultura de las artes, y seguridad pública. Las plazas estan adornadas de fuentes y de agujas; los templos son de mármol, y de una majestuosa, aunque sencilla arquitectura. El palacio solo del príncipe es como una grande ciudad: no se advierten en él sino columnas de mármol, pirámides, y agujas, colosos, y muebles de oro y plata macizos. Los que nos apresáron dieron noticia al Rey de habernos encontrado en una nave Fenicia. Daba él todos los dias, en horas señaladas, audiencia á sus vasallos, que tenian alguna quexa, ó le querian dar algun consejo. No despreciaba, ni desechaba á alguno, y no pensaba ser Rey, sino para hacer bien á sus súbditos, que amaba como á hijos. Quanto á los extrangeros, recibíalos con agasajo, y queria verlos á todos, porque creia que en informarse de las costumbres, y de las maximas de los otros pueblos distantes, siempre se aprendia algo provechoso. Fué curiosidad de Sesostris la ocasion de serle presentados nosotros. Estaba al verme, en un riquísimo trono de Marfil, y empuñaba en su mano un cetro de oro. Era ya de crecida edad, pero brioso y lleno de dulzura y de magestad. Juzgaba cada dia á los pueblos con una tal paciencia y sabiduría, que sin adulacion la admiraban todos. Habiendo trabajado todo el dia en reglar los negocios

de su Reyno, y en hacer entera justicia; era su diversion á la tarde oir los hombres doctos, ó hablar con las personas mas honradas, que sabia escoger muy bien, para darles entrada en su confianza. No podia en toda su vida notársele otra cosa, sino el haber triunfado con sobrada altivez de los Reyes vencidos con sus armas; y el haberse fiado de uno de sus vasallos, del qual dentro de poco haré la descripcion. Enterneciéronle mi juventud y pena: me preguntó de mi patria y nombre, y quedamos maravillados de sus sabias y juiciosas palabras. Gran Rey, le respondí, bien teneis noticia del asedio de Troya, que ha durado diez años, y su ruina que tanta sangre ha costado á la Grecia. Uno de los principales Monarcas, que han abatido aquella ciudad, es mi padre Ulises: ahora anda vagamente por los mares, sin poder encontrar la Isla de Itaca, ni su Reyno. Yo lo busco, y me han preso, por no desemejante desgracia que la suya. Restituidme á mi patria, y á mi padre; asi os guarden los dioses á vuestros hijos, y hagan disfrutar á ellos el consuelo de vivir á la sombra de tan buen padre.

Continuaba Sesostris en mirarme con ojos compasivos; mas queriendo saber si era verdad lo que yo le decia, nos remitió á uno de sus ministros, á quien le cometió informase de aquellos, que habian apresado nuestro baxel, si de hecho eramos Griegos ó Fenecios. Si son Fenicios, dixo Sesostris, conviene castigarlos doblado, por ser nuestros contrarios, y mucho mas por querer engañarnos con una infame mentira: si al contrario son Griegos, quiero sean tradatos con cortesía, y sean remitidos á su patria en una de nuestras naves, porque amo tiernamente á la Grecia. De allí han tomado leyes muchos Egipcios: tengo noticia del esfuerzo de Hércules: ha llegado hastas nuestras tierras la gloria de Achiles: me parece maravilloso lo que he oido decir de la prudencia del desgraciado Ulises. No tengo otro placer, que es el de socorrer á la virtud desdichada.

El ministro á quien encargó el Rey el exámen de nuestra dependencia, tenia un ánimo otro tanto perverso y engañoso, quanto era generoso, y sincero el

de Sesostris. Llamábase Metofi. Preguntónos, procurando engañarnos; y luego que advirtió que Mentor respondia mas diestramente que yo, lo miró con disgusto y desconfianza, porque los malos se enojan contra los buenos. Separónos: y yo no supe despues noticias de Mentor. Esta separacion fue para mí, como si me hiriera algun rayo. Esperaba siempre Metofi, que preguntándonos separados, podria hacer que dixeramos cosas encontradas; y creia especialmente alucinarme con sus lisonjeras promesas, y hacerme confesar lo que le callaba Mentor. En suma, no buscaba sinceramente la verdad, sino que queria encontrar algun pretexto para decir al Rey que eramos Fenicios, y podernos hacer esclavos suyos. En efecto, á despecho de nuestra inocencia y de la penetracion del Rey, halló el modo de poder engañarlo. ¡Ay, á qué fraudes estan sujetos los Soberanos! Los mas sabios de entre ellos son freqüentemente engañados de los hombres astutos y avaros que los rodean. Los buenos se retiran léjos del Príncipe, porque no son solícitos, ni aduladores; esperan que les busquen, y no saben los Príncipes buscarlos. Al contrario los malos, son osados, tramposos, solícitos en insinuarse y hallar el gusto de otros; diestros en el disimular, y prontos para obrar contra honra y conciencia, para satisfacer á las pasiones de quien domina. ¡O qué grande infelicidad la de un Rey, que vive expuesto á los artificios de los hombres malvados! El se pierdo sino desecha de sí la adulacion, y no tiene cariño à los que con valor le dicen la verdad. Estas eran las reflexiones que yo hacia en mi desventura, haciendo à la memoria todo aquello que habia oido á Mentor.

Entre tanto me envió Metofi à los montes desiertos, en compañía de sus esclavos, á fin de que con ellos guardase sus grandes rebaños. En este punto le interrumpió Calipso, diciendo. Pues qué hicisteis entónces, habiendo antepuesto en Sicilia la muerte al cautiverio? Mi desventura, le respondió Telémaco, iba siempre en aumento: no tenia ya el ruin consuelo de escoger entre la esclavitud y la muerte; convino ser esclavo, y agotar, por decirlo así, todos los rigores de la fortuna. No me quedaba alguna otra esperanza, y no

podía decir ni una palabra para librarme. Hame dicho despues Mentor, que fué vendido á unos Etiopes, y discurrió toda la Etiopía.

En quanto á mí, llegué á unos espantosos desiertos. Vénse en medio de sus llanuras arenas abrasadas de excesivo calor, nieves, que jamas se deshacen y forman un Invierno perpetuo en las cimas de las montañas; y hallanse solamente entre los riscos las hierbas, que alimentan á los ganados. Acia el centro de aquellas inaccesibles montañas son tan hondos los valles, que no puéden apénas llegar á iluminarlos los rayos refulgentes del sol. No hallé en aquel pais otros hombres, que los pastores, y tan rústicos como el pais mismo. Pasaba allí las noches llorando mi desgracia, y los dias detras de una manada, para huir del brutal furor del principal esclavo, que esperando alcanzar su libertad, acusaba continuamente á los demas, para acreditar con su dueño el zelo y el cuidado que tenía de sus ventajas. En esta ocasion fatal yo habia de quedar de preciso oprimido del peso de tantos males. Agravándose en mí siempre el dolor, me olvidé del ganado un dia, y me tendí en la hierba vecina á una caverna; en donde aguardaba la muerte, no pudiendo soportar mis penas. Noté en esto, que el monte todo se estremecia: parecióme que las encinas y pinos baxaban de la cima de la montaña; y dexáron los vientos de correr. Salió de la caverna una tremenda voz, la qual me hizo entender estas palabras: Hijo del sabio Ulises, conviene que con la paciencia te hagas grande como tu padre. Los príncipes, que siempre fuéron felices, no son dignos de serlo; la delicadeza los gasta, y la altivez los embriaga. ¡O quán feliz serás, si vences tus presentes desgracias, y nunca las dexas huir de la memoria! Tú volverás á ver la Isla de Itaca, y se alzará tu gloria á las estrellas; mas quando seas dueño de los otros hombres, acuérdate que fuiste desvalido, pobre y paciente, nada ménos que ellos. Gusta de consolarlos, ten amor á tu pueblo, aborrece la adulacion, y sabe que no serás grande, sino en quanto seas moderado y esforzado en vencer tus pasiones.

Estas celestiales palabras me entráron hasta lo ín-

timo del corazon, é hiciéron renacer en mí mismo el valor y alegria. No sentí aquel horror que eriza los cabellos sobre la cabeza, y que hiela la sangre dentro de las venas, quando los dioses vienen para comunicarse á los mortales. Alcéme sosegado, adoré de rodillas á Minerva, levantado al Cielo las manos, y me creí obligado á esa deidad por el oraculo. Al mismo me reconocí un nuevo hombre distinto del primero: mi entendimiento se hallaba iluminado de la sabiduría, y sentia en mí mismo una fuerza suave, para moderar mis pasiones, y reprimir el ímpetu de mi edad juvenil. Hícemе amar de todos los pastores del desierto; y mi dulzura, paciencia y diligencia, amansáron al cabo aquel cruel salvage, que tenia la autoridad sobre los otros esclavos, y pretendió al principio darme mucha inquietud. Parar llevar mejor el disgusto del cautiverio y de la soledad, busqué algun libro; y hallándome oprimido del tédio, por falta de un maestro, que pudiera informar mi entendimiento, y hacer fuerte mi espíritu contra las invasiones de la desgracia: Felices, decia yo, aquellos que aborrecen los placeres violentos, y saben contentarse con una vida inocente. ¡Felices los que tienen recreo en instruirse, y gustan de pulir con las ciencias su entendimiento. A qualquier lugar donde les arroje la fortuna contraria, llevan siempre consigo su deleite y conversacion; y el tedio, que destruye entre las delicias á los demas hombres, es incógnito á aquellos que saben ocuparse á sí mismos con alguna leccion. Felices los que gustan de leer y no se hallan, qual yo, en parage de no lograr ese consuelo. Mientras en mi interior revolvia estas cosas, me introduxe en lo espeso de una obscura selva, donde improvisamente encontráron mis ojos con un viejo, que tenia en la mano un libro. Tenia la cabeza muy calva, y su poco cabello un poco crespo: la barba le baxaba hasta la cintura, y ya estaba poblada de muchas canas: era alta y magestuosa su estatura: todavía sus carnes se mantenian frescas y de color vivaz; los ojos perspicaces y alegres: su voz dulce, y sencillas y amables sus palabras. Jamas he visto anciano tan venerable. Llamábase Termosiri, y era sacerdote de Apolo en

un templo, que los Reyes de Egipto le habian construido de marmól, y consagrado en aquella selva. El libro que tenia en la mano, era un volumen de hymnos en hora de los dioses.

Acercóseme con cariño, y empezamos ambos á conversar. Referia tan bien los acaecimientos pasados, que á quien se los oia, le parecia verlos; pero los referia con brevedad, y nunca sus hisiorias me fatigáron. Con su profunda ciencia preveia lo venidero, conocia á los hombres, y los designios de que son capaces. Sin embargo de ser dotado de gran prudencia, era jovial, y pronto en ajustarse al gusto ó voluntad de los otros; y la juventud mas alegre no tiene tanta gracia, quanta tenia en él una tan adelantada vejez; porque amaba á los jóvenes, quando eran dóciles y gustaban de la virtud. Amóme tiernamente, y diôme algunos libros para mi consuelo: llamábame su hijo; y de ordinario le decia yo: los dioses, padre mio, que me han quitado á Mentor, se han compadecido de mí, y en vos me han concedido un otro nuevo apoyo. Este viejo como Orfeo y Lino, era ciertamente inspirando de los dioses.

Leíame los versos que habia hecho, y dábame los de aquellos poetas excelentes, á los quales las Musas favoreciéron. Quando se revestia de su larga ropa blánca y lucida, y tomaba en sus manos la lira de oro, venian á alhagarle, y á lamerle los pies los tigres, los osos y los leones. Saltaban de los bosques los Sátiros, para danzar en contorno de él: parecia que los árboles se movian; y creyérase que los riscos enternecidos se iban á arrojar de las cumbres de las montañas, atraidos con el deleite de su suave voz. No cantaba sino la grandeza sublime de los dioses, la virtud de los héroes, y la sabiduría de aquellos hombres que acertaron á anteponer la gloria á los deleites.

Decíame muchas veces, que yo me debia alentar, y que no habrian los dioses desamparado á Ulises ni á su hijo. Inspiróme por fin, que á imitacion de Apolo, debia yo enseñar á los pastores á cultivar las Musas. Apolo, decia él, indignado porque Jupiter alborotaba el cielo con sus rayos los dias mas serenos, quiso tomar venganza en los Cíclopes, que se los fabricaban,

y los atravesó con sus flechas. Dexó el Etna al instante de vomitar tempestades de llamas; ni ya se oyéron mas los golpes horrorosos de los martillos que hiriendo en los yunques, hacian estremecerse, no solo las profundas cavernas de la tierra, sino hasta los abismos del mar: empezábanse á enmohecer el hierro y el alambre, no puliéndolos los Cíclopes. Salió enfurecido Vúlcano de su ardiente oficina; y corriendo, aunque cojo, apresuradamente ácia el cielo, llegó sudado y cubierto de negro polvo á la asamblea, en que estaban congregados los dioses, y lamentóse amargamente en ella. Irritándose Júpiter contra Apolo, lo desterró del cielo y lo arrojó á la tierra. Vacía su carroza, hacia su carrera ordinaria por sí á solas, para traer à los hombres los dias y las noches, junto con el regular trueque de las estaciones. Desposeido Apolo de sus rayos, se vió obligado á hacerse pastor, y guardar los ganados de Admeto Rey de Tesalia. El tañia la flauta, y todos los pastores concurrían á la sombra apacible de los olmos, sobre la márgen de una clara fuente, para oir sus canciones. Hasta aquel tiempo habian tenido ellos una vida salvage y fiera: no sabian cosa alguna, que no fuera conducir su ganado, trasquilarlo, mírarlo, y hacer queso; y toda la campaña parecia un horrible desierto.

En adelante Apolo hizo luego entender á todos los pastores la dulzura de la vida rústica. Describia cantando las flores que coronan á la primavera, las fragrancias que ésta difunde, y los verdes pimpollos, que brotan de sus huellas. Describia despues las deliciosas noches del estío, en que vienen los zéfiros á refrescar los hombres, y las lluvias á apagar la sed de la campaña. Celebraba tambien en sus canciones las doradas mieses, con que el otoño premia las fatigas del labrador; y el sosegado Invierno, en que las juguetonas tropillas de los muchachos van danzando vecinos al fuego. Representaba á veces las obscuras selvas, que cubren á los montes y los profundos valles, ó los rios, que en medio de los risueños prados van haciendo mil giros. Tambien enseñó á los pastores las delicias de la vida villana, quando se sabe encontrar el gusto de lo que hay mas admirable en la naturaleza.

De

De á poco los pastores con sus flautillas se halláron mas felices que los Reyes; y los placeres puros, que huyen de los palacios, corriéron de tropel á sus campañas. El juego, la risa y las gracias, por todas partes seguian á los inocentes pastores.

Todos eran dias de fiesta: no se escuchaba ya sino el canto de los paxarillos, ó el dulce susurro del céfiro, que uno y otros jugaban en las frondosas ramas de los árboles; ó el murmullo del agua cristalina, que caia de alguna roca; ó los cantares, que inspiraban las Musas á los pastores del séquito de Apolo. Enseñábales este Dios á ganar el premio de la carrera, y atravesar los corzos y los gamos con las saetas. Los mismos dioses tuviéron zelos de la felicidad de los pastores; porque la vida de éstos les pareció mas dulce, que toda su gloria: por lo qual quisiéron que Apolo se volviera al cielo.

Debeis vos, hijo mio, quedar enseñado de la historia, que os he referido. Ya que estais en el estado mismo de Apolo, cultivad esta tierra erizada: haced, que como él hizo, florezca este desierto; y instruid á los pastores del modo que aquel dios, qual es el alhago de la harmonía. Amansad los feroces corazones, dadles á ver lo amable de la virtud, y hacedles conocer quan dulce cosa sea el gozar en la soledad de estos inocentes placeres, que ninguna otra cosa es capaz de robarlos á los pastores. Un dia, ó hijo mio, un dia, los dolores y crueles afanes, que cercan á los Reyes, harán que no os desplazca la vida pastoril que hubiereis perdido.

Despues de haber hablado de esta suerte Termosiri, me dió un pífano tan suave, que los ecos de aquellos montes, que le hiciéron oir por todas partes, atraxéron bien presto ácia mí á todos los pastores vecinos. Mi voz tenia una divina harmonía, y me sentia yo como fuera de mí mismo, moviéndome á cantar de la belleza con que la naturaleza adornó á la campaña. Pasábamos los dias enteros, y parte de las noches, cantando todos juntos, olvidandoselos de sus cabañas y de sus ganados. En tanto que les daba alguna leccion, me ceñian absortos y sin movimiento. Parecia que aquellas soledades no tenian ya cosa rústica: todo

era dulce en ellas, todo risueño, y hacíase entender, que el primero de los moradores ennoblecia al terreno. Juntabamonos muchas voces para hacer sacrificios en el templo de Apolo, de que era sacerdote Termosiri, y iban coronados de laurel los pastores, en honra de aquel dios. Haciamos un banquete aldeano, y en él nuestros manjares mas delicados era leche cándida de nuestras ovejas, que nosotros mismos teniamos cuidado de ordeñar; y las frutas recientes, y cogidas con nuestras propias manos, como son los dátiles, los higos y las uvas. Estábamos sentados en la tierra alfombrada de hierba, y los frondosos árboles nos daban una sombra mas grata que los dorados techos de qualquiera real palacio. Pero lo que me acabó de hacer célebre entre los pastores fué, que un dia un leon hambriento se vino á echar sobre los ganados, que estaban á mi guarda, y comenzaba ya una horrible matanza. No tenia otra cosa á mano que mi cayado; no obstante me avancé esforzadamente. El leon erizó la melena, mostró los dientes y uñas, y abrió la boca enjuta é inflamada: sus ojos parecian estar llenos de sangre y fuego, y él mismo con su cola prolongada se heria entrambos lados. Echéle á tierra, y la pequeña cota de que iba yo vestido, á usanza de los pastores de Egipto, le estorvó que me despedazase. Tres veces le tendí sobre el campo, y tres veces se volvió á levantar. Rugia con tal fuerza, que hacia retumbar todas las selvas; mas con todo eso le vencí. Ahoguéle finalmente entre mis brazos, y quisieron que me vistiera la piel de aquel bruto espantoso los pastores, que habian sido testigos de mi victoria. La fama de esta accion corrió por todo Egipto, y la de la mudanza de nuestros pastores, hasta llegar á oidos del Rey Sesostris. Supo que uno de aquellos dos esclavos, que se habian tenido por Fenicios, habia en sus desiertos, poco menos que inhabitables, renovado los siglos de oro. Quiso verme, porque amaba las Musas, y alhagaba al corazon grande de aquel Príncipe todo lo que podia instruir los hombres. Vióme, y escuchóme con gusto, y entendió, que Metofi le habia engañado por avaricia. Condenólo á prision perpetua, y le quitó todas las riquezas que poseia injustamente. ¡O quán

infeliz es, decia, quien se halla superior al resto de los hombres! muchas veces no le es posible descubrir con sus ojos la verdad, y le ciñen personas, que la estorban llegar á su noticia. Cada uno se mueve de su interes propio, para engañarlo: cada uno con aparente zelo oculta su soberbia: muestran todos amar al Rey, y no estiman sino á sus dones, ántes lo aman tan poco, que por lograr sus gracias, le adulan y le hacen traicion.

Tratóme despues de esto Sesostris con un gran cariño, y resolvió restituirme á Itaca con algunos baxeles y soldadesca, para librar á Penélope de sus amantes. Estaba ya á punto la armada, y no se discurria en otra cosa, sino en embarcarnos. Yo admiraba los lances de la fortuna, la qual en un momento levanta al que mas ha abatido. Haciáme esperar esta experiencia, que podria volver Ulises á sus dominios despues de largos trabajos. Pensaba tambien en mí mismo, que podria recobrar nuevamente á Mentor, aunque habia sido llevado á los mas apartados países de la Etiopia. Miéntras yo diferia mi partida, para adquirir siquiera alguna noticia, Sesostris, que era ya muy anciano, murió improvisamente, y me hizo su muerte volver á mis primeras desdichas. Todo Egipto se mostró inconsolable por esta perdida: todas las familias se persuadian haber perdido un buen amigo, un protector y un padre. Los viejos, levantando al cielo las manos, levantaban tambien las voces, y decian: Jamas hubo en Egipto un tan buen Rey: menester era, ó Dioses, ó no mostrarlo al linage humano ó no quitárselo. ¿Para qué hemos nosotros de vivir despues del gran Sesostris? La esperanza de Egipto se ha arruinado, exclamaban los jóvenes: nuestros padres fuéron felices, porque han vivido en tiempo de un Rey tan bueno. En el espacio de quarenta dias corrian al cadaver los Pueblos mas distantes: cada uno queria conservar su imágen, y muchos se quisieran sepultar con él. Lo que mas aumentó el dolor de su perdida fué, que su hijo Bocoris no tenia afabilidad con los extrangeros, ni aficion á las ciencias, ni estima de los hombres virtuosos, ni algun amor de gloria. Habia contribuido, para hacerlo digno del Reyno, la grandeza gloriosa de su

padre. Habíase criado afeminado, y con una altivez brutal. No estimaba en nada á los hombres, creyendo que no habian sido criados sino para él, y ser de una otra naturaleza diversa de la suya. No pensaba sino en satisfacer sus pasiones, en malgastar los tesoros inmensos, que con tan gran cuidado habia recogido su padre: en atormentar á los pueblos, y sacar la sangre á los desdichados; y finalmente en no seguir otros consejos sino los de la adulacion, que le daban jóvenes necios de quienes estaba rodeado, al paso que alejaba de sí con desprecio á todos los prudentes ancianos, que habian merecido la confianza del Rey su padre. Era este un monstruo, y no tenia cosa de Rey. Gemia todo Egipto; y aunque el gran nombre de Sesostris, tan amado de aquellos naturales, les hacia sufrir con tolerancia el infame y cruel proceder del hijo, él corria y se despeñaba a su perdicion, y un Príncipe tan indígno del Trono; no podia reynar largamente.

A mí no se me permitió la esperanza de volver á Itaca: quedé en una torre sobre la ribera del mar, cerca de Pelusio, donde me debia embarcar, si no hubiera muerto Sesostris. Metofi habia sido tan sagaz, que habiendo salido de su prision, se adquirió la gracia del nuevo Rey, y se restituyó en su grado primero. El, por vengarse de la desgracia que yo le ocasioné, me hizo encerrar en aquella torre. Pasé allí los dias y las noches en una profunda tristeza, y me parecia soñado quanto me predixo Termosiri, y huí de la caberna, hallándome sumido en amarguísima pena. De allí veia las ondas, que venian á herir la planta de la torre, que tenia me preso; y muchas veces era mi ocupacion mirar algun baxel contrastado de la borrasca, y á peligro de estrellarse en las rocas, sobre las quales se levantaba la torre. En lugar de compadecerme de los que naufragaban, tenia envidia de su fortuna. Al instante, decia entre mí mismo: Ellos acabarán los trabajos de la vida, ó llegarán á sus tierras. ¡Ay de mí, que no puedo esperar lo uno, ni lo otro! Miéntras que de esta suerte gastaba lamentos sin fruto, descubrí como un bosque de árboles de naves. Iba el mar cubierto de las velas hinchadas con

el viento : espumeaban las ondas á los continuos golpes de innumerables remos, y escuchaba de todas partes una confusion de clamores. Sobre la rivera notaba parte de los Egipcios espantados que corrian á armarse, y otros que parecia salir para recibir á la armada que ya arribaba. Luego percibí, que aquellos extrangeros baxeles eran parte Fenicios, y parte Chipriotas, porque mis infortunios empezaban á hacerme experimentado en lo que mira á la navegacion. Parecíanme los Egipcios divididos entre sí propios, y no me costó mucho el creer, que el insensato Bocoris con sus violencias habia ocasionado la rebelion, y encendido entre sus vasallos el furor civil. De lo alto de mi torre fuí espectador de un sangriento combate.

Los Egipcios, que habian llamado a los Extrangeros para el socorro, despues de hacerles lado en el desembarco atacaron á los otros Egipcios, que conducia Bocoris. Yo veia á este Rey, que con su propio exemplo daba esfuerzo á los suyos, y parecia un Marte. En su contorno segaba hombres la muerte, y las ruedas de su carroza iban teñidas de negra, espesa, y espumosa sangre, no pudiendo apénas pasar por los montes de los destrozados cadáveres. Este Rey bien cortado, jóven vigoroso, de un ayre altivo y feroz, llevaba en los ojos el furor, y la desesperacion: era como un caballo desbocado. Dexábase llevar sin considéracion de su esfuerzo, el qual no se reglaba con la prudencia. No sabia los yerros, ni los reparaba : no acertaba á dar órdenes, aunque ya resuelto : no preveia los males iminentes, ni escaseaba la gente, de la qual él tenia mayor necesidad que de otra qualquier cosa. No era esto por faltarle el ingenio : tenia igual con su ardimiento la perspicacia de su capacidad; mas no le habia instruido la fortuna contraria. Habian sus maestros con las adulaciones perdido su bello natural, y estaba embriagado de su potencia y propia felicidad. Creia, que debian ceder todas las cosas al impetuoso ardor de sus deseos, y luego encendia su saña qualquier mínima resistencia. En aquel caso no discurria, estaba como fuera de sí propio, y su altivez furiosa lo transformaba en una bestia fiera. Dexáronle en un punto su natural bondad y

recta razon, y sus servidores mas fieles eran constreñidos á huir. No amaba á otros, que á aquellos que adulaban á sus pasiones; de donde resultaba, que tomaba siempre, alguna resolucion violenta contra sus verdaderos intereses; y precisaba á que detestáran su modo loco de proceder todas las personas honradas. Mantúvolo su esfuerzo largo tiempo contra la multitud de sus contrarios; mas quedó finalmente oprimido. Yo le ví fenecer, herido de un dardo, con que un soldado Fenicio le atravesó el pecho. Cayó baxo su carro, que proseguian en tirar los caballos; y no pudiendo manejar los riendas, quédo baxo sus pies atropellado. Un soldado Chipriota le cortó la cabeza; y tomándola por los cabellos, la mostró como en triunfo al exército victorioso. Acordaréme siempre, miéntras viviere, haber visto aquella cabeza bañada de su sangre, los ojos medio abiertos, el rostro pálido y demudado, la boca no del todo cerrada, y que parecia querer aun concluir las voces empezadas, y aquel ayre orgulloso, y ceñudo, que ni la misma muerte habia podido borrar de su semblante. Toda mi vida lo tendré delante de mis ojos; y si los dioses me destinan al Reyno, no olvidaré jamas, despues de un exemplar tan funesto, el que no es digno de mandar, ni es dichoso con su potencia un Rey, sino en quanto la rinde al imperio de la razon. ¡O qué desventurado es el hombre, que destinandose á ser autor de la pública felicidad, no es dueño de los otros, sino para labrarles su desventura!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

TELÉMACO.

LIBRO III.

SUMARIO.

El sucesor de Bocoris restituye á Telémaco en su libertad, y es conducido á Tiro. Costumbres de los Tirios, y retrato de su Rey Pigmalion. Huye Telémaco del furor de este Rey, siguiendo los consejos de Narbal, y sale de Fenicia.

Escuchaba Calipso muy admirada estas sabias palabras. Lo que mas la tenia entretenida era ver, que el jóven Telémaco contaba ingenuamente los errores que habia cometido, por no haber atendido á las cosas con sosiego, y por no haberse mostrado dócil al sabio Mentor en lo que le advertia. Veia en aquel Príncipe una nobleza, y estupenda grandeza de ánimo, con que se acusaba á sí propio, y con la qual mostraba haberse aprovechado muy bien de su imprudencia, para hacerse sabio, próvido y moderado. Proseguid, dixo, amado Telémaco mio, que estoy impacientíssima por saber de la suerte que salisteis de Egipto, y donde recobrasteis á Mentor, cuia pérdida justamente os daba que sentir.

Volvió á su discurso Telémaco de esta manera. Los Egipcios mas virtuosos y fieles á su Rey, como eran los mas flacos, y le viéron muerto, se viéron tambien obligados á ceder á los otros, y fué elevado al Trono otro Príncipe. Despues de hecha alianza con el Rey nuevo, marcháron los Fenicios, junto con las naves de Chipre. Dió el nuevo Rey todos los prisioneros Fenicios, y me comprehendiéron entre ellos. Sacáronme de la torre, embarquéme con los demas, y volvió en lo interior de mi corazon á reverdecer la esperanza. Llenaba nuestras velas el viento favorable; los remos hendian las espumosas aguas, y el dilatado mar se poblaba de naves: levantaban los marineros

alegres gritos de júbilo: alexábanse de nosótros las riberas de Egipto, y poco á poco se nos desaparecian de los ojos los collados y montes. Empezamos ya á no ver mas que cielo y agua, en el punto que parecia, que el sol amanecido despedía del seno de las ondas sus luminosos rayos. Doraba con sus luces las cimas de los montes, que aun se descubrian muy poco sobre el Orizonte; y colorido el cielo de azul obscuro nos ofrecia un viage muy dichoso.

Si bien me restituí á mi libertad como uno de los Fenicios, ninguno de ellos me conocia. Narbal, que gobernaba el baxel en que me embarqué, me preguntó mi nombre, y el pais de mi nacimiento. ¿De qué ciudad de Fenicia sois? me preguntó. No soy de Fenicia, le respondí; mas los Egipcios me habian apresado en el mar sobre uno de vuestros baxeles: he sido largo tiempo esclavo de ellos, como Fenicio: con su nombre he padecido muchos trabajos, y con el mismo nombre he sido libre de mi esclavitud. ¿Pues de qué pais sois? volvióme á preguntar. Soy, volví á responder, Telémaco hijo de Ulises, Rey de Itaca en la Grecia. Hase hecho memorable mi padre entre los Reyes que sitiáron á Troya; mas no le han permitido los dioses que volviera á ver á su patria: yo he andado en su busca por muchos paises, y no menos que él maltratado de la fortuna: veis á un desventurado, que no desea mas que la fortuna de volver á los suyos, y encontrar su padre. Reconocíame admirado Narbal, y le pareció ver en mí no se qué de excelente, que todo es don del cielo, y no se halla en el comun de los hombres. El era generoso y sincéro naturálmente: movióse á compasion de mi trabajo, y me habló con la confianza que le inspiráron los dioses, para sacarme á salvo de un gran peligro.

Telémaco, me dixo, no dudo cosa de lo que me decís; ántes no puedo concebir duda alguna. La virtud y el dolor retratados en vuestro rostro, no me permiten desconfiar de vos. Tambien advierto, que os estiman los dioses, á quienes siempre he honrado, y que quieren que os ame como á hijo. Daréos un consejo saludable, y no os pido sino el secreto por galardon.

No temais, le dixo, que tenga yo trabajo en callar lo que quisiereis vos comunicarme. Si bien soy jóven, es en mí viejo el hábito de no decir jamas mis secretos; y mucho mas de no descubrir con qualquiera pretexto los de los otros. ¿Cómo habeis podido, dixo él, acostumbraros á guardar secreto en una juventud tan temprana? Tendré sumo deleite de saber el medio conque habeis adquirido esa prenda, sin la qual son inútiles todos los talentos.

Quando se partió Ulises, le satisfice, y se partió al asedio de Troya, me tomó sobre sus rodillas y entre sus brazos, segun despues me contáron; y habiendóme alhagado tiernamente, me dixo estas palabras, aunque no estaba yo en estado de comprehenderlas: Ruego á los dioses, ó hijo mio, que me guarden de la desgracia de verte faltar nunca á tu obligacion. Antes la cruel tirana parca corte el hilo á tu vida, ahora que apénas se ha formado, como el labrador siega con la hoz la tierna flor, que empieza á despuntar, y puedan mis contrarios acabarte delante de los ojos de tu madre y mios, si en algun tiempo has de seguir el vicio, ó has de abandonar la virtud. A vosotros, amigos mios, prosiguió diciendo, dexo este hijo, á quien amo tanto: si me quereis, tened cuidado de su niñez, desviad de él la adulacion dañosa, y enseñadle á vencerse á sí propio. Sea como un tierno arbolito, que se dobla para enderezarse. Principalmente no dexeis de poner toda la diligencia en hacerlo justo, bénefico, sincero, y fiel en guardar los secretos. Qualquiera que es capaz de mentir, es indigno de entrar en el número de los hombres; y qualquiera que no sabe callar, es indigno de gobernar á otros.

Relátoos estas voces, porque los amigos de mi padre tomáron el cuidado de repetírmelas muchas veces. Desveláronse en exercitarme en el secreto; y yo era aun muy niño quando ya me fiaban todas las aflicciones que padecian, viendo á mi madre expuesta á un gran número de imprudentes que la solicitaban por muger.

Así que me trataban desde entónces como á hombre de razon y confianza, y me comunicaban secretamente

los mas grandes negocios, y me informaban de todo aquello que se habia resuelto, para alejar á aquellos que lo pretendian lograr; sentia yo sumo gusto de que fiaran tanto de mí; y jamas he estilado, ni nunca se me ha escapado una sola palabra que pudiera manifestar el mas leve secreto. De ordinario los pretendientes procuraban hacerme hablar, esperando que un niño, que hubiera oido ó visto algo notable, no podria abstenerse de declararlo. Sin embargo, sabia responderles muy bien, sin mentir, y sin descubrir lo que convenia callar.

Entónces me dixo Narbal: Vos veis, ó Telémaco, qual sea el poder de los Fenicios. Ellos son formidables á todas las naciones vecinas con sus innumerables baxeles; y el comercio que extienden hasta las columnas de Hércules, les dan tantas riquezas, que exceden á las de los pueblos mas abundantes. El gran Rey Sesostris, que nunca hubiera podido vencerlos en el mar, tuvo mucho trabajo en vencerlos por tierra con sus exércitos, que habian conquistado á todo el Oriente; y nos puso un tributo, que no le hemos pagado mucho tiempo.

Eran sobrado ricos y poderosos los de Fenicia para soportar con paciencia el yugo de la servidumbre, que se les habia cargado. La muerte no dexó tiempo á Sesostris de concluir la guerra contra nosotros: es verdad que debiamos temerlo todo de su prudencia, harto mas que de su poder; pero habiendo pasado su poder á manos de su hijo, desproveido de toda prudencia, concluimos que ya no nos quedaba que temer cosa alguna.

De hecho los Egipcios, en lugar de entrar con las armas en las manos por nuestro pais para sojuzgarnos de nuevo, se han hallado estrechados á llamarnos para ayudarlos y librarlos de un Rey sacrílego y furibundo. ¡Y qué gloria con esta accion se ha añadido á la libertad y riqueza de los pueblos Fenicios! Mas miéntras libertamos á otros, nosotros mismos somos esclavos. Temed, Telémaco, de caer en las crueles manos de nuestro Rey Pigmalion: él las ha bañado en la sangre de Sicheo, marido de Dido, su hermana. Está llena de horror, y deseo de la venganza, se ha

escapado de Tiro con muchas naos, y la ha seguido la mayor parte de los amantes de la virtud, y de la libertad. En las riberas de Africa ha fundado la soberbia Ciudad de Cartago. Pigmalion, aguijado de una sed insaciable de riquezas, se hace siempre mas miserable y odioso á sus vasallos. En Tiro el ser rico es delito: la avaricia le hace desconfiado, sospechoso cruel, y persigue á los ricos, temiendo al mismo tiempo los pobres. Todo lo conmueve, lo inquieta, y lo atormenta: aun de su sombra teme; y no duerme de noche ni de dia. Para confundirle, los dioses lo oprimen con tesoros, de los quales no se atreve á gozar: lo que pretende para ser feliz, es puntualmente aquello que le embaraza serlo. Siente privarse de todo lo que da; y teme siempre perder: se afana por ganar: no se dexa ver casi nunca: estáse solitario, triste y temeroso en los puestos mas retirados de su palacio. Sus propios amigos no tienen valor para acercársele, por temor de no hacérsele sospechosos. Al rededor al lugar de su morada tiene siempre un horrible cuerpo de guardia, desnudas las espadas y caladas las picas. Treinta estancias, que tienen comunicacion la una con la otra, y cada una tiene una puerta de hierro con sus gruesos candados, son el lugar en donde se encierra. Jamas se sabe en qual de estas estancias se pone á reposar; y se dice por cierto, que no pasa dos noches seguidas en una propia, por miedo de que en ella lo despedacen.

El no sabe qué cosa sean los dulces placeres, ni la amistad, aun mucho mas suave que qualquier placer. Si se le habla de buscar la alegría, se advierte que rehusa entrar en su corazon, y que huye léjos de él. Sus ojos, retirados ácia el cerebro, estan llenos de un severo y feroz ardor; y van continuamente vagueando por todas partes: aplica atentamente los oidos al ruido mas pequeño: siéntese todo conmovido; y está pálido y flaco, retratándose sus tristes cuidados en el rostro siempre erizado. Calla, suspira, saca del corazon hondos gemidos, ni puede ocultar los remordimientos, que le despedazan continuamente las entrañas. Los manjares mas exquisitos le mueven vómito: sus hijos en lugar de ser su esperanza, son motivo de su

temor, y los tiene por sus contrarios mas peligrosos. No ha tenido en toda su vida un momento seguro; y no se mantiene sino á fuerza de derramar la sangre de aquellos á quienes teme. Insensato es, pues no advierte que lo hará fenecer aquella crueldad misma en que se fia. Alguno de sus mismos domésticos, tan desconfiados como él, se dará prisa á sacar del mundo este monstruo. En quanto á mí, yo tengo temor á los dioses, y á toda costa seré fiel á aquel Rey, que ellos me han dado. Primero escogeria que me hiciera morir, que no quitarle la vida ó dexarlo de defender. En quanto á vos, Telémaco, guardaos bien de decir que sois hijo de Ulises, porque os tendria preso, esperando que volviendo vuestro padre á Itaca, le daria por rescataros, alguna grande suma.

Luego que llegamos á Tiro practiqué sus consejos, y reconocí ser verdad todo lo que me habia referido. No podia yo comprehender cómo podia un hombre hacerse tan infeliz, quanto me parecia Pigmalion. Admirado de un espectáculo tan terrible, y para mí tan nuevo, decia entre mí mismo: He aquí un hombre, que no ha procurado sino hacerse feliz, y ha creido lograrlo por medio de las riquezas, y de una autoridad absoluta y para este fin hace todo lo que puede; sin embargo, con sus riquezas, y con sus autoridad misma es miserable. Si fuera, como no ha mucho tiempo que yo fuí, pastor, seria tan dichoso como lo he sido yo tambien: gozaria de los inocentes deleites de la campaña, y gozaria de ellos sin sobresalto: no temeria al hierro, ni al veneno: amaria á los hombres y seria de ellos amado. No tendria aquellas riquezas que no le son mas útiles que la arena, pues no se atreve á tocar en ellas; pero gozaria realmente los frutos de la tierra, y no estaria sujeto á alguna verdadera necesidad. Parece que este hace quanto quiere; pero está harto léjos de hacerlo: hace lo que le mandan sus pasiones, y le arrebatan siempre la avaricia y sospechas. Parece dueño de todo los demás; pero ni es señor de sí mismo; porque tiene otros tantos dueños, y otros tantos verdugos, quantos son sus violentos deseos.

Discurria á este modo de Pigmalion, sin verlo, porque no se dexaba ver; y solo se miraban con es-

panto aquellas altas torres, que dia, y noche estaban rodeadas de guardias, y en donde él mismo se habia puesto como en prision, encerrandose allí con sus tesoros. Cotejaba á este Rey invisible con Sesostris, tan dulce, tan accesible, tan afable, tan curioso de ver á los extrangeros, tan atento á escuchar á todos, y á sacar la verdad del pecho de los hombres, la qual se esconde á los soberanos. Sesostris, decia yo, no temia nada, y nada debia temer: dabase á ver á todos sus vasallos, como á sus propios hijos, pero este lo teme todo, y todo lo debe temer. Este ímpio Rey siempre está espuesto á una funesta muerte, aun en su inaccesible palacio, y entre sus guardias mismas; y al contrario el buen Rey Sesostris estaba asegurado en medio del tropel de los pueblos, como un buen padre dentro de su casa, rodeado de su propia familia.

Ordenó Pigmalion que fueran licenciadas las esquadras de Chipre, que en fuerza de la liga de entrambos pueblos habian ido para ayudar las suyas. Tomó esta ocasion Narbal para restituirme á mi libertad, y me hizo en pasar en la reseña entre los soldados Chipriotas; porque el Rey era sospechoso, aun en las dependencias mas menudas. Es falta de los Príncipes sobrado fáciles, y desaplicados, echarse con ciega confianza en manos de privados astutos y malignos; y al contrario el defecto de éste èra desconfiarse de los hombres de mayor honra. No sabia hacer discrecion entre los hombres rectos, y sinceros, que obran sin disimulo, y por eso jamas habia visto algun hombre de bien; porque semejantes hombres no van á buscar á un Príncipe tan malvado.

De otra parte, desde que habia ocupado el trono, habia visto en los hombres de quienes se habia servido, tanta disimulacion, tanta perfidia, y tan espantosos vicios disfrazados con apariencia de virtud, que los miraba á todos, sin exceptuar alguno, como si todos tuvieran el corazon diferente de su semblante. Imaginábase que no habia en el mundo virtud alguna verdadera.

Volviendo á mi propósito, me procuré mezclar entre los Chipriotas, y me salvé de la desconfianza perspicaz de Pigmalion. Narbal se estremecia de mie-

do de que me descubrieran : lo qual á entrambos nos hubiera costado la vida No se pudiera creer su impaciencia por vernos ya partir; pero el viento contrario nos detuvo por largo en tiempo Tyro.

Aprovechéme de esta detencion para informarme de las costumbres de los Fenicios, tan célebres en todos los pueblos que se conocen. Admiraba la feliz situacion de aquella gran Ciudad, que está en medio del mar en una isla. La vecina rivera es deliciosa por su fertilidad, por los frutos exquisitísimos que lleva, por el número de las ciudades, y poblaciones que entre sí se tocan; finalmente por la apacibilidad del clima; porque las montañas defienden la rivera de los ardientes ayres del Mediodia. El viento que sopla del norte por la parte del mar la recrea con su frescura. El pais está al pie del Líbano, cuya cima se esconde entre las nubes, y va á herir las estrellas. Su frente está cubierta de perpetuo hielo; y de las altas puntas de aquellos precipicios, que le coronan, se descuelgan, como torrentes, algunos rios llenos de nieves.

Abaxo se dilata una gran selva de cedros muy antíguos, que parecen tan viejos como la tierra en que están plantados, y que se levantan, como haciendo ademan de querer dividir las nubes con sus frondosas ramas. Esta selva en la vertiente del monte tiene á sus pies muchos muy pingües pastos. Vénse en ellos vagarosos los torós, y mugiendo : las ovejas valando, y juntas con sus tiernos corderillos, que no paran de juguetear sobre la fresca hierba. Discurren por allí mil diversos arroyos, que reparten sus aguas cristalinas á diferentes campos, y los alegran todos.

Véese al fin mas abajo de aquellos pastos la porcion inferior del monte, que puede equivocarse con un jardin. Reynan allí concordes, y en compañia Primavera y Otoño, para unir en aquella estacion las flores con los frutos. Jamas se han atrevido á deslustrar la belleza que adorna á este jardin, ni el pestilente viento de Mediodia, que lo seca y abrasa todo : ni el desapiadado Aquilon, que todo lo desaliña. La isla en que está fabricada la ciudad de Tyro, se levanta en el mar cerca de una playa tan bella. Parece que la

gran ciudad nada sobre las aguas, y es la reyna de todo el piélago. Los mercaderes de todas las regiones del mundo van á parar á ella, y estos mismos vecinos son los mas célebres del universo.

Entrando en la ciudad, al instante se ofrece que no es ciudad de un pueblo particular, sino comun de todos los pueblos, el centro de su comercio. Tiene dos grandes muelles, que son como dos brazos, que alargándose al mar, abrazan un vasto puerto, adonde no penetran los vientos. En este puerto se ve como una selva de árboles de navios, que concurren en tan gran número, que apénas puede verse el mar, que los sostiene.

Todos los ciudadanos se aplican al comercio, y sus grandes riquezas no les hacen jamas desapacible la fatiga precisa para aumentarlas. Vénse allí en todas partes el finísimo lino de Egipto, y la púrpura Tyria, dos veces teñida de un color brillante, y maravilloso. Esta duplicada tintura es tan viva, que el tiempo no la puede deslustrar y solamente tiñen con ella la fina lana, que entretejen con plata y oro. Los Fenicios comercian con todos los pueblos hasta el estrecho de Hércules: tambien se han internado en el vasto Océano, que rodea toda la tierra: han hecho tambien muchas largas navegaciones en el mar Rojo; y por esta derrota van á buscar en islas desconocidas oro, aromas, y varios animales, que no se hallan en otras partes.

No podia saciarme de ver esta gran ciudad, en la qual todo estaba en movimiento. No conocia allí, como en las islas de Grecia, hombres sin trabajar, y curiosos, que fueran á buscar novedades á la plaza pública, y á mirar á los extrangeros, que llegaban al puerto. Los hombres están empleados en descargar sus baxeles, en traginar, ó en vender sus mercaderías, en acommodar sus almacenes, en tener una justa cuenta de lo que les están debiendo los otros mercaderes extrangeros, y las mugeres no cesan de hacer dibuxos de bordaduras, de plegar sus preciosos paños ni de hilar sus lanas.

¿De dónde es, le decia yo á Narbal, que los Fenicios se han hecho dueños del comercio de todo el

mundo, y se enriquecen tanto á expensas de las demas naciones? Veis, me respondió, quánto sea oportuna á la navegacion la situacion de Tyro? Los Tyrios, si debemos creer lo que se refiere de siglos muy antíguos, fuéron los primeros que osáron á meterse en un fragil leño á discrecion del agua: domáron el orgullo de las ondas; y léjos de la tierra observáron á las estrellas segun la ciencia de los Egipcios y Babilonios; y uniéron tantos pueblos, que estaban separados con el mar. Ellos son industriosos, pacientes, trabajadores, sobrios, y económicos: tienen modo perfecto de vivir: estan entre sí totalmente concordes. Jamas ha habido, pueblo mas constante, mas sincero, mas fiel, mas cortes que este con los extrangeros.

He aquí, sin buscar otra ocasion lo que les da el dominio del mar, y hace florecer en su puerto un tan provechoso comercio. Si se introduxeran entre ellos la division y zelos: si empezáran á afeminarse con el ocio y delicias: si los principales entre ellos despreciáran el trabajo, y la economía: si dexaran las artes de apreciarse en esta ciudad: si ellos faltáran en la fe á los extrangeros: si alteráran las reglas del libre comercio en la parte mas mínima; vierais bien presto caer esta Potencia, que admirais al presente.

Pero declaradme, decia yo, el modo de establecer en Itaca tambien algun dia semejante comercio. Haced, me respondió, de la forma que aquí se hace: acoged bien y cortesmente á todos los extrangeros: procurad que hallen en vuestros puertos seguridad, conveniencia, y entera libertad, y no os dexeis arrebatar de la avaricia, ó de la soberbia. El modo verdadero de ganar mucho, es no querer jamas ganar demasiado, y acertar á perder á tiempo. Haceos amar de todos los extrangeros, y sufridles tambien alguna cosa: temed mover zelos con vuestra altivez: sed constante en mantener las reglas del comercio, y sean ellas sencillas y faciles: acostumbraos á observarlas indispensablemente: castigad con severidad los engaños, y tambien las negligencias, y el fausto de los mercaderes, que arruinan el tragino, arruinando á los que lo exercitan, pero especialmente nunca os metais en inquietar el comercio, para regirlo segun vuestras

ideas. Importa que el Príncipe no se entrometa á alterarlo, y que deje á sus súbditos todo el provecho, los quales tambien tienen el manejo: de otra manera les quitará el aliento. De esta manera sacará grandes conveniencias, mediante las muchas riquezas que entrarán dentro de sus estados. El comercio es como algunas fuentes, que se secan en queriendo torcer su curso.

Solo son el provecho, y la conveniencia los que alhagan para venir á vuestras ciudades a los extrangeros. Si les haceis ménos cómodo y util el comercio, se retirarán sin sentir, y no volverán mas, porque otros pueblos, aprovechándose de vuestra imprudencia, los atraen á sí, y los acostumbran á privarse de vos. Tambien es menester que os confiese, que de algun tiempo acá la gloria de los Tyrios ha perdido no poco de su esplendor. ¡O si la hubiérais visto, mi querido Telémaco, primero que reynára Pigmalion, harto mas os hubiera admirado! Ahora aquí no advertis sino las funestas reliquias de una grandeza, que está á riesgo de arruinarse del todo.

¡Infelíz Tyro, en qué manos has dado! El mar te pagaba antes el tributo de todos los pueblos del mundo. Pigmalion teme á los extrangeros de la misma manera que á sus propios súbditos: en vez de abrir sus puertos con libertad plenísima á las mas remotas naciones, quiere saber el número de baxeles que llegan á su país, el número de los hombres que llevan, la especie de su negocio, la calidad, el precio de sus mercaderías, y el tiempo que aquí se han de detener. Aun hace mas; porque se vale de supercherías, para sorprender á los mercaderes, y confiscarles sus cargas. Inquieta á aquellos que tiene por mas acomodados: pone con diversos pretextos muchas nuevas imposiciones: quiere él tambien meterse en el comercio, y cada uno teme de tener que tratar negocios, é intereses con él. Por eso desfallece el comercio: los extrangeros se olvidan poco á poco del camino de Tyro, que en lo pasado hacian con tanto gusto: y si no trueca Pigmalion su modo de proceder, nuestra gloria, y nuestra riqueza pasarán de aquí á poco á algun otro país mejor gobernado que el nuestro.

Quise despues saber de Narbal de qué suerte los

Tyrios se habian en el mar hecho tan poderosos; porque me queria instruir de lo que sirve al gobierno de un Reyno. Tenemos, respondió, las selvas del Líbano, que nos proveen de toda la madera necesaria á la fabrica de los baxeles, y la guardamos cuidadosamente para este uso. No se corta jamas, si no lo piden las ocurrencias públicas de la fábrica; y tenemos artífices excelentísimos. ¿Y cómo, repliqué, los habeis podido encontrar? Ellos, dixo, se han hecho poco á poco aquí en nuestro pais. Quando son bien premiados los que son excelentes en las artes, se asegura tener presto de aquellos, que las conducen á su ultima perfeccion; porque los sugetos que tienen mayor conocimiento, y talento mayor, no dexan de aplicarse á aquellas artes, á que van enlazados grandes galardones. Aquí se honra á todos aquellos, que hacen progreso en las artes y ciencias, que son útiles á la navegacion. Se estima un buen Géometra: se aprecia mucho un perito Astrónomo: se colma de riquezas á un Piloto, que en su ministerio se adelanta á los otros: no se desprecia, ántes es bien tratado, y se paga bien á un buen carpintero. Aun los buenos remeros tienen asegurados sus premios, proporcionados al servicio que hacen. Son bien alimentados, y se tiene cuidado de ellos, quando están enfermos; y en su ausencia, se cuida de sus mugeres, é hijos. Si en algun naufragio perecen se recompensa á sus familias el daño y se despide para sus casas á los que ya han servido cierto tiempo. De esta suerte se tienen tantos Remeros como se quiere: el padre gusta de criar á los hijos en ministerio tan útil, y se apresura á enseñarles desde su mas tierna niñez á manejar el remo, y el cable, y hacer desprecio de las borrascas. Así con el premio y buen órden se obliga sin violencia á los hombres á obedecer. La sola autoridad nunca aprovecha, y la sumision de los súbditos no basta: es menester ganar los corazones, y hacer que hallen los hombres su ventaja en las cosas en que quieren servirnos con su industria.

Despues de este discurso, me conduxo Narval á ver los almacenes, los arsenales, y los oficiales de todas profesiones, que sirven á la fábrica de las naves. Preguntaba yo las particularidades de las cosas que para-

cian mas menudas, y pasaba á escribir quanto habia entendido porque no se me fuera de la memoria alguna circunstancia de consideracion.

Entre tanto Narbal, que conocia á Pigmalion, y me amaba con gran ternura, aguardaba impaciente mi partida, temiendo ser descubierto de las espias del Rey, que andaban dando vuelta á la ciudad dia y noche. Pero no nos permitian aun los vientos hacernos á la vela. Miéntras estábamos ocupados en visitar curiosamente el puerto, vimos que venia á encontrarnos un ministro de Pigmalion, en qual dixo á Narbal: El Rey ha tenido noticia por uno de sus capitanes de los navíos que con vos han vuelto de Egipto, que habeis conducido un extrangero, que es falsamente reputado por Chipriota: quiere que sea detenido, y que se sepa seguramente de su pais: vos los asegurareis con vuestra cabeza.

En aquel mismo punto me habia yo alejado, para observar de mas cerca las proporciones que los Tyrios habian practicado muy buen en la fabrica de un baxel casi nuevo: el qual, segun decian, caminaba á la vela mas ligero que qualquiera otro que se hubiera visto en el puerto, y hacia algunas preguntas al artífice que le habia ajustado las proporciones. Sopreudido, y espantado Narbal, respondió: Yo buscaré á ese criado extrangero, que ciertamente es de Chipre. Pero en perdiendo de vista al ministro, corrió ácia mí, para darme aviso de mi peligro. Sobrado me lo habia pronosticado. O querido Telémaco, nosotros estamos perdidos. El Rey, que noche, y dia esta atormentado de la desconfianza, sospecha que vos no seais Chipriota: manda que seais detenido, y me quiere quitar la vida, si no os pongo en sus manos. ¿Qué hemos de hacer? Dadnos prudencia, ó dioses, como hemos menester, para salir de tan crecido riesgo. Será menester, ó Telemaco, que yo os guie al palacio de Pigmalion: vos afirmareis que sois de la Isla de Chipre, nacido en la ciudad de Amatunta, hijo de un estatuario de Venus: yo atestiguaré que tiempo ha conocí á vuestro padre; y por ventura el Rey os dexará partir, sin exámen mayor de la verdad: no discurro otro modo para salvar la vida de entrambos. Dexad

pues, respondí á Narbal, que se pierda un desdichado, que el destino quiere que muera. Se morir, ó Narbal, y os debo demasiado, para poder dexarme persuadir á atraeros tambien á vos á mi misma infelicidad. No puedo reducirme á mentir: no soy de Chipre, y no puedo decir que lo soy. Los dioses ven mi sinceridad, y á ellos toca guardar mi vida con su poder; mas no quiero salvarla mintiendo.

Es del todo inocente ésta mentira, me replicó Narval: los dioses no la pueden condenar. No hace mal á ninguno, salva á dos inocentes la vida, y no engaña al Rey, sino en quanto le estorva que execute una atrocidad. Adelantais demasiado el amor de la virtud, ó Telémaco, y el temor de ofender á la Religion.

Basta, le dixe yo, que la mentira sea lo que es, para no ser digna de un hombre, que habla en la presencia de los dioses, y tiene obligacion á la verdad. El que hace injuria á la verdad, hace ofensa á los dioses, y se injuria á sí mismo, porque habla contra la propia conciencia. Dexaos, Narval, de proponerme una cosa, que es indigna de ambos á dos. Si se compadecen los dioses de nuestros males, ellos sabrán bien librarnos: si quisiéren dexarnos perecer, muriendo serémos víctimas de la verdad, y dexarémos á los á hombres exemplo de anteponer á una larga vida un virtud sin mancha. La mia es ya demasiado larga, siendo tan infelice. Por vos solo, ó caro Narval mio, se me enternece el corazon. ¿Es posible que vuestro amor ácia un desventurado extrangero os habia de ser tan fatal?

Perseveramos largo en ésta especie de diferencia, y al fin vimos llegar un hombre, que venia muy afanado. Era éste un ministro de Pigmalion, que venia de parte de Astarbé. Era ésta una muger hermosa como una deidad, y unia á la belleza del cuerpo la del alma: era lisonjera, festiva, y tenia el arte de saberse insinuar en los corazones agenos. Sin embargo, con una dulzura aparente tenia un pecho cruel y lleno de malicia; mas sabia ocultar sus sentimientos malvados con un profundo artificio. Habia sabido ganarse el cariño de Pigmalion con su hermosura, con su vivacidad, con su suave voz y harmoniosa lira; y Pigmalion ciego por ella con una violenta pasion,

habia dado de mano á su consorte la Reyna Tafa. No cuidada sino de satisfacer las pasiones de la ambiciosa Astaryé. El amor á ésta muger no le era ménos funesto, que su infame avaricia. Mas con todo que él la tenia grande aficion, ella le despreciaba, y abominaba; pero escondia la verdad de su afecto, y fingia no querer la vida sino para él solo.

Al mismo tiempo que ella no podia sufrirlo, habia en Tiro un jóven Lidio, por extremo galan; pero muy afeminado, y anegado en los gustos: llamabase Malacon. No discurria este sino en guardar su delicadeza, peinar sus rubios y rizados cabellos, que baxaban hasta la cintura, perfumar sus vestidos, darles gracioso aliño, y finalmente cantar, acompañado de su lira, amorosas canciones. Vióle Astarbé, lo amó y dió en una furiosa pasion. El no hizo caso de ella, porque estaba en exceso enamorado de otra muger, y á mas de eso temia arriesgarse á los crueles zelos de Pigmalion. Viéndose despreciada Astarbé, se dexó arrebatar de la cólera. En su despecho se le ofreció que podia hacer creer que Malacon era el extrangero que hacia el Rey buscar, y se decia haber arribado en el baxél de Narval. En efecto lo dió á entender así á Pigmalion, y coechó á todos los que hubieran podido desengañarlo.

Como no amaba el Rey á los virtuosos, ni sabia hacer de ellos discrecion; así no le cercaban sino hombres avarientos, engañosos, y prontos en executar sus injustos y violentos órdenes. Temian éstos la autoridad de Astarbé, y ayudaban á sus engaños, temiendo disgustar á esta muger altiva, que tenia toda la confianza de Pigmalion.

De ésta manera al jóven Malacon, bien que le conocia por Lidio toda la ciudad, se impuso el nombre de aquel extrangero, á quien Narbal habia conducido de Egipto, y con ese nombre fué puesto en prision. Astarbé, que temió que fuera Narbal á hablar al Rey, y descubriera su calumnia, le envió con solicitud un ministro, que le refiriéra estas voces: Astarbé os manda que no deis parte al Rey de quién es aquel extrangero que él busca. No pretende de vos sino el silencio, y sabrá obrar de forma que el Rey quede satis-

fecho de vos. En tanto, porque no sea mas notado en la ciudad, dad priesa á que se embarque con los de Chipre el jóven forastero que traxisteis de Egipto. Muy alegre Narbal, por poder escapar su vida, y la mia, ofreció callar, y se volvió el ministro á dar cuenta á Astarbé de su comision con gusto, por haber alcanzado lo que pedia.

Admiramos Narbal é yo la bondad de los dioses, que premiaban nuestra sinceridad, y cuidan tan afectuosamente de aquellos, que todo lo ponen á riesgo por la virtud. Mirabamos con horror á un Rey dado en presa de la avaricia y del placer deshonesto. Quien así teme ser engañado, deciamos, bien merece serlo; y es casi de ordinario engañado groseramente, y sin que sea menester astucia. El desconfia de los hombres de bien, y hace confianza de los malvados, siendo solo el que ignora lo que sucede.

Admirad á Pigmalion: él es juguete de una desenvuelta muger. En tanto se sirven los dioses de la mentira de los malignos para salvar los buenos, que ántes quieren perder la vida, que agraviar la verdad. En el mismo tiempo observamos que se mudaba el tiempo, y que soplaba el viento favorable á las naves de Chipre, que habian de partir.

Los dioses se declaran, gritó Narval: ellos, mi querido Telémaco, quieren asegurarnos. Huid de ésta tierra barbara y maldita. Feliz de quien os pudiera seguir hasta las mas desconocidas regiones. Feliz de quien pudiera vivir y morir con vos mismo. Pero un hado severo me tiene enlazado á esta patria: es preciso padecer con ella, y tal vez lo será el quedar sepultado entre sus ruinas: mas no importa, con tal que siempre diga yo la verdad, y ame en mi corazon á la justicia. En quanto á vos, amado Telémaco mio, yo suplico á los dioses, que como de la mano os conducen, que os den la virtud pura, y sin mancha hasta el último plazo de vuestra vida, que es el don mas precioso de quantos pueden dar. Vivid, volved á Itaca, consolad á Penélope, y sacadla á salvo de todos aquellos témerarios amantes que la persiguen: puedan ver vuestros ojos, y estrechar vuestros brazos al sabio Ulises, y halle él en vos un hijo igual á su sabiduría; pero en vuestra feli-

cidad accordaos del infelicísimo Narbal, y nunca os olvideis del cariño de que me sois deudor.

Acabando estas voces, le bañaba yo con mis lágrimas sin responderle: impedian el uso de la lengua muchos muy profundos suspiros, y abrazábamonos con un silencio, que la expresion mas viva de un amor, y de una pena no es capaz de poder declarar. Condúxome al baxel: paróse en la ribera; y quando habia ya hecho vela la nave, proseguimos uno y otro en mirarnos, miéntras que nos pudimos alcanzar á ver.

FIN DEL LIBRO TERTIO.

TELÉMACO.

LIBRO IV.

SUMARIO.

Habiendo Calipso tenido sumo gusto de la narracion que le hizo Telèmaco de sus sucesos, difiere para el dia siguiente el resto de la historia. Telémaco y Mentor se retiran. Documentos de Mentor à Telémaco en órden á la narracion hecha á Calipso. Prosigue Telémaco en contar sus sucesos. En su viage á la Isla de Chipre se levanta una tempestad. Desenfrenadas costumbres de los Chipriotas. Llega Telémaco á aquella Isla. Descripcion del templo de Venus y de sus sacrificios. Halla á Mentor, que le da noticia de sus aventuras y cautiverio. Azaél, á quien Mentor habia sido vendido, se aficiona á Telémaco; hácele que se embarque en su baxel, y que salga de Chipre.

Habiendo estado inmoble Calipso, y transportada con el deleite de oir hasta éste punto á Telémaco el discurso de sus varios sucesos, le quiso interrumpir, para que reposára un poco de su fatiga. Tiempo es, le dixo, de que os retireis á probar el recreo dulce del sueño, despues de tantos trabajos. Aquí no teneis cosa que temer, todo os es favorable: daos, pues, enteramente á la alegría y paz; y disponeos à gozar de todos los demas dones del cielo, de que os veréis colmado dentro de poco tiempo. Quando la roxa aurora se haga mañana ver en el Oriente, y disputando el sol sobre las plateadas espumas del tempestuoso mar, difunda su luz, introduciendo el dia, para ahuyentar del cielo á las estrellas, volverémos, mi querido Telémaco, á la historia de vuestros sucesos. Nunca vuestro padre ha igualado vuestra prudencia, ni vuestro valor: ni Aquiles vencedor de Hector, ni Teséo, que volvió del Infierno, ni aun el grande Alcides, que limpió de monstruos la tierra, han mostrado tan grande fortaleza, y tanta virtud como vos. Deseo que os abrevie la noche un apacible sueño: mas ¡ay, que para mí será muy

muy larga! ¡Quán tarde me parecerá el volveros á ver, el oiros, el haceros que repitais lo que ya sé, y el preguntaros lo que aun ignoro! Andad, mi amado Telémaco, junto con el sabio Mentor, que os han restituido los dioses: andad á aquella gruta profunda, donde está prevenido todo lo necesario para que podais descansar. Ruego á los dioses que derrame el sueño sobre vuestros ojos sus mas suaves dulzuras: que haga discurrir por todos vuestros mienbros fatigados un vapor divino; y que alhaguen las fantasías mas deliciosas á vuestros sentidos, desviando léjos de vos todo lo que pudiere desvelaros.

Conduxo la diosa á Telémaco á aquella gruta, que estando separada de la que ella habitaba, no era ménos rústica, ni mas agraciada. Convidaba al sueño una fuente, que á uno de sus lados corria con un dulze murmullo. Allí habian dispuesto las Ninfas dos lechos de mullida verdura, y habian extendido sobre ellos dos crecidas pieles, la una de Leon para Telémaco, y la otra de Oso para Mentor.

Antes de cerrar los ojos con el sueño, Mentor habló á Telémaco de esta manera: El deleite de relatar la historia de vuestros sucesos os ha hecho decir harto mas de lo que se debia. Habeis dado á la diosa sobrado gusto, contándole los riesgos de que vuestro corage, y vuestra industria os han sacado á salvo. No habeis hecho otra cosa con eso que encender mas la llama de su corazon, y disponeros otra mas arriesgada esclavitud. ¿Cómo esperais que ahora ella os permita salir fuera de ésta Isla, despues que por decirlo asi, la habeis encantado con vuestra narracion? El deseo de gloria vana os ha hecho hablar sin prudencia. ¿Quándo sereis, Telémaco, harto sabio para jamas hablar por vanidad, y para saber callar todo lo que puede aumentar vuestra reputacion, como no aproveche el decirlo? Admiran otros vuestra prudencía en una edad, en que merece perdon no tenerla: quanto á mí, no os puedo perdonar cosa ninguna, y soy solo quien os conoce y os ama, ¡quánto es menester para advertiros de todos los errores que cometeis. ¡O quán léjos estais aun de la prudencia de vuestro padre!

Por ventura podia yo, le preguntó Telémaco, excusarme de contar á Calipso mis infortunios? No, respondió Mentor: preciso era contarlos; mas podiais hacerlo, sin contarle otra cosa, que lo que pudiera mover á compasion. Le podiais decir como habias vagado, ahora cautivo en Sicilia, y despues en Egipto. Bastaba decirle esto: lo demas no ha hecho otra cosa que aumentar el veneno, que atosiga su corazon: quieran los dioses, que no pase despues á inficionar el vuestro.

¿Qué haré, pues? prosiguió Telémaco, con un tono de voz modesto y dócil. No es tiempo ya, le respondió Mentor, de ocultarle lo que aun falta de vuestra historia: sabe quanto le basta para no poder ser engañada respecto á lo que ignora todavía. No serviria de otra cosa vuestra circunspeccion, que de mover su enojo. Acabad, pues, mañana de contarle todas las gracias, que os han hecho los dioses, y aprended á hablar otra vez mas templadamente de aquello que os pueda producir alabanza.

Recibió amigablemente Telémaco un tan buen consejo, y ambos se dispusiéron para dormir.

Luego que esparció el sol sobre la tierra el oro explendoroso de sus rayos, oyendo la voz de la diosa, que llamaba en el bosque á todas las Ninfas, Mentor llamó á Telémaco. Ya es tiempo, dixo, de despertar. Vamos, y volved á Calipso; pero desconfiad de sus dulces palabras: nunca le descubrais vuestro corazon, y temed el veneno alhagueño de sus alabanzas. Ayer os elevaba mas alto que vuestro padre Ulises, que el invencible Aquiles, que el famoso Teséo, y aun que el mismo Alcides, que ya tiene el aplauso de inmortal. No advertisteis quán excesiva era esta alabanza? ¿Os persuadis vos todo eso que decia Calipso? Sabed, que ni ella misma lo cree, ni os alaba, sino porque os juzga tan débil y tan vano, que tal vez os podria engañar con desproporcionados elogios de vuestras acciones.

Despues de éstas razones, se fuéron al lugar en que los esperaba la diosa. Sonrióse ella al verlos, y encubrió con un velo de aparente alegria el temor, é inquietud que alteraban su corazon: porque pronosticaba, que escoltado Telémaco de Mentor, se le escapa-

ria, como lo habia tambien hecho Ulises. No dilateis, amado Telémaco mio, le dixo, el satisfacer mi curiosidad. Se me figuraba toda ésta noche, que os veia partir de Fenicia, y buscar en la Isla de Chipre una nueva fortuna. Decidme pues, quál fué vuestro viage, y no perdais momento. Entónces se sentaron sobre la yerba, esmaltada de muchas violetas, á la sombra de un bosque muy frondoso.

Calipso no podia contenerse de echar de quando en quando á Telémaco algunas ojeadas, índices de su ternura y de su pasion; como ni de mirar con ceño á Mentor, que observaba con atencion todos los movimientos de sus ojos, hasta los mas pequeños. Callaban entre tanto las Ninfas, é inclinábanse, para prestar oido con atencion, formando un medio circulo, para ver, y escuchar mejor. Estaban puestos fijos los ojos del concurso todos en el jóven Telémaco; y baxando los suyos, y coloreándose muy graciosamente, volvió de esta manera á tomar el hilo de su interrumpido discurso.

Apenas llenó nuestras velas el soplo dulce del favorable viento, se desapareció de la vista la tierra de Fenicia, de que nos ausentamos. Hallandome con las gentes de Chipre, de quien no conocia las costumbres, determiné callar, y observarlo todo, guardando puntualmente todas las reglas de la discrecion para ganar su aprecio. Pero en medio de mi silencio se me apoderó un dulce y profundo sueño. Hallábanse suspensos y embargados mis sentidos, y gozaba de una alegría y una paz tranquila, en que estaba anegado mi corazon.

De improviso me pareció que veia á Venus, que surcaba las nubes con su ligero carro, conducido de bellísimas palomas. Tenia ella aquella brillante hermosura, aquella juventud viva, aquella gracia tierna que se viéron en ella, quando brotando de las espumas, deslumbró los ojos hasta al mismo Júpiter. Baxó en un vuelo rápido hasta cerca de mí: púsome sonriéndose la mano sobre el hombro; y llamándome por mi nombre, me dixo estas palabras: Tú, jóven Griego, estás para entrar en mi reyno, y llegarás bien presto á aquella Isla dichosa, donde nacen los gustos, los juegos, y la risa festiva sobre mis huellas. Allí tú que-

marás inciensos sobre mis aras, y serás de mí sumergido en un crecido rio de delicias. Abre tu corazon á las esperanzas mas dulces, y mira bien no te opongas á la mas poderosa de todas las deidades, que intenta hacerte feliz.

Observé al mismo tiempo á Cupidillo, que batiendo sus alas pequeñuelas, daba gyros en al rededor de la madre: bien que llevaba en su rostro la mas delicada belleza; y lo apacible de la juventud descubria en sus ojos perspicaces un no sé qué, que me causaba miedo. Sacó de su aljaba de oro la mas aguda de sus saetas; tendió el arco, y ya estaba para traspasarme, quando de repente apareció Minerva, y me abrigó con su escudo. No tenia el semblante de esta diosa aquella afeminada belleza, y aquel amoroso desmayo, que habia yo advertido en el rostro, y disposicion de Venus. Por el contrario, era esta una belleza sencilla, despreciada, y modesta: todo en ella era grave, vigoroso, noble, y lleno de brio y de magestad. No pudiendo las flechas de Cupido penetrar el escudo, se cayeron en tierra: él enojado suspiró amargamente, y se avergonzó de quedar vencido. Apartaos, de aquí, le gritó Minerva, apartaos de aquí, temerario niño, que nunca venceréis sino á las almas viles, que anteponen á la sabiduría, á la virtud y gloria los vergonzosos placeres.

A estas voces Cupido ayrado desapareció volando; y miéntras Venus se volvia á cubrir al cielo, ví gran rato su carro, junto con sus palomas, en una nube de oro y azul; y finalmente se me desapareció de los ojos. Al volverlos yo á tierra, no ví mas á Minerva, bien que registré todo lo que alcanzaba en mi contorno.

Parecióme que entónces me habia trasladado á un deliciosísimo jardin tan puntualmente como pintar los campos Elisios. Aquí reconocí á Mentor, que me dixo: Huid de esta tierra cruel, de esta Isla emponzoñada, en que no se respira sino placeres. La virtud mas valiente debe en ella temblar, y no puede salvarse sino en la fuga. Al punto que le ví, me quise arrojar á su cuello para abrazarlo; mas conocia que estaban inmobles mis pies; que me flaqueaban las piernas; y

que esforzándome á estrechar con mis brazos à Mentor, iba en busca de una vana sombra, que no se me dexaba coger. Con tal esfuerzo me desvelé, y nóté, que era aquel sueño un advertencia divina. Sentime lleno de nuevo aliento contra los gustos, y de desconfianza de mí propio, para tener en ménos la vida afeminada de los Chipriotas. Pero lo que me atravesó el corazon, fué creer que Mentor habia ya acabado con la vida, y habia ya pasado á habitar en aquella afortunada region, donde son moradoras siempre las almas justas.

Este pensamiento me hizo derramar un arroyo de lágrimas, y al instante me preguntáron la razon de mi llanto. Las lágrimas, respondí, convienen demasiado á un desventurado extrangero, que no tiene esperanza de volver á su patria. En tanto todos los Chipriotas de aquel baxel se entregaban á una necia alegría: los remeros, enemigos de la fatiga, se dormian sobre los remos: coronado de flores el piloto, dexaba de la mano el timon, y tenia en ella un gran vaso de vino, que habia ya casi agotado. El, y todos los otros, turbados del furor de la embriaguez, cantaban en honra de Venus y de Cupido ciertos versos, que á todos los amantes de la virtud deberian dar horror, y mover á abominacion.

Miéntras que de esta suerte se olvidaban de los peligros del mar, una tempestad repentina perturbó al mismo tiempo no ménos el cielo, que el piélago. Desencadenados los vientos de las prisiones de Eólo, bramaban con furor contra nuestras velas, y las horribles ondas combatian la nave por los costados, y ella gemia herida de los golpes. Ya subiamos sobre la espesa espuma de las hinchadas ondas, y ya parecia que el mar corria fugitivo del baxel, para dexarle hundir en el abysmo; y veíamos algunos escollos vecinos, en quien se estrellaban las altiveces de su furor con espantoso estruendo. Entónces entendí por experiencia lo que habia oido á Mentor, que á los hombres afeminados, y entregados á los placeres les falta el ánimo en medio de los riesgos. Lloraban todos aquellos Chipriotas espantados como mugeres. No se oia otra cosa que espantosos gritos, y lamentos, por haber de perder los gustos de esta vida, y ofrecimientos vanos á los

dioses de hacerles sacrificios, si podian llegar al puerto. No habia quien entre ellos mantuviera agilidad de espíritu, bastante para ordenar cómo habian de manejarse los cables, ni para executar las ordenes. Me parecio debia, procurando salvar mi vida, salvar igualmente las de los ostros. Puse mano al timon, porque el piloto, semejante á un sacerdote de los de Baco, no estaba en disposicion de conocer el riesgo del baxel: dí aliento á los marineros espantados: hice amaynar las velas, y ellos al mismo tiempo remáron con vigor. Cruzamos por algunos escollos: vimos de cerca todos los tremendos horrores de la muerte, y llegamos á Chipre finalmente.

Pareció este suceso como un sueño á quantos me debian el conservar su vida, y mirábanme con asombro. Llegamos á la isla de Chipre en abril, mes consagrado á Venus. Tal-tiempo, decian los Isleños, le conviene á la diosa porque parece que ella da vigor á la naturaleza, y produce los gustos del mismo modo que nacen las flores.

Luego que llegué á la isla, sentí un ayre suave, que enflaquecia, y emperezaba el cuerpo; pero que al mismo tiempo infundia un genio alegre, y festivo. Noté que la campaña, naturalmente fértil y hermosa, estaba casi toda sin cultivo: tanto los moradores huian del trabajo. Advertí en todas partes mugeres y doncellas vanamente adornadas, que cantando los loores de Venus, iban á dedicársele en su templo. La belleza, la gracia, la alegria, y el placer igualmente brillaban en sus rostros; pero todo era muy afectado: ni se veia la noble sencillez y apreciable vergüenza, que es lo que mas agrada en la hermosura. El ayre blando de sus semblantes, el artificio de sus afeytes, los profanos adornos, su desmayado andar, su mirar, que parece que buscaba quien las mirase; sus reciprocos zelos, para encender alguna pasion grande en otros corazones: y por concluir, quanto veia en ellas me parecia vil y despreciable; y procurándome á toda fuerza agradar, me causaba enfado.

Conduxéronme al templo de Venus. Tiene muchos la diosa en aquella isla; pero singularmente es adorada en Pafo, en Idalia, y Cytera. A este postrero

fuí conducido yo. Todo el templo es de marmol, y edificio perfecto. Son las columnas de tal corpulencia y altura, que le hacen magestuosísimo. Sobre el arquitrave y el friso á cada parte hay algunos grandes frontispicios, en que se ven de escorzo los sucesos mas divertidos de la deidad. A la puerta del templo está continuamente un gran tropel de gente, que vienen á hacer sus ofrendas.

Ninguna victima se degüella jamas en el recinto del lugar sagrado: no se quema en él como en otros la grosura de las terneras, y de los toros; ni nunca se derrama su sangre, sino que solamente se presentan delante del altar los animales que se le ofrecen: y no puede ofrecerse alguno que no sea jóven, blanco, sin defecto y sin mancha. Cúbrenles á los brutos del sacrificio de pequeñas bandas de púrpura, bordada de oro, adornan sus hastas con ramos de olorosas flores; y habiéndose ofrecido delante del altar, se envian á un lugar apartado, en donde los degüellan, para servir en los convites de los sacerdotes

Aquí tambien se ofrece toda especie de licores aromáticos, y tambien el vino mas suave que el nectar. Los sacerdotes visten ropages largos, de color blanco; con cíngulos de oro, y franyas de lo mismo en las extremidades. Quémanse en los altares dia, y noche los mas exquisitos aromas del Oriente, que forman una especie de nube, que se eleva hasta el cielo. Todas las columnas de marmol están adornadas de festones, que estan de ellas pendientes: todos los vasos, que sirven para los sacrificios, son de oro puro: rodea el edificio un bosque de arrayanes consagrado á la diosa: no hay en él sino algunos jovencitos, y doncellas de exquisita belleza, que puedan presentar á los sacerdotes las víctimas, y se atrevan á encender el fuego de los altares. Pero desacreditan tan suntuoso templo la sobrada licencia, y desenvoltura.

Causaronme horror al principio las cosas que miraba: pero insensiblemente empezaba á acostumbrarme. Ya el mismo vicio no me causaba temor alguno, y aquellas compañías me inspiraban una no se qué inclinacion al desenfreno. Burlaban mi inocencia, mi modestia y empacho, que servian de ultrage á aquel pue-

blo sin pundonor. No se omitia cosa para excitar todas mis pasiones, para ponerme asechanzas, y avivar el deseo de los placeres en mi corazon. Cada dia me sentia mas flaco: casi no me servia ya de provecho la buena educacion con que me crié, y mis buenas resoluciones se desvanecian. No me conocia en estado de resistir al mal que me apremiaba por todos lados, y tenia una infame vergüenza de la virtud. Estaba como un hombre, que nada en un profundo, y arrebatado rio: él al principio rompe las aguas, y sube contra el ímpetu de la corriente; pero si ve las márgenes muy distantes, y no puede descansar sobre la rivera, finalmente poco á poco se cansa, se le acaba la fuerza, se le pasman los miembros debilitados, y lo arrastra tras sí violentamente el raudal.

De esta forma puntualmente los ojos se me empezaban á obscurecer, se me enflaquecia el corazon, y no podia recobrar la razon extraviada, ni traer á la memoria los trabajos que estaba padeciendo mi padre. Acababame de desalentar el sueño, en que me parecia haber visto al sabio Mentor en los Elisios. Apoderábase de mí mismo un secreto y dulce desmayo, y amaba ya aquel lisongero veneno, que andaba discurriendo en mis venas, y penetraba hasta las médulas de mis huesos. Sin embargo, todavia gemia profundamente, derramando amarguísimas lagrimas, y en mi furor rugia como un leon. ¡O infeliz juventud, decía yo! ¡O dioses, qué cruelmente os burlais de los hombres! ¿Por qué hacerlos pasar por esta edad, que es tiempo de locura, ó abrasada fiebre? ¿Por qué no seré yo como Laerte, mi avuelo, cubierto ya de canas, encorvado, y vecino á la sepultura? Mas estimaria la muerte, que no la flaqueza afrentosa en que me veo.

Apenas habia así hablado, se disminuía mi pena; y embriagado mi corazon de una pasion estólida, arrojaba de sí casi toda la vergüenza. Despues me veia anegado en un cruel abismo de remordimientos. En esta turbacion corria acá, y allá por la sagrada selva; semejante a una cierva, que habiendo sido herida del cazador, va corriendo al través de los dilatados bosques, para mitigar su dolor; mas llevando consigo aquel dardo mortal con que la atravesáron. Así igual-

mente, yo en vano iba corriendo por perder la memoria de mí propio, porque ninguna cosa podia aliviarme la herida que llevaba dentro de mi pecho.

En aquel mismo punto ví harto léjos de mí, baxo la obscura sombra del bosque, la figura del sabio Mentor; mas su rostro me pareció tan pálido, tan melancólico, y tan austero, que no pude tener gozo ninguno. ¿Sois vos, dixe, querido amigo mio, sola esperanza mia? ¿Sois vos? ó es esta alguna vana ilusion, que viene á burlar mis sentidos? ¿Sois vos Mentor? ¿Es este vuestro espíritu, que tiene aun alguna compasion de mis males? ¿No sois ya de aquellas almas dichosas, que gozan de su virtud, y de aquellos puros placeres, que los dioses les dan en los felices campos? ¿Mentor vivis aun? ¿No soy harto dichoso para lograros, ó no es esta mas que una aparientia de mi amantísimo amigo? Diciendo estas palabras, corria ácia él fuera de mí con tal ímpetu, que casi me faltaba el aliento. El, sin dar paso alguno ácia mí, me aguardaba tranquilamente. ¡Vos, ó dioses, sabeis qual fué mi gozo, quando le tocaron mis brazos! No, no es esta, grité, una sombra vana; yo os estrecho, yo os abrazo, amado Mentor mio. Hablando así, le bañaba el rostro con un torrente de lagrimas, y estábame asido a él, sin poder decir otra cosa. Mirabame Mentor con un ayre melancólico, y con los ojos llenos de una compasiva ternura. Finalmente le dixe así.

¡Ay de mí! ¿de qué lugar venis? ¡En qué riesgos me habeis dexado, durante vuestra ausencia! ¿Y qué haria ahora sin vos? Pero sin responder a mis preguntas: Huid, me dixo, con un tono de voz terrible: huid, daos priesa á huir. Aquí la tierra no produce otro fruto que tosigo: esta apestado el ayre que se respira: los hombres contagiosos no hablan juntos sino para comunicarse el mortal veneno; y el placer vil, é infame, el qual entre los males que han venido á ocupar el mundo, es el mas horrible, afemina todos los corazones, y no dexa crecer aquí virtud alguna. Huid: no os detengais: no os volvais a mirar a trás: y desechad despues de vuestra memoria esta isla detestable.

Dixo. Y luego sentí yo como una densa nube, que se disipaba delante de mis ojos, y me dexaba ver la pura luz; dentro de mi pecho renacia una suave alegría, llena de valiente denuedo. Era harto diferente esta alegría de aquella blanda, y lasciva, que habia envenenado mis sentidos. La una es alegría de embriaguez, y perturbacion interrumpida de pasiones furiosas, y remordimientos inquietos: la otra es la alegría de la razon, que tiene algo de bienaventurada, y de celestial. Esta es siempre pura, é igual, y nada la puede agotar: quanto mas el hombre se entrega á ella, tanto la halla mas dulce, y ella arrebata la alma sin turbacion. Derramé entónces muchas lágrimas de consuelo, y conocí que no habia cosa allí mas amable que el llanto. Dichosos, decia yo, aquellos hombres, á quienes la virtud se da á ver con toda su belleza. ¿Puede ser así vista sin ser amada? ¿Puédese amar, sin que haga al mismo tiempo feliz al que es su amante?

Es preciso, dixo Mentor, que os dexe: ahora mismo me parto, no me es permitido detenerme mas. ¿Adónde vais? le pregunté yo. ¿Y quál será la tierra inhabitable, adonde no esté yo pronto para seguiros? No creais que podréis ausentaros de mí: moriré ántes, siguiendo vuestras pisadas. Diciendo estas palabras, le apretaba estrechamente entre mis brazos. En vano, me replicó, esperais detenerme. El cruel Metofi me vendió á los Etíopes; y habiendo éstos pasado á Damasco de Syria por negocios de su comercio, quisiéron desprenderse de mí, y esperando sacar una gran suma, me vendiéron á un cierto llamado Azaél, que buscaba un esclavo Griego, para informase de las costumbres de Grecia, é instruirse tambien en nuestras ciencias. En efecto, Azaél me compró á caro precio. Lo que ha oido de mí, respecto de nuestras costumbres, ha despertado en él el deseo de pasar á la Isla de Creta, para instruirse de las prudentes leyes del Rey Minos. Los vientos nos han obligado en nuestra derrota á detenernos aquí, para aguardar que corran favorables: ha venido á hacer en el templo sus sacrificios, y helo ahí, que ya sale. Los vientos nos convidan, ya se llenan las velas: á Dios, mi querido Telémaco: un esclavo, que tiene temor á los dioses,

debe seguir fielmente á su señor. Los dioses no permiten que sea mas de mí mismo : si lo fuera, ellos lo saben bien, no seria de otro, sino de solo vos. A Dios : acordaos de los trabajos de Ulises; y de las lágrimas de Penélope : acordaos de los justos dioses. ¡O dioses, protectores de la inocencía, en qué tierra me veo precisado á dexar á Telémaco !

No, no, le dixe yo, amado Mentor mio, no estará en vuestra mano el dexarme aquí : primero moriré, que os dexe partir, sin ir junto con vos. ¿Luego es ese Syriano vuestro Señor, hombre tan sin piedad? ¿Ha mamado en su niñez los pechos de alguna tigre? ¿Querrá desasiros acaso de entre mis brazos? Preciso es que me dé la muerte, y me dexe seguiros adonde fuereis. Vos mismo me exhortais á que huya, ¿y no quereis que huya, siguiendo vuestros pasos? Quiero hablar á Azaél; á caso él tendrá piedad de mi juventud, y mis lágrimas. Pues ama la virtud, y pues la va tan léjos á buscar, no puede ser que tenga un corazon feroz, y sin compasion. Me arrojaré á sus pies, abrazaré sus rodillas, y no le dexaré, sin que me permita seguiros. Seré su esclavo, mi apreciado Mentor, juntamente con vos, y le ofreceré ponerme entre sus manos. Si no me admite, no hay otro remedio para mí : me libraré del dolor de mi afligida vida.

En este punto llamó Azaél á Mentor. Postréme yo ante él, y él se pasmó, mirando en tal postura a quien no conocia. ¿Qué es, me preguntó, lo que quereis? La vida, respondí, que no puede durarme, si no me permitis que yo siga á Mentor, vuestro esclavo. Yo soy hijo del grande Ulises, Rey el mas sabio de quantos tiene Grecia, que ha abatido la soberbia ciudad de Troya, famosa en toda la Asia. No os expreso mi nacimiento para vanagloriarme, sino solo para mover en vos alguna compasion de mis desgracias. He buscado á mi padre por todas las regiones del mar en compañía de este hombre, que tenia en lugar de otro padre. La fortuna me le robó por colmo de mís males, y lo ha reducido á ser vuestro esclavo, permitid que lo sea yo tambien. Si es verdad que amais la justicia, y que pasais á Creta para aprender las leyes del prudente Minos, no endurezcais el pecho á mis suspiros,

dexadle ablandar de mis lágrimas. Veis al hijo de un Rey reducido á pedir la esclavitud, como su sola esperanza. Antes quise morir en Silicia, que ser esclavo; pero mis primeras desgracias no eran sino leves indicios de las injurias de la fortuna: hoy temo no poder ser aceptado en el número de los cautivos. O dioses, atended á mis males, ó Azaél, acordaos de Minos, cuya sabiduría admirais, y de que á entrambos nos juzgará en el infierno.

Mirándome Azaél con rostro apacible y humano, me alargó su diestra y levantó de la tierra. Sé, dixo, la virtud y prudencia de vuestro padre. Muchas veces me ha contado Mentor la gloria que se ha adquirido Ulises entre los Griegos, y ademas tambien la fama ha tenido cuidado de divúlgar su nombre en todos los pueblos de Oriente. Seguidme, hijo de Ulises, yo seré vuestro padre, hasta que halleis aquel, que os ha dado la vida. Y aun quando no me moviera la gloria de vuestro padre, y las desgracias de ambos, el amor que tengo á Mentor, me moveria á cuidar de vos. Es verdad que lo he comprado como á mi esclavo; pero le miro como á un amigo fiel. El dinero que dí por él, me ha adquirido el mas caro y precioso amigo que tengo en el mundo. En él he hallado la sabiduría, y solo á él debo todo el amor que tengo á la virtud. Desde éste punto queda en libertad como vos, y nada quiero de ambos en recompensa, sino que eternamente me ameis.

En un instante pasé del dolor mas amargo al mas alegre júbilo, que puede caber en los hombres. Veíame libre de un horrible peligro: acercabame á mi pais: hallaba ayuda para volver á él: lograba del consuelo de estar cerca de un hombre, que me empezaba á amar solo por el amor de la virtud; y finalmente, hallaba todas las cosas, recobrando á Mentor, para nunca mas apartarme de él.

Marchó Azaél ácia la ribera, y le seguimos nosotros. Entramos todos en el baxel, surcando los remos en el mar tranquilo: jugaba en nuestras velas un apacible céfiro, é impeliendo todo el baxel, le hacia caminar con suave y ligero movimiento: ocultóse al

instante de nosotros la Isla fatal de Chipre. Estaba impatiente Azaél por descubrir mis íntimos sentimientos : mandóme á hablar de las costumbres de aquella Isla, y preguntóme, ¿qué me parecia ? Díxele ingenuamente los peligros á que se habia expuesto mi juventud, y la lucha, que dentro de mí mismo habia padecido. Viendo el horror que yo tenia al vicio, se enterneció Azaél, y dixo éstas palabras : Conozcolo, Venus ! vuestra potencia y la de vuestro hijo : he abrasado inciensos en vuestras aras ; pero permitid que deteste la afeminacion infame de los habitadores de vuestra Isla, y la brutal desverguenza con que celebran los dias de vuestras fiestas.

Despues prosiguió hablando con Mentor de aquella primera potencia, que fabricó el cielo, y la tierra, de aquella luz simple, infinita, inmutable, que se comunica á todos, sin dividirse, de aquella verdad suma y universal, que ilumina á todas las almas, como ilumina el sol á todos los cuerpos. Aquel, proseguia diciendo, que no ha visto jamas aquella pura luz, es ciego, como el ciego de nacimiento, y pasa en una noche profunda su vida, á manera de aquellos pueblos, á quienes en muchos meses del año no llega el resplandor del sol. Persuadese que es sabio, y es necio : piensa que lo vé todo, y no ve cosa alguna, y aun se muere, sin haber visto nada : á lo mas, no descubre sino obscuros y falsos resplandores, sino sombras ó fantasmas, que nada tienen de realidad. De esta manera son todos los hombres, que se dexan llevar del deleite de los sentidos, y del hechizo de su imaginacion. No hay en la tierra otros hombres, que de verdad lo sean, fuera de aquellos que se aconsejan con la eterna razon, la aman y la siguen. Ella es quien nos inspira los pensamientos buenos, la que nos reprehende los malos : de ella hemos recibido nuestro entendimiento, no ménos que la vida. Ella es como un océano de luz, y nuestros entendimientos son como unos pequeños arroyuelos que salen de ella, para restituirse á ella misma.

Aunque yo no entienda todavía perfectamente los sabios y profundos sentidos de éste razonamiento, no

dexaba con todo de percibir un no se qué de puro, y de sublime: inflamabase mi corazon, y parecíame, que en todas estas palabras lucia la verdad. Continuáron ambos en conversar del orígen de los dioses, de los héroes, de los poetas, del siglo de oro, del diluvio, de las primitivas historias del linage humano, del rio del olvido, en que van á bañarse las almas de los difuntos, de las eternas penas dispuestas a los malos en la lóbrega sima del abismo, y de áquella dichosa paz de que gozan los justos en los campos Elisios, sin miedo de poderla jamas perder.

Miéntras que discurrian Azaél y Mentor, vimos algunos delfines cubiertos de una escama, que parecia de orò y azul, que jugueteando levantaban el agua, formando de ella bellísimos penachos plateados de la espuma. Detras de ellos venian los tritones, que con sus retorcidos caracoles imitaban al vivo el estruendo de las trompetas. Estos ceñian el carro de Anfitrite, tirado de algunos caballos marinos, mas blancos que la nieve, que hendiendo las aguas salobres, dexaban á la espalda señalado su veloz curso con un prolixo surco, sembrado de ricos aljófares. El carro de la diosa era una concha de maravillosa figura, de un candor mas brillante que el de marfil; cuyo movimiento alentaban preciosas ruedas de oro. No parece que corria, sino que volaba con rapidez sobre la superficie de las ondas. Nadaban de tropel detras del carro muchas ninfas coronadas de flores, suéltos á las espaldas sus cabellos, que se movian á discrecion del viento. Llevaba en su diestra la diosa un cetro de oro para mandar las aguas, y con la otra apretaba en su regazo al pequeño dios Palemon, pendiente de sus hermosos pechos, tenia un rostro sereno, y una magestad apacible, que desterraba los vientos tumultuosos, y las formidables borrascas Los tritones regian los caballos con sus doradas riendas. Ondeaba con el ayre sobre el carro una crecida vela de púrpura, que estaba medio hinchada al soplo de una tropa de pequeños céfiros, que así la procuraban impeler. Veíase en medio del ayre á Eolo, cuidadoso, inquieto, é impetuoso, arrugado su rostro, y melancólico, la voz amenazadora, muy pobladas las cejas, y muy largas; llenos

los ojos de una obscura y severa luz, hacia que callaran los fieros aquilones, y ponia en fuga todas las nubes. Las disformes ballenas, y todos los monstruos marinos, entrando, y despidiendo por las narices las salobres aguas, salian de sus grutas apresurados para ver la diosa.

FIN DEL LIBRO QUARTO.

TELÉMACO.

LIBRO V.

SUMARIO.

Llegan á Creta Telemaco y Mentor. Costumbres de los Cretenses. Trágica historia de Idomenéo, Rey de aquella Isla, que dió muerte á su propio hijo. Parte Idomenéo de Creta: sus amigos le conducen á otro pais. Queda Creta sin Rey. Júntase el pueblo para elegir á uno. Propónense algunos juegos para dar la corona al que quedára vencedor. Descripcion de muchos juegos, y de vencimientos en la lucha del cesto, y de corridas de carros. Entra Telémaco en los juegos por galantería, para experimentar su destreza. Alcanza la victoria en algunos. Introdúcenle en la asamblea de los viejos electores de Rey. Propónense algunas questiones, y responde á ellas.

Despues que con asombro vimos este espetáculo, empezamos á descubrir las montañas de Creta; pero no sin costarnos todavía trabajo el distinguirlas de las nubes y del agua. Bien presto observamos la cumbre del monte Ida, que se levanta sobre los demas montes de la isla, como un antiguo ciervo en el bosque levanta sus enramadas hastas sobre la frente de los cervatillos, que le van siguiendo. Poco a poco se nos aclaró mas la ribera de aquella isla, que se nos presentó á los ojos como un anfiteatro. Quanto nos parecia despreciada, é inculta la tierra de Chipre, otro tanto se nos mostraba fértil la de Creta, y cargada de todos frutos por el trabajo del cultivo, que empleaban en ella sus moradores.

Veiamos aldeas fabricadas pulidamente; lugares que competian con las ciudades, y ciudades soberbias por todas partes. No advertiamos valle, ó monte en que no se notara impresa la mano diligente del labrador, y en todas partes habia el arado dexado profundos surcos. Reconocimos con deleite valles bien hondos, donde andaban bramando las vacadas en sus

crecidos pastos, cérca de los ruidosos arroyuelos: los carneros, que se apacentaban en la vertiente de algun collado: la extendida campiña cubierta de nuevas espigas; con las quales la habia enriquecido su fertilidad misma: y finalmente, las montañas adornadas de pámpanos, y de racimos de uvas, que iban entrando en sazon, y prometian el sabroso vino, que mitiga el afan de los hombres y de los viñadores.

Mentor nos dixo, que ántes de ahora habia estado en Creta, y nos informó de todo quanto sabia. Esta isla, decia, admirada de todos los extrangeros, es famosa por sus cien ciudades: alimenta á todos sus moradores, aunque son casi innumerables, sin alguna dificultad; porque nunca dexa la tierra de contribuir largamente sus riquezas á los que la cultivan, y no puede vaciarse su fecundo seno. Quanto mayor número de hombres hay en un pais, con tal que sean ellos laboriosos, tanto mas logran de la abundancia. Nunca estan en necesidad de estar celosos los unos de los otros; porque ésta buena madre va multiplicando los dones á proportion del número de sus hijos, que merecen el fruto de sus fatigas. El único origen de todas las miserias de los hombres, son la avaricia y ambicion. Ellos lo quieren todo, y se hacen desdichados, deseando lo que no han menester. Si quisieran vivir sencillamente, y contentarse con satisfacer á las necesidades, en todas partes se viera la abundancia, la alegría, la concordia y la paz.

Esto es aquello, que habia comprehendido Minos, el mas sabio y mejor de quantos Reyes hubo; y todo lo que en Creta veréis mas admirable, es fruto de los suyos. El modo con que hacia criar los niños, hace los cuerpos sanos, y robustos. Acostumbranse desde la cuna a una vida sencilla, templada y laboriosa. Creen, que qualquier deleite debilita el cuerpo y el ánimo; ni jamas se les ofrece otro placer, que el de ser invencibles con la virtud, y el de adquirir gloria. Aquí no se pone solamente el esfuerzo en despreciar la muerte entre los riesgos de la guerra, sino en llorar las riquezas y vergonzosos placeres. Castíganse tres vicios, que en otros pueblos pasan sin correccion, la disimulacion, la avaricia y la ingratitud.

La soberbia y la afeminacion son desconocidas en Creta; y por eso jamas es menester reprimirlas. Todos trabajan, y nadie piensa en hacerse rico: cada uno se cree harto bien premiado de su propio trabajo, con una vida apacible y reglada, en que logra sin sobresalto, y con abundancia quanto es á la verdad necesario para la vida. Aquí no se permiten muebles preciosos, ni vestidos magníficos, ni palacios dorados, ni convites de gran regalo. Los vestidos son de lana fina y de buen color, pero llanos y sin adorno, ó bordadura alguna. Se come, y bebe vino con templanza: la principal vianda de sus mesas es el buen pan, y la fruta que dan los árboles por sí mismos, con la leche de sus ganados. Los mas comen manjares groseros, sin aderezo, ó salsa mas que muy ordinaria. A mas, que tienen cuidado de reservar los bueyes escogidos de sus grandes vacadas, para hacerlos servir á la agricultura. Las casas son pulidas, alegres, acomodadas, y sin adornos. Saben estos pueblos el arte de la arquitectura magnífica; pero está reservada para solos los templos, y no se atreverian los hombres á tener casas como las que sirven para los dioses. Las grandiosas riquezas de los Cretenses son la salud, la fuerza, y el denuedo, la paz, la concordia de las familias, la libertad de todos los ciudadanos, la abundancia de las cosas necesarias, el desprecio de las superfluas, el exercicio del trabajo, el horror del ocio, la emulacion de la virtud, la sujecion á las leyes y el temor de los justos dioses.

Preguntéle, en qué consistia la autoridad del Rey. Y Mentor respondió: el Rey lo puede todo sobre el pueblo; pero las leyes lo pueden todo sobre él. Para hacer bien tiene un absoluto poder; y en queriendo hacer mal, se halla con las manos atadas. Las leyes confian de él los pueblos como el mas precioso depósito, con condicion de que sea padre de todos sus súbditos. Quieren que sirva un solo hombre con su sabiduría, y moderacion a la felicidad de tantos otros; y no que tantos hombres sirvan con su miseria y vil servidumbre, para adular el orgullo y delicadeza de solo uno. No debe el Rey poseer alguna cosa mas que sus súbditos, sino lo que sea preciso, ó para recrearlo

en sus trabajosos empleos, ó para imprimir el respeto en los pueblos ácia aquella persona que ha de mantener las leyes. Debe tambien el Rey ser templado, y mas enemigo de la afeminacion, mas abstenido del fausto, mas apartado de la altivez que otro qualquiera que sea. No debe tener mas riquezas, mas deleites, mas prudencia, mas virtud, y mas gloria que el resto de los hombres. Fuera mandando los exércitos, debe ser defensor de la patria; y dentro de su estado ha de ser el juez de los pueblos, para hacerlos buenos, sabios y felices. No lo hán hecho los dioses Rey para sí mismo, sino para que sea el hombre de los pueblos. Debe dar á los pueblos todo su tiempo, todos sus pensamientos, todo su amor, y no es digno del Principado, sino en quanto se olvida de sí propio, por sacrificarse al bien público.

No quiso Minos que reynaran sus hijos despues de él, sino con condicion que hubiesen de reinar conforme á estas máximas. Amaba mucho mas á su pueblo, que á su familia propia. Con tal prudencia hizo á Creta tan poderosa y afortunada: con ésta moderacion obscureció la gloria de todos los conquistadores, que pretenden hacer que los pueblos sirvan á su propia grandeza, que es lo mismo que á su soberbia; y finalmente, con la justicia se hizo digno de ser el supremo juez de los muertos en el infierno.

Hablando así Mentor, llegamos á la Isla, y vimos el famoso laberinto, fabrica de las manos del ingeniosísimo Dédalo, que era una imitacion del grande laberinto, que habiamos visto en Egipto. Miéntras reconociamos este singular edificio, advertimos, que el pueblo cubria la ribera, y que corria de tropel á un lugar que estaba muy vecino al agua. Preguntamos por la ocasion de aquel apresurado concurso, y nos dió la noticia de todo un paisano que se llamaba Nausicrates.

Idomenéo, dixo, hijo de Deucalion y nieto de Minos, habia ido al asedio de Troya, como los otros Reyes de la Grecia. Desde aquella gran ciudad hizo vélas para volverse á Creta; pero le sobrevino una tempestad tan violenta, que el piloto de su baxel, y todos los demas, que eran experimentados en el arte

de navegar, tuviéron su naufragio por inevitable. Cada uno temia la muerte en su presencia: cada uno veia mil abismos abiertos para tragarlo: cada uno se quexaba de su desgracia, no esperando, ni aun despues de la muerte, el funesto reposo de aquellas almas, cuyos cuerpos no habian de llegar al sepulcro, sino quedar por cebo de los hambrientos peces. Levantando los ojos y las manos al cielo, invocaba á Neptuno Idomenéo. Vos, que poseeis el imperio del mar, decia en alta voz, dignaos, ó poderoso Dios, de oir á un desgraciado. Si á despecho del furor de los vientos haceis que me restituya á la Isla de Creta, yo os haré sacrificio de la persona que primero en ella vieren mis ojos.

Entre tanto, impaciente un hijo de Idomenéo por llegar á ver á su padre y lograr el consuelo de abrazarlo, se dió priesa para este efecto. ¡Infelice, que no sabia que así se abalanzaba á la perdicion! El padre, libre ya de la tormenta, se acercaba al puerto de la Scitia, y agradecia á Neptuno, que hubiera dado oidos á sus ruegos; pero advirtió bien presto quanto estos le habian de ser funestos. El conocimiento anticipado de su infortunio propio le ocasionaba el dolor gravísimo de su indiscreto voto. Temia llegar entre los suyos: baxaba los ojos y tenia miedo de ver lo que mas amaba el en el mundo. Pero la divina justicia que vela para el castigo de los delitos, y particularmente de la ambicion de los Reyes, movia á Idomenéo con una fatal é incontrastable fuerza. Llegó al fin á Creta, y apénas se atrevió á levantar los ojos, quando vió á su hijo propio. Detiénese despavorido todo, y va con los ojos buscando, mas sin efecto, alguna otra vida, que pueda servirle de víctima.

El hijo en esto se le arroja al cuello, y queda atónito de mirar que corresponda el padre tan mal á sus tiernas demostraciones; y viéndole llorar desmesuradamente, le dice: ¿De dónde viene, padre, ésta vuestra afliccion, despues de una tan larga ausencia? Por suerte os desagrada ver segunda vez vuestro Reyno, y consolar á vuestro hijo? ¿En qué os he ofendido? ¿Volveis ácia otra parte los ojos para no verme? Oprimido con el dolor el padre, no le respon-

lió cosa; pero al fin, despues de algunos profundísimos suspiros prorumpió con decir: ¡Ah, Neptuno, qué promesa te hice! ¡A qué precio me has reservado del naufragio! Vuelveme á la tormenta y á los escollos, que destrozándome, debian poner fin á mi afligida vida, y dexa vivir á mi hijo. Toma, ó cruel Dios! he aquí mi sangre, pero no quieras derramar la suya. Diciendo de esta suerte, desembaynó la espada para atravesarse; pero detuviéron su mano todos aquellos que le estaban cerca.

El anciano Sofrónimo, intérprete de la voluntad de los dioses le aseguró, que sin dar muerte al hijo, podria satisfacer á Neptuno. Vuestra promesa, decia, ha sido imprudente: los dioses no pretenden ser honrados con actos de crueldad: mirad bien no añadais al error de vuestra promesa, el de cumplir con ella contra las leyes de la naturaleza. Ofreced á Neptuno cien novillos mas blancos que la nieve: haced correr su sangre en rededor de su altar, coronado de flores, y quemad suave incienso en honor de ese dios.

Oia Idomenéo con la cabeza baxa y sin responder nada, las voces de Sofrónimo. Habíase en sus ojos encendido vivamente el furor pálido; y desfigurado su rostro, mudaba de color cada instante, y veíansele temblar todos sus miembros. Entre tanto su hijo le decia: Héme aquí, padre, vuestro hijo está dispuesto á morir, para aplacar la cólera de ese dios. Yo moriré contento, con que os hayais vos preservado con la mia de vuestra muerte. Heridme, ó padre, no temais, que hallaréis en mí un hijo que no sea indigno de vos, ó que tenga horror al morir.

En el momento mismo Idomenéo, totalmente fuera de sí, y como impelido de las furias infernales, sorprende á todos los que le observaban de cerca. Entra toda la espada por el corazon inocente del jovencillo, la saca toda humeando, y teñida de sangre, para meterla en sus entrañas propias, y segunda vez le detienen los que le tenian cercado, y no pudiéron estorvar su repentino furor.

Cayó en su propia sangre el triste jovencito, y cerró sus hermosos ojos la sombra formidable de la muerte. Abriólos un poco á la luz; pero apénas la en

contró, ni pudo mas sufrirla. Como en medio del campo un bello lirio, cortada del arado su raiz, se agosta, y ya no puede tenerse derecho, y aunque no haya perdido aun aquel candor hermoso, y aquel delicado esplendor, que deleita los ojos sumamente; sin embargo la tierra no le alimenta, y feneció su vida; de la misma manera el hijo de Idomenéo, como una tierna y nueva flor, en su primera edad fué sin piedad tronchado.

Quedó el padre insensible en el rapto de su dolor: no sabe donde está, qué hará, ó qué debe hacer: camina vacilante ácia la ciudad, y va llamando á voces á su hijo perdido.

Movido el pueblo á compasion del hijo, y horrorizado de la bárbara accion del padre, grita, que la justicia de los dioses ha entregado á Idomenéo en manos de las furias. Dales el furor armas, y toman todos palos, y se cargan de piedras. Derrama la discordia un veneno mortal en los corazones: los sabios Cretenses se olvidan de la prudencia, tan observada por ellos fuera de esta ocasion, y ya no reconocen al nieto de su sabio Minos. Los amigos de Idomenéo no discurren para él otra seguridad, que llevando la vuelta de los baxeles, embarcarse todos con él, y huyen á discrecion de los vientos y del mar. Volviendo Idomenéo en sí mismo, les da gracias, por haberle sacado de una tierra bañada con la sangre de su hijo, y en la qual no podia ya vivir. Condúcenlo los vientos ácia la Hesperia, y va con los suyos á fundar un nuevo Reyno en el pais de los Salentinos.

Los Cretenses ahora, hallándose sin Rey que los gobierne, han resuelto elegirle, para que se conserven en su vigor las leyes, ántes ya establecidas. He aquí el órden que deben observar en la eleccion. Hanse ya congregado todos los ciudadanos de las cien ciudades, y se ha dado principio á los sacrificios. Hanse tambien juntado los mas famosos sabios de los paises vecinos, para exáminar la virtud de aquellos que parecen dignos de mandar; y se han dispuesto algunos juegos públicos, en que combaten todos los pretendientes; porque se quiere dar el Principado por galardon á quien venciere a los demas, así en lo que mira al

cuerpo, como en que lo toca el alma. Se quiere un Rey que sea fuerte y diestro en el cuerpo: que tenga un ánimo dotado de prudencia, y virtud: á cuyo fin se llama tambien á concurso á los extrangeros.

Despues de haber Nausicrates referido ésta notable historia, nos dixo de esta suerte: Apresuraos pues extrangeros, en venir á nuestra asamblea, combatiréis con los otros; y si destinan los dioses para uno de vosotros la victoria, será Rey de esta Isla. Seguímosle sin deseo alguno del vencimiento, sino tan solamente por la curiosidad de ver una cosa nada vulgar.

Llegamos á una especie de vastísimo cerco ceñido de un espeso bosque: el centro de este sitio era un campo dispuesto para los combatientes; y estaba rodeado de un grande anfiteatro de tierra levantada, cubierta de fresca yerbecilla, sobre la qual estaba sentado por su órden innumerable pueblo. Recibiéronnos al llegar con honra; porque los Cretenses entre todos los pueblos del mundo, son los que mas noblemente exercen la hospitalidad, y con mayor puntualidad que los demas. Hiciéronnos tomar asiento, y nos convidáron á combatir. Excusóse Mentor por su vejez, y Azaél por su débil salud.

A mí no me dexaban alguna excusa mi juventud y mi robustez. Dí sin embargo una ojeada á Mentor, para entender su dictámen, y noté, que tenia deseo de que combatiese. Acepté pues el convite que se me hizo: despojéme de todos mis vestidos, y me ungiéron al punto con aceyte el cuerpo; y cubierto luego de polvo, me metí entre los combatientes.

Era el primer combate el de la lucha. Venció un Rodio de cerca de treinta y cinco años á todos los demas, que osáron presentarsele. Tenia aun todo el vigor de la juventud: sus brazos eran nervosos y gruesos, y al mas mínimo movimiento que hacia, se le veian todos los músculos; siendo igualmente agil y forzudo. No le parecia digno de ser vencido; y mirando mi poca edad con ojos compasivos, se quiso retirar; pero yo me avancé á él. Asímonos entónce el uno con el otro, y nos estrechamos tanto, que nos faltaba la respiracion. Estábamos pecho con pecho, pie con pie, con con todos los nervios tirantes, enredados los brazos

como serpientes, esforzándose cada uno á levantar al otro de tierra. Y a procuraba él sorprenderme, impeliéndome por el lado derecho: ya se animaba á hacerme doblar por el izquierdo. Miéntras de esta manera me tanteaba, le herí con tal violencia, que cediendo al impulso, cayó sobre la arena, y me atraxo sobre sí mismo. Intentó vanamente sobreponerse á mi primer esfuerzo, porque le tuve inmoble, y pegado á la tierra. Viva el hijo de Ulises, gritó á voces el pueblo; y sonrojado el Rodio, se levantó del suelo con mi ayuda.

Mas arriesgado fué el combate del cesto. Habiáse adquirido en este género de pelea alta reputacion el hijo de un rico ciudadano de Samio: cediéronle todos los demas, y yo solo esperé vencerlo. Al principio me descargó algunos golpes en la cabeza, y en el estómago que me hizo arrojar sangre, y me turbó la vista como con una espesa y densa nube. Vacilaba yo ya, y él me iba á los alcances, sin dexarme alentar; pero cobré el esfuerzo á la voz de Mentor; que me daba voces: ¿Hijo de Ulises, os dexaréis vencer? La colera me dió nueva fuerza, y huí de muchos golpes, que sin duda me hubieran oprimido. Miéntras que el Samio, habiéndome tirado un golpe en vago, alargaba sin efecto el brazo, le cogí velozmente en aquella planta algo inclinado á la tierra. Ya él cejaba, quando yo de repente levanté el cesto, para descargarle sobre él con mayor fuerza: quísose desviar, y perdiendo en el movimiento el equilibrio, me ofreció coyuntura de derribarlo. Apénas él estuvo tendido en tierra, le alargué la mano para levantarle con ella; pero se puso en pie por sí mismo cubierto de sangre, y de polvo. Fué grande su vergüenza: sin embargo no quiso volver á combatir.

Despues de esto inmediatamente se dió principio al juego de los carros, que se destribuyéron por suertes. Fué el mio el mas pequeño, y veloz por la ligereza de ruedas, y brio de los caballos. Arrancamos nuestra carrera: levántase una nube de polvo, y casi quita de los ojos al cielo. Dexé pasar delante á todos los demas, al punto que nos movimos. Llevaba la ventaja á los otros un mancebo Lacon, que se llamaba Crantor, y le iba á los alcances un Cretés, nombrado Polcileto Ipómaco, pariente de Idomenéo, á cuya sucesion aspiraba,

aspiraba, dando rienda á sus brutos, que humeaban con el sudor. Iba inclinado á sus undosas crines, y era tan rápido el movimiento que llevaban las ruedas de su carro, que no parecian moverse; así como las alas de la águila, quando ella rasga el ayre con mas impulso. Alentáronse mis caballos, y cobraron poco á poco el ayre, de forma que despues dexé muy atrás á todos los que habian arrancado con mayor fuerza. Dando Ipómaco demasiada priesa á sus caballos, cayó en tierra el de mayor vigor, y quitó á su señor con la caida la esperanza de dominar.

Policleto inclinándose demasiado sobre los caballos, no se pudo tener, y cayó de un vayven. Fuéronsele las riendas de la mano, y tuvo cierta fortuna, pues pudo en su caida librarse de la muerte. Pisistrato mirando lleno de indignacion, que yo le iba muy cerca, dobló el ímpetu de la carrera: ya invocaba á los dioses, prometiendoles ricos dones: ya hablaba á los caballos para infundirles brio. Temió que yo pasára entre él, y la estacada; y no teniendo ya otra esperanza que embarazarme el paso, para cerrarle se arriesgó á destrozar su carro en la barrera; y en efecto despedazó una rueda. No me detuve en otra cosa, que en hacer prontamente un giro, porque no me impidiera su desórden, y un momento despues me vió al fin de la carrera. Gritó otra vez el pueblo: Viva el hijo de Ulises. Los dioses le destinan nuestra corona.

Entónces los Cretenses mas ilustres, y sabios nos conduxéron á una antigua y sagrada selva, apartada de los hombres profanos, en donde los ancianos, que habia Minos establecido por jueces del pueblo, y guardas de las leyes, nos hicieron juntar. Aqui concurrimos los mismos que habiamos combatido en los juegos, y á ningun otro se admitió. Abriéron los sabios los libros, en que estan recogidas las leyes del Rey Minos. Sentíme lleno de respeto, y de confusion, quando me acerqué á aquellos viejos, á quienes hacia respetables la edad, sin enervar la fuerza del entendimiento. Estaban sentados por órden, é inmobles en sus puestos. Tenian las cabezas cubiertas de canas, y algunos las tenian casi despobladas de cabello: veíase brillar en sus graves aspectos una prudencia suave y

siones, y no conoce su obligacion: no ha gustado nunca el deleite del obrar bien, ni experimentado la dulzura de la virtud: es infeliz, y merece muy bien el serlo. Su miseria se aumenta cada dia, corre á la perdiccion, y se aprestan los dioses á castigarle con eternas penas. Confesó toda la asamblea que quedaba de mí vencido el sabio Lesbio; y declararon los viejos, que mi dictámen era conforme al de Minos.

Por tercera qüestion se preguntó: ¿Quál de dos cosas se debia preferir, un Rey conquistador, é invencible en la guerra, ó un Rey sin experiencia de este ministerio, peró apto á gobernar sabiamente los pueblos en la paz? La mayor parte respondió, que debia anteponerse el Rey invencible en la guerra. ¿De qué sirve, decian estos, tener un Rey, que sepa bien gobernar los súbditos en paz, si no sabe defender el estado, quando ocurre la guerra? Venceranlo los enemigos, y le harán esclavos sus pueblos. Llevaban otros por el contrario, que era mejor un Rey pacífico; porque temeria la guerra, y emplearia para estorvarla toda su industria. Decian otros, que un Rey conquistador trabajaria no ménos por la gloria del pueblo que gobernaba, que por la propia suya; y haria á sus vasallos dueños de las otras naciones, quando los tendria un Rey pacífico en una pereza afrentosa. Quisiéron escuchar mi parecer, y le declaré así.

No es mas que medio Rey, quien no sabe gobernar sino solamente en la paz, ó solamente en la guerra; y no es habil para regir su pueblo en estos dos estados. Mas si se compara un Rey, que no es experto sino en la guerra, con un Rey sabio, que sin saber el arte militar, es capaz, quando importa, de mantenerla por medio de sus Generales, me parece que se ha de preferir al primero con notable ventaja el segundo. Un Rey totalmente inclinado á la guerra, querria siempre hacerla, para dilatar su dominio, y arruinar los pueblos, ¿Qué importa á estos, que su Rey sujete á las demas naciones, siendo infelices todos los que él gobierna? Fuera de que, las guerras prolixas atraen siempre muchos desórdenes: se descomponen los mismos vencedores en la confusion de esos tiempos.

¿Veis lo que cuesta á la Grecia haber triunfado de Troya? Ha estado por mas de diez años sin Rey que la gobierne. Miéntras todo se altera por causa de la guerra, desfallecen las leyes, la agricultura y todas las artes. Los Príncipes mejores mientras que se ven obligados á mantener la guerra, lo son para tolerar el mayor mal de todos, que es la licencia, y el servirse del ministerio de hombres ruines. ¿Quántos facinorosos hay, que serian castigados en la paz, y cuya audacia es menester premiar en los desórdenes de la guerra? Jamas una nacion ha tenido un Rey conquistador, que no haya sido obligada á tolerar muchos males, que la soberbia de él mismo le ha ocasionado. Un Conquistador embriagado de su misma gloria, arruina á casi toda su nacion vencedora, no ménos que á las vencidas. El Príncipe que no tiene las qualidades precisas para la paz, no puede hacer que gusten sus vasallos los frutos de una guerra dichosamente conducida al fin. Es como un hombre que defiende su campo contra el del vecino, y usurpa el del vecino mismo; pero no sabe arar, ni sembrar, para lograr la cosecha de ambos. Un hombre de este caracter, parece que ha nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, no para hacer felíz á su pueblo con un prudente gobierno.

Ahora vamos al Rey pacífico. Es verdad que no es apto para conquistar nuevos Reynos; esto es, que no tiene ánimo para turbar la quietud del suyo, queriendo sojuzgar otros pueblos, que no le están sujetos por justicia: pero tambien es cierto, ser á propósito para gobernar como padre. Tiene todas las calidades que le son puntualmente necesarias para asegurar sus vasallos de la invasion de los enemigos; y hé aquí de qué manera. El es justo, moderado, y tratable con sus vecinos: no emprehende cosa alguna contra ellos, que pueda perturbar el sosiego, y es fiel en mantener las alianzas; por esto sus coligados le aman, mas no le temen, y confian de él enteramente. Si hay algun vecino inquieto, altivo, y ambicioso, todos los Reyes confinantes le temen; mas no tienen rezelo alguno del Rey pacífico, y se unen con él, para que ninguno le oprima. Su entereza, su lealtad, y su moderacion

le hacen árbitro de los Estados que lindan con el suyo; y miéntras que aquel, que aspira á nuevas conquistas, es odioso á todos los otros Príncipes, y expuesto de continuo á sus ligas, tiene estotro la gloria de ser como el padre, y tutor de todos los demas.

Estas son sus ventajas ácia fuera; pero son mucho mas plausibles las que logra dentro de su Reyno; porque él es propio para gobernar como padre, y sabe ciertamente gobernar con las leyes mas sabias á sus vasallos. El quita el fausto, la afeminacion, y las artes, que no sirven, sino para lisonjear las malas costumbres: hace que se cultiven las que son de provecho para las verdaderas urgencias de la vida: aplica principalmente sus súbditos á la agricultura: y con eso consigue que se hagan abundantes de las cosas precisas. Así el pueblo laborioso, sencillo en sus costumbres, acostumbrado á vivir parcamente, y que facilmente gana la comida con cultivar sus tierras, se multiplica infinitamente. Veréis en tal Reynado un pueblo innumerable, sano, vigoroso, robusto; no enervado con los placeres, sino exercitado en la virtud: que no se ata al recreo de una vida, que pasa entre la pereza, y los gustos: que sabe no hacer caso de la muerte: que ántes eligiria morir que no perder aquella libertad, que alcanza debaxo de un Rey sabio, el qual no reyna sino para que reyne la razon. Si le invade el Reyno un Conquistador confinante, no lo hallará por suerte acostumbrado á acampar, á ordenarse, ó á sitiar ciudades; mas lo hallará invencible por su muchedumbre, por su valor para la tolerancia de los trabajos, por el uso de sufrir la pobreza, por su denuedo para las batallas, y por una virtud, que no puede ser vencida aun de los mismos acontecimientos contrarios. A mas, que si no es el Rey bastante experimentado para mandar sus exércitos en persona, dará el mando á quien fuera capaz del desempeño, y se sabrá servir de él sin menoscabo de su autoridad. En semejante urgencia será ayudado de sus coligados: sus vasallos querrán ántes perder la vida, que pasar al dominio de otro Rey violento, é injusto, y pelear por él los mismos dioses. Ved qué modos tendrá en medio de los

mayores riesgos para salir á salvo de la opresion de sus males.

Concluyo pues que el Rey pacífico, que no sabe hacer guerra, es imperfecto Rey, pues no sabe cumplir una de sus mayores obligaciones, que es vencer sus contrarios; pero añado, que es muchísimo mejor que un Rey conquistador, que no tiene las calidades necesarias para reynar en paz, y no es habil para otra cosa sino para la guerra.

Ví muchos en la asamblea, que no se podian resolver á aprobar mi dictámen; pero declaráronles los ancianos que habia hablado en sentir de Minos.

Entonces el principal de ellos dixo en bien alta voz: Yo veo cumplido el oráculo del dios Apolo, que nadie ignora de los de nuestra Isla. Minos pidió á los dioses qué tiempo reynaria su descendencia, segun las leyes, que el poco ántes habia establecido. Los tuyos, le respondió Apolo, dexarán de reynar, quando entre en una isla un extrangero, para hacer que reynen las leyes. Temíamos, que algun extrangero viniera á sojuzgar con las armas á Creta; pero el infortunio de Idomenéo, y la sabiduría del hijo de Ulises, que entiende las leyes de Minos mas perfectamente que los demas, nos dan bien claro á ver el sentido en que habló el oráculo. ¿Pues qué nos detenemos en coronar á aquel que el destino nos da por nuestro Rey?

FIN DEL LIBRO QUINTO.

TELÉMACO.

LIBRO VI.

SUMARIO.

Quieren elegir á Telémaco por Rey, y está para admitirlo. Acuérdale Mentor do que se halla en pais extraño. Pónele delante á su patria, á Ulises y á Penélope. Sigue Telémaco la razon de Mentor. Pídenle los de Creta que les escoja Rey: él escoge á Mentor: éste se excusa, explicando los riesgos de la corona. Eligen á Azaél, que tambien se excusa. Mentor les descubre un viejo Cretés, que acepta la corona con algunos pactos. El nuevo Rey da á Mentor, y á Telémaco un baxel, para volverse á Itaca. Parten ambos de Creta. Nueva tempestad en el mar. Aportan á la Isla de Calipso, habiendo naufragado. Acaba la narracion de Telémaco, y continúa la historia.

Al punto los ancianos saliéron del recinto del sagrado bosque, y tomándome de la mano el principal de todos, hizo saber al pueblo ya impaciente por entender la decision pendiente que yo habia vencido á todos los demas. Apénas él acabo de hablar, se oyó un rumor confuso de todo aquel concurso: cada uno gritaba por desahogar su gozo, y volviéron el eco de las voces, no solo la rivera, sino tambien todas las montañas vecinas, en las quales se oyó distintamente: El hijo de Ulises, parecido á Minos, el es Rey de Creta.

Detúveme un momento: hice despues señal para pedir silencio, y que me escucháran; entre tanto Mentor me decia al oido: ¿Luego vos renunciais á vuestra Patria? ¿Acaso la ambicion de reynar hos hará olvidar á Penélope, que os aguarda, como á su postrera esperanza, y al grande Ulises, que hablan decretado los dioses restituiros? Estas palabras me atravesáron el corazon, y me quitáron la gana de reynar.

Entre tanto un profundo silencio de todo aquel concurso me dió ocasion para hablar de esta manera:

No merezco, ilustres Cretenses, mandaros. El oráculo, que poco ha se acordó, es verdad que declara que la estirpe de Minos dexará de reynar quando entre en esta isla un extrangero, y hará reynar en ella las leyes del prudentísimo Rey; pero no ha dicho que él mismo deberá reynar. Quiero creer que soy yo el extrangero de quien habló el oráculo: he cumplido la prediccion, he venido á esta isla, he declarado el sentido verdadero de las leyes, y deseo que sirva mi explicacion para hacerlas reynar unidas con aquel que escogiereis por Rey. Por lo que mira á mí, yo antepongo mi patria, la isla pequeña de Itaca, á las cien ciudades de Creta, á la gloria, y á las riquezas de este bellísimo Reyno. Dexadme seguir mi destino. Si he combatido en vuestros juegos, no lo he hecho por esperanza de reynar aquí; lo he hecho por ganar vuestro aprecio, y vuestra compasion: lo he hecho para que me ayudarais á volver á mi patria sin dilacion. Quiero ántes obedecer á mi padre Ulises, y consolar a mi madre Penélope, que mandar todo el Universo. Veis, ó Cretenses, abiertamente todo mi corazon: es preciso dexaros yo; pero mi gratitud no podra fenecer sino conmigo. Sí, hasta el último aliento Telémaco amará á los Cretenses, y se interesará en su gloria como en la propia.

Luego que hube acabado de hablar, se notó en todo aquel concurso un sordo murmullo, semejante al que hacen en el mar las ondas, que en una tempestad hieren unas con otras. ¿Es este por ventura, decian unos, algun dios en figura de hombre? Otros aseguraban que me habian visto en otros paises, y me conocian. Gritaban otros, que era menester obligarme á ser Rey. Volví finalmente á hablar, y no sabiendo si queria tal vez acceptar la dignidad que habia ántes rehusado, todo el mundo calló. Habléles pues así:

Permitid, ó Cretenses, que os diga lo que pienso. Vosotros sois la gente mas sabia del universo; pero la prudencia requiere una prevencion, en que no advertis quanto yo he podido notar. Debeis elegir para vuestro Rey no á quien mejor discurre sobre las leyes, sino á aquel que las pone en práctica con virtud constante. Yo soy jóven, y consiguientemente sin expe-

riencia, expuesto á la violencia de las pasiones, y mas en estado de obedecer, instruyendome ahora para mandar despues algun dia, que no de mandar al presente. No busqueis pues á un hombre que haya vencido á otros en los juegos, y les haya excedido en el ánimo, y en el vigor del cuerpo, sino que se haya vencido á sí mismo. Buscad á un hombre que tenga vuestras leyes escritas en el corazon, y cuya vida sea una continua práctica de esas leyes. No sean sus palabras, sino sus obras, las que os muevan para elegirle.

Habiendo los ancianos tenido un gran placer de oir este discurso, y viendo que el aplauso iba de aumento siempre en el concurso, me dixéron así: Supuesto que los dioses nos quitan la esperanza de veros reynar en nosotros, ayudadnos por lo ménos á hallar un Rey, que haga reynar nuestras leyes. ¿Conoceis vos á alguno que pueda gobernar con tal moderacion? Conozco á un hombre, les dixe al mismo instante, de quien yo he aprendido lo que me ha adquirido vuestra estimacion: su sabiduria es, y no la mia, la que os ha hablado, y él es quien me ha inspirado las respuestas, que me habeis oido.

Al mismo tiempo miró todo el concurso fixamente á Mentor, á quien yo les mostraba, habiéndole tomado por la mano. Contaba yo el cuidado que había tenido en mi niñez, los riesgos de que él me habia preservado, y las desgracias que me habian acontecido luego que habia alguna vez dexado de seguir sus consejos.

Al principio no habian reparado en Mentor por su vestido llano y desaliñado, por su porte modesto, por su silencio casi continuo, y por el ayre grave, y honesto de su semblante: mas quando se aplicáron á mirarle, se descubrió en su rostro un no sé qué de intrépido, y sublime. Observáron la viveza de aquellos ojos, y el brio: con que haciéndole hasta de las acciones mas mínimas preguntas, muchas cosas les admiráron, y resolviéron hacerlo Rey. El se excusó de esto sin turbacion, y dixo que anteponia la dulzura de una vida privada, al esplendor de la grandeza real: que los mejores Reyes estaban siempre expuestos

á la desgracia de no hacer casi nunca las acciones buenas que querian hacer: y que hacian las malas freqüentemente, engañados de los aduladores, siendo así que no tenian voluntad de hacerlas. Añadió que si la servidumbre es miserable, no es ménos miserable la dignidad real, porque es una servidumbre disfrazada. Quando es un hombre Rey, decia, depende de todos aquellos de quienes necesita para que le obedezcan. ¡Feliz aquel que no está obligado á mandar! No debemos sino á la patria sola, quando ella nos confia el empleo de gobernarla, el sacrificio grande de nuestra libertad, á fin de trabajar por el bien de todos.

Entónces los Cretenses, no pudiéndose recobrar del asombro, le preguntáron: á quién ellos deberian escoger por Rey. A un hombre, respondió, que vosotros conozcais bien; porque importará que os gobierne, y que tema gobernaros. Quien desea la dignidad real, no la conoce: ¿Como pues cumplirá con sus obligaciones no conociéndolas? Búscala él para sí: vosotros habeis de buscar á un hombre, que la apetezca por vuestro amor.

Todos los Cretenses quedáron extraordinariamente admirados, viendo a dos forasteros que rehusaban el timbre de una corona solicitada de tantos otros. Quisiéron saber con quién habia llegado; y Nausicrates, que nos conduxo desde el puerto al circo donde se celebraban los juegos, les señaló á Azaél, con quien Mentor, é yo habiamos aportado de Chipre. Y fué mucho mayor su admiracion, quando supiéron que Mentor habia sido esclavo de Azaél: que movido Azaél de la prudencia, y de la virtud de su esclavo, lo habia hecho su consejero, y mayor amigo: que este esclavo, ya puesto en libertad, era el mismo que poco antes no habia querido ser Rey; y que Azaél habia navegado desde Damasco, para instruirse en las leyes de Minos: tanto su corazon se hallaba enamorado de la virtud.

Los ancianos entónces dixéron á Azaél; no osamos á rogaros que nos goberneis, porque entendemos, que vuestras máximas concuerdan con las de Mentor. Despreciais á los hombres demasiado para querer tomar el trabajo de gobernarlos; y por lo demas sois sobrado

desprendido de las riquezas, y del esplendor de la corona, para determinaros á comprarle con los trabajos, que van juntos con el gobierno de los pueblos. Azaél respondió: No creais, ó Cretenses, que desprecio á los hombres, no: yo sé quán glorioso sea el trabajar para hacerlos virtuosos y felices; pero está este trabajo lleno de peligros, y es falso el esplendor con que brilla, no siendo capaz de deslumbrar sino almas ambiciosas. La vida es corta: las grandezas mas sirven de irritar las pasiones, que de satisfacerlas: no he venido yo de tan lejos á adquirir estos falsos bienes, sino á aprender á vivir sin cuidados. No pienso en otra cosa, que en volver á una vida pacífica, y retirada, en la qual la sabiduría alimente mi corazon; y en que todas las esperanzas de una vida mejor despues de acabada la presente, las quales nacen de la virtud, me consuelen en las tristezas de mi trabajosa vejez.

Finalmente los Cretenses gritáron, hablando, con Mentor: Decidnos, ó el mas sabio, ó el mas grande entre todos los hombres, decidnos, pues; ¿á quién podrémos elegir por Rey? No os dexarémos partir, sin que antes nos digais la eleccion que debemos hacer. Miéntras estaba, respondió Mentor, entre la multitud de los que veian los juegos, he reparado un hombre que no tenia en ellos mucho cuidado. Es este un viejo de mucha robustez: he preguntado quién es, y me han respondido, que se llama Aristódemo. He oido despues que le dixéron, que se hallaban dos hijos suyos entre los combatientes, y él no ha mostrado tener algun consuelo; antes ha respondido, que al uno de ellos no deseaba los riesgos de la corona, y que amaba demasiado á su patria, para venir él bien en que reynara el otro. De esto he comprehendido, que ese hombre ama con amor racional al uno de sus hijos, que será sin duda virtuoso, y que no adula al otro, ni á sus desórdenes. Aumentándose mi curiosidad, he inquirido la vida del anciano, y uno de vuestros ciudadanos me ha respondido así: Ese hombre ha militado largo tiempo, y está lleno de heridas; pero su sincera virtud enemiga de la adulacion, le hizo desagradable á Idomenéo. De aquí procedió, que el Rey no se sirviera de él en el sitio de Troya; porque temió á un hombre, que

sin duda le hubiera dado sabios consejos: los quales no podia acabarse de resolver á seguir; y porque tambien tuvo zelos de la gloria que se hubiera adquirido. Olvidóse muy presto de todos los servicios que le habia hecho, y lo dexó en Creta pobre, y sin estimacion de los hombres, que no tienen en precio sino las riquezas. Contento sin embargo con su pobreza, vive alegre en un pueblo poco freqüentado de la isla, donde cultiva con sus manos la tierra. Uno de sus dos hijos trabaja juntamente con él: ámanse tiernamente: son felices por su templanza, y union en el trabajo, con que están abastecidos de lo que es necessario para el mantenimiento de una vida llana. Da el sabio viejo todo lo que le sobra á él, y á su hijo de lo preciso á los enfermos pobres de su vecindad. El es padre de todas las familias, y la infelicidad de la suya es tener otro hijo, que no ha querido practicar sus consejos. Despues que le ha sufrido largo tiempo, procurando enmendar sus vicios, al fin lo ha despedido de su compañia, y el se ha entregado á todos los placeres, y á una soberbia loca.

Hé aquí, ó Cretenses, lo que me han referido: á vosotros toca el saber la verdad. Pero si Aristódemo es como lo describen, ¿para qué se han hecho estos juegos? Teneis entre vosotros un hombre que os conoce, y que vosotros conoceis: que sabe el arte militar: que ha mostrado su esfuerzo, no solo contra las flechas, y dardos, sino contra la terrible pobreza: que no ha hecho aprecio de las riquezas que se adquieren por medio de la adulacion: que ama el trabajo: que sabe quánto ayuda la agricultura á un pueblo: que abomina el fausto: que no dexa vencerse del amor ciego de sus hijos: que ama la virtud en el uno, y reprueba el vicio del otro: en una palabra, un hombre que ya es padre de todo el pueblo. He aquí á vuestro Rey, si es verdad que teneis deseo de que reynen aquí las leyes de vuestro sabio Minos.

Verdad es, dixo todo el pueblo: Aristódemo es tal, qual vos decis, y merece reynar. Hiciéronle los ancianos llamar, y al punto fué buscado entre la muchedumbre, en la qual se habia mezclado con los últimos de la plebe. Mostróse Aristódemo muy sosegado: dixéronle que querian hacerle Rey, y respondió de este mo-

do : No puedo venir bien en esto sino con tres condiciones : la primera, que dexaré la corona dentro del término de dos años, si no os hago mejores de lo que sois, y si os oponeis á las leyes : la segunda, que podré libremente continuar una vida llana, y templada : la tercera, que no tendrán mis hijos algun grado, y despues de mi muerte serán tratados sin distincion, segun su mérito, como los demas ciudadanos.

A estas voces voláron por el ayre mil gritos de alegria. El principal anciano, que era el guarda de las leyes, puso á Aristódemo sobre la cabeza la diadema : despues se hiciéron muchos sacrificios á Júpiter, y á todos los otros dioses. Aristódemo nos hizo muchos presentes, no con la acostumbrada magnificencia de Rey, sino con una noble llaneza. Dió á Azaél las leyes de Minos, escritas de mano del mismo Minos : dióle tambien una compilacion de toda la historia de Creta, que empezaba desde el tiempo de Saturno, y del siglo de oro : hizo poner en su baxel muchas frutas de todas especies, que son buenas en Creta, y no conocidas en Syria, y le ofreció todas las asistencias, de que podia tener necesidad.

Como nosotros teniamos precision de partir, hizo prevenir un baxel con gran número de buenos rémeros y de soldados, y hizo poner en él para nosotros, vestidos, y provisiones. Al mismo instante empezo á soplar un viento favorable para vuelta de Itaca. El mismo era contrario á Azaél, y le obligó á detenerse. Vióños partir, y nos abrazó, como á amigos, que no habia de volver á ver. Los justos dioses, decia, ven nuestra amistad, fundada solamente en la virtud : algun dia volverémos á juntarnos en aquellos dichosos campos, donde tendrán las almas de los buenos, desnudas de la carga de los cuerpos, una paz inmortal. Allí verémos á nuestras almas juntas, para no separarse jamas. ¡O si de alguna forma pudieran mis cenizas, y las vuestras sepultarse juntas! Diciéndole estas palabras, derramaba arroyos de lágrimas, y se le ahogaba la voz entre suspiros. Nosotros no llorábamos ménos, y en su compañia partímos para el baxel.

Aristódemo entónces nos habló de esta forma : Vos sois los que poco ha me hicisteis Rey de esta isla :

acordaos de los riesgos en que me habeis puesto: rogad á los dioses que me inspiren la verdadera prudencia, á fin de que yo exceda en la moderacion, quanto excedo en autoridad de los otros. Quanto á mí yo les ruego, que os guien felizmente á vuestra patria: que confundan en ella la insolencia de vuestros contrarios, y que hagan que veais en paz reynar á Ulises con su amada Penélope. Os doy un buen baxel, ó Telémaco, lleno de armados, y de remeros: podrán serviros contra aquellos iniquos hombres, que persiguen á vuestra madre. Vuestra virtud, pue de nada necesita, no me dexa, Mentor, cosa que desearos. Id ambos, vivid ambos felices, acordaos de Aristódemo: y si los pueblos de Itaca hubieren menester á mis Cretenses, estad seguros de que les asistiré hasta el último aliento de mi vida. Abrazónos, y no pudimos detener las lágrimas, haciendo la expresion de nuestra gratitud.

Hinchaba nuestras velas el viento, y prometíanos feliz navegacion. Ya el monte Ida no se descubria sino es como un collado pequeñito: desaparecian las playas, y parece, que entrándose en el mar las riveras del Peloponeso, venian á nosotros para encontrarnos; quando improvisamente una tempestad fiera cubrió de nubes el cielo, y conjuró contra nuestra vida todos los furores del piélago. Trocóse el dia en noche, y púsonos delante de los ojos la formidable imágen de la muerte. Vos fuistéis, ó Neptuno, quien con el soberbio tridente desenfrenó las ondas de todo vuestro lúbrico Imperio. Venus para vengarse del desprecio que hicimos de ella en Cytera, y hasta en su mismo templo, se fué en busca de ese dios. Hablóle dulcemente, y dando con sus lágrimas belleza al rostro, y fuerza á las palabras: por lo ménos, así me lo insinuó Mentor, bien versado en el arte de conocer los dioses, y entender sus secretos. ¿Sufris, dixo, ó Neptuno, que se burlen estos impíos sin castigo de mi poder? Los mismos dioses lo sienten, y han tenido osadía estos dos temerarios, paro desaprobar quanto se hace en mi isla. Se jactan de una prudencia suficiente, para resistir quantas pruebas se pueden hacer de ellos, dando al amor el título de locura. ¿Os olvidais acaso de que he nacido yo en vuestro imperio? ¿Porqué tardais en sepul-

tar esos hombres, que no puedo sufrir, en vuestros insondables abismos?

Apénas habló Venus de esta suerte, quando desordenando Neptuno la quietud silenciosa de sus dominios, hizo subir las ondas hasta el cielo; y ella se paró muy risueña, teniendo por seguro nuestro naufragio. Gritó nuestro piloto desalentado, que no podia ya resistir á los vientos, que iban á estrellar nuestra nave en los escollos: rompió el mastil la violencia furiosa del uracan, y un momento despues entre el horrible estruendo de los rayos, del mar, y de los navegantes, percibimos, que ya en las rocas se estaba destrozando el baxel. Entró el agua por todas partes, se undió la nave; y en este lamentoso momento levantáron al cielo los remeros un clamor miserable, pero sin fruto. Yo entónces, abrazando á Mentor, le dixe de esta suerte: He aquí la muerte: menester es recibirla con esfuerzo. No nos han preservado los dioses de tantos riesgos sino para hacernos ahora perecer. Muramos, ó Mentor, muramos: yo muero consolado, por morir con vos. Seria cosa inútil luchar con la borrasca, para salvar la vida.

Al verdadero esfuerzo, respondió Mentor, jamas falta alguna esperanza. No basta estar dispuesto á recibir la muerte con sosiego; es menester, que sin tenerla miedo, se haga todo el esfuerzo para evadirla. Tomemos vos, y yo un banco de los remeros, miéntras que toda esa muchedumbre de hombres tímidos y desmayados se lamenta de haber de perder la vida, sin procurar el medio de salvarla; y no perdamos ni un momento para poner en cobro la nuestra. Tomó al punto una segur: acaba de cortar el mastil, ya ántes roto, y que habiendo dado con la punta en el mar, habia inclinado de aquel lado el baxel: arrójase sobre él en medio de las ondas enfurecidas: llámame por mi nombre, y dame aliento para seguirle. Como una grande encina, acometida de poderosos vientos, conjurados á una para su daño, queda inmoble, y asida de sus hondas raíces, sin que haga el torbellino otra cosa, que estremecer sus hojas; así me pareció que Mentor no solamente firme, y esforzado, sino sosegado y risueño,

mandaba á los vientos y al mar. Seguíle yo : ¿ mas quién no le siguiera , hallándose de él animado?

Guiábamos nosotros el árbol, sobre el qual fluctuando navegabamos : era de gran consuelo y ayuda , el poder ir sentados en él. Si nos hubiera sido forzoso nadar continuamente , se hubieran bien apriesa acabado las fuerzas. Sin embargo , la tempestad hacia muchas veces revolverse aquel grande tronco ; y entónces nos veíamos del todo zabullidos en el mar , tragando el agua amarga , que despues despediamos por la boca , por las narices , y por los ojos y orejas ; y para recobrar la parte superior de aquel mísero asylo de nuestro infortunio , nos hallábamos obligados á batallar con la misma marea. Alguna vez la ola , semejante en la altura á una montaña , venia á descargar sobre nuestra cabeza , y estábamos firmes , temiendo , que en aquel violento trastorno se nos huyese el mastil , dexando sin aliento á la esperanza.

Viéndonos en este terrible estado Mentor tan sosegado , como repos ahora sobre la fresca yerba , me hablaba de esta suerte : ¿ Creeis vos , Telémaco , que se haya abandonado vuestra vida á discrecion del viento y de las olas? ¿ Creeis que puedan haceros perecer sin órden de los dioses? No , no : los dioses dan la decision de todo : es pues preciso tener miedo á los dioses , y no al mar. Si estuvierais en lo profundo de los abismos , de ahi os podria sacar la mano poderosa de Jove : si en el cielo pisando las estrellas , de allí Jove os podria arrojar á los abismos , ó precipitaros al fuego de la hoguera infernal. Oia y admiraba yo este discurso , que me consolaba un poco ; mas no tenia libre la razon para darle respuesta. El no me veia , ni yo podia verle. Tiritando del frio , y medio muertos de la fatiga , pasamos el espacio de la noche , que parecia eterna , sin saber á qué parte la borrasca nos habria arrojado. Finalmente , los vientos comenzáron á abonanzar , y el mar bramando , parecia un hombre , que habiendo estado largo rato indignado , cansado finalmente de su mismo enojo , no se queda sino con un residuo de la turbacion , é inquietud : murmuraba á la sorda , y no eran ya sus ondas sino como los surcos de un campo arado.

otra vez á Mentor. Alguna vez queria que volviera Telémaco á empezar la larga historia de sus sucesos, y luego de improviso ella misma le interrumpia. Finalmente, levantándose aceleradamente, llevó solo á Telémaco á un bosque de arrayanes, donde no dexó de probar todas sus artes, para averiguar por él, si acaso era Mentor algun dios disfrazado en el trage de hombre. No podia Telémaco decirlo; porque Minerva que le acompañaba baxo de la figura de Mentor, no se lo habia aun declarado, por ser aun muy tierna su juventud; y no le tenia por tan callado, que fuera capaz de fiarle lo que ideaba hacer. Por otra parte queria experimentarle en mayores peligros: y si hubiera sabido que le acompañaba Minerva con tal auxilio, tal vez le hubiera dado demasiado aliento; y no hubiera aprendido á despreciar los sucesos mas formidables. El pues pensaba que Minerva era Mentor; y quedáron frustrados los artificios de Calípso, para averiguar lo que pretendia.

Entre tanto las Ninfas rodeando á Mentor, se entretenian en preguntarle diferentes cosas. La una deseaba saber las circunstancias de su viage á Etiopia: la otra le preguntaba lo que habia visto en Damasco: la otra, si en el tiempo pasado habia conocido á Ulises antes del asedio de Troya. El respondia á todas con agrado: y aunque eran sencillas sus voces, sin embargo iban llenas de mucha gracia.

No permitió Calípso que se alargára mucho esta conversacion: volvió, y miéntras las Ninfas se pusieron á coger flores, cantando para divertir á Télémaco; tomó á parte á Mentor para hablarle, y sacarle algun secreto. No se introduce mas apaciblemente el dulce vapor del sueño en los ojos, que tiene ya medio cerrados, y en los cansados miembros de un hombre fatigado, de lo que se insinuáron para alhagar el pecho de Mentor las lisonjeras voces de la diosa. Sin embargo, sentia siempre un no sé qué, con que se quebrantaban sus esfuerzos, y hacia burla de sus alhagos. Semejante á una roca inacessible, que oculta entre las nubes su elevada frente, y no la contrastan los furiosos vientos; Mentor inmoble en sus sabios pensamientos se dexaba tentar de Calípso. Alguna vez

tambien la dexaba esperar, que lo confundiria con las preguntas que le iba haciendo, y que registraria la verdad en lo profundo de su corazon; pero en aquel instante en que se persuadia la diosa satisfacer á su curiosidad, se le desvanecian sus esperanzas. En un punto se le huia como la sombra quanto se figuraba haber cogido; y una breve respuesta de Mentor la volvia á poner en sus primeras dudas.

Pasaba así los dias, ya deslumbrando á Telémaco, ya buscando el modo de sacarlo del lado de Mentor, á quien no esperaba poder ya comprehender. Empleaba sus Ninfas mas hermosas para encender en el seno del jovencito la llama del amor: y otra deidad mas poderosa que ella, la vino á socorrer, para llevar al cabo este designio.

Venus siempre llena de saña por el desprecio que Mentor, y Telémaco habian mostrado del culto que se le hacia en Chipre, no podia aplacarse, viendo que estos dos temerarios se habian escapado de los vientos y del mar en la borrasca, que levantó Neptuno contra ellos. Explicó á Jove su dolor, y riéndose el padre de los dioses, sin querer descubrirle, que Minerva en el trage de Mentor habia protegido, y abrigaba al hijo de Ulises, la permitió buscára el modo de vengarse de entrambos.

Partióse pues del cielo, y sin cuidar mas de los aromas, que arden sobre sus aras en Pafo, en Cytera, y Idalia, levantó el vuelo dentro de su carroza, tirada de palomas: llamó á su hijo, y derramóse su dolor sobre el semblante adornado de una nueva hermosura, le dixo de esta forma:

¿No ves, hijo mio, á dos hombres, que desprecian tu poder, y el mio? ¿Quién querrá en adelante darnos adoracion? Anda, ve, y atraviesa con tus saetas esos dos insensibles corazones, baxa conmigo á esta isla; yo misma iré á hablar á Calípso (dixo); y rompiendo el ayre, cerrada en una nube arrebolada de oro, se puso ante los ojos de Calípso, que estaba entónces sola á la orilla de una fuente, muy léjos de su gruta, y habló la de este modo:

Diosa infeliz, á quien ya ha desdeñado la ingratitud de Ulises, quando os dispone su hijo desprecio seme-

jante; el mismo amor viene hoy para vengaros. Yo os le dexo: él se estará entre vuestras Ninfas, como estuvo otro tiempo Baco con las de Naxó, que cuidáron de su crianza. Verálo Telémaco, como, á un ordinario rapaz: no podrá temer de él, y luego experimentará su poder. Dichas estas palabras, y volviendo á la dorada nube, de donde habia salido, dexó derramado en su carrera un suavisimo olor de ambrosía; con que todos los bosques de Calípso quedáron perfumados.

Cupido quedó en brazos de Calípso, y aunque era diosa sintió luego la llama, que se iba introduciendo en su pecho. Para encontrar alivio de su tormento, le pasó sin tardanza á la Ninfa Eucaris, que estaba á su lado: mas ay! Quántas veces se arrepintió despues de esta inocente accion! Primero aquel rapaz parecia apacible, dulce, amable, ingenuo, y gracioso, quanto puede caber el deseo, y aun en la idea. Mirándolo jovial, lisonjero, siempre risueño, se pudiera creer, que no pudiera dar sino deleite; pero apénas se dió fé á sus caricias, se percibia no sé qué pestilencia, ó qué veneno. No alhagaba el niñuelo maligno, y engañoso, sino con intento de hacer traicion: y no se reia nunca sino de crueles males que habia hecho, ó que queria hacer.

No se atrevia á acercase á Mentor, cuya severidad le espantaba; y advertia, que aquel desconocido era incapaz de heridas: de suerte, que ninguna de sus flechas le habia podido atravesar. Quanto á las Ninfas, luego sintieron la llama que encendió el engañoso niño; pero ocultaban con disimulo la profunda herida, que martirizaba sus pechos.

Entre tanto Telémaco se prendó de la apacibilidad, y hermosura del niño, viéndole juguetear con las Ninfas. Abrazábale, y ahora le tomaba sobre sus rodillas, ahora entre sus brazos, y sentia en sí una inquietud, de la qual nó podia entender la causa; y quanto mas queria jugar inocentemente, tanto mas se turbába, y enflaquecia el corazon. ¿Veis estas Ninfas, le decia á Mentor, quán diferentes son de aquellas mugeres de Chipre, cuya desenvoltura desfucia el agrado de su belleza? Pero estas inmortales bellezas muestran

una inocencia, una modestia y un candor, que place por extremo. Hablando así, se sonrojaba siempre, sin saber por qué, y no podia dexar de hablar; pero apénas habia comenzado, no podia pasar mas adelante, y eran sus palabras interrumpidas, obscuras, y alguna vez sin sentido.

Los riesgos de la Isla de Chipre, le respondió Mentor, eran nada, Telémaco, si se comparan con esos, de que al presente os fiais. El vicio grosero hace horror: el descaro brutal causa indignation y es mucho mas peligrosa una hermosura modesta. Amando, no piensan los hombres amar sino à la virtud, y dexanse insensiblemente arrebatar de los engañosos alhagos de una pasion, que no se entiende, sino quando no es tiempo de desecharla. Huid, mi querido Telémaco, huid de estas ninfas, que no son tan discretas sino para mejor engañaros: huid los riesgos de vuestra juventud; mas singularmente huid de este rapaz, á quien no conoceis. El es Cupido, á quien su madre Venus ha traido á esta Isla, para tomar venganza del desprecio, que hicisteis de su culto en Cytera. El ha herido el corazon de Calipso; y ella, apasionada por vos, ha encendido los pechos de las ninfas, que la rodean, y ardeis vos mismo, jóven infeliz, sin que casi lo repareis.

Interrumpia muchas veces Telémaco á Mentor, y le decia: ¿Y por qué no hemos de hacer alto en esta Isla? Ulises ya murió: debe ya de hacer mucho tiempo que se sepultó entre las ondas. Penélope no viendonos volver, ni á él, ni á mí, no se habrá hallado fuerte para resistir á número tan grande de pretendientes, y Icaro su padre la habrá constreñido á tomar nuevo esposo. ¿Luego yo volveria á Itaca, para verla empeñada en algun nuevo matrimonio, rota la fé, que dió ántes de partir á mi padre? Los de Itaca han perdido la memoria de Ulises; y no podemos volver, sino á buscar una segura muerte; porque han tomado los pasos que hay para entrar al puerto los amantes de Penélope, á fin de asegurar nuestra ruina, en caso que volvamos.

Este es puntualmente el efecto de una ciega pasion, le respondió Mentor. Busca el hombre con sutileza

todas las razones que hay en su favor, y cierra los ojos para no ver las que le condenan. Nunca es tan ingenioso, como para engañarse á sí mismo, y para adormecer sus remordimientos. ¿Os habeis olvidado por ventura de todo lo que han hecho los dioses, para restituiros á vuestra patria, al tiempo que salisteis de Sicilia? ¿Las desgracias que en Egipto sufristeis, no se han trocado casi de repente en felicidad? ¿Qué mano no visible os ha librado de todos los peligros, que en Tyro amenazaban vuestra cabeza? Despues de tantas cosas prodigiosas? ignorais todavía las que os tienen los hados prevenidas? ¿Mas qué os digo? Vos no las mereceis. Por lo que toca á mí, yo me parto, y sabré hallar el medio para salir de esta isla. Vil hijo de tal padre, tan sabio, y generoso, pasad aquí entre esa tropa de mugeres una vida triste, y sin honra: haced aun á despecho de los dioses, lo que vuestro padre ha tenido por indecente á sí.

Penetráron estas palabras lo íntimo del corazon de Telémaco, y se sintió enternecido con el razonamiento de Mentor. Iba su dolor enlazado con la vergüenza: temia la indignacion, y la ausencia de un amigo tan sabio, á quien debia tanto; pero una pasion nueva, y que él no conocia, lo transformaba en otro hombre diverso del que era primero. ¿Pues qué, decia á Mentor con las lágrimas á los ojos, en nada apreciais vos la inmortalidad que Calipso me ofrece? Yo en nada estimo respondió Mentor, todo lo que se opone á la virtud, y á las órdenes de los dioses. La virtud os está llamando á vuestra patria, para ver otra vez á Ulises, y á Penélope: la virtud os prohibe abandonaros á una necia pasion: los dioses, que os han sacado de tantos riesgos, disponiéndoos para una gloria igual á la de vuestro padre, os mandan que dexeis esta isla: ¿Y amor, aquel vergonzoso tirano, puede solo teneros aquí firme? ¿Y qué haréis de una vida immortal sin libertad; sin virtud, y sin gloria? Seria aun mas infeliz esta vida, por eso mismo que no tendria fin.

No respondió Telémaco á un tal discurso, sino con algunos suspiros. Alguna vez deseára que Mentor le sacára á su despecho de aquella isla, y alguna otra le parecia que tardaba demasiado aquel tiempo, en que se

se habria ausentado, para no tener á los ojos amigo tan severo, que le reprehendia de su flaqueza. Alteraban su entendimiento todos estos contrarios pensamientos, y en ninguno de todos ellos hallaba solidez, siendo su corazon como el mar, que sirve por juguete de los vientos, que de partes contrarias lo acometen. Estaba con freqüencia tendido, é inmoble sobre la ribera del mar: muchas veces lloraba amargamente, y levantaba gritos, semejantes á los bramidos de un dolorido leon, oculto en lo mas hondo de una espesa selva. Habiase enflaquecido; y sus ojos huudidos centelleaban un fuego abrasador; quien le viera descolorido, flaco, y tan desfigurado, creyera fácilmente que él no era Telémaco. Su belleza, su natural festivo, su noble vivacidad se iban huyendo de él: parecia una flor, que saliendo de su verde cogollo, al despuntar el Sol difunde en la campaña apacible fragrancia; pero que avecinándose á la tarde, poco á poco amortigua sus colores, y ya se agosta y seca, y inclina su hermosa cabeza, no pudiendo mas sostenerla. Así el hijo de Ulises se hallaba ya vecino de la muerte.

Conociendo Mentor, que Telémaco no podia resistir á la fuerza de la pasion, formo, para librarlo de tan crecido riesgo, un designio muy ingenioso. Habia él observado, que Calipso amaba con exceso á Telémaco, y que éste no tenia ménos pasion ácia á la ninfa Eucaris, porque hace alguna vez el amor cruel, para nuestro tormento, que amemos poco á quien nos ama mucho. Determinó Mentor cultivar en Calipso los zelos; y habiendo Eucaris de llevar consigo á Telémaco para una caza, valióse de aquel lance, y díxolo á la diosa: He advertido en Telémaco una aficion ardiente ácia la caza, que nunca habia reparado en él: este recreo le empieza á disgustar de los demas, y no quiere sino las selvas mas escabrosas, y las mas fragosas montañas. ¿Sois, por ventura, ó diosa! quien le inspira esta ardiente pasion?

Sintió Calipso encenderse en su seno una cruel rabia oyendo tales voces, y no le fué posible contenerla. Este Telémaco, respondió, que ha despreciado todos los placeres de Chipre, no puede resistir á la mediana belleza de una de mis ninfas: ¿De qué manera pues

se osa vanagloriar de haber hecho tantas acciones maravillosas, quien vilmente se dexa vencer de los deleytes, y quien parece que no nació sino para vivir obscuramente en medio de una tropa de mugeres? Viendo condolido Mentor lo que conmovian los zelos al pecho de Calipso, no le dixo otra cosa, por temor de que desconfiára tambien de él: solamente mostró un rostro melancólico, y afligido. Lamentábase la diosa de todo lo que veia ella misma, y continuamente le hacia alguna nueva quexa. Aquella caza, de que Mentor la habia noticiado, la acabó finalmente de enfurecer. Bien supo que Telémaco, para hablar con Eucaris, no habia procurado sino apartarse de las otras ninfas; y hablábase tambien de una segunda caza, en la qual prevenia, que volveria á hacer lo que hizo en la primera. Para que no ligaran estas ideas, declaró, que queria tambien salir ella á cazar; y luego de repente, no pudiendo refrenar mas la cólera, se explicó así con Telémaco:

¿De suerte, ó joven temerario, que has llegado á mi isla huyendo del justo naufragio, que Neptuno te prevenia, y la venganza que en tí los dioses querian justamente executar? No has entrado en esta isla, á ningun hombre abierta, sino para despreciar mi poder, y el cariño que te he mostrado. Oid, dioses del cielo, y del abismo, á una infelice diosa: daos prisa á confundir à este sacrilego, este ingrato, este pérfido. Pues sois aun mas injusto y cruel que vuestro padre, ruego al cielo, que vos sufrais males mucho mas crueles, y prolixos que él. Que no veais jamas á vuestra patria, la pobre, y miserable isla de Itaca, que no os avergonzais de anteponer á la inmortalidad que yo os brindaba, sino que perezcais en medio de ese golfo, viéndola desde léjos; y que vuestro cuerpo, hecho ultrage de las furiosas ondas sea otra vez arrojado á la arena de estas riveras, sin esperanza alguna de sepulcro. Que lo vean mis ojos comido de los buytres; y lo vea tambien aquella que tanto estima: ella lo verá, y sentirá destrozarse el corazon, formando en su desdicha la felicidad de Calypso.

Miéntras hablaba así, tenia acalorados, y centelleando los ojos: no fixaba la vista en parte alguna, y

tenia no sé qué turbacion y ferocidad : templando sus mexillas, estaban matizadas de ciertas manchas negras, y amarillas : mudaba cada instante de color, y muchas veces se explicaba en su rostro una palidez de cadáver. No rompian las lágrimas como al principio á arroyos, sino una, ú otra muy rara. Parece que la rabia, y el despecho habian agotado la fuente. La voz salia ronca, trémula, é interrumpida.

Observaba Mentor todos sus movimientos, y no decia cosa á Telémaco. Tratábale como enfermo desesperado, que se abandona, y solo con freqüencia le echaba alguna ojeada por compasion.

Bien conocia Telémaco quanta culpa tenia, y quánto era indigno de la amistad de Mentor : no osaba alzar los ojos, por miedo de encontrar los del amigo, cuyo silencio mismo lo condenaba. Ofreciásele alguna vez arrojarsele al cuello, y mostrarle quanto pesar tenia de su error ; mas deteniale ya una condenable verguénza, ya el miedo de hacer demasiado sobre lo que queria, para salir del riesgo porque el peligro mismo le parecia dulce, y no podia aun resolverse á vencer totalmente su desatinada pasion.

Los dioses, y las diosas celestiales con profundo silencio miraban fixamente la isla de Calipso, por ver entre Minerva y Cupido, quien de los dos se llevaria el triunfo. Cupido, jugueteando con las Ninfas, habia puesto fuego á la isla toda. Minerva bajo el trage de Mentor, manejaba los zelos, afecto inseparable del amor, y contra el amor mismo. Jove habia resuelto ser espectador de una contienda tal sin declararse á una, ni á otra parte.

Eucaris entre tanto, temiendo que Telémaco se le huyese, usaba de mil artes para mantenerlo en sus lazos. Estaba á punto ya para salir con él á la segunda caza, y habíase vestido del trage de Diana. Cupido, y Venus la habian adornado de mil primores ; de suerte, que la suya en aquel dia obscurecia aun á la beldad de Calipso. Esta mirándola desde léjos, se vió tambien á sí propia en el cristal risueño de una fuente y tuvo verguenza de verse : con que escondiéndose en lo mas hondo de su gruta, habló consigo á solas de este modo.

405948

¿Luego no me aprovecha nada haber querido estorbar á estos dos amantes, habiendo declarado, que quiero yo tambien concurrir á la caza? ¿He de concurrir pues? ¿Iré á hacerla triunfar, y hacer ostentacion de mi belleza, para que me afrente la suya? ¿Sin duda que Telémaco, al mirarme, dará nuevos esfuerzos á la aficion con que idolatra a Eucaris? ¡Desdichada de mí! ¿Qué cosa podré hacer? No, saldré yo á la caza; pero ni saldran ellos. Yo sabré hallar el medio de impedirles este gusto, y este ultrage mio. Voy á ver á Mentor: rogaréle, que se lleve á Telémaco de este lugar, y él le restituirá á su patria. ¿Mas qué digo? O qué haré despues de partirse Telémaco? ¿Dónde estoy? ¿Qué me queda que hacer, desapiadada Venus? Tú, ó Venus, me has burlado. ¡O qué dádiva tan funesta que me hiciste! nocivo niño, venenoso amor, no te abrí yo mi corazon sino por la esperanza de vivir feliz en compañía de Telémaco; y tú no me has traido sino turbacion, y despecho. Mis ninfas se me han vuelto contra mí, y mi divinidad ya no me sirve sino de hacer eterna mi desgracia. ¡O si para fenecer, mi dolor me pudiera acabar la vida! Menester es, Telémaco, que tú mueras, supuesto que no puedo morir yo. Vengaréme de tus ingratitudes: verálo bien tu ninfa: te atravesaré en su presencia. Pero tú eres injusta, Calipso desgraciada. ¿Quieres por suerte hacer que un inocente muera, á quien tú misma has arrojado en este abismo grande de desventuras. Yo he sido quien ha puesto en el seno del honesto Telémaco la fatal llama. ¡Qué inocencia! ¡Qué virtud! ¡Qué odio contra el vicio! ¡Qué denuedo contra los afrentosos placeres! ¿Por ventura era bien que envenenara yo su corazon? Me hubiera abandonado, si no lo executaba. ¿Pero no será tal vez fuerza que me abandone, ó que me véa yo despreciada, no viviendo él sino solamente para mi rival? No, no, no sufro sino lo que sobrado me he merecido. Partid, Telémaco: idos de allá del mar: dexad sin consuelo á Calipso, y en estado de no poder sufrir la vida, ni de encontrar la muerte: dexadla sin alivio, llena de vergüenza, y desesperada, juntamente con vuestra altiva Eucaris.

Así hablaba á solas entre sí en la gruta; y saliendo impetuosamente, y de improviso, dixo: ¿A dónde estais, Mentor? ¿Así defendeis á Telémaco contra el vicio á que se rinde todo? Dormis, mientras que amor vela contra vosotros; pero yo no puedo sufrir mas esta vil indiferencia que vos mostrais. ¿Siempre habeis de mirar, sin darle algun castigo, que deshonre á su padre el hijo del grande Ulises, y que descuide de las altas empresas á que lo conduce el destino? ¿A quién confiáron sus padres el cuidado de su enseñanza, á mí, ó á vos? ¿Yo solicito el modo de sanarlo, y no haréis vos cosa alguna? En el mas retirado sitio de esa gran selva hay elevadas plantas para fabricar los baxeles, y ahí Ulises hizo tambien el suyo; de que se sirvió para salir de la isla. En el mismo lugar hallaréis una honda caberna, donde hay todos los instrumentos necesarios para cortar, pulir, y juntar entre sí las partes de una nave.

Apénas dixo, quando se arrepintió de haber dicho estas voces. Mentor no perdió ni un momento: fuese á la caverna, halló los instrumentos, echo á tierra los árboles, y en solo un dia labró perfectamente un baxel; porque el poder, é industria de Minerva no han menester mucho tiempo para perfecionar los mas grandes trabajos.

Encontróse Calipso en un horrible caimiento de ánimo. De una parte queria ver si el trabajo de Mentor se adelantaba, y de otra no podia reducirse á dexar la caza; en la qual Eucaris estaria con libertad plenísima con Telémaco. No le permitiéron los zelos perder jamas de vista á los dos amantes; mas procuraba conducir la caza ácia aquel puesto, donde sabia que estaba empleado Mentor en fabricar la Nave. Oia los golpes del martillo, y del destral, y tenia el oido atento á aquella parte, poniéndose en cuidado á qualquier eco; pero al mismo tiempo temia que esta diversion no la dexara observar alguna seña, ó alguna ojeada de Telémaco á su adorada ninfa.

Miéntras tanto Eucaris decia á Telémaco, como burlando de él: ¿No temeis que Mentor os reprehenda, porque sin él habeis salido á caza? ¡O quánto mereceis la compasion, mientras vivis como un maestro

tan enfadoso! No teneis cosa que aproveché para templar la autoridad que logra sobre vos. El afecta ser enemigo de todos los placeres, y no puede sufrir que gusteis alguno, imputandoos á delito aun aquellas cosas, que tal vez son las mas inocentes. Podiais bien depender de él, miéntras no estabais aun en estado de regularos por vos mismo á solas; pero despues que ya habeis mostrado tanta prudencia, no hay razon de dexaros tratar como si fuerais niño.

Estas cautelosas palabras penetráron el corazon de Telémaco, y le llenáron de enfado contra Mentor, cuyo yugo queria sacudir: sin embargo, temia volver á verle: y era tanta su turbacion, que aunque lo procuraba la Ninfa, no le daba respuesta alguna. Finalmente al anochecer, habiéndose ocupado en la caza por una, y otra parte con una violencia continua, volviéron por un ángulo de la selva, muy proximo al sitio donde Mentor habia trabajado aquel dia. Vió Calipso de léjos concluido el baxel: cubrióla entónces repentinamente los ojos una densa nube, semejante á la sombra de la muerte: ni pudo sostenerse en sí misma; corriéndole un sudor frio por los miembros de su cuerpo. Esto la precisó á apoyarse en las Ninfas, que la cercaban; pero alargando Eucaris su mano á sostenerla, ella la desvió, echándole á ese tiempo una espantosa ojeada.

Telémaco vió el baxel, pero no vió á Mentor, porque se habia ya retirado concluido el trabajo, y preguntó á la diosa: ¿De quién era aquel baxel, y para quién estaba destinado? No pudo responder luego Calipso; pero al cabo de algun espacio le dixo: Yo he hecho fabricarle para que se avie Mentor: no os estorvará mas este severo amigo, que se opone á vuestra fortuna, y que entraria en zelos, si llegaseis á ser inmortal.

¿Mentor me dexa? Yo soy perdido, dixo Telémaco levantando la voz. Si Mentor me dexa, Eucaris, yo no tengo sino á vos. Estas voces se le escapáron en el ímpetu de la pasion, y vió bien el error que habia cometido en decirlas; mas no le quedó libre el tiempo para pensar ló que decia. Calló asombrada toda la tropa. Eucaris se llenó de rubor, y baxando los ojos,

se estaba retirada, sin tener aliento para dexarse ver; pero miéntras que la vergüenza hacia en el semblante su oficio, hacia tambien el suyo en lo intimo del corazon la alegría. Telémaco no se conocía á sí mismo, y no podia creer, que habia hablado tan indiscretamente, pareciéndole lo que habia obrado como si fuera un sueño; pero un sueño, que le dexaba totalmente turbado, y confundido.

Mas furiosa Calipso que una leona, á quien robaron sus tiernos cachorrillos, corrió al través de la selva, sin seguir senda alguna, y sin saber adonde sus mismos pasos la conducian. Hallóse finalmente en la puerta de su gruta, donde estaba Mentor para aguardarla. Salid, les dixo, luego de mi isla, extrangeros, que habeis venido á alterar mi quietud. Aléxese de mí ese insensato jóven; y vos, viejo imprudente, conoceréis lo que puede la cólera de una diosa, si no le sacais luego de este lugar. No quiero verle mas: no quiero tolerarle, ni sufrir que le hable, ó que le mire alguna de mis Ninfas: júrolo por las aguas de la Stigia, juramento que suele estremecer hasta á los mismos dioses. Pero sabe, ó Telémaco, que no se han acabado tus males: ingrato, no saldrás de esta isla sino para arrojarte á nuevas desventuras. Yo quedaré vengada, y te pesará, pero en vano, haber perdido á Calipso. Neptuno aun irritado contra tu padre, que le ofendió en Sicilia, y instigado de Venus, á quien despreciastes en Chipre, te previenen nuevas borrascas. Verás sí á tu padre, que aun no ha muerto, pero sin que él te conozca: ni os juntaréis en Itaca, sino despues de haber sido juguete lastimoso de la mas cruel fortuna. Yo conjuro al poder de los celestes dioses, que me quieran vengar. Aun puede ser que en medio del espantoso golfo, pendiente de la punta de algun escollo, y herido de algun rayo, llames vanamente á Calipso, que se mostrará sorda á tus ruegos, y ufana de saber tu castigo.

Despues de estas palabras, su ánimo turbulento volvia á disponerse á entrar en contrario partido del que habia una vez tomado, y volvió á mover el amor en ella el deseo de tener á Telémaco. Viva, y deténgase, decia entre sí misma: por ventura despues co-

nocerá lo que he hecho por él. Eucaris no puede hacerlo inmortal como lo puedo yo. Mas, ó Calipso, demasiado ciega, tú con tu juramento te has hecho traicion á tí misma. Ya has formado el empeño, y la Stigia por quien juraste, no te permite ya esperanza alguna. Ninguno oia estas palabras; pero su interna furia se dejaba ver retratada en el semblante, y parecia que exhalaba del corazon el veneno pestífero del infierno.

Horrorizóse Telémaco, y bien lo advirtió ella, porque ¿Qué cosa no adivinan los zelos? Y el horror de Telémaco le redobló el furor. De la manera que una Bacante, que llena todo el ayre de alaridos, y hace resonar las montañas de Tracia, tomó carrera con un dardo en la mano al traves de la selva, convocando las Ninfas, y amenazando atravesar á aquellas que no la querian seguir. Espantadas con la amenaza, corriéron de tropel todas ellas. Corre Eucaris tambien, corriendo en sus mexillas las lágrimas, y mira desde léjos á Telémaco, á quien ya no se atreve á hablar. Se estremció la diosa, viendola á su lado; y en lugar de aplacarse con la sumision de la Ninfa, se conmovió de un nuevo furor, viendo que la afliccion daba nuevo realce á su belleza.

Entre tanto quedó Telémaco á solas con Mentor: empezóle á abrazar los pies, porque no se atrevia á abrazarle de otra manera, ni aun á mirarle: derramaba arroyos de lágrimas: queria hablarle, pero le faltaba la voz, y faltaban mucho mas las palabras: no sabia qué hacerse, ni lo que debia hacer, ni aun lo que queria: finalmente exclamó de esta suerte: Defendedme, Mentor, ó padre mio, de tan grandes males. Yo no puedo dexaros, ni seguiros: defendedme de tantos males, libradme de mí mismo, dadme, si os parece, la muerte.

Abrazóle Mentor, consolóle, esforzóle, y le enseñó á sufrir á sí mismo, sin lisonjear sus pasiones, y le dixo: Hijo del sabio Ulises, tan amado de las deidades, que aun no os dexan de amar, siendo efecto de su amor el sufrir que cometais faltas tan graves: no es todavía sabio el que no llegó á conocer su debilidad pro-

pia, y la violencia de sus pasiones; porque no se conoce aun, ni sabe desconfiar de sí mismo. Los dioses os han conducido, como por la mano, hasta la horrible boca del abismo, para mostraros su profundidad; pero no han permitido que cayerais dentro. Aprended pues ahora lo que jamas hubierais aprendido, sino lo hubierais experimentado. En vano se os hubiera hablado de las traiciones del amor, que deslumbran á los hombres para arruinarlos, y que baxo una apariencia de dulzura oculta la amargura mas espantosa. Ha venido ese niño entre la risa, los juegos, y las gracias: lo habeis visto: él os ha arrebatado el corazon, y vos os habeis deleitado, dexandooslo robar. Vos buscabais pretextos para no resentiros de la herida de vuestro pecho: buscabais modo para engañarme, y lisonjearos vos mismo, y no teniais miedo á cosa alguna. Mirad ahora el fruto de vuestra temeridad: pedid la muerte, que es la única esperanza que os queda. La diosa conmovida parece una furia infernal. Eucaris arde con fuego mas cruel que todos los dolores de la muerte; y todas estas Ninfas, rabiosas con los zelos, estan para despedazarse entre sí propias: esto es aquello que acostumbra hacer el traydor Cupido, que parece tan apacible. Recobrad pues todo el perdido aliento. ¡O quánto os aman los dioses! pues os abren tan buen camino para huir de las asechanzas de amor, y restituiros á la amada patria. Calypso misma está ahora obligada á despediros: ya el baxel está á punto. ¿Porqué nos detenemos en dexar esta isla, donde no tiene sitio la virtud en que poder habitar?

Discurriendo de esta manera, Mentor le tomó por la mano, y lo tiraba ácia la rivera. Apénas le seguia Telémaco, volviendo siempre el rostro ácia lo que dexaba. Tenia el pensamiento en la Ninfa, que se alexaba de él: no pudiendo mirar su rostro, veia sus hermosos cabellos, su ropage ondoso, y su noble ayre de caminar; y quisiera poder besar las huellas, que ella dexaba impresas con sus pasos. Aun quando la llegó á perder de vista; se imaginaba percibir su voz, y tenia atento el oido para escucharla. Veíala, aunque de léjos, teníala pintada, y como viva delante de sus ojos; y figurábase tambien que la hablaba, no sa-

viendo ya dónde estaba, ni pudiendo atender á las palabras que decia Mentor.

Finalmente vuelto en sí mismo, como de un letargo profundo: Yo he resuelto seguiros, le dixo, mas no me he despedido de Eucaris: quisiera ántes morir, que abandonarla con tanta ingratitud. Esperadme que yo la vuelva á ver esta última vez, y me despida de ella para siempre: permitidme á lo ménos que la diga: Los dioses crueles, ó Ninfa, los dioses, zelosos de mi felicidad, me obligan á separarme de vos; pero primero harán que acabe con mi vida, que con vuestra memoria. Dexadme, padre, este solo consuelo, que es tan justo, ó quitadme la vida en este instante. No, no quiero quedarme en esta isla, ni darme por despojo al amor; no vive esa pasion en mi pecho, y no mantengo en él sino un afecto atento, y el reconocimiento á la Ninfa. Básteme el poderla decir á dios una vez sola, y partiré con vos sin mas tardanza.

¡O quánto me compadezco de vos! le respondió Mentor. Tan furiosa es vuestra pasion, que no la conoceis. Os parece estar sosegado, y pedis la muerte: os atreveis á decir, que no os ha vencido el amor, y no podeis separaros de la Ninfa, que idolatrais: no veis, ni ois otra cosa que á ella, estais ciego, y sordo á todo lo demas. Un hombre á quien la fiebre vuelve frenético, no puede persuadirse de que está enfermo. Vos estabais dispuesto, ó ciego Telémaco, á olvidaros de Penélope, que os aguarda, de Ulises, á quien veréis, de Itaca donde habeis de reynar, de la gloria y altas empresas que os han prometido los dioses por medio de tan grandes prodigios, como han hecho en favor vuestro: ¿Renunciabais á todos estos bienes, por vivir sin honra con Eucaris; y diréis aún que la teneis afecto, pero no amor? ¿Qué cosa es pues la que os desasosiega? ¿Porqué quereis morir? ¿Porqué, poco hace hablasteis á la diosa con tanto delirio de afectos? Lloro vuestra ceguera; mas no os acuso de mala fé. Huid, Telémaco, huid: no puede amor vencerse, sino huyendo. Léjos pues de un tal enemigo, el verdadéro esfuerzo consiste en temer y en huir; pero en huir, sin detenerse aun para dudar, y sin tomarse tiempo para volver á mirar atras, ¿Se os han huido ya

de la memoria los cuidados que me habeis costado, desde vuestra infancia hasta aquí, y los riesgos de que os he librado con mis consejos? O creedme, ó permitidme que os dexe. ¡O si supierais bien quán doloroso me es el veros correr á la perdicion! ¡O si entendierais lo que he sufrido en el tiempo en que no me he atrevido á hablaros! La madre que os dió vida, no padeció en su parto tantos dolores como he sufrido yo en estos dias. He estado callando, he tolerado mi quebranto, he ahogado hasta los suspiros, para ver si por vos mismos os resolviais á buscarme de nuevo. Consolad, hijo mio, hijo mio querido, mi corazon: volvedme lo que tengo en mas aprecio que mis entrañas: restituídme á Telémaco, á quien he perdido: vos mismo restituidos á vos. Si la virtud en vos vence á la pasion amorosa, yo vivo, y vivo feliz; pero si os arrebata la pasion á despecho de la virtud, ya feneció la vida de Mentor.

Hablaba así Mentor, caminando ácia el mar; y Telémaco, que no se hallaba aun con suficiente esfuerzo para seguirle por sí mismo, tenia el que bastaba, para sin resistencia dexarse conducir. Minerva siempre oculta debaxo del aspecto de Mentor, cubriendo con su escudo invisiblemente á Telémaco, y cercándole con un rayo de divino auxílio, le hizo sentir un brio, que no habia hasta entónces experimentado, desde que llegó á aquella isla. Llegáron finalmente á un lugar, donde se levantaba la rivera en elevadas peñas, que formaban un precipicio, siempre combatido del mar. Miráron desde aquella eminencia si estaba en el mismo lugar la nave que Mentor con arte, y con trabajo habia prevenido; pero viéron un espectáculo digno de su dolor.

Cupido estaba vivamente pesaroso de ver que aquel anciano desconocido, no solo era insensible para sus armas, sino que sacaba á Telémaco de su jurisdiccion. Gemia con la saña, y fuese á buscar á Calipso, que andaba vagabunda por lo mas intrincado de las selvas. No pudo ésta mirarle sin gemir, y sintió que le abria nuevamente todas las profundas heridas del corazon. ¿Vos sois diosa, le dixo el rapaz, y os dexais vencer de un hombre débil, que teneis prisio-

nero en vuestra isla? ¿Y porqué le dais lugar para que salga de ella? Malvado amor, le respondió Calipso, no quiero escuchar mas tus perniciosos consejos: tú eres quien me ha sacado de una profunda, y deliciosa paz, para precipitarme en un abismo de horribles desventuras. No tiene ya remedio: juré ya por la Stigia dexar partir á Telemaco. Júpiter mismo, que es padre de los dioses, no se atreviera con todo su poder á romper tan grave juramento. Sal, Telémaco, de mi isla: sal tú tambien, infame malhechor, que aun me has ocasionado daños mayores que él.

Cupido, sonriéndose con malicia, y con burla le enxugó en este lance el llanto de sus ojos, diciendo al mismo tiempo: Sí, que esto es en verdad un grande estorbo. Dexadme obrar á mí, guardad vuestro juramento, y no os opóngais á la ausencia de Telémaco. Ni yo, ni vuestras Ninfas hemos jurado las aguas de la Stigia, para permitir que se ausente. Sugeriré á las Ninfas el designio de quemar el baxel, que con tan excesiva diligencia ha construido Mentor. Su prontitud, que os ha sorprendido, le será sin provecho, y á su tiempo él mismo quedará sorprendido: ni le quedará modo alguno con que poderos separar de Telémaco.

Estas engañosas palabras hicieron volver poco á poco la esperanza, y consuelo al pecho de Calipso. Como acostumbra con su frescura el céfiro á la margen de un arroyuelo recrear el ganado enardecido, y casi desmayado por el calor ardiente del verano, asi el amor con ese razonamiento apaciguó á la diosa en su despecho. Se serenó el rostro, templáronse sus ojos, y se apartáron léjos por breve espacio los mordaces cuidados, que le roian el corazon. Detúvose, y se puso á reir: acarició á aquel niño festivo, y se preparó en las caricias otros dolores nuevos.

Satisfecho Cupido de haberla persuadido, se fué á encontrar las Ninfas, que andaban vagueando y esparcidas por los fragosos montes, como una manadita de ovejuelas, á quienes hizo huir léjos de su pastor la hambre rabiosa de sangrientos lobos. Juntólas, y las dixo: Ninfas, si estimais á Telémaco, advertid, que le teneis aun en vuestro poder: dad priesa, y quemad el baxel que ha fabricado Mentor para llevarle;

porque á no executarlo de esta suerte, él se os ausentará. Al mismo tiempo encendiéron hachas, corriéron á la playa enfurecidas, leventáron terribles alaridos, y dexaron al ayre sus cabellos, como Bacantes. Ya vuela el fuego, ya consume el baxel, hecho de los leños secos y embreados, y ya borrascas de humo, y de incendios se levantaban hasta las nubes.

Telémaco, y Mentor viéron las llamas de lo alto de aquellas rocas, y al percibir los gritos de las Ninfas iba á alegrarse Telémaco, porque su corazon no estaba todavía bien sano de sus heridas; y Mentor advertia, que su pasion estaba como el asqua mal apagada, que centelleando baxo de la ceniza, de quando en quando arroja algunas chispas, que dan á fuera señas de que conserva el fuego. Heme aquí pues, dixo Telémaco, otra vez enredado entre mis lazos: no nos queda ahora ya esperanza alguna de dexar esta isla.

Bien conoció Mentor que estaba á punto de recaer el jóven en sus primeras flaquezas, y que no habia qué perder un solo instante. Vió de léjos en medio de la mar un baxel parado, que no osaba acercarse, porque sabian todos los pilotos, que la isla de Calipso era inaccessible á los hombres. Repentinamente Mentor impeliendo á Telémaco, que estaba sentado sobre la punta de un gran peñasco, dió con él en el mar, y se arrojó despues en su compañía. Telémaco, asustado de una tan violenta caida, tragó la agua salada, que se le entró por la boca, y pasó á ser juguete de las ondas, hasta que volviendo en sí mismo, y viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensó sino en alejarse de aquella isla fatal, de que habian salido.

Las Ninfas, que habian pensado tenerle prisionero, levantáron horribles gritos, no pudiendo impedir ya su fuga. Afligida Calipso se volvió otra vez á su gruta, y toda la llenó de alaridos. Cupido, que vió el triunfo trocado en un vencimiento afrentoso, se levantó en el ayre batiendo sus alas, y huyó volando al ameno bosque de Idalia, en donde le arguardaba su tirana madre. Y el hijo mas cruel que ella, se consoló, riéndose de los males que habia occasionado.

Al paso que Telémaco se apartaba de la isla, sentía con placer renacerle en el corazon la alegria, el esfuerzo y amor á la virtud. Experimento, le decia á Mentor en alta voz, lo que vos me deçiais, y no podia creer por falta de noticias: no se supera el vicio, sino huyéndolo. O padre mio, ¡ó quánto me han amado los dioses, que me han dado vuestra asistencia! Merecia yo no teneros, y ser abandonado en manos de mí mismo. No temo ahora ya, ni al mar, ni al viento, ni á las tempestades: ya no tengo temor sino de mis pasiones; solo el amor se debe temer mas que todos los naufragios.

FIN DEL LIBRO SEPTIMO.

TELÉMACO.

LIBRO VIII.

SUMARIO.

El Capitan del baxel viendo en el mar dos hombres que le piden socorro, los saca del peligro y los recibe en él. Era Fenicio y hermano de Narbal. Conócense él y Telémaco, y se cuentan mutuamente sus sucesos. Telémaco pregunta por Pigmalion y Astarbé. Nueva descripcion de Pigmalion, el que sin embargo de sus rezelos fue emponzoñado de mano de Astarbé, quien despues se envenenó á sí misma. Adoamo capitan del baxel hace un convite espléndido á Telémaco con alegre música. Telémaco no se atréve á divertirse con la música; y toma de eso Mentor ocasion de explicar las diversas especies de placeres, y de quáles se puede gozar sin miedo. Mentor tañe la lira, y canta los loores de Júpiter, y las desgracias de Narciso y Adonis. Adoamo describe despues las costumbres de los pueblos de la Bética.

El baxel que estaba parado, y á quien se encaminaba, era de unos Fenicios, que navegaban á Epiro. Habian visto á Telémaco en el viage de Egipto; pero no le podian conocer, estando aun en el agua. Quando llegó Mentor tan cerca de ellos, que podian oir su voz, sacando sobre el agua la cabeza, les dixo en alta voz estas palabras: O Fenicios, tan amorosos ácia qualquier nacion, no negueis la vida á dos hombres que la esperan, confiados de vuestra humanidad. Si esque os mueve el respeto que debeis á los dioses, recibidnos en vuestra nave: irémos con vosotros adonde nos quisiereis llevar. El que gobernaba le respondió: Os recibirémos gustosos, porque sabemos bien lo que se debe hacer por los no conocidos, que se ven en tanta desventura.

Luego les admitiéron en el baxel, donde apénas entráron, quando no pudiendo ya respirar, quedáron como troncos sin movimiento; porque para resistir á las ondas habian nadado mucho tiempo, y con todo

esfuerzo. Poco á poco recobráron las fuerzas; y al instante les diéron otros vestidos, porque los que tenian estaban empapados en la agua que rebosaban. Quando estuviéron ya en disposicion de poder hablar, todos los navegantes Fenicios tomándoles en medio, deseaban saber de ellos su fatalidad. Preguntóles el capitan, de qué suerte habian entrado en aquella isla de donde salian; porque es fama, decia, que la señorea una deidad cruel, que no permite llegar á ella: y porque rodeada de espantosas rocas, contra quienes combate el mar desesperadamente, nadie puede acercársele, sino arrojado de la inclemencia de algun naufragio.

De un naufragio, le respondió Mentor, hemos sido nosotros arrojados. Somos de nacion Griegos, y nuestra patria es Itaca, isla cercana á Epiro, adonde vosotros tal vez enderezais el rumbo. Mas quando no quisierais ir á Itaca, si navegais á Epiro, nos bastará la suerte de que nos lleveis allá. Hallarémos en esa tierra amigos, que nos asistirán, para hacer el corto viage que hay de ella hasta la nuestra, donde os serémos eternamente deudores de la alegría que lograrémos, volviendo á ver otra vez lo que mas estimamos en el mundo.

De esta suerte hablaba Mentor, y dexábale hablar Telémaco, guardando entre tanto silencio; porque los errores, en que habia caido en la isla de Calipso, le habian hecho mas prudente. Desconfiaba de sí propio: conocia la necesidad que tenia de seguir siempre los cuerdos consejos de Mentor; y á lo ménos se aconsejaba de él con los ojos, quando no le podia hablar y pedirle su parecer, procurando hacerse adivino de sus pensamientos.

Al capitan Fenicio, que miraba fixamente á Telémaco, parecia, que en otro tiempo le habia visto; pero le parecia confusamente, y sin que se pudiera certificar. Permitidme, le dixo, que os pregunte, si me habeis visto en otro lance; porque á mí me parece que antes de ahora os he visto No me es incógnito vuestro semblante, luego me ha hecho llamada la fantasía; pero no sé dónde os he visto: tal vez vuestra memoria ayudará á la mia.

Al instante Telémaco con extraordinario regocijo le respondió: Como os maravillais de mirarme, asi yo quedo atonito de veros. Os he visto, os conozco; mas no sé si en Egipto ó en Tiro. Entónces el Fenicio, como un hombre que despierta al amanecer, y que á la larga poco á poco recobra la memoria del sueño fugitivo, que desaparece al despertar, gritó, sin que pupiera contenerse: Vos sois Telémaco, con quien Narbal hizo amistad, quando volvimos de Egipto: yo soy su hermano, de quien él sin duda muchas veces debió hablaros; y acuérdome, que os dexé entre sus brazos. Despues de la empresa de Egipto, me fué preciso atravesar los mares navegando á la famosa Bética, cerca de las columnas de Hércules: por ésta sola causa no pude mas que veros; y no es de maravillar que al principio me ha costado tanto el recuerdo de vuestra persona.

Bien veo, respondió Telémaco, que vos sois Adoamo: os ví solamente de paso, pero os conozco por lo que Narbal me contó de vos en nuestras conversaciones. ¡O qué gran regocijo siento, pudiendo oir de vos alguna noticia, de una persona, que siempre me será tan amable! ¿Se halla, por ventura aun en Tiro? ¿Padece acaso algun cruel tratamiento del sospechoso, y bárbaro Pigmalion? Sabed, Telémaco, respondió Adoamo, interrumpiéndolo, que la fortuna os pone baxo la fe de un hombre, que todo lo posible pondrá á execucion para serviros. Os conduciré á la isla de Itaca, antes que pase á Epiro, y no os tendrá ménos cariño su hermano que Narbal mismo.

Habiendo hablado de esta suerte, advirtió, que ya se movia el viento que esperaba: hizo levantar áncoras, poner las velas, y sacudir el agua con los remos. Llamó despues á parte á Mentor y a Telémaco, para discurrir con entrambos sin intervencion de testigos.

Ahora dixo, mirando á Telémaco, me dispongo á satisfacer á vuestra curiosidad. Ya Pigmalion murió, y los justos dioses libraron de él al Reyno. Como este Rey no se fiaba de nadie, ninguno se podia fiar de él. Los buenos se contentaban con gemir, y apartarse de su crueldad, sin poder resolverse á hacerle daño; y los malos no creian tener seguras sus vidas, sino con

su muerte. No habia hombre en Tiro, que no estuviese en un continuo riesgo de ser objeto de su desconfianza. Sus mismas guardias estaban mas expuestas á este peligro, que todos los demas. Como tenia la vida en sus manos, les tenia mas miedo que á todo el resto de los hombres. A qualquiera ligera sospecha los sacrificaba á la propia seguridad; pero no la podia hallar en los que eran depositarios de su salud, hallándose ellos en un continuado peligro, y no pudiendo librarse de una condicion tan horrible, sino anticipando la muerte de un Rey tirano á sus crueles sospechas.

La malvada Astarbé, de quién oiste hablar tantas veces, fue la primera en resolver perderlo. Enamorósse ella con una excesiva pasion de un rico jóven Tirio, llamado Guioazar, y confió poderlo levantar hasta el solio. Para executar ésta idea, hizo entender al Rey, que el mayor de sus hijos, impaciente por succederle, se habia conjurado contra él: y halló algunos falsos testigos para probar la conspiracion. El desventurado Rey dió muerte al hijo inocente; y el segundo, llamado Baleazar, fué enviado á Samo, socolor de aprender las costumbres y ciencias de la Grecia; porque Astarbé persuadió á Pigmalion, que convenia alejarlo, temiendo no se uniera con los malcontentos. Apénas partió, quando los que guiaban el baxel, cohechados de la impia muger, tomáron la oportunidad de la noche para fingir un verdadero naufragio del desdichado Príncipe. Salváronse ellos nadando acia unas barcas extrañas que les esperaban, y arrojáron al pobre jóven á la inclemencia del mar.

En tanto los amores de Astarbé no se encubrian mas, que á Pigmalion, el qual imaginaba, que no podia ella tener amor á otro sino á él. Un príncipe tan sospechoso estaba lleno de una ciega confianza en aquella muger perversa: la pasion del amor era quien le cegaba hasta este extremo. Hizole al mismo tiempo la avaricia que buscára pretextos para quitar la vida á Guioazar, á quien tenia Astarbé desmesurada pasion; y no pensaba mas que en apoderarse de las riquezas del jóven.

Pero miéntras que Pigmalion se entregaba del todo á la desconfianza, al amor y á la avaricia, se apresuró Astarbé en dar fin á su idea y sacarle del mundo. Creyó que tal vez habia él descubierto alguna cosa de su infame comercio con aquel jóven; y sabiendo por otra parte, que sola la codicia seria suficiente á hacer derramar su sangre, concluyó, que no habia que perder un momento en prevenirlo. Veia ella a los principales ministros de la corte apercibidos para bañar sus manos en la sangre Real: oia hablar cada dia de una nueva conjuracion; mas temia fiarse de alguno, que la burlára. Parecióle al fin mas seguro consejo envenenar á Pigmalion.

Este comia á solas de ordinario, y él mismo disponia su comida, no pudiendo fiarse sino de sus propias manos. Cerrábase en el sitio mas retirado de su Palacio, para ocultar mejor su desconfianza; y porque no le vieran jamas aderezarlo que habia de comer. No se atrevia á buscar regalo alguno de los que suelen servir en la mesa; ni se podia resolver á comer cosa alguna de las que él mismo no sabia sazonar. Asi no le podian servir no solo las viandas guisadas por sus cocineros, pero ni aun el vino, el pan, la sal, el aceyte, la leche, y los demas manjares ordinarios. No comia otra cosa que aquellas frutas que él propio por su mano cogia en su jardin, ó algunas legumbres que él sembraba, y él tambien ponia á cocer al fuego. A mas de esto, no bebia jamas otra agua sino la que tomaba de una fuente cerrada en cierto puesto de su Palacio, cuya llave tenia en su poder. Sin embargo que parecia fiarse de Astarbé, no dexaba de guardarse de ella, y la hacia siempre comer y beber la primera de todo lo que habia de servir para su alimento: si alguna rara vez no observaba la estrecha regla de su desdicha, era para no poder ser envenenado sino juntamente con ella, y para que Astarbé no tuviera esperanza de vivir mas que él. Pero ella tomó el antídoto que le ofreció una vieja, aun mas malvada que ella, que era confidente de sus amores, despues de lo qual no temió el peligro de atosigarlo.

He aquí el modo con que logró su intento. Al punto que iban á empezar á comer, fingió la vieja, que lla-

maban á la puerta. El Rey, que siempre tenía miedo de que alguno le quisiéra matar, corrió á la puerta misma todo turbado á ver si estaba bien cerrada. Retírase al instante la vieja. queda el Rey asustado, y no sabiendo qué discurrir de lo que habia oido, á nada menos se atreve que á averiguarlo y abrir la puerta. Anímalo Astarbé, le acaricia, y con instancia le ruega que prosiga comiendo. Habia ella mezclado ya el veneno en la taza de oro, mientras que él habia acudido á la puerta. Pigmalion conforme á su costumbre la hizo beber primero, y bebió sin temor, fiada en el antídoto. Bebió tambien Pigmalion, y de allí á poco rato se desmayó.

Astarbé, que conocia la materia, á la mas mínima sospecha, empezó á rasgarse los vestidos, arrancarse los cabellos, y á dar gritos, acompañados de un fingido llanto. Abrazaba al Rey moribundo, estrechábale entre sus brazos, y lo bañaba de un arroyo de lágrimas, porque nada le costaban á aquella cautelosa muger. Quando vió finalmente qué ya no tenia el Rey fuerzas, y estaba agonizando, temiendo que se recobrára algun tanto, y quisiera hacerla morir junto con él, pasó de las caricias, y mas tiernas demostraciones de amor al mas horroroso furor. Arrojósele á la garganta, y anudándole la respiracion, le ahogó: sacóle despues de la mano el real anillo, quitóle la corona, é hizo entrar á Guiozar, á quien dió uno y otro. Creed cierto que todos sus apasionados no hubieran dexado de favorecer sus designios, y que su amante se hubiera proclamado por Rey; pero eran todos de baxo aliento, mercenarios, y no capaces de un afecto sincero, quantos habian sido ántes los mas solícitos en complacerla. Faltábales tambien el valor, y tenian temor á la altivez, al engaño, y á la crueldad de aquella muger sin piedad; cada uno por su seguridad misma deseaba que pereciese.

Entre tanto todo el palacio se llenó de un espantoso tumulto, y se oian por todas partes los gritos de los que decian: El Rey es muerto. Iban espantados los unos, y corrian a las armas los otros: se mostraban con ansia de lo que habia de suceder: pero alegrandose por estremo de esta noticia, la divulgó la

fama de boca en boca por la grande ciudad de Tyro; y no se halló ninguno á quien doliera la perdida de Pigmalion. Fué su muerte la libertad, y el consuelo de todo el pueblo.

Asombrado Narbal de un accidente tan espantoso, sintió como hombre de bien la desgracia del Príncipe, que habia hecho traicion á sí propio, poniéndose en las manos de la impia Astarbé, y ántes que ser padre de sus vasallos, conforme á las obligaciones de Rey, quiso ser horrible y monstruoso tirano. El cuidó del bien del estado, y se dió priesa para juntar todos los hombres de bien para oponerse á Astarbé, baxo cuyo poder se hubiera visto un gobierno aun mucho mas cruel que el que acababa de fenecer.

Baleazar no murió en las ondas quando le arrojáron al mar; y los que testificaron á Astarbé que era muerto, lo hicieron persuadidos de que en verdad lo fuese; mas se habia al abrigo de la noche escapado nadando hasta llegar á unos pescadores de Creta, que movidos á compasion lo acogiéron en sus barquillas. No se habia atrevido á volver al Reyno de su padre, por sospechar que le habian querido quitar la vida, y tener igual miedo á les engaños de Astarbé, que á los crueles rezelos de Pigmalion. Estuvo largo tiempo vagueando y mudando trage en las riberas del mar de Syria, en donde le habian dexado los pescadores Cretenses; y se vió tambien obligado á guardar ganado, para adquirir sustento. Finalmente él encontró manera de noticiar su estado á Narbal, creyendo que podia fiar su secreto y su vida á un hombre de virtud tan experimentada. Narbal maltratado del padre, no dexó de estimar al hijo, y de tener cuidado de sus intereses; pero no se empeñó en este cuidado sino para estorbarle que faltára jamas á la obligacion á su padre, persuadiendole que llevára con paciencia su desgraciada fortuna.

Habia Baleazar enviado á decir á Narbal que quando juzgára conveniente que el se restituyera á Tiro, le remitiera un anillo de oro, y por él se daria por avisado de haber llegado el tiempo oportuno de verse. Narbal no tuvo por acertado que Baleazar se volviera á Tiro viviendo todavía Pigmalion; porque se hubiera

puesto á peligro su vida y la del Príncipe: tan difícil era el salvarse de las rigurosas respuestas del sospechoso Rey. Mas luego que tuvo este el digno fin de sus desaciertos, Narbal se apresuró á enviar el anillo de oro á Baleazar. Partió este al momento, y llegó á las puertas de Tiro en aquel mismo lance, en que estaba tumultuada toda la ciudad sobre dar sucesor á Pigmalion. Todos los principales, y todo el pueblo reconocieron á Baleazar facilmente. Amábanle, no por el Rey su padre, que era generalmente aborrecido, sino por sus costumbres apacibles y moderadas. Sus repetidos desastres le añadian tambien no sé qué gracia, que descubria mas sus buenas calidades, por las quales todos los Tirios se enternecian en su favor.

Juntó Narbal las cabezas del pueblo, los ancianos de quienes se formaba el consejo, y los sacerdotes de la gran diosa de Fenicia. Estos cumplimentáron á Baleazar como á su Rey, y hiciéron que por tal le publicaran los Reyes de Armas. Correspondió la plebe con mil aclamaciones de júbilo. Entendiólo Astarbé desde lo interior del palacio, donde estaba encerrada con su vil é infame Guioazar. Habíanla abandonado todos los malos, de quienes ella se habia servido en el reynado de Pigmalion. Y es la razon, porque temen los malos á los malos, desconfian de ellos, y no desean verlos en grado autorizado; porque saben de quán mal modo se valdrian de él, y adonde llegaria su violencia: pero lo que es ver elevados á los buenos, lo toleran los malos con gusto; porque á lo menos esperan hallar en ellos moderacion, y á veces condescendecia. En quanto á Astarbé, y sus complices no les quedaba otra esperanza que el castigo que merecian sus execrables delitos.

Vencidas las puertas del real palacio, no osaron aquellos facinorosos á hacer en él muy larga resistencia, porque luego tratáron de escaparse. Astarbé, disfrazada en traje de esclava, procurò salvarse entre la turba; pero descubrióla un soldado. Prendiéronla, y fué menester gran trabajo para impedir que no la despedazará el pueblo enfurecido. Ya habian empezado á arrastrarla por el lodo de las calles; mas sacóla Narbal de las manos del vulgo. Pidiò ella entonces hablar

á Baleazar, prometiéndose deslumbrarlo con sus alhagos, y moverle á esperar, que le descubriria secretos importantes. No pudo Baleazar escusar el oirla. Al principio mostró con su hermosura un agrado y modestia tal, que bastaria para enternecer los corazones mas duros. Lisonjeó á Baleazar con las mas ingeniosas alabanzas, y mas acomodadas para persuadir: representóle lo mucho que su padre la habia amado: conjuróle por las cenizas de aquel frio cadaver á tener de ella compasion: invocó a los dioses, como si con pecho sincero los hubiera adorado: vertió arroyos de lágrimas, arrojóse á los pies del Rey; pero despues no dexó de valerse de todo el artificio para poner al Rey en sospecha, y en odio de sus mas fieles vasallos. Acusó á Narbal de haber tenido parte en una conjuracion contra Pigmalion, y haber intentado coechar los pueblos para hacerse Rey en perjuicio suyo: añadió despues de esto, que le procuraba prender, é inventó contra todos los mas virtuosos Tirios otras semejantes calumnias. Esperaba encontrar en el pecho de Baleazar la misma deferencia, y las sospechas mismas que habia descubierto en el del Rey su padre; pero no pudiendo él sufrir la malignidad detestable de esta muger, interrumpió su narracion, y llamó la guardia. Fué encerrada en una prision; y cometido el diligente exámen de sus operaciones á los ancianos de mayor prudencia.

Vínose á averiguar con horror, que habia atosigado y ahogado á Pigmalion; y toda la serie de su vida se descubrió una continua cadena de monstruosos delitos. Estaban ya para condenarla á ser quemada con fuego lento, que es el castigo decretado por la ley para vengar los delitos mayores en la Fenicia; pero quando ella supo que ya no le quedaba esperanza alguna, se puso como si fuera una furia salida del infierno. Tomó el veneno, que llevaba siempre consigo para matarse si llegaba ocasion de haber de sufrir largos tormentos. Los que la guardaban notáron que padecia un dolor violento, y estaban prontos á socorrerla; pero nunca les quiso responder; antes bien mostraba con señales no querer su favor, ni su consuelo. Hicieronle memoria de los justos dioses, cuya ira habia provocado con

sus delitos; pero en vez de mostrar vergüenza, y arrepentimiento proporcionado á sus culpas, miró al cielo con menosprecio y con arrogancia, como para insultar á los mismos dioses.

La rabia y la desesperacion se veian copiadas en su rostro mortal y agonizante: ya no se descubria en ella algun rastro de la hermosura que á tantos habia hechizado, antes habia perdido todo su donayre primero. Volvia en blanco los ojos ya sin vista, y echaba feroces miradas: movianse sus labios con la violencia del accidente, que le tenia la boca extraordinariamente abierta: su rostro contraido y erizado hacia feos y horrorosos gestos: una palidez livida y una frialdad mortal se habian apoderado de todo su cuerpo: alguna vez parecia recobrarse; pero solo era para dar alaridos. Espiró finalmente, dexando á todos llenos de horror, y espanto de lo que en ella viéron. Aquella alma malvada baxó ciertamente á aquellos tristes lugares, donde las crueles hijas de Danae sacan el agua en vasos, que no pueden retenerla: donde Ixíon da vueltas á su rueda: donde Tántalo abrasado de sed, no puede alcanzar el recreo del agua, que se va fugitiva de sus labios: donde Sisifo voltea inutilmente una piedra, porque vuelve continuamente á rodar hasta su centro; y donde Ticio para siempre sufrirá al buytre, que quanto mas renacen, tanto mas come y comerá sus entrañas.

Libre Baltazar de tal monstruo, dió gracias á los dioses con inumerables sacrificios. Ha empezado á reynar con un gobierno totalmente opuesto al de su padre: se ha aplicado á hacer que florezca el comercio, que siempre iba desfalleciendo cada dia mas: ha tomado en los negocios mas importantes los consejos de Narbal; y sin embargo no es dominado de él, porque él mismo quiere verlo todo: oye todos los diferentes dictámenes, que se le proponen, y decide despues segun lo que mejor le parece. Es amado de los vasallos; y poseyendo los corazones, posee mas riquezas que las que habia recogido su padre con su cruel avaricia; porque no hay familia alguna, que quando él se encontrára en urgente necesidad, no le sirviera con todos sus intereses. Asi lo que les dexa es mas suyo, que

que si se les quitara. No tiene necesidad de usar de cautela para la seguridad de su vida; porque siempre tiene la guardia mas segura que le rodea, y es el amor de los pueblos. No hay vasallo alguno que no tema perderlo; y que por conservar la vida de tan buen Rey no arriesgara la propia. Vive feliz, y lo es juntamente con él todo su pueblo: teme agravar con excesivas imposiciones los súbditos; y estos tienen rubor de no ofrecerle una gran parte de sus haciendas. Déxales abundantes, y la abundancia no les hace intratables ni insolentes; porque son laboriosos, dados al comercio, y constantes en conservar la pureza de las antiguas leyes. La Fenicia ha subido de nuevo al mas sublime grado de su grandeza y gloria, y es deudora á su jóven Rey de la prosperidad que ahora goza.

Narbal es su ministro. ¡O si él os viera ahora, Telémaco, con qué alegria os colmaria de dones! ¡Qué gusto seria para él restituiros magnificamente á vuestra patria! Yo soy dichoso puesto que haré lo que él quisiera, yendo á Itaca á poner sobre el trono al hijo de Ulises, para que reyne en ella tan sabiamente como Baleazar reyna en Tiro.

Habiendo hablado así Adoamo, Telémaco gustoso de la historia, que el Fenicio le habia referido, y aun mas de las señales de amistad, que recibia de él en su infortunio, le abrazó tiernamente. Preguntándole luego Adoamo, qué infortunio le habia llevado á la islá de Calipso, le contó por su órden la historia de su salida de Tiro, su tránsito por la isla de Chipre, el modo con que habia hallado á Mentor, su viage á Creta, los juegos públicos para elegir Rey despues de la fuga de Idomenéo, la indignacion de Venus, el naufragio pasado, el gusto con que Calipso los habia acogido, los zelos de la diosa contra una de sus ninfas, y la accion de Mentor que le habia arrojado al mar, al instante que vió el baxel Fenicio.

Despues de estos discursos hizo disponer Adoamo un gran banquete; y para demostrar mayor alegría, unió todos los gustos, de que se podia gozar al tiempo del convite, que sirvieron algunos mancebos coronados de flores, y con vestidos blancos. Quemáronse los aromas mas raros del Oriente: todos los bancos de los

remeros estaban llenos de músicos, que tañian diversos instrumentos, y Arquitoó los interrumpia de quando en quando con la dulce harmonía de su voz, y lira, digna de ser oida en la mesa misma de los dioses, y de sumo placer á los oidos de Apolo. Los Tritones, Nereidas, y todos los dioses sujetos á Neptuno, y aun los mismos monstruos marinos, atraidos de tanta melodía, salian de sus grutas para venir en tropel al rededor del navio. Un coro de mancebos Fenicios, de rara hermosura, vestidos de lino finísimo mas blanco que la nieve, danzaron un gran rato los bayles de su pais: despues bayláron los de Egipto, y concluyéron con los de Grecia. De tiempo en tiempo algunas trompetas hacian resonar con su estruendo no solamente el mar, sino las distantes riveras. La noche silenciosa, la bonanza del mar, la trémula luz de la Luna difundida sobre las aguas, y el azul obscuro del cielo, sembrado todo de radiantes estrellas, servian á hacer aun mas ameno el deleite de la funcion.

Telémaco, que era de un natural vivo y sensible, gustaba de todas estas diversiones; mas no osaba entregarse á ellas con todo el corazon, despues de haber probado con vergüenza suya en la isla de Calipso quan facil es de pervertirse la juventud. Todos los gustos aun los mas inocentes le ocasionaban miedo, y qualquiera le era sospechoso. Miraba á Mentor, y por su rostro y ojos procuraba entender qué juicio formaba de estos placeres.

Mentor se complacia mucho, viendole en semejante confusion, y fingia no percibirlo. Finalmente, movido de la moderacion de Telémaco, le dixo, sonriéndose: Bien conozco qué temeis: y que mereceis alabanza por ese vuestro temor; pero conviene que no excedais en él. Nadie deseará mas que yo, que goceis los deleites; pero que sean tales, que no exciten en vos alguna pasion violenta, ni os roben el corazon. Es menester que poseais lo placeres; no que los placeres os posean á vos. Os deseo placeres moderados y dulces, que no os obscurezcan la razon, y que nunca os transformen en una bestia, agitada de los estímulos del furor. Ahora es la ocasion de recobraros de todos vuestros trabajos. Camplaced á Adoamo, gustando de

la diversion que os ofrece. Alegraos, Telémaco, alegraos: no tiene la virtud austeridad, ni afeites. Ella da los deleites verdaderos: ella sola los sabe sazonar para hacerlos puros y duraderos: ella sabe con las ocupaciones graves, y serias mezclar el entretenimiento y la risa: dispone con el trabajo el recreo, y con el recreo resarce la fatiga. No se avergüenza nunca la virtud de parecer alegre quando conviene.

Diciendo estas palabras, tomó Mentor una lira, y la taño con tal arte, que Arquitóo zeloso dexó caer de envidia la suya: encendiéronsele los ojos, y turbado su rostro, trocó de color. Todos hubieran notado su dolor, y verguenza, si en aquel punto mismo la lira de Mentor no hubiera arrebatado el ánimo de los que se hallaban presentes. Apenas se atrevian á respirar, por no perturbar el silencio, y perder algun punto de su divino canto, y temian continuamente que se acabára presto. No tenia la voz de Mentor dulzura afeminada; pero era firme y flexible, y expresaba al vivo, y perfectamente hasta las cosas mas mínimas.

Cantó primeramente los loores de Júpiter, padre y Rey de los dioses y de los hombres, que estremece al orbe con una insinuacion, ó una seña de su voluntad. Representó despues á Minerva, que fué parto de su cabeza, esto es, á la sabiduría que el mismo dios engendra dentro de sí mismo, y sale fuera de él, para amaestrar á los mortales dóciles. Cantó esto con un tono de voz tan religioso y sublime, que pareció al concurso haberse trasportado al mas alto sitio del cielo en presencia de Júpiter, cuya vista penetra mucho mas que su voz. Cantó despues la desgracia del jovèn Narciso, que enamorado neciamente de su hermosura propia, la qual siempre miraba desde la orilla de una clara fuente, se consumió á la fuerza del dolor, y fué transformado en la flor que hoy recuerda su nombre. Finalmente cantó tambien la funesta muerte del galan Adonis, que fué despedazado de un jabalí, no pudiendo restituirle la vida, por mas que presentó sus lamentos al cielo, para satisfacer á su excesivo amor la poderosa Venus.

Todos los que le oyeron, no pudiéron detener las lágrimas, y cada uno sentia un no se qué placer en el

llanto. Quando concluyó su canto, los Fenicios atónitos se miraban unos á otros. Este es Orfeo, decia el uno: de esta suerte con una lira amansaba las bestias fieras, y arrastraba tras sí las selvas y peñascos: así cantó al Cerbero, y hizo que cesaran por algun tiempo los tormentos de Ixion, y de las hijas de Danae, y así movió á piedad al inexórable Pluton, para sacar del infierno á la bella Eurídice. Otro gritaba: No, que este es Lino, hijo de Apolo. Os engañais, replicaba aquel, que sin duda es Apolo mismo. Telémaco no estaba ménos admirado que los demas, porque ignoraba que Mentor sabía con tanta perfeccion cantar, y tañer la lira.

Arquitoó, que habia tenido tiempo de ocultar sus zelos, empezó á alabar á Mentor; sin embargo alabándole, le salieron los colores al rostro, y no pudo acabar de hablar. Mentor, que reparaba su turbacion, prosiguió hablando, como queriendole interrumpir, y le procuró consolar, dándole todos los elogios que merecia. Arquitoó no por eso se consoló, porque veia que le excedia Mentor, aunque mas con su modestia, que con la suavidad de su voz.

En esto dixo Telemaco á Adoamo: Me acuerdo que me habeis hablado de un viage que hicisteis á la Bética despues que nos salimos de Egipto. La Bética es pais, de que se cuentan tantas cosas maravillosas, que apénas se pueden creer: tened á bien noticiarme, si es verdad, todo lo que de ella se dice. Tendré gran gusto, respondió Adoamo, de haceros la descripcion de aquel pais famoso, digno de vuestra curiosidad, y que sobrepuja á todo lo que de él publica la fama. Y luego comenzó en esta forma.

El rio Betis corre por un pais fértil, y baxo un apacible clima, cuyo cielo está siempre sereno. Ha tomado el pais nombre del rio, que desemboca en el Océano, muy cercano de las columnas de Hércules, y de aquella parte en donde el mar furioso, rompiendo sus orillas, separó en lo pasado la tierra de Tarsis de la grande Africa. Parece que conserva aquel pais las delicias del siglo de oro: los inviernos allí son templados, y nunca soplan los desapiadados Aquilones: el ardor del Estío se templa siempre con los frescos céfiros que ácia la

hora de medio dia vienen á templar el ambiente. Así que todo el año no es sino un maridage feliz de la Primavera y Otoño, que parece se estan dando la mano. La tierra en los collados, y en las llanuras produce todo el año duplicada cosecha. Las montañas estan cubiertas de ganados, que rinden lana finisma, buscada de todos los pueblos que se conocen. Hay en aquella tan hermosa tierra muchas minas de plata y oro; pero los naturales, sencillos y felices con su simplicidad no se dignan ni aun de contar entre sus riquezas el oro y la plata. No aprecian sino lo que verdaderamente sirve á las urgencias humanas.

Quando empezamos nuestro comercio con aquellos pueblos, encontramos entre ellos empleado el oro y la plata en los usos mismos del hierro; como seria, si se aplicaran á los arados para romper la tierra. Como ellos no tenian algun comercio fuera del pais propio, así no tenian necesidad de moneda alguna. Casi todos ellos se ocupan, ó en cultivar la tierra ó en la cria y guarda del ganado. No se ven entre ellos muchos artesanos; porque no quieren permitir sino las artes que sirven á lo que de preciso han menester los hombres. Fuera de esto, siendo la mayor parte dados al cultivo del campo, y á criar ganado, no dexan con todo eso de exercer las artes necesarias á su vida sencilla y parca.

Las mugeres hilan aquella bellísima lana, y hacen paños finos y de maravillosa blancura. Ellas hacen el pan, disponen la comida, y les es fácil este trabajo, porque no se alimentan sino de fruta y leche, y raras veces de carne. De las pieles de los carneros hacen calzados ligeros para sí mismas, para sus maridos y para sus hijos. Hacen tiendas; algunas de las quales son de pieles enceradas, y otras de cortezas de árboles: lavan sus vestidos: tienen las casas con un aseo, y órden maravilloso, y trabajan toda la ropa de la familia. Es el vestido fácil de hacer, porque en un clima tan templado no se lleva sino un pedazo de paño fino, y ligero, no cortado al talle; sino que cada uno lo ciñe al cuerpo con muchos pliegues para decencia, dandole la figura de que mas gusta.

Los hombres á mas de su ganado y tierras, no tienen otras artes que exercitar sino las que sirven para trabajar con el hierro, y la madera. No se sirven del hierro sino en los instrumentos necesarios á la agricultura. Son para ellos inútiles las demas artes, que miran á la arquitectura; porque jamas fabrican casa alguna. Esto es, dicen, asirse demasiado á la tierra, hacerse habitacion que dure mucho mas que nosotros: bastanos defendernos de las inclemencias del ayre. Respeto de todas las otras artes estimadas de los Egipcios, los Griegos y demas pueblos bien gobernados, las detestan, como invenciones de la soberbia y afeminacion.

Quando se les habla de aquellos pueblos, que tienen la arte de labrar edificios magníficos, muebles de oro y plata, paños realzados de bordaduras, y de piedras preciosas, exquisitos perfumes, deliciosos manjares, instrumentos que alhagan con la harmonía, responden á este modo: Son muy desventufados esos pueblos, empleando tanto trabajo, é industria en adulterarse á sí propios. La superfluidad afemina, embriaga y atormenta á los que la tienen; provoca á los que de ella carecen, á que la adquieran con injusticia y violencia. ¿Puede darse nombre de bien á lo sobrado, que no sirve para otra cosa, que para los malos hombres? ¿Los hombres de esos paises son por ventura mas sanos y de mas robustez que nosotros? ¿Viven mas largo tiempo? ¿Son mas pacificos entre sí mismos? ¡Tienen vida mas quieta, mas libre, mas agradable? Al contrario, deben de ser zelosos unos de otros, carcomidos de una vil, é iniqua envidia, siempre inquietos con la ambicion, el miedo y la avaricia, é incapaces de aquellos gustos, que son sencillos y puros, porque sirven de esclavos á tantas falsas necesidades, de las quales hacen que esté pendiente la felicidad de sus vidas.

Así, proseguia Adoamo, hablan aquellos hombres, que no han aprendido prudencia sino estudiando la perfecta naturaleza. Tienen tambien horror á nuestra galantería, y es menester confesar, que la de estos pueblos es muy grande en su candidez. Viven todos juntos, sin dividir las tierras, y cada familia se go-

bierna por su cabeza, que es en ella el verdadero Rey, que la rige á su voluntad. El padre de familias tiene derecho á castigar á cada uno de sus hijos ó nietos, que hace una mala accion; pero ántes de dar el castigo, consulta lo restante de la familia. Casi nunca sucede que se castigue á alguno, porque las inocentes costumbres, la buena fe, la obediencia, el odio al vicio, viven en aquel dichoso país. Parece que Astrea, la qual dicen que se retiró al cielo, está todavía en el mundo escondida entre ellos. No tienen necesidad de jueces; porque los suplen sus conciencias mismas. Son comunes los bienes: los frutos de los árboles, las legumbres, la leche, son riquezas tan abundantes, que estos pueblos tan templados y moderados no han menester partirlas. En tan bello país toda familia es andante, y transporta sus tiendas de un territorio á otro, quando ha consumido el fruto y los pastos de aquel lugar en que estaba primero. De esta suerte no tienen rentas que defender los unos de los otros, y se aman todos con amor fraterno, que ninguna cosa perturba. Lo que les mantiene esta paz, esta concordia, y esta libertad, es la privacion voluntaria de las vanas riquezas y engañosos placeres.

Todos son libres, todos iguales, y no hay entre ellos otra preeminencia, que la que se origina de la experiencia de los ancianos sabios, ó de la rara prudencia de algunos jóvenes, que igualan á los viejos consumados en la virtud. En aquel país amado de los dioses nunca explican su voz bárbara y pestilente el engaño, la violencia, él perjuro, los pleytos, y las guerras. Allí la tierra no se tiñó jamas de sangre humana, y apénas se ha visto correr sino la de las reses. Quando se les notician las sangrientas batallas, las veloces conquistas, las ruinas de Estados, que se ven entre otras naciones, no pueden acabarse de admirar. ¿Qué, dicen ellos, no son los hombres harto mortales, sin que se den una pronta muerte unos á otros? ¡La vida, que es tan breve, parece á esos hombres tan dilatada! ¿Estan ellos sobre la tierra, para despedazarse entre sí propios, y hacerse mutuamente infelices?

A mas de esto los pueblos de la Betica no pueden

entender cómo se admira tanto á los conquistadores, que sojuzgan grandes Imperios. ¡ Qué locura ! exclaman, es el poner la felicidad propia en regir á otros hombres, cuyo gobierno es de tanto peso si se maneja con razon, y conforme á las reglas de la justicia ? ¿ Pero qué deleite es el gobernarlos á pesar suyo ? Todo quanto puede obrar un hombre prudente, es sujetarse á mandar á un pueblo dócil, de quien Dios le ha dado el encargo, ó á un pueblo, que le ruega quiera ser como su padre y su pastor: pero gobernar los pueblos contra su gusto, es hacerse desgraciadísimo, por tener la aparente gloria de tenerlos como esclavos. El conquistador es un hombre, que indignados los dioses contra el linage humano, han dado al mundo, estando arrebatados del ímpetu de su saña, para destruir los reinos; para difundir el espanto por todas partes, junto con la miseria y con el despecho; y para hacer de hombres libres otros tantos esclavos. ¿ Un hombre que solicita la gloria, acaso no la encuentra suficiente en regir con prudencia aquellos pueblos, que los dioses le han sujetado ? ¿ Cree por suerte, que no puede ser digno de algun elogio, sino haciendose injusto, violento, altivo, usurpador, y tirano de sus vecinos ? No es menester pensar jamas en guerra, sino para defensa de la libertad. ¡ Dichoso aquel, que no siendo esclavo de otros, no tiene la loca ambicion de hacerlos sus esclavos ! Esos grandes conquistadores, que se nos representan con tanta gloria, parecen á los rios, que salen de sus cáuces, los quales con su magestuoso curso asolan las fértiles campañas, que solamente habian de regar.

Despues que hizo Adoamo esta descripcion de la Bética, muy contento Telémaco, le hizo varias preguntas con curiosidad. ¿ Esos pueblos, le dixo, beben vino ? No acostumbran beberlo, respondió Adoamo porque no lo han querido hacer jamas: no es porque no tengan ellos abundancia de uvas; pues ninguna tierra las produce mejores, sino porque se satisfacen con comerlas de la misma manera que las demas frutas; y tienen miedo al vino, como el pervertidor de los hombres. Es una especie, dicen, de veneno, que hace al hombre frenético, pero no cadáver, y lo trans-

forma en bruto. Pueden los hombres conservar sin vino la salud, y sin gastar con él las buenas costumbres.

Yo quisiera saber, replicó Telémaco, qué leyes son las que esa nacion observa en los matrimonios.

Cada uno, volvió á responder Adoamo, no puede tener mas que una sola muger, la qual esta obligado á mantenér mientras vive. La honra de los hombres depende tanto en aquel pais de su fidelidad a las mugeres, quanto la de las mugeres depende de su fidelidad á los maridos. No se conoció pueblo ni mas honesto, ni mas zeloso de la pureza. Las mugeres allí son bellas y graciosas; pero sencillas, honestas y laboriosas: al paso que los maridos son pacíficos, fecundos y sin defectos. Parece que el marido, y la muger en dos cuerpos distintos no tienen mas que una alma. Entre ambos se dividen todos los cuidados domésticos: el marido regula todos los negocios de afuera, y la muger no tiene mas que hacer, que el gobierno interior de casa. Ella consuela al marido en sus trabajos, y parece que ha nacido para solo darle gusto: gana su confianza, y rinde mas con su virtud que con su hermosura, haciendo siempre mas apacible, y mas amable su compañía, que no dura ménos que la vida. La templanza, la moderacion y las costumbres puras del pueblo, le dan una vida dilatada y exènta de enfermedades En el vénse viejos de mas de cien años, que tienen aun robustez y brio.

Quédame que saber, dixo entonces Telémaco, cómo hacen para evitar la guerra con los otros pueblos vecinos.

La naturaleza, respondió Adoamo, les ha separado de los demas, por la una parte con el mar, y por la otra con algunos soberbios montes. Fuera de eso los pueblos vecinos los respetan por su virtud. Muchas veces los otros pueblos, no pudiéndose componer entre sí, los tomaron por jueces en sus disensiones, y han confiado de ellos las tierras y ciudades de que litigaban. Como esta sabia nacion nunca ha hecho alguna violencia, no hay quien desconfie de ella. Riense quando se les habla de aquellos Reyes, que no pueden convenirse en los confines de sus estados. ¿Puede

temerse, dicen, que falte tierra á los hombres? Ellos tendrán siempre mas de la que puedan cultivar. Miéntras que haya tierras libres, no queremos ni aun defender las nuestras contra aquellos vecinos que las quieran señorear. No se halla en todos los moradores de la Bética ni orgullo, ni altivez, ni infidelidad, ni ansia de estender su dominio. De ahi viene que sus vecinos nunca tienen que temer cosa alguna de un pueblo tal, ni pueden esperar hacerse temer de él: por eso lo dexan en paz. El, ántes que servir, abandonaria el pais, ó se dexaria matar: de donde viene á ser tan dificil el sojuzgarlo, quanto está ageno de sojuzgar á los otros. Esto es lo que entre ellos mantiene una paz tranquilísima con sus vecinos.

Feneció Adoamo su razonamiento, refiriendo de qué manera hacian los Fenicios su comercio en la Bética. Este pueblo, decia, se maravilló quando vió llegar atravesando el mar hombres extrangeros de tan distantes tierras. Acogiónos la gente con afabilidad, y partió con nosotros todo lo que tenia, sin querer paga alguna por ello. Ofrecierónnos toda aquella lana, que les sobraba despues de haber hecho la provision que necesitaban para su uso; y en efecto nos hicieron de ella un copioso presente. Es para ellos de sumo gusto dar liberalmente lo que les sobra á los extrangeros.

En quanto á sus minas, no tuviéron difficultad ninguna de abandonárnoslas, porque les eran totalmente inútiles. Parecíales, que los hombres no eran prudentes, yéndose á buscar con tanta fatiga en las entrañas de la tierra, lo que no puede hacerlos felices, ni satisfacer á alguna verdadera necesidad. No caveis tan profundamente la tierra, nos decian: contentaos con trabajarla. Ella os dará riquezas verdaderas que os alimentarán, y sacaréis de ella los frutos, que valen mas que el oro y la plata, porque no quieren los hombres la plata y el oro, sino para comprar el sustento de la vida.

Varias veces quisimos enseñarles el arte de navegar y pasar á Fenicia los mancebos de su pais; pero nunca los padres han querido que aprendieran sus hijos á vivir de la suerte que nosotros. Aprenderian ellos,

nos decian, á necesitar de todas las cosas, que se os han hecho necesarias: querrian alcanzarlas, y dexarian por ellas la virtud, y se harian como aquel hombre que tiene buenas piernas; pero perdiendo el uso de caminar, se halla finalmente en la necesidad de ser siempre llevado de agena mano, como un enfermo debil. La navegacion la admiran por la industria del arte; mas la tienen por arte demasiado dañosa. Si los hombres, dicen, tienen bastantemente en su pais lo que es necesario á la vida, ¿Qué es aquello que van á buscar en los extraños? No les basta lo que es bastante á la precision de la vida? Merecerian hacer naufragio, porque por hartar su avaricia, van á buscar la muerte entre las tempestades.

Tenia sumo gusto Telémaco de oir este discurso de Adoamo, y se alegraba de que hubiera todavía en el mundo un pueblo, que siguiendo la recta razon, fuese juntamente tan sabio, y tan afortunado. ¡O quánto, decia, estan léjos las costumbres buenas, de las costumbres vanas, y ambiciosas de aquellos pueblos, que son tenidos por los mas sabios! Estamos tan viciados, que apénas podemos creer que pueda ser verdadero este tan natural candor. Consideramos las costumbres de una tal gente como una linda fábula, y ella debe considerar las nuestras como un sueño monstruoso.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

TELÉMACO.

LIBRO IX.

SUMARIO.

Venus se quexa de Telémaco á Júpiter delante de los dioses, y pide que le quite la vida. Júpiter le responde, que los hados no lo permiten; y le otorga licencia para estorvarle el arribo á Itaca en muchos años. Pasa Venus á hablar á Neptuno, el qual por complacerla, envia un dios engañoso, que hace, que el piloto Acamante vea una fingida Itaca, á donde arriba. Acamante conoce, que la Itaca á donde llega es el pais de los Salentinos. Telémaco y Mentor desembarcados hallan á Idómeneo, que con sus amigos habia fundado en la Hesperia una nueva ciudad. Alegran á Idomenéo con la noticia del arribo de Telémaco. Acógelo muy urbanamente, y reconoce á Mentor, visto de él otras veces. Van juntos al templo de Júpiter, en donde el sacerdote les intima un oráculo ambiguo para Telémaco, que desea su explicacion.

En tanto que Telémaco y Adoamo hablaban de esta suerte, sin acordarse de dormir; y no advirtiendo que ya la noche se hallaba á la mitad de su carrera, los alejaba de Itaca una deidad contraria y engañosa, haciendo que el piloto Acamante velara en vano por avecinarse á sus playas. Neptuno, aunque propenso á los Fenicios, no podia mas tiempo tolerar que hubiera escapado Telémaco de la borrasca, que lo habia arrojado á los escollos de la isla de Calipso. Venus estaba aun mas irritada, viendo triunfar al jóven, despues de haber vencido á Cupido y todos sus hechizos. Arrebatada de su dolor, dexó á Citera, Pafo, y Idalia, y todos los honores que se le dan en Chipre, porque ya no podia sosegar en aquellos lugares donde habia despreciado Telémaco su poder. Salióse pues del cielo, dexandose á los dioses asistiendo al solio de Júpiter. Desde aquel sitio ven ellos las estrellas, que circulan debaxo de sus pies; descubren el gran globo de la tierra como una bolita de lodo; y los inmensos mares les parecen unas gotitas de agua, con que se

baña un poco la menuda arena. Los mas crecidos Reynos no son otro a sus ojos que un poco de polvo, con que se disimula esta superficie: los numerosos pueblos, y los mas poderosos exércitos son como unas hormigas, que debaten unas con otras sobre un grano de trigo, ó una ligera paja. Ríense de nuestros negocios mas graves; y les parecen juegos de niños todos los que a los hombres ponen en tan gran pena. Solo á la suprema deidad parece flaqueza, y miseria lo que los hombres llaman grandeza, gloria y potencia.

En aquella morada, tan elevaba sobre la tierra, ha colocado Júpiter su inmoble trono. Sus ojos penetran hasta los abismos, y ven los mas ocultos secretos de los corazones: su vista apacible, y serena difunde en todo el orbe la tranquilidad y alegría: y al contrario, mostrandoles su ceño, estremece al cielo y la tierra. Los mismos dioses deslumbrados de los rayos de gloria que le circuyen; no se osan acercar sino con temor.

Todas las celestiales diosas le estaban asistiendo, quando Venus se presentó a sus ojos, con todos aquellos primorosos hechizos, que viven en su misma belleza. Su ropage undoso resplandecia mas que todos los colores, con que se adorna el iris en la opacidad de las nubes, viniendo a prometer el fin de la borrasca, y anunciar la serenidad al mundo melancólico. Llevaba su vestido ceñido de aquel cinto famoso, en que estan retratadas las gracias, y llevaba el cabello recogido a la espalda con una cinta de oro, pero con primoroso desaliño. Todos los dioses quedaron admirados de su belleza, como si nunca la hubieran conocido. Deslumbró sus ojos, como el sol deslumbra los de los hombres, quando viene á ilustrarlos con sus rayos despues de las tinieblas. Mirabanse asombrados unos á otros, y volvian siempre la vista a la brillante diosa; pero advirtiéronla bañada de sus lagrimas, y que descubria en su rostro un amargo dolor.

Venia ella entre tanto acia el trono de Júpiter con garboso y ligero paso, á fuer del vuelo rapido de una ave, que surca la region interminable del ayre. Miróla el dios con agrado, sonriósele apaciblemente, y poniéndose en pie, la estrechó entre sus brazos. Hija

querida mia, la dixo, ¿Quál es vuestra pena? No puedo ver vuestras lágrimas, sin sentirme mover á compasion con ellas. No temais descubrirme vuestro corazon; pues teneis conocido mi cariño y mi prontitud en daros gusto.

¡Es posible, ó padre de los dioses, y de los hombres, le respondió Venus con una dulce voz, pero interrumpida de profundos suspiros, que á vos, que lo veis todo, se os oculta la causa de mi dolor! No se ha contentado Minerva de haber destrozado hasta los fundamentos de la soberbia ciudad de Troya, que defendia yo, y haberse vengado de Paris, que antepuso á la suya mi hermosura; sino que, á mas de esto, conduce por todas las tierras y mares al hijo de Ulises, de aquel iniquo destruidor de Troya. Minerva acompañó á Telémaco, y esta es la ocasion, porque aquí no concurre en su lugar como los otros dioses. Ella conduxo al jóven temerario á la isla de Chipre, para ultrajarme, y él ha hecho menosprecio de mi poder; ni aun se ha dignado de quemar en mis aras el incienso: ha mostrado tener horror á las fiestas, que en mi honra se celebran; y ha cerrado su corazon á todos mis placeres: sin fruto el dios Neptuno, para castigarle, ha levantado á mis ruegos los vientos y los mares contra él. Arrojado de un horrible naufragio á la isla de Calipso, ha triunfado en ella del mismo amor, que yo allá habia enviado á enternecer el pecho de este jóven griego. Ni la juventud, ni caricias de Calipso y de sus Ninfas, ni las ardientes flechas de Cupido han podido vencer las artes de Minerva que lo defiende. Ella le sacó de la isla; y yo he quedado afrentada, y un niño ha triunfado de Venus.

Júpiter á estas voces dixo por consolarla: Es verdad, hija mia, que Minerva defiende al corazon de Telémaco de todas las saetas de vuestro hijo, y que le previene una gloria, que nunca mereció jóven alguno. Siento que él haya despreciado vuestros altares; mas no puedo entregarlo á vuestro poder. Por vuestro amor permito, que Telémaco vaya aun vagabundo en tierra y mar: que viva separado de su patria, expuesto á todo mal, y á todo riesgo; mas no sufren los hados

que perezca, ni tampoco que su virtud quede por despojo á los gustos con que vos engañais á los mortales. Consolaos, pues, ó Venus, y estad contenta con tener por súbditos vuestros á tantos otros héroes, y á tantos dioses.

Diciendo estas palabras, se le sonrió á Venus con magestad y agrado: salióle de los ojos un rayo luminoso, como el fuego mas penetrante; y dándole con ternura un ósculo, difundió una fragancia de ambrosía, que perfumó todo el cielo. No pudo hacer ménos la diosa sino sentir consuelo de esta demostracion de cariño del máximo de los dioses. A pesar de las lágrimas y la pena, se vió difundir la alegría por su semblante, y ella se corrió el velo para recatar su vergüenza, y el color encendido de sus mexillas. Todo el grave concurso de los dioses aplaudió las palabras de Júpiter, y Venus sin perder un momento, se fué á ver á Neptuno, para ajustar con él un modo de vengarse de Telémaco.

Contó pues á Neptuno lo que Júpiter habia dicho; mas Neptuno le respondió: Ya me era manifiesto el órden inmutable del destino; pero si no podemos sepultar á Telémaco entre las ondas, por lo ménos no dexarémos cosa para hacerlo infelice, y embarazar que luego se restituya á su patria. No puedo convenir en anegar la nave en que ahora va embarcado: estimo á los Fenicios: ellos son mi pueblo, y ninguna nacion del universo freqüenta tanto como ellos la jurisdiccion de mi Imperio. Por su causa ha venido el mar á ser el lazo de la comunicacion de todos los Reynos del mundo: ellos me ofrecen incesantemente piadosos sacrificios en mis altares: son justos, sabios y laboriosos en el comercio, y difunden por todas partes la comodidad y abundancia. No, no puedo permitir, ó diosa, que uno de sus baxeles haga naufragio; pero haré que el Piloto yerre el rumbo, y que se aleje de Itaca, á donde se pretende conducir.

Contenta Venus de esta promesa, mostró en su risa maligno agrado; y volviéndose á su ligero carro, voló á los prados florecientes de Idalia, en donde las gracias, los juegos, y la risa, mostráron alegría de volverla á ver, danzando al rededor de la recien llegada.

deidad sobre las flores, que llenáron de sus fragancias aquella deleitosa mansion.

Envió luego Neptuno un numen engañoso como los sueños, si es que los sueños engañan a los dormidos, quando encanta ese numen a los sentidos de los hombres, que estan despiertos. Rodeado él de una tropa infinita de aladas mentiras, que en torno de él volaban, llegó a rociar un licor sutil, y encantado sobre los ojos del piloto Acamante, que miraba con atencion la claridad de la luna, el curso de los astros, y la playa de Itaca, cuyos inaccesibles precipicios descubria ya muy de cerca.

En aquel punto mismo no le mostráron sus ojos al piloto alguna cosa que fuese verdadera: se le puso delante un otro cielo: se le dexaron ver las estrellas, como si hubieran trocado su camino, y como si hubieran cejado de su tarea. Parecia que el cielo se movia con nuevas leyes: habíase mudado la tierra, y se le figuraba otra Itaca para engañarle, miéntras se iba apartando de la verdadera. Quanto mas Acamante se engolfaba acia la aparicncia engañosa de la playa de la isla, tanto mas ella se retiraba y huia de su presencia; y él no sabia qué creerse de aquella fuga. Imaginábase alguna vez oir aquel rumor, que suele hacerse en un puerto, y ya se disponia, conforme al órden que habia recibido, de ir á desembarcar secretamente en una isla pequeña vecina á la grande, para ocultar la vuelta del jóven Príncipe á los amantes de Penélope, conjurados contra él. Temia alguna vez los escollos, de que esta toda aquella costa ceñida, y le parecia escuchar, el horrible bramido de las ondas, que se iban á estrellar contra las rocas. Notaba despues de esto, que se descubria aun la tierra muy apartada; y en esta lejanía las montañas, no eran en sus ojos sino como nubecillas, que al trasmontar el sol obscurecen el Orizonte. De esta suerte Acamante estaba atónito, y la impresion de la engañosa deidad, que le desalumbraba las pupilas, le hacia experimentar cierto miedo, que no habia hasta entonces conocido: y aun se movia á creer, que no estaba despierto, y que burlaba de su fantasía la ilusion del sueño.

Entre tanto mandó soplar Neptuno el viento del Oriente, para que impeliera el baxel ácia las riberas de Hesperia. Obedeció él con tan gran violencia, que bien presto llevó la nave á la playa que le mandó Neptuno. Ya la aurora anunciaba el dia, y las estrellas ya temerosas de los rayos del sol, iban á esconder en el mar la escasa brillantez de su esplendor, quando gritó el piloto finalmente: No puedo dudar mas, que esta es la isla de Itaca, y que la tenemos tan cerca, que nos queda muy poco para arribar á ella. Alegraos, Telemaco: dentro del espacio de una hora podréis ver á Penélope, y tal vez encontrar á Ulises restituido otra vez al trono

A este grito Telémaco se despierta, por mas que era inmoble viviente á los influxos del sueño; se levanta, salta al timon, abraza al piloto, y con los ojos aun no bien abiertos, mira de hito en hito la veciua costa, y saca de su pecho un suspiro, no reconociendo las playas de su Patria. ¡Ay de mí! dixo: ¿En dónde nos hallamos? Vos os engañais, Acamante: mal conoceis esta costa, tan distante de nuestro pais. No, no, respondió Acamante, no puedo errar en el conocimiento de la rivera de Itaca. ¿Quántas veces he entrado en vuestro puerto? Conozco hasta los mas pequeños escollos que la circuyen, y no me acuerdo ménos bien de esta, que de las playas de Tiro. ¿Conoceis aquella montaña, que se extiende ácia fuera? ¿Veis aquel peñasco, que se levanta como una torre? ¿No ois las olas que van á quebrantarse en las rocas, que hacen ademan de caer cada instante en el mar? Mas: ¿No advertis el templo de Minerva, que llega á hender las nubes? Mirad la fortaleza, y el palacio de Ulises, vuestro padre.

Estais engañado, Acamante, le replicó Telémaco. Veo por el contrario una costa muy retirada, mas llana, y advierto una ciudad que ciertamente no es la de Itaca. ¡De esta manera, ó dioses, os burlais de los hombres!

Miéntras Telémaco decia estas palabras, se hizo en los ojos de Acamante una mutacion repentina: vió la playa qual era en la verdad y conoció su error. Confésolo, Telémaco, dixo entónces gritando: alguna

deidad enemiga me habia encantado los ojos. Parecíame ver á Itaca, y se me figuraba su imágen del todo entera; pero en este momento desaparece como si fuera un sueño. Veo otra ciudad, y es de cierto Salento, que ha fundado en la Hesperia nuevamente Idoménéo, fugitivo de Creta: descubro las murallas, que se van levantado, y aun no estan concluidas; y reconozco un puerto, que no está enteramente fortificado.

Miéntras que registraba Acamante los diferentes nuevos trabajos de aquella reciente ciudad; y miéntras que gemia Telémaco su desgracia, el viento que Neptuno habia mandado soplar, les hizo á velas llenas entrar en un sitio del mar, en donde iba el baxel rozando con el suelo, y al cabo se halló en salvo en las cercanías del puerto.

Mentor, á quien no se ocultaba, ni la venganza, que habia intentado Neptuno, ni el cruel artificio de Venus, no habia hecho sino reirse del error de Acamante. Quando estuviéron en aquel trecho de mar poco profundo, dixo á Telémaco: Júpiter hace prueba de vos, mas no os quiere perdido; antes por lo contrario no os prueba sino para abriros la senda por donde se llega á la gloria. Acordaos de las fatigas de Hércules, tened continuamente á los ojos las de vuestro padre. El que no sabe padecer, no tiene gran corazon. Conviene detener con vuestra paciencia, y denuedo el ímpetu de la cruel fortuna, que se deleita con perseguiros. Ménos os temo las mas espantosas desgracias con que os ha amenazado Neptuno, que temia las engañosas caricias de la diosa, que os tenia en su isla. ¿En qué nos detenemos? Entremos en el puerto, en que hallarémos un pueblo amigo, porque los moradores de este pais son Griegos. Idoménéo, tan maltratado de la fortuna, tendrá compasion de los desdichados. Al punto entráron en el puerto de Salento, donde el baxel Fenicio sin alguna dificultad fué recibido, porque estan los Fenicios en paz, y tienen trato con todas las Naciones del universo.

Miraba admirado Telémaco á aquella poderosa ciudad, como una planta nueva, que ha sido recreada con el suave rocio de la noche, y sintiendo despues á

la mañana los rayos primeros del sol, que la llegan á arrebolar, crece, abre sus tiernos cogollos, extiende sus verdes hojas, descoge la fragancia de sus flores con mil colores varios, y á qualquiera mirada que se le dé, siempre se halla con algun nuevo adorno. Así la ciudad nueva de Idomenéo florecia sobre la playa del mar cada dia: cada hora crecia con magnificencia, y mostraba de léjos á los extrangeros navegantes nuevos primores de arquitectura, que se elevaban al cielo. Los gritos de los artífices, y golpes de los martillos hacian resonar toda la rivera: las piedras estaban pendientes en el ayre con máquinas, y con gruesas cuerdas: todos los principales animaban al pueblo para el trabajo al punto que la aurora amanecia, y el mismo Rey Idomenéo, dando por todas partes sus órdenes, hacia adelantar la labor con diligencia increible.

Apénas llegó al puerto el baxel Fenicio, los Cretenses diéron á Telémaco, y Mentor todas las muestras de un afecto sincero. Corriéron al instante á dar noticia al Rey del arribo del hijo de Ulises. ¿El hijo de Ulises? gritó Idomenéo ¿El hijo de Ulises? ¿De aquel caro amigo, aquel héroe, por cuya virtud finalmente abatimos á la orgullosa Troya? Traédmele, para que yo le muestre quan grande es el amor que he tenido á su padre.

Luego Telémaco se puso en su presencia, y él con rostro risueño, y apacible le dixo: Aun quando no me hubieran dicho quien sois, me persuado os hubiera conocido. Puntualmente me pareceis á Ulises mismo: esos son sus ojos llenos de fuego, cuyo mirar no es ménos reposado; y ese es el ayre de su semblante, que era á primera vista tan detenido y tan circunspecto, pero ocultaba tanta vivacidad y tan grande gracia. Reconozco tambien aquel sonreir con cautela, el porte descuidado, las palabras suaves y sencillas, que se insinuaban en los corazones, y persuadian sin dexar tiempo á dudar de su fé. Si, vos sois el hijo de Ulises; pero seréis tambien juntamente mio. O hijo mio, hijo querido mio. ¿Qué ventura os conduce á esta ribera? ¿Venís acaso en busca de vuestro padre? ¡Ay, que no os puedo dar noticia alguna! Ha perseguido la fortuna á entrambos: él ha tenido la desventura de no haber

podido encontrar su patria, y yo he tenido la de hallar la mia, mas llena contra mí de la cólera de los dioses.

Diciendo Idomenéo estas palabras, miraba fixamente á Mentor como á un hombre, cuyo semblante habia conocido algun tiempo, pero no podia acordarse de quien era.

Entre tanto Telémaco, con las lágrimas en los ojos, le respondió: Perdonadme, ó Rey, mi dolor, que no puedo ocultar en un tiempo, en que no habia de mostrar ésino recocijo y agradecimiento, por las honras que nos haceis. Con el sentimiento que vos mostrais de la pérdida de mi padre, me enseñais á entender la desventura de no encontrarle yo. Ya ha largo tiempo que lo voy buscando en todos los mares; pero indignados los dioses no me permiten verlo, ni saber si es que ha naufragado, ni restituirme á Itaca, donde Penélope se martiriza con la ansia de verse libre de sus amantes. Creí hallaros en la isla de Creta: supe vuestra cruel desgracia: no pensé acercarme jamas á Hesperia, donde habeis arrojado los fundamentos de un otro Reyno. Pero la fortuna, que burla á los hombres, y que me hace vaguear el mundo, distante de Itaca, me ha finalmente echado sobre esta playa. Entre todos los otros males que me ha causado, este es el que padezco con mayor gusto, porque si me echa léjos de mi patria, me dexa por lo ménos conocer al mas sabio, y mas generoso Rey.

A estas palabras abrazó Idomenéo tiernamente á Telémaco, y conduciéndole á su palacio, le dixo: ¿Quién es ese prudente viejo que os acompaña? Paréceme que lo he visto otras veces. Mentor, respondió Telémaco, Mentor amigo de Ulises, á cuya fe él encargó el cuidado de mi tutela. No se puede explicar quanto le soy deudor.

Al punto Idomenéo partió á él, y le alargó la mano, diciendo: nosotros nos hemos visto en otras ocasiones. ¿Os acordais del viage que hicisteis á Creta, y de los buenos consejos que me disteis? Pero en aquella edad dexabame yo arrebatar del ímpetu de la juventud, y del deseo de los deleites vanos y engañosos. Fué preciso que me enseñaran los infortunios, lo que

no queria creer. ¡ Pluguiera á los dioses que os hubiera creido yo, sabio anciano ! Mas reparo con maravilla, que no os habeis mudado, despues de tantos años : esta es la misma frescura de rostro, la misma rectitud de estatura, la misma robustez, y solamente se os han encanecido algun poco los cabellos.

Gran Rey, respondió Mentor, si fuera yo lisonjero, os diria igualmente, que conservais tambien aquella flor de vuestra juventud, que os resplándecia en el rostro ántes del asedio de Troya; pero ántes os quisiera disgustar, que ofender la verdad. Por lo demas, entiendo de vuestro sabio discurso, que no amais la lisonja, y que no hay riesgo alguno en hablaros sinceramente. Vos estais muy mudado, y hubiera yo tenido gran trabajo en reconoceros. Conozco ciertamente la ocasion de esto, y es, porque habeis padecido mucho en vuestras desgracias. Habeis sin embargo ganado harto en el padecer, porque habeis adquirido prudencia. Debese facilmente el hombre consolar de que se arrugue el rostro, miéntras que el corazon se exercita y esfuerza en la virtud. Sabed tambien, que mas presto se consumen los Reyes que los demas hombres. Las adversidades, los afanes del ánimo, y las fatigas del cuerpo los envejecen ántes de tiempo; y en la prosperidad las delicias de una vida afeminada le os consumen aun mas apriesa que todas las fatigas, que suelen padecerse en la guerra. No hay cosa tan mal sana como el deleite, en que no puede el hombre moderarse á sí propio. De ahí es que igualmente los Reyes en la paz y en la guerra, tienen siempre aflicciones, porque se engendran de los placeres, que apresuran la vejez á la edad en que debe venir naturalmente. Una vida templada y moderada, llana y exênta de inquietudes, y un sufrimiento reglado, y mortificado con el trabajo, mantienen en los mienbros de un hombre sabio la vivacidad de la juventud, que sin esas cautelas, siempre está prevenida para ausentarse léjos de nosotros en las alas del tiempo.

Habiendo Idomenéo tenido gran recreo del razonamiento del discreto Mentor, lo hubiera largamente escuchado, á no venir los suyos á avisarle que era del sacrificio, que se habia de hacer á Júpiter. Telémaco y

¡ O feliz Idomenéo ! gritó segunda vez : ¿ qué veo ? ¡ O qué infortunios grandes evitados ! ¡ O qué dulce paz aquí dentro ! ¡ Mas quán duros combates de fuera ! ¡ O qué victorias ! Tus fatigas, Telémaco, sobrepujan á las del grande Ulises tu padre. Gime en el polvo el enemigo fiero baxo de las heridas de tu espada, y caen á tus pies las cerraduras de bronce, y los inàccesibles terraplenes. ¡ O gran diosa ! cuyo padre : : : : ¡ O jóven ! tú verás finalmente : : : : : :

Despues de estas razones, fenecen las palabras entre sus labios, y queda á su pesar en un silencio lleno de asombro.

Todo el pueblo queda tambien erizado de miedo : Idomenéo medroso, no se atreve á rogarle, que acabe el discurso empezado ; y espantado con estupor el mismo Telémaco, apénas comprehende lo que ha oido, ni puede reducirse á creer, que ha oido tan subilmes predicciones. Mentor es solo á quien el espíritu divino no ha ocasionado espanto ni maravilla. Vos ois, dixo á Idomenéo, la intencion de los dioses, contra qualquier nacion que hayais de combatir, teneis la victoria en la mano, y deberéis vuestra dicha al jóven hijo de vuestro amigo. No esteis de esto con zelos ; y aprovechaos solamente de las gracias, que os otorgan los dioses por su medio.

No habiéndose aun recobrado de su asombro, en vano procuraba hablar Idomenéo, porque estaba su lengua sin movimiento. Telémaco, mas pronto que él, le respondió á Mentor : yo no me siento nada movido de tanta gloria, como se me promete ; mas qué significarán estas voces : ¿ Tú verás, por ventura á mi padre, ó solamente mi Patria ? ¡ Ay ! ¿ Por qué ha truncado el discurso sin feneçerlo ? Mayor incertidumbre me ha dexado que ántes. O Ulises, ó mi padre. ¿ He de tener acaso la ventura de veros otra vez ? ¿ Seria esto verdad ? Mas yo me voy deslumbrando á mí mismo, ¡ ó cruel oraculo ! y tú entre tanto gustas de hacer burla de un miserable. Bastaba una sola palabra mas, y yo era enteramente dichoso.

Respetad, le dixo Mentor, lo que os manifiestan los dioses, y no intenteis saber lo que quieren que se

os

os oculte. Una curiosidad temeraria merece ser castigada con confusion. Su infinita sabiduría, y bondad son las que mueven á los dioses á ocultar á los hombres su destino con una obscuridad impenetrable. Util es preveer lo que depende de nosotros, para hacerlo bien; pero no es ménos útil el ignorar lo que no depende de nuestra diligencia, y lo que quieren los dioses disponer de nosotros.

Movido de estas voces Telémaco, se contuvo con harta pena.

Idomenéo, que ya se habia rehecho de su asombro, comenzó de su parte á alabar á Júpiter, que le habia enviado al jóven Telémaco, y al sabio Mentor, para hacerle triunfar de sus contrarios. Despues se hizo un suntuoso convite, que sucedió al sacrificio; y vuelto á los extrangeros, les dixo.

Confieso, que no conocia yo aun bien el arte de reynar quando volvia á Creta, despues del asedio de Troya. Sabeis, amigos caros, las desgracias que me quitáron el dominio de aquella grande isla, puesto que me decís haber estado en ella despues que yo la dexé. Pero soy con todo demasiado feliz, si los mas crueles golpes de la fortuna han servido á enseñarme, y hacerme mas moderado. Atravesé los mares como fugitivo, perseguido de la venganza de los dioses y de los hombres; y no me servia para otro toda mi pasada grandeza, que para hacerme mas vergonzosa, y mas intolerable mi caida. Llegué á poner en salvo mis Penates sobre esta playa inculta, en donde no encontré sino el erizado terreno, cubierto de zarzas y espinas: selvas, que en lo prolixo de su edad competian la de la tierra, y casi inaccesibles peñascos, de que se abrigaban las fieras. Fuí obligado á alegrarme de poseer con un pequeño número de soldados y compañeros, que se habian dignado de seguirme en mis desventuras, esta tierra desaliñada, y de hacerla mi patria, no pudiendo esperar ya mas restituirme á aquella isla afortunada, donde me hizo el cielo nacer para reynar. ¡Ay de mí, decia entre mí mismo, qué trueque! ¡O qué terrible exemplo soy yo á todos los Reyes de la tierra! Convendría mostrarme á todos los que reynan en el mundo, para que mi escarmiento les enseñara.

Creen no tener cosa que temer, porque estan elevados sobre los demas hombres, y su elevacion misma es la que hace que deban temerlo todo. Yo era temido de mis contrarios, amado de mis súbditos, mandaba á una nacion poderosa y guerrera: habia la fama conducido mi nombre á los mas distantes paises: yo reynaba en una isla fertil y deliciosa: dábanme cien ciudades cada año parte de sus riquezas en tributo: conocianme aquellos pueblos por Rey, porque era descendiente de Júpiter, que nació en su pais, y me amaban por nieto del sabio Minos: cuyas leyes les hacen tan poderosos y tan felices. ¿Qué cosa me faltaba para mi suerte, sino saber gozar de ella moderadamente? Pero la soberbia y lisonja á que dí oidos, abatiéron mi trono. De esta suerte caerán todos los Reyes, que se dexaren gobernar de sus pasiones propias, y los consejos de los aduladores.

Miéntras era de dia, procuraba mostrar un rostro alegre y lleno de esperanza, para mantener el esfuerzo de los que me habian seguido. Hagamos, les decia, una nueva ciudad, que nos consuele de todo lo que habemos perdido: hallámonos ceñidos de pueblos, que nos han dado un grande exemplo para esta empresa. Veamos la ciudad de Taranto, que se está levantando no léjos de nosotros: Falanto con sus Lacedemonios ha fundado ese nuevo Reyno. Filotetes da el nombe de Petilia á una grande ciudad, que ha fabricado sobre la misma costa. Metaponto es tambien otra semejante colonia. ¿Hemos de hacer por ventura ménos, que todos esos extrangeros, tan errantes como nosotros? No nos trata con mas rigor el hado, que el que ha usado con ellos.

Ingeniándome á suavizar con estas palabras la pena de mis compañeros, escondia en mi corazon una afliccion mortal. Era para mí de consuelo, que se me retirára la luz del dia, y viniera la noche á ceñirme de sus tinieblas, para poder gemir libremente mi desventura. Corrian de mis ojos dos arroyos de amargas lágrimas, y me habia dexado de manera el apacible sueño, que ignoraba qué cosa era dormir. El dia, que venia despues volvia con nuevo furor á proseguir

la labor comenzada. He aquí, Mentor, la causa porque me habeis hallado tan envejecido.

Luego que acabó Idomenéo de contar sus penas, pidió á Telémaco y Mentor socorro para la guerra en que estaba empeñado. Os remitiré á Itaca, les decia, luego que ella se acabe. Despacharé entre tanto á todas las riveras mas apartadas algunas de mis Naves, para adquirir alguna noticia de Ulises. Sabré bien sacarlo de qualquiera parte del mundo conocido, donde lo haya arrojado el mar, ó la colera de los dioses. Plegue á ellos, que viva aun. Por lo que mira á vosotros, os aviaré con los mejores baxeles, que se hayan fabricado jamas en Creta, porque se han construido de madera, cortada en el monte Ida, donde nació Júpiter. Esta madera no puede perecer en el mar: témenla los escollos, y los vientos, y aun la respetan; y el mismo dios Neptuno, en lo mas temeroso de sus enojos, no osará conmover contra ella sus tempestades. Aseguraos pues, que sin dificultad alguna volvereis felizmente á Itaca, y que ninguna deidad contraria podrá hacer que mas tiempo corrais vagueando los mares. El trecho es corto y facil: licenciad el baxel Fenicio, que os ha traido acá, y no penseis en otro, que establecer, adquiriéndoos gloria, el nuevo Reyno de Idomenéo, para reparar así todas sus desgracias pasadas. A este precio, Telémaco, conquistaréis la estima de los otros, y os juzgarán por hijo digno de Ulises. Aun quando el cruel destino lo hubiera hecho morir, toda la Grecia creerá volverlo á ver en vos.

A estas palabras interrumpió Telémaco á Idomenéo diciendo: Licenciamos el baxel Fenicio: ¿por qué tardamos en tomar las armas para acometer los contrarios de vuestro estado? Ya son ellos nuestros enemigos propios. Si hemos vencido peleando en la Sicilia á favor de Acestes, Troyano, y enemigo de los Griegos; ¿hay por ventura duda, que nos aplicarémos con mas fervor, y que serémos mas asistidos del favor de los dioses, quando combatimos por uno de los héroes de Grecia, que han abatido á Troya, ciudad de Priamo?

FIN DEL LIBRO NONO.

TELÉMACO.

LIBRO X.

SUMARIO.

IDOMENÉO declara á Mentor el estado presente de su Reyno, y la guerra en que se halla empeñado contra sus vecinos. Mentor insinuando á Idomenéo lo que debe poner en obra para evitarla, le dice que es injusta, y no debe proseguirla. En este tiempo avisan á Idomenéo, que llegan los enemigos para sorprender la ciudad. Sale solo Mentor de Salento con un ramo de olivo en la mano. Exhorta á los capitanes contrarios todos juntos, para que hagan la paz. Conócelo Nestor, y dexando su puesto pasa á tratar con él.

MENTOR, mirando á Telémaco con ojos apacibles y serenos, que estaba lleno de una osadía noble, é impaciente ya por pelear, empezó á hablar así: Alégrome, hijo de Ulises, de ver en vos un tal deseo de gloria; pero acordaos que Ulises en el sitio de Troya no adquirió entre los Griegos reputacion tan grande, sino manifestándose entre ellos el mas moderado y prudente. Aquiles, aunque invicto é invulnerable, y aunque llevaba el terror y la muerte, por qualquiera lugar en que peleaba, tentó en vano la conquista de aquel Imperio, y no pudo llegar á expugnarlo. Cayó él mismo á los pies del muro de la ciudad, y ella triunfó del matador de Hector. Pero Ulises, en quien la prudencia regulaba al valor, metió el hierro, y el fuego por en medio de los Troyanos nuestros enemigos. A sus manos somos deudores de la ruina de aquellas altas y soberbias torres, las quales por diez años amenazáron á toda Grecia, conjurada para su daño. Quanto Minerva es superior á Marte, otro tanto el valor discreto, y próvido sobrepuja á un esfuerzo impetuoso y feroz. Demos principio pues por el informe de esta guerra, qué habemos de sostener. Yo no rehuso entrar á qualquier riesgo; mas creo que debeis, Ido-

menéo, darnos primeramente á conocer si vuestra guerra es justa, despues contra quién la llevais, y finalmente, qué fuerzas son las vuestras, para esperar en ella feliz suceso.

Quando llegamos, respondió Idomenéo, sobre esta costa, encontramos con una gente agreste, que vivia en las selvas, que se alimentaba de caza, y de frutos que producen los árboles, sin conocer la mano del labrador. Quedáron admirados al ver nuestros baxeles y nuestras armas, y se retiráron al monte. Mas teniendo nuestros soldados deseo de reconocer el pais, y perseguir los ciervos, se arrojáron á aquellos fugitivos. Entónces el adalid de aquellos rústicos les dixo á los soldados así: Nosotros, por dexarlas en vuestra posesion, hemos abandonado las agradables costas del mar, y no nos queda otro, que algunos montes impracticables casi á las humanas huellas: á lo ménos es justo, que en ellos nos dexeis vivir libres y en paz. Nosotros os hallamos errantes, esparcidos, y mas débiles que nosotros mismos: podriamos quitaros la vida, y aun tambien la noticia á vuestros compañeros, para que no entendieran vuestro infortunio; pero no queremos manchar las manos con la sangre de los que son hombres como nosotros somos. Andad, acordaos que debeis la vida á estos sentimientos humanos que profesamos. No os olvideis jamas de que habeis recibido esta leccion de templanza y generosidad de un pueblo á quien vosotros llamais ignorante y salvage.

Volviéron al campo los nuestros, que fuéron así licenciados de aquellos bárbaros, y refierennos el suceso que les habia acaecido. Cobráron saña nuestros soldados, y se avergonzáron de ver que debieron la vida los Cretes á aquella turba de bárbaros. Fuéronse pues á cazar con harto mayor número que los primeros, y prevenidos de todas armas, si acaso de ellas ocurria necesidad. Bien presto se encontráron, y cargáron sobre los rústicos. Fué cruel el combate, y volaban los dardos por una y otra parte, como en tiempo de una borrasca cae espeso el granizo en la campaña. Viéronse precisados los agrestes á abrigarse de sus fragosísimas montañas, donde no osáron los nuestros penetrar,

Poco tiempo despues me enviáron aquellos pueblos dos de sus viejos mas sabios, que me viniéron á pedir la paz. Trageronme algunos dones, que eran frutas de plantas del pais, y algunas pieles de fieras, de las que matan cazando. Despues de ofrecerme sus dones, me habláron de esta forma.

Nosotros, Rey, como ves, tenemos en una mano la espada, y en la otra un ramo de olivo: (teníanlos en efecto) he aquí la paz, ó la guerra: escoge la que quieras. Querriamos primero la paz: por amor de ella no hemos tenido vergüenza de abandonarte la apacible orilla del mar, donde el sol fertiliza ese terreno, que produce frutos delicadísimos. La paz nos es mucho mas apreciable que todos esos frutos. Por ella nos habemos retirado á esas altas montañas, siempre cubiertas del erizado hielo, y de la helada nieve, donde jamas se ven las flores de la primavera, ni los sabrosos frutos del Otoño. Tenemos en horror aquella brutalidad, que baxo el bello nombre de ambicion y gloria, va neciamente á saquear las provincias, y derramar la sangre de los hombres, que son todos hermanos. Si eres amante tú de esa fingida gloria, no te la envidiarémos: compadecémoste, y rogamos á los dioses que te preserven de tal furor. Si las ciencias que los Griegos aprenden con tanta aplicacion, y si la gentileza de que se lisongean, no infunde otra cosa en su animo que esta tan detestable injusticia, nosotros nos tenemos por felicísimos, por no haber tenido sus prerogativas. Gloriarémonos siempre de ser bárbaros, pero justos, humanos, fieles, desinteresados, enseñados á contentarnos con poco, y á despreciar la vana delicadeza, que hace que necesiten los hombres de poseer muchas cosas. Lo que apreciamos es la salud, la libertad, la robustez del cuerpo, y del ánimo, el amor de la virtud, el temor de los dioses, la cortesía con los vecinos, el intenso cariño á los amigos, la fidelidad con todos los hombres, la moderacion en la prosperidad, la constancia en las adversidades, el denuedo para decir siempre la verdad, y el odio contra la adulacion. He aquí quáles son los pueblos, que nos ofrecemos por vecinos, y coligados. Si indignados los dioses te ciegan, hasta hacerte rehusar

la paz, aprenderás, pero sobrado tarde, que los hombres, que por moderados aman la paz, son los mas formidables en la guerra.

Miéntras que en esta forma discurian los viejos, no podia saciarme de mirarlos. Tenian la barba larga y desaliñada: los cabellos cortos, pero canosos: el sobrecejo poblado, los ojos vivos, un mirar, y un brio intrépido, un hablar grave y lleno de autoridad, y modo sencillo é ingenuo. Las pieles, que les servian de vestiduras, iban anudadas sobre la espalda, y mostraban los brazos mas nervudos, los músculos mejor formados, que los de nuestros atletas. Respondí á los enviados, que yo deseaba la paz. Establecimos á una, y con buena fe muchas condiciones, tomamos por testigos á los dioses; y despaché á los viejos para los suyos, cargados de varios presentes.

Pero los dioses, que me habian echado del Reyno de mis mayores, no estaban aun cansados de perseguirme. Nuestros cazadores, que no podian tan presto ser sabedores de la paz poco ántes establecida, encontráron aquel dia mismo una multitud de bárbaros, que iban en compañía de sus enviados, quando volvian del campo; los nuestros les atacáron furiosamente, matáron parte de ellos, y perseguiéron á los demas en los bosques; y he aquí encendida otra vez la guerra. Creyéron los bárbaros no poder fiarse mas, ni de promesas, ni de juramentos, que les hicieramos.

Para ser mas poderosos han llamado contra nosotros á los Locreses, Pulleses, Lucanos, Abruceses, y los pueblos de Croton, de Nevita y de Brindez. Vienen á unirse con ellos los Locreses, con sus carros armados de cortantes hoces; y los Pulleses cada uno de ellos cubierto con la piel de una fiera, muerta á sus mismas manos. Llevan ciertas mazas pesadas, llenas de gruesos nudos, y guarnecidas de una punta de hierro: son de estatura casi agigantada, y sus cuerpos se hacen tan robustos con los exercicios trabajosos, que sin cesar practican, que solo al mirarlos dan espanto. Los Locreses, venidos de la Grecia, conservan todavía no sé qué de su origen, y son más tratables que los demas; pero á la perfecta disciplina de Griegos han unido el vigor de los bárbaros, y el

exercicio de una vida dura es el que los hace invencibles. Llevan ciertos escudos ligeros, que se texen de mimbres, y se cubren de pieles, y a su lado largas espadas. Los Abruceses son diestros en correr como ciervos; parece que la yerba mas tierna no queda maltratada al pisarla sus pies, y apénas en la arena dexan alguna huella de sus pasos Se ven arrojarse de golpe sobre sus enemigos, y desaparecer al instante con igual presteza. Los pueblos de Croton tienen perfecta destreza en disparar saetas. Un hombre ordinario de Grecia no podria tender el arco de la manera que se ve comunmente entre los Crotenses; y si se aplicáran á nuestros juegos, ciertamente ganarian el premio de vencedores. Tiñen sus flechas en el zumo de yerbas venenosas, que, á lo que es fama, vienen de las orillas del rio Averno, cuyo veneno es mortal. Los de Nevita, de Mesapia, y de Brindez no tienen sino la fuerza del cuerpo y un valor sin arte. Son horribles los gritos que levantan al cielo, llegando à vista de los enemigos : usan muy bien de la honda, y obscurecen el ayre con una granizada de piedras, que sacan de ella; mas pelean sin algun órden.

He aquí, Mentor, lo que deseais saber : ahora comprehenderéis el origen de esta guerra, y quáles son nuestros enemigos.

Despues de esta informacion, impaciente Telémaco por pelear, creia que no faltaba mas ya sino tomar las armas. Detúvolo Mentor, y habló así á Idomenéo :

¿ De dónde viene pues, que los Locreses, pueblos salidos de Grecia, se junten con los bárbaros contra los Griegos? ¿ De dónde, que en esta ribera florecen tantas colonias griegas, sin estar obligadas á mantener el peso de las guerras, que habeis vos de llevar? Decis Idomenéo, que los dioses no se han cansado aun de perseguiros, y yo os digo que aun no han acabado de enseñaros. Tantas desgracias como habeis padecido no os han enseñado aun lo que es menester hacer para prevenir la guerra. Lo que contais vos mismo de la buena fé de los bárbaros basta para mostrar que hubierais podido vivir en paz con ellos; pero la altivez, y soberbia arrastran de ordinario las guerras mas arriesgadas. Hubierais podido darles, y recibir de ellos

rehenes, y hubiera sido fácil enviar con sus embaxadores algunos de vuestros capitanes para restituirles con seguridad. Despues de comenzada esta guerra, hubierais tambien podido apaciguarlos, mostrándoles que vuestros cazadores los envistiéron, porque no estaban noticiosos de la amistad recíproca, poco ántes jurada. Convenia que les hubierais ofrecido todas las seguridades que os hubieran pedido, y establecer rigurosos castigos contra vuestros súbditos, que violáran las leyes de la confederacion. ¿Pero qué es lo que ha sucedido despues que se ha empezado esta guerra?

Creí, respondió Idomeneo, que hubieramos podido nosotros pedir la paz á estos bárbaros, que presurosamente juntáron todos los que entre ellos se encuentran en edad de manejar las armas, y haciéndonos odiosos á todos los pueblos vecinos, les pidiéron socorro para invadirnos? Parecióme consejo mas seguro ocupar prontamente ciertos pasos de las montañas, que estaban mal guardados. Tomámoslos sin algun trabajo y con eso nos hemos puesto en estado de exterminar los bárbaros. He hecho en ellos fabricar torres, desde donde nuestros soldados pueden oprimir con los dardos á todos los contrarios, que quisieran por las montañas penetrar en nuestro pais; y podemos quando queramos entrarnos en el suyo, y dar saco á sus principales habitaciones. De esta manera estamos en estado de resistir con fuerzas desiguales á la infinita multitud de enemigos, de que nos hallamos cefiidos. Por otra parte la paz entre ellos, y nosotros se ha hecho muy dificil. No podrémos resignar en sus manos las torres, sin quedarnos sujetos á sus correrías, y ellos las miran como ciudadelas, de que nos queremos servir para hacerlos nuestros esclavos.

Vos sois Rey sabio, respondio Mentor, y quereis se os descubra la verdad, sin suavizar su esperanza; no sois como aquellos sugetos débiles, que tienen miedo de verla, y que faltos de esfuerzo para emendarse, no emplean su autoridad sino en sostener los errores que han cometido. Sabed, pues, que ese pueblo bárbaro os ha dado admirable enseñanza, viniendo á pediros la paz. ¿Os la pedia acaso por flaqueza? ¿Tenia por ventura falta de corage, ó de partido contra vosotros?

Vos mismo veis que no; pues está así amaestrado en la guerra, y sostenido de tantos formidables vecinos. ¿Porqué no imitais vos su moderacion? Pero os ha hecho caer en esta desventura una dañosa vergüenza, y una presuncion detestable. Habeis tenido miedo de hacer al enemigo demasiado orgulloso, y no habeis reparado en hacerle sobrado poderoso, haciendo que contra vos se confederaran los pueblos por vuestro injusto y altivo proceder. ¿De que os sirven las torres, que tanto blasonais, sino de meter á todos vuestros vecinos en la necesidad de morir, ó haceros morir á vos mismo, por preservarse de una servidumbre inminente? No habeis levantado las torres sino para poneros en seguro, y por la misma causa estais en un riesgo muy grande.

La mas segura defensa de un estado es la moderacion, la justicia, la buena fé y la certeza que tienen los vecinos, de que sois incapaz de usurparles sus tierras. Las mas fuertes murallas se pueden arruinar por diferentes casos no prevenidos; la fortuna en la guerra es caprichosa, y no tiene constancia; pero el amor que os conciben, y la confianza que de vos tienen vuestros vecinos, porque han conocido vuestra moderacion, hacen que vuestro estado no pueda ser vencido, y que casi jamas sea invadido. Aun quando un injusto vecino lo acometiera, toman luego las armas todos los otros interesados en defenderlo por su propia conservacion. El apoyo de tantos pueblos, que hallarian sus verdaderas ventajas en mantener las vuestras, os hubiera hecho harto mas poderoso que las torres, que hacen irremediables á vuestros males. Si hubierais al principio pensado en quitar los zelos á vuestros vecinos, florecería vuestra ciudad en una paz feliz, y vos fuerais el árbitro de todos los estados de la Hesperia.

Ahora desviando qualquiera otro discurso, pongamos en exámen, como en lo venidero se puede reparar lo pasado.

Habéisme comenzado á decir, que en esta misma costa hay diferentes colonias griegas: esas deben estar dispuestas para daros socorro, porque no se habrán olvidado, ni del grande nombre de Minos, hijo de Júpiter, ni de los trabajos que vos mismo habeis pa-

decido en el asedio de Troya; en donde tantas veces os habeis hecho célebre entre aquellos príncipes, por la causa comun de toda la Grecia. ¿Porqué no discurris en procurar que esas colonias hagan liga con vos?

Todas ellas han hecho resolucion, respondió Idomenéo, de quedar neutrales. No es porque ya no tenian alguna inclinacion á socorrerme; pero el demasiado gran lustre que tuvo esta ciudad en sus principios, les ha causado espanto. Los Griegos han temido, no ménos que los otros, que formariamos algun designio para acabar con su libertad. Han creido que en haber sojuzgado á los bárbaros de las montañas, no se contentaria nuestra soberbia, y pasaria mas adelante. En una palabra, todas las cosas estan contra nosotros: aquellos mismos que no nos hacen guerra declarada, desean ver nuestro abatimiento, y no nos dexa el miedo algun amigo.

¡Extremo raro! volvió á decir Mentor. Por querer parecer sobrado poderoso, vos mismo destruis vuestro poder; y miéntras sois afuera objeto del temor y del odio, os consumis adentro con los esfuerzos, que estais obligado á hacer, para llevar el peso de una tal guerra. ¡O mísero, y dos veces mísero Idomenéo, que la misma desgracia no ha podido enseñaros sino es en parte! ¿Habréis por suerte de menester aun una segunda caida, para aprender á preveer los males, que amenazan á los Reyes mayores de la tierra? Dexadme obrar, y contadme tan solamente con distincion quáles son las ciudades griegas, que rehusan vuestra alianza.

La principal, respondió Idomenéo, es la ciudad de Taranto, que ha tres años que la fundó Falanto en esta misma costa. Juntó en la Laconia un gran número de aquellos jóvenes, que naciéron de las mugeres que se olvidáron de sus maridos ausentes en tiempo del asedio de Troya; y que, restituidos los maridos, para enlazar segunda vez con ellos, en detestacion de su mala fé, abandonaron sus partos. El gran número pues de jóvenes nacidos fuera de matrimonio, como no conociéron mas padre, ni madre,

se criáron con una desmesurada licencia. Reprimió su desenfrenamiento la severidad de las leyes : uniéronse á Falanto, capitan atrevido, ambicioso é intrépido, que con sus artificios les acertó á tomar los corazones, y de Laconia hizo que le siguieran hasta esta costa, donde han fundado á Taranto, que es otra Lacedemonia. Filotetes por otra parte, que en el sitio de Troya alcanzó gran gloria con las flechas de Hércules, ha tambien levantado no léjos de este sitio los muros de Petilia, ménos poderosa sin duda, pero gobernada mas sabiamente que Taranto. Finalmente tenemos á poca distancia la ciudad de Metaponto, fundada con sus Pilios por el sabio Nestor.

¿Luego vos, replicó Mentor, teneis á Nestor en la Hesperia, y no le habeis sabido hacer que se declarara vuestro, y traerlo á hacer liga con vos? ¿Nestor, que tantas veces os ha visto pelear con los enemigos Troyanos, y que con vos tenia estrecha amistad? Perdíla, volvió á responder Idomenéo, por la arte de esa gente, que no tienen de bárbaros sino el nombre. Han sido tan sagaces, que le han dado á entender que queria yo sujetar toda la Hesperia y tiranizarla. Nosotros le desengañarémos, dixo Mentor. Telémaco le vió en Pilo, ántes que viniera á hacer esa colonia, y ántes que nos pusiéramos á hacer nuestro gran viage para ir en busca de Ulises. No se habrá él olvidado de un tal heroe, ni de las expresiones de cariño que hizo á su hijo Telémaco; pero lo principal es sacarlo de sus sospechas. La guerra se ha encendido por la sombra que habeis vos hecho á todos vuestros vecinos, y puede desviarse la misma guerra, disipando solamente esa sombra. Dexadme obrar, os vuelvo á decir otra vez.

A estas voces Idomenéo, abrazando á Mentor, se enternecia y no podia hablar. Finalmente profirió con trabajo estas palabras; Confieso, anciano sabio, enviado de los dioses para el reparo de todos mis errores, que me hubiera enojado con qualquiera otro que me hubiera hablado con tanta libertad como vos; y confieso tambien, que vos sois solo quien puede reducirme á pedir la paz. Habia resuelto morir, ó vencer á mis enemigos; pero la razon quiere que siga antes

vuestros prudentes consejos, que no á mi propria pasion. Vos no os podréis, Telémaco dichoso, desviar como yo, de la derecha senda con semejante guia. Vos, ó Mentor, sois absoluto dueño de Idomenéo: teneis todo el saber de los dioses, y Minerva misma no podria dar consejos mas saludables. Andad, prometed, estableced y dad liberalmente lo que gustareis de todo lo que es mio. Idomenéo hara bueno todo lo que juzgareis vos ser conveniente hacer.

Hablando de esta forma, se sentió de repente un confuso rumor de carros, de caballos que relinchaban, de hombres que daban tremendos alaridos, y de trompetas que llenaban el ayre de marcial estruendo. Gritan los Salentos: He aquí ál os enemigos, que evitando los pasos guarnecidos de nuestras armas, han dado una gran vuelta; helos aqui venir à asediar á Salento. Los viejos, y mugeres mostraban sin recato su excesivo temor. Míseros de nosotros, decian, que hubimos de dexar nuestra amada patria, la fertil Creta, y seguir á un Rey infeliz, cruzando tantos mares, para fundar una nueva ciudad, que como Troya se deshará en cenizas. Desde los muros, que acababan de fabricarse, veian relucir en la campaña los escudos, y yelmos enemigos, y con los reflexos que el sol hacia en ellos, se les deslumbraban los ojos. Veíanse tambien espesas lanzas, que cubrian la tierra, como en el ardor del estío la cubren las mieses copiosas, con que el labrador se recobra de sus fatigas. Ya se divisaban los carros armados de hoces horribles; y entre todos aquellos que venian marchando en ordenanza, fácilmente se discernia cada uno de los pueblos concurrentes.

Para mas claramente conocerlos, se subió Mentor á una torre, siguiéndole de cerca Idomenéo y Telémaco. Apénas estuvo en lo alto, quando descubrió en una parte á Filotetes, y en otra parte á Nestor con su hijo Pisistrato. Vos, dixo gritando Mentor, creisteis, Idomenéo, que se contentaban Nestor y Filotetes con no daros socorro? Helos que han tomado las armas contra vos; y si yo no me engaño, son las haces Lacedemonias que conduce Falanto, las que marchan con tanta rapidez, y en tan buena ordenanza. Todos

van contra vos: no hay vecino en esta rivera, que no hayais hecho, sin pretenderlo, vuestro contrario.

Baxó Mentor apresuradamente de lo alto de la torre, diciendo estas palabras: Camina ácia la puerta de la ciudad (que estaba á aquella parte por donde se avanzaba el enemigo): hazela abrir; y atónito Idoménéo, viendo la magestad con qúe hace Mentor estas cosas, ni aun aliento le queda para pedirle que le declare lo que pretende hacer. A este tiempo hizo seña con la mano para que ninguno le siguiera: despues se adelantó á los enemigos, que se maravillaban mirando á un hombre solo, que se acercaba á ellos, á quienes en señal de la paz mostro un ramo de olivo, que llevaba en la mano. Quando estuvo á tan corto trecho, que podian oirle, pidió que se juntáran sus capitanes: juntáronse al instante, y hablóles de este modo:

Generosos varones de todas las naciones, que florecen en la rica Hesperia, á quienes aquí veo unidos: sé que no habeis venido por otra causa sino por la comun de la libertad de todos, y alabo el zelo de que os movéis. Pero permitid que os declare un modo facil de conservar la libertad, y la gloria de todos vuestros pueblos sin derramar sangre humana. Nestor, Nestor prudente, á quien veo en esta asemblea, bien sabeis vos quán funesta es la guerra, aun para aquellos que con justicia la emprenden, y con el favor de los dioses. Entre todos los males con que afligen los dioses á los hombres, la guerra es el mayor. No podréis olvidaros jamas de lo que por diez años han padecido los Griegos delante de la misera Troya. ¡Qué divisiones entre los capitanes! ¡Qué trastornos de la fortuna! ¡Qué estragos de los Griegos á manos de Hector! ¡Qué contratiempos en las ciudades mas poderosas, ocasionados de la prolixa ausencia de sus Reyes, á causa de la guerra! A la vuelta unos han naufragado, otros han encontrado una funesta muerte en el seno de sus mugeres. Luego vosotros, ó dioses, indignados contra los Griegos, les hicisteis tomar las armas para aquella famosa empresa. Plegue á los dioses mismos, ó pueblos de la Hesperia, que jamas os otorguen victoria tan funesta. Troya está hecha cenizas, es

verdad; pero fuera mejor para los Griegos que se estuviera aun con todo el esplendor de su gloria, y que aun disfrutára el desgraciado Páris el amor de la infame que dexó á su esposo. Vos, Filotetes, tanto tiempo infeliz, y abandonado en la isla de Lemnos, ? no temeis encontrar en semejante guerra no desemejante desgracia? Sé que tambien los pueblos de Laconia han experimentado el desorden, nacido de la ausencia de sus capitanes y Príncipes, y hasta de sus soldados, que dexáron la patria por mover á Troya la guerra Vos, ó Griegos, que habeis venido á Hesperia, no venisteis á ella sino por una serie de desgracias, de que fué la ocasion la guerra mencionada.

Despues de hablar así, se adelantó Mentor ácia los Pilios; y Nestor, que le habia conocido, tambien partió para él á saludarle. Hace ya muchos años que la primera vez os ví en Focide, le dixo con agrado Nestor: no teniais aun quince años, y conocí ya entónces que habiais de ser tan sabio como despues lo habeis sido. ¿Qué fortuna os conduxo á este lugar? ¿Y qué modo tendréis para terminar esta guerra? Idomenéo nos ha obligado á invadirlo: nosotros no buscamos sino la paz, y importa en gran manera á los intereses de todos el desearla: mas no podemos ya creerle ni asegurarnos de él. Ha quebrantado todas sus promesas á sus mas cercanos vecinos: ha dado á entender á los otros la intencion ambiciosa de hacerlos sus esclavos, y no nos ha dexado modo alguno de abrigar nuestra libertad, sino procurando oprimir su reyno, que ahora empieza. Si hallais alguna forma de hacer que nos podamos fiar de él, y estar seguros en verdadera paz, y duradera, todos los pueblos que aquí teneis presentes, dexarémos las armas con voluntad, y confesarémos gustosos, que nos aventajais en prudencia. Así dixo Nestor; y Mentor de ésta suerte le replicó:

Vos sabeis, ó sabio Nestor, que Ulises encargó á mi confianza su hijo Telémaco. Este jóven impaciente, por no saber lo que á su padre habia acontecido, pasó á vuestra casa en Pilo, en donde le acogisteis con todas las muestras de amor que él podia esperar de un tan fiel amigo de Ulises, y disteis el cuidado de

acompañarle á vuestro mismo hijo. Despues él ha emprendido largas navegaciones, y ha corrido á Sicilia, Egipto, Chipre y Creta. Los vientos ó los dioses, por decirlo mejor, lo han echado á esta costa, quando ya resolvia la vuelta ácia su patria, y hemos llegado acá, para excusaros una horrible y cruel guerra. Ya no es Idoménéo, es el hijo de Ulises, soy yo quien se os da por fiador de quanto se os prometa.

Hablando así ambos ancianos en medio del exército aliado, les estaban mirando de lo alto de los muros de Salento Telémaco, Idoménéo, y todos los Cretenses armados. Estábanse observando con atencion, como eran recibidas las voces de Mentor, y hubieran querido escuchar las prudentes razones de ambos varones. Siempre habia sido reputado Nestor por el Rey mas experimentado y mas eloqüente de Grecia. En tiempo del asedio de Troya él solo podia templar la saña fogosa de Aquiles, el orgullo de Agamenon, la ferocidad de Ayax, y precipitado corage de Diómedes. Salia de sus labios, como de un arroyo suave de leche, una dulce y persuasiva facundia: sola su voz se hacia oir de todos aquellos héroes con gustosa atencion. En abriendo Nestor le boca, executaba en todos el silencio; y él era únicamente quien bastaba á quietar en el campo el furor de la feroz discordia. Comenzaba sí á sentir en él las injurias de la vejez helada; pero eran todavía sus palabras no ménos asistidas de energía que de dulzura. Contaba las cosas pasadas, para amaestrar los jóvenes con sus experiencias mismas; pero aunque las contaba con un poco de lentitud, hacíalo con gracia.

Pareció que este viejo, admirado de toda Grecia, hubiera perdido toda su eloqüencia, y toda su magestad en aquel mismo punto que se careó con Mentor. Su ancianidad pareçia caida, y desmayada, en cotejo de la de Mentor, en la qual se pensára que los años habian respetado á la fuerza y vigor de la complexion. Las voces de Mentor, bien que graves y llanas, tenian una vivacidad y una autoridad que ya se echaba ménos en el otro: todo lo que él decia era discreto, compendioso y fuerte: jamas hacia réplica, ni referia sino lo que era necesario al asunto que se

habia de deducir. Si habia de hablar muchas veces de una misma cosa, para imprimirla en los ánimos de los oyentes, ó para lograr persuadirlos, lo hacia con nuevas frases, y con ciertas comparaciones sensibles. Tenia tambien, quando queria ajustarse á la necesidad de los otros, é insinuarles alguna máxima de verdad, un no se qué de apacible y jocoso. Los dos pues hombres tan venerables fueron grato espectáculo á tantos pueblos unidos.

Miéntras todos los coligados enemigos de Salento, se atropellaban por verlos mas de cerca, y procuraban oir sus discretos razonamientos, Idoméneo y los suyos se esforzaban á entender con la vista, mirándolos con ansia y cuidado, lo que significaban sus acciones y el ayre de sus semblantes.

FIN DEL LIBRO DECIMO.

TELÉMACO.

LIBRO XI.

SUMARIO.

Telémaco impaciente sale de la ciudad, se presenta á Nestor, y se dan recíprocas señas de ternura y amor. Quéxanse los Mandurios de haber Idomenéo violado sus promesas, y quieren satisfaccion: Promete Mentor en nombre de Idomenéo ciertas seguridades, y pide de que den las partes opuestas rehenes mutuos y convenientes. Es Telémaco comprehendido entre los rehenes, que da Idomenéo. Hacen, y se publica la paz con aplauso militar de ambas partes. Fenecida la guerra, representa Nestor en el congreso de los otros Príncipes el proceder injusto de Adrasto, Rey de los Daunos, que pretende quitarle la libertad. Persuade á Idomenéo, que es interes suyo entrar en la liga contra los Daunos.

En tanto impaciente Telémaco se quita de los ojos de la multitud que los ciñe: corre á la puerta por donde salió Mentor, y con autoridad se la hace abrir. Bien presto Idomenéo, que creia tenerle al lado, se pasma de verle correr en medio del campo, y que se habia llegado cerca de Nestor. Este le conoció, y se apresuró al punto, aunque con pasos pesados y tardos para recibirle. Luego Telémaco se le arrojó al cuello de un salto, y lo apretó entre sus brazos, sin hablar palabra, y al cabo en alta voz le dixo así: O padre mio, no temo apellidaros con este nombre porque la desventura de no encontrar mi padre verdadero; y los favores que ya me teneis hechos, me dan derecho para servirme de tan cariñosa palabra. Padre mio, amado padre mio! es posible que os vuelvo á ver! Así me permitan los dioses que vuelva á ver tambien á Ulises. Si hubiera alguna cosa que pudiera darme consuelo en tan amarga ausencia, seria hallarme con vos como si fuerais él.

No pudo Nestor á estas voces contener las lágrimas; y viendo aquellas, que con gracia maravillosa corrian

á Telémaco por las mexillas sintió moverse de una secreta alegria. La hermosura, dulzura y noble brio del desconocido jóven, que atravesaba solo, sin reparar tantos esquadrones contrarios, admiró á todos los confederados. ¿No es este, preguntaban, hijo de esotro viejo, que ántes vino á hablar á Nestor? Ciertamente que los dos tienen una discrecion misma, distinta solo por la edad diferente: en él ahora florece, y en el otro produce sazonados frutos con abundancia.

Mentor que habia gustado de la ternura con que Nestor habia recibido á Telémaco, se valió de esta buena disposicion, y le dixo: He aquí, sabio Nestor, al hijo de Ulises, tan amado de toda Grecia, y tan apreciado de vos tambien: aquí le teneis, que os le pongo en las manos, como los rehenes mas apreciables que se os pudieran dar de las promesas de Idoménéo. Bien podeis discurrir que no quisiera yo que siguiera á la pérdida del padre la del hijo, y que la desgracia de Penélope pudiera reprehender á Mentor haber sacrificado á su hijo Telémaco á la ambicion del nuevo Rey de Salento. Con esta prenda, que por sí misma se os ha venido á ofrecer, y que os envian los dioses amantes de la paz, empiezo, ó pueblos unidos de tantas naciones, á requeriros, para establecer para siempre una inviolable paz.

A este nombre de paz se oyó un rumor confuso de fila en fila por todas partes. Todas aquellas diferentes naciones crugian del enojo, creyendose que perdian tiempo, mientras se dilataba el combate. Imaginábanse, que todos aquellos discursos no se hacian sino es á efecto de entibiar su furor, y hacer que se escápara la presa. Especialmente los Mandurios llevaban con impaciencia que Idoménéo esperase engañarlos segunda vez. Pusiéronse muchas veces á interrumpir á Mentor, porque temian que sus prudentes razones refriáran la saña de todos los coligados; y empezábanse á desconfiar de los Griegos. Mentor, que lo advirtió, se apresuró en aumentar esta desconfianza, para introducir la discordia en los pechos de aquellos pueblos.

Confieso, decia él, que los Mandurios tienen razon para quexarse, y pedir se les satisfagan los ultrages, que han padecido; y que no es asimismo justo, que

los Griegos, que son las colonias, que viven con mas regla, sean sospechosos y odiosos à los antiguos pueblos del pais. Al contrario, los Griegos deben ser entre sí concordes, y hacerse tratar bien de los otros: es solo conveniente que sean moderados, y que nunca pretendan usurpar las tierras de sus vecinos. Yo se que Idomenéo ha tenido el azar de hacerseos sospechoso; pero es fácil el dar remedio á todas vuestras sospechas. Telémaco, y yo nos darémos en vuestras manos por prendas, que os aseguren de la buena fe de Idomenéo. Quedaremos á vuestra discrecion, mientras tanto que las cosas que se os prometen, sean fielmente puestas en execucion. Lo que os provoca al enojo, ó Mandurios, es, que los soldados Cretenses han sorprendido y ocupado los pasos de las montañas, y que se han puesto de esta suerte en estado de entrar á vuestro despecho, las veces que gustaren en el pais en que estais, habiendoles dexado lo llano que está en la rivera del mar: luego los pasos que los Cretenses han guarnecido con altas torres llenas de hombres armados, son la verdadera ocasion de la guerra. Respondedme, ¿teneis acaso alguna otra?

Entónces el capitan de los Mandurios salió á la plaza, y habló de esta manera: ¿Qué hemos omitido nosotros para excusar la guerra? Testigos nos son los dioses que no hemos renunciado la paz, sino quando ella se nos ha huido de las manos; sin que nos quedára esperanza de recobrarla, por la inquieta ambicion de los Cretenses, y la importancia en que ellos nos han puesto de dar fe á sus juramentos. ¡Loca nacion, que nos ha reducido, á nuestro despecho á tomar un partido desesperado contra ella, y á no poder buscar nuestra salud, sino en su destruccion! Mientras que ellos guardaren esos pasos, creerémos siempre que quieren ocupar nuestras tierras, y hacernos sus esclavos. Si fuera verdad, que no piensan sino en vivir en paz con sus vecinos, contentarianse con lo que gustosos les habemos cedido; y no procurarian apoderarse de las puertas de ese pais, contra cuya libertad no tuvieran algun ambicioso designio. Pero vos no los conoceis, ó prudente anciano, nosotros sí, que por nuestra grande desgracia habemos aprendido á conocerlos. Dexad,

varon amado de los dioses, de retardar una guerra justa y necesaria, sin la qual jamas podria la Hesperia esperar una firme paz. ¡O nacion ingrata, engañosa y cruel, que indignados los dioses han enviado á nuestros contornos para perturbar nuestra paz, y castigar nuestras culpas! Pero despues de habernos castigado, nos vengaréis, ó dioses, no seréis ménos justos contra nuestros enemigos, que lo sois contra nosotros mismos.

Vióse con estas voces, que todo aquel concurso se movia á saña, y parecia que Marte, y que Belona iban de fila en fila avivando en los corazones el furor bélico que Mentor procuraba amortiguar. Volvió de nuevo á hablar de esta forma:

Si no hubiera de haceros sino promesas, podriais recusar darme fe; pero os ofrezco cosas presenses y ciertas. Sino os satifaceis de tener en rehénes á Telémaco y á mí mismo, os haré poner en las manos doce de los mas nobles y valientes Cretenses; pero la razon quiere que vosotros por vuestra parte deis tambien rehenes, por quanto Idomenéo, que desea la paz sinceramente, la desea sin miedo y sin villanía. Deséala de la suerte que vosotros mismos decis haberla deseado, por prudencia y moderacion: no por el amor de una vida afeminada, ó por debilidad á la vista de los peligros que amenaza la guerra. El está aparejado á morir ó á vencer; pero antepone la paz á la mas illustre victoria. Avergonzaráse de temer el quedar vencido; pero tiene temor de ser injusto, y no tiene vergüenza de reparar sus errores. Con las armas en las manos ofrece la paz; no pretende imponer las condiciones con altivez, porque no hace algun caso de una paz forzada; quiere una paz de que todas las partes se satisfagan, que ponga fin á todos los recelos, que sosiegue todos los odios, y que cure los ánimos de todas las desconfianzas. En una palabra, Idomenéo tiene todas las buenas intenciones, que es cierto que querriais que tuviese: no se trata sino de que quedeis persuadidos de esto; y no será dificil persuadiros, si quereis darme oidos con ánimo tranquilo y no preocupado.

Oidme, ó pueblos valerosísimos, y vosotros, ó capitanes, tan sabios y concordes, oid lo que os ofrezco

de parte de Idomenéo. No es justo que él pueda entrar en las tierras de sus vecinos; ni tampoco es justo, que sus vecinos puedan entrar en las suyas. El consiente, que milicias neutrales guarden los pasos que estan fortificados con altas torres. Vos, Nestor, y vos Filotetes, sois de origen Griegos; pero en esta ocasion os habeis declarado enemigos de Idomenéo: por eso no podeis ser sospechosos de sobrado inclinados á sus ventajas. Lo que os mueve es el comun negocio de la libertad de la Hesperia: sed pues vosotros mismos depositarios y guardas de esos pasos, que son la ocasion de la guerra: no teneis vosotros menos interes en pedir que los pueblos antiguos de la Hesperia destruyan á Salento, nueva colonia de Griegos, semejante á las vuestras, que en estorbar que usurpe Idomenéo las tierras de sus vecinos. Contrapesad las fuerzas de unos y otros, y en lugar de meter á hierro y fuego el pais de un pueblo que estais obligados á amar, conservaos la gloria de ser jueces y medianeros. Dixisteis que los pactos os parecen maravillosos, si pudierais asegurarnos que Idomenéo los pasára fielmente á execucion; pero estoy en el punto de satisfaceros.

Servirán de recíproca seguridad los rehenes de que he hablado, mientras todos los pasos se ponen en depósito á vuestra mano. Quando el bien de toda la Hesperia, quando el de Salento misma, y el de Idomenéo se os hayan dexado en las manos, ¿estaréis satisfechos? De ahí en adelante ¿de quién os podréis confiar? ¿Acaso de vos mismos? No os atreveis á fiar de Idomenéo, y Idomenéo es tan incapaz de engañaros, que se quiere fiar en vosotros. Sí, él quiere confiaros la quietud, la vida, la libertad de su pueblo y de sí propio. Si es verdad que deseais solamente una buena paz, he aquí, que se os ofrece, y que os quita qualquier pretexto de rehusarla. Os repito de nuevo, que no creais que se os hacen estas promesas por miedo, que conciba Idomenéo: la prudencia y justicia son las que le precisan á tomar este partido, sin hacer mucho caso de si le imputaréis á flaqueza lo que hace por virtud. Ha cometido errores al principio, y ahora tiene á gloria el reconocerlos con las promesas con que os previene. Es flaqueza y vanidad ridícula, é igno-

rancia loca del interes propio, esperar poder ocultar los errores, afectando el sostenerles con orgullo y con altivez. Un hombre que confiesa al contrario los errores propios, y que ofrece darl satisfaccion, muestra que se ha hecho incapaz de cometer otros nuevos; y que cuando no quiera el enemigo efectuar la paz, lo debe temer todo de una suerte de obrar tan sabia y tan constante. Mirad bien, no diréis que él os pueda poner de parte del agravio. Si rehusais recibir la paz y la justicia que os viene á buscar, la justicia, y la paz se sabrán bien vengar. Idomenéo, que debia temer encontrar á los dioses indignados contra él, les hablará favorables contra vosotros. Telémaco, y yo pelearémos por la buena causa, y pongo por testigo de las proposiciones justísimas que os he hecho, á los dioses del cielo y del infierno.

Acabando de pronunciar estas palabras, levantó en alto el brazo Mentor, para mostrar á tanta multitud de gentes el ramo de olivo en su mano, para señal de paz. Los capitanes que lo miraron de cerca, quedáron espantados y deslumbrados de aquel divino que le resplandecia en los ojos. Hízose ver con una magestad y una autoridad superior á todo lo que se ve en los mas grandes hombres. La suave violencia de sus dulces palabras, y juntamente fuertes, arrebataba los corazones; y eran semejantes á aquellas palabras mágicas, que en el grave silencio de la noche paran en un momento la luna y las estrellas, abonanzan el mar tempestuoso, hacen callar los vientos y las ondas, y detienen el curso de los rios mas impetuosos.

Mentor estaba en medio de aquellos pueblos enfurecidos, como Baco rodeado de los tigres, que olvidados de su crueldad, llegaban atraidos de su voz, á lamerle los pies, y á sujetársele con alhagos. Hízose luego un profundo silencio en todo el exército, y los capitanes se miraban unos á otros, y no podian resistir á tal hombre, ni comprehender quien era. Inmobles todas las haces tenian fixos en él los ojos; y nadie se atrevia á levantar la voz, pensando que Mentor aun queria decir alguna cosa, y no queriendo impedirle que prosiguiese, aunque todos creian que nada se podia añadir á lo que ya habia dicho. Habian parecido breves

sus palabras, y hubieran deseado que hubiera hablado mas largamente. Quedaba como grabado en los corazones de todos lo que dexaba expresado; porque hablando, se hacia amar, y se hacia creer; y cada uno atendia con ansia, como inmoble, para retener aun las mas breves sílabas que articulaba su boca.

Finalmente, despues de un harto largo silencio, se oyó un baxo susurro, que se iba difundiendo poco á poco. No era ya aquel rumor confuso de las gentes, que rechinaban de cólera, sino que por lo opuesto era un blando y favorable murmullo. Ya se descubria en los rostros no sé qué de sinceridad y templanza; y los Mandurios tan envenenados conocian que de las manos se les caian las armas. El feróz Falanto, y sus Lacedemonios se pasmaron, sentiendo sus corazones tan enternecidos; y los demas empezáron á suspirar por aquella felíz paz que Mentor les habia ofrecido. Filotetes mas facil de moverse á la compasion de qualquiera otro por la experiencia de las desgracias propias, no pudo irse á la mano en las lágrimas. Nestor no pudiendo hablar en aquella conmocion de afectos, que en él habia causado el razonamiento de Mentor, lo abrazó tiernamente, sin poderle decir palabra; y como si esto fuera una señal de paz, en el mismo tiempo gritó toda la gente: Vos, ó prudente anciano, nos quitais de las manos las armas: Paz, paz.

Un momento despues quiso empezar Nestor un discurso; pero todas las tropas impacientes temiéron, que quisiera representárseles alguna nueva dificultad. Paz, paz, gritáron otra vez, y no pudiéron los capitanes poner silencio á sus voces sino gritando todos juntamente con ellos: Paz, paz.

Viendo Nestor muy bien, que no podia hacerse un razonamiento seguido, se contentó con decir estas palabras solas: Veis, Mentor, quán grande fuerza tiene la palabra de un hombre honrado. Quando hablan la prudencia y la virtud, ellas ponen sosiego á todas las pasiones, y nuestras justas iras se truecan en cariños y en deseos de una paz duradera. Nosotros la aceptamos, qual vos mismo nos la ofreceis. Al punto propio todos los capitanes levantáron las manos en señal de su consentimiento.

Mentor

Mentor corrió á la puerta de la ciudad, para mandarla abrir y persuadir que saliese Idomenéo sin séquito de soldados para su guardia. Entre tanto Nestor abrazaba á Telémaco, y le decia : O amable hijo del mas sabio entre todos los Griegos, plegue à los dioses que seais igualmente sabio, pero mas feliz que él. ¿ Habeis jamas podido tener alguna nueva de vuestro padre? La memoria de Ulises á quien enteramente os semejais, ha servido de amortiguar nuestra cólera.

Falanto por mas cruel y feróz que fuera, y por mas que no hubiera visto jamas á Ulises, no podia menos apiadarse de sus desgracias y de las de su hijo. Ya todos le rogaban á Telémaco que les refiriera las cosas que le habian acaecido, quando Mentor volvió con Idomenéo, y con todos los mancebos Cretenses que le seguian.

Al ver á Idomenéo, sintiéron los aliados moverse otra vez á enojo; pero las palabras de Mentor sosegáron el fuego que iba á dar una llamadara. ¿ En qué nos detenemos? les dixo. ¿ Porqué no vamos á dar cumplimiento á esta santa alianza, de la qual serán testigos los dioses, y serán defensores? Ellos hagan venganza, si algun impio jamas se atreviere á violarla, y los daños horribles de la guerra, en lugar de oprimir à los pueblos fieles é inocentes, caigan en la cabeza de aquel perjuro soberbio y exêcrable, que despreciare las leyes de esta santa amistad. Sea abominado de los dioses y de los hombres : nunca goce del fruto de su perfidia : vengan las furias infernales en las mas espantosas figuras á hacerle dar en furor y en desesperacion : caiga muerto sin esperanza de sepultura : quede su cadáver en presa à los perros y aves carniceras, y sea para siempre atormentado en el profundo abismo mas cruelmente que Tántalo, Ixion y las hijas de Danae. Pero ántes sea esta paz firme y estable como el monte Atlante, que sostiene al cielo : manténganla todos estos pueblos, y perciban sus frutos de generacion en generacion. Los nombres de aquéllos que la habrán jurado sean con amor y veneracion celebrados de nuestros últimos nietos. Esta paz, fundada en la justicia y en la buena fé, sea el modelo de todas las paces que se harán en lo por venir entre

todas las naciones del mundo; y todos los pueblos que quieran ser dichosos, volviendo á establecer la amistad de unos con otros, imiten á los pueblos de la Hesperia.

Despues de estas razones Idomenéo, y los otros Reyes juráron la paz, segun las condiciones ya establecidas. Diéronse de una, y otra parte los rehenes. Telémaco quiso ser uno de los que dió Idomenéo; pero los coligados no pudiéron consentir en que se comprehendiera Mentor en aquel número, porque quisiéron que se quedara al lado de Idomenéo, para asegurarse de su proceder, y del de sus consejeros hasta la execucion entera de las cosas que habia prometido. Sacrificáronse entre la ciudad, y el exército cien terneras blancas como la nieve, y otros tantos toros del color mismo, con los cuernos dorados y enramados de flores. Oianse hasta las montañas vecinas resonar los bramidos de las víctimas, que caian al sagrado cuchillo de los sacerdotes: corria la sangre reciente por todas partes: para las libaciones se vertia con abundancia un exquisito vino: los adivinos exáminaban atentamente las entrañas de las víctimas, que estaban aun palpitando, y se quemaba sobre las aras el incienso del sacrificio que formaba una espesa nube, y hinchia la campaña de buen olor.

Los soldados de entrambas partes, dexando en este tiempo de mirarse con malos ojos, empezaban á razonar entre sí, y contarse unos á otros las cosas que les habian acaecido; y ya se recobraban de los trabajos pasados y gustaban ántes de tiempo la suavidad amable de la paz. Muchos de los que habian seguido á Idomenéo en el asedio de Troya, conociéron á los de Nestor que habian militado en la misma guerra. Abrazábanse con ternura, y se contaban alternadamente lo que les aconteció despues que destruyéron aquella soberbia ciudad, que era adorno de toda la Asia. Ya se echaban sobre la yerba, se coronaban de flores, y bebian el vino, que en grandes vasos se sacaba de la ciudad, para solemnizar un dia tan venturoso.

Inopinadamente volviéndose Mentor á los principales, les dixo: De hoy en adelante, ó caudillos, que aquí os habeis juntado baxo diversos nombres y dife-

rentes gefes, seréis un solo pueblo. De esta suerte los dioses amantes de los hombres que han criado, quieren ser el perpetuo lazo de su perfecta concordia. Todo el linage humano no es mas que una sola familia esparcida sobre la tierra: todos los pueblos son de verdad hermanos, y deben como tales amarse. ¡Ay de los impios, que buscan una cruel gloria en la sangre de sus hermanos, que es sangre propia suya!

La sangre es á las veces necesaria, es verdad; pero es vergüenza grande del género humano, que en ciertas ocasiones la guerra sea inevitable. No digais, reyes, que debe desearse para conseguir honra: no se encuentra la gloria sino dentro los terminos de la humanidad. No es hombre, sino un monstruo de soberbia, quien prefiere su gloria á los dictámenes de la humanidad, ni alcanzará jamas sino una gloria falsa; porque la verdadera gloria se halla tan solamente en la moderacion y bondad. Podrán bien adularle por contentar su desvariada ambicion; pero siempre en secreto se dirá de él, quando se quiera hablar sínceramente: Tanto ménos ha merecido glória, quanto la deseó mas con injusta pasion. Los hombres no le deben tener estima, habiendo él hecho de ellos tan poco aprecio, y habiendo derramado su sangre tan pródigamente con soberbia brutal. Dichoso aquel Rey, que ama su pueblo, y que es de él estimado: que confia en sus vecinos, y sus vecinos confian en él: que en vez de hacerles guerra, impide que ellos la hagan los unos á los otros; y que hace á las naciones extrangeras que envidien á sus súbditos el tenerle por Rey.

Tened cuidado pues de juntaros de quando en quando, ó vosotros que gobernais las poderosas ciudades de Hesperia, haced de tres en tres años una general asamblea, en que intervengan todos los Reyes que aquí se hallan presentes, á renovar con nuevo juramento la liga, á confirmar la amistad prometida, y á exâminar todos los negocios comunes. Miéntras tengais union, tendréis dentro de este hermoso pais la paz, la gloria y la abundancia, y fuera seréis siempre invencibles. No hay quien pueda turbar la felicidad que os preparan los dioses sino sola la discordia, salida

del infierno para atormentar á los hombres sin uso de razon.

De la facilidad, respondió Nestor, con que hacemos la paz, veis quan léjos estamos de querer hacer guerra, ó por deseo de una gloria vana, ó por una injusta codicia de engrandecernos en perjuicio de los pueblos de nuestros vecinos. ¿Pero qué puede hacerse, quando se viere cerca de un príncipe violento, que no reconoce otras leyes que las de su propio interes, y que no pierda alguna ocasion de ocupar las tierras de los estados de otros? No creais que hablo ya de Idomenéo, no: ya no tengo de él esta opinion. Es Adrasto, Rey de los Daunos, de quien todo lo debemos temer. El desprecia á los dioses, y cree que no han nacido todos los hombres del mundo, sino para servir con su sujecion de acrecentar su gloria. No quiere tener súbditos, para haber de tratarles no menos como padre, que como Rey: quiere tener esclavos, quiere tener idólatras, de que se haga adorar como á deidad. Hasta ahora la ciega fortuna se ha mostrado propicia á sus mas injustas empresas. Nosotros nos dábamos ptiesa de venir á asaltar á Salento, para desenredarnos del mas flaco de nuestros enemigos, que no se hallaba aun bien pertrechado; porque poco ha habia venido á hacer pie sobre esta rivera, para volver despues nuestras armas contra el otro enemigo mas poderoso. El ha tomado ya muchas ciudades de nuestros coligados, y ya los de Croto han perdido contra él dos batallas. Válese de todos los modos de satisfacer su soberbia: maneja igualmente las fuerzas y la astucia, para llegar á oprimir sus contrarios: ha juntado grandes tesoros: son sus milicias bien disciplinadas y prácticas en la guerra, y son sus capitanes experimentados: él está bien servido; está con continua atencion observando él propio los procederes de aquellos que obran por órden suyo: castiga ásperamente las faltas mas pequeñas, y remunera liberalmente los servicios que se le hacen: anima su valor y mantiene al de todas sus tropas, y seria un perfecto Rey, si ajustára su proceder con la buena fé y la justicia. Mas no tiene temor á los dioses, ni á los remordimientos de su conciencia propia: ni aun hace aprecio alguno de la propia reputacion, y la mira como

á una fantasma, que debe enfrenar solo á los ánimos débiles. No tiene por bien firme, y de estable sino la ventaja de tener grandes riquezas, ser temido, y atropellar á los demas hombres. Bien presto se hara ver su exército dentro de nuestras tierras; y si la confederacion de tantas gentes no nos pone en estado de poder resistirle, no nos queda esperanza de nuestra libertad. Igualmente que nuestro, es tambien interes de Idoménéo hacer oposicion á este vecino, que no puede sufrir que haya algun pueblo libre entre los confinantes de su reyno. Si nosotros quedáramos vencidos, amenazaria á Salento la misma desventura. Démonos priesa pues en prevenirle todos de acuerdo.

Hablaba así Nestor, y se iban acercando á la ciudad porque habia rogado á los Reyes Idoménéo, que con los principales capitanes entraran á pasar en ella la noche.

FIN DEL LIBRO UNDECIMO.

TELÉMACO.

LIBRO XII.

SUMARIO.

Entra Idomenéo en la liga. Mentor da á solas á Idomenéo saludables consejos. Va Telémaco á la guerra contra Adrasto. Antes de partirse recibe de Mentor varios documentos necesarios á un Príncipe, para portarse bien en la guerra. Mentor, habiéndose quedado en Salento, da á Idomenéo algunas reglas seguras para gobernar bien su pueblo. Le enseña el modo de labrar una casa cómoda, sana y desembarazada. Le hace ver la necesidad de la agricultura, describe la vida pacífica de un rústico.

Entre tanto el exército aliado levantaba sus tiendas, y ya estaba cubierta la campaña de ricos pavellones de diversos colores: baxo de cuyo abrigo esperaba el soldado endurecido la quietud del sueño, para reparase con ella de las fatigas pasadas. Luego que entráron los Reyes con su acompañamiento en la ciudad, se mostráron maravillados de que en tan poco tiempo se hubieran podido acabar tan soberbias fábricas, y que los embarazos de una tan grande guerra no hubieran impedido el aumento de aquella poblacion que lo empezaba á ser embelleciéndose á una misma mano.

Fuéles de admiracion la prudencia, y la vigilancia de Idomenéo, que habia fundado un tan hermoso Reyno; y concluyéron todos, que hecha con él la paz, se harian los aliados muy poderosos, si él entraba en la liga contra los Daunos. Propusiéronle esta alianza, y él no pudo excusar tan justificada propuesta, y prometió sus tropas.

Mas como sabia Mentor lo que era necesario para hacer á un estado poderoso, conoció, que las fuerzas de Idomenéo no podian ser tan crecidas en realidad, como le eran en la apariencia. Tomóle pues á solas, y habló de este modo:

Vos veis, que no os han sido inútiles nuestros cuidados. Salento se á librado del infortunio que le amenazaba : á ninguno otro toca sino á vos levantar hasta el cielo su gloria, y igualar la prudencia de vuestro avuelo Minos en el gobierno de vuestros vasallos. Proseguiré en hablaros con libertad, suponiendo que es vuestro gusto, y que abominais de toda adulacion. Mientras que alababan los Reyes vuestra magnificencia, estaba yo pensando entre mí mismo en la temeridad de vuestro proceder.

A tales voces mudó Idomenéo de rostro, turbáronsele los ojos, púsose colorado, y poco le faltó que no interrumpiera á Mentor, mostrándole su indignacion. Esta voz de temeridad, le dixo Mentor con un tono modesto y reverente, pero esforzado y libre, os ofende : ya lo percibo. Qualquiera otro, fuera de mí, la hubiera usado sin razon; porque importa respetar á los Reyes, y aun reprehendiéndoles, tratar con resguardo su delicadeza : oféndeles bastante la verdad por sí misma, sin añadirle terminos demasiado fuertes. Pero creí, que podriais sufrir que yo os hablára sin endulzar con palabras la severidad de las cosas, para haceros conocer vuestro error. Mi intencion ha sido de acostumbraros á oir llamar las cosas por sus nombres, y á comprehender, que quando otros os den consejo en órden á vuestro proceder, jamas se atreverán á deciros todo lo que hay discurrido : y que será menester, sino quereis quedar engañado, que siempre entendais mucho mas de lo que os digan ellos, respecto de las cosas que seran en vuestro menoscabo. Yo por mí vengo bien en suavizar mis palabras segun vuestra necesidad. Pero os importa que un hombre desinteresado y que no supone nada os hable en secreto con dureza. Ningun otro se atreverá jamas á hablaros de este modo : y no vereis á la Verdad sino de medio lado, y disfrazada con adornos que la encubran.

En esto Idomenéo recobrado de su primera repentina cólera mostró verguenza de su delicadeza precedente. Vos veis, dixo á Mentor, qué efectos causa la costumbre de ser siempre adulado. Quisiera el bien de mi Reyno : no hay alguna verdad que no tenga á fortuna el poderla escuchar de vuestra boca; pero com-

padecéos de un Rey avenenado de la adulacion, y que aun en sus desgracias no ha podido encontrar uno siquiera, que tuviera valor bastante para decirle la verdad. No, no he hallado jamas persona, que me haya profesado amor bastante para querer disgustarme, diciendome la verdad por entero.

Diciendo estas palabras, le viniéron las lágrimas á los ojos, y abrazó tiernamente á Mentor. Entonces aquel sabio anciano le dixo: Veome constreñido con dolor mio á deciros algunas cosas de desazon: mas tal vez os pudiera hacer traicion si no os manifestara la verdad. Figuraos que os halleis en mi lugar, y confesaréis que os la debo decir. Si hasta ahora habeis estado en error, es la razon porque vos mismo lo habeis querido estar, y porque habeis temido los consejos agenos. ¿Habeis buscado los hombres ménos aplicados á sus intereses, y los mas dispuestos á haceros contradiccion? ¿Habeis tenido cuidado de escoger los menos solícitos en daros gusto, los mas desinteresados en su proceder, y mas capaces en condenar vuestras pasiones é injustos pensamientos? Quando habeis encontrado aduladores, ¿los habeis separado de vuestro lado? ¿Os habeis desconfiado de ellos? No, no; no habeis hecho lo que hacen los que aman la verdad, y son merecedores de conocerla. Veamos si teneis ahora ánimo para obrar mejor, y dexaros humillar de la verdad que condena vuestras acciones.

Decia, pues, que lo que os hace dar tantos elogios, no es digno sino de vituperio. Mientras que teniais á fuera tantos enemigos que amenazaban á vuestro Reyno, no aun bien asegurado ¿pensabais dentro de vuestra nueva ciudad sino en hacer edificios magníficos? Esto es lo que os ha costado tantas malas noches, como ya lo habeis confesado vos mismo. Habeis consumido vuestras riquezas; no habeis pensado en aumentar vuestro pueblo, ni en cultivar las fértiles campiñas de esta rivera. No importaba atender á estas dos cosas, como á dos fundamentos esenciales de vuestra potencia, tener muchos hombres hábiles, y las campiñas bien cultivadas para alimentarlos. Necesitaban estos principios de una larga paz, para ayudar á la multiplicacion de vuestro pueblo: no debiais

pensar sino en la agricultura, y en el establecimiento de las leyes mas sabias. Os ha impelido una vana ambicion hasta la márgen del precipicio; y á fuerza de querer parecer grande, habeis casi arruinado vuestra verdadera grandeza. Dad priesa en reparar estas faltas: haced cesar todas vuestras grandes labores: renunciad al fausto, que arruinaria vuestra nueva ciudad: dexad respirar vuestros pueblos en paz; y atended á hacerles que abunden de aquellas cosas que les son necesarias, para facilitarles el modo de hacer sus matrimonios. Sabed, que no sois Rey, sino en tanto que teneis pueblos que gobernar, y que vuestra potencia se debe mensurar, no por la dilatacion de las tierras que poseeis, sino por el número de los hombres, que habitan esas mismas tierras, y estaran atentos y cuidadosos de obedeceros. Tened en vuestro poder una mediana tierra, aunque sea de una moderada extension: llenadla de innumerable gente trabajadora y bien instruida: haced que esa gente os tenga amor, y sereis mas feliz, mas poderoso, mas glorioso que todos los conquistadores, que destruyen á tantos Reynos.

¿De qué manera pues, replicó Idomenéo, me deberé contener con estos Reyes? ¿Confesareles la debilidad de mis fuerzas? Ello es así, que he descuidado de la agricultura, y tambien del comercio, que me es tan facil en esta costa; y que no he pensado, sino en hacer una ciudad magnífica y de gran pompa. ¿Deberé acaso, Mentor, deshonrarme á mí mismo en el congreso de tantos Reyes, descubriendoles mi impotencia? Si importa así, yo lo quiero hacer, lo executaré francamente, sin detenerme en ello por todo lo que me haya de costar una declaracion tal: ya que me habeis enseñado, que un verdadero Rey, que ha nacido para su pueblo, y que por él se debe dar á sí propio, ha de anteponer á la propia reputacion la salud de su Reyno.

Este dictámen es digno de un padre de sus vasallos, dixo Mentor: en esta bondad de ánimo, y no en la magnificencia de vuestra ciudad, os reconozco con el corazon de verdadero Rey; pero es menester resguardar vuestro pundonor por el mismo interes de vuestro Reyno. Dexadme obrar á mi: yo quiero hacer creer á

estos Reyes, que os hallais obligado á restituir á Ulises, si todavia vive, á su Isla de Itaca, ó á lo menos á su hijo Telémaco, y que quereis echar de ella por fuerza á todos los amantes de Penélope. No les será dificil el comprehender, que esta guerra requiere muchas tropas; y asi consentirán en que no les deis luego mucha gente, sino un débil socorro contra los Daunos.

Pareció Idomenéo como un hombre, que se alivia de un peso que le oprime, oyendo estas razones. Sabeis, dixo, amigo carisimo, en qué aprecio me tienen y sabeis tambien qual es la reputàcion de esta nueva ciudad, cuya debilidad ocultaréis á todas las naciones vecinas. ¿Pero cómo será probable el decir que he resuelto enviar tropas á Itaca para restituir á Ulises, ó á lo ménos á su hijo Telémaco, mientras Telémaco mismo se ha obligado á ir á la guerra contra los Daunos?

No os dé pena ninguna, respondió Mentor: no dixe cosa que no sea verdad. Los baxeles que enviais para establecer el comercio, irán á las costas de Epiro; y harán en un camino dos mandados: uno será atraer á esta playa los mercaderes extraños, que alejan de Salento las sobrado excesivas imposiciones; y el otro, procurar alguna noticia de Ulises. Si aun vive, no puede estar distante de los mares, que separan la Grecia de la Italia; y hay quien afirma, que se ha dexado ver en la Grecia. Quando ya no quede esperanza de hallarle, harán vuestros baxeles á su hijo un especial servicio, porque extenderán en Itaca, y en todos los paises vecinos el terror del nombre de Telémaco, que es tenido por muerto, como su padre. Pasmaránse los pretendientes de Penélope, oyendo que está para restituirse, con la ayuda de un poderoso aliado: no osarán los pueblos de Itaca á sacudir el yugo: consolaráse Penélope, y rehusará siempre admitir nuevo esposo. Asi favoreceréis á Telémaco, mientras que él en vuestro lugar se una con los coligados de esta parte de Italia contra los Daunos.

¡Afortunado el Rey, exclamó en esto Idomenéo, que es sostenido de tan prudentes consejos! Mucho mas aprovecha á un Rey el tener un amigo sabio y fiel, que los exércitos victoriosos. Pero doblado feliz el

Rey, que tiene conocimiento de su fortuna, y se sabe aprovechar de él poniendo en obra los discretos consejos que de él recibe; porque muchas veces sucede, que no se quieren por confidentes los hombres prudentes y virtuosos, cuya virtud se teme, por dar oidos á los aduladores, de quienes no se teme que hagan traicion. Yo mismo he caido en este error: y os contaré todas las desgracias que me han acaecido, por un falso amigo, que lisonjeaba á mis pasiones, esperando que yo igualmente lisonjeara las suyas.

Dió Mentor fácilmente á entender á los Reyes confederados, que Idomenéo habia de encargarse del cuidado de los negocios de Telémaco, en tanto que este iba en compañia de ellos. Contentaronse con tener en su exército al hijo de Ulises con cien mancebos Cretenses, que le dió Idomenéo para que le siguieran. Eran estos la flor de la nobleza, que habia el Rey conducido consigo desde Creta; y Mentor le habia aconsejado enviarlos á esta guerra, para que se adiestraran. Conviene, le decia, cuidar en tiempo de paz, de que el pueblo se multiplique; pero porque no se afemine toda la nacion, ni caiga en la ignorancia del arte militar, importa enviar la nobleza jóven á amaestrarse en las guerras de los extrangeros. Basta esto para tener á toda la nacion en la emulacion de la gloria, en el amor de las armas, en el desprecio de las fatigas y de la muerte misma; y en suma, para hacer que sean experimentados en el arte de hacer la guerra.

Partiéron de Salento los Reyes coligados satisfechos de Idomenéo, y pasmados de la prudencia de Mentor. Iban llenos de gozo, porque conducian consigo á Telémaco; pero él no pudo contener su dolor, quando hubo de dexar al amigo. Miéntras que los Reyes confederados se despedian, y juraban á Idomenéo que mantendrian con él una amistad perpetua, estrechando Mentor á Telémaco entre sus brazos, se bañada en lágrimas del amable jóven. Yo, decia Telémaco, soy insensible á la alegría de ir á adquirir gloria, ni me siento movido sino es del dolor solo de nuestra separacion. Paréceme tener aún á los ojos aquel tiempo infeliz, en que me arrancáron de vuestro seno los

Egipcios, y me alejáron de vos, sin dexarme esperanza de recobraros.

Mentor respondió á estas palabras con dulzura por consolarlo. He aquí, le dixo, una separacion muy diversa: esta es voluntaria, y tambien será breve. Vais en busca de una victoria: por eso importa, hijo mio, que ameis con afecto ménos tierno y mas alentado. Acostumbraos á estar lejos de mí, porque no me tendréis siempre vecino. Conviene, que la prudencia y virtud, mas que no la presencia de Mentor, os inspiren lo que debeis obrar.

Diciendo estas palabras, la diosa disfrazada debaxo del aspecto de Mentor, le cubrió con su escudo, y le infundió en el animo un espiritu de prudencia y de providencia, un valor intrépido, y una moderacion apacible, que raras veces se encuentran juntas.

Andad, proseguia en decirle Mentor, en medio de los mayores peligros todas las veces que sea conveniente que vayais. Un Príncipe se deshonra á sí mismo, aun mas con excusar los riesgos de la guerra, que no yendo á ella jamas. No es bien que pueda ponerse en duda el esfuerzo de aquel que manda; y si es necesario á un pueblo conservar su cabeza y su Rey, le es aun mas necesario el no verlo en la incierta reputacion de valiente. Acordaos de que debe ser el que manda el modelo de todos los demas; y que su exemplo debe infundir el ánimo á todo el Exército. Poned pues en peligro vuestra vuida, Telémaco, y morid mas presto peleando, que sujetaros á la malignidad de los que podrian dudar de si os faltaba el esfuerzo. Aquellos aduladores que os aconsejaren con mas calor que no os expongais á los peligros en las ocasiones necesarias, serán desde luego los primeros que digan en secreto que no teneis ánimo, como hallen facilidad para deteneros en semejantes lances.

Pero acordaos tambien de no ir en busca de los peligros, quando no lo requiera la utilidad. El valor no podria ser virtud, sino en quanto le regla la prudencia: de otra forma es un loco desprecio de la vida, y un furor brutal. De un precipitado valor no se puede esperar cosa cierta. Quien no es en los peligros dueño de sí propio, ántes es furioso que guapo: tiene nece-

sidad de estar fuera de sí para vencer al temor, porque no le puede vencer, quando su corazon está en su estado connatural. Entónces, si no huye, por lo ménos se turba y pierde el uso libre de la razon, que ha menester para aprovecharse, en los lances de derrotar al contrario ó de servir á la patria. Si tiene todo el ímpetu de soldado, no tiene la discrécion de capitan. A mas de que tambien está sin el verdadero corage de un sencillo soldado porque debe el soldado guardar en la batalla aquella prontitud de ánimo, y aquella moderàcion de que se necesita para obedecer. Quien temerariamente se mete en los peligros, altera el órden, y disciplina de la milicia, da exemplo de la temeridad, y hace freqüentemente exponerse á graves desventuras todo el exército. Los que anteponen á la seguridad de la causa comun su desvanecida ambicion, son dignos de castigo y no de recompensa.

Mirad pues bien, hijo querido mio, que no busqueis la gloria con sobrada impaciencia: el modo verdadero de encontrarla es, guardar con sosiego la oportunidad favorable. La virtud tanto mas se hace respetar, quanto se muestra mas sencilla, mas modesta, y mas contraria de toda ostentacion faustosa. Segun se va aumentando la necesidad de meterse en el riesgo, conviene tambien tener pronto nuevos partidos de providencia y osadía. Acordaos á mas de esto, que no es menester adquirirse, ó hacerse cargo de la envidia de ninguno; y al contrario, no seais zeloso de los felices sucesos de los demas. Sed vos mismo el primero en alabar todo lo que merece alabanza; pero alabad con discrecion: y diciendo plácidamente el bien, ocultad el mal sin alguna pena.

No decidais cosa alguna delante de los capitanes antiguos, que tienen toda aquella experiencia que no podeis vos tener: oidles con respeto, aconsejaos con ellos: rogad á los mas entendidos que vos, que os aficionen; y no os avergonceis de atribuir á sus documentos todo lo mejor que hiciereis. Finalmente, no presteis oidos á todos aquellos discursos, con que se quieren excitar en vos contra otros capitanes la desconfianza y los zelos. Hablad con ellos con confianza, y con claridad; y si creeis que ácia vos han faltado

en alguna obligacion, descubrid con ellos el pecho, y mostradles abiertamente todas vuestras razones. Si son capáces de conocer la nobleza de este proceder, os ganareis su benevolencia, y recibiréis de ellos todo aquel favor, que justamente podréis esperar: y al contrario, si no son razonables, ni quieren ajustarse á vuestra opinion, conoceréis para vos lo que tienen de injusto, ó de intolerable: os hareis cauto, para no poneros en adelante á semejante prueba, hasta concluir la guerra, y no tendreis de que arrepentiros. Pero principalmente nunca digais á ciertos aduladores, que van sembrando discordias, los motivos que os persuadiereis tener de quexaros de los capitanes del exército en que os hallareis.

Yo me quedaré aquí, prosiguió Mentor, para ayudar á Idomenéo en la necesidad que tiene de trabajar por el bien de sus súbditos; y para que acabe de enmendar los yerros en que le hicieron caer los perversos consejos de sus aduladores, quando fundó su nuevo reyno.

Entonces no pudo Telémaco dexar de manifestar á Mentor que extrañaba y aun despreciaba de algun modo la conducta de Idomenéo. Pero se lo reprehendió Mentor con un tono severo: ¿Os admirais acaso que los hombres mas apreciables sean todavía hombres, y dexen ver algun resto de las debilidades humanas, en medio de las innumerables trampas y obstáculos inseparables de la corona? Es verdad que se crió Idomenéo con unas ideas de fausto y altivez: ¿Pero quien será el filósofo que pudiera defenderse contra la adulacion, si se hallase en la situacion de aquel Rey. Es verdad que dió demasiado crédito á los que tuvieron su confianza: pero los reyes mas prudentes son engañados muchas veces, por mas precauciones que tomen para evitarlo. Un Rey no puede pasarlo sin ministros que le alivien y de quienes el se fie, pues no lo puede hacer todo. Ademas, un rey conoce menos que los particulares á los hombres que le rodean: en su presencia siempre estan disfrazados, y se agota toda suerte de artificios para engañarle. Ay! querido Telémaco, demasiado lo experimentareis. No se encuentran en los hombres las virtudes ni los talentos

que se buscan. Por mas que se quiera profundizar su conocimiento, cada dia sale errada la cuenta. Y aun nunca se logra el sacar enteramente de los hombres mejores el partido que se necesitaria para el bien público. Tienen ellos sus porfías, sus incompatibilidades, sus zelos. Raras veces se les persuade ó mejora.

Quanto mas numerosa es la nacion á que se trata mandar, tanto mayor número de ministros se necesita para hacer el rey por ellos lo que por si mismo no puede: y quantos mas son los depositarios de la autoridad, tanto mas expuesto se halla à engañarse en su eleccion. Hay hombre que hoy critíca sin piedad á los reyes, y mañana gobernaria peor que ellos, cometiendo los mismos yerros, con otros infinitamente mayores, si se le confiará el mismo poder. La condicion privada, quando se halla unida con un poco de talento para hablar con gracia, cubre todos los defectos naturales, realza los méritos que deslumbran, y hace que un hombre parezca digno de todos los empleos que no tiene. Pero solo el mando acrisola todos los talentos, descubriendo grandes defectos.

La grandeza es semejante á ciertos vidrios que aumentan el tamaño de todos los objetos. Parece que se acrecientan todos los defectos en aquellos puestos elevados, en donde las menores cosas tienen graves consequëncias, y las menores faltas ocasionan terribles resultas. El mundo entero esta ocupado en observar á un solo hombre à cada hora, y en juzgarle con todo rigor: los que lo hacen no tienen conocimiento alguno del estado en que el se halla; no conocen sus dificultades, y exigen de el tanta perfeccion, que no quieren ya que sea hombre. Un rey por bueno y sabio que sea es todavía hombre: su ingenio tiene sus limites, como tambien su virtud. Igualmente tiene su humor, pasiones y hábitos de que no es enteramente dueño: esta sitiado por gentes interesadas y llenas de artificio: el no halla los socorros que busca. Padece cada dia alguna equivocacion, sea por sus pasiones, sea por las de sus ministros; y apénas ha enmendado un yerro, quando caé en otro. Tal es la condicion de los reyes mas ilustrados y virtuosos.

Los reynados mas largos y mejores son demasiado breves para enmendar al fin lo que, al principio, aun sin quererlo se echó a perder. Trae consigo la corona todas estas miserias : se dobla la debilidad humana baxo una carga tan pesada. Es menester dolerse de la suerte de los reyes, y perdonarles. ¿ No se les debe tener lástima de que tengan que mandar á tantos hombres cuyas necesidades son infinitas, y que dan tanto que hacer á los que se toman el trabajo de gobernarlos? Hablando con franqueza : desdichados de los hombres, pues tienen necesidad de ser mandados por un rey, que no es mas que un hombre que en todo se les parece : pues se necesitarian dioses para mejorar á los hombres. Pero tambien, no siendo los Reyes mas que hombres, es decir, débiles é imperfectos, no se les debe tener menor lástima, pues tienen que mandar á tan innumerable multitud de hombres tan corrompidos como engañadores.

Respondió con viveza Telémaco : por su culpa perdió Idomenéo el reyno que tenian sus avuelos en Creta ; y, faltandole vuestros consejos, el hubiera perdido otro en Salento. Confieso, respondió Mentor, que el cayó en grandes yerros; pero buscad en la Grecia, y en todos los demas paises mas civilizados, á un rey á quien no se hayan de perdonar muchas faltas en que haya incurrido. Tienen los hombres mas grandes en su temperamento y genio defectos que los arrastran : los mas dignos de alabanza son los que tienen bastante ánimo para conocer y enmendar sus yerros. ¿ Pensais acaso que Ulises, el grande Ulises vuestro padre, que es el modelo de los reyes de Grecia, no tenga tambien sus flaquezas y defectos? Si Minerva no le hubiera guiado paso á paso, ¡ Quantas veces no hubiera cedido á los peligros y estorbos en que se burló de el la fortuna ! ¡ Quantas veces le detuvo ó enderezó Minerva, para guiarle siempre á la gloria por el camino de la virtud ! No espereis siquiera, quando le vereis reynar con tanta gloria en Itaca, hallarle sin imperfeccion alguna ; pues sin duda se las notareis. A pesar de todos sus defectos, le admiraron Grecia, Asia, y quantas islas tiene el mar : pues todo lo cubren mil prendas divinas. Demasiada dicha ten-

dreis en poder admirarle tambien, poniendo un continuo estudio en imitarle como modelo.

Acostumbrados, ó Telémaco, á no esperar de los hombres mas grandes sino lo que es capaz de hacer la humanidad. No teniendo experiencia la juventud, se entrega á una crítica presuntuosa que le inspira fastidio y aun aborrecimiento para quantos modelos tiene que seguir, y la precipita en una indocilidad incurable. Vos debeis no solo amar, respetar é imitar á vuestro padre, aunque no sea perfecto: pero tambien apreciar con alta estimacion á Idomenéo, á pesar de las faltas que noté en el. El es naturalmente sincero, recto, justo, liberal, benéfico: su valentia es perfecta: el aborrece la fraude quando la conoce y sigue con libertad la senda á que le inclina su corazon. Sus talentos exteriores todos son grandes y correspondientes al puesto en que se vé colocado. Su sencillez en confesar sus equivocaciones; su mansedumbre, su paciencia en dexarme decirle las cosas mas duras, el ánimo con que enmendó sus yerros, pugnando contra si mismo, y haciendose asi superior á quantas críticas se le podian hacer, manifiestan una alma verdaderamente grande. Puede un hombre muy mediano precaver ciertas faltas, sea por fortuna, sea por consejos agenos; pero solo una virtud extraordinaria puede lograr que enmiende sus yerros un rey engañado por la adulacion durante tan largo tiempo. Mas glorioso es volverse así á levantar, que no haber caído nunca.

Ha caído Idomeneo en las mismas faltas que casí todos los reyes. Pero casí ninguno de estos hace para enmendarlas lo que el acaba de hacer: por lo que toca á mi, no podia dexar de admirarle en los mismos momentos en que el me permitia contradecirle. Admiradle vos tambien, ó querido Telémaco, en la inteligencia que os doy este consejo no tanto para conservar la fama de aquel Rey, como para vuestra utilidad propia.

Con este discurso, hizo sentir Mentor á Telémaco quan peligroso es el ser injusto dexandose llevar por una crítica rigurosa contra los demas hombres, y mayormente contra los que tienen á su cargo las dificultades y trabajos del gobierno. Despues le dixo: yá

es tiempo que os marcheis; ádios. Aqui os aguardaré, mi querido Telémaco. Acordaos, que aquellos que temen á los dioses, no tienen cosa que temer de los hombres. Vos os veréis en extremos peligros; mas sabed que Minerva nunca os abandonará.

Apénas le hubo acabado de hablar, le pareció á Telémaco, que sentia la presencia de Minerva; y aun hubiera advertido, que ella era quien le hablaba, para llenarle de confianza, si no hubiera la diosa avivado en él la idea de Mentor, con decirle estas voces: No os olvideis, hijo mio, de los afanes que he padecino en vuestra niñez, para haceros tan sabio y valeroso, que llegarais al fin á igualaros con vuestro padre; y no hagais cosa alguna indigna de los grandes exemplos que de él os ha dado, y de las máximas de virtud en que he trabajado para instruiros.

Iba el sol despuntando, y doraba las cimas de los montes, quando los Reyes saliéron de Salento, para volver al lugar donde estaban sus tropas. Ellas pues acàmpadas en el contorno de la ciudad, empezaron su marcha guiadas de sus cabos. Veíase de todas partes el acero de las picas enarboladas: desalumbraba los ojos el resplandor reflexo de los escudos, y se iba levantando por el ayre, á embargar la luz una nube obscura de polvo. Idomenéo junto con Mentor, acompañabá en la campaña á los Reyes aliados, que se alejaban de los muros de la ciudad. Finalmente se separáron despues de haberse dado muchas muestras de verdadera amistad de una y otra parte; y no quedó mas duda á los coligados de que duraria la paz, habiendo conocido el buen pecho de Idomenéo, que á ellos se les habia figurado muy otro de lo que era; porque se juzgaba de él, no ya por sus dictàmenes naturales, sino por los consejos lisongeros é injustos, en cuyos brazos se habia dexado á si propio.

Habiéndose partido el exército, Idomenéo conduxo á Mentor por todos los barrios de la ciudad, y á la campaña vecina; veamos, decia Mentor, quantos hombres teneis tanto en la ciudad como en el campo: hagamos el censo. Exâminemos quantos labradores hay entre estos, veamos quanto producen vuestras tierras, en los años medianos, en trigo, vino, azeyte,

y otras cosas utiles : por este medio sabremos si da bastante la tierra para alimentar á todos sus habitantes, y si produce ademas bastante superfluo para hacer un comercio util con los paises extrangeros. Contemos, le dixo, vuestros baxeles : exâminemos atentamente su calidad : veámos quantos marineros teneis que poner en ellos, sea para mantener la guerra, sea para el comercio de vuestros súbditos, porque de aquí se debe hacer juicio de vuestra potencia. Fué á ver el puerto : quiso entrar en cada baxel : se informó de él adonde iba á traficar cada uno, de las mercaderías que conducia de ida y vuelta, del gasto que era preciso hacer en el viage, de los préstamos que los mercaderes se hacian unos á otros, de sus compañías; para saber si eran justas, y fielmente observadas; y finalmente se informó de los peligros de naufragar, y de las otras desgracias del comercio, para prevenir la ruina de los mercaderes, que por ansia de la ganancia freqüentemente emprenden cosas sobre sus fuerzas.

Quiso que se castigara severamente á los fallidos; porque los que no han delinquido en mala fe, casi siempre son reos de temeridad. A un mismo tiempo dió reglas para obrar de manera que fuera facil el no fallir jamas. Estableció magistrados, á quienes los mercaderes debieran dar cuenta de todos sus capitales, del útil, de la expensa, y de los negocios que emprendian. Por dichas leyes no se les permitia arriesgar las haciendas de otros, ni tampoco podian arriesgar sino la mitad de las suyas. A mas de esto, entraban en compañía para aquellos negocios que no podian manejar solos, y era inviolable la regla de las compañías, por el rigor de las penas impuestas para aquellos que no las guardasen. Quedaba por lo demas entera la libertad del comercio. En lugar de alterarle con las imposiciones, se prometia premio á todos los mercaderes, que pudieran atraer á Salento el comercio de alguna nueva nacion.

De esta suerte acudiéron allí bien presto los pueblos de todas las naciones del mundo. Era semejante el comercio de aquella ciudad al fluxo y refluxo del mar. Le entraban los tesoros, como venian las ondas impelidas con brio las unas de las otras : todas las cosas se

traian allí, y de allí salian todas las cosas: utilizábase quanto entraba; y quanto salia dexaba en su salida otras riquezas en su lugar. La justicia presidia en el puerto segura en medio de tantas naciones, y parecia que la libertad, la buena fé, y la sinceridad llamaban de lo alto de aquellas soberbias torres á los mercaderes de paises mas apartados. Cada uno de los negociantes, ahora viniera de las riveras de Oriente, donde el sol sale cada dia de entre las ondas, ahora se partiera al otro grande mar, donde el mismo planeta, fatigado de la carrera, se va á apagar sus rayos, vivia sosegado y seguro en Salento, como en su patria.

Quanto á lo interno de la ciudad, visitó Mentor todos los almacenes, todas las tiendas de los artesanos, y todas las plazas ó lugares públicos. Prohibió todas las mercancías de paises extraños, que podian introducir la afeminacion y fausto: regló los trajes, las comidas, los muebles, el espacio y el adorno de las casas para todas las condiciones de personas: dispuso un bando contra todos los adornos de plata y oro, y dixo así á Idomenéo: Yo no sé sino un solo modo de hacer modesto á un pueblo en el esplendor; y es, que le deis el exemplo vos mismo. Es de necesidad, que tengais cierta extrinseca magestad; pero se distinguirá lo que basta vuestra autoridad con las guardias y principales ministros que os ceñiran. Contentaos con un vestido de finísima grana: los primeros en el estado, despues de vos, llévenlo de la misma lana, y no se diferencie de ellos el vuestro sino solo en el color, y en una leve guarnicion ó recamado de oro. Los diferentes colores de los vestidos servirán para distinguir las condiciones varias de las personas, sin necesitar para eso de oro, de plata, ni de piedras preciosas. Reglad las sobredichas condiciones, segun la diferencia de los nacimientos.

Poned en el primero lugar los que tienen nobleza mas antigua y mas esclarecida. Los que tengan el mérito y la antigüedad de los oficios, estáran bien contentos, siguiendo á aquellas antigüas é ilustres familias qué poseen los honores largo tiempo ha. Los hombres que no tienen la misma nobleza, les cederán á esos de buena gana, con tal que no los acostumbreis

á desconocerse á sí mismos en una sobrado alta, y sobrado pronta fortuna; y con tal que alabeis la moderacion de aquellos, que en la prosperidad son modestos. La distincion ménos arriesgada á la envidia es aquella que viene de una larga serie de ascendientes.

En quanto á la virtud, bien presto vuestros súbditos se animarán á seguirla, y serán muy zelosos de servir al estado; como deis coronas y estatuas á las buenas acciones; y que con esto sea un principio de nobleza para los hijos de aquellos que las hicieren.

Las personas del primer órden, despues de vos, vestirán de blanco, con la guarnicion del vestido de plata y oro, y llevarán un anillo de oro. Las del segundo vestiran de azul con guarnicion de plata, y llevarán dicho anillo. Las del tercero vestirán de verde sin guarnicion; pero deberán llevar á la vista cierta medalla. Las del quarto vestirán de amarillo. Las del quinto de roxo claro ó de color de rosa. Las del sexto de color de flor de lino. Y las del séptimo, que serán las últimas de la plebe, de un color entre amarillo y blanco.

Estos son los vestidos para las siete diversas condiciones de personas libres: los esclavos irán vestidos de color ceniciento obscuro. Así sin nada de gasto, cada uno segun su condicion se distinguirá, y se aventarán de Salento todas las artes, que no sirven sino de mantener el fausto. Todos los artesanos, que estaban empleados en todas esas artes nocivas, ó se ocuparán en otras necesarias, que formarán un corto número; ó se darán al comercio, ó exercitarán la agricultura. No se permitirá jamas mudanza alguna, ó en la materia, ó en el adorno de los vestidos; porque es cosa vergonzosa, que hombres destinados á una vida seria y noble, pasen tiempo para inventar afectados aliños, y que aun permitan á sus mugeres, en quienes estos divertimientos serian de ménos rubor, den nunca en tal exceso.

Semejante Mentor á un diestro jardinero, que corta de los árboles frutales las ramas inutiles, procuraba quitar el fausto inútil, que echaba á perder las costumbres, y reducia todas las cosas á una noble y parca

llaneza. Dió reglas á este modo, prescribiendo la calidad de las comidas, así á los ciudadanos, como á los esclavos. ¿Qué vergüenza, decia, que los hombres mas elevados hagan consistir su grandeza en los guisados, con que afeminan los ánimos, y arruinan continuamente la salud de los cuerpos? Deben ellos poner su felicidad en su moderacion, en emplear la propia autoridad á beneficio de los demas, y en la reputacion que los deben frustrar las buenas acciones. La templanza de la comida mas llana, es lo mas sabroso; y ella es la que da los placeres mas puros y duraderos, juntamente con la mas robusta salud. Conviene, pues, que no deis lugar en vuestra mesa sino á las viandas mejores, pero dispuestas sin el aderezo de salsas. Es una arte de atosigar los hombres, la de provocarles el apetito mas de lo que á la verdad necesitan.

Comprehendió bien Idomenéo, que habia sido injusto en dexar que los moradores de su nueva ciudad afeminaran y corrompieran sus buenas costumbres, violando todas las leyes de la templanza, que Minos habia establecido. Pero el sabio Mentor le hizo advertir, que las mismas leyes, aunque renovadas, se inutilizarian, si con el propio exemplo no las autorizaba, lo qual no podian tener de otra parte. Al punto Idomenéo regló su mesa: á la qual no admitió sino excelente pan, vino hecho en el pais, que era muy agradable; pero en harto pequeña cantidad, con algunos manjares ordinarios, como los que comia en el sitio de Troya con los otros Griegos. No se encontró ninguno que se atreviera á quexarse de una ley, que el Rey se imponia á sí mismo; y así cada uno se enmendó del exceso y delicadeza de las mesas, á que ya todos se comenzaban á dar.

Quitó Mentor despues la música regalada y mugeril, que viciaba los jóvenes, y condenó tambien la música báchica, que no embriaga ménos, que el vino, y de que se originan las costumbres llenas de furor y desenvoltura. Estrechó todo el uso de la música á la sola celebracion de las festividades de los templos, para cantar en ellos los loores de los dioses y de los héroes, que han dado raro exemplo de virtudes. No

permitió tampoco, sino para los templos, los grandes ornamentos de arquitectura, como son las columnas, los grandes frontispicios y pórticos. Dió algunos modelos de arquitectura llana y gentil, para hacer en mediano espacio una casa alegre, y acomodada para una familia compuesta de muchas personas; de modo que estuviera bien situada, y de disposicion saludable: que sus apartamientos no estuvieran sujetos los unos á los otros: que el órden y el aseo se conservara en ellos facilmente; y que mantenerla fuera de peco coste.

El quiso que toda casa algo considerable tuviese un salon y un pequeño peristilio, con quartitos para todas las personas libres: pero prohibió con mucha severidad la muchedumbre, y magnificencia de habitaciones. Estos diferentes modelos de casas, segun la grandeza de las familias, sirviéron de hermosear con poco gasto una parte de la ciudad, y á hacerla segun arte, quando la otra parte, ya concluida conforme al capricho, y la ostentacion de las personas particulares, tenia á pesar de su magnificencia, disposicion ménos deleitosa y ménos acomodada. Esta nueva ciudad fué edificada en muy breve tiempo, porque la vecina costa de la Grecia proporcionó buenos arquitectos, y se traxo un numero muy crecido de albañiles desde el Epiro, y otros muchos paises, con la condicion de que, despues de acabadas sus obras, se establecerian en las cercanías de Salento, en donde tomarian tierras para cultivarlas, sirviendo ellos para aumentar la poblacion del campo.

Parecióle á Mentor, que el pincel y escultura eran artes, que debian no abandonarse; pero quiso que á pocos en Salento se permitiera aplicarse á esas facultades. Estableció una escuela, en que presidian maestros de exquisito gusto, que exáminaban á los mancebos. No es menester, decia, que haya cosa ruin, ni desaprovechada en las artes, que no son necesarias absolutamente; y consiguientemente no deben admitirse para ellas, sino á los jóvenes de un ingenio que promete mucho, y se animen á perficionarlas. Los otros que han nacido para artes ménos nobles, se emplearán con harta utilidad en los ministerios ordi-

narios de la república. No conviene emplear á los pintores y escultores, sino para conservar la memoria de los hombres grandes, y de sus grandes acciones. En los edificios públicos, ó en los sepulcros, se deben conservar expresiones de todo eso que se haya obrado con extraordinaria virtud en servicio de la patria.

Por lo demas la templanza y moderacion de Mentor no impidiéron que él aprobára las grandes fábricas para correr caballos y carros, y para los combates de los luchadores, y los que manejaban el cesto; como ni las que servian á todos los demas exercicios que agilitaban los cuerpos, los hacian diestros y vigorosos.

Quitó un infinito número de mercaderes, que de proposito vendian paños venidos de paises distantes, bordados de precio excesivo, vasos de oro y plata, con figuras de dioses, de hombres y animales; y quitó finalmente á los que vendian licores y perfumes. Quiso tambien: que los muebles de cada casa fueran llanos, y hechos de suerte, que pudieran durar largo tiempo. Así que los Salentinos, que altamente se lamentaban de su pobreza, comenzáron á conocer de quantas demasiadas riquezas tenian abundancia; pero esas eran riquezas engañosas, que los hacian pobres; y ellos enriquecian con efecto á proporcion del aliento, que en desnudarse de ellas les asistía. Esto es enriquecer, decian ellos mismos, despreciar semejantes riquezas que arruinan el estado, y disminuir las necesidades, reduciéndolas á no mas que las verdaderas y naturales.

Dióse priesa Mentor en ver los arsenáles, y todos los almacenes, para saber si las armas estaban prevenidas, con todo lo demas que es necesario para la guerra; porque, segun decia, siempre es menester estar aparejado para hacer la guerra, por no verse jamás reducido á la desgracia de dexar que se la hagan los otros. Halló que en todas partes faltaban muchas cosas. Juntáronse luego los oficiales para trabajar, así al hierro, como al acero y alambre. Veianse fabricar hornos, y levantarse torbellinos de humo y llamas, como aquellos fuegos que de sus entrañas suele vomitar el volcan de Ethna. Resonaba el martillo en los yunques, que gemian heridos de repetidos golpes, extendiéndose

extendiéndose el eco á los montes y á las playas vecinas. Se pudiera pensar, que aquella era la isla donde Vulcano, animando á sus Cíclopes, fabrica los rayos á Júpiter; y con advertidísima providencia se veian todos los aprestos de guerra en una paz tranquilísima.

Salió despues Mentor de la ciudad, acompañado de Idomenéo, y halló un gran trecho de tierras fértiles, que quedaban por cultivar: halló otras, que estaban medio cultivadas por la pobreza y descuido de los labradores, que no teniendo peones, se hallaban tambien sin aliento y sin las fuerzas del cuerpo, de que se necesita para perficionar la agricultura. Viendo Mentor asolada aquella campaña, y volviéndose al Rey, le dixo así: Aquí la tierra no busca mas, que enriquecer á los habitadores; pero faltan habitadores á la tierra. Tomemos pues todos los artesanos superfluos, que hay en la ciudad, cuyos oficios no servirian sino de gastar las costumbres, para hacer que cultiven estos llanos, y juntamente aquellas colinas. Ello es verdad, que es suma desventura, que todos esos, que estan exercitados en artes que quieren una vida sosegada, no se han acostumbrado á la fatiga; pero he aquí el modo de reparar el desorden. Conviene dividir entre ellos las tierras desechadas, y llamar en su ayuda los pueblos vecinos, que hagan baxo su mando el trabajo de mas afan. Haránlo esos pueblos, con tal que se les prometan ciertas convenientes recompensas de los frutos de aquella misma tierra que ellos cultivaren. Podrán tambien poseer despues una parte, y ser incorporados por este medio en nuestra jurisdiccion, que crecerá en gran numero. Con que sean trabajadores y flexíbles á las leyes, no tendréis vasallos mejores, y aumentarán la potencia de vuestro estado. Los artesanos de la ciudad, transportados á la campaña, acostumbrarán sus hijos al trabajo, y á la continua fatiga de la vida rústica. Ademas todos los albañiles de país extrangero que trabajan en edificar vuestra ciudad, se han obligado á cultivar parte de vuestros campos abandonados haciendose labradores: incorporadlos á vuestro pueblo, luego que hayan concluido sus tareas en aquella. Serán contentísimos aquellos

obreros de obligarse á pasar su vida baxo una dominacion que ahora es tan suave. Como son robustos y laboriosos, servirá su exemplo para incitar al trabajo los artesanos transplantados desde la ciudad al campo, con quienes se hallarán mezclados. De ahí se poblará todo el país de familias robustas, y dadas á la agricultura.

Por lo demas, no tengais cuidado de la multiplicacion de este pueblo: haráse bien presto infinita, como faciliteis los matrimonios, y es muy llana la forma de facilitarlos. Casi todos los hombres tienen inclinacion á casarse, y no se detienen para executarlo sino por el estorbo de la pobreza. Si no los agravais de imposiciones, vivirán sin miseria con sus mugeres y hijos; porque la tierra nunca es ingrata, y siempre alimenta con sus cosechas á los que la cultivan, no negando sus frutos, sino es á aquellos que temen emplear su trabajo en ella. Quanto tienen los labradores mayor número de hijos, tanto son mas ricos, si el Príncipe no los hace mendigos; porque sus hijos empiezan á ayudarles desde su mas tierna juventud. Los mas jóvenes llevan á pacer las ovejas: los otros, que son de mayor edad, llevan ya las grandes manadas; y finalmente los mas crecidos trabajan juntamente con el padre. Entre tanto la madre, y todo el resto de la familia, adereza una simple comida, para el marido y sus queridos hijos, que han de volver cansados del trabajo de todo el dia. Ella tiene cuidado de ordeñar las vacas, de las quales, como de fuentes, se vé brotar á arroyos la leche; dispone un grande fúego, entorno del qual toda la familia inocente, y pacífica se recrea á las noches en cantar, hasta que llega el sueño á dar fin á su dulce conversacion. Ella previene el queso, las castañas, y las frutas guardadas con aquella misma frescura, que si en aquel instante se cogieran.

Vuélvese el pastorcillo con su zampoña, y canta las nuevas canciones, que ha aprendido en las casas vecinas, á la familia junta. Entra con el arado el jornalero, y los bueyes cansados, inclinados los cuellos, andan con paso lento y perezoso, á pesar de la priesa del aguijon que quiere acalorarlos. Todos los

males de la fatiga fenecen con el dia, el reposo del sueño sosiega los cuidados enojosos, encanta, y tiene atada á la naturaleza con suave hechizo: duermen todos sin sobresalto de los trabajos del dia siguiente.

¡Felices hombres, sin soberbia, sin desconfianza, sin artificio, con que les concedan los dioses un buen Rey, que no altere su inocente alegría! Pero qué inhumanidad tan horrible es quitarles por fuerza, para satisfacer los designios del fausto y de la soberbia, los agradables frutos de la tierra, que no perciben ellos sino de la libertad de la naturaleza, y del sudor de su rostro! La naturaleza sola le produciria de su fecundo seno todo lo que fuese necesario á un número infinito de hombres moderados y laboriosos; pero el orgullo y afeminacion de algunos, pone á tan grande número de los otros en una horrorosa pobreza.

Mas qué haré, preguntaba Idomenéo, si las gentes que pondré yo en una fecunda campaña, se descuidan de cultivarla?

Haced, respondió Mentor, todo lo contrario de aquello que comunmente suele hacerse. Los Príncipes avaros y sin providencia, no discurren sino en gravar con imposiciones aquellos súbditos suyos, que son mas vigilantes é industriosos en aumentarles las rentas y el poder, porque esperan de esos satisfaccion mas pronta, y al mismo tiempo gravan á los que la pereza hace mas miserables. Trocad este mal órden que oprime á los buenos, remunera á los viciosos, é introduce una negligencia tan funesta al Rey mismo, como á todo su estado junto. Imponed tachas y penas particulares, y aun tambien, si conviene, rigurosos castigos, contra los que descuidan de sus campos, como castigaréis á los soldados que en la guerra dexaren sus puestos. Conceded gracias y esenciones á las familias que se multiplican: aumentad el cultivo de sus terrenos proporcionadamente; y bien presto se multiplicarán las familias, animarase todo el pueblo al trabajo, y se hará tambien honrado en su ministerio. La profesion del labrador no será ya despreciada, no siendo ya oprimida de tantos males: se verá de nuevo en precio el arado, manejado de manos que habrán sido victoriosas de los enemigos de la Patria, y no será

ménos decente cultivar las heredades de los mayores en una paz feliz, que haberlas generosamente defendido entre las turbulencias de la guerra. Reflorecerá toda la campaña, se adornará de doradas espigas la tierra: las uvas oprimidas de los pies, harán correr el vertiente de las montañas arroyos de vino, mas suave que el nectar; y los profundos valles resonarán con la harmonía de los pastores, los quales á la orilla de pequeños raudales cantarán con el son de la zampoña sus placeres y afanes, en tanto que trochando sus reses, se apacentarán entre yerbas y flores, sin temor de los lobos.

¿No seréis llenamente feliz, Idomenéo, siendo la causa de tantos bienes, haciendo vivir á tantos pueblos en amable reposo á la sombra de vuestro nombre? ¿Y no es mas deseable esta gloria, que la de saquear la tierra, de derramar por todo, y casi tanto en el propio pais en medio de las mismas victorias, quanto en el de los extrangeros vencidos, el estrago, el tumulto, el horror, la tristeza, el espanto, la desesperacion y la hambre cruel?

¡O feliz de aquel Rey tan favorecido de los dioses, y á quien han otorgado corazon harto grande, para querer ser las delicias del pueblo, y mostrar á todos los siglos un tan agradable espectáculo baxo de su Reynado! Toda la tierra, en vez de defenderse peleando, por no someterse á su potencia, vendria á sus pies á rogarle que quisiera reynar sobre ella.

¿Pero quándo los pueblos, dudaba Idomenéo, esten así en paz y en abundancia, los viciarán las delicias, y volverán contra mí aquellas fuerzas que les habré dado?

No temais, respondió Mentor, que os suceda tan grande desórden: este es pretexto, que siempre se alega, para adular á los Príncipes pródigos, que quieren cargar à sus vasallos de imposiciones. El remedio es fácil. Las leyes, que ahora hemos establecido para la agricultura, harán laboriosa su vida, y en su abundancia no tendrán sino lo que les será necesario, supuesto que quitamos todas las artes que pueden subministrar lo superfluo. Esta misma abundancia se disminuirá con la facilidad de los matrimonios, y multiplicacion grande de las familias. Componiéndose

cada familia de muchas personas, y teniendo poco terreno, habra necesidad de cultivarlo con un trabajo no interrumpido. La afeminacion y el ocio, son las que hacen insolentes los pueblos, y los hacen rebeldes. Ellos verdaderamente tendran pan, y con mucha abundancia; pero no tendrán sino pan y frutos de su propio terreno, ganados con el sudor de su propio rostro.

Para tener vuestro Reyno en esta moderacion, conviene dar ahora reglas, respecto de aquel trecho de tierra que podrá poseer cada familia. ¿Sabeis que hemos hecho la division de vuestros vasallos en siete órdenes, correspondientes á sus siéte condiciones? No conviene permitir á cada familia de cada uno de esos ordenes, que posea sino cierta extension de terreno, que será necesaria absolutamente para alimentar el número de personas de que se compusiere. Siendo inviolable esta regla, los nobles no podrán hacer adquisiciones en perjuicio de los pobres: tendrán todos algun terreno; pero tendrá cada uno muy poco, y eso le obligará á cultivarlo bien. Si despues de algun tiempo faltára aquí el terreno, se fundarán colonias, que aumentarán el poder del estado.

Creo tambien que debeis atender á que no se vulgarice demasiado el vino dentro de vuestro Reyno. Si se han plantado sobradas viñas, es menester que se arranquen. El vino es el orígen de los mayores males de los pueblos, ocasiona las enfermedades, los pleytos las sediciones, el ocio, el aborrecimiento al trabajo, y el desórden de las familias. Consérvase pues el vino como una especie de remedio, ó como un rarísimo licor, que no se deberá usar sino en los sacrificios, ó en las fiestas extraordinarias. Pero no confieis de hacer observar una regla tan importante, si primero vos mismo no diereis el exemplo á vuestros vasallos.

En lo demas importa hacer guardar inviolablemente las leyes de Minos, respecto á la educacion de los hijos. Será importante fundar escuelas públicas, donde se les enseñe el temor de los dioses, el amor de la patria, el respeto á las leyes, el preferir la honra á los deleites y á la propia vida.

Esmenester tambien que haya magistrados que velen sobre las familias, y las costumbres de la personas particulares. Velad vos mismo, que no sois Rey, esto es, Pastor del pueblo, sino para velar continuamente sobre vuestra grey. Con eso prevendréis una infinidad de desórdenes y de delitos: los que no pudieseis prevenir, castigadlos con prontitud y severamente. Es especie de clemencia hacer luego exemplares, que detengan el curso de la iniquidad. Con un poco de sangre derramada oportunamente, se ahorra mucha, que de otra suerte se derramaría; y se pone el Rey en estado de ser temido, sin necesidad de usar freqüentemente del rigor.

Pero, ¡ ó qué terrible maxima es creer que no se ha de hallar la seguridad propia, sino en la opresion de los pueblos! El no hacer que tengan enseñanza: el no encaminarlos á la virtud: el no hacerse amar de ellos: el llevarlos con el terror hasta la desesperacion; y el reducirlos á la horrible necesidad, ó de no poder respirar jamas libremente, ó de sacudir el yugo de la tiranía del Príncipe: ¿ qué señorío es este? ¿ Se llega, por ventura, á la gloria por esta via?

Acordaos que los paises, en los quales el dominio del soberano es mas absoluto, son tambien aquellos, en que los soberanos son ménos poderosos. Ellos lo roban todo, todo lo arruinan, poseen solos todo el estado; pero tambien todo el estado se desalienta: las campañas no están cultivadas, y estan casi desiertas: cada dia se disminuyen las ciudades, y el comercio para. El Rey, que solo no puede ser Rey, y que no es tal, sino porque le hacen tal sus vasallos, se aniquila poco á poco á sí mismo, aniquilando insensiblemente á sus súbditos, de quienes saca su riqueza y potencia. Se vacia su estado de dinero y hombres, y esta última pérdida es la mayor y mas irreparable que todas las demas. Su absoluto poder hace tantos esclavos como tiene vasallos: finge uno que le adora, y tiembla de su mas mínima ojeada; pero aguardad á una revolucion: este poder monstruoso, conducido hasta el último extremo de la violencia, no puede ser durable. No tiene algun fundamento de esperanza en corazon de las gentes: ha cansado, é irritado á todo

el cuerpo del estado, y constriñe á todos los miembros de este cuerpo á desear con igual ardor una igual mutacion. Al primer golpe que se le tira, es derribado el idolo y pisado de todos. El desprecio, el odio, el temor, la saña, la desconfianza, y en una palabra, todas las pasiones se unen contra una autoridad tan odiosa. El Rey, que en su vana fortuna no encontraba ni aun uno solo que osára á decirle la verdad, no hallará en su desgracia alguno que se atreva á excusarlo, ó á defenderlo de sus enemigos.

Despues de este razonamiento se apresuró Idomenéo, persuadido ya de Mentor, a distribuir los terrenos desamparados, á llenarlos de los artesanos inútiles, y á poner en execucion todo lo que se habia establecido. El reservó solamente para los albañiles las tierras que les habia destinado, y que no podian ellos cultivar sino despues de acabadas sus obras en la ciudad.

FIN DEL LIBRO DUODECIMO.

TELÉMACO.

LIBRO XIII.

SUMARIO.

Idomenéo refiere á Mentor la confianza que tuvo en Protesiláo, y los artificios de ese favorito, que se habia concertado con Timocrates para perder á Filoeles, y vender á su mismo Rey. Le confiesa que, animado contra Filocles por estos hombres, habia despachado á Timocrates para que fuese á matarle en una expedicion en que aquel mandaba la armada; que habiendo este errado el golpe, Filocles le habia perdonado, retirandose á la isla de Samo despues de haber entregado el mando de la armada á Polymenes, nombrado por el propio Idomeneo en su despacho; y que, á pesar de la traicion de Protesiláo, no habia podido resolverse á echarlo.

Ya de todas partes venian multitud de pueblos atraidos por la fama del gobierno suave y moderado de Idomenéo, á incorporarse con el suyo, buscando su felicidad baxo un dominio tan amable. Ya las campañas, que tan largo tiempo habian estado cubiertas de zarzales y espinos, prometian abundantes cosechas y frutos, hasta entónces no conocidos. La tierra abria el seno á las heridas del arado, y prevenia sus riquezas, para recompensar al labrador: en suma, la esperanza brillaba en todas partes. Veíanse en los valles, y sobre las colinas manadas de carneros, que saltaban sobre la yerba, y número crecido de bueyes y terneras, que con sus bramidos hacian resonar las montañas, yéndose á engordar en el campo. Mentor habia hallado el modo de tener este bien. El habia aconsejado á Idomenéo que hiciera con los pueblos vecinos un trueque de todas las cosas superfluas, que no se habian de tolerar mas en Sálento, por aquellos ganados, de que los Salentinos tenian falta.

Al mismo tiempo la ciudad y lugares circunvecinos estaban llenos de bellísimos jóvenes, que por mucho

espacio de tiempo habian estado perdidos en la miseria; ni habian osado casarse, por temor de aumentar sus propios males. Quando viéron que Idomenéo empezaba á tener sentimiento de hombre, y les queria ser padre no temieron mas á la hambre, ni los demas azotes de que se sirve el cielo quando quiere afligir á la tierra. No se oyeron ya mas que gritos de alegría, canciones de pastores y jornaleros, que celebraban sus bodas. Hubierase qualquiera imaginado que veia al dios Pan con una turba de satiros, y de faunos mezclados con las ninfas, danzando con el son de las zampoñas á la apacible sombra de las selvas. Todo estaba tranquilo y risueño; pero era moderada la alegria, y no servian aquellos gustos sino de dar recreo á las largas fatigas; antes eran por esto mas vivos, y mas puros.

Los viejos, admirados de ver lo que en todo el discurso de su larga edad jamas se hubieran atrevido á esperar, lloraban con excesivo júbilo á vueltas de la ternura, y levantaban al cielo sus temblosas manos. Bendecid, decian, ó grande Júpiter, á este Rey, que se semeja á vos, y es el mas grande Rey, que habeis nunca formado. El ha nacido para bien de los hombres: volvedle todo el bien que recibimos de él. Nuestros nietos, que saldrán de estos matrimonios favorecidos de él, le serán deudores aun de sus nacimientos; y él será verdaderamente el padre de todos sus vasallos. Las doncellas y los mancebos que se desposaban, no daban á entender su alegria sino cantando las alabanzas de aquel de quien les provenia un consuelo tan dulce. Las bocas, y mucho mas los corazones estaban sin cesar llenos del nombre de Idomenéo. Tenian todos por su fortuna el verlo: tenian todos miedo de perderle, y fuera su pérdida la ruina de todas las familias.

Entonces confesó Idomenéo á Mentor, que no habia tenido jamas un tan vivo placer, como el de ser amado, y hacer feliz á todo su Reyno. Yo nunca lo hubiera creido, se explicaba, diciendo: Pareciame que toda la grandeza de los Príncipes consistia en hacerse temer, y que los demas hombres se habian hecho para ellos; y tenia por pura fabula á todos aquellos Reyes

de quienes habia oido decir que habian sido el amor y delicias de sus vasallos. Ahora reconozco la verdad; pero quiero contaros de qué suerte, respecto á la real autoridad, ha estado lleno mi animo de perniciosas máximas desde mi edad mas tierna: lo qual sin duda ha sido la ocasion de todas las desgracias de mi vida.

Protesilao, que es un poco mas anciano que yo, fué á quien yo amaba mas que á todos los demas jóvenes, porque su natural vivo, y osado se conformaba mas con el mio. El hizo estudio de complacerme, aduló á mis pasiones, y me hizo sospechoso un otro jóven, á quien yo tambien estimaba, y se llamaba Filocles. Era este temeroso de los dioses: tenia una alma grande, mas moderada: ponia su grandeza, no en la elevacion, sino en el vencimiento de sí mismo, y en no hacer cosa alguna que no fuera conforme á la sublimidad de su espiritu. Hablabame libremente de mis defectos, y aun quando no se atrevia á hablarme, el silencio y tristeza de su semblante me hacian harto entender lo que me deseara reprehender.

Al principio me daba gusto semejante sinceridad; y frequentemente le protestaba que le oiria amorosamente todo el tiempo que viviera. Deciame todo lo que habia yo de poner por obra para guardarme de los aduladores, para caminar sobre las huellas de Minos, y hacer feliz mi reino. No tenia él, como vos, tan profunda sabiduria; pero sus máximas eran buenas, y ahora poco á poco lo advierto. Hicieronme perder el amor á Filocles los artificios de Protesilao, hombre rezeloso y soberbio. Era Filocles un hombre reposado, que dexaba prevalecer al otro, y se contentaba solo diciendome la verdad, quando yo le queria oir. Deceaba mi bien y no su fortuna.

Protesilao insensiblemente me dió á entender que era Filocles de un espiritu enfadoso y soberbio, que censuraba todas mis operaciones, y que no me pedia cosa alguna por otro motivo que por soberbia; porque no queria recibir nada de mí, y procuraba adquirirse reputacion de hombre superior á todas las honras que se pueden desear. Y me añadió, que aquel jóven, que me hablaba de mis defectos con tanta libertad, hablaba con los otros del mismo asunto de la misma manera;

que el me daba á entender bastantemente, que no hacia aprecio de mí, y que menoscabando así mi reputacion, se queria abrir el camino al principado con la ostentacion de una virtud rigurosa.

Al principio no me podia persuadir que Filocles quisiera sacarme del Trono. Hay en la virtud un sosiego y una ingenuidad, que no pueden jamas fingirse, y no se puede padecer error en conocerla, con tal que se registre con atencion. Pero empezabame á dar enfado la constancia animosa de Filocles contra mi floxedad. A mas de esto, la conveniencia de Protesilao á todos mis designios y caprichos, y su industria inexhausta para hallarme siempre algun nuevo placer, me hacian sentir con mayor impaciencia la austeridad del otro.

En efecto, no pudiendo llevar Protesilao que no creyera yo quanto él me decia contra Filocles, tomó el partido de no hablarme mas, y persuadirme con alguna cosa mas fuerte que todas sus palabras. He aquí el modo con que me acabó de engañar. Aconsejóme que enviára á Filocles á mandar los baxeles que debian acometer á los de Carpacia; y para inducirme á ello, me habló en esta substancia: Vos sabeis que yo soy sospechoso en sus elogios: confieso sin embargo, que tiene gran corage, y es harto aprovechado en la guerra. Filocles os servirá mejor que qualquier otro, y yo antepongo el interes de vuestro servicio á todos mis odios contra él.

Tuve sumo placer de hallar esta entereza, y esta equidad en el corazon de Protesilao, á quien ya habia confiado la administracion de los mas importantes negocios. Abracélo arrebatado del gozo; y me tuve por sobrado feliz en haber dado toda mi confianza á un hombre, que se me figuraba tan superior á todas las pasiones y á qualquiera interes. Mas ¡ay! ¡quánto son dignos de compasion los Príncipes! El me conocia mejor que yo me conocia á mí mismo. Sabia que los Reyes por lo ordinario son difidentes y desaplicados: difidentes por la experiencia continua de los engaños de los hombres malvados, de que estan ceñidos: desaplicados, porque se dexan arrebatar de los gustos, y estan acostumbrados á tener ministros, que tienen cargo de discurrir

por ellos sin que ellos mismos tomen ese cuidado. Conoció pues, que no habia menester mucho para meterme en desconfianza y rezelos de un hombre, que ciertamente hubiera hecho cosas grandes, ofreciendole especialmente la lejanía de Filocles una entera facilidad de ponerle asechanzas.

Previó esto en su partida Filocles, que podia sobrevenir. Acordaos, me dixo, que yo no podia ya defenderme: que vos no oireis á otro que á mi enemigo; y que sirviendoos con riesgo de mi vida, iré al de no tener otra recompensa que vuestro enojo. Vos estais engañado, respondí yo: Protesilao no habla de vos, como vos hablais de él. El os alaba, os estima, os tiene por digno de los cargos mas importantes; y si empezase á hablarme mal de vos, perderia al instante toda mi confianza; no tengais miedo alguno: andad, y no penseis sino en servirme bien. Partióse él, y dexóme todo confuso y lleno de turbacion.

Ahora es menester confesarlo: bien veia yo quán necesario me era tener muchos con quienes aconsejarme, y que no habia cosa mas perniciosa á mi reputacion, ni para la buena salida de mis negocios, que meterme en las manos de un hombre solo. Habia experimentado, que los sabios consejos de Filocles me habian puesto en salvo de muchos peligrosos errores, en que cierto me hubiera hecho caer la altivez de Protesilao; y bien notaba, que habia en Filocles una bondad y entereza, que no resplandecian en el otro; pero yo habia dexado á Protesilao tomarse una autoridad de hablar imperiosamente, á que yo no podia resistir. Hallábame cansado de encontrarme siempre en medio de dos hombres, que no podia acordar uno con otro; y en mi cansancio queria antes por desaliento arriesgar algo de mis negocios, que no respirar con libertad. No me hubiera atrevido á decir, ni aun tal vez entre mí, una tan vergonzosa razon de la resolucion que habia tomado; pero esta vergonzosa razon que no me atrevia á expresar, no dexaba de obrar secretamente dentro de mi corazon, y ser el verdadero motivo de todo lo que hacia.

Destrozó Filocles al enemigo, obtuvo una completa victoria, y apresuróse para volver á Creta, á fin de

prevenir los malos oficios que debia temer. Pero Protesilao, que aun no habia tenido espacio para engañarme, le escribió, que yo deseaba que hiciera un desembarco en la isla de Carpacia, para coger el fruto de la victoria. En efecto él me habia persuadido, que fácilmente podria conquistar aquella isla; pero obró de manera, que faltáron á Filocles muchas cosas precisas para la empresa, y le obligó á obedecer á ciertas comisiones, que en su execucion causáron varios desórdenes.

Entretanto se aprovechó de un doméstico mio malvadísimo, que asistia cerca de mi persona, y observaba las cosas mas menudas, para ser de ellas avisado, bien que parecia que nunca se veian los dos á solas, y que no concordaban jamas en cosa alguna.

Este doméstico, llamado Timócrates, vino un dia á decirme con gran secreto, que habia descubierto un peligrosísimo negocio. Filocles, dixo, quiere servirse de vuestra armada, para hacerse Rey de Carpacia. Los capitanes le son aficionados; todos los soldados estan cohechados con la prodigalidad de sus dádivas, y mas aun de la perniciosa licencia con que los dexa vivir: él se ha ensoberbecido con la victoria obtenida. He aquí una carta suya, que él ha escrito á un amigo sobre el asunto de hacerse Rey: no puede haber de ello duda con una prueba tan evidente.

Leí la carta, y la letra me pareció de Filocles, porque la habian remedado con perfeccion Protesilao, y Timócrates habian sido artífices de esta maldad. Quedé extraordinariamente admirado, leyendola. Volvíla á leer varias veces, y no me podia persuadir que la hubiera escrito Filocles, recorriendo con mi turbado ánimo todas las afectuosas señales, que me habia dado de su sinceridad, y de su corazon, agéno de interés. Entretanto ¿quién podrá fiarse? ¿Qué modo habia de resistir á una carta, en la qual yo creia por cierto que se reconocia la mano de Filocles?

Quando advirtió Timócrates, que no podia yo resistirme mas á su engaño, le hizo pasar mas adelante. Atreveréme, me dixo muy suspenso, á haceros observar una palabra sola de esta carta. Filocles dice á

su amigo, que puede hablar confiado á Protesilao de una cosa, que solamente insinua con una cifra. Ciertamente Protesilao es cómplice de los designios de Filocles: Protesilao ha sido quien os ha persuadido, que enviarais á Filocles contra Carpacia. De cierto tiempo acá ha dexado de hablaros contra él, como antes lo hacia con freqüencia: al contrario ahora, en todas ocasiones lo alaba mucho, lo anima, y algunos dias hace que se miran muy cortesmente uno á otro. Ciertamente Protesilao ha urdido con Filocles dividirse la isla de Carpacia. Vos mismo veis, que él ha querido que se hiciera esta conquista contra todas las reglas, y ha resuelto hacer perecer vuestra armada, por satisfacer su soberbia. ¿Creeis, que de esta suerte hubiera querido servir á la ambicion de Filocles, si fueran todavía enemigos? No, no, no puede ya dudarse, de que no se hayan ellos reconciliado, para ascender juntos al Trono, y por ventura para abatir aquel en que dominais vos. Hablando de este modo, sé que me expongo á su indignacion, si á pesar de mi ingenuo consejo, dierais aun en sus manos vuestra potencia. Mas ¿qué importa, como os diga la verdad?

Estas palabras últimas de Timócrates hicieron en mi una grande impresion: ya no dudé de la traicion de Filocles, desconfiando de Protesilao, como de un su estrechisimo confidente. Entretanto Timocrates me decia continuamente: si esperais que Filocles haya conquistado á Carpacia, no será tiempo de impedirle la execucion de sus malos designios, daos priesa de tornarle á vuestra mano mientras podeis. Haciame á mi horror el profundo disimulo de los hombres, y no sabia de quien fiarme. Despues de descubierta la traicion de Filocles, no veia en el mundo hombre ninguno, á la virtud del qual pudiera prestar fe. Estaba resuelto á hacerle quitar la vida lo mas presto que pudiera; pero temia á Protesilao, y no sabia como contenerme con él, porque temia igualmente encontrarle culpado, y no hacer de él confianza.

Finalmente, en mi turbacion no pude reportarme, sin decir á Protesilao que Filocles se me habia hecho sospechoso. Mostróseme él atonito: representóme su recto y moderado proceder: me amplificó sus servi-

cios; y en una palabra hizo todo lo que era menester para darme á entender que demasiado se entendia con él. De una á otra parte Timócrates no perdió un momento para hacerme advertir su secreta correspondencia, y para inducirme á arruinar á Filocles, miéntras seguramente podia tenerle á mi mano. Ved, mi caro Mentor, qué infelices que son los Reyes, y quán sujetos á ser juguete de los otros hombres, aun quando parece que estos tiemblan á sus pies.

Yo pensé hacer una accion de profunda política, y arruinar los designios de Protesilao, enviando con secreto á Timócrates á la armada en que estaba Filocles para matarlo. Fué grande el disimulo de Protesilao quanto podia ser; y tanto mejor me engañó, quanto mas naturalmente se mostró como un hombre que quiere dexarse engañar. Partióse pues Timócrates, y halló muy embarazado á Filocles en el desembarco de las milicias. El tenia falta de todo, porque Protesilao, no sabiendo si su carta fingida recabaria su intento, y haria perecer á su enemigo, queria al mismo tiempo tener á punto otra traza, para conducir al fin su designio, con el mal éxito de la empresa, de la qual el mismo me habia hecho tanto esperar, y que seguramente me hubiera movido á odio contra Filocles. Mantenia este con su corage, con su ingenio, y con el amor que le prestaban los soldados, una muy dificil guerra. Aunque conocian todos, que un desembarco tal era temerario y funesto á los Cretenses, sin embargo afanaban por hacerlo surtir efecto, como si de su logro dependiera su vida y su fortuna. Estaba cada uno contento de arriesgar su vida todos los instantes, baxo de un capitan tan sabio y tan atento á hacerse amar de todos.

Timócrates tenia mucho que temer, queriendo hacer morir al capitan en medio de un exército que le amaba con todas veras. Pero es ciega la furiosa ambicion. A Timócrates parecia que no habia cosa dificil para contentar á Protesilao, con quien se figuraba que habia de gobernar absolutamente, despues de muerto Filocles. No podia sufrir Protesilao á un hombre de bien, cuya vista sola era una secreta reprehension de

sus delitos; y podia, haciendome abrir los ojos, arruinar sus ideas.

Ganó Timócrates el ánimo de los capitanes que estaban de continuo al lado de Filocles. Prometióles de parte mia muy grandes recompensas: despues dixo á Filocles, como iba por mi órden á comunicar le algunos secretos, que no se los debia participar sino en presencia solo de aquellos dos capitanes. Cerróse en un sitio retirado Filocles con Timócrates, y sus compañeros. Entónces Timócrates dió una puñalada á Filocles; pero no acertó el golpe, y así no penetró. Filocles sin turbarse, le sacó de la mano el puñal, y sirvióse de él contra todos tres agresores: gritó en el mismo tiempo, acudió la gente, derribáron la puerta, y se libró Filocles de las manos de aquellos hombres que por turbados lo habian débilmente asaltado. Prendiéronles, y luego les hicieran pedazos, segun era el enojo de los soldados, sino hubiera Filocles detenido á la muchedumbre. Tomó él despues á solas á Timócrates, y preguntóle placidamente lo que le habia obligado para cometer tan malvada accion. Timócrates, temiendo la muerte, mostró el órden que yo le habia dado por escrito para matarlo, y como los traidores siempre son viles, no pensó en otra cosa que en salvar su vida, descubriendo á Filocles toda la traicion de su contrario Protesilao.

Espantado Filocles de ver tanta malicia en los hombres, tomó un partido de extraordinaria moderacion. Declaró á todo el exército que Timócrates era inocente: púsole en salvo, y remitiólo á Creta. Dexó el mando de las tropas á Polimenes, á quien en el órden escrito de mi propia mano habia yo destinado el empleo, despues de la muerte del mismo Filocles. Exhortó finalmente á los soldados á mantenérseme fieles como debian, y la siguiente noche pasó en una barca ligera, que lo conduxo á la isla de Samo, donde pasa su vida tranquila y pobremente, solo y trabajando en hacer estatuas para ganar con que mantener la vida; no queriendo ya oir hablar de los hombres engañosos é injustos; pero especialmente de las Reyes, que son los mas infelices y mas ciegos de todos.

En este paso interrumpió Mentor á Idomenéo. Bien, le dixo, ¿Y os detuvisteis mucho en conocer la verdad? No, respondió Idomenéo, poco á poco advertí los engaños de Protesilao y Timócrates. A mas de que los dos entre sí se enemistáron, porque los malos padecen mucho en mantenerse unidos. Su division acabó de mostrarme el fondo de aquel abismo, en que me habian ambos precipitado. Bien, dixo otra vez Mentor, ¿habeis tomado el partido de desembarazaros de los dos? ¡Ay, mi caro Mentor! respondió Idomenéo, acaso vos no conoceis la debilidad de los príncipes, y la confusion de sus ánimos! Quando se han metido una vez en las manos de un hombre, que tiene arte de hacerse necesario, no pueden esperar de librarse de él. Ellos tratan mejor que á los demas á los que mas desprecian y los colman de beneficios. Yo tenia en horror á Protesilao, y no obstante dexaba todo mi poder en sus manos. ¡Extraña illusion! Me alegraba de conocerlo, y no tenia brio para recobrar de él la autoridad que le habia dexado. De otra parte le hallaba de mi genio, dispuesto á complacerme, industrioso en adular mis pasiones, fervoroso en solicitar mis ventajas. En fin no conociendo yo virtud verdadera en los hombres, me parecia tener motivo para excusar conmigo mismo mi flaqueza. Por no haber sabido escoger hombres de bien, que tuvieran el cargo de mis negocios, creia que en el mundo no los habia y que el buen corazon era una bella imaginacion. Qué importa, decia entre mí mismo, el procurar librarse de las manos de un hombre malvado, para dar en las de algun otro, que no será, ni mas desinteresado, ni mas sincero que él.

Volvió entretanto la armada debaxo de la conducta de Polimenes. No pensé mas en la conquista de la isla de Carpacia, y no pudo Protesilao disimular tan profundamente, que yo no reparase quánto le afligia que viviera Filocles en Samo fuera de peligro.

Quiso saber Mentor de Idomenéo, si despues de una traicion tan iniqua habia proseguido en fiarse de Protesilao para todos los negocios del Reyno. Y le satisfizo así Idomenéo:

Yo era sobrado enemigo de los negocios y sobrado desaplicado para poder librarme de sus manos. Me

hubiera sido menester trastornar el órden, que yo habia establecido para mi comodidad, y hacer de mí mismo un nuevo hombre. Jamas tuve aliento de disponerme á esto, y mas presto quise cerrar los ojos para no ver sus fraudes. Consolabame solamente, declarando á algunas personas, mis confidentes, que no ignoraba su mala fé; y de esta forma me figuraba, que sabiendo que era engañado, era solamente engañado por mitad. Hacia tambien de quando en quando entender á Protesilao, que llevaba con impaciencia su yugo, y muchas veces tenia gusto de contradecirle, de reprobar públicamente alguna cosa que él habia hecho, y tomar alguna deliberacion no conforme á lo que él me habia aconsejado. Mas como él conocia mi lentitud y pereza, no se metia en cuidado, por mas que me mostraba enfadado de él: volvia obstinadamente á renovar las instancias, y ahora usaba de ser importuno, ahora de la docilidad é insinuacion, para ganarme el corazon. Especialmente quando advertia que yo estaba enojado con el, renovaba sus diligencias, para darme nuevos entretenimientos, á propósito para enervar mi ánimo, ó para enredarme en algun negocio, en que tuviera ocasion de hacerme necesario, y de mostrar su zelo por mi gloria.

Por mas que estaba resguardandome de sus engaños, me dexaba siempre vencer de esta manera de adular mis pasiones. El tenia noticia de mis secretos, esforzabame en mis negocios mas dificultosos, y con mi autoridad misma que yo le habia puesto en las manos, hacia temblar todo el mundo. En suma, no pude pensar en destruirlo, sino que conservándolo en su grado, puse á todos los hombres de bien en estado de no poderme representar mis mayores y mis verdaderas ventajas. Desde entónces acá no hubo quien, aconsejándome, se atreviera á hablarme libremente, y la verdad se fué léjos de mí. Aquellos mismos que tenian mas zelo del Estado y de mi persona, se creyéron fuera de la obligacion de desengañarme.

Despues de un exemplar tan funesto, mi caro Mentor, yo mismo tenia temor de que la verdad deshiciera las nubes; y á pesar de los lisonjeros, me viniese por sus pasos á hallar; porque no teniendo valor para se-

guirla, su luz me molestaba, y conocia acá en mi interior, que me ocasionaria cruelísimos remordimientos, sin poderme sacar de un embarazo tan ruinoso. Mi blandura y la autoridad que Protesilao habia tomado sobre mí mismo, me hacian dar en una especie de desesperacion de no poder jamas volver á mi libertad. No queria ver un estado tan vergonzoso, ni que le vieran tampoco los otros. ¿Sabeis en qué vana altanería, y en qué falsa estima de sí son educados los Reyes, desde su edad mas tierna? Ellos nunca quieren haber errado. Para ocultar un error, es menester que se hagan ciento; y mas presto que confesar el engaño, y tomar el trabajo de enmendar la falta, conviene dexarse engañar por todo el tiempo que durare la vida. Este es el estado de los príncipes débiles y desaplicados, y tal era puntualmente el mio, quando fué necesario partirme para ir al asedio de Troya.

Al partirme, dexé todos los negocios en manos de Protesilao, y él en mi ausencia los manejaba con altivez y crueldad. Gemia todo el Reyno de Creta baxo su tiranía: mas no se hallaba ni aun uno, que se atreviera á avisarme de la opresion de los pueblos. Sabíase que yo tenia miedo de ver la verdad, y que abandonaba á la crueldad de Protesilao todos aquellos que se disponian á hablar contra él. Pero quanto ménos osaban los súbditos á explicarse, tanto el mal era mas violento y mas grave. Precisóme á que desechara al valiente Merion, que con tan grande gloria me habia acompañado al asedio de Troya. Despues de nuestra vuelta, entró en zelos de él, como de los demas á quienes yo queria, y que monstraban alguna virtud.

Conviene que sepais, mi querido Mentor, que de este orígen han procedido todas mis desventuras. No fué tanto la muerte de mi hijo la que ocasionó la revuelta de los Cretenses, quanto la venganza de los dioses; irritados contra mis floxedades, y el odio de los pueblos que Protesilao habia concitado contra mi. Quando vertí la sangre de mi hijo, cansados los Cretenses del gobierno severo, habian acabado toda su paciencia; y no hizo mas la horrible iniquidad de aquella última accion, que mostrar extrinsecamente

lo que de largo tiempo estaba oculto en lo mas interior de sus corazones.

Timocrates me siguió al asedio de Troya, y por cartas avisaba secretamente á Protesilao de quanto podia entender. Bien reparaba yo que era esclavo; mas procuraba no pensar en ello, desesperando poderlo remediar. Quando á mi arribo los Cretenses se rebelaron, los primeros que huyéron, fueron Protesilao y Timócrates. Ciertamente me hubieran abandonado, si no me hubiera visto obligado á huir luego, despues de ellos. Considerad, Mentor, que los hombres insolentes en las prosperidades son siempre desvalidos, y tímidos en las adversidades. Quedan desmayados al punto que escapa de sus manos la autoridad absoluta: vénse tan abatidos, como han sido soberbios, y en un instante pasan de un extremo á otro.

¿Pero de dónde nace, preguntó Mentor, que conociendo intrínsecamente á esos dos malvados, los teneis todavía cerca de vos? Admírome de que os hayan seguido, no pudiendo hacer cosa que les haga aquí utiles. Soy tambien de dictámen, que habeis hecho una accion generosa, recibiéndoles en la ciudad que poco ha habeis fundado; pero ¿por qué poneros aun en sus manos, despues de tantas bárbaras experiencias?

Sabeis, dixo Idomenéo, quán inútiles son todas las experiencias á los príncipes blandos y floxos, que viven sin cuidar de cosa alguna? Estan descontentos de todo, y no se atreven á corregir algun desórden. Tantos años de hábito eran cadenas de hierros que me tenian atado á esos dos hombres, y ellos continuamente me cercaban. Desde que estoy aquí, me han hecho hacer todos los excesivos gastos, que vos mismo habeis visto: han extenuado este estado al nacer, y me han echado á cuestas el peso de esta guerra, que sin vuestra asistencia, estaba cerca ya de oprimirme. Bien presto hubiera experimentado en Salento las desventuras mismas que padecí ántes en Creta. Pero vos finalmente me habeis abierto los ojos, y me habeis inspirado el esfuerzo, que me faltaba para librarme de la esclavitud. No sé qué cosa habeis obrado dentro de mí mismo; mas desde que estais aquí reparo, que soy un hombre totalmente diverso del que antes era.

Pidió despues Mentor á Idomenéo, que le dixese qual era el proceder de Protesilao en la mudanza que habia hecho de los negocios. No puede haber, respondió Idomenéo, mas cauteloso porte, que el que él ha practicado despues de vuestro arrivo. Primero no ha dexado artificio que no haya probado, para introducirme en el ánimo, bien que indirectamente alguna desconfianza de vos. No decia contra vos algo; pero veia yo diferentes personas que venian á darme aviso de que de estos dos extrangeros se debia tener mucho recelo. El uno, me decian, es hijo del engañoso Ulises, el otro es hombre anciano y de entendimiento profundo: estan acostumbrados á ir vagueando de Reyno en Reyno, ¿quién sabe que no hayan formado algun designio en el vuestro? Estos aventureros refieren ellos mismos, que han ocasionado grandes turbaciones por todos los paises, por donde han pasado. Este es un estado que nace, y no está aun bien firme: qualquier mínimo movimiento lo podria arruinar.

Protesilao no hablaba, mas procuraba hacerme reparar el peligro, y el exceso de todas las reformas que me haciais emprender, y solicitaba ganarme con la consideracion de mi interes propio. Si vos, me decia, poneis en abundancia los pueblos, ya no trabajarán, se harán soberbios, intratables, y siempre estarán prontos para rebelarse contra vos. Solamente la debilidad y pobreza son las que les hacen flexibles, y las que los reducen á pasarse de no poder resistir á la autoridad. Procuraba freqüentemente recobrar su antiguo poder para dominarme á su arbitrio, y encubria este pensamiento con pretexto de zelo de mi servicio. Queriendo, me decia él, aliviar los pueblos, se disminuye la autoridad Real, y haceis con eso un daño irreparable á los vasallos, porque han menester para su quietud estar oprimidos y humildes.

Respondia yo á todo esto, que sabria bien tener los vasallos á rienda, haciéndome amar de ellos no disminuyendo la autoridad en la parte mas mínima, aunque las aliviara de imposiciones: y al fin, dando á los niños buena educacion, y á todo el pueblo una regla perfecta, para mantenerlo en una vida llena, templada y exercitada en el trabajo. ¿Qué, le decia

yo, no se puede sojuzgar un pueblo, sin hacerle perecer de hambre? ¡ Qué inhumanidad! ¡ Qué brutal política! ¿ Quántos pueblos vemos tratados suavemente y fidelísimos á sus prnícipes? Lo que ocasiona las revoluciones es la ambicion é inquietud de los grandes de un estado, quando se les ha dado demasiada licencia, y quando á sus pasiones se les ha permitido que se extiendan sin límites: es la multitud de los grandes y de los pequeños que viven en la afeminacion, en el fausto y en el ocio: es la demasiada abundancia de hombres aficionados á la guerra, que han descuidado de todos los empleos provechosos, en que os menester que se ocupen en el tiempo de paz: es finalmente la desesperacion de los pueblos maltratados: es la aspereza: es la altivez y la afeminacion de los Reyes, que se hacen con el vicio incapaces de tener ojos á todos los miembros del estado, para prevenir los tumultos. Esto es lo que ocasiona las revueltas, y no el pan que se dexa comer en paz al labrador, despues que le ha ganado con el sudor de su propio rostro.

Quando Protesilao se ha desengañado de que yo estaba firme en estas máximas, ha tomado un partido del todo opuesto á su anterior proceder. Ha empezado á seguir el dictámen que no habia podido destruir: ha fingido que le gustaba, que quedaba de él convencido, y que me está en gran obligacion, porque le he dado luz sobre este punto. El hace mucho mas de lo que yo podia desear para aliviar los pobres; porque él es el primero en representarme sus necesidades, y en exclamar contra los excesivos gastos. Sabeis tambien, que no dexa de alabaros, que os hace muchas demostraciones de amor, y que no omite cosa alguna para hacerse bien acepto con vos. Respecto de Timócrates, empieza ya á no estar tan acorde con Protesilao, y ha discurrido hacerse independiente. Protesilao le tiene zelos, y sus disensiones en parte son las que me han hecho conocer su perfidia.

Mentor, sonriéndose de esto, le dixo: Luego vos habeis sido tan floxo que hasta ahora os habeis dexado tiranizar tantos años de dos traidores, cuya infidelidad os era conocida? ¡ Ha! Vos no sabeis, replicó Idomenéo, ¡ quánto pueden los hombres astutos en el

ánimo de un Rey flaco que ha dexado en sus manos todos los negocios! De otra parte os he dicho, que Protesilao ahora tiene todos vuestros dictámenes, respecto del bien público.

Mentor entónces, con un semblante grato, volvió á hablar de este modo: Sé tal vez demasiado quanto cabe, que prevalecen los malos á los buenos, y sois de esto vos mismo un exemplar tremendo. Pero decis que os he abierto los ojos, para poder conocer los engaños de Protesilao, y los teneis todavía cerrados, pues dexais á un tal hombre indigno de la vida, el gobierno de vuestros negocios. Entended que los malos no son incapaces de hacer bien, hácenle indiferentemente, no ménos que los buenos, quando puede servir á su soberbia. El hacer mal no les cuesta nada, porque no tienen dictámen alguno de bondad, ni algun principio de virtud que les tenga á raya; pero hacen tambien bien, porque su malicia les mueve á parecer buenos, y engañar á los demas hombres. Hablando propiamente, ellos son incapaces de la virtud, aunque muestren exercitarla, pero son capaces de unir á los otros vicios la hipocresía que es la mas horrible de todos. Miéntras que querais absolutamente obrar bien, Protesilao estará dispuesto á obrar bien con vos, por mantener la autoridad; pero á qualquiera leve disposicion que note en vos de amortiguar vuestro fervor, no dexará de usar todas sus artes para haceros recaer en los errores, y recobrar libremente su genio engañoso, y feroz. ¿Podeis vos vivir con honor y en reposo, miéntras un rival de este talle os asedia continuamente; y en tanto que sabeis que el sabio y fiel Filocles vive en la isla de Samo en pobreza y sin honra?

Sabeis, Idomenèo, y muy bien, que los hombres engañosos y osados que estan presentes, gobiernan á su gusto á los Príncipes floxos; pero debeis añadir que tienen igualmente los Príncipes otra desgracia no ménos grande, que es olvidar fácilmente la virtud y los servicios de un hombre ausente. La muchedumbre de aquellos que cercan á los Príncipes, es ocasion que no haya alguno entre ellos que les haga en el ánimo una impresion profunda. No se imprime en ellos sino lo

que tienen presente, y quien les adula, y todo lo demas se les olvida luego. Especialmente la virtud se hace amar poco de ellos; porque en vez de adularles, les contradice y condena sus flaquezas. Es cosa, por ventura, de admirarse, que no sean amados, miéntras que ciertamente no son amables, y de otra parte no aman sino su grandeza y sus gustos.

FIN DEL LIBRO DECIMO TERCIO.

TELEMACO.

TELÉMACO.

LIBRO XIV.

SUMARIO.

Obliga Mentor á Idoméneo á que destierre á Protesilas y á Timocrates á la isla de Samo, sacando de ella á Filocles para que goze de los mismos honores y confianza que antes. Hegesipo, á cuyo cargo esta executar la orden del rey, lo hace con alegria. Llega con aquellos dos hombres á Samo, donde vuelve á ver á su amigo Filocles contento con la vida solitaria y pobre que allí pasaba. Este no consiente sino con mucha dificultad en volver á su patria: pero despues de haber conocido que lo quieren así los Dioses, se embarca con Hegesipo, y llega á Salento, donde Idoméneo, que ya no es el mismo hombre, le recibe con amistad.

Despues de estas razones, Mentor persuadió á Idoméneo, que convenia, lo mas presto que se pudiese echar á Protesilao y Timócrates, para restituir despues á Filocles. Pero temia el Rey la severidad de aquel hombre, y esta era la única causa que le detenia. Confieso, decia, que por mas que lo estime, aunque lo ame, no puedo dexar de temer su vuelta. Desde mi edad mas tierna estoy acostumbrado á que me alaben, y á ser ciega y cuidadosamente servido y complacido: cosas que no puedo esperar que encontraré en Filocles. Luego que hacia yo alguna cosa que no aprobaba, él ayre melancólico de su semblante me daba harto á entender que condenaba lo que yo hacia. Quando estaba á solas conmigo, eran respetosas sus máximas y moderadas; pero sobrado ásteras.

No veis, dixo Mentor, que á Príncipes viciados de la adulacion, parece áspero y austero todo lo que es libre é ingenuo? Llegan aun á imaginarse que no se tiene zelo para servirlos, ni tampoco aficion á su mando, si no tiene uno el alma servil, y dispuesta á adularlos, aun quando se valen de su autoridad del

modo mas injusto. Qualquier palabra libre y generosa les parece altanera, crítica y sediciosa. Hacense delicados de suerte, que todo lo que no es adulacion les ofende, y les mueve a enojo. Ahora vamos adelante. Supongo que en efecto Filocles sea aspero y severo: ¿Su severidad, por ventura, no vale harto mas que no la perniciosa adulacion de vuestros Consejeros? ¿Dónde hallaréis un hombre sin defectos? ¿Y el defecto de deciros con sobrada osadía la verdad, no es acaso el que ménos debeis temer que todos los demas? ¿Pero qué digo? ¿No es este un defecto necesario para corregir los vuestros, y vencer aquella pesadumbre de la verdad, á que os ha conducido la lisonja? Vos habeis menester un hombre que ame la verdad sólida, y que os ame mas de lo que vos mismo sabeis amaros: que á mal de vuestro grado os la diga: que venza por fuerza todas vuestras repugnancias; y ese hombre necesario es Filocles. Acordaos que un Príncipe es felicísmo quando en su Reynado nace súbdito suyo un hombre solo de esa generosidad, que es el mas precioso tesoro del estado; y que el mayor castigo que puede temer de los dioses, es perder un tal hombre, si se hace de él indigno, por no haberlo sabido aprovechar.

En quanto á los defectos de los hombres de bien, conviene saber conocerlos, y no dexar de hacerlos servir. Corregid, y no desecheis jamas ciegamente su zelo indiscreto; sino escuchadle con atencion, honrad su virtud, mostrad al público que sabeis conocerla; y especialmente guardaos de ser como aquellos Príncipes, que contentándose con despreciar á los hombres malvados, no dexan de emplearlos con confianza y colmarlos de beneficios; y que presumiendo tambien de conocer á los hombres virtuosos, no les dan mas que vanas alabanzas, no osando de encargar á su fe los oficios, ni admitirlos á su familiaridad, ni beneficiarlos con abundancia.

Oido este discurso, dixo Idomenéo que era ignominia haber tardado tanto en librar la inocencia oprimida, y en castigar aquellos que le habian engañado. Ni aun le costó trabajo alguno á Mentor el lograr que el Rey perdiese á su favorito: pues, luego que se ha

llegado á hacer que estos se vuelvan sospechosos é importunos à sus amos : los príncipes fastidiados y apurados no piensan ya sino en libertarse de ellos : se desvanece su amistad, olbidanse los méritos : y la caída de sus favoritos no les cuesta nada, con tal que dexen de verlos.

Ordenó luego el Rey secretamente á Egesipo, que era uno de los Oficiales primeros de su familia, que prendiera á Protesilao y Timócrates, que los conduxera seguros á la isla de Samo, que los dexase en ella, y que traxera á Filocles de aquel lugar adonde estaba desterrado. Espantado Egesipo de semejantes órdenes, no pudo contenerse de llorar de alegría. Ahora sí, dixo al Rey, que satisfaceis llenamente los deseos de vuestros súbditos. Estos dos hombres han ocasionado todas vuestras desgracias y de vuestros vasallos. Ya hace veinte años que hacen gemir á todos los hombres de bien, y que apénas se encuentra quien se atreva á gemir : hasta tanto es cruel su tiranía. Ellos oprimen á todos aquellos que tratan de acercaseos como no sea por su medio.

Egesipo descubre despues á Idomenéo un gran número de perfidias, y de crueldades que habian cometido, de las quales el Rey nunca habia oido hablar, por no hallarse ninguno que tuviera aliento para acusarlas. Refirióle tambien lo que habia sabido de una conjuration secreta contra la vida de Mentor. Horrorizóse Idomenéo oyendo estas terribles maldades.

Apresuróse Egesipo en ir á prender en su casa á Protesilao. Era ella ménos grande, pero mas cómoda y mas alegre que la de Idomenéo : era la arquitectura de mejor gusto, y el dueño la habia adornado con excesivo gusto, que todo era sangre de pobres. Estaba entónces él echado con descuido sobre un lecho de púrpura, recamada de oro, en una grande sala de mármol, cerca de sus baños. Parecia cansado y consumido de las fatigas; y sus ojos y sobrecejo mostraban no sé qué de inquieto y melancólico y aun de feroz. Los demas grandes del estado estaban sobre algunas alfombras distribuidos en órden al rededor de él, componiendo sus rostros á semejanza del de Protesilao, de quien observaban hasta la mas mínima vuelta de ojos,

Apénas abria la boca, exclamaban todos, para admirar lo que queria decir. Uno de los principales del congreso referia con ciertas amplificaciones ridículas lo que Protesilao habia hecho en servicio del Rey; y otro atestiguaba que era hijo de Júpiter, y que el dios con engaño de su madre le habia dado ser. En aquel mismo punto le habia recitado un poeta algunos versos, en que decia, que habiéndole doctrinado las musas, habia en todo género igualado la ciencia y eloqüencia de Apolo. Otro poeta, aun mas vil y desvergonzado, le llamaba en sus versos inventor de las buenas artes, y padre de los pueblos que él hacia felices, y los describia con la cornucopia en la mano.

Protesilao escuchaba todos estos elogios con un ayre de rostro rígido, abstracto, desdeñoso, como de hombre que sabe merecer mucho mayores, y que hace sumo gusto, permitiendo sér elogiado. Hubo allí un lisonjero, que se tomó licencia para hablarle al oido, y decirle alguna agudeza contra las buenas reglas del gobierno, que Mentor procuraba establecer. Sonrióse Protesilao, y toda la asamblea echó á reir, bien que la mayor parte no podia aun saber lo que habia dicho. Pero volviendo luego Protesilao su semblante rígido y orgulloso, volvió cada uno al temor y al silencio. Muchos nobles deseaban aquel momento en que Protesilao se queria volver á ellos, y escuchar sus razones. Parecian estos turbados y confusos, porque le habian de pedir gracias. Hablaban en lugar de estos, sus sumisiones, y parecian no ménos humildes que las madres al pie de los altares, quando exóran los dioses por la salud de un hijo único. Todos se mostraban contentos, aficionados á Protesilao, y en extremo admirados de él, bien que todos le profesaban un odio inextinguible.

Entra en este lance Egesipo, tómale la espada, y le notifica, que debe llevarle luego á Samo. A estas voces cayó toda la arrogancia de Protesilao, como un peñasco grande que se desprende de la eminencia de una inaccesible montaña. Hélo aquí, que se arroja temblando á los pies de Egesipo, llora, se suspende, no acierta á hablar, tiembla, abrázase á los pies del que una hora ántes no se dignaba honrar con mirarle.

Todos aquellos, que le adulaban con tantas alabanzas, viéndolo ya perdido, sin esperanza de recobrarse, trocáron sus lisonjas en desapasionadísimas injurias.

Egesipo no le quiso dar tiempo, ni para despedirse de su familia, ni para tomar ciertas escrituras secretas: todo se le tomó y fué llevado al Rey. Fué preso al mismo tiempo Timócrates, y él se maravilló por extremo, porque le pareceria que no habia de ser comprehendido en la ruina de Protesilao no siendo ya su amigo. Partiéron pues entrambos en un baxel, prevenido para este fin, y llegáron con él á Samo. Dexa luego Egesipo á los dos miserables, y par hacer mayor su desgracia, los dexa á los dos juntos. Allí se improperan con rabia uno á otro las maldades que han hecho, y que son la ocasion de su fatal caida. Hállanse sin alguna esperanza de volver á Salento, condenados á vivir en ausencia léjos de sus mugeres y de sus hijos: no digo separados de sus amigos, porque no los tenian. Habian sido puestos en una tierra desconocida, donde no podian tener otro modo para pasar la vida sino el trabajo propio; y los que tantos años habian vivido en regalo y fausto, como si fueran fieras estaban siempre para despedazarse uno á otro.

Preguntó cuidadoso Egesipo, en qué parte de la isla habitaba Filocles. Dixéronle, que hacia su morada harto léxos de la ciudad, sobre un monte, donde una gruta le servia de habitacion. Todos le habláron de éste forastero con maravilla. Desde que está en esta isla, le decian, á ninguno ha hecho injuria, y todos se admiran de su paciencia, sus trabajos, y del sosiego de su corazon. No teniendo algo suyo, él se muestra siempre contento; y sin embargo que aquí está léjos de los negocios, sin riquezas y autoridad, no dexa de hacer bien á quien lo merece y tiene mil maneras para beneficiar á sus vecinos.

Marchó Egesipo ácia aquella gruta. Hallóla sola y abierta, porque la pobreza y llaneza de las costumbres de Filocles hacian que saliendo no fuera necesario cerrar la puerta. Serviále de lecho una grosera estera de juncos: raras veces hacia fuego, porque no comia cosa cocida: y se alimentaba en el estío de algunas frutas recien cogidas, y en el Invierno de dátiles y higos se-

cos. Quitábale la sed una bien clara fuente, que cayendo de un risco, hacia con mil juegos burla de su caida. No tenia en su gruta sino los instrumentos necesarios de la escultura, y algunos libros que leia á ciertas horas, no por adornar el ingenio, ni contentar la curiosidad, sino para instruirse, descansando en su trabajo, y aprender á ser bueno. A la escultura no se aplicaba mas que por exercitar el cuerpo, y ganar con que sustentar la vida, sin tener necesidad de cosa.

Entrando Egesipo en la gruta, admiró las estatuas que no estaban aun concluidas. Vió un Júpiter, cuyo rostro estaba tan lleno de magestad, que facilmente se conocia ser el padre de los dioses y de los hombres. A otra parte se veia Marte con una fiereza rigida y amenazadora. Pero lo que mas admiraba era una Minerva, que parecia viva y animada del arte. Era noble y apreciable su rostro: grande y ayroso el cuerpo: estaba tan viva la accion, que se podia creer que iba á caminar.

Habiendóse Egesipo recreado mirando las estatuas, salióse de la gruta, y á lo léjos vió que estaba Filocles debaxo de un grande árbol sentado sobre la yerba, y leyendo un libro. Fué ácia él, y Filocles que le vió, no sabia qué cosa creia. ¿No es este, decia entre sí mismo, Egesipo, con quien tan largo tiempo viví en Creta? Pero cómo puedo creer que venga á una isla tan apartada? Será acaso su alma, que despues de haber muerto volverá á este mundo otra vez?

En tanto que Filocles se estaba así dudando, se le llegó Egesipo tan cerca, que no pudo menos de conocerlo ni dexar de abrazarlo. ¿Luego vos sois, le dixo, mi amado y antiguo amigo? ¿Qué accidente, qué tempestad os ha echado á esta playa? ¿Con qué ocasion os habeis partido de Creta? ¿Ha sido, por ventura, alguna desgracia como la mia, la que os ha sacado del seno de nuestra patria?

No es desgracia, le respondió Egesipo, sino favor de los dioses el que me ha traido á esta isla. Contóle luego la larga tiranía de Protesilao, sus tramas con Timócrates, las desgracias en que ellos habian precipitado á Idomenéo, la caida de este Príncipe, su fuga á las costas de Hesperia, la fundacion de Salento, el

arribo de Mentor y Telémaco, las sabias máximas de que Mentor habia imbuido el animo del Rey, y la ruina de los dos pérfidos traidores. Añadió que los habia conducido a Samo, para que padecieran el destierro que él habia sufrido tanto tiempo por causa de ellos, y concluyó diciendo que tenia órden de llevarle á Salento, donde el Rey, que sabia su inocencia queria encomendarle los negocios del Reyno, y colmarlo de bienes y beneficios.

¿Veis, le respondió Filocles, veis aquella gruta, mas propia para ser habitacion de fieras, que retiro de hombres? Allí por tantos años he gustado de mas dulzuras y más reposo, que no en los dorados Palacios de Creta. Los hombres ya no me engañan, porque ya no veo á los hombres: no oigo ya su discursos lisonjeros, y venenosos, ni tengo ya necesidad de ellos. Mis manos encallecidas con el trabajo, me dan aquel simple alimento que me es preciso para vivir: ni he menester como veis, sino tener un poco de paño para cubrirme, no siéndome precisa otra qualquiera cosa, y disfrutando una paz tranquilísima, y una libertad dulce, de la qual la noticia de mis libros me enseña á que use bien. ¿Qué cosa, pues, iré á buscar de nuevo entre los hombres zelosos, inconstantes y engañadores? No, no, mi caro Egesipo, no me envidieis la felicidad que aquí gozo. Protesilao, se ha hecho traicion á sí propio, miéntras queria hacer traicion al Rey, y quitarme la vida. Pero él no me ha hecho algun mal; ántes al contrario, me ha hecho el mayor de todos los bienes, porque me ha librado del tumulto y de la servidumbre de los negocios; yo le soy deudor de mi amable soledad, y de todos los gustos que percibo en ella.

Volved, Egesipo, volved al Rey, ayúdadlo á sollevar las miserias de su grandeza, y haced vos mismo con él lo que querriais que hiciera yo. Ya que ha abierto sus ojos cerrados tanto tiempo á la verdad ese sabio Mentor, téngasele consigo. Por lo que toca á mí, no me conviene ya dexar el puerto despues de mi naufragio, que me ha arrojado á él dichosamente, ni he de poner otra vez en poder de los vientos, que me lleven acá y allá á su discrecion. ¡O quánto merecen los

reyes que se apiaden de su desgracia! ¡Quánto los que le sirven son dignos de compasion! Si son malos, ¡quánto hacen padecer á los hombres, y qué tormentos les están allá prevenidos en el Infierno! Si son buenos, ¡qué dificultades no tienen que vencer, qué asechanzas que desviar, qué males no deben padecer! Digooslo otra vez, Egesipo, dexadme en mi pobreza feliz.

Hablando así Filocles con gran vehemencia, le miraba Egesipo con grande asombro. Habiale visto en Creta por lo pasado, manejando los mayores negocios, flaco, desfallecido y acabado, porque lo consumia en el trabajo su complexion austera y ardiente. No podia él mirar al vicio sin castigo: queria en los negocios cierta diligencia que nunca se halla en ellos, y estas ocupaciones destruian su salud delicada. Pero en Samo le veia Egesipo grueso y robusto: á pesar de los años se habia renovado en su rostro la flor de la juventud; y la vida templada, tranquila y laboriosa le habia hecho como un nuevo temperamento.

Vos os quedais atónito al verme de esta suerte trocado, dixo entonces Filocles, sonriéndose. Mi soledad ha sido la que me ha dado esta frescura y salud tan entera. Mis enemigos me han dado lo que yo no hubiera podido hallar jamas en la mas elevada fortuna: ¿quereis vos que pierda los verdaderos bienes, por seguir los falsos, y volverme á engolfar en mis antiguas miserias? No seais mas cruel que Protesilao, ó á lo menos no me envidieis la felicidad que le debo.

Representóle entonces Egesipo, pero inútilmente, todas las razones que le parecieron mas fuertes para persuadirle. ¿Sois vos pues, le decia, insensible al gusto de ver vuestros parientes y amigos, que suspiran por vuestra vuelta; y que estan llenos de alegría con sola la esperanza de haberos de abrazar luego? Y vos, que sois temeroso de los dioses, y zeloso de satisfacer á vuestra obligacion ¿teneis por nada servir á vuestro Rey, ayudarle en todo lo bueno que quiere hacer, y hacer felices á tantos pueblos? Es por ventura lícito entregarse á una Filosofía salvage, anteponerse á sí mismo á todo el resto del género humano, y amar mas su quietud que la felicidad de sus compa-

triotas? De allende se creerá, que no quereis volver á ver el Rey por vengaros. Si él quiso haceros mal, la razon es, porque no os conocia. No quiso hacer morir al verdadero y justo Filocles: Idomenéo quiso castigar á un hombre harto diferente de vos. Mas ahora, que os conoce, y que ya no os toma por otro, siente reavivarse en su corazon toda la antigua amistad. El os espera con los brazos abiertos, para estrecharos tiernamente consigo, y esta contando los dias, y las horas de su impaciencia, por volveros á ver. ¿Tendreis corazon tan duro, que podais ser inexórable á vuestro Rey, y á todos vuestros mas afectuosos amigos?

Filocles, que al principio se habia enternecido reconociendo á Egesipo, recobró el ayre obscuro de ántes, oyendo tal razonamiento, semejante á una roca, contra quien combaten los vientos, y donde van á estrellar las hondas el herbor furioso de sus enojos. Estaba inmoble á ruegos y razones, que no hallaban algun portillo por donde penetrar en su corazon. Pero en aquel instante en que ya empezaba Egesipo á desconfiar de poderlo vencer, habiéndose Filocles aconsejado con los dioses, entendio por el vuelo de las áves, por las entrañas de las víctimas, y por otros muchos agüeros que debia seguir á Egesipo, que le llamaba.

Entónces no hizo mas resistencia, y previnose á la partida; pero no sin sentir dolor de haber de dexar el desierto, en que habia vivido tanto tiempo. ¡Ay! decia, conviene que te dexe, amable gruta, donde todas las noches venia el apacible sueño á recrearme de las fatigas del dia! Aquí en mi pobreza las Parcas me hilaban de oro y seda los dias. Postróse derramando muchas lágrimas, para adorar la Nayade, que tanto tiempo le habia aligerado la sed con la agua cristalina de su fuente, y á las Ninfas, que tenian su habitacion en aquellos montes vecinos. Oyó Eco sus lamentos, y los repitió con triste acento á todos los bosques de aquel contorno.

Pasó despues Filocles con Egesipo, á la ciudad, para embarcarse: pensó que el infeliz Protesilao, lleno de rubor y de saña, no le queria ver; mas se engañaba, porque los hombres facinorosos no tienen verguenza alguna, y estan siempre dispuestos para

qualquiera villanía. Para no ser visto de aquel infelice, se escondia Filocles modestamente, porque tenia miedo de aumentar su desgracia con la vista de un enemigo, cuya prosperidad estaba ya á punto de levantarse de sus mismas ruinas. Pero Protesilao buscaba cuidadosamente á Filocles, porque le queria mover a compasion, y obligarle á que pidiera al Rey, que le permitiera volver á Salento. Filocles era demasiado sincéro, para poder prometerle el trabajar, para hacer que Idomenéo le volviera á llamar, porque sabia mas bien que otro ninguno quan dañosa fuera su vuelta. Pero le habló apaciblemente, mostróle compasion, le procuró consolar, y le exhortó á aplacar á los dioses con la pureza de las costumbres, y con la paciencia de sus propios males. Habiendo tenido noticia de que el Rey le habia quitado todos los intereses injustamente adquiridos, le ofreció dos cosas, que despues fielmente puso en execucion: la una fué, de tener cuidado de su muger, y hijos, que habian quedado en Salento en una horrorosa pobreza, expuestos á la pública indignacion: la otra de remitirle a aquella isla distante algun socorro de dinero, para aligerar su miseria.

El viento favorable hinchaba ya las velas del baxel de Egesipo, convidando á levar las ancoras para Salento, y dió él prisa á partirse con su amigo Filocles. Vióles embarcar Protesilao, y quedó con los ojos fixos é inmobles sobre la playa, hasta que con ellos empezó á seguir el baxel, que surcando las aguas, se alexaba continuamente á impulso del ayre suave. Aun quando ya no lo podia ver, volvia á representársele su imagen otra vez en su fantasía. Finalmente, turbado, rabioso, y entregado á su propio despecho, se arrancó los cabellos, se revolcó en la arena, acusó de crueles á los dioses, llamó en vano la muerte á socorrerle; la qual sorda á sus ruegos, no queria librarle de tantos males, ni él tenia valor para forzarla, dándosela á sí propio.

Llegó el baxel bien a priesa á Salento con el favor del mar y de los vientos. Avisaron al Rey, que ya entraba en el puerto, y acudió luego junto con Mentor á encontrar á Filocles: abrazóle amorosamente, y

mostróle amarguisimo disgusto de haberlo injustamente perseguido. Esta confesion, en lugar de parecer flaqueza del Rey, la miraron los Salentinos como esfuerzo de una grande alma, que se eleva sobre los yerros que ha cometido, confesandolos con aliento para emendarlos. Toda la gente lloraba de alegria, viendo á aquel hombre de honra, que habia tenido al pueblo tanto amor, y oyendo hablar á Idomenéo con una prudencia y bondad tan grande.

Recibia Filocles las demostraciones afectuosas del Rey con modo respetoso y moderado, y estaba impaciente por quitarse de las aclamaciones del pueblo; mas siguió a Idomenéo, y le acompaño hasta Palacio. Bien presto Mentor y Filocles tuvieron la misma confianza, que si hubieran siempre vivido juntos; aunque no se habian visto jamas; y es la razon, porque los dioses, que no han querido dar á los malos tan perspicaces ojos, que pudieran conocer á los buenos, han concedido á los buenos el modo de penetrarse unos á otros. Los que han gustado de la virtud, no pueden estar juntos, sin que esten unidos, porque luego se aman.

Filocles pidió al Rey la licencia de retitarse cerca de Salento en una soledad, para poder continuar en vivir pobremente, como habia vivido hasta entonces en Samo. Iba el Rey con Mentor casi todos los dias á visitarlo en su soledad. Alli se examinaban los modos de establecer las leyes, y de dar al gobierno una forma sólida para mantener la pública felicidad.

La principal materia que alli se examinó, fué la educacion de los hijos; y el modo de vivir en tiempo de paz.

Por lo que toca á los hijos, mas pertenecen á la república, decia Mentor, que no á sus propios padres; son hijos del pueblo, y esperanza suya, y son tambien su esfuerzo. No es el tiempo de corregirles, quando se hayan ya viciado: es poco el excluirlos de los oficios, quando se han hecho indignos de ellos; y mucho mejor es prevenir el mal, que verse reducido á castigarlo. Añadia, que el Rey, que es el padre de todo el pueblo, es tambien mas particularmente padre de los mancebos, que son la flor de la Nacion, su-

puesto que los frutos toman ser de las flores. No desdeñe el Rey pues velar él mismo, y hacer que velen otros sobre la educacion que se da á los niños. Manténgase constante en hacer observar las leyes del Rey Minos, que ordenan que se crien los niños con el desprecio del dolor y la muerte: que se les ponga la honra en huir de las delicias y riquezas: que la injusticia, la mentira y la afeminacion se les representen como vicios infames: que se les enseñe desde su mas tierna infancia á cantar los loores de los héroes, que han sido amados de los dioses, que han hecho por su patria acciones generosas, y que han en las batallas hecho públicamente conocer su esfuerzo: que se les haga tomar aficion á la música, para que sus costumbres se hagan mucho mas apacibles y puras: que aprendan á ser cariñosos ácia los amigos, y fieles á sus aliados: justos con los nobles, y aun con sus mas crueles enemigos: y que teman ménos la muerte y los castigos, que el mas pequeño remordimiento de la propia conciencia. Si con el tiempo los niños se imbuyen de estas máximas, y se les introducen suavemente en los corazones, habrá pocos que no se entiendan en amor de la gloria y de la virtud.

Decia mas Mentor: que era cosa utilísima fundar escuelas públicas, para habituar á los jóvenes en los mas fatigosos exercicios del cuerpo, para que huyeran de la afeminacion y el ocio, que vician aun las indoles mas floridas. Queria que tuvieran una gran variedad de juegos, y espectáculos los quales animasen á todo el pueblo; pero que especialmente exercitáran los cuerpos, para hacerlos agiles, flexibles y vigorosos, y disponia premios para mover la noble emulacion. Pero lo que mas deseaba que todo lo demas, para conservar las buenas costumbres, era que los mancebos se casaran á su tiempo, y que sus padres, sin atender en cosa al interes, dexaran que ellos propios escogieran muger, bella de cuerpo y alma, á quien se pudieran aficionar.

Pero mientras de esta manera se disponia el modo de conservar los jóvenes puros é inocentes, laboriosos, dóciles, y apasionados de gloria, Filocles, que era inclinado á la guerra, le decia á Mentor: En vano

ocuparéis á los jóvenes en todos esos exercicios, si los dexais desfallecer en una paz continua, en que no tendrán experiencia alguna de la milicia, ni necesidad de hacer prueba de su valor. Debilitaréis con eso la nacion insensiblemente: se afeminarán los corazones: las delicias gastarán las costumbres, ni á otros pueblos guerreros sera dificultoso vencerlos, y por haber querido évitar los males que arrastra consigo la guerra, vendrán ellos á dar en una servidumbre horrorosa.

Los males de la guerra, respondió Mentor, consumen á un estado; y aun quando se llegan á obtener las mayores victorias, le ponen sempre á riesgo de perecer. Comiencese la guerra con qualquiera ventaja jamas es cierto que se acabará, sin que quede sujeto á las mutaciones mas trágicas de la fortuna. Con qualesquiera superioridad de fuerzas que se entre en una batalla, qualquier mínimo error, un terror pánico, un no nada se os lleva la victoria que teniais ya entre las manos, y la pasa á las de vuestros contrarios. Aun quando tuviera un Príncipe la victoria como prisionera en su campo, se destruye á sí mismo, destruyendo á los enemigos: despuebla su pais, dexa incultas casi todas sus tierras, altera el comercio, pero lo peor es, que debilita sus mejores leyes, y dexa viciar las costumbres de los vasallos propios. Los jóvenes no se aplican mas á las letras: la necesidad urgente hace que se tolere una perniciosa licencia en las milicias: la justicia, el mejor gobierno, y todas las cosas reciben algun daño del general desorden. Un Rey, que derrama la sangre de tantos hombres, y ocasiona tantas desgracias, por conseguir una poca gloria, ó extender los confines del Reyno, es indigno de la gloria á que aspira, y merece perder lo que posee, por haber querido usurpar lo que no le tocaba segun razon.

Mas he aqui el modo de exercitar en tiempo de paz el esfuerzo de una nacion. Habeis ya visto los exercicios del cuerpo, que hemos establecido: los premios, que exercitarán la emulacion: las máximas de gloria y virtud, de las quales desde la cuna se llenarán los ánimos de los niños, y mas cantando y oyendo can-

tar las acciones sublimes de los héroes : venid con estos medios al de su vida sobria y laboriosa ; mas aun esto no es todo. Luego que alguna gente, aliada de vuestra nacion se empeñare en alguna guerra, conviene enviar á ella la flor de vuestros jóvenes, y especialmente aquellos en quienes descubrieréis amor á la milicia, y seran mas capaces de aprovecharse de sus experiencias. De esta suerte conservaréis una alta reputacion con vuestros aliados, sera deseada vuestra alianza, y se temera perderla, y sin tener la guerra en vuestra cása, y sin costa vuestra, tendréis siempre muchos mancebos intrépidos y adiestrados en la arte militar. Aunque tengais en vuestro reyno paz, no dexeis de hacer grandes honras á los que se aplicaren á la guerra, porque el verdadero modo de apartar este monstruo, y conservar una larga paz, es el tener cuidado de que se conserve la profesion de las armas, y honrar aquellos hombres que en ese ministerio son excelentes, y tener siempre de aquellos que se hayan en él exercitado en los paises distantes, que conozcan las fuerzas, la disciplina, y la forma con que los pueblos vecinos hacen la guerra, y el ser incapaz igualmente de hacerla por ambicion, y temerla por debilidad. Estando siempre pronto para hacerla, quando la necesidad lo requiera, se llega a no tenerla casi jamas.

Respecto de los confederados, quando ellos se disponen á hacerse entre sí guerra unos á otros, a vos toca el haceros medianero. Con eso os adquiris una gloria mas sólida y mas segura que aquella que consiguen los conquistadores : ganad la estima y el amor de los estrangeros, todos tendran necesidad de vos, reynaréis sobre vuestros vasallos con autoridad, seréis el depositario de los secretos, el arbitro de los tratados, el dueño de los corazones : volará vuestra reputacion por todos los paises ; y vuestro nombre sera como un delicioso perfume, que se percibira de todas partes. Quando vos os hallareis en semejante estado, y os invada un pueblo vecino contra las reglas de la justicia, os hallará adiestrado en la guerra y prevenido para ella ; pero lo que mas debe estimarse, os encontrará amado y socorrido. Todos

vuestros vec nos se armarán por vos, y se persuadirán, que de vuestra conservacion depende la utilidad pública. He aquí un reparo mas seguro que las murallas de las ciudades y plazas mejor fortificadas. Esta es la gloria verdadera de un príncipe; pero, ó quan pocos son los Reyes que la saben buscar, y que no huyan de ella! Corren tras una engañosa sombra, y se dexan á las espaldas el verdadero honor, porque no saben conocerlo.

Despues que habló Mentor de esta suerte, Filocles, asombrado le miraba y tenia extremado gusto de la ansia con que recogia Idomenéo en lo íntimo de su corazon todas las palabras, que como un rio caudaloso de sabiduría salian de la boca del extrangero.

Así Minerva, debaxo del aspecto de Mentor, establecia en Salento las mejores leyes, y las máximas mas felices de reynar, no tanto para hacer florecer el Reyno de Idomenéo, quanto para mostrar a Telémaco, quando volviera, un exemplar patente de lo que puede hacer un prudente gobierno para la felicidad de los pueblos, y para dar a un Rey gloria immortal.

FIN DEL LIBRO DECIMO QUARTO.

TELÉMACO.

LIBRO XV.

SUMARIO.

Telémaco, en el campo de los aliados, se hace querer de Filoteles, antes animado contra el por motivo de Ulises su padre. Filoteles le cuenta sus aventuras, con las particularidades de la muerte de Hercules, ocasionada por la túnica envenenada que el Centauro Neso habia dado á Dejanira. Le explica como logró de aquel heroe sus fatales saetas, sin las quales la ciudad de Troya no podia ser tomada; como fue castigado por haber revelado su secreto, por todos los males que padeció en la isla de Lemno, y como Ulises se valió de Néoptolemo para llevarle al sitio de Troya, donde curaron su herida los hijos de Esculapio.

Telémaco en los riesgos de la guerra daba á conocer su valor. Partido de Salento, se aplicó todo á procurar ganarse el afecto de los capitanes ancianos, los quales se tenian en gran precio, y habian alcanzado perfecta experiencia. Nestor, que ya ántes le habia visto en Pilo, y siempre habia querido á Ulises, le trataba como á su propio hijo: dabale muchos documentos, que autorizaba con diversos exemplos, y contábale los sucesos de su juventud, y las mas notables acciones, que habia visto obrar á los héroes de los tiempos pasados. La memoria del sabio viejo, que habia vivido tres siglos, era como una historia de los tiempos antiguos, entallada en el mármol, ó grabada con buril en el bronce.

No tuvo Filotetes al principio la misma inclinacion de amar á Telémaco. El ódio, que en su pecho habia largo tiempo alimentado contra Ulises, le hacia aborrecer tambien á su hijo; y no podia verlo, sin que se afligiera de ello algun tanto, representándose aquella grande gloria, que se dexaba ver, que propicios los dioses disponian para aquel jóven, queriendole igua-

lar con los héroes, que habian arruinado á la soberbia Troya. Pero venció por fin la moderacion de Telémaco los enojos de Filótetes, y no pudo éste hacer menos, que amar aquella virtud tan suave, y tan modesta. Tomaba muchas veces á Telémaco á solas, y le decia: Confiesoos hijo mio, no tengo ya reparo de llamaros con este nombre, que vuestro padre y yo hemos sido enemigos largo tiempo. Confiesoos igualmente, que desde que arruinamos la ciudad de Troya, no se habia todavia aplacado mi corazon; y que desde que os vi, he habido de pasar harta pena para llegar á amaros: mas quando es apacible la virtud, llana, ingénua y modesta, todo lo vence. Despues le descubrió la resolucion que tenia de referirle qual habia sido el motivo, que en su corazon encendió un odiotenaz contra Ulises.

Conviene, dixo, que yo tome mi historia de muy arriba. Seguia yo por todo el grande Hércules, que descargó á la tierra de tantos monstruos, y en cuyo parangon no eran los otros héroes sino ligeras cañas, respecto de una elevada encina, ó como páxarillos, en cotejo de la aguila. De amor se originaron sus desgracias, y por conseqüencia las mias, que es quanto se puede decir de una pasion, que causa los desórdenes mas espantosos. Hércules se hizo esclavo de esa vergonzosa aficion, y el tirano Cupido hacia burla de él. No podia aquel héroe grande acordarse, sin colorirse con la vergüenza, por haberse olvidado tanto de su gloria, que en aquel tiempo, en que fue arrebatado de un ciego afecto, habia llegado hasta á hilar al lado de Onfale, Reyna de Lidia, como el hombre mas vil y afeminado. Cien veces me confesó que esta postrera parte de su vida habia obscurecido su virtud, y casi totalmente ofuscado la gloria de sus trabajos sin embargo, ó Dioses! tal es la debilidad é inconstancia de los hombres, que todo lo esperan de sus propias fuerzas, y á nada resisten.

Ay! el grande Hercules recayó sin embargo en los lazos de amor, que tan freqüentemente habia detestado. Aficiónose de Deyanira, y hubiera sido llenamente feliz, si hubiera sido constante, amando á una muger, que fué su esposa. Bien presto le llevó el corazon la

juventud de Iole, que llevaba en el rostro á todos los alhagos de la belleza. Ardió Deyanira de zelos, y acordóse de aquella fatal túnica que le dexó al morir el Centauro Neso, como un medio seguro de reavivar la llama en el seno de Hércules, siempre que mostrara no tener de ella cuenta, por haberse prendado de alguna otra muger. ¡Ay de mi! que empapada aquella túnica en la apestada sangre del Centauro, ocultaba el veneno de las flechas, con que el héroe grande habia atravesado aquel monstruo. Bien sabeis que las flechas de Hércules se habian teñido con la sangre de la Hidra Lernea, y que con ellas quitó la vida al pérfido Centauro, como tambien que la sangre de la Hidra habia envenenado de manera las flechas, que no tenian cura sus heridas.

Habiéndose Hércules vestido aquella túnica, percibió luego el fuego abrasador, que se le introducia en los huesos. Levantaba horrorosos gritos, que estremecian al monte Oeta: hacia retumbar los mas profundos valles, y hasta el mar se sentia con ellos conmovido. Los mas furiosos toros, que combatiendo, hubieran levantado sus feroces bramidos, no hubieran hecho tan espantoso estruendo. Habiéndose arriesgado á avecindarse á él el miserable Licas, que de parte de Deyanira le ofreció aquella túnica, arrebatado de su dolor, le hizo volar al ayre, como una piedra desprendida con fuerza de la honda de un diestro tirador. Así Licas escapó de la mano poderosa de Alcides: desde lo alto del monte cayó en las aguas del golfo, donde en el mismo punto se transformó en escollo, que conservando aun su primera figura, tiene semejanza de un hombre, y que siendo azotado continuamente del furor de las hondas, amedrenta de léjos á los pilotos mas experimentados.

Despues de la desgracia de Licas, creí que no podia fiarme mas de Hércules, y solo pensé en ocultarme en las retiradas cavernas. Veíale arrancar sin trabajo con la una mano los altos árboles, y las viejas encinas que muchos años habian despreciado el furor de las vientos, y de las tempestades, mientras que con la otra procuraba en vano desasirse la fatal túnica. Se

habia pegado ella á sus espaldas, y como incorporándose con sus miembros: quanto rompia de ella, otro tanto destrozaba su piel y su carne, y brotaba de aquellos trozos en gran copia la sangre, como en arroyos, que regaban la tierra mas vecina. Finalmente: quedando contrastada del dolor su virtud, tú ves, mi querido Filoteles, exclamó, los males que los dioses me hacen padecer: ellos son justos, porque han sido de mí ofendidos, que he violado el amor conyugal. Despues de haber vencido á tantos enemigos, me he dexado vencer vilmente del amor de una extraña beldad. Yo muero, yo muero contentísimo para aplacar la cólera de los dioses. ¡Mas ay de mí! ¿Donde huyes, amantisimo amigo? El exceso de mí dolor me ha hecho executar, es así, una crueldad contra el mísero Licas, la qual yo mismo llevo ahora mal. No supo el veneno que me ofrecia, ni era digno de la desgracia, que ha tenido á mis manos. ¿Pero piensas tú que me puedo olvidar de aquel amor que tengo obligacion de tenerte, y que te quiera quitar la vida? No, no: jamas será verdad, que dexe de amar Hércules á Filoteles. Filoteles acogerá en su seno mi espíritu, que está á punto de volar á otra esfera: Filoteles recogerá mis cenizas. ¿Dónde estás, pues, mi amado Filoteles? ¡Filoteles, la única esperanza que me queda sobre la tierra!

A estas palabras me dí priesa de correr á encontrarle, y él extendió los brazos para apretarme amorosamente; pero le detuvo el temor de encender en mi seno aquel fuego cruel, de que él mismo se sentia abrasar. ¡Ay de mí! dixo: yo no oso abrazarte, ni aun se me concede este ligero alivio.

Hablando de esta forma, juntó todos los árboles que habia abatido antes: construyó de ellos una pira en la cumbre del monte, y subió sobre ella tranquilamente: tendió la piel del leon Neméo, con la qual tanto tiempo habia cubierto sus hombros, quando andaba por todo el mundo á destrozar los monstruos, y librar á los infelices: apoyóse sobre su clava, y mandóme aplicar fuego á la pira.

No pudieron mis manos temerosas y sorprendidas

de un repentino horror, negarle este obsequio cruel: porque ya la vida no le era dádiva y gracia del cielo: tanto el vivir le era funesto, y de extremada pena. Temí tambien, que del dolor excesivo se dexase de suerte arrebatar, que hiciera alguna cosa indigna de aquella virtud, que habia dexado asombrado al mundo. Quando vió que la llama ya se empezaba á prender en la pira: Ahora sí, mi querido Filoteles, exclamó, que hago prueba de tu verdadera amistad; porque eres mas amante de mi honor, que de mi misma vida; ruego á los dioses que te den ellos el galardon. Para tí dexo esas flechas, teñidas en la sangre de la Hidra de Lerna, que son lo mas precioso que tengo acá en el mundo. Bien sabes, que sus heridas son incurables; así te harán invencible, como lo he sido yo, ni habrá alguno que se atreva á pelear contigo. Acuerdate que muero fiel á nuestra amistad, y no olvides jamas quan crecido sea el amor que te he tenido siempre. Si es verdad que tu corazon siente alguna piedad de mis males, bien puedes darme por último un consuelo; prométeme no descubrir jamas á persona ni mi muerte, ni el sitio en donde se ocultaren mis cenizas. ¡Ay de mi! yo se lo prometí, y aun á mas de eso se lo juré, bañando con mis lágrimas la pira. Brilló en aquel momento en sus ojos un rayo de alegria: pero en otro instante, un tropel de llamas, que le embistió de todos los costados, le ahogó dentro las fauces la voz, y me le hizo casi del todo perder de vista. Yo sin embargo le miraba aun al traves de las llamas con rostro tan sereno, como si estuviera en medio de la tropa de sus amigos cubierto de perfumes, y coronado de flores, entre las alegrias de un regalado convite.

Luego le consumiéron las llamas todo lo que tenia de terreno y mortal en sí mismo; y bien presto no le quedó nada de lo que de su madre Alcmena habia recibido en su nacimiento; mas conservó por órden del padre omnipotente aquella delicada é inmortal naturaleza; aquel fuego celeste, que es verdadera causa de la vida, y que le habia dado el mismo Jove. De esta manera fué Hércules á vivir inmortal felizmente en el cielo entre los dioses, donde le dieron ellos por esposa á la apreciable Ebe, que es la diosa de la ju-

ventud, y servia el néctar á Júpiter, antes que Ganimedes mereciere este honor.

Respecto á mí, las flechas que él me dió para que me sirvieran de exceder á los heroes en la gloria, me fueron el origen de males y dolores infinitos. Dispusieron de allí á poco los Reyes coligados abatir la potencia de Príamo, y tomar venganza por Menelao del infame Páris, que le habia robado su esposa. Declaróles el Oraculo de Apolo, que no tenian que tener esperanza de concluir felizmente la guerra menos que no tuvieran las flechas de Hércules.

Ulises vuestro padre, que era el mas advertido en dar consejos, y el mas industrioso en ponerlos por obra, tomó el encargo de persuadirme, que fuera al asedio de Troya en su compañia, y que llevára las flechas, que se persuadia de cierto estar en mi poder. Ya habia mucho tiempo que Hércules no se veia en el mundo; no se oia ya hablar de alguna nueva empresa de aquel héroe, y comenzaban de nuevo á parecer los monstruos y los malvados. No sabian los Griegos qué creerse: unos decian que habia muerto; y otros aseguraban que habia ido al elado Septentrion á alguna grande hazaña; pero Ulises mantuvo que habia muerto, y se metió en la idea de hacermelo decir. Vino pues á encontrarme en tiempo en que yo aun no podia consolarme de la pérdida del grande Alcides. Pasó mucho trabajo para acercarse á mí, porque aborrecia la vista de qualquier hombre. Sentia sumo disgusto en que otro me quisiéra sacar de los desiertos del monte Oeta, donde habia visto morir á mi amantisimo amigo: ni me aplicaba á otro, que á representarme de nuevo con el pensamiento la imágen de aquel héroe, y llorar á la vista de aquellos sitios tan funestos, y melancólicos. Pero vuestro padre tenia en sus labios el arte poderosa, y suave de persuadir. Mostró un dolor, poco ménos que igual al mio: derramó lágrimas: supo ganarse insensiblemente mi corazon, y adquirirse mi confianza, y me movió á compasion de los Reyes Grecia, que iban á pelear por una causa justa, y que sin mí no podian tener feliz suceso. No pudo sin embargo jamas sacarme de la boca el secreto de la muerte de Hércules, que yo habia jurado no declarar:

pero Ulises no la dudaba, y requeriame con instancia, para que le dixera el lugar en que habia ocultado sus cenizas.

¡Desdichado de mi! Temí hacerme perjuro, diciendole un secreto, que habia ofrecido al cielo no descubrir jamas; y fuí de animo ligero, qué me induxe á burlar, y a hacer vano mi juramento, no teniendo osadía de violarlo. Pero los dioses me diéron el castigo de mi culpa. Herí con el pie aquel lugar en que habia ocultado las cenizas de Hércules, fui despues a encontrar los Reyes coligados, y ellos me recibieron con la alegría misma, con que hubieran podido recibir á Alcides. Al pasar por la Isla de Lemnos quise mostrar á todos los Griegos lo que podian obrar mis flechas, poniendome en parage de atravesar un ciervo, que se emboscaba. Inadvertido me dexé caer la flecha del arco, ya flechado, sobre un pie, y ella me hizo una herida, cuyo dolor aun siento; y percibi al instante aquellas mismas ansias, que habia padecido primero Hércules mismo. Llenaba noche y dia toda la isla con mis suspiros; y la negra y podrida sangre, que brotaba en la llaga, infic ionaba el ayre, y esparcia un hedor en todo el campo Griego, que bastaria a ahogar los hombres mas robustos. Horroricé a todo el exército viéndome en aquella suma desdicha, y concluyéron todos, que mi mal era pena enviada de los dioses justicieros a castigar mi culpa.

Ulises, que me habia persuadido partir para la guerra, fué el primero en dexarme. Bien conocí despues que habia obrado así, porque anteponia el comun interes de Grecia, y la victoria, que pretendian los coligados á todas las razones de la amistad ó de la conveniencia particular. Los Griegos no podian sacrificar mas en el campo: tal turbacion causaban en el exército la infeccion de mi herida, el horror producido de ella en todos los animos de los que la miraban, y la violencia de mis alaridos. Pero en aquel momento, en que por consejo de Ulises me ví desamparado de todos los Griegos, me pareció esta politica llena de la mas horrorosa inhumanidad, y de la traicion mas malvada. ¡Desdichado de mí! Estaba ciego, y no prevenia, que era mucha razon, que los hombres mas

sábios se me hicieran contrarios, á imitacion de los dioses, á quienes con mis culpas habia provocado á indignacion.

Casi todo aquel tiempo que duro él asedio de Troya, quedé solo, sin socorro, sin esperanza, sin alivio, abandonado a dolores horribles en aquella isla despoblada é inculta, donde no escuchaba otro, que el estruendo que las ondas hacian, viniéndose á romper contra los escollos. Hallé en aquel desierto una caverna, formada de una peña, que levantaba al cielo dos puntas semejantes a dos cabezas; de cuyos peñascos brotaba una apacible fuente de cristalinas aguas. Era aquella caverna albergue de las fieras; y por eso continuamente estaba yo arriesgado á quedar hecho presa de su furor. Recogí algunas hojas para echarme en ellas; y todas las riquezas, que me habian quedado era un vaso grosero de madera, sin primor trabajado, y algunos destrozados, que me servian de abrigar mi herida, para restañar la sangre, que de ella me corria, y limpiarla de su hediondez. Allí desamparado de los hombres, y dexado a la cólera de los dioses, pasaba el tiempo en atravesar las ligeras palomas con mis saetas, y las diversas aves que volaban en torno de aquella roca. Quando habia muerto alguna ave para que me sirviera de alimento, y conservar la vida, era menester, que á pesar del dolor, fuera arrastrando sobre mis pies, y manos á recoger la presa; y de esta suerte me servian mis manos lo que era necesario á mi sustento.

Es verdad que al partirse, me dexáron los Griegos alguna provision de viandas, pero la consumí en poco tiempo. Encendia fuego de algunos pedernales; y no obstante, si no me hubiera oprimido el dolor, y no me hubiera continuamente traido á la memoria mi funesta desgracia una tal vida, por mas que fuera horrible, me hubiera parecido suave, léjos de los hombres ingratos, y engañadores. ¿Qué modo es este de proceder? decia entre mí mismo: sacar á un hombre del seno de su patria, como al único que pudiera vengar la Grecia, y despues, miéntras duerme, abandonarlo en esta isla desierta? Sabed, pues, que se partiéron los Griegos miéntras que yo dormia,

Juzgad cómo quedaria asombrado, y qué lágrimas verteria en despertándome, viendo los baxeles, que sulcando los mares, se iban alejando de Lemnos. ¡Infelice de mi! buscando á todas partes de aquella isla erizada y horrible, no hallé sino al dolor.

No hay puerto en ella, ni comercio, ni albergue, ni hombre que allá se llegue voluntario: no se advierten allí otros, que los que haya arrojado una tormenta; ni alguno puede esperar compañía, sino la que le ofrecen los naufragios, que indultan á los hombres con pension de vivir muchas veces como fieras. Y aun los que se acercaban á aquel lugar, no osaban recibirme en sus naves para restituirme á la patria; porque temian de provocar no ménos que el enojo de los dioses, el de los Griegos contra sí propios. Hacia ya diez años que padecia el dolor y la hambre: que alimentaba una llaga que me consumia; y que en mi corazon habia fenecido aun la esperanza.

De improviso volviendo de buscar ciertas yervas medicinales que me suavizaban la herida, ví en mi caverna á un jóven agraciado y galan, de un espíritu vivo, y de la estatura de un héroe. Parecióme al mirarle el mismo Aquiles: tan del todo le semejaba en las facciones, en el mirar y andar; solamente la edad me hizo entender que no podia ser él. Advertí que en su rostro se descubrian dos diversos afectos, la compasion, y juntamente la perplexidad. Viendo con qué trabajo, y con qué lentitud me arrastraba á mi propio, se movió á la piedad de mi desgracia, y le enterneciéron el corazon los dolorosos y agudos gritos, con los quales hacia resonar la playa.

¿Qué desventura, le dixe, ó forastero, te ha conducido à esta isla no habitada? Conozco bien el trage de Griego: trage á quien todavía estimo tanto. ¡O con quánta impaciencia deseo oir tu voz, y hallar en tu boca el idioma que aprendí en mi niñez, y del qual ha tan largo tiempo que no he podido usar en esta soledad con alguno de los mortales! No te espantes de ver á un hombre tan desgraciado; pues mas presto deberias moverte á compasion.

Apénas me dixo Neoptolemo: Yo soy Griego: quando prontamente exclamé: ¡O palabra dulce,

despues

despues de tantos años de silencio, y de dolor sin consuelo! ¿Qué desgracia, hijo mio, qué tempestad, ó por mejor decir, qué viento favorable te ha traido á este sitio á fenecer mis males? Yo, me respondió, soy de la isla de Scyro, y ahora me restituyo á la patria: dicen que soy hijo de Aquiles: me llamo Neoptolemo: ya lo has oido todo.

No se satisfacia mi ansia de saber con tan pocas y breves voces. ¡O hijo, dixe entónces otra vez, de un padre que tanto he amado! ¿Discípulo querido de Licomedes, cómo, y de dónde vienes á este lugar? Respondióme que venia del asedio de Troya. ¿Tú no estabas, le repliqué, entre los que partiéron á aquella empresa, quando empezó la guerra? ¿Y tú, me dixo, dónde estabas entónces? ¿No sabes, respondí, bien lo veo, ni el nombre, ni las desgracias de Filotetes?

¡Ah qué infeliz que soy! Mis perseguidores me insultan en mi misma miseria. Mi dolor se acrecienta, miéntras son conocidos á la Grecia los males que padezco. Los hijos de Atreo son los que me han reducido á este estado. Ruego á los dioses, que les den la paga.

Contéle despues la manera con que me abandonáron los Griegos. Luego que hubo oido mis quexas, empezó tambien él á referir sus desgracias, y acompañar así mis lamentos. Despues de la muerte de Aquiles.... ¿Luego Aquiles es muerto? le dixe yo al instante, interrumpiéndolo. Perdóname, hijo mio, si te embarazo, que prosigas tu relacion, con las lagrimas, que yo debo á tu padre. Vos, me respondió Neoptolemo, me consolais interrumpiéndome. O quán suave me es el ver á Filotetes llorando por mi padre.

Neoptolemo, volviendo á hablar, prosiguió con decir: Despues de la muerte de Aquiles, viniéron á buscarme Ulises y Fenix, asegurándome, que la ciudad de Troya no podia sin mi asistencia ser arruinada de los coligados. No tuviéron mucho que hacer en llevarme consigo: porque el dolor de la muerte de Aquiles, y el deseo de heredar parte de su gloria en aquella guerra, me constreñian harto á seguirlos. Llego al asedio: cíñeme al rededor todo el exército: cada uno jura, que ve al mismo Aquiles en su hijo;

pero á mi pesar habia muerto el verdadero Aquiles. Jóven sin experiencia, creí poderme prometer alguna cosa de aquellos que me daban tantos elogios. Pedí luego las armas de mi padre a Agamenon y Menelao, y ellos me respondiéron cruelmente; Tú tendrás lo restante de lo que fué suyo; pero las armas de Aquiles estan destinadas á Ulises.

Turbéme al mismo punto; lloré, me enfurecí, y Ulises me decia sin alterarse: Tú, jóven, no has estado tan largo tiempo como nosotros en los crecidos riesgos de este asedio: tú no has merecido armas tales, y hablas ya con sobrado orgullo; pero sabe que nunca serán tuyas. Injustamente despojado de Ulises, vuelvo á la isla de Scyro, harto ménos indignado que contra él, contra los dos hermanos. Quiera el cielo mostrársele propicio á qualquiera que sea su enemigo. No tengo que decirte mas, Filotetes; ya lo he dicho todo.

Preguntéle entónces de qué suerte Ayax, hijo de Telamon, no habia embarazado esta injusticia. El me respondió luego: Ayax es muerto. ¡Ayax es muerto, exclamé, y no muere Ulises; ántes por el contrario es tenido en gran precio en el exército! Pedíle despues nuevas de Antíloco, hijo del prudente Nestor, y de Patrocolo, á quien habia Aquiles amado tanto. Tambien esos, me dixo Neoptolemo, son muertos. ¿Luego han muerto? Volví á exclamar de nuevo: ¡Infelice de mí! ¿Qué es lo que escucho? ¿Así la guerra cruel acaba con la vida de los buenos, y perdona la de los malos? ¿Luego Ulises vive? Ya que quedan en el mundo los malos, que no mueren los impios; creo que ciertamente vive tambien Tersites. ¿Los dioses hacen estas injusticias, y aun los alabarémos?

Miéntras yo estaba arrebatado de esta manera con el ímpetu del enojo contra vuestro padre, pasaba Neoptolemo adelante en engañarme. Para eso, volviéndose á mí, añadió estas palabras, con que me afligió por extremo: Léjos del exército Griego; donde el mal prevalece al bien, ahora me parto á la rústica isla de Scyro, á vivir alegre y contento. A dios, Filotetes: me parto: ruego á los dioses que te sanen tu herida.

Conjúrote, hijo mio, le dixe luego, por el amor que tienes á la grande alma de tu padre, por el que tienes á tu madre, por lo que mas estimas sobre la tierra, que no me dexes solo entre estos males, que sin que necesite de expresarlos mas, ellos mismos se ofre en á tus ojos. Sé bien de quanto peso te he de ser; pero te seria vergüenza el desampararme. Echame en qualquier puesto en donde te ocasione ménos molestia, en la proa, ó la popa, ó en la sentina de tu baxel. Solamente los grandes corazones saben quanta gloria se adquiere con ser buenos. Ea, no me dexes en un desierto, donde no se halla humana huella: condúceme á tu patria, ó á Eubea, que no dista del monte Oeta, de Trachinico, y de las deliciosas orillas del Sperchio: ten á bien el sacarme de este lugar, y restituirme á mi padre. ¡Mas ay de mí, que temo que él ha muerto! Ya le hice yo avisar, que me enviára una nave: ó él ha muerto, ó aquellos que me ofreciéron avisarle, no han cumplido con su promesa. A tí recurro pues, para que me socorras. Acuérdate, hijo mio, de la fragilidad de las cosas humanas: ¿Quiénes feliz ha de temer usar mal de su propia felicidad, y debe socorrer á los necesitados?

Así me hacia hablar á Neoptolemo el exceso de mi dolor; y él me ofreció de llevarme consigo fuera de la isla. ¡O feliz dia! exclamé entónces nuevamente: ó amable Neoptolemo, digno de una gloria tan grande como la de tu padre! ¡Permitid me, ó amado compañero de mi viage! que me despida de esta triste morada. Mirad donde he vivido, y discurrid lo que habré padecido: ninguno otro lo hubiera podido tolerar; pero la necesidad me habia enseñado á soportar los males; porque ella es la que enseña á los hombres, lo que de otra manera no pudiéran nunca saber. Los que no han padecido nunca, no saben cosa alguna: no conocen los bienes, ni los males, ni los hombres, ni aun á sí mismos. Despues de hablar así, tomé el arco y las flechas.

Entónces me rogó Neoptolemo, que le permitiera besar unas armas tan celebradas, y consagradas del invencible Alcides. Todo está á tu mandado, le respondí, quanto de mi arbitrio depende; pues eres tú,

hijo mio, quien hoy me da la vida, la patria, el padre consumido de los años, los amigos, y á mí. Puedes tocar las armas, y vanagloriarte de ser el solo entre los Griegos, que ha merecido tocarlas. Entró al punto Neoptolemo en mi gruta para admirar las armas del grande Alcides.

En este punto me asaltó un horrible dolor, que me conmovió todo el ánimo. No sabia que hacerme, y queria cortarme el pie, pidiéndo para esto un cuchillo, exclamando con alta voz: ¿O muerte tan deseada, por qué no llegas? Abraseme, ó jóven, en esta hora, como abrasé yo al hijo de Júpiter. Tierrra, tierra, recibe á un moribundo, que no está ya en estado de recobrarse. De este exceso de pena que me sacó de mí, dí repentinamente en un profundísimo letargo. Comenzó un gran sudor entónces á aliviar mi dolor, y salió de mi herida al mismo tiempo, negra y podrida sangre. Miéntras estaba yo adormecido, hubiera podido Neoptolemo fácilmente tomar las armas, y con ellas partirse; mas era hijo de Aquiles, y no habia nacido para engañarme.

Quando me desperté, reconocí en su rostro turbacion, y alguna confusion interior. Suspiraba del modo que un hombre, que no sabe ocultar con arte su pensamiento, y que obra alguna cosa contra su voluntad. ¿Quieres, le pregunté, engañarme tú, por ventura? ¿Qué estás entre tí mismo discurriendo? Yo voy al asedio de Troya, y es menester que me sigas. ¡Ay, hijo mio! ¿Qué es lo que has dicho? Vuélveme luego el arco: bien advierto que me has hecho traicion; mas ruégote no me quites la vida. ¡Infelice de mí! El se estaba callando sin responderme, y me miraba sosegadamente, y no habia cosa que le moviera á apiadarse de mi dolor. ¡O playas! exclame: ¡ó promontorios de Lemnos! ¡ó fieras, ó peñascos inacesibles! con vosotros me duelo, porque no hay otros con quien dolerme, sino vos solos que estais acostumbrados de largo tiempo á escuchar mis quexas. ¡Luego el hijo del grande Aquiles me ha de hacer traicion! El me roba el arco sacro de Alcides: quiere á fuerza conducirme al campo de los Griegos para triunfar de mí; ni advierte, que triunfar de un muerto, es triun-

far de una sombra, de una vana fantasma. ¡O si él me acometiera en mi robustéz! Sin embargo aun ahora no me invade sino con engaño. Hazte, hijo mio, hazte semejante á tu padre, el grande Aquiles: hazte semejante á tí mismo. ¿Qué piensas, Neoptolemo? ¿qué respondes? ¡Ah! tú te estas silencioso, y nada me respondes. A tí, pues, vuelvo, ó rústico peñasco, desnudo, miserable, desamparado, para fenecer solo en esta gruta, donde no tendré ya con qué alimentarme. Me devoraran las fieras, pues me hallaré sin el arco, con que solia matarlas. Pero suceda lo que quiera, nada me importa. Mas tu semblante, hijo mio, no me muestra que sean malas tus costumbres. Sea la que quisieres tu intencion, vuélveme las armas que me has quitado, y pártete luego de este lugar.

Entónces Neoptolemo con lágrimas en los ojos, y con la voz baxa, dixo: ¡Plugiera á los dioses, que nunca me hubiera partido de Scyro! Entre tanto grité: ¡Ah, y qué objeto se me representa á la vista! ¿No es Ulises aquel que veo? ¿Luego llegó su voz á mis oidos? Y él me respondió: Sí, Ulises soi. Confieso, que si se hubiera abierto el infierno, y se hubieran visto aquellos tenebrosos abismos, que hasta los dioses miran con temor, no me hubiera espantado tanto. ¡O tierra de Lemnos, que tomo por testigo! grité con mas esfuerzo que nunca: ¡ó sol! ¡lo veis y lo sufris! Jupiter, me respondió Ulises sin alterarse, Júpiter lo quiere, y yo executo lo que me manda. ¿Luego tienes, le repliqué, tan poco respeto á Júpiter, que osas nombrarlo? Mira á ese jóven, que no habia nacido para engañar, y padece interior violencia en executar lo que esta obligado por tu consejo á obrar. Nosotros no venimos ni á engañaros, ni á haceros daño, sino á sacaros de este mísero estado, á sanaros de vuestro mal, á haceros conseguir la gloria de rendir á Troya, y para conduciros á vuestra patria; vos, y no Ulises, sois enemigo de Filotetes.

Dixe entónces á vuestro padre todo lo que el furor pudo dictarme. Despues de haberme dexado en esta playa, ¿Por qué no continuás en dexarme en paz? Anda á buscar la gloria, que se adquiere en la guerra,

y á negociarte todos los placeres: goza de tu felicidad en compañía de Agamenon y Menelao, y déxame en mi miseria, y en mi dolor. ¿Para qué sacarme de este lugar? Me han reducido ya á nada mis males; y por decirlo asi, estoy ya muerto. ¿Por qué no crees hoy tambien, como lo creiste ántes, que no estoy en estado de salir de esta isla, y que mis gritos, y la infeccion de mi llaga estorbarán los sacrificios? ¡O, Ulises, autor de todos mis males! Los Dioses te puedan: : : : : Pero no me escuchan los dioses, antes por el contrario á mi enemigo dan brio, y aliento. ¡O tierra de mi patria, que no tendré nunca el consuelo de volverte á ver! O dioses! si alguno hay aun antes justo, para apiadarse de mis desdichas, castigad á Ulises, castigadle. Si le hubiera yo castigado, tendria tanto gusto de su pena, que entónces me tuviera por recobrado de mi herida.

Hablaba de este modo y no perdiendo nada vuestro padre de la propia tranquilidad, me miraba con un ayre de rostro compasivo, como un hombre, que no queriendose enojar, es puntualmente semejante á un peñasco, que en la cima de un monte desprecia todo el ímpetu de los vientos, que lo contrastan; y quedándose inmoble, dexa que se consuman y cansen los esfuerzos de su furor. Asi vuestro padre, estándo callando, esperaba que desahogára toda mi indignacion; porque sabia bien, que no conviene convertir las pasiones de los hombres, para hacerlas sujetas á la razon, sino quando con una especie de cansancio empiezan por sí mismas á enflaquecerse. Dixome despues estas palabras: ¿Dónde estan, Filotetes, vuestra prudencia, y vuestra osadía? He aqui el tiempo en que debiais aprovecharos de ellas. Si no quereis seguirnos para cumplir los grandes designios, que Júpiter ha resuelto obrar por vuestro medio, á Dios: sois indigno de ser el libertador de la Grecia, y el destruidor de Troya: quedaos en Lemnos. Estas armas, que os quito y llevo conmigo, me adquirirán la gloria, que estaba destinada para vos. Partamos Neoptolemo, porque de nada sirve el hablarle; y la compasion de uno solo, no debe hacernos abandonar el bien de toda la Grecia.

Apoderóseme entonces un dolor, como el de una leona, á quien el cazador robó sus cachorrillos, que llena de rugidos las selvas. ¡O caverna, decia yo, nunca será verdad que yo te haya dexado! Tú que has sido por tanto tiempo la memoria de mi dolor, serás tambien sepulcro de mi cadaver. Aquí me quedaré sin sustento, y quedaré tambien sin esperanza. ¿Quién será tan piadoso, que me dé un acero, que me atraviese, y dé fin á mis males? O á lo menos, las aves de rapiña pudierán hacerme su presa, ya que no puedo herirlas con mis flechas. ¡O arco precioso! arco consagrado con las manos del grande hijo de Júpiter! Es posible, amado Hércules, que si aun allá en el cielo te queda algun afecto, no te muevas á enojo, viendo que el arco, que me dexaste, no está ya en manos de tu fidelisimo amigo, sino en las manos impuras del engañoso Ulises? No huyais mas, aves de rapiña: no huyais mas léjos de esta caverna, fieras: no me hallo ya con flechas para heriros. ¡Qué desgraciado soy! Ahora no os puedo ya dañar: venid, pues, á comerme, ó ántes me reduzca á pavesas el incendio trisulco del cruel Jove.

Habiendo vuestro padre tentado todas las maneras de persuadirme, juzgó al cabo, que el mejor medio era restituirme las armas que me habia quitado, é hizo señas á Neoptolemo para que me las diese. Digno hijo de Aquiles, le dixo luego, bien muestras ser el que te presumes; pero desvíate; y déxame acabar con mi enemigo. Púseme en ademan de tirar una flecha contra Ulises; pero detúvome Neoptolemo, que me decia: La saña, ó Filotetes, os turba la razon, y estorba que veais lo indigno de la accion, que vais á executar. Ulises entretanto mostraba un ánimo igualmente sereno contra las flechas con que me disponia para herirle, que contra las injurias que le decia. Movióme entónces interiormente una intrepidez, y sufrimiento tan grande; y avergonceme de haber querido en el primer impulso de mi furor servirme de mis armas, para matar al mismo que me las habia hecho restituir. Y como sin embargo no se habia aun sosegado el enojo en mí, me quitaba todo consuelo considerar que era deudor de mis armas á un hombre, á

quien tenia un ódio tan excesivo. Sabed, Neoptolemo me decia entretanto, que habiendo salido de Troya el divino Heleno, hijo de Príamo, por mandamiento, é inspiracion del cielo, nos ha expresado los sucesos futuros. Caerá, dixo, la desdichada Ciudad de Troya; mas no podrá caer, sino despues de combatirla aquel que tiene en su poder las flechas de Hércules; y él no puede esperar recobrar su salud, sino habiendo llegado á visitar á Troya: aquí le curarán de su herida los hijos de Esculapio.

Sentíme en este instante partido el corazon de dos pasiones. Enterneciame la sinceridad y buena fe con que me habia vuelto Neoptolemo el arco, que me habia quitado; mas siendome preciso convenir con la voluntad de Ulises, no podia aun resolverme á vivir: una mala vergüenza no me daba lugar para tomar partido. ¿Me dexaré pues ver, decia entre mí mismo, en compañia de Agamenon, y Menelao? ¿Qué juzgarán de mí los demas hombres?

Estando así perplexo, hirió mis oidos una voz mas que humana repentinamente. Al mismo tiempo se me dexó ver Hércules dentro de una brillante nube, y lleno todo de rayos luminosos de gloria. Conocí facilmente sus facciones algo abultadas, su corpulencia robusta, y modo sencillo; pero tenia un ayre autorizado, y una magestad, que nunca en él se habia advertido, quando sujetaba los monstruos con su valor.

A Hércules, me dixo, ves y oyes. He baxado del cielo para hacerte saber los mandamientos de mi omnipotente padre. Bien sabes, qué fatigas me ha costado la inmortalidad, que ahora gozo. Si tú igualmente quieres correr, por el camino de la gloria, sobre las huellas que yo he estampado, necesitas, ó Filotetes, de ir junto con el hijo del grande Aquiles. Cobrarás la salud, y atravesarás con mis flechas al infame Páris, autor de tantos males. Tendrás ricos despojos, que despues de apresada Troya, enviarás á tu padre Peante al monte Oeta: pondránse esos despojos sobre mi sepulcro en eterna memoria de la victoria, cuyo honor á mis flechas se debera. Y tú, ó hijo de Aquiles, sabe que no puede vencer Filotetes sin tu asistencia, ni tú sin el socorro de Filotetes. Id pues

como dos leones, que van juntos en busca de la presa. Entretanto enviaré á Esculapio á Troya, para dar la salud á Filotetes. Acordaos especialmente, ó Griegos, de amar, y de observar la religion: fenece qualquiera cosa: ella sola jamas fenece.

Habiendo escuchado estas palabras, ¡ ó dia venturoso, ó apacible dia! exclamé: ¿Despues de tantos años, al fin amaneces? Te obedezco, ó gran Hércules, y me parto al instante, habiendo saludado estos lugares. A Dios, amada gruta: á Dios, ninfa, que guardas estos prados: no oiré mas el sordo murmullo de las ondas de esta ribera. A Dios, playa, en donde tantas veces he padecido las injurias del ayre: á Dios, promontorios, donde el eco repitió tan freqüentemente mis quexas: á Dios graciosas fuentes, que me habeis sido tan amargas: á Dios. Déxame, ó tierra de Lemnos, déxame partir felizmente, ya que me voy adonde los dioses me llaman, y el gusto de mis amigos.

Así finalmente partimos, y llegamos á Troya, que mucho tiempo habia tenian sitiada los Griegos. Allí Macaon, y Polidrio me sanaron mi herida con la divina gracia, que habian aprendido de su padre Esculapio, ó me pusieron á lo menos en el estado en que me veis ahora. No siento ya dolor alguno, y he recobrado ya mi robustez primera: solamente me veo precisado á andar un poco cojo. Cayó allí Páris, herido de mis flechas, como un tímido cervatillo, que el cazador traspasa con sus saetas. Bien presto se reduxo á pavesas la ciudad afamada de Ilion; ya sabeis lo demas.

Yo sin embargo tenia aun contra el sabio Ulises no sé qué ódio: acordándome de los males que padecí, ni su virtud podia apaciguar mi enojo. Mas la vista de un hijo que le semeja, y no puedo hacer ménos que amar, me ablanda el corazon aun á favor del padre.

FIN DEL LIBRO DECIMO-QUINTO.

TELÉMACO.

LIBRO XVI.

SUMARIO.

Telemaco entra en disputa con Falanto por unos prisioneros que cada uno pretendia ser suyos: combate y vence á Hippias, que, despreciando su juventud, toma con altivez aquellos prisioneros para su hermano Falanto. Pero, descontento de su victoria, llora en secreto su temeridad y culpa, que, quisiera remediar. Al mismo tiempo Adrasto, rey de los Daunos, informado que los reyes aliados no piensan sino en apaciguar la disputa de Telemaco é Hippias, los ataca de improviso. Despues de haber sorprehendido cien navios enemigos para llevar sus tropas al campo de los aliados, luego abrasa á este, comienza el ataque por el quartel de Falanto, mata á su hermano Hippias; y Falanto mismo queda traspasado de sus golpes.

Hasta que de esta forma acabó Filotetes de contar sus sucesos, habia Telémaco estado suspenso, y casi inmoble. Tenia fixos los ojos en aquel grande hombre que estaba hablando; y en el semblante ingenuo del mancebo se iban declarando sucesivamente todas las pasiones, que movieron á Ulises, Hércules, Filotetes, y Neoptolemo, segun ellas se referian. En el discurso de la relacion, exclamaba tal vez, é interrumpia, sin advertirlo, á Filotetes. Tal vez tambien parecia suspenso, como un hombre que piensa con atencion profunda en la serie y órden de los sucesos. Quando representaba Filotetes la neutralidad de Neoptolemo, que no sabia disimular, parecia que se hallaba Telémaco con la misma, y en aquel lance, se le equivocára fácilmente con Neoptolemo.

En esto, el exército aliado marchaba con buen órden contra Adrasto, que despreciaba á los dioses, y no estudiaba sino en engañar á los hombres. Halló el hijo de Ulises no pocas, ni pequeñas dificultades en el modo de haberse con tantos Reyes, que estaban rezelosos unos

de otros; porque era menester no hacerse sospechoso á ninguno, y hacerse amar de todos. Bien tenia Telémaco buena índole, y sincera; pero poco dispuesta á acariciar á qualquiera que fuese: no tenia cuidado á lo que podia ser del gusto de los mas, ni era aficionado á las riquezas; mas no sabia dar. De esta manera con un corazon noble, y naturalmente inclinado á lo bueno, no se mostraba oficioso, ni facil para amar, ni liberal, ni reconocido al cuidado que tenian los otros de complacerle, ni atento á distinguir los méritos agenos. Dexábase llevar del apetito propio, sin advertencia alguna. Habíalo su madre Penélope, á pesar de Mentor, criado con una altivez, y un orgullo, que deslucian todo lo que en él se encontraba mas apreciable. Estimábase como de otra naturaleza que el resto de los hombres, y no le parecia que los dioses habian puesto á los otros sobre la tierra sino para darle gusto, para servirle, para prevenir qualquier deseo suyo, y para referir á él todas sus acciones como á una deidad. Conforme á su opinion, era recompensa harto grande para los que le servian el mismo servicio. No convenia tener por imposible alguna cosa, quando se trataba de contentarlo: la mas mínima detencion movia á enojo su complexion fogosa.

Quien lo mirara así, como se figuraba, por sus inclinaciones naturales, juzgaria que era incapaz de tener amor á otra cosa, que á sí mismo; y que no sentia otro afecto que el de su gloria y gusto. Mas esta indiferencia ácia los otros, y esta atencion continua ácia sí, no procedián sino de la continua agitacion, que ocasionaban sus propias pasiones. Habia él ademas sido desde la cuna sobrado acariciado de Penélope; y era un vivo exemplo de la desgracia de aquellos que nacen en sublime fortuna. Las desventuras que habia tolerado desde su edad mas tierna, no habian podido templar este ímpetu y orgullo. Desprevenido de todo, desamparado, expuesto a tantos males, no habia perdido cosa de su primera soberbia. Volvia ella á alzarse, como suele la palma por sí propia erguirse, por mas que se haga todo el esfuerzo para tenerla inclinada á la tierra.

En tanto que Telémaco estaba con Mentor, no cre-

cian estos defectos, y se iban disminuyendo de dia en dia. Semejante á un fogoso caballo, que va saltando por los vastos prados sin que le detengan las peñas intratables, ni los precipicios, ni los torrentes; y solo conoce la voz, y la mano de un hombre solo, capaz de hacerle manso, y domeñarlo. Telémaco, lleno de una noble animosidad, no podia ser tenido á rienda de otro que de Mentor; ántes en su mayor ímpetu, una sola mirada de Mentor prontamente le detenia. Entendia al punto Telémaco lo que aquella mirada significaba, y llamaba sin dilacion adentro del corazon todos los sentimientos de la virtud, que se habian extraviado; y la prudencia de aquel anciano suavizaba en un punto, y serenaba el rostro del jóven. Quando amaga Neptuno con su tridente á las rebeldes ondas, no abonanza mas velozmente las tenebrosas borrascas.

En hallandose solo Telémaco, todas sus pasiones, que habian estado reprimidas como un torrente de sus altas riberas, recobráron su primer curso. No pudo sollevar la arrogancia de los Lacedemonios, y de su gefe Falanto. Esta colonia, que habia venido á fundar Taranto, se compania toda de jóvenes nacidos durante el asedio de Troya, que no habian tenido educacion alguna. Su nacimiento ilegítimo, el desórden de sus costumbres, y la licencia en que se habian criado, les daban no sé qué de bárbaro, y de feroz. Antes que á una colonia Griega, se semejaban á una quadrilla de vandoleros.

Procuraba Falanto con qualquiera ocasion contradecir á Telémaco, y interrumpíale muchas veces en las asambleas, haciendo poco caso de sus consejos, como de un jóven sin experiencia. Burlaba de él, tratandolo de flaco y afeminado: hacia reparar á los capitanes del exército qualquier defecto suyo, aunque ligero: y solicitaba sembrar sospechas en todas partes, y hacer la altanería de Telémaco odiosa á todos los confederadores.

Habiendo un dia apresado Telémaco algunos Daunos, pretendió Falanto que le tocaban á él, alegando, que él á la frente de sus Lacedemonios habia derrotado aquella partida enemiga; y que Telémaco encontrando á los Daunos ya vencidos y fugitivos, no ha-

bia tenido mas trabajo que el de darles la vida, y conducirlos al campo. Al contrario, Telémaco sostenia haber estorbado, que Falanto fuera vencido, y haber obtenido victoria contra los Daunos. Fueronse pues entrambos á tratar su causa en el congreso de los Reyes confederados: dexóse Telémaco arrebatar del enojo de tal manera, que llegó hasta a las amenazas; y si no los hubieran detenido en aquel mismo punto llegáran á las manos.

Tenia Falanto un hermano llamado Ippia, célebre en todo el exército, por la braveza, por la fuerza, y por la destreza. Polux, decian los Tarentinos, no combatia con el cesto mejor que él; ni Castor le hubiera podido exceder en la maestria de manejar un caballo. Tenia poco ménos que la estatura, y la fuerza de Hércules. El ser mas atrevido y brutal, que valerozo y esforzado, era ocasion que en todo el exército le temieran.

Habiendo visto pues Ippia, con qué altivez habia Telémaco amenazado á su hermano, fué presurosamente á tomarse los prisioneros, y llevárselos á Taranto, sin esperar el juicio de la asamblea. Telémaco, que con secreto tuvo noticia de ello, salió rechinando de rabia, como un jabalí espumoso, que va en busca del cazador, que le hizo alguna herida. Andaba acá y allá por todo el campo buscando con los ojos al enemigo y blandiendo el dardo, con que lo pretendia atravesar. Hallólo finalmente y redoblósele el furor al mirarlo. No era ya aquel prudente Telémaco, enseñado de Minerva, debaxo la figura de Mentor: era un loco, un furioso leon.

Detente, dixo luego á Ippia en alta voz, detente, ó el mas vil de todos los hombres! Verémos de aquí á poco, si me podrás robar los despojos de esos soldados, á quienes ha vencido mi valor. Se dirá que contigo los llevaste á Taranto: y si no, anda, ve, y muere á mis manos; dixo, y arrojó el dardo: mas tirólo con tanta furia, que no pudo librar el tiro, para enderezarlo bien á su blanco. Así que voló el dardo sin tocar al contrario, puso luego mano á la espada guarnecida de oro, que al ausentarse de Itaca, Laertes su avuelo le dió, como prenda de su cariño. Ha-

bíala estrenado Laertes con mucha gloria en su juventud, y ensangrátadola en las venas de muchos capitanes famosos entre los Epirotas, de cuya guerra habia quedado él vencedor. Apénas que Telémaco desenvaynó la espada, Ippia, que se queria aprovechar de la ventaja que le daban sus fuerzas, se arrojó sobre él para quitársela: rompióse en las manos de entrambos, y luego se aferraron, y se estrecháron á una obstinadamente. Ellos como a dos leones, que se procuraban despedazar, centelleando los ojos, se encogen, se dilatan, se alargan, se abaxan, se enderezan, y se echan impetuosamente uno contra otro, sedientos entrambos de sangre. Ya se hallan á las presas pies contra pies, manos contra manos: parecia que los dos cuerpos, enlazados de aquella suerte, no eran sino uno solo. Mas parecia que Ippia como mayor de edad, habia de oprimir á Telémaco, cuya juventud tierna era ménos robusta, y de menores nervios. Ya Telémaco, falto de aliento, sentia flaquear las rodillas; y viendo Ippia que zozobraba, redobló vigorosamente sus esfuerzos. Perdido era el hijo de Ulises, y ya estaba para llevar igualmente la pena de su temeridad, que de su furor, si Minerva, que desde léjos tenia de él cuidado, y que no lo desamparaba en tan extremado peligro, sino para enseñarlo, no hubiera de declarar la victoria á su favor.

No partió de Salento, ni dexó el Palacio de Idoméneo; sino que envió al campo de los confederados á la diosa Iris, que es la mensagera veloz de las órdenes, y voluntad de los dioses. Esta luego se levantó volando, sulcando ligeramente el inmenso espacio del ayre, y dexándose a las espaldas por donde ella pasaba, una larga faxa de luz, que revestia las nubes de mil varios colores. No paró hasta la ribera del mar, donde estaba acampado el exército innumerable de los confederados. Allí miró de léjos el combate, el furor, y el esfuerzo de los dos embregados contendedores, y rechinó de enojo á la vista del riesgo de Telémaco. En aquel mismo instante en que Ippia se tuvo por vencedor, viendo que no habia perdido nada de su fuerza, se avecinó á Telémaco, dentro de una nube clarisima, que ella formó de los mas sutiles vapores, y le cubrió

con la Egide, que le entregó Minerva. Entónces al momento Telémaco, que desfallecia, faltándole las fuerzas, coménzó nuevamente á recobrarse. Quanto él recibia mas brio, tanto mas se alteraba el enemigo, y percibia no sé qué de divino, que lo espantaba, y que lo oprimia. Telémaco lo acosaba, lo acometia, ahora de una, ahora de otra manera; lo maltrataba briosamente, sin dexarle un momento para repararse; al fin echólo á tierra, y cayó encima de él. Una crecida encina, que sobre el monte Ida, cortada de mil golpes, con que ha retumbado toda la selva, hace gemir la tierra en su caida, y estremecer á todo su contorno, no hace mas horrible estallido.

El hijo de Ulises en esto habia recobrado la prudencia, junto con el vigor. Apénas Ippia cayó en tierra debaxo de él, conoció bien Telémaco el error que habia cometido, acometiendo de aquella forma al hermano de un Rey de los coligados, á quienes él habia ido á socorrer en la guerra, y acordóse con su vergüenza de los sábios consejos, que habia recibido de Mentor. Corrióse de su victoria, y conoció quánto habia merecido quedar vencido. Falanto en este tiempo corria, arrebatado del furor, á socorrer á Ippia; y hubiera traspasado con un dardo al hijo de Ulises, á quien le asestaba, si no hubiera temido traspasar tambien á su hermano junto con él, teniéndole Telémaco debaxo tendido sobre el polvo de la tierra. Bien pudiera el mismo Telémaco quitar la vida al veneido sin algun trabajo; pero ya en su interior se habia apaciguado el enojo, y no pensaba en otro, que en reparar su falta, mostrándose templado en la victoria; y por eso levantándose en pie, le dixo: Bástame, ó Ippia, el haberos enseñado a nunca despreciar mi tierna juventud: vivid, pues, que yo quedo admirado de vuestra fortaleza y vuestro brio. Me han asistido los dioses: rendíos a su poder, y no pensemos mas que en pelear juntos contra los Daunos.

Hablando así Telémaco, Ippia lleno de vergüenza, y de rabia, se levantó en pie, sucio todo de sangre, y cubierto de polvo. No se atrevia Falanto á quitar la vida al que tan generosamente la acababa de dexar á su hermano, y estábase perplexo y fuera de si propio.

Todos los Reyes confederados corriéron allá luego, y conduxéron de una parte á Telémaco, y de otra á Falanto, y á Ippia, que perdida su primera altivez, estaba con los ojos en tierra, y no se atrevia á levantarlos. No podia todo el exército admirarse bastantemente, que Telémaco en una edad tan tierna, en que no tienen aun los hombres toda su robustez, hubiera podido abatir á un hombre, que en la fuerza y la estatura parecia gigante de los que en los siglos pasados osáron mover guerra á los dioses, para sacarlos del cielo.

Pero Telémaco estaba muy distante de gustar del placer de la victoria, miéntras todos los otros no podian saciarse de admirarla. Retiróse á su pavellon avergonzado todo de su falta, y puesto en tal estado, que no se podia tolerar á sí proprio. Allí se condolia de su enojo sobrado pronto, y advertia quanto en los ímpetus de su furor era injusto, y puesto á la razon. Hallaba no sé qué de vanidad, de flaqueza y baxeza en aquella su no ménos injusta, que desmesurada altivez; y conocia que no consiste la verdadera grandeza sino en la moderacion, en la justicia, en la apacibilidad y la modestia. Bien lo veia; pero esperaba emendarse, despues de tantas recaidas. Estaba á pleyto consigo mismo, y altamente rugia á guisa de un rabioso leon.

Estuvose dos dias cerrado á solas en su pavellon, no pudiéndose resolver á salir, para tratar con nadie; y castigándose de este modo: ¡Infelice de mí! decia: ¿Me atraveré por suerte á volver á ver á Mentor? ¿Soy yo el hijo de Ulises, que es el mas prudente, y el mas sufrido de todos los hombres? ¡Luego yo he venido á traer la discordia, y el desórden al exército de los aliados! ¿Quál es la sangre que he de derramar, la de los amigos, ó la de los Daunos, que son nuestros contrarios? He sido temerario: me he dexado llevar del furor hasta arrojar mi dardo: he puesto á peligro la vida, combatiendo con Ippia con fuerzas desiguales á las suyas, no pudiendo esperar sino la muerte, junta con la vergüenza de ser vencido. ¿Pero qué importaria que hubiera muerto? No seré mas, no, no seré aquel temerario Telémaco: aquel jóven desatinado á quien no aprovechan consejos: hubiera mi vergüenza

tenido fin con la vida. ¡Ay de mí! ¡Si pudiera á lo ménos esperar nunca cometer otra vez lo que me tiene muy afligido haber executado! ¡O quan dichoso fuera! ¿Pero por ventura despues al acabar el dia querré hacer lo mismo, de que ahora me corro, y de que tengo tan gran horror? ¡O victoria funesta! ¡alabanzas, que no tengo valor de sufrir, y son reprehensiones crueles de mi necedad!

Estándose Telémaco solo, y desconsolado, Nestor y Filotetes le fuéron á buscar. Queríale Nestor representar quanto contra razon habia obrado: mas mirando el discreto viejo la afliccion del jóven, trocó las graves amonestaciones en palabras de afecto, para templar su extremado despecho.

Los Príncipes aliados estaban detenidos sobre esta brega, y no podian marchar al enemigo, sino despues de reconciliar á Telémaco con los dos hermanos Falanto é Ippia. Temiase todavía, que las tropas Tarentinas dieran en cien mancebos Cretenses, que habian seguido á Telémaco para la guerra. Todo estaba en desórden por culpa de solo Telémaco; y él, que veia tantos males presentes, y tantos inminentes peligros, de quienes era autor, se entregaba á un amargo dolor. Todos los Príncipes se encontraban en suma confusion, ni osaban hacer marchar el exército, temiendo que sobre la marcha los Cretenses de Telémaco, y los Tarentinos de Falanto, chocasen unos con otros; porque habia mucho trabajo para tenerlos á raya en el campo, donde se podian observar de mas cerca sus movimientos. Nestor y Filotetes iban sin parar, y volvian del pavellon de Telémaco al del implacable Falanto, que no pensaba en otro, que en la venganza. La apacible eloqüencia de Nestor, y la autoridad del gran Filotetes, no podian templar aquel pecho feroz, que á mas de lo pasado, se provocaba continuamente á enojo de los razonamientos rabiosos de su hermano. Mucho mas flexible estaba Telémaco, que le abatia un dolor, al qual ninguna cosa podia consolar.

Miéntras que de esta suerte trabajaban los Príncipes, se estaban temerosas todas las tropas. Parecíase todo el campo á una casa desconsolada, que ha per-

dido su padre de familia, que era el apoyo de los parientes, y la dulce esperanza de sus tiernos hijos.

En tiempo en que el exército estaba descompuesto, y temeroso de esta manera; se sintió de improviso un rumor espantoso de carros, de armas, de relinchos de caballos, de gritos de hombres, los unos vencedores, que se animaban para el estrago, los otros, ó fugitivos, ó moribundos, ó heridos. Formóse una nube muy obscura de un negro torbellino de polvo, que quitaba de vista al cielo, y confundia el campo; y unióse luego al polvo un denso humo, que embarazaba el ayre y la respiracion. Se oya un ruido sordo semejante al de los torbellinos de llama que vomita el monte Etna del fondo de sus entrañas abrasadas, quando Vulcano, con sus Cíclopes, fabrica los rayos para el padre de los dioses. Espantáronse los aliados de un accidente tal.

Adrasto, vigilante, é infatigable, los habia cogido de improviso; porque les habia ocultado el movimiento de sus tropas, y tenia noticia de todas sus disposiciones. Por dos noches habia con una celeridad increible rodeado una montaña poco ménos que inaccesible, de quien casi todos los pasos tenian ocupados los aliados. Teniendo ellos aquellos estrechos, se daban por del todo seguros; y aun se presumian que podrian por ellos de la espalda de la montaña desprenderse sobre el contrario, en habiéndoles unido algunas Milicias, que áun aguardaban. Adrasto, que derramaba el oro con larga mano para saber los secretos de sus enemigos, estaba avisado de su resolucion; porque Nestor y Filotetes, aquellos dos capitanes, por lo demas tan sábios y experimentados, no eran en sus empresas harto secretos. Nestor en aquella su declinacion de edad se complacia sobrado en publicar lo que le podia ser de alabanza. Filotetes hablaba naturalmente ménos que Nestor; con todo eso era de natural colérico, y á qualquiera pequeña causa, que dispertara la vivacidad de su ánimo le hacia decir quanto habia resuelto poner en execucion. Los hombres cautelosos habian hallado la llave para poder abrirle el corazon, y sacar los secretos, que tenia mas importantes. Bastaba solamente irritarlo: entónces, impetuoso, y fuera de sí mismo,

se declaraba con amenazas, y se jactaba de que tenia modos seguros para llegar á obtener lo que queria. Por qualquiera mínima duda que se mostrara tener respecto de los modos con que habia de llegar á su fin, se apresuraba sin consideracion, y los decia todos, dexándose escapar de lo íntimo del corazon las mas arcanas noticias. Semejante á un vaso precioso, pero hendido, fuera del qual gotean los mas preciosos licores, el pecho de aquel gran capitan no podia retener en sí cosa alguna.

Los traidores, ganados con el oro de Adrasto, no dexaban de burlarse de los dos Reyes, y reirse de su flaqueza. Adulaban de continuo á Nestor con vanas alabanzas: acordabanle sus victorias pasadas: mostrábanse admirados de la sagacidad de sus prevenciones, sin hartarse jamas de celebrarlo. De otra parte ponian varias asechanzas al natural impaciente de Filotetes. No le hablaban sino de dificultades, de contratiempos, de riesgos, de inconvenientes, de errores, á que no se hallaba remedio. Luego que se habia encendido su complexion fogosa, lo desamparaba su prudencia; y era un hombre diferente que el de ántes.

Telémaco á pesar de sus defectos, que ya hemos visto, era mucho mas prudente en guardar los secretos. A esto lo habian acostumbrado sus infortunios, y la necesidad que habia tenido de su mas tierna niñez, de ocultar sus designios á los amantes de su madre Penélope. Sabia á mas guardar un secreto, sin decir á ese fin ni aun una ligerísima mentira. No tenia tampoco á un cierto circunspecto, y misterioso ayre, que suelen ordinariamente tener los hombres que saben ocultar lo que importa. No mostraba pesarle el secreto que debia guardar, y era siempre libre, siempre sencillo, siempre abierto, como quien lleva el corazon en los labios. Pero en decir todo lo que podia decirse, sin conseqüencia alguna de perjuicio, sabia puntualmente cortar la plática, sin afectacion, llegando á aquellas cosas, que podian dar alguna sospecha, ó algun pequeño indicio de lo que debia callarse: por eso era su corazon inaccesible é impenetrable. Sus mismos mayores amigos no sabian sino lo que le parecia provechoso explicar para recibir en ello algun prudente consejo.

No habia otro sino Mentor con quien no usara Telémaco de alguna circunspeccion en descubrirle todo su pecho. Fiabase bien sí de otros amigos; pero con diversas medidas de confianza, y á proporcion de las pruebas que habia hecho de su amistad, y de su prudencia.

Habia muchas veces advertido Telémaco, que las resoluciones del consejo se publicaban un poco demasiado en el Exército, y habia hecho que lo advirtieran Nestor y Filotetes; pero aquellos dos hombres tan experimentados se detuviéron poco en una prevencion tan necesaria, y tan saludable. La vejez es del todo incapaz de someterse; porque el largo hábito la tiene como en cadena; y no encuentra modo para librarse de sus defectos. Los hombres que han llegado á cierta edad, casi ya no están en estado de poderse doblar, y vencer aquellos hábitos que han envejecido con ellos, y se han introducido hasta las medulas; de la forma que aquellos árboles, cuyo torcido, y nudoso tronco se ha endurecido con el curso de los muchos años, no pueden enderezarse, habiéndose hecho vício su propio estado. Tambien sucede freqüentemente, que conocen haberse habituado en el mal; pero laméntanse de ello en vano, y demasiado tarde. La tierna juventud es la sola edad, en la qual el hombre puede domarse, y sujetar á la emienda su voluntad.

Habia en el Exército un Dolope, llamado Eurímaco, adulador, que sabia suavemente ganarse la amistad de los otros, y se acomodaba á todos los gustos é inclinaciones de los Príncipes: de ingenio pronto en el inventar, é industrioso en hallar siempre nuevos modos de hacérseles accpto y amable. En oirlo no era dificil ninguna cosa: si se le pedia consejo, adivinaba al punto lo que habia de ser mas grato á quien lo escuchaba. Era gracioso, decidor contra los debiles, dispuesto á condescender con el gusto de aquellos á quienes él tenia, y sabia sazonar una delicada alabanza de tal manera, que fuera bien recibida de los hombres de mas modestia. Era grave con los graves, jocoso con los joviales; y tenia una suma facilidad en tomar qualquiera diferente figura. Los hombres virtuosos y sinceros, que siempre son los mismos, y se sujetan á

las reglas de la virtud, nunca pueden llegar á ser tan agradables a los príncipes, como lo son las pasiones dominantes, que tiranizan sus ánimos. Era Eurímaco experimentado en el arte de la guerra, y capaz de perficionar qualquiera negocio. Habia entrado de aventurero en las tropas de Nestor; y habiéndole ganado toda su confianza, le sacaba de lo íntimo de su corazon, un poco vano y amante de sus alabanzas, todo lo que deseaba saber.

Y si bien Filotetes no le participaba sus designios; la cólera, é impaciencia hacian en él los efectos, que la intimidad en Nestor. Bastaba solamente que se opusiera Eurímaco á sus propuestas: provocandolo a enojo, llegaba á descubrirle todos los secretos. Habia recibido gran suma de dineros del rey de los Daunos, porque le diera aviso de todos los designios de los coligados. Tenia Adrasto entre las tropas de ellos cierto número de fugitivos, que sucesivamente debian volver á su campo, como si huyeran a él; y hacia Eurímaco partir á alguno, todas las veces que ocurria cosa importante de que avisarle. No podia el engaño descubrirse muy facilmente, porque los fugitivos no llevaban escrito alguno; y si eran cogidos, no les hallaban cosa que pudiera hacer sospechoso á Eurímaco.

De esta manera Adrasto prevenia todas las empresas de los aliados. Apénas se habia tomado una resolucion en su consejo, quando hacian los Daunos lo que puntualmente era necesario para impedir el efecto. No cesaba Telémaco de buscar la ocasion, y mover en Nestor y Filotetes la desconfianza: pero era inútil su cuidado, y ellos estaban totalmente ciegos en su error.

Habíase resuelto en el consejo de los aliados, que se aguardaran las muchas tropas, que se les debian juntar; y habíanse despachado secretamente cien naves á conducirlas con mayor presteza de una playa harto dificultosa, adonde habian de llegar, hasta el lugar donde estaba el exército acampado. Teníanse entre tanto por seguros, porque tenian bien presidiados algunos pasos estrechos de la montaña cercana, que era una Cordillera, poco ménos que inacesible, del Apenino. Estaban asentados á las orillas del rio

sangre. Cerráronse finalmente sus ojos á la luz, y aquella furibunda alma voló del cuerpo, al tiempo que dexaba de derramar la vida. Falanto mismo, que estaba del todo manchádo con la sangre de su hermano sin poder socorrerlo, se vió enredado entre una muchedumbre de enemigos, que hacian fuerza para abatirlo. Tenia traspasado el escudo de mil dardos: estaba herido en muchas partes del cuerpo, y no podia ya recoger sus soldados, que huian precipitados. Viéndolos los dioses, no tenian de nada compasion.

FIN DEL LIBRO DECIMO-SEXTO.

TELÉMACO.

LIBRO XVII.

SUMARIO.

Telémaco revestido de sus armas divinas corre al socorro de Falanto; vence primero á Ifícles, hijo de Adrasto; rechaza al enemigo victorioso; y lograria una victoria completa, si, sobreviniendo una tempestad, no acabara el combate. Despues hace Telemaco recoger á los heridos, cuida de ellos, y principalmente de Falanto. Celebra las exêquias de su hermano Hipias; cuyas cenizas le va á presentar recogidas en una urna de oro.

Jupiter asentado en medio de los dioses celestes, miraba desde lo alto del cielo el estrago de los coligados. Al mismo tiempo procuraba saber del inmutable hado el suceso de la batalla; y prevenia quales eran los capitanes, que aquel dia habian de acabar con la vida. Atendian todos los dioses, para averiguar del semblante de Júpiter, qual era su gusto; mas él con voz magestuosa y suave, les dixo: ¿Veis á qué extremo de males se hallan reducidos los Confederados? ¿Veis á Adrasto, que destroza á todos sus enemigos? Pues este espectáculo engaña en gran manera los ojos de los que miran: la gloria y prosperidad de los malos no dura mucho. El impio Adrasto, que con su mala fe ha conmovido contra sí el odio de todos, no obtendrá una cabal victoria de sus contrarios. No sucede á los aliados este contratiempo, sino para enseñarles á corregirse, y a guardar con mas cautela el secreto de aquellas empresas, que idean executar. Aquí la sabia Minerva previene nueva gloria á su amado Telémaco. Dexó Jove de hablar; y estando silenciosos todos los dioses, proseguian mirando la pelea.

Nestor y Filotetes fuéron avisados, que ya parte de los alojamientos estaba devorada del fuego: que la

llama, impelida del viento, proseguia adelante siempre: que sus soldados estaban en desórden; y que Falanto no podia mas resistir á los esfuerzos, é ímpetu de los enemigos. Apénas entendiéron tan funesta noticia, corriéron á las armas, juntáron los capitanes, y mandáron que se apresuraran todos á salir de los alojamientos, para evitar el incendio.

Telémaco, que estaba sumamente afligido, é inconsolable, se olvidó en aquel punto de su dolor. Tomó luego las armas, precioso don, que la sabia Minerva, disfrazada en Mentor, le habia hecho, fingiendo haberlas ella recibido de un excelente artífice de Salento; pero habíalas hecho fabricar á Vulcano en las oficinas del Ethna.

Eran ellas tan límpias como un espejo, y resplandecian á manera de los rayos del sol. Allí se veian Neptuno y Palas que disputaban entre si sobre quien habia de tener la gloria de dar su nombre á una ciudad recien fundada. Neptuno con su tridente hiria la tierra, que arrojaba luego un caballo fogoso: le salia fuego por los ojos y espuma por la boca; volteaban sus crines llevadas del viento; sus piernas agiles y nerviosas se doblaban con vigor y ligereza: el no andaba, pero saltaba con el propio esfuerzo, y con tanta ligereza que no se veian sus huellas en el suelo: parecia que relinchaba.

Por el otro lado, daba Minerva á los habitantes de su nueva ciudad, la Azeytuna, fruta del arbol que ella habia plantado: la rama de que colgaba la fruta, representaba la dulce paz con la abundancia, preferible á los disturbios de la guerra, de que era imagen aquel caballo. Quedaba vencedora la diosa por sus dones sencillos y útiles, y la soberbia Atenas tomaba su nombre.

Se veia tambien Minerva juntando al rededor todas las bellas artes, representadas por niños delicados y alados: se refugiaban junto á ella, espantados de los crueles furores de marte, que todo lo destroza. Como se acogen balando los corderos al rededor de su madre á vista de un lobo hambriento, que abriendo su ardiente boca se arroja para devorarlos. Minerva, lleno

el rostro de desdeño y enojo, confundia por la excelencia de sus obras la loca temeridad de Aracne, que se habia atrevido á disputar con ella sobre la perfeccion de los tapices. Se veia esta infeliz cuyos miembros extenuados se desfiguraban y transformaban en araña.

Cerca de allí aparecia todavia Minerva, que, en la guerra de los gigantes, aconsejaba al mismo Júpiter, y alentaba á los demas dioses espantados. Estaba tambien representada con su lanza y escudo en las orillas del Xanto y Simois, llevando á Ulises por la mano, animando las tropas fugitivas de los griegos, resistiendo al esfuerzo de los mas valientes capitanes Troyanos, y del mismo formidable Hector; y en fin introduciendo á Ulises en la fatal máquina que habia de destruir en una noche sola el imperio de Priamo.

Por otro lado representaba el escudo á Ceres en las campañas fértiles de Enna que estan en medio de Sicilia. Veíase la diosa, que juntaba los pueblos esparcidos acá y allá, buscando su alimento, ó con la caza ó con los frutos silvestres, que caian en sazon de los árboles. Enseñaba á aquellos groseros hombres el arte de cultivar la tierra, y sacarle de su seno fecundo lo que les habia de servir de alimento. Dábales un arado, y hacia que uniesen á él bueyes. Veíase, que hendida en muchas partes la tierra, se abria en surcos con el arado: despues se reparaban las espigas de color de oro, de que estaba cubierta la campaña. Segaba con su hoz el labrador los dulces frutos, que le daba la tierra, y se recompensaba de todos sus trabajos. El hierro, destinado por los demas á destruirlo todo, no aparecia empleado en aquel lugar sino en prevenir la abundancia, y hacer nacer todos los deleites.

Las ninfas coronadas de flores, danzaban en un prado, sobre la margen de un rio, y cerca de un pequeño bosquecillo. Tenía la zampoña el dios Pan; y los graciosos Satiros, á una con los Faunos, andaban saltando léjos de allí. Tambien se veia Baco coronado de yedra, que reposaba sobre su tyrso, teniendo en la una mano una vid adornada de pámpanos, y de muchos racimos de uva. Tenia una belleza afeminada, con no sé qué afecto y desmayo: y estaba puntualmente como apareció á la desdichada Ariadne, quando

la encontró sola, y toda en poder de su pena, sobre una no conocida playa.

Veíase al cabo una muchedumbre de pueblo por todas partes: viejos que iban á llevar á los templos primicias de sus frutos; y jóvenes, que volvian á sus esposas, cansados del trabajo del dia. Andaban á encontrarles las mugeres, llevando por la mano, y acariciando sus hijuelos tiernos. Veíanse igualmente muchos pastores, los quales parecia que cantaban; y algunos que danzaban al son de la zampoña. Todo representaba la paz, las delicias y la abundancia: todo parecia alegre, y felíz. Notábanse tambien los lobos en los pastos, que jugueteaban entre los carneros: los leones, olvidados de su ferocidad se apacentaban en la campaña en la compañía de los corderos, y guiábalos todos juntos un pastorcillo con su cayado. En suma, el buril apacible traia á la memoria todas las delicias del siglo de oro.

Habiendo tomado Telémaco estas divinas armas, en lugar de tomar su acostumbrado escudo, tomó la Egide, que causa espanto á los mismos dioses, y le habia dexado la diosa Iris para valerse de él, desapareciéndole el otro, porque no reparaba la diferencia.

Armado de esta forma, corrió fuera de los alojamientos para evitar las llamas, llamó así en alta voz á todos los capitanes del exército, y alentó aquella á todos los aliados despavoridos. Centelleaba un divino fuego en los ojos del guerrero jóven. Mostrábase Telémaco aplicado á dar todos los órdenes, con la diligencia misma que pudiera poner un sabio viejo, atento á adiestrar á sus hijos, y á bien reglar su familia. Era á mas de esto pronto y veloz en executar lo que se debia hacer, como un rápido rio, que no solamente impele las espumosas ondas, una tras otra, sino que también lleva en sus corrientes los pesados baxeles, que recibe sobre sí como carga.

Filotetes, Nestor, los Adalides de los Mandurios, y los de los otros pueblos, veian en el hijo de Ulises una no sé qué autoridad, á quien era preciso que cedieran todos, sin contraste. Faltaba su experiencia á los viejos; ni sabian los capitanes, ó tomar partido, ó valerse de su prudencia. Suspendiéronse en todos los

corazones hasta los zelos, que son tan naturales en los hombres. Todos callaban; todos admiraban á Telémaco; todos se le sujetaban para obedecerle, sin discurrir en ello, como si largo tiempo se hubieren acostumbrado. Avanzóse él, y subióse á un collado, donde reconoció la disposicion de los Daunos. Despues de esto juzgó que era bien sorprenderles en el desórden, miéntras no pensaban en otro, que en quemar alojamientos de los aliados. Tomó luego una grande vuelta, y todos los capitanes mas experimentados le siguiéron.

Asaltó á los contrarios por las espaldas, en tiempo en que creian que el exército de los coligados estaba embarazado con las llamas de aquel incendio. Fuéron puestos los Daunos en horrible desórden con un ataque tan repentino. Caian á las manos de Telémaco, como al fenecer el otoño caen las hojas del bosque, quando el desapoderado Aquilon, restituyendo el invierno, azota las plantas añejas, y hace gemir los troncos, sacudiendo sus ramas furiosamente. Ya estaba cubierta la tierra de hombres, que en todas partes habia derribado Telémaco. Traspasó el corazon con uno de sus dardos á Ificles, el mas jóven de los hijos de Adrasto, que tuvo en la pelea osadía de salirle al encuentro por salvar la vida á su padre, á quien le faltó poco que no cogió Telémaco de improviso. Tanto Ificles, como el hijo de Ulises, eran ambos galanes, robustos, llenos de destreza y valor: de la misma estatura, de la gentileza misma, de la misma edad: ambos por extremo estimados de sus padres. Pero Ificles semejaba á una flor, que habiéndose escogido en un campo, ha de ser cortada de la hoz executiva del segador. Fué vencido despues por Telémaco Euforion, el mas célebre de todos los Lidios, que habian pasado á Toscana. Al fin atravesó con la espada á Cleomenes, que poco antes casado, habia prometido á su esposa, ó no volverla á ver, ó restituírsele cargado de ricos despojos contrarios.

Adrasto rechinaba de rabia, viendo la muerte de su amado hijo, la de muchos capitanes suyos, y la victoria que se le iba de entre las manos. Falanto derribado á sus pies, era como una víctima medio degollada, que se quita el cuchillo del sacerdote, y huye

léjos de la ara, en que habia de ser sacrificada. No le faltaba á Adrasto sinó un instante para acabar de matar al Lacedemonio.

Falanto bañado todo no ménos de su propia sangre, que en la de los soldados, que peleaban con él; sintió los gritos de Telémaco, que venia marchando para ayudarle; recobró en aquel punto la vida, y apartósele de los ojos aquella densa nube, que se los habia ocupado. Los Daunos, que sintiéron un tal asalto tan repentino, lo dexáron al punto para ir á resistir á otro mas poderoso enemigo. Adrasto parecia haberse transformado en un tigre, á quien muchos pastores quitan por fuerza la presa que ya estaba para tragarse. Buscandole Telémaco entre el tropel, queria de un golpe acabar la guerra, librando á los coligados de su implacable enemigo.

Pero Júpiter no queria otorgar al hijo de Ulises una tan fácil y veloz victoria. Queria Minerva tambien que le quedaran por sufrir males mas prolixos, para que aprendiése mejor á gobernar los hombres. Fué pues el impio Adrasto guardado en la vida por Júpiter, para que tuviera Telémaco tiempo de adquirir mas virtud que gloria. Salvárense los Daunos á favor de una nube, que Júpiter prontamente formó en el ayre, á la qual se siguió un espantoso trueno, para manifestar la voluntad de los dioses. Qualquiera se temiera, que dexando sus quicios la máquina sublime del cielo, venia abaxo para oprimir los hombres. Abrian los relámpagos toda la esfera del uno al otro polo; y á aquel mismo tiempo en que deslumbraban los ojos con su luz penetrante, volvián las tinieblas horribles de la noche. Una improvisa, y copiosísima lluvia sirvió igualmente de separar los exércitos que peleaban.

Valióse Adrasto de la ayuda y favor de los dioses sin sentirse con todo mover interiormente á adorar su potencia, y mereció en esta ingratitud que le reservaran para una mas severa, y exemplar venganza. Dióse priesa de pasar sus tropas entre el campo medio quemado, y un pantano, que se dilataba hasta el rio; y lo hizo con tanta industria, y celeridad, que mostró bien su retirada quan advertido él era en tomar expe-

diente para reparar sus desgracias, y que veloz ingenio le adornaba. Admirados de Telémaco los confederados, querian darle alcanze; pero á favor de la tempestad se les escapó de las manos del cazador.

No discurriéron los coligados mas que restituirse a su campo, y reparar los daños. Viéron, volviendo á él, lo que hay mas lamentable en la guerra. Los enfermos y heridos, no habiéndose podido retirar de las tiendas, no se habian podido salvar del fuego: aparecian medio quemados, y levantaban muchos lastimosos gritos, que penetraban el corazon con su voz lastimera y moribunda. Conociése Telémaco atravesar: ni pudo tener las lágrimas, y apartó muchas veces los ojos de aquel funesto espectáculo, movido interiormente de compasion y horror. No podia, sin erizarse, mirar aquellos cuerpos aun vivos, pero destinados á una prolixa y dolorosa muerte. Semejábanse aquellos infelices á la carne de las víctimas, que se han quemado sobre los altares, y derraman su olor por todas partes.

¡Ay de mí! exclamaba Telémaco, ¡Luego estos son los males que trae consigo la guerra! ¡De qué ciego furor se dexan arrebatar los hombres! Tienen para vivir en el mundo tan pocos dias, y tan miserables; ¿Pues para qué apresurar una muerte, que está tan cercana? ¿Para qué añadir á la amargura, de que han llenado los dioses esta vida tan corta, tan espantosos estragos? Las fieras son ménos crueles que los hombres, que son todos hermanos, y no obstante se despedazan unos á otros. Los leones no hacen guerra á los leones, y no acometen sino á los animales de otra especie: el hombre solo, á pesar de la razon, hace lo que los brutos sin razon no harian. Pero á mas, ¿Quál es la ocasion de que se originan las guerras? ¿No hay acaso bastante tierra en el Universo para dar á todos los hombres mas de lo que ellos pueden cultivar? ¿Quántas hay desiertas? El género humano no las puede llenar. Luego una vana idea de gloria, un título de conquistador, que se quiere adquirir un príncipe, enciende la guerra en tantos, y tan vastos paises? Así puntualmente un hombre que ha dado al mundo la ira de los dioses, hace á tantos otros míseros, é infelices. Por contentar su vanagloria y su

soberbia es menester que perezca todo, que todo nade en sangre, que todo lo destruyan las llamas, y que lo que se escapa del hierro y el fuego, no se pueda escapar de la hambre, la qual entre todos los males es el mas cruel: es menester al cabo, que un hombre solo se burle de toda la humana naturaleza, y que lo arruine todo con una general desolacion, para satisfacer á su gusto y gloria. ¿Mas qué gloria tan monstruosa es esta? ¡Quán despreciables, y horribles son los que se han tan del todo olvidado de la humanidad! Nunca se excederán los términos de lo justo en menospreciarlos, y aborrecerlos. No no tan léjos están de ser tenidos por semidioses, que no pueden ni aun ser contados entre los hombres. Antes deben abominarlos todos los siglos, de quienes se han creido ganar la admiracion. ¡Há, que los Reyes deben considerar qué guerras emprenden para concluir! ¿Es menester que sean justas? No basta: es menester á mas de eso, que sean necesarias. No se ha de derramar la sangre del pueblo, sino para evitar las extremas necesidades del mismo pueblo. Pero los consejos que se dan á los príncipes, no por otro fin, que adularles con una falsa idea de grandeza; sus vanos rezelos, y la engañosa avaricia, que se abriga de especiosos pretextos, les enredan insensiblemente en algunas guerras, que los hacen míseros: que todo lo arriesgan sin necesidad y que no son ménos funestos á sus vasallos, que á sus enemigos. Así consigo discurria Telémaco.

Mas no se contentaba con lamentar los males de la guerra; procuraba, á mas de esto, suavizarlos. Iba él mismo á las tiendas á socorrer los enfermos y moribundos: proveíalos no ménos de dinero, que de remedios; los consolaba, y daba ánimo con afectuosas palabras, y hacia visitar los que él por sí propio no podia.

Entre los Cretenses que habian seguido á Telémaco; habia dos viejos, de los quales el uno se llamaba Traumáfilo, y el otro Nozófugo.

Traumáfilo habia ido con Idomenéo al asedio de Troya; y de los hijos de Esculapio habia aprendido el arte divino de sanar qualquiera herida. Esparcia éste en las llagas mas profundas, y mas enconadas un licor odorífero, que sin necesidad de cortarla, consumia

la carne muerta y corrumpida; y en poco tiempo hacia crecer otra nueva, mas sana y bella que la primera.

Nozófugo jamas habia visto á Macaon, ni Polidario; pero por medio de Merion habia alcanzado cierto sagrado libro y misterioso, que dió Esculapio á sus hijos. A mas de esto tenia Nozófugo cordial amor á los dioses: habia compuesto himnos en honra de los hijos de Latona; y cada dia sacrificaba á Apolo una blanca res, y sin mancha, con que lograba que el dios le inspirara frequentemente. Apénas veia él algun enfermo, quando en los ojos, en la encarnadura, en la disposicion del cuerpo, en la respiracion, conocia al instante el origen de la enfermedad. Dábales pues ciertos remedios, que hacian prorumpir el sudor, y mostraba con el felíz suceso á los enfermos quánto la transpiracion facilitada ó disminuida, destempla ó acomoda á toda la masa del cuerpo. Para la enfermedad que procedia de decaimiento, daba cierta bebida, que reforzaba poco á poco las partes nobles, y templando la sangre, hacia que remozaran los hombres. Afirmaba freqüentemente, que provenia de falta de virtud y de esfuerzo la necesidad de acudir á menudo á la medicina. Las buenas costumbres, decia, engendran la salud, y por eso es vergüenza grande de los hombres el padecer tantos males. Su destemplanza trueca en mortal veneno los alimentos, que estan destinados para conservar la vida. Los deleites, que nos tomamos sin la moderacion debida, acortan mas nuestros dias, que no los pueden alargar los remedios. Mas raras veces enferman los pobres por falta de sustento, que lo que enferman los ricos por tenerlos de mas. Los manjares que mueven sobrado el apetito, y hacen comer mas de lo necesario, envenenan en vez de alimentar. Aun los mismos remedios son verdaderos males, que gastan la naturaleza, y de que no debemos servirnos, sino en solas las necesidades que requieren un pronto socorro. El gran remedio, que siempre es inocente, siempre provechoso, es la sobriedad, la templanza en qualquiera gusto, la tranquilidad del ánimo, y el exercicio del cuerpo. Así se hace una sangre dulce y templada, y se resuelven los humores supérfluos. De esta manera el sabio Nozó-

fugo era tan admirable por ocasion de sus remedios, como por aquella regla á que exhortaba á los hombres con sus consejos, para que previnieran los males, y para hacer inútiles todos los remedios.

Envió Telémaco estos dos viejos á visitar todos los enfermos que habia en el exército. Curáron muchos con sus remedios; pero sanáron harto mas con el cuidado que tuviéron de hacer que fueran bien servidos, segun convenia á su necesidad; porque ponian toda diligencia en hacer que estuvieran limpios de qualquiera inmundicia, para impedir por medio de la limpieza, que el ayre no fuera nocivo; y en que observaran la regla de una perfecta sobriedad en su convalecencia. Todos los soldados movidos interiormente de agradecimiento por tales asistencias que recibian, daban gracias rendidas á los dioses, porque habian enviado á Telémaco al exército de los aliados.

No es este hombre, decian, sino alguna deidad benéfica baxo de forma humana: y ya que sea hombre, mas se semeja á los dioses, que al resto de los hombres; porque no está en el mundo sino para beneficiar á los otros. Su apacibilidad y bondad lo hacen aun mas amable que su valor. ¡ O, si lo pudieramos tener nosotros por nuestro Rey ! Pero los dioses le guardan para otra gente, que ellos mas aman, y mas feliz que nosotros, para renovar en aquel pais las delicias del siglo de oro.

Quando iba Telémaco de noche á reconocer los quarteles del campo, para prevenir con diligente cautela todos los engaños de Adrasto, oia estas alabanzas, que no eran sospechosas de adulacion, como las que dan, muchas veces, los aduladores, en cara, á los príncipes, suponiendo que no tienen modestia ni vergüenza, y que, para apoderarse de su favor, basta alabarlos desmedidamente. Como estas puntualmente y no otras eran las alabanzas que él procuraba, se regocijaba con ellas interiormente su corazon, y sentia aquel gusto tan dulce y deseado, que no han los dioses unido sino es á la virtud; y que por no haberlo probado los malos, no lo pueden creer, ni imaginar. Sin embargo no se entregaba demasiadamente Telémaco á semejante

gusto; porque luego se le ofrecian todos los errores que habia cometido. Hacia reflexion á su altivez, á la indiferencia con que trataba á todos los hombres, sin hacer distincion de uno á otro, y tenia cierta oculta vergüenza de haber nacido de un corazon tan duro, y de parecer tan poco humano. Referia toda la gloria que á él se daba á la sabia Minerva, y no se tenia por merecedor de la misma gloria.

Vos habeis sido, decia, ó gran diosa, quien me dió á Mentor para mi enseñanza, y para corregir mi mala inclinacion. De vos recibo aquella luz de prudencia, que me hace aprovechar de las faltas que yo cometo, para que desconfie de mí propio. Vos me haceis que saque consuelo de aliviar, y de dar remedio á las desgracias agenas. Sin vuestro influxo seria odiado, fuera digno de serlo, sin vuestro auxilio cometería muchos errores irremediables, y seria de la forma que un niño, que no conociendo su flaqueza propia, se aparta de la madre, y á cada paso cae al irse á alejar de ella.

Nestor y Filotetes estaban aturdidos, viendo á Telémaco ya tan apacible, tan atento á beneficiar, tan oficioso, tan ayudador, tan ingenioso en prevenir todas las necesidades. No sabian qué cosa creer, ni lo reconocian por el primero. Lo que les dió mas razon de admirarse, fué el cuidado que se tomó de los funerales, que habian de hacerce á Ippia. Fué él mismo á levantar el sangriento y desfigurado cadáver del lugar en que estaba oculto baxo de un grande monton de piedras, y sobre él derramó copiosas lágrimas de compasion. Ahora, dixo, grande alma, bien sabes quanta estima yo he hecho de tu valor. Es verdad que me movió á saña tu altivez; pero era causa de tus defectos el herbor de la juventud. Bien conozco quánta necesidad tiene esta edad de que se le perdonen muchas cosas. Despues hubiéramos sido con recíproco lazo de amistad, sinceramente unidos. Confieso que toda la culpa era mia: ¿Por qué, pues, ó dioses, me habeis llevado á Ippia con temprana muerte?

Telémaco despues hizo lavar el cadáver con ciertos aromáticos licores; y luego por su órden se compuso la pyra. Gemian á los golpes de las segures los desmedidos pinos, y caian heridos de ellas, rodando de lo

alto de las montañas. Las encinas antiguas, hijas de la tierra, que parecia que por lo erguido hacian amenazas al cielo; los empinados álamos, los olmos, que tienen las copas tan verdes y tan aseadas con espesas hojas: las ayas, honor de las selvas, venian á caer en la márgen del rio Galeso, donde estaba el exército acampado. Allí con proporcion conveniente fué erigida una pira, que parecia una fábrica regular. Ya se empezaban á vér las llamas, y ya subia al cielo una tempestad de humo.

Marchaban los primeros con espacioso paso los Lacedemonios, arrastrando las lanzas por tierra, y vueltas ácia atrás las puntas, con los ojos clavados en el suelo. Notábanse en aquellos fieros semblantes representado el profundo dolor, que en sí mismos tenian y derramaban abundantes lágrimas. Inmediatamente venia el anciano Ferécides, ménos gravado del número de los años, que de la pena de sobrevivir á Ippia, á quien habia criado desde su mas tierna infancia. Levantaba al cielo las manos, y allá fixaba tambien los ojos, todos bañados de ternísimas lágrimas. Despues de haber muerto Ippia, no queria comer cosa alguna, ni aun el dulce sueño le habia podido cerrar los ojos para un breve reposo, ni suspender un punto su desacostumbrado dolor. Caminaba todo temblando detras de la tropa del pueblo, no sabiendo á qué parte le llevaban sus mismos pasos; y andaba silencioso, sin decir palabra, porque su interior aflicción le estrechaba sobrado el corazon. Era su silencio despecho y abatimiento. Quando vió pegar fuego á la pira, pareció de improviso como frenético. Ippia, gritó, Ippia, ¡no te podré ver mas! ¡Luego Ippia ha muerto, y yo quedo con vida! yo soy quien te ha dado la muerte mi amantísimo Ippia: yo soy quien te ha enseñado á despreciarla. Creia que tus manos me debían cerrar los ojos, y que tú habias de recoger el último aliento de mi boca. Vos me habeis alargado la vida, crueliísimos dioses, para dexarme ver la muerte de Ippia. Amado hijo, á quien yo he educado, y que me has costado tantos cuidados, tantos afanes, ya no te he de ver mas; pero veré á tu madre, que se morirá de tristeza, echándome la culpa de tu muerte: veré á tu

esposa jóven desgreñarse el cabello; y de todo esto yo seré la ocasion. Llámame pues, ó alma querida, llámame, para unirme contigo en el otro mundo. Ya esta vida se me ha hecho aborrecible: Ippia, querido mio, ya no quiero otro objeto sino á tí solo. Ippia, Ippia, mi amantísimo Ippia, no viva todavía, sino para prestar á tus cenizas los últimos honores.

En esto se veia tendido el cadáver de Ippia, que era llevado dentro de un féretro, adornado de púrpura, de oro y plata. La muerte, que en su rostro le habia apagado la luz de sus ojos, no le habia podido quitar del todo la belleza, y en el semblante pálido se conservaba aun la primera gracia. Veíanse ondear por el cuello, mas blanco que la nieve, reclinado sobre los hombros, los cabellos negros y largos, mas hermosos que los de Atis, y Ganimedes, los quales de allí á poco habian de parar en cenizas. Reconocíasele en un lado una profunda herida, por donde le habia salido toda la sangre, y que cruelmente le habia quitado la vida.

Afligido Telémaco, y desmayado, seguia de cerca al cadáver, derramando sobre él algunas flores. En llegando á la pyra, no pudo el hijo de Ulises mirar las llamas, que penetraban los paños, en que iba envuelto el cuerpo del difunto, sin derramar en aquel mismo tiempo copiosas lágrimas. A dios, dixo, magnánimo Ippia, que os llamo con este nombre, porque no me atrevo á llamaros con el de amigo. Aplácate, alma grande, que has merecido tan grande gloria. Si no te amara, te envidiara tu dicha; porque te has librado de las miserias de que en esta vida estamos nosotros ceñidos, y te has salido de ellas por el camino mas glorioso que todos. ¡Ay de mí! ¡Quán feliz seria si se me permitiera fenecer mis dias de la misma manera! Ruego á los dioses, ó gran Ippia, que no se le dificulte á tu espíritu pasar á aquella eterna felicidad sin tardanza: que se le abra el Elisio; que la fama en todos los siglos mantenga vivo su nombre; y que descansen en paz las cenizas de tu cadáver.

Apénas hubo dicho Telémaco estas palabras, mezcladas con muchos suspiros, todo el exército levantó

prontamente un alto grito. Todos se enternecian por Ippia, cuyas grandes acciones se referian; y trayendo el recuerdo de todas sus buenas prendas, el dolor de su muerte hacia olvidar los defectos, que una juventud impetuosa, y una educacion mala le habian dado. Pero mas movian el ánimo de cada uno las demostraciones tiernas del amor del desconsolado Telémaco. ¿Luego es este, decian, aquel jóven Griego, tan feroz, tan soberbio, tan iracundo, tan intratable? Hé aquí que se ha hecho apacible, afectuoso y humano. Ciertamente Minerva, que ha querido tanto á su padre, el grande Ulises, ama no ménos al hijo: ella sin duda le ha dado los dones mas preciosos, que los dioses pueden dar á los hombres, dispensándole, junto con la prudencia, un corazon tan fácil á la impresion del cariño.

Ya las llamas habian consumido el cadáver, quando Telémaco roció con sus manos las cenizas, que aun humeaban, con un licor fragante: púsolas despues en una urna de oro, y él mismo las conduxo á Falanto, habiendo ántes coronado la urna de olorosas flores. Yacia el animoso caudillo herido en varias partes del cuerpo, y estaba medio muerto en la extrema debilidad.

Trausmafilo, y Nozofugo, enviados del hijo de Ulises, le habian dado toda la asistencia del arte. Iban poco á poco llamando otra vez á aquella alma, que estaba ya agonizante á exercer sus oficios primeros en el cuerpo. Producianse sin sentir en sus miembros, muchos nuevos espíritus: una fuerza suave y penetrativa, un bálsamo vital, se le internaba de vena en vena hasta los senos del corazon; y un calor agradable iba vivificando todo lo que ya estaba casi muerto, por la excesiva flaqueza, y desmayo. Cesando en él ya el desaliento, sucedió al instante la pena; y comenzó á sentir el dolor de la muerte de Ippia, que no habia hasta entónces podido percibir. Infelice de mí, decia, ¿Por qué se pone tanto cuidado en hacerme vivir? ¿No me fuera mejor morir, y seguir á mi amado hermano? Yo lo he visto morir á mi lado. ¡O Ippia, dulzura de mi vida hermano mio, querido

hermano mio, has muerto! Luego no podré verte mas, ni oirte, ni abrazarte, ni darte cuenta de mis trabajos, ni consolarte en los tuyos? ¡O dioses, enemigos de los hombres! he perdido á Ippia, y le he perdido para siempre. ¿Es posible que ha muérto? No es esto sueño, ó ilusion vana? No, no: demasiado es verdad, hermano mio, que te he perdido, que te he visto morir: y es bien que yo viva aun, quando será preciso para vengarte. Sí, quiero quitar la vida al cruel Adrasto, manchado con tu sangre, y sacrificarlo á tu grande alma.

Miéntras Falanto hablaba de esta suerte, Trausmófilo y Nozófugo tratáron de aplacar su dolor; porque temian que con él diera fuerzas al mal, é impidiera el efecto de los remedios. Vió improvisamente á Telémaco, que se le puso delante, y á la primera vista fué su corazon combatido de dos contrarias pasiones. Conservaba Falanto una dolorosa memoria de todo lo que habia sucedido entre Telémaco é Ippia; y el pesar de la muerte de este hacia tal memoria mucho mas viva. No obstante eso, sabia ser deudor á Telémaco de su propia vida, habiéndole librado sangriento y medio muerto de las manos de Adrasto, que ya estaba para matarlo. Pero quando vió la urna de oro, en que estaban cerradas las cenizas de él tan amadas de su difunto hermano, vertió un arroyo de lágrimas, abrazó á Telémaco, sin poderle hablar; y finalmente con desmayada, é interrumpida voz, por los suspiros le dixo estas palabras.

Digno hijo de Ulises, de vuestra virtud me conozco necesitado á amaros. Bien os debo el fragmento de mi vida, que ha de fenecer en muy breve; pero deudor os soy de otra cosa, que es mucho mas apreciable. Sin vuestra ayuda el cadáver de mi hermano hubiera sido presa de carniceras aves; sin vuestra ayuda su alma privada de sepulcro, no pudiera pasar al gozo de aquella eterna paz, que á las almas justas está dispuesta en el otro mundo. ¿En tanto pues he de estar obligado á un hombre, á quien he aborrecido tanto? Remuneradlo, dioses, y libradme de vida tan miserable; y vos, Telémaco, dadme tambien á mí

los ultimos honores, que habeis dado á mi hermano, para que nada falte á vuestra gloria.

Dichas estas palabras, quedó Falanto privado de sus fuerzas, y oprimido de un dolor excesivo. Mantúvose Telémaco junto á él; pero no se atrevia á hablarle, y esperaba que recobrase el vigor perdido. Rehízose luego Falanto de aquel deliquio, tomó la urna de manos de Telémaco; y habiéndola besado muchas veces, y bañándola con sus lágrimas, dixo de esta manera: ¿Quando, ó amadas, ó preciosas cenizas, á una con vosotras, se cerrarán las mias? Ya te sigo ó alma de Ippia: ya voy á unirme contigo en el Infierno: Telémaco nos vengará á los dos.

Concluido el accidente de este dolor, se iba el mal de Falanto disminuyendo de dia en dia, por la diligencia que usaban aquellos dos hombres tan experimentados en la medicina. Estaba siempre con ellos Telémaco al lado del enfermo, para hacerlos mas aplicados á no dilatar su salud; y mucho mas admiraba todo el exército aquella gran bondad de corazon, con la qual socorria á su mayor contrario, que la braveza y prudencia, que habia hecho notorias, salvando en la batalla el exército de los aliados.

Al mismo tiempo se mostraba Telémaco incansable en las mas penosas tareas de la milicia. Dormia poco, é interrumpia el sueño freqüentemente, ó con las nuevas que recibia, casi á todas las horas del dia y de la noche; ó con la vista de todos los quarteles del campo, que hacia siempre á la misma hora sucesivamente dos veces, para coger mas improvisamente á las centinelas, que no estaban tan vigilantes, como convenia á su oficio. Volvia muchas vece á su tienda, cubierto todo del sudor, y de frio, y era su comida ordinaria, para darles exemplo de templanza y paciencia, viviendo él propio como los soldados. Estando escaso el exército de vituallas en el lugar en que estaba acampado, juzgó Telémaco, que era necesario poner freno á las quejas de los soldados, con sufrir voluntariamente sus mismos contratiempos. En vez de enflaquecérsele el cuerpo en vida tan penosa, gallardeaba, y se endurecia de dia en dia. Empezaba Te-

lémaco á no tener ya aquella tan graciosa belleza, que es como la flor de la juventud mas temprana; su piel se le atezaba, y hacia ménos delicada, y los miembros se le volvian ménos débiles, y mucho mas nervudos.

FIN DEL LIBRO DECIMO SEPTIMO.

TELÉMACO.

LIBRO XVIII.

SUMARIO.

Telémaco, persuadido por varios sueños que su padre Ulises ya no vive, executa su designio de irle á buscar á los infiernos. Sale furtivamente del campo, seguido por dos Cretenses hasta un templo junto á la famosa caverna de Achéroncia. Entra en ella, por medio de las tinieblas, llega á la orilla del Estige, y Caron le recibe en su barco. Vase á presentar delante de Pluton, que halla dispuesto á darle licencia para buscar á su padre. Atraviesa el Tártaro, donde vé los tormentos que sufren los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y, sobre todo, los malos reyes.

En este tiempo Adrasto, cuyas milicias en el primer combate se habian disminuido notablemente, se habia retirado detras del monte Aulon, esperando socorros de varias gentes, para procurar sorprender otra vez á sus enemigos; como un leon hambriento, que rechazado de una majada, se vuelve á los bosques obscuros, y se entra en su caverna, donde afila los dientes, esperando oportuno lance para destrozar el ganado.

Despues de haberse aplicado Telémaco á dar á todo el exército una perfecta norma de militar disciplina, no pensó en nada mas que en efectuar una idea, que habia concebido en su ánimo, y que no declaró á ninguno de los capitanes. Ya hacia largo tiempo, que todas las noches se hallaba inquieto de ciertos sueños, que le representaban á su padre Ulises. Esta imágen de Ulises volvia siempre al fenecer la noche, ántes que llegára la aurora con sus recientes luces á despejar del cielo las estrellas, y de la tierra el apacible sueño, y las apariencias ligeras, que les acompañan. Ahora le parecia que lo veia desnudo en una isla afor-

tunada, á la margen de un rio, en un prado adornado de flores, y rodeado de Ninfas que le servian ropas con que cubrirse: ahora le parecia oirlo hablar en un palacio de marfil y oro, todo resplandeciente, donde con gran gusto le oian, y admiraban diferentes hombres todos coronados de flores. Freqüentemente le parecia repentinamente mirar á Ulises en algunos convites, donde la alegría brillaba entre las delicias, y donde se escuchaba la harmonía suave de una voz acordada con una lira, que excedia a la lira de Apolo, y á las voces de todas las musas en la dulzura.

Telémaco se entristecia de estos apacibles sueños. ¡Padre mio! ¡querido padre mio! exclamaba: mas gratos me serian estos sueños, si ellos fueran mas espantosos. Estas representaciones de felicidad me hacen comprehender, que habeis baxado ya á la mansion de las almas dichosas, que son remuneradas de los dioses por su virtud con un eterno descanso. Ya me parece que se abren los campos Elisios, y se me representan á la vista. ¡O que violenta pena el no tener mas esperanza! ¡jamas estrecharé entre mis brazos á quien me amaba tanto, á quien voy buscando con tan gran cuidado! ¡Nunca, pues, oiré hablar á aquella boca, de donde salian palabras tan sabias y juiciosas! ¡Nunca besaré aquellas preciosas, y victoriosas manos que han abatido á tantos enemigos! ¡No castigarán ellas á los necios amantes de Penélope, ni podrá nuestra patria recobrarse mas de aquel estado mísero en que ha caido! Vos me enviais estos sueños funestos, ó dioses enemigos de mi padre, para sacarme del corazon toda mi esperanza. Esto es acabarme la vida; porque no puedo vivir en tanta incertidumbre. ¿Pero qué digo? ¡Ah que demasiado me aseguró, que ya Ulises no vive! Ya me prevengo á buscar su espíritu, hasta en el abismo. Allá baxó Teséo: Teséo, aquel malvado que queria ultrajar los dioses infernales; y no tengo yo otro motivo, que allá me guie que el de la piedad, y el amor ácia un padre. Allá tambien el gran Alcides: yo no soy Hércules; mas no es pequeña gloria tener bastante esfuerzo para imitarlo. Pudo tambien Orfeo mover el corazon de aquel dios, que los hombres llaman inexôrable, contándole sus

desgracias, y alcanzó de él, que permitiera á Euridice volver al mundo. Yo merezco mas compasion que Orfeo, porque mi pérdida es mucho mayor. ¿Quién podrá cotejar una juventud, que es como las demas, con el sabio Ulises, admirado de toda Grecia? Vamos, pues, muramos, si es que importa: ¿Para qué tener miedo á la muerte, quando se padecen viviendo tantas penas? Probaré dentro de bien poco, ó Pluton, ó Proserpina, si sois tan desapiadados, como se dice. Despues de haber corrido vanamente la tierra y mar, para encontraros, quiero reconocer, ó amado Ulises, ó padre mio, si por ventura estais en las habitaciones obscuras de los muertos. Ya que no me conceden los dioses poseeros sobre la tierra y á la luz del sol, me permitirán por ventura ver vuestra ánima en el reyno lóbrego de las tinieblas y de la noche.

Diciendo estas palabras, bañaba con lágrimas Telémaco todo su lecho; levantándose luego de dormir, con la luz del dia procuraba buscar algun alivio á aquel penetrante dolor, que tales sueños le ocasionaban. Pero él era una flecha, que le habia pasado los senos delicados del corazon, la qual llevaba consigo adonde quiera que iba.

Estándo angustiado de una tan grande pena, se dispuso á baxar al infierno por un lugar célebre, poco léjos del campo. Llamábase aquel lugar Aqueroncia; porque se hallaba en él una caverna horrible, por donde se baxaba á la tierra del rio Aqueronte, por quien temian jurar los dioses. Estaba la ciudad plantada sobre una roca, como un nido sobre la copa de un árbol. Al pie de la roca se hallaba la caverna, á la qual temerosos los hombres no se osan llegar; y los pastores cuidaban de alejar de ella su ganado. Apestaban el ayre los vapores sulfúreos de la laguna Estigia, que por aquella boca se exálaban continuamente. Al contorno de ella no crecia la yerba ni flores; nunca se percibian allí los suaves céfiros, ni dexaba allí ver la primavera sus recientes bellezas, ni sus preciosos dones el otoño. La seca tierra estaba sin cultura, y solamente se advertian, junto con algunos arbolillos sin hojas, algunos funestos cipreses. Por todo su circuito, aun léjos de la caverna, negaba sus doradas cosechas

la tierra al pobre labrador. Parecia que en vano prometian las vides en aquel sitio sus dulces frutos: los racimos en vez de madurar se secaban. Eran sucias todas las fuentes, y eran siempre amargas, siempre turbias sus aguas. No llegaba á cantar algun páxaro en aquella tierra erizada de zarzales y espinas, ni hallaban bosquecillos en ella adonde retirarse. Iban los páxaros á cantar sus amores baxo un cielo mas apacible; y en aquel parage tan solo se sentian los buhos, y el graznar de los cuervos. La misma yerba era allí amarga, y los ganados que la pacian, no sentian aquel gustoso recreo que les hace pastar por la campaña. Huia el toro de la vaca; y abatido el pastor, no se acordaba de gayta ni flauta.

Salia de aquella caverna de quando en quando un humo espeso y obscuro, que á la hora de medio dia formaba cierta especie de noche. Entónces los pueblos vecinos, para aplacar los dioses del infierno, redoblaban los sacrificios; pero frequentemente las víctimas, que aquellos crueles dioses tenian gusto de sacrificar con un funesto contagio, eran los hombres en la flor de su edad, y en su mas tierna juventud.

Allí Telémaco resolvió buscar el camino que llevaba al infierno. Minerva, que tenia cuidado continuo de él, y le cubria con la Egide, habia hecho á Pluton propicio á sus designios; y el mismo Júpiter movido de los ruegos de la diosa, habia ordenado á Mercurio, que para entregar á Pluton cierto número de hombres baxa cada dia al infierno, que dixera á aquel dios que permitiera al hijo de Ulises poder entrar en su Reyno.

Alejóse Telémaco á la noche del campo sin ser notado. Caminaba á la luz de la luna, é invocaba á aquella poderosa deidad, que siendo astro brillante en el cielo, es juntamente casta Diana en la tierra, y Ecate formidable en el abismo. Escuchó la diosa favorablemente sus votos, porque salian de un puro corazon, y porque era llevado Telémaco del amor y piedad, que á un padre son debidas. Apénas se halló cerca de la entrada de la caverna, quando sintió bramar el infierno. Temblábale la tierra baxo los pies, y todo el cielo se armó de relámpagos, y de rayos, los

quales parecia que de lo alto se baxaban á tierra. Sintió entónces palpitarle en el pecho el corazon, y cubrióse su cuerpo de un hielo; pero mantúvose con su esfuerzo. Levantó los ojos al cielo, y levantó las manos gritando: Acepto, ó grande dios, estos agüeros que tengo para mí por felices: conducid á buen término vuestra obra, dixo: y apresurando el paso, osadamente prosiguió adelante.

Disipóse al instante aquel espeso humo, que hacia funesta la entrada de la caverna á todos los vivientes que se le acercaban, y cesó por algun espacio el pestilente hedor que de allí salia. Entró por ella solo Telémaco; porque ¿quién hubiera tenido aliento para seguirle? Dos Cretenses, que hasta cierta distancia de la caverna le habian acompañado, y á quienes habia él descubierto su pensamiento, se quedaron temblando harto á la larga, y casi medio muertos, rogando por él en un templo, y sin esperanza ninguna de volverle á ver.

Entre tanto se entró el hijo de Ulises en aquellas horribles tinieblas con la espada en la mano; y apénas dió algunos pasos, comenzó á vislumbrar una escaza luz, y entre obscura, como la que suele de noche verse en el mundo. Reparó entónces unas ligeras sombras que le andaban volando al rededor, y las íba ahuyentando con la espada. Luego se le puso delante un pantanoso rio, cuyas cenagosas corrientes no hacen otro que andar dando giros, y continuos círculos. Sobre su márgen vió una tropa sin número de muertos, que tenian sus cuerpos sin sepultura, los quales infructuosamente se oponian delante del desapiadado Caronte. Este dios, cuya vejez eterna es siempre melancólica y enfadosa pero robusta, los amenaza y desecha, y admite sin tardanza en su barca al jóven Griego. Entrando en ella, percibió los gemidos Telémaco de una alma.

¿Qué desgracia es la vuestra? ¿Quién erais en el mundo? Fuí, respondió aquella alma, Nabofarzan, Rey de la soberbia Babilonia. A mi nombre tan solamente temblaban todos los pueblos orientales, y me hacia adorar de los habitadores de aquella gran ciudad en un templo de mármol, donde delante de una estatua de oro, que era retrato mio, se quemaban de dia

y de noche los mas preciosos aromas de la Etiopía. No hubo alguno que me contradixese, sin pagar de contado su libertad. Inventábase cada dia algun nuevo placer, para hacerme la vida mas deliciosa y mas apacible; y á mas de eso me hallaba en la flor de mi juventud, y de mi robustez. ¡Infelice de mi! ¿Qué prosperidad me quedaba, que no hubiera ya disfrutado en el trono? Pero una muger que no correspondia á mi amor, me ha hecho conocer quán léjos iba de la verdad, figurándome que era dios. Ella me atosigó, y ya soy sombra vana, soy nada. Ayer con pompa se colocáron mis tristes cenizas en una urna de oro. Hubo quien me lloró, quien mesó sus cabellos, quien mostró quererse arrojar para morir conmigo, al fuego de la pyra; pero no hay alguna que tenga pesar de mi muerte. Mi familia misma se horroriza con mi memoria, y ya padezco aquí muchas horribilísimas injurias.

Movido á compasion Telémaco de tal espectáculo, le dixo: ¿Erais vos verdaderamente feliz miéntras en el mundo reynábais? ¿Percibiais aquella apacible paz, sin la qual siempre está acongojado el corazon humano, y siempre descontento entre las delicias? No, le respondió el Babylonio; ántes ni aun entiendo lo que quereis decir. Los sabios exageran esa paz, como el único bien que se puede en el mundo gozar; pero por quanto á mí, yo no la he probado jamas. Mi corazon era continuamente combatido de nuevos deseos, ya del temor, y ya de la esperanza; yo me procuraba divertir á mí mismo, teniendo en movimiento casi continuo mis desconcertadas pasiones, y mantener la embriaguez, para que fuera perpetua. Me hubiera sido demasiado amargo qualquier pequeño espacio de tranquilidad, que me hubiera dexado conocer mi estado. Tal fué la paz de que gocé en el mundo: qualquiera otra la miraba yo como fábula ó como sueño, y tales son los bienes, que me pesa de haber perdido.

Hablando de esta suerte el Babilonio, lloraba como un hombre vil, enervado de la felicidad, y no acostumbrado á sufrir con firmeza de ánimo una desventura. Cercanos á él estaban algunos esclavos, que habian sido muertos, para honrar las exéquias de su

cadáver. Habíalos Mercurio entregado á Caronte junto con su Rey, y les habia dado absoluto poder sobre aquel príncipe, á quien ellos sirvièron en el mundo. Las almas de los esclavos no tenian ya miedo á la de Nabofarzan: teníanla en cadenas, y le hacian los mas crueles oprobrios. ¿No eramos acaso hombres como tú, le decian ellos; pues cómo eras tan insensato, que te pudieras tener por dios? ¿No era por ventura razon que te acordáras, de que igualmente tú eras de la casta de los demas hombres? Tenia motivo, decia otro, para insultarle, por no haber querido ser tenido por hombre; pues eras un monstruo, sin sentimiento de humanidad. Bien, proseguia otro, ¿en dónde estan ahoras los que te adulaban? Ahora ya no tienes cosa que dar: desdichado de ti, no puedes hacer ya mal alguno: he aquí que has parado en esclavo de tus mismos esclavos. Los dioses van despacio en hacer justicia; pero la hacen al cabo.

A tan pesadas voces, ponia Nabofarzan los ojos en el suelo, se desgreñaba con excesiva rabia y arrebatado de su despecho. Pero volviéndose á los esclavos Caronte: Tiradlo, decia, tiradlo de la cadena: enderezadlo á mal de su grado: no ha de tener ni aun el consuelo mísero de ocultar su vergüenza. Justo es que todas las almas de la Stygia le vean, para disculpar á los dioses, los quales han sufrido tanto tiempo que reynara este impio en el mundo. Esto no es aun, ó Babilonio, sino el principio de tus dolores: prepárate pues, para ser juzgado acá baxo del inflexible Minos. Juez de los infiernos.

Miéntras hablaba así el terrible Caronte, estaba ya la barca cerca de la orilla del imperio de Pluton. Acudiéron allá todas las sombras para ver á aquel hombre vivo, que descubrian en la barca entre tantos muertos; pero al punto que Telémaco puso el pie en tierra, se desvanecièron improvisamente, á guisa de las sombras de la noche, que se disipan al albor del dia. Caronte mostrándose entónces ménos cejijunto al hijo de Ulises, y mirándole con semblante harto ménos ceñudo de lo que estila, le dixo de este modo: Ya que te es concedido, ó hombre sumamente acepto á los dioses, poder entrar en el Reyno de la noche, inacesible

inacesible á los otros hombres, date priesa de ir adonde te llama el destino. Vé al palacio de Pluton por aquel obscuro camino. Allí le hallarás sentado sobre su trono, y él te dará licencia para entrar en aquellos sitios, cuyo secreto yo no puedo descubrir.

Entónces Telémaco se adelantó á grandes pasos. Veia volatear á las sombras por todas partes, en mucho mayor número qué los granos de arena de que están cubiertas las riberas del mar; y en la agitacion continua de aquella muchedumbre infinita que andaba discurriendo acá y allá, por aquellas vastas campañas, se le apoderó un religioso temor, observando silencio tan profundo. Avecinándose á la lóbrega estancia del duro Pluton, se le erizáron en la cabeza todos los cabellos: sintióse zozobrar las rodillas, desfalleció la voz y apénas fué capaz de pronunciar estas voces: Vos veis, ó dios terrible, al hijo del desgraciado Ulíses: vengo á saber de vos, si es que mi padre es muerto, y ha baxado á habitar en vuestro imperio, ó si discurre aun vago por el mundo.

Estaba entónces Pluton sentado sobre un trono de ébano. Era su color pálido y obscuro: los ojos hundidos y centelleantes, arrugado y amenazador el semblante. Le era odiosa la vista de un hombre vivo, como lo es la luz á los ojos de los animales que estan acostumbrados á no salir de sus cuebas sino de noche. Veíase á su lado Proserpína su esposa que era la única á quien él se dignaba de mirar, y por cuyo amor parecia que amainaba algun poco la ferocidad de su corazon. Tenia ella una hermosura todavía nueva; mas parecia que á su divino garvo habia unido no sé qué de lo fiero y cruel de su esposo.

Estaba al pie del solio la muerte pálida y devoradora con su cortante guadaña que continuamente afilaba. Volaban al contorno los melancólicos cuidados, las crueles desconfianzas, las venganzas cubiertas de heridas, y destilando sangre los injustos oidos: la avaricia, comiéndose á sí misma: el despecho que se destroza con sus mismas manos: la loca soberbia que lo arruina todo: la traicion que se quiere alimentar de sangre, y que no puede con todo eso gozar de todos los males que hace: la envidia que derrama al rededor

de si el mortal veneno, y que se pasa á rabia en la imposibilidad de dañar: la impiedad que se labra un abismo sin suelo, en el qual ella propia se precipita, sin esperanza: las visiones horrendas, las fantasmas que representan los muertos para espantar á los vivos: los terribles sueños, y aquellos crueles desvelos que causan tanta pena, como los sueños mas horrorosos. Todas estas imágenes funestas ceñian al fiero Pluton, y llenaban todo su palacio.

El con una voz ronca, que hizo retumbar el Cocito respondió así á Telémaco: Mortal jóven, pues que te ha concedido la suerte violar este sagrado retiro de las almas separadas del cuerpo, pasa adelante adonde te conduce tu superior destino. No te diré donde se halla tu padre, pudiéndo tú libremente buscarle. Ulises ha sido Rey en el mundo: por eso no te queda que registrar sino á una parte el Tártaro, donde son castigados los Reyes malos, y de la otra el Elisio, donde los Reyes buenos son galardonados. Mas sabe que de aquí no puedes conducirte al Elisio, sino habiendo pasado por en medio el Tártaro: date priesa, pues, de ir allá, y salirte quanto ántes de mi imperio.

Partióse Telémaco entónces con tal celeridad, que parecia volar por aquellos vacíos sitios, é inmensos: tan impaciente estaba por saber si podia allá baxo ver á su padre, y alejarse de la presencia de aquel tirano, que igualmente amedrenta vivos y muertos. Bien presto vió de cerca el negro Tártaro, de donde se esparcia un humo espeso y lóbrego, cuyo olor pestilente bastaria á matar todos los vivos, si se esparciera sobre la tierra. Debaxo de aquel humo, que lo cubria, habia un rio de fuego; cuyo estruendo, semejante al de los torrentes mas impetuosos, quando se precipitan de las mas altas rocas en la profundidad de sus sumideros, hacia que ninguna otra cosa se pudiera escuchar con distincion.

Animado secretamente Telémaco de la diosa Minerva, entró en aquel abismo sin miedo. Vió luego una gran muchedumbre de hombres, que habian vivido en el mundo en las mas baxas condiciones, y allí eran castigados por haber procurado las riquezas con engaños, con traiciones y con crueldad. Reparó

en aquel puesto muchos sacrílegos hipócritas, que fingiendo tener amor á la Religion, se habian de ella valido, como de un buen pretexto para contentar su soberbia, y hacer burla de los hombres crédulos. Estos, que se habian servido mal hasta de la virtud, que es la mas grande dádiva, que nos pueden hacer los dioses, éran castigados como los mas delinqüentes entre todos los hombres. Los hijos, que habian degollado padre, ó madre: las esposas, que habian bañado sus manos en la sangre de sus maridos: los traidores, que habian puesto en poder de los enemigos la patria, despues de haber violado todos los juramentos que habian hecho, padecian harto menores penas que los hipócritas. Así lo habian querido los tres Jueces del infierno: y la razon que les habia movido á hacerlos era porque no se contentan los hipócritas con ser malos, como el resto de los impios; mas quieren á mas de eso ser tenidos por buenos, y hacen con su falsa virtud que no se atrevan los hombres á creer la verdadera. Los dioses, de quienes se han burlado en el mundo, y á quienes han hecho despreciables en la opinion de los otros, ahora tienen gusto de emplear todo su poder en la venganza de sus insultos.

Cercanos á estos se veian allí otros muchos que en la opinion comun no son mirados por delinqüentes; pero que son perseguidos sin compasion de la divina venganza. Estos son los ingratos, los mentirosos, los lisonjeros que han alabado el vicio: los críticos malignos que han procurado obscurecer á la virtud mas pura; y finalmente, aquellos que han juzgado las cosas temerariamente, sin saberlas con fundamento, y que por esta via han ocasionado algun daño á la reputacion de los inocentes.

Pero entre todas las ingratitudes, la que se tiene á los dioses, era castigada como la mas inicua de todas. Porque, decia Minos, es un monstruo de ingratitud quien no corresponde á su padre ó amigo, de quien ha recibido solamente algun socorro; y se jacta el hombre de ser ingrato á los dioses, de quienes ha recibido la vida y todos los bienes, que en ella se comprehenden. ¿Acaso no les debe su nacimiento mas que á los mismos padres que le engendráron? Quanto

mas los delitos quedan sin castigo, y se excusan en el mundo, tanto son mas en el infierno el objeto de mas implacable venganza, y de ninguna culpa puede excusarse.

Viendo sentados Telémaco á los tres jueces que condenaban á un hombre, tuvo aliento para preguntar quáles eran sus culpas. Al punto el condenado, empezando á hablar, dixo en alta voz: Yo no he hecho jamas algun mal: he puesto todo mi gusto en beneficiar á los otros: he sido magnífico, liberal, justo, condescendiente al arbitrio ageno: ¿Qué es pues, lo que se me puede reprehender? No se te condena, le dixo entónces Minos, que hayas cometido algun pecado contra los hombres; pero no debias tener mas atencion á los hombres, que á los dioses. ¿Qué justicia es pues esta tuya, de que blasonas? No has faltado en alguna obligacion ácia los hombres, que no son cosa: has sido virtuoso; pero esa virtud la has referido á tí propio, y no á los dioses, que te la habian dado; porque querias gozar del fruto de tu propria virtud, y la has ceñido á tí solo. Tú has sido tu dios; mas no pueden los dioses renunciar á sus propios derechos: ellos son los que lo han hecho todo, y ninguna cosa han obrado sino para sí mismos. Te has olvidado de ellos: ellos se olvidarán de tí; y ya que has querido ser de tí mismo, y no de ellos, te dexarán para tí. Busca, pues, ahora, si puedes, tu consuelo dentro de tu corazon. Héte aquí separado por siempre de los hombres, á los quales has querido agradar: héte aquí solo contigo mismo, que has sido tu ídolo; aprende, que no se halla alguna verdadera virtud sin respeto y amor á los dioses, á quienes somos deudores de todo. Tu fingida virtud, con que han sido engañados los hombres tan largo tiempo, siendo fáciles de ser engañados, ya está para ser confundida. No juzgando los hombres de los vicios y las virtudes sino por lo que á ellos agrada, y es conforme á su genio, son ciegos, tanto en discernir el bien, como el mal. Aquí una luz divina vence todos sus juicios superficiales; condena de ordinario lo que ellos admiran y justifican lo que condenan.

Herido aquel filósofo de estas palabras, como de

un rayo, no podia sufrirse mas á sí mismo. La complacencia que habia en lo pasado tenido en su moderacion; su esfuerzo y generosas inclinaciones, se truecan en desesperacion. La vista de su propio corazon, aborrecible á los dioses, se le transforma en pena. Véese, y no puede hacer ménos que verse: ver la vanidad de los juicios humanos á los quales en todas ocasiones trató de complacer; y se hace en él una general mutacion, como si las entrañas se le revolvieran de arriba abaxo. Hállase ahora muy diferente del que primero. Fáltale toda la asistencia del corazon: su conciencia, cuya aprobacion le habia en lo pasado sido tan agradable, se levanta contra él, y le reprehende furiosamente el desórden y la ilusion de todas sus virtudes que no tuviéron al divino culto, ni por su principio, ni por su fin, y se halla ya turbado, del todo envilecido, lleno de vergüenza, de remordimientos, y de despecho. No le dan tormentos las furias, porque basta dexarle entre sus mismas manos; y porque su corazon venga bastantemente á los dioses, que fuéron ántes de él desgraciados. Busca el infeliz el lugar mas obscuro, para poderse esconder de los otros, no pudiendo esconderse de sí; mas buscando tinieblas, no las puede encontrar. Una importuna luz le sigue á todas partes: en todas partes los rayos penetrantes de la verdad, van á vengar la verdad que en vida no cuidó de seguir. Hácesele aborrecible aquello que ántes le fué en el mundo tan agradable; porque de esto cabalmente se originárou todos los males que ahora padece, y que no pueden fenecer jamas. Insensato de mí, decia entre sí mismo, pues no he conocido los dioses, ni los hombres, ni á mí propio. No, no he conocido cosa alguna, puesto que nunca he amado aquel bien que es el bien único y verdadero. Todos mis pasos han sido extravíos: mi prudencia no era sino locura toda mi virtud era una impía, no ménos que ciega soberbia, porque yo era el ídolo de mí propio.

Vió finalmente Telémaco á los Reyes que eran atormentados por háber abusado de su poder. De una parte una furia vengadora les ponia á los ojos un espejo que representaba toda la fealdad de sus vicios. Allí

miraban, y no podian hacer ménos, sino mirar su altivez ignorante y deseosa de las mas ridículas alabanzas; su crueldad con los hombres, á quienes ellos deberian haber hecho felices: el desprecio que hicieron de la virtud; su temor de oir la verdad: las perversas inclinaciones que les tiraron á amar los hombres viles y aduladores: su poca atencion, la afeminación, la insensibilidad, la desconfianza, el fausto, la magnificencia excesiva, fundada en la ruina de los pueblos: la soberbia, que les movió á comprar con la sangre de los ciudadanos un poquito de vana reputacion, y finalmente la tiranía, que andaba cada dia buscando nuevas delicias entre las lágrimas, y la desesperacion de tantos miserables; veíanse continuanente en aquel espejo mas horribles, y mas monstruosos que la Chimera que domeñó Belerofonte: que la hidra de Lerna, á quien mató Alcides; y aún que el mismo Cerbero, aunque vomitase por sus tres disformes gargantas negra y venenosa sangre, que bastára á apestar á todos los vivientes.

Al mismo tiempo otra furia por otra parte les repetia para insultarles todas las alabanzas, que habian recibido, viviendo, de los aduladores; y poníales otro espejo delante, donde se veian tales como les habia pintado la lisonja, la contraposicion de dos retratos tan contrarios con el suplicio digno de su orgullo. Allí se reparaba, que habian sido los mas malvados Reyes los que habian en vida recibido mas magníficas alabanzas; porque los malos son mas temidos que los buenos, y oyen sin vergüenza la vil adulacion de los poetas, y de los oradores de sus tiempos.

Oyense los lamentos que hacen en aquellas profundas tinieblas, donde no pueden ver sino los insultos y los escarnios, que han de sufrir. No tienen cosa alguna cerca de sí, que no los desprecie, no los contradiga, no los confunda, quando antes se burlaban de la vida de los hombres en el mundo, y pretendian que todo se habia hecho para solamente servirlos. Allí estan abandonados á todos los caprichos de ciertos esclavos, que sucesivamente les hacen tolerar una servidumbre durísima. Ellos les sirven con gran dolor, y en su esclavitud no les queda esperanza de poderla

algun tiempo suavizar. A los golpes de los esclavos que son inclementes tiranos, estan ellos como los yunques baxo de los martillos de los Cíclopes, quando en las oficinas ardientes del Etna les apremia Vulcano para el trabajo.

Advirtió allí Telémaco ciertos semblantes pálidos, horribles y melancólicos; y que una funesta tristeza roe interiormente á todos aquellos reos. Tienen horror de sí mismos, y no pueden librarse del horror, como no pueden desnudarse de su naturaleza. No han menester mas castigo de sus delitos que los delitos mismos. Vénlos continualmente con toda su fealdad, y se les presentan ánte los ojos, y les van persiguiendo sin piedad, como horribles fastamas. Para escaparse de ellos, quisieran una muerte mas violenta, que aquella que les ha separado de los cuerpos. En la desesperacion en que estan, llaman por alivio á la muerte, pero una muerte que les pueda quitar todo sentido y conocimiento. Piden á los abismos que se les traguen, para huir de los rayos vengadores de la verdad, que les acongoja: pero son reservados á la venganza, que destilando gota á gota sobre ellos, jamás se secará. La verdad que temiéron ver, es el suplicio que les castiga. Venla, y no tienen ojos sino para verla levantarse contra ellos. Su vista es la que los atraviesa, los destroza, y atormenta en sí mismos: ella es como el rayo, que sin destruir afuera cosa alguna, penetra hasta lo íntimo de las entrañas. Semejante al metal de un horno muy encendido, está la alma empapada del fuego vengador. No dexa éste alguna consistencia, y no consume cosa: disuelve hasta los primeros principios de la vida, pero no se puede morir. El condenado está como dividido de sí: no puede ya encontrar, ni ayuda, ni reposo por un momento; y no está unido ya consigo mismo, sino con la rabia que contra sí tiene, y con la pérdida de toda esperanza, que le saca de juicio.

Entre aquellos objetos que hacian erizar los cabellos á Telémaco, vió á muchos antiguos Reyes de Lidia, que eran castigados por haber antepuesto las delícias de una vida suave y afeminada al trabajo, que para

alivio de los pueblos no debe separarse de la dignidad Real.

Estos Reyes se improperaban unos á otros su ceguedad. ¿No te habia encargado yo muchas veces en mi vejez, ántes de salir de la vida, así uno de ellos decia á otro, que habia sido su hijo en el mundo, que repararas los males que habia ocasionado mi descuido? ¡Ah, padre desdichado! ¡Le respondia el hijo, vos me habeis despeñado á este abysmo de perdicion! Vuestro exemplo ha sido el que me ha acostumbrado al orgullo, al fausto y á la crueldad con los otros hombres. Viendoos reynar con tanto regalo, y ceñido de viles aduladores, me acostumbré á amar los placeres y adulacion. Creí que eran los demas hombres respecto de los Reyes, lo que son las bestias respecto de los hombres; esto es, que eran animales, de quienes no se hace algun aprecio, sino en quanto son de servicio, y de alguna comodidad. Creílo, y vos me lo hicisteis creer; y ahora padezco tantos males, solo por haberos imitado. A tales improperios añadian las mas horribles maldiciones, y parecia que los animaba la rabia para despedazarse uno á otro.

En torno de estos Reyes volateaban tambien, como aves nocturnas, las crueles sospechas y vanos espantos, las desconfianzas, que vengan á los pueblos de la crueldad de sus Príncipes: la hambre insaciable de las riquezas: la engañosa soberbia, siempre tiránica, y la vil afeminacion que redobla á los hombres todos sus males, sin que puedan tener algun deleite que sea verdadero.

Veíanse muchos de estos Reyes castigados severamente, no por los males que habian hecho, sino por razon del bien que habian de haber hecho en el mundo. Imputábanse, á los soberanos que no deben reynar, sino para que, mediante su ministerio, reynen las leyes, todas las culpas de los vasallos que procedian de su negligencia en hacer observar las leyes. Imputábanseles tambien todos los desórdenes, que proceden del fausto, de la gala, y de todos los otros excesos, que ponen á los hombres en un estado violento, y los instigan á despreciar las leyes, para adquirir riquezas. Eran especialmente tratados con aspereza aquellos

Reyes, que en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de sus propios súbditos, no habian pensado sino en destruir el ganado, como lobos hambrientos.

Pero lo que causó á Telémaco harto mayor espanto fué ver en aquel abismo de tinieblas y males un infinito número de Reyes, que habiendo estado en el mundo en reputacion de muy buenos, habian sido arrojados á las penas eternas del Infierno, por haberse dexado gobernar de hombres malvados, y engañadores. Eran castigados allí por aquellos males, que habian dexado de hacer con su autoridad, puesta en manos de sus ministros. A mas de esto, la mayor parte de aquellos Reyes no habian sido buenos ni malos: tan grande habia sido su flaqueza: no habian temido jamas no conocer la verdad: no habian tenido discrecion de la virtud, y no habian puesto su gloria propia en beneficiar á los otros.

FIN DEL LIBRO DECIMO OCTAVO.

TELÉMACO.

LIBRO XIX.

SUMARIO.

Telémaco entra en los campos Elisios, donde le conoce Arcesio su bisabuelo, que le asegura que Ulises vive, que le volverá á ver en Itaca, y que reynará en ella despues de él. Le pinta Arcesio la felicidad de que gozan los hombres justos, mayormente los buenos Reyes que, durante su vida, han servido á los dioses, y hecho felices á los pueblos á quienes mandaban. Le hace observar que los heroes que solo han sobresalido en el arte de la guerra estan en un lugar separado, y mucho menos felices. Da instrucciones á Telémaco; y despues se va este para restituirse prontamente al campo de los aliados.

Quando salió Telémaco de aquel lugar, se sintió del todo aliviado, como si se le hubiera un monte descargado de encima. De este alivio entendió quan grande era la desgracia de aquellos que allí estaban cerrados, sin poder ya salir; y estaba todo espantado, considerando con quanto mas rigor que los otros reos eran atormentados los Reyes. Luego estan sujetos los soberanos, decia él, á tantas obligaciones, á tantos riesgos: á tantas asechanzas: tan dificultoso les es conocer la verdad para defenderse de los demas, y de sí mismos; ¿y finalmente han de sufrir tormentos tan horribles en el Infierno, despues de haber sido tan envidiados, y de haber padecido tantos trabajos y tantas oposiciones en una vida tan corta? ¡Loco aquel que desea reynar! ¡Feliz el que se ciñe á una condicion privada y pacífica, en que le es mucho ménos dificultoso conservar la virtud!

Haciendo estas consideraciones, se turbó interiormente Telémaco: erizóse y cayó en desmayo, que le hizo sentir alguna parte del despecho de aquellos miserables, que poco ántes habia visto. Mas quanto se

alejaba de aquella funesta morada de las tinieblas del horror y de la desesperacion, otro tanto poco á poco le comenzaba á renacer él esfuerzo. Respiraba, y ya de léjos vislumbraba la pura luz, y apacible de aquella afortunada habitacion, en donde moran los héroes.

Allí habitaban todos los Reyes buenos, que miéntras tuviéron vida habian gobernado sabiamente á sus súbditos, y estaban separados de los otros justos. Como los malos Príncipes en el Tartaro sufrian ciertas penas infinitamente mas crueles que las de los otros reos de condicion privada; así en los campos Elisios gozaban los buenos Reyes una felicidad sin comparacion mayor que la de los demas hombres, que habian en el mundo amado á la virtud.

Adelantóse Telémaco ácia aquellos Reyes que estaban en ciertos bosquecillos fragrantes, sentados sobre algunos céspedes, siempre verdes, y siempre floridos. Mil arroyuelos de agua cristalina regaban aquellos amenos sitios, y mantenian en ellos una deliciosa frescura: una multitud sin número de avecitas hacia resonar con su dulce harmonía todos aquellos puestos, que ocupaban los Príncipes bienaventurados; y allí se veian juntas con los frutos mas ricos del Otoño, que estaban pendientes de los arboles, las mas hermosas flores de la Primavera, que nacian baxo sus huellas. Allí nunca se experimentaron los ardores de la Canícula; ni el tempestuoso Aquilon se atrevió jamás a soplar allí, ni hacer que se sintiera el rigor del Invierno. Ni la guerra siempre sedienta de sangre; ni la cruel envidia, que muerde con sus venenosos dientes algunas víboras enroscadas sobre su pecho, y en torno de los brazos; ni los zelos, ni las desconfianzas, ni el temor, ni los deseos vanos se acercan jamas a aquella habitacion dichosa de paz. Allí el dia no tiene fin, y no se conoce la noche ni sus tinieblas. En contorno á los cuerpos de los justos se difunde una pura y apacible luz, que con sus rayos los ciñe, como ropage. No es esta luz semejante á aquella con que se iluminan los ojos de los infelices mortales, la qual toda es tinieblas, antes que luz; es aquella una celestial gloria Ella penetra mas sutilmente por los cuerpos mas densos, que no

penetran los rayos del sol por el transparente cristal: no deslumbra; ántes por el contrario fortifica los ojos, y mantiene siempre en lo íntimo de la alma una no sé qué serenidad. Esta sola alimenta aquellos hombres dichosos: de ellos sale, y en ellos entra, se interna, y se incorpora en ellos propios: ellos la ven, la sienten, la respiran, y engendra en ellos una tranquilidad y alegría, que no se agota. Estánse sumergidos en aquel abismo de gozo, como en el mar los peces: no desean alguna cosa, y sin tener cosa, lo tienen todo; porque el gusto de aquella luz purísima contenta toda la hambre de sus corazones. Todos sus deseos estan satisfechos, y su abundancia hace que en nada cuiden de aquellas cosas, que los hombres vacios y hambrientos van buscando en el mundo. No hacen algun aprecio de todas las riquezas y delicias que los rodean; porque el colmo de su felicidad, que proviene de lo interior, no les dexa alguna aficion á todo lo que ven delicioso á la parte de afuera; semejantes puntualmente á los dioses, que saciados con el nectar y ambrosía, no se dignarian alimentar de los manjares groseros, que les sirvieran á la mesa mas suntuosa de los mortales. Huyen todos los males léjos de aquellos sitios de eterna tranquilidad: ni puede en ellos entrar la muerte, las enfermedades, la pobreza, el dolor, las aflicciones, los remordimientos, los temores, las esperanzas mismas, que á veces cuestan tanto temor; las discordias, los disgustos, y los enojos.

Bien pudieran arrancarse de sus fundamentos, ahondados en el centro de la tierra, las montañas de Tracia, que con las cimas cubiertas de nieve, y hielo, desde el principio del mundo predominan las nubes; pero los corazones de aquellos justos no podrian ni aun conmoverse, ni recibir alteracion alguna. Solamente se compadecen de las miserias que oprimen á los hombres que viven en la tierra; pero esta es una piedad dulce y tranquila, que en nada altera su felicidad inmutable. Descubren en sus rostros una juventud eterna, una dicha eterna, una gloria toda divina. Su alegría no tiene cosa de burlesco, ó de descompuesto. Es una alegría apacible, noble, llena de magestad: es un sublime gozo de la verdad y virtud aquel placer, con

el qual estan continuamente embelesados. Tienen sin intercadencias en todos los instantes aquel júbilo mismo, que experimenta una madre, que vuelve á ver al hijo que tenía por muerto; pero tal alegría, que en ella es momentánea, no se ausenta jamas de sus corazones: jamás desmaya por un solo momento, ántes siempre se renueva en ellos. Tienen de la embriaguez el estar transportados; pero sin turbacion ni ceguedad.

Discurren juntos de lo que ven y oyen: huellan las regaladas delicias, y vanas grandezas de sus condiciones antiguas, de que ahora se conduelen: acuérdanse con gusto de aquellos melancólicos, mas breves años, en que para ser buenos, hubiéron menester pelear contra sí propios, y contra el torrente de los hombres malos; y admiran el auxilio y favor de los dioses, que los llevaron como por la mano á la virtud, por medio de tantos y tan graves peligros. Corre en su corazon continuamente no sé qué de divino, como un torrente de la misma divinidad, que con ellos se une. Ven ser felices, lo gustan y conocen que lo serán para siempre. Cantan todos á coros loores á los dioses, y todos juntos no hacen sino una sola voz, un solo pensamiento, un solo corazon, una sola felicidad, que en aquellas almas unidas hace como el fluxo y refluxo del mar.

En aquel éxtasis soberano corren con mas rapidez los siglos, que las horas de los mortales; y sin embargo mil y otros mil siglos no disminuyen alguna parte de su felicidad, siempre nueva, y siempre toda entera. Reynan todos á una, no sobre Tronos, que manos de hombres puedan abatir, sino en sí mismos con poder inmutable; porque no tienen ya necesidad de ser terribles con una potencia prestada de un pueblo vil y desgraciado. No llevan ya las vanas diademas, cuya luz oculta tantos temores, y afanes tan terribles. Los mismos dioses les coronáron con sus propias manos de algunas guirnaldas de flores, que nunca se marchitan.

Telémaco, que andaba en busca de su padre, y en aquellos bellos parages habia esperado encontrarle, quedó así aprisionado de aquel gusto de paz, y de

felicidad, que quisiera haber hallado allí á Ulises, y se afligia de haberse de volver al mundo entre los hombres. Aquí, decia él, se encuentra la verdadera vida, y la nuestra no es otra, que una muerte. Pero lo que le daba espanto, era el haber visto en el Tartaro castigados á tantos Reyes, y el ver tan pocos en los campos Elisios. Comprehendió, que hay muy pocos Reyes, que tengan firmeza, y valor suficiente para resistir á su propio poder, y para desechar la adulacion de tantos, que estimulan, y mueven todas sus pasiones. Así que puntualmente son muy raros los Reyes buenos, y la parte mayor son tan malos, que no fueran justos los dioses, si despues de sufrir que abusen en la vida de su potencia, no les castigaran en haber muerto.

No encontrando Telémaco a su padre entre todos aquellos Reyes, buscó si por lo ménos descubrian sus ojos al divino Laertes, su avuelo. Miéntras que inútilmente le buscaba, se vino acia él un venerable y magestuoso anciano. No era su vejéz semejante a la de los hombres, que en el mundo quedan atropellados del peso de los años; y solamente se podia advertir, que ántes de su muerte habia sido viejo entre los mortales. Veíanse en él juntas todas las bellezas de la juventud con todo lo que tiene de grave la ancianidad; porque en los viejos mas cadentes renace la belleza en el punto que entran en los campos Elisios. Venia, pues, el anciano apresuradamente á Telémaco, y mirabalo con afecto, como a persona que mucho amaba. Telémaco, que no lo conocia, estaba en pena y con suspension.

Perdónote, si no me conoces, hijo querido mio, le dixo el viejo: Yo soy Arcesio, padre de Laertes, que pasé de la vida un poco antes que mi nieto Ulises partiese para ir al asedio de Troya. En aquel tiempo eras tú aun muy niño, y estabas en los brazos de la nodriza, y desde entónces concebí de tí grandes esperanzas; ni estas han sido vanas; pues te veo aca baxo, que vienes a buscar a tu padre, y te favorecen los dioses en esta empresa. ¡Te aman los dioses, o venturoso jóven! y te previenen gloria, que ha de igualar la de tu padre Ulises. ¡O dichoso yo, que te vuelvo á ver! Dexa, pues, de buscar a Ulises aca en los Elisios: él vive aun, y es aguardado en la vida, para restituir

en Itaca á su primer estado nuestra casa. Aunque oprimido del peso de los años, vive tambien Laertes; y aguarda que vuelva su hijo, y asista á cerrarle los ojos en la última hora de su vida. Así pasan los hombres como las flores, que se abren á la mañana, y á la tarde están ya agostadas, y pisadas de los pasageros. Huye sin detenerse todo el linage humano, como el agua de un rio arrebatado: no hay cosa que pueda detener el tiempo, que lleva consigo, y arrastra todas las cosas, que parecen las mas inmobles. Tú mismo, hijo mio, hijo querido mio, tú mismo, que gozas al presente una juventud tan viva, y tan abundante de gustos, acuérdate de que esta bella edad no es sino una flor, que apénas se abrirá, quando de repente quedará seca. Tú te veras trocado insensiblemente: la frescura, belleza, y suaves placeres, la fuerza, la salud, la alegría, se desvanecerán como un sueño, y no te quedará otro, que una cruel memoria. Vendrá la desvalida vejéz, enemiga de todo gusto, á arrugar tu rostro, á agoviar tu cuerpo, á enflaquecer tus miembros trémulos, á secar en tu corazon la fuente del consuelo, á hacerte disgustado lo presente, á hacerte temeroso lo futuro, y á quitarte todo sentido, sino es para solo el dolor.

Este tiempo te lo imaginas léjos; pero te engañas, hijo, pues se apresura demasiado á venir, y en este mismo punto te alcanza. No está léjos de tí lo que viene con tanta velocidad; y está ya el presente muy léjos, que te huye con tanta prontitud, y se anonada el momento mismo en que hablamos, y es imposible que otra vez vuelva. Advierte pues, hijo mio, que no has de cuidar mucho del presente, ni hacer de él demasiado caso; pero en el difícil, y escabroso camino de la virtud, gobiérnate con la vista de lo venidero, y prevente lugar con la pureza de vida, y amor de la justicia en esta morada dichosa de interminable paz.

Tú has nacido para reynar despues de tu padre, que verás finalmente dominar en Itaca, sin oposicion á sus pueblos: sí, tú has nacido para reynar; pero ¡ó quanto engaña al mirar la condicion de los Reyes! Quando los hombres la miran á lo léjos, no ven sino delicias, autoridad, y esplendor; pero de cerca toda

es espinas. Puede sin nota de infamia una persona particular pasar una vida alegre, y obscura; pero no puede vivir de esa forma un monarca, sin perder su reputacion, ni anteponer sin este inconveniente una vida dulce, y ociosa á los gravosos oficios de su gobierno. El es deudor de sí propio á sus súbditos, y no le es permitido que pueda jamas ser de sí mismo. Sus mas ligeras faltas son de infinito peso; porque ocasionan la desdicha del pueblo, y tal vez para muchos siglos. Está obligado el príncipe á reprimir el atrevimiento de los malos, defender la inocencia, y arruinar la calumnia. No le basta que no haga mal, le conviene hacer todo el bien que pueda, y de que tenga necesidad el estado. No le basta hacer bien por sí mismo: es menester tambien que embarace todos los males, que los otros harian, si no se les tuviera la rienda. Teme pues, hijo mio, teme pues, una tan peligrosa condicion: ármate de valor contra tí mismo, contra las pasiones, y contra las lisonjas.

Diciendo estas palabras, parecia abrasarse Arcesio en un fuego divino, y mostraba á Telémaco un semblante lleno de compasion de los males que van unidos á la real dignidad. Quando un hombre, proseguia diciendo, toma el gobierno para satisfacerse á sí mismo, este dia es una tyranía monstruosa: quando lo toma para cumplir con sus obligaciones, y para gobernar un pueblo innumerable, de aquella misma forma que rige á una familia su padre, es una servidúmbre pesada, que requiere el esfuerzo, y paciencia de un héroe. Ello es cierto tambien, que los que con verdadera virtud han reynado en el mundo, poseen aquí todos aquellos bienes, que pueden otorgarles los dioses, para hacer cumplida su felicidad.

Hablando Arcesio así, entraban estas sabias palabras basta lo íntimo del corazon de Telémaco, y se le esculpian en él profundamente, como se graban en bronce aquellas indelebles figuras, que entalla con el buril un excelente artífice, para dexarlas ver á la posteridad mas distante. Eran ellas como una sutil llama, que penetraba las entrañas del jóven, el qual se sentia con ellas todo conmovido y ardiente, y parecia que en su interior derretia su corazon no sé qué

soberano incendio. Consumíasele secretamente lo que tenia mas íntimo en la mas noble parte de sí mismo: no se podia contener, ni sufrirlo, ni resistir á una tan violenta impresion, que era un dolor dulce, y tranquilo, un placer vivo y suave, mezclado con un tormento bastante para acabar la vida.

Empezó despues Telémaco á respirar con mas libertad; y reparando en el rostro de Arcesio, conoció que semejaba mucho á Laertes. Pareciale tambien acordarse confusamente de haber visto en su padre algunas facciones de aquel aspecto, quando se partió de Itaca, para pasar al asedio de Troya.

Enterneciése con tal recuerdo, y cayéronle de los ojos algunas suaves lágrimas mezcladas con el regocijo; quiso abrazar tan amable persona; pero lo intentó en vano muchas veces. De la manera que un engañoso sueño se desaparece á un hombre, que ya se figura tener lo que le representa su fantasía, mientras con la boca sedienta busca el agua, que se le escapa, ó menea los labios, para formar palabras, que no puede expresar, estando adormecida la lengua, ó dilata las manos con esfuerzo, sin tomar cosa alguna; así puntualmente se huia de los brazos á Telémaco aquella vana sombra, miéntras la queria estrechar. No podia satisfacer este su tierno afecto: veia á Arcedio, oia sus palabras, mas no lo podia tocar. Al fin le preguntó, quiénes eran aquellos, que veia cercanos á él.

Ves, hijo mio, le respondió el sabio anciano, aquellos Reyes, que han sido honra de sus edades, gloria y felicidad del linage humano: ves el pequeño número de aquellos príncipes, que mereciéron serlo, y que teniendo el lugar de los dioses, fielmente cumpliéron con su oficio en el mundo. Aquellos otros, á quienes ves muy cerca, pero apartados con aquella pequeña nube, tienen gloria mucho menor. Es verdad que son héroes; pero la recompensa de su valor, y de sus militares empresas, no puede cotejarse con la de los Reyes, que fuéron en el mundo sabios, justos y beneficiosos.

Mira á Teseo entre aquéllos héroes un poco melancólico de semblante, porque sintió en lo vivo la des-

gracia de haber dado sobrada fé á una muger engañosa, y está aun afligido por haber pedido tan injustamente á Neptuno la muerte de su hijo Hypólito. Dichoso de él, sino hubiera sido tan facil, y tan pronto para enojarse. Mira tambien á Aquiles apoyado sobre su lanza; porque no puede tenerse bien a causa de la herida, que dada en el talon á manos del cobarde Paris, le ocasionó la muerte. Le hubieran permitido los dioses reynar en el mundo mas tiempo, si hubiera sido tan cuerdo, justo y moderado, como era intrépido; pero ellos se apiadaron de los Beyotos, y de los Dolopes, en cuyo gobierno Aquiles habia naturalmente de suceder á Peleo, no quisiéron sujetar tantos pueblos al poder de un hombre precipitado en la ira, y mas facil de provocarse á enojo, que el mar mas borrascoso. La muerte puso fin á sus dias, y un héroe tal fué como la luz del relampago, que espira al mismo punto en que empezó á rayar sin mayor duracion, que la de un brevísimo espacio. No han querido los dioses servirse de él, sino como de los torrentes, y de las tempestades, para castigar á los hombres de sus delitos; y lo empleáron en abatir las murallas de Troya, para vengar el perjuro de Laomedonte, y el amor injusto de Paris. Despues de haber usado de esta manera del instrumento de su venganza, al fin se han aplacado, y no otorgaron al llanto de Tetis la gracia, de que ese jóven héroe quedára por mas tiempo sobre la tierra, en la qual no podia servir sino de rendir ciudades y reynos, y alterar el sosiego de los hombres.

¿Pero no ves tambien aquel otro con tan feroz semblante? Es Ayax, hijo de Telamon, y primo de Aquiles. Bien sabes quan célebre ha hecho su nombre en las batallas. Despues de la muerte de Aquiles sus armas no se podian dar a otro, que a él. Pareció á su padre no deber cedérselas, y decidiéron los Griegos á favor de Ulises. Ayax se mató de despecho; y la saña, y furor se ven todavia expresados al vivo en su semblante. Mira pues, hijo mio, no te le acerques, porque podia pensarse, que tú en sus males le querias aun insultar; y quiere la razon, que se tenga piedad de su desgracia. ¿No adviertes, que nos mira con pena,

y que se entra presurosamente en aquel bosquecillo sombrío, porque le es sensible, y odiosa nuestra vista? Mira á Ector á otra parte, que hubiera sido invencible, si no hubiera estado en el mundo el hijo de Tetis; mas hé allí á Agamenon, que pasa, y lleva en sí mismo las señales de la perfidia de Clitemnestra. Horrorízome, hijo, pensando en las desgracias de la familia del impio Tántalo. La discordia de los dos hermanos, Atreo y Tiestre llenó de sangre, y de horribles delitos á toda aquella casa. Ay de mí, un solo pecado quántos otros arrasta. Volviéndo Agamenon del asedio de Troya con los Griegos, á quienes mandaba, no tuvo tiempo de gozar pacíficamente de aquella gloria, que ántes habia adquirido: tal es puntualmente el destino de todos los conquistadores. Todos los que ves, han sido formidables en la guerra; pero no han sido amables y virtuosos; y por eso no estan sino en la segunda mansion de los campos Elisios.

Estos que estan conmigo, reynáron con justicia, y amáron á sus pueblos. Son amigos de los dioses, miéntras que Aquiles y Agamenon no pensando en otro que en contiendas, y en guerras, conservan aun aquí sus cuidados, y los defectos de su antigua naturaleza, y se afligen de no ser mas que sombras sin poder, y espíritus sin cuerpo. Estando estos reyes justos purificados de aquella luz divina, que los alimenta, no tienen mas que desear por cumplimiento de su felicidad. Muévense a compasion de las inquietudes de los mortales; y les parecen como juegos de niños los negocios grandes, que á los hombres soberbios ocasionan tantos cuidados sobre la tierra. Sus corazones estan hartos de la verdad, y virtud, que van á tomar en su fuente: no tienen que sufrir mas cosa alguna, ni de los otros, ni de sí propios: no tienen mas deseos: no tienen mas necesidad ni temor alguno: todo está acabado para ellos, fuera de la alegría, que no puede acabárseles.

Considera, hijo mio, aquel antiguo Rey Inaco, que fundó en lo pasado el Reyno de Argos. Míralo con aquella tan apacible ancianidad, y tan magestuosa! nacen las flores sobre sus huellas, y camina

tan desembarazado y ligero, que parece una ave que vuela. Tiene en la mano una lira de oro, y canta las obras admirables de los dioses, arrebatado con el exceso de un eterno júbilo. Exhala de su pecho, y de su boca una exquisitísima fragrancia, y oyeran admirados los hombres, y los dioses la harmonía de su lira, y su voz. De esta suerte es galardonado por haber amado á los pueblos, que juntó dentro del recinto de sus nuevas murallas, á quienes dió ciertas leyes con que se pudieran regir.

De aquella otra parte puedes ver á Cécrope Egypcio, que reynó el primero en Atenas, ciudad consagrada á la sabia diosa, de quien tiene tambien el nombre. Sacó Cécrope algunas leyes provechosas de Egypto, que es la fuente de donde dimanáron á Grecia las ciencias y las buenas costumbres. Amanzó la feroz naturaleza de los moradores de la Atica, y los reduxo á que vivieran juntos en compañía: fué justo, humano, compasivo; dexó los pueblos en abundancia, y su familia en estado mediano, no queriendo que le sucedieran sus hijos para reynar; porque juzgaba que habia otros con mas mérito para la corona.

Conviene tambien, que te muestre en aquel vallezuelo á Erictonio, que halló el uso de la plata reducida á moneda. Hízolo con idea de facilitar el comercio entre las islas de Grecia: pero previó el inconveniente que se originaría de esta invencion. Aplicaos, decia, á todos los pueblos, á multiplicar en vuestras casas las riquezas naturales, que son las verdaderas: cultivad la tierra, para tener abundancia grande de granos, vino, aceyte y frutos: tened muchos, y aun innumerables ganados, que os den el alimento de la leche, y os cubran con sus lanas; y os pondréis con eso en estado de no temer jamas á la pobreza. Quanto tengais mayor número de hijos, con que les hagais laboriosos, tanto seréis mas ricos; porque la tierra es incansable en aumentar su fecundidad, á proporcion de la muchedumbre de los habitadores, que tienen el cuidado de cultivarla. Paga liberalmente á todos su trabajo; y al contrario, se hace ingrata, y avara á los que la cultivan con negligencia. Aplicaos pues princi-

palmente á adquirir las riquezas verdaderas, que satisfacen las verdaderas necesidades de los hombres: de la plata labrada en la moneda, no es menester hacer algun aprecio sino en quanto es necesaria, ó para guerras inexcusables, que deben mantenerse contra otras gentes, ó para compra de las mercaderías, que hubiereis menester, y no las hay en vuestro pais. Por lo demas, se habria de desear, que feneciera totalmente el comercio de aquellas cosas, que no sirven sino de mantener la soberbia, la afeminacion y el regalo.

Temo mucho, hijos mios, decia con freqüencia el cuerdo Erictonio, haberos hecho una funesta dádiva, dándoos la invencion de la moneda. Preveo que moverá la avaricia, el fausto, la soberbia en vuestro corazon: que mantendrá una cantidad infinita de artes dañosas, que no miran á otro, que á afeminar, y gastar las costumbres: que os hará aborrecer aquel venturoso candor, de que procede toda la quietud, y seguridad de la vida; y que finalmente os hará despreciar la labranza, que es fundamento de la vida humana, fuente de donde manan los verdadéros bienes. Pero los dioses me son testigos de la pureza de mi intencion, dandoos esta invencion provechosa en sí misma. Finalmente, quando vió Erictonio, que el dinero viciaba los hombres, como ántes lo habia previsto, retiróse de pena á una montaña inculta, donde sin quererse ingerir en el gobierno de las ciudades, vivió pobre, y distante de los hombres hasta su postrera vejez.

Pasado poco tiempo, despues que se retiró Erictonio, se vió parecer en la Grecia el famoso Tritolemo, á quien habia Ceres enseñado el arte de cultivar las tierras, y hacer que cada año se vistiesen de doradas cosechas. No ya porque ántes los hombres no conocieran los granos, y el modo de aumentarlos en las sementeras; pero aunque conocian la agricultura, no sabian la perfeccion. Tritolemo, enviado de Ceres, vino con el arado en la mano á ofrecer los dones de aquella diosa á todos los pueblos, que tuviesen bastante esfuerzo para vencer su natural pereza, y entregarse al continuo trabajo. Luego enseñó á los Griegos á

surcar la tierra, y á fecundarla, destrozándola el seno: al instante los segadores calorosos, é infatigables, descargáron sus cortantes hoces en las rubias espigas, que tenian poblada la campaña. Los mismos pueblos salvages y feroces, que esparcidos corrian acá, y allá por las selvas de Epiro y de la Etolia, para alimentarse de las bellotas, despues que aprendiéron á hacer crecer las mieses, y á cocer el pan, amáron sus costumbres, y se sujetáron á ciertas leyes.

Tritolemo dió á entender á los Griegos, qué gusto causa el no ser obligado de las riquezas, sino es á su propia fatiga, y hallar en las posesiones todo lo que es menester en la vida, para hacerla feliz y encomendada. Aquella tan sencilla, é inocente abundancia, que va unida á la Agricultura, les traxo á la memoria todos los consejos, que de Erictonio habian recibido. Despreciáron ya los dineros, y todas las riquezas artificiales, que no son riquezas sino en quanto las hace tales la opinion de los hombres, que las aplican á buscar los placeres nocivos, y los apartan del trabajo, que les haria lograr plenísima libertad, y les daria todos los verdaderos bienes, juntamente con la pureza de las costumbres. Conociéron pues, que un campo fértil, y bien cultivado, es el verdadero tesoro de una familia, que quiere vivir sóbriamente, como viviéron sus padres. Dichosos los Griegos, si no se hubieran olvidado de estas máximas, que eran tan propias para hacerlos poderosos, felices, amadores de la libertad, y de la virtud, y si hubieran sido constantes en conservarlas. ¡Mas ay! que apartandose ellos de aquella maravillosa llaneza, empiezan á admirar las falzas riquezas y abandonan poco á poco las verdaderas.

Vendrá un dia, hijo mio, en que tu reynarás tambien despues de tu padre. Acuerdate entónces de encaminar otra vez los hombres á la labranza, de honrar esta arte, de consolar á los que se emplean en ella, y de no sufrir que tus súbditos vivan ociosos, ni ocupados en artes, que mantienen la afeminacion y el regalo. Aquí Eritonio, y Tritolemo son amados de los dioses, porque fueron tan sabios en el mundo. Repara, hijo mio, que sobrepuja tanto su gloria á la de Aquiles, y

de los demas héroes que no han sido excelentes, sino solamente en la guerra, quanto es mas deleytosa la alegre primavera que el helado invierno, y quanto es mas brillante que el de la luna, el resplandor del sol.

Mientras que Arcesio discurria á este modo, reparó en que Telémaco miraba fixamente siempre á una parte, en la qual habia un bosquecillo de laureles y un arroyo todo guarnecido de violetas, y de rosas, de azucenas, y muchas otras olorosas flores, cuyos bellos colores parecian á los de la diosa Iris, quando despachada de los dioses á insinuar sus preceptos á algun hombre, baxa desde el cielo á la tierra. En aquel tan hermoso sitio reconoció Telémaco á Sesostris. Estaba este gran Rey mil veces mas magestuoso, que lo habia estado jamas sobre su trono de Egipto; y echaba de sus ojos copiosos rayos de una apacible luz: de suerte, que Telémaco quedó deslumbrado con ellos. Qualquiera al verle se hubiera figurado que estaba embriagado de nectar: tanto por galardon de su virtud lo habia el espiritu divino llenado de un solaz superior á quanto puede alcanzar el entendimiento humano.

Padre, díxo á Arcesio Telemaco, allí veo á Sesostris, prudente Rey de Egipto que ví poco tiempo hace en el mundo.

Helo ahí, le respondió Arcesio, y bien ves por su exemplo, quán liberales sean los dioses en recompensar á los Reyes buenos. Mas te importa saber que toda esta felicidad es nada en parangon de aquella, que se destinará aquí á un tal Principe, si no le hubiera hecho olvidar las reglas de la moderacion y justicia, una prosperidad demasiado grande. El deseo de humillar la insolencia y orgullo de los Tirios, lo empeñó á sujetar aquella ciudad. Esta conquista lo preciso tambien á hacer algunas otras. Dexóse arrastrar de la soberbia: vicio que es familiar en los conquistadores, y sojuzgó, ó por mejor decir, saqueó toda la Asia. A su vuelta de Egipto halló que habiendo su hermano ocupado el dominio, habia con injusto gobierno alterado las leyes mejores del Reyno. Así no sirvieron sus grandes conquistas sino para alborotar su Reyno. Pero lo que le hizo mas inexcusable, fué el

haberse embriagado con su propia gloria: el ató á un carro los reyes mas soberbios que habia vencido. Conoció despues su yerro, y avergonzose de haber sido tan inhumano. Este fué el fruto de sus victorias. Estos son los daños que ocasionan á sus Estados los conquistadores, queriéndose usurpar los de sus vecinos; esto es lo que menoscaba la felicidad de un Rey, por lo demas muy sabio, justo y benéfico; y esto es lo que disminuye la gloria que los dioses le habian prevenido.

Mira, hijo mio, á aquel otro que derrama por una herida rayos de luz tan bella. Es Dioclides, que fué Rey de Caria, que por la salud de su pueblo sacrificó su vida en una batalla, porque habia dicho el Oraculo que en una guerra entre los suyos, y los pueblos de Licia, la nacion cuyo Rey muriese tendria la victoria.

Considera aquel otro que es un sabio legislador, que habiendo dado á sus pueblos algunas leyes, para hacerlos con ellas buenos y felices, hizo que le juráran que no quebrantarian alguna, miéntras él estubiese ausente. Despues de esto se partió de su patria; condenóse á destierro por sí mismo, y murió pobre en pais extraño, para obligarles con el juramento á mantener unas leyes tan provechosas, y á observarlas perpetuamente.

Aquel otro que ves es el Rey Onceno de Pilo, y uno de los ascendientes del prudente Nestor. En una peste que asolaba la tierra, y llenaba el Infierno de nuevas almas, rogó á los dioses que permitieran que aplacára él su enojo, dando satisfaccion con su muerte por tantos millares de hombres inocentes. Los dioses atendiéron sus ruegos, y aquí le colocáron en los Elisios, en una condicion á la verdad real, de la qual las del mundo solo son vanas sombras.

Aquel viejo á quien ves con guirnalda de flores, es el famoso Belo que dominó á Egipto. Se desposó con Aquinoe, hija del dios Nilo, que oculta su desconocida fuente, y enriquece las tierras que riega con inundarlas. Tuvo en ella dos hijos: uno fue Danao, cuya historia bien sabes; y otro fué Egipto, que dió nombre á aquel reyno. Túvose por mas rico Belo, por la abundancia que mantenia en sus pueblos, y por el amor

amor que le tenian los súbditos, que por todas las imposiciones, de que como Soberano les podria agravar.

Viven, hijo mio, todos estos, que teniais por muertos; y no hay verdadera muerte, sino aquella infelice vida que los hombres pasan sobre la tierra: solamente se han trocado los nombres. Plegue á los dioses concederte una bondad tal que te haga merecer una vida tan venturósa, cuya felicidad no puede tener fin, ni interrupcion. Pero se acortarán todas las detenciones, y es ya tiempo de irte á buscar á tu padre. Sin embargo ántes de encontrarle, ¡Hay quánta sangre verás que se derrama! ¡Pero qué gloria te se reserva en los campos de Hesperia! Acuerdate de los documentos del sabio Mentor: con tal que tú los sigas, tu nombre será célebre en todos los pueblos y siglos:

Dixo. Y luego guió á Telémaco ácia el portal de marfil, por donde puede salirse del infierno. Telémaco con las lágrimas en los ojos, le dexó, sin poderlo abrazar; y saliendo de aquella obscura habitacion, se restituyó cuidadoso al campo de los aliados, despues de haber hallado en el camino los dos mancebos Cretenses que hasta cerca de la caberna le acompañaron; y no esperaban mas verlo.

FIN DEL LIBRO DECIMO-NONO.

TELÉMACO.

LIBRO XX.

SUMARIO.

En una junta de los Xefes, Telémaco hace prevalecer su voto, para que no se sorprehendiese Venusa, entregada por ambos partidos á los Lucanios. Hace ver su prudencia, con la ocasion de dos transfugas, de los quales el uno, llamado Acanto habia intentado envenenarle: El otro, llamado Dióscoro ofrecia á los aliados la cabeza de Adrasto. En el combate que sigue despues, lleva Telémaco la muerte por todas partes mientras va en busca de Adrasto; y este rey que tambien le busca á él, encuentra y mata á Pisistrato, hijo de Nestor. Sobreviene Filotetes, y en el mismo instante en que va atravesar á Adrasto, el mismo es herido, y obligado á retirarse de la batalla. Acude Telémaco á los gritos de los aliados á quienes iba Adrasto destrozando horriblemente. Combate á este enemigo, y le da la vida baxo unas condiciones que le impone. Levantado Adrasto quiere sorprehender á Telémaco; este le agarra otra vez, y le quita la vida.

JUNTÁRONSE entretanto los capitanes del exército, para deliberar si habian de apoderarse de la ciudad de Venosa. Era ésta una ciudad fuerte, que habia antes Adrasto usurpado á los de la Pulla, vecinos de su Reyno. Habian ellos entrado en la alianza, para pedir justicia contra este Príncipe. Para apaciguarlos Adrasto habia puesto en depósito la ciudad en manos de los pueblos de Lucania; pero habia ganado con dinero la guarnicion y á su capitan; de manera que los Lucanos no tenian efectivamente en Venosa mas autoridad que él; y los Pulleses que habian convenido en que las milicias Lucanas la guarnecieran, habian quedado engañados en este Tratado.

Habia un ciudadano de Venosa que se llamaba Demofante ofrecido á los aliados que la noche siguiente les entregaria una puerta de la ciudad. Era tanto mayor la ventaja de esta sorpresa quanto se sabia,

que Adrasto habia puesto todas sus provisiones de guerra, y boca en un castillo vecino que habia de rendirse sin remedio luego que se rindiera la ciudad. Nestor y Filotetes habian dicho ya su parecer, y juzgado que convenia aprovecharse de una tan buena ocasion. Todos los capitanes, arrebatados de su autoridad y alucinados con la utilidad de tan facil empresa, aprobaban este dictamen; pero en su lugar Telémaco hizo el último esfuerzo, para apartarlos de este proposito.

Bien sé, dixo, que si hombre jamas mereció ser engañado de todos tan frequentemente es Adrasto; veo tambien que sorprendiendo a Venosa, no hariais otro que apoderaros de una ciudad que os pertenece, puesto que tienen derecho sobre ella los Pulleses, que son miembro de la liga. Confieso que pudierais hacerlo con tanta mas apariencia de razon, quanto Adrasto ha puesto en tercería la ciudad, ha sobornado al capitan, y la guarnicion para poderla entrar, quando le pareciere tiempo oportuno. Conozco al fin no ménos que vos que si os apoderais de Venosa, el dia siguiente sereis dueños del castillo en que estan todas las provisiones de Adrasto, y que de esa manera poniais fin en dos dias á una guerra tan formidable. ¿Pero no es mejor el morir que vencer con estos medios? ¿Se debe por ventura rechazar un engaño con otro engaño? Y se podrá decir que mientras tantos Reyes coligados castigan los engaños del impio Adrasto, se semejan á él en ser engañadores? Si nosotros podemos imitarle sin culpa, no es culpado Adrasto, y somos injustos queriendolo castigar. ¿Toda la Hesperia pues defendida de tantas colonias Griegas y de los héroes que han vuelto del asedio de Troya, no tiene otras armas contra la perfidia, y perjuros de Adrasto, sino la misma perfidia, y el perjuro mismo?

Vos habeis jurado por lo mas sagrado dejar depositada la ciudad de Venosa en manos de los pueblos de Lucania. Estan, me decis, sobornados los soldados Lucanos de la guarnicion con dinero de Adrasto. Persuádome eso no ménos que vosotros; todavía se hallan pagados al sueldo de Lucania, no han rehusado nunca obedecer á los depositarios; y á lo ménos en la apa-

riencia han conservado la debida neutralidad. Ni Adrasto, ni los suyos han entrado jamas en Venosa: el tratado subsiste, y no se han olvidado los dioses del juramento que les hicisteis: ¿Luego no se mantendrán las promesas, sino quando no hubiere especiosos pretextos para violarlas? ¿No habrá fidelidad, ni puntualidad en guardar lo jurado, sino quando nada se pueda conseguir con faltar á la propia fe? Si no os mueve el amor de la virtud, y el temor de los dioses, muévaos por lo ménos vuestra reputacion, y vuestro mismo interes. Si mostrais al mundo tan dañoso exemplar de faltar á la fe, y violar un juramento para terminar una guerra ¿qué guerras no levantárais contra vosotros mismos, con un porte tan impio? ¿Qué pueblo vecino vuestro no se verá obligado á temeros, y á detestaros? ¿Quién en lo venidero podrá fiarse de vos en sus necesidades mas urgentes? ¿Quándo querais tratar sinceramente, y quando vuestra sinceridad os permita hacerse creer de los pueblos vecinos, qué seguridad podréis dar? ¿Será acaso algun tratado solemne? Ya habréis hollado otro. ¿Por ventura será un juramento? ¿Pero no se sabrá que no teneis en algun aprecio á los dioses, quando esperais sacar con el perjuro alguna conveniencia? Luego será igualmente mal seguro estar con vos en guerra que estar en paz; y todas las fianzas que diereis, se recibirán, ó como una guerra fingida, ó como una guerra declarada. Seréis enemigos perpetuos de todos aquellos que tengan la desgracia de confinar con vuestros estados; se os harán imposibles todos los negocios, que hayan menester el buen nombre, la estimacion y la rectitud; ni os quedará algun modo de hacer que se dé crédito á vuestras promesas.

Mas hé aquí un interes mas relevante que debe convenceros, si teneis todavía lumbre de razon para juzgar de las cosas, y preveer lo futuro: y es que un porte tan engañoso, ataca internamente, y destruye vuestra alianza. Vuestro perjuro hará que Adrasto triunfe de todos vosotros.

A estas razones todo el congreso alterado le preguntaba, cómo se atrevia á decir, que una accion, de que

resultaria á la liga una victoria segura, podia ocasionar su destruccion.

Si una vez, respondió Telémaco, quebrantais la fe que es el único lazo de la confederacion y seguridad, ¿Cómo podreis fiaros unos de otros? Despues de haber sentado la máxima, de que para sacar alguna grande utilidad, se pueden violar las leyes de la rectitud, y fidelidad, ¿Quién de vosotros se fiará del otro, quando á este se le podra seguir crecida conveniencia, faltando á la palabra, y engañando al amigo? A qué términos os veréis reducidos entónces? ¿Quién con las suyas no querrá prevenir las fraudes de sus enemigos y de sus vecinos? ¿Qué fundamento tiene una alianza de tantos pueblos, quando en una deliberacion comun han quedado de acuerdo que se permita engañar al vecino, y violar la fe dada? ¿Quál será vuestra mútua desconfianza, vuestra discordia, vuestro ardor en destruiros alternativamente? No tendrá ya Adrasto necesidad de arruinaros; bastantemente os arruinaréis vos mismos, y justificaréis todas perfidias.

No os desdeñeis, sabios y magnánimos Reyes, que gobernais inumerables pueblos, con tan larga experiencia de mandar: no os desdeñeis de dar oidos á los consejos que os vienen por la boca de un mozo. Si hubierais dado en los mas lastimosos extremos, á que tal vez la guerra precipita á los hombres, seria menester que vuestra vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud os sacáran de estado tan infeliz; porque el valor verdadero nunca se dexa rendir, pero en habiendo roto una vez el reparo de la honra, y de la buena fé que os conservan, esta es una pérdida irreparable. No podriais de nuevo fiar unos de otros con recíproca seguridad, qual es precisa, para conducir á buen fin todos los negocios que importan, ni hacer que recobráran los hombres sus máximas primeras de virtud habiéndoles enseñado vosotros mismos á despreciarlas. Pero decidme, ¿de qué temeis? ¿No teneis bastante valor para vencer sus engaños? ¿No basta por ventura vuestro corage junto con la fuerza de tantos pueblos? Peleemos pues: muramos pues, si es menester, mas presto que vencer con tanta indignidad. Adrasto, el impio Adrasto, está ya en nuestras ma-

nos, con tal que estemos léjos de imitarlo y tengamos horror á su mala fé, y á su traicion infame.

Quando acabó Telémaco de hablar, reparó que sus voces, con dulce persuasion, habian penetrado hasta lo íntimo de todos los corazones, y advirtió en el congreso un profundo silencio. Cada uno admiraba, no á él, ni á la elegancia de sus palabras, sino la fuerza de la verdad, que en el progreso de su razonamiento se hacia sentir en los ánimos de los que le oian. Veíase en los rostros de todos vivamente expresada la admiracion; y al fin se oyó un silencioso murmullo, que se iba poco á poco extendiendo. Mirábanse unos á otros, y no habia quien se atreviera á ser el primero en hablar: esperábase que los capitanes del exército explicaran su parecer, y entretanto cada uno tenia harto trabajo para contenerse de no decir su interior sentimiento. Finalmente pronunció estas palabras el autorizado Nestor.

Los dioses os han hecho hablar, ó digno hijo de Ulises, y Minerva que tantas veces inspiró la alma de vuestro padre, ha puesto en vuestro pecho el cuerdo y generoso consejo que ahora nos habeis dado. No me detengo en vuestra juventud, y no atiendo sino á Minerva en todo lo que habeis dicho. Habeis hablado por la virtud: sin ella las mayores ventajas son verdaderas pérdidas: sin ella luego se arrastran la venganza enemiga, la desconfianza de los aliados, el odio de los hombres de bien, y la cólera justa de los dioses. Dexemos, pues, á Venosa en poder de las gentes de Lucania, y no pensemos mas sino en vencer á Adrasto con solo nuestro esfuerzo.

Dixo; y todo el congreso aplaudió tan sábias palabras; pero en el mismo tiempo, cada uno admirado volvia la atencion ácia el hijo de Ulises, y parecia á todos ver traslucirse en él la sabiduría de Minerva que le inspiraba.

Ofrecióse bien presto otra qüestion en el consejo de los Reyes, en la qual se adquirió Telémaco no ménos reputacion que en la primera. Adrasto, siempre cruel, y siempre pérfido, envió al campo de los aliados un fugitivo, llamado Acante, para atosigar por su medio á los capitanes de mayor garvo. A este tal se habia es-

pecialmente encargado que se valiera de todo el artificio para quitar la vida á Telémaco que era ya terror de todos los Daunos. Telémaco, que era sobrado corajoso, y sobrado sincéro para inclinar á la desconfianza, acogió á este infelíz amorosamente sin alguna dificultad; y él, que en Sicilia habia visto á Ulises, le referia los acontecimientos de aquel heroe. Proveyóle del sustento preciso, y procuraba consolarle en desventura; porque se lamentaba de haber sido engañado de Adrasto, y tratado de él indignamente; pero era alimentar, y avivar en el seno a venenosa víbora, que ya estaba á punto de hacer mortal herida.

Tomóse presto otro fugitivo, llamado Arión, que Acante despachaba para Adrasto á darle aviso del estado del campo de los aliados, y para asegurarle de que el dia siguiente atosigaría á los principales reyes á una con Telémaco, en un convite, en que éste les habia de regalar. Preso Arion, confesó su traicion, y se sospechó que estuviera de acuerdo con Acante, porque eran los dos muy amigos; pero Acante, profundamente disimulado, é intrepido, se defendia con tanta astucia, que no se le podia convencer, ni descubrir el fondo de la conjuracion.

Fuéron de parecer muchos reyes que en una duda tal se debia sacrificar Acante á la pública securidad. Conviene, decian, que muera: no debe hacerse caso de la vida de un hombre, por salvar la de tantos reyes. ¿Qué importa que muera un inocente, quando se trata de conservar aquellos que representan en la tierra los dioses?

¡Qué máxima inhumana, qué cruel política! dixo luego Telémaco. ¿Luego sois tan pródigos de la sangre humana? ¡O, vosotros que sois escogidos para ser pastores de los hombres, y que no los regís sino para conservarlos como un pastor conserva la manada propia! luego sois lobos crueles, y no pastores; ó no sois á lo ménos pastores sino para degollar el ganado en vez de guiarle, como debierais al pasto. Segun vuestra opinion, quando es acusado un hombre al punto es delinqüente, y es delito digno de muerte una sola sospecha. De esta suerte los inocentes se dexan á merced de los envidiosos, y calumniadores, y quando

vaya creciendo en vuestros corazones la desconfianza tiránica, será menester degollar á proporcion las víctimas.

Decia estas palabras Telémaco con una autoridad, y una fuerza que obligaba á todos los ánimos á probar sus razones, y hacia colorirse de avergonzados á los autores de tan infame consejo. Despues componiéndose con un ayre mas apacible, les dixo de esta suerte: Por quanto á mí, no amo tanto la vida que deseo vivir á semejante precio: mas gusto de que Acante sea malvado que de serlo yo mismo; y que él me quite con traicion la vida, que hacerle yo morir injustamente con la sola sospecha de su delito. Pero oidme, ó vos, que teniendo el grado de reyes, esto es, de jueces de vuestros pueblos, debeis juzgar los hombres con justicia, con prudencia, y moderacion. Dexadme interrogar á Acante á vista de todos vosotros.

Interrogólo pues sin detencion de muchas cosas, en órden á su inteligencia con Arion: estrechólo, preguntándole de infinitas circunstancias, y fingió muchas veces que le queria remitir á Adrasto, como á transfuga, que merecia castigo, para observar si con esta amenaza concebia temor: mas conservároнse tan tranquilos la voz, y el semblante de Acante que concluyó Telémaco, que tal vez no se hallaba culpado. Viendo al fin que no le era posible sacarle la verdad del corazon: Dadme, le dixo, vuestro anillo que le quiero despachar á Adrasto. Demudóse Acante á esta peticion y quedó confuso. Advertiólo Telémaco, que siempre le miraba fixamente, y le tomó al instante el anillo. Ahora mismo, le dixo, le remito á Adrasto: llevarálo un Lúcano advertido, llamado, Politropio, que vos conoceis bien; y dará á entender que va allá con secreto de vuestra parte. Si por este camino podemos descubrir vuestra inteligencia con Adrasto, se os hará morir sin piedad con los mas atroces tormentos; pero si al contrario confesais vuestra culpa ahora, se os perdonará, y nos contentarémos con enviaros á una isla del mar, donde no dexarémos que os falte cosa. Acante entónces lo confesó todo; Telémaco alcanzó de los reyes que le concedieran la vida, que él ántes le habia ofrecido. Fué pues despachado el traidor á una

de las islas Equinades, en donde pasó con sosiego el resto de su vida.

Pasado breve tiempo, un Dauno de baxo linage, pero de un espíritu violento y atrevido que se llamaba Dióscoro, vino de noche al campo de los aliados, para ofrecerles degollar á Adrasto en su tienda; y bien podia hacerlo, porque quien no hace aprecio de su vida, es dueño de las agenas. Respiraba sangre y venganza, porque Adrasto le habia robado la muger, á quien él amaba perdidamente, y que en hermosura igualaba á la misma Venus. Habia resuelto morir, ó matar á Adrasto recobrando á su muger. Tenia Dióscoro secreta inteligencia para entrar de noche en la tienda del Rey, y para ser ayudado de muchos capitanes de los Daunos en la execucion de su intento; pero tenia por necesario, que al mismo tiempo fuese atacado el campo de Adrasto del exército de los coligados, para poder salvarse en la confusion, y recobrar su muger; porque si no podia recobrarla, estaba contento con perder la vida tambien.

Al punto que él descubrió su intencion á los reyes confederados, se volviéron todos ácia el hijo de Ulises, como para pedirle la decision.

Los dioses, les dixo Telémaco, que nos han preservado de traidores, nos vedan que nos sirvamos de ellos. Aun quando no tuviéramos virtud bastante para detestar la traicion, bastaría para no admitirla la consideracion sola de nuestro propio interés, luego que la hubiéremos autorizado con nuestro exemplo, merecerémos que se vuelva contra nosotros. De aquí en adelante, ¿Quién habrá de nosotros que pueda vivir seguro? Bien podrá Adrasto evitar el golpe que le amenaza, y hacerle desconfiar sobre las cabezas de los reyes aliados: la guerra no será ya guerra: no se usará ya mas de la prudencia y de la virtud, y no se verá otro que perfidías, que asesinamientos, y que traiciones. Concluyo pues, que conviene remitir el traidor á Adrasto. Confieso que no lo merece el impio Rey, pero toda la Hesperia, y Grecia, que atentamente nos miran, merecen que tengamos este porte, para adquirirnos su aprecio. De semejante modo hemos de obrar por respeto á nosotros mismos; y finalmente por respeto

á los justos dioses, debemos tener un tal aborrecimiento á la perfidia de los traidores.

Fué luego Dióscoro remitido á Adrasto, que horrorizado todo con el riesgo, en que habia estado no podia bastantemente admirarse de la generosidad de sus enemigos; porque no pueden los malvados ni figurarse, ni comprehender una pura virtud. Admirábase Adrasto, á su pesar, de lo que entónces él mismo veia, y no se atrevia á alabar. Esta accion noble de los coligados traia á su memoria con vergüenza todas las fraudes, y todas las crueldades por él executadas: procuraba disminuir el crédito á la generosidad de su enemigos, y avergonzábase de parecer ingrato, miéntras que le debia la vida. Pero los hombres malvados se endurecen presto contra todo lo que pudiera vencer la obstinacion de sus corazones. Viendo Adrasto crecer de dia en dia la reputacion de los aliados, juzgó ser necesario hacer alguna accion señalada contra ellos; y como no podia executar alguna que fuera virtuosa, quiso á lo ménos alcanzar con las armas alguna gran venganza, y se dió priesa para pelear.

Habiendo ya llegado el dia de la batalla, apénas pareció en el oriente la roxa aurora, precursora del sol, quando el jóven Telémaco, previniendo su diligencia al desvelo de los capitanes mas veteranos, se levantó temprano, é hizo igualmente que todos los oficiales se pusieran á punto de cumplir con su obligacion. Ya resplandecia en su cabeza el yelmo, cubierto todo de trémulos penachos, y la coraza de que iba guarnecido, deslumbraba los ojos del exército que la miraba. El escudo labrado de Vulcano, tenia, á mas de su natural hermosura, el resplandor de la Egide que se ocultaba en él. Tenia en una mano la lanza: señalaba con la otra diferentes puestos que convenia ocupar.

Habíale Minerva derramado en los ojos una divina luz, y en el semblante una majestad feroz, que ántes de tiempo prometia ya la victoria. Abanzábanse, y todos los reyes olvidándose de su edad y grado, se sentian tirar de una superior fuerza que les obligaba á seguirle. No podian ya entrar en les corazones los villanos zelos: ya todo cede á Telémaco, á quien sin ser

sentida guia de la mano Minerva. Su porte no tenia cosa inconsiderada, ó impetuosa: era agradable, sosegado, paciente, pronto siempre para oir á los otros, y para aprovecharse de sus consejos; pero juntamente era activo, próvido, atento á reparar las mas remotas urgencias: disponia oportunamente todas las cosas: no se descomponia por nada, y ménos confundia á los demas: escusa las faltas, remediaba los yerros, prevenia las dificultades; nunca pedia á nadie cosas imposibles; é inspiraba á todos una denodada franqueza, y suma confianza.

Si daba un órden, usaba de los términos mas llanos y mas claros: volvia otra vez á repetirlo, para darlo á entender mejor a quien lo habia de executar: descubríale por los ojos, si habia bien comprehendido su sentimiento: despues se hacia familiarmente explicar, cómo habia entendido sus palabras, y el principal intento de lo que se debia efectuar.

Habiendo hecho esta prueba de la buena inteligencia de aquel á quien él despachaba, para poner en obra sus designios, y habiéndole hecho comprehender su intencion, no le dexaba partir, sino habiendole dado alguna señal de estima, y habiendole monstrado tener buena opinion de su talento para animarlo. Así todos aquellos á quienes él inviaba á executar algo, se empeñaban con todo zelo por darle gusto, y por conducir á buen fin la empresa: mas no tenian miedo que él imputaría á culpa suya el mal suceso de la cosa que les encomendaba; porque escusaba Telémaco todos los yerros que no se originaban de malicia.

Bermejeaba ya el orizonte, inflamado con los rayos primeros del sol, y estaba lleno el mar de la luz del dia que despuntaba. Toda la playa estaba cubierta de hombres de armas, de caballos y de carros que estaban en movimiento, y oíase en todas partes cierto rumor confuso, como el de las ondas furiosas: quando Neptuno mueve en el mas hondo seno del mar las desapoderadas borrascas. Así comênzaba la guerra á mover el enojo en los corazones de todos en el estruendo de las armas, y con la prevencion horrorosa de la batalla. Toda la campaña se miraba llena de espesas picas, como las espigas que cubren las tierras fecundas en el

tiempo de la cosecha. Levantábase ya una nube de polvo, que hacia poco á poco perder de vista tierra, y cielo; y ya las sombras, el horror, el estrago, y la cruel muerte, empezaban á aparecer.

Apénas se arrojaron las primeras flechas, quando levantando Telémaco los ojos, y las manos al cielo, hizo esta humilde oracion:

O Júpiter, padre de los dioses, y de los hombres, veis bien de nuestra parte la justicia y la paz, que no hemos tenido vergüenza de pedir. Nosotros peleamos con disgusto, porque quisieramos ser piadosos con los hombres, escasear su sangre; ántes no tenemos odio, ni aun contra ese enemigo, bien que cruel, pérfido y sacrílego. Mirad pues á unos y á otros, y decidid entre ellos y nosotros. Si es menester morir, en vuestra mano estan nuestras vidas: si hemos de rendir al tirano, y librar la Hesperia, los que nos darán la victoria serán vuestro poder, y la virtud de vuestra hija Minerva. Toda la gloria de ella se deberá á vos solo, que distribuis las suertes de los hombres, y gobernais á vuestro arbitrio la fortuna de las batallas. Pelearémos por vos, puesto que sois juez. Adrasto es harto mas enemigo vuestro que de nosotros mismos. Si ántes de fenecerse el dia quedáre vencedora vuestra causa, se hará correr la sangre de cien víctimas sobre vuestros altares.

Dixo, é impelió al mismo tiempo los espumosos y ardientes caballos á las mas espesas esquadras de los enemigos. Arrojóse luego á Periandro Locrense que iba cubierto de la piel de un leon que habia muerto en un viage que hizo en Sicilia. Estaba armado á la manera de Hércules, con una maza de desmedida grandeza, y lo hacian semejarse á Gigante, no ménos que la fuerza, la estatura. Luego que él vió á Telémaco empezó á despreciar su juventud y belleza de su semblante. A tí, dixo jóven afeminado, conviene puntualmente disputarnos la honra de la victoria. Anda, niño, ve al infierno á buscar á tu padre. Diciendo estas palabras, levantó su pesada y poderosa maza, que estaba toda armada de agudas puntas de acero, y parecia un árbol de baxel. Miéntras que cada uno temia que estaba para caerle sobre su propia ca-

beza, iba ya á descargar sobre la del hijo de Ulises; pero desvióse este del golpe, y echóse encima de Periando con una velocidad como de águila: que rasga el ayre. La maza al caer destrozó la rueda de un carro, cercano á aquel en que estaba Telémaco. En esto Periando fué atravesado á mano del mancebo Griego, que le metió una flecha por la garganta, y la sangre, que á borbotones salia por la grande abertura de aquella herida, le ahogó en las fauces la voz. Sus feroces caballos, no sentiéndose ya detenidos de la flaca mano de su señor, empezáron á correr impetuosamente acá y alla por en medio del campo con las riendas sueltas, y ondeando sobre el cuello. Cayó debaxo del carro el miserable, cerrados ya los ojos á la luz, y desfigurado el rostro, en todo el qual se esparció una palidez mortal. Tuvo de él compasion Telémaco, y permitiendo luego el cadaver á los criados del muerto, guardó para sí la maza, y la piel del leon por señales de la victoria.

Corrió de aquí sin parar á lo mas espeso de la batalla para buscar á Adrasto: pero buscandole, mató una grande muchedumbre de combatientes. Cayéron á su mano Ileo, cuyo carro tiraban dos caballos, como los del sol, criados en las vastas praderías, que bañan las corrientes del Aufido: Demoleonte, que casi habia igualado en Sicilia al grande Erix en la lucha del Cesto: Grantero, amigo de Hércules, á quien habia alvergado en su casa, quando pasando por la Hesperia el gran hijo de Júpiter, mató al infame Caco: Menecrates, de quien se decia, que en la lucha se parecia á Polux: Ipoconte de Salapia, que imitaba la destreza, y el noble garvo de Castor en manejar un caballo: el famoso cazador Eurímides, siempre manchado de sangre de osos y jabalies, que mataba en las cumbres nevadas del Apenino; y de quien corria la voz, que habia sido tan agradable á Diana, que ella misma le habia enseñado á manejar el arco, y las flechas; y Nicóstrato, ántes vencedor de un Gigante, que despedia fuego por la boca, y hacia su mansion en los despeñios del mónte Gargano. Fué muerto tambien de Telémaco Eleante, que habia de casar con la doncella Foloe, hijo del rio Páris. Habíala su padre prometido

á aquel que la librára de un dragon, que se habia criado en sus orillas, y que segun la prediccion del oráculo, la habia de tragar dentro de pocos dias. Eleante con amor excesivo arriesgó su vida por quitarla á quel monstruo; mas habiendo conducido á buen fin la empresa, no pudo gastar del fruto de la victoria. Miéntras Foloe se disponia para las bodas, y mientras esperaba con impaciencia á Eleante, le llevaron la nueva de haberse partido á la guerra con el Rey de los Daunos; y que en una batalla habia perdido la vida. Llenó de gemidos los bosques, y los montes cercanos al rio: derramó de sus ojos copia grande de lágrimas: desgreñó sus hermosos cabellos: dexó de coger flores, con que ántes acostumbraba texer guirnaldas: volvióse contra el cielo, y lo acusó de injusto. Como nunca cesaba de llorar de noche y de dia, movidos de sus quexas los dioses, y de los ruegos del rio, pusiéron fin á su llanto. A fuerza de sus lágrimas fué de improviso transformada en fuente, que corriendo acia el rio, va á mezclar sus caudales con los de su padre. Pero guardan todavía sus aguas su primera amargura: cerca de ella nunca nace, ó florece yerba; y fuera de la sombra de los cipreses, no ve alguna otra sobre sus funestas riberas.

Avisado entretanto Adrasto, que aterraba á Telémaco, y ponia en fuga á los Daunos por todas partes, lo buscaba con gran cuidado en la batalla. Esperaba que facilmente venceria al hijo de Ulises, hallándose aun en edad tan tierna, y llevaba consigo treinta Daunos de suma fuerza y destreza, y de extraordinaria osadía, á quienes habia ofrecido crecidos premios, si de alguna manera podian, en el combate quitar la vida á Telémaco. Si entónces le hubiera encontrado, ciertamente que rodeando el carro de Telémaco treinta hombres, mientras que Adrasto le acometiera de frente, no hubieran habido de trabajar mucho para matarlo; pero dispuso Minerva, que no le pudieran hallar.

Pareció á Adrasto que veia, y oia á Telémaco en un sitio de la llanura, que estaba al pie de un collado, donde se hallaba entónces peleando un gran tropel de gente. Corrió allá al punto con tal velocidad, que por

decirlo así, volaba deseoso de hartarse de sangre; pero encontró á Nestor en lugar de Telémaco, que arrojaba con mano tremula á la ventura muchos dardos inútiles, y sin herir con ellos. Arrebatado Adrasto con el furor, ya le pretendia atravesar; pero rodeó á Nestor para defenderlo una tropa de Pilios.

Obscureció entónces el ayre una nube de flechas, que cubrió á todos los combatientes. No se oian sino los alharidos lastimosos de los moribundos, y el estruendo que hacian las armas de los que iban cayendo en la pelea: gemia oprimida la tierra baxo de un monton de cadáveres, y corria á arroyos la sangre de todas partes. Belona, y Marte, á una con las furias infernales, vestidas de ropas talares, que destilaban sangre, apacentaban sus crueles ojos en tan funesto espectáculo, y alentaban sin cesar el furor en los corazones combatientes. Estas deidades, contrarias del linage humano, endurecian á los soldados de ambas partes, y alejaban de ellos la piedad generosa, el valor moderado, y todo sentimiento de ternura. En aquel confuso tropel de hombres cuidadosos de dañarse, todo era estrago, venganza, desesperacion y furor brutal. Hasta la sabia, é invencible Palas se estremeció al mirar tragedia tan funesta, y se retiró horrorizada.

En tanto Filotetes, empuñando las flechas de Hércules, se avanzaba con lentos pasos, y procuraba ir con la mayor presteza á socorrer á Nestor. Adrasto, habiendo intentado en vano llegar á emparejarse con Nestor, habia empleado las flechas en muchos Pilios, que habian caido á tierra á exhalar entre el polvo sus alientos. Habia abatido ya á Ctisilas, tan agil y ligero, que apénas estampaba sus huellas sobre la arena, y que en la velocidad excedia en su pais la de Alfeo, y la corriente mas rápida del Eurota. Habian caido á sus pies Eurifonte, mas bello que Ila, y no menos valiente cazador que Hipólito; Ctirilas, que habia ido al asedio de Troya con el sabio Nestor, y que con el valor, y con la fuerza se hacia estimar del mismo Aquiles. Hízose al encuentro de Adrasto Aristogiton, que habiéndose bañado en las aguas del rio Aqueloo, habia recibido interiormente de aquel dios la virtud de tomar qualquiera figura. Era éste en todos sus movimientos

tan doblegable, y pronto, que se les escapaba de las manos, hasta á los hombres mas fuertes; pero Adrasto de una lanzada lo dexó inmoble, y huyó envuelta en su sangre la alma de Aristogiton.

Viendo Nestor, que á manos de Adrasto caian sus valientes capitanes como caen las espigas en tiempo de la cosecha con la cortante hoz del segador, se olvidaba del riesgo á que se despeñaba sin provecho. Habia ya dexado de ser viejo, ni pensaba ya en otro, que en seguir con los ojos á Pisistrato, su hijo, que por su parte sostenia el ataque con esfuerzo para desviar de su padre el peligro que le amenazaba. Pero habíale ya llegado aquel fatal momento, que en Pisistrato habia de hacer conocer á Nestor, quan frequentemente es desgracia haber vivido sobrado.

Tiró contra Adrasto el mancebo una lanza con tal esfuerzo, que traspasara el Dauno, si él no la desviára, é hiriera al mismo tiempo á Pisistrato con otra pequeña lanza por en medio del vientre, miéntras que él titubeando recobraba las que ya habia disparado y executado en vago su golpe. Comenzaron luego á salirle las entrañas, con gran copia de sangre de la herida: mudó de color á manera de una flor, cogida de la mano de una ninfa en el hermoso prado: perdiéron casi toda la luz los ojos, y quedóle la voz débil y desmayada. Alcie, á quien se habia dado el cuidado de su enseñanza, y que se hallaba cerca en aquel lance, le sostuvo mas tiempo para caer, y no tuvo mas tiempo, que para conducirlo á los brazos de su desventurado padre. Quiso hablar en ellos Pisistrato, y dar á Nestor las últimas muestras de su cariño; mas al abrir la boca, despidió su postrer aliento.

Miéntras que Filotetes, para rechazar los esfuerzos de Adrasto, echaba á los contrarios, que le ceñian; haciendo estrago, y arruinándolo todo, estrechaba Nestor entre sus brazos el cadaver de su hijo; y llenando de alharidos el ayre, aborrecia la vida, y no podia tolerar mas la luz. Gran desgracia, decia, ha sido para mí ser padre, y haber vivido tan largo tiempo! ¡Ah, destino cruel! ¿por qué mucho tiempo ántes no me quitastes la vida, ó en la caza del jabalí en Cali-

donia, ó en el viage de Etolia, ó en el primer asedio de Troya? Hubiera muerto con lauro, y sin experimentar tan amargo tormento. Tendré ahora una vida infeliz, en una vejez dolorosa, débil y despreciada: no vivo mas que para padecer, ni me queda otro sentimiento sino es el de mi dolor. Hijo mio, hijo mio Pisistrato, quando perdí á Antíloco, tu hermano, me quedabas tú por lo ménos para consuelo. Ahora que tambien me hallo sin tí, todo se me ha acabado, ni habrá ya cosa que me consuele. La esperanza misma, que es el único alivio de las aflicciones humanas, es un bien á que no puedo ya aspirar. Antíloco, Pisistrato, queridos hijos, á los dos parece que pierdo este dia: la muerte de uno me renueva en el corazon la herida, que me habia hecho el otro. ¿Luego no os veré mas? ¿Quién sera quien me cierre los ojos en el último punto de mi vida? ¿Quién recogera las cenizas de mi cadaver? ¡Tú has muerto como tu hermano, como hombre valeroso, ó amado Pisistrato, yo soy solo quien nunca puede morir.

Diciendo estas palabras, se quiso atravesar con un dardo; pero le tuviéron la mano, y le quitaron el cadáver del hijo; y cayéndose desmayado el infeliz anciano, fué llevado á su tienda, en donde recobradas un tanto las primeras fuerzas, se queria volver á la batalla, si no le detuvieran á su pesar sus amigos.

Andábanse entretanto buscando Adrasto y Filotetes, para envestirse. Tenian encendidos los ojos, y centelleando, como los de un leon, ó un leopardo, que uno á otro procuran despedazarse; descubríanse en sus fieros semblantes las amenazas, el guerrero furor, y la venganza. Adonde quiera que arrojaban sus dardos, mataban ciertamente, y todos los soldados les miraban amedrentados. Pero ya se ven uno á otro, y avanza Filotetes, empuñando una de aquellas terribles flechas, que disparadas de él, jamas erráron tiro, siendo sus heridas irremediables. Con todo eso Marte, que defendia al intrépido y cruel Adrasto, no pudo tolerar que muriera tan presto; porque queria alargar, por medio de aquel príncipe, los destrozos horribles de la guerra, y multiplicar los estragos. Aun habia la

justicia divina de servirse de Adrasto para castigar á los hombres, y derramar su sangre.

Al mismo punto en que quiso envestirle Filotetes, fué él mismo prevenido de la lanza de Anfimaco, que era un jóven Lucano, aun mas galan que el célebre Niréo, y que entre todos los Griegos, que militaron en el asedio de Troya, no cedia en belleza sino á Aquiles. Apénas quedó herido Filotetes, tiró luego la flecha contra Anfimaco, y pasósela por medio del corazon. Faltó al punto toda la luz en los negros hermosos ojos del jovencillo, y cubriéronse con tinieblas de muerte: perdiéron su colorido los labios, mas bermejos que aquellos vivos, y purpúreos matices con que al nacer la Aurora arrebola nuestro orizonte: corrió una amarillez horrorosa a asombrar sus mexillas; y aquel rostro gentil y delicado se desfiguró en un instante. El mismo Filotetes se conoció movido á compasion, y suspiráron los combatientes de la una y otra parte, viendo al mísero jóven, que caido en tierra, se revolvia en su propia sangre, y arrastraba en el polvo sus hermosas trenzas, que en ninguna cosa cedian á las de Apolo.

Despues que Filotetes hubo muerto á Anfimaco, fué obligado á retirarse de la batalla. A vueltas de la sangre perdia tambien el vigor; y parecia asimismo, que con el esfuerzo de la pelea estaba á punto de volvérsele á abrir la herida antigua, y de renovársele los primeros dolores; porque los hijos de Esculapio con su ciencia divina no habian podido enteramente curarle. Estaba ya para caer sobre un monton de cuerpos sangrientos que le cercaban, sino le hubiera sacado de en medio del combate, en aquel lance mismo en que Adrasto le hubiera sin trabajo abatido, Arquidamente, el mas atrevido, y mas avisado de todos aquellos, que habia llevado Filotetes consigo, para fundar á Petilia. No encontraba ya el Dauno quien se atreviera á hacerle resistencia, y embarazára una cumplida victoria, caian todos, todos huian, y él era semejante á un furioso torrente, que vencidas las márgenes, se lleva tras sí las cosechas, los ganados, los pastores y las majadas.

Oyó de léjos Telémaco los gritos de los vencedores,

vió el desorden de sus soldados, que iban fugitivos de Adrasto, como una tropa de ciervos tímidos, que trasiegan los campos, los bosques, los montes, y aun los rios mas rápidos, quando son perseguidos de los cazadores.

Echó Telémaco un suspiro entónces de lo mas íntimo de su corazon: encendiéronsele los ojos de ira, y partiéndose luego de aquel lugar, donde por largo tiempo habia combatido con tanto riesgo y gloria, corrió á socorrer á los suyos; y adelantandose todo cubierto de sangre, por el estrago hecho en los enemigos, que habia tenido en el campo, levantó de léjos un grito, que igualmente le oyéron los soldados de ambos exércitos.

Minerva le habia puesto en los ojos no sé qué de terrible, y habia á su voz dado un sonido espantoso, con el qual resonáron todas las vecinas montañas. Nunca en la Tracia levanta la voz Marte mas fuertemente, quando llama á las furias, la guerra, y la cruel muerte. El grito de Telémaco inspiró el esfuerzo, y la osadia en el corazon de los suyos, é hizo helarse de espanto el de los enemigos. Avergonzóse Adrasto dé sentirse con miedo interiormente: horrorizabanle ciertos funestos presagios; y lo que le animaba era un turbulento despecho, mas presto que un valor sosegado. Tres veces le flaqueáron las rodillas trémulas, y tres veces cejó ácia atras, sin saber lo que hacia. Corrióle por todos los miembros un sudor frio, y una palidez fea, que provenia de un repentino desmayo de los espíritus: la voz ronca, é intercadente no podia acabar de articular palabra; y parecia que llenos los ojos de turbia y centelleante luz, se le salian fuera de la frente. Veíase que él era agitado de las furias de la suerte que Orestes: todos sus movimientos eran convulsivos, y parecíale que miraba á los dioses irritados, y oia una voz silenciosa, salida del seno mas hondo del abismo, que le llamaba al infierno. Descubria en qualquier objeto, y en todas partes una celestial mano, é invisible, que estaba encima de su cabeza, é iba librando el golpe, para herirle con mayor fuerza. Habia fenecido en lo profundo de su corazon hasta la esperanza, y se desvanecia su teme-

raria osadía, como quando se trasmonta el sol, y las sombras nocturnas ciñen la tierra, toda la luz del dia desaparece.

El impio Adrasto, á quien demasiado tiempo se le habia permitido la vida, y tolerado en el mundo (si demasiado tiempo, si no hubieran los hombres necesitado de un tal castigo) estaba ya finalmente cercano á morir. Corria desatinado á encontrar su inevitable destino; y el espanto, el remordimiento, la consternacion, el furor, la rabia, la desesperacion, eran las que le acompañaban. Apénas vió á Telémaco, le pareció que veia abrírse el Infierno, y que salian de él torbellinos de fuego, vomitados de Flegetonte, los quales ya lo iban á devorar: dió un grito, mas quedóle abierta la boca, sin poder pronunciar palabra alguna; como la de un hombre dormido que abriéndola con desasosiego de algun terrible sueño, hace muchos esfuerzos para hablar; mas faltanle las voces, se fatiga en vano para encontrarlas, Adrasto con mano trémula y precipitada disparó su dardo contra Telémaco; y en el mismo punto el hijo de Ulises, con ánimo intrépido, y sin alterarse nada, levantó el escudo, y se guareció. Parecia que la victoria le tenia cubierto con sus alas, y que ya le tenia una corona pendiente sobre la cabeza. Resplandecia en los ojos del jóven un esfuerzo apacible y tranquilo, y podia parecerse a Minerva: tan sabio se mostraba tan mesurado en los mayores riesgos. Rechazó el escudo aquel dardo que Adrasto le habia tirado; y apresuróse entónces el Dauno á echar mano á la espada, para quitar al contendedor la ventaja de poder arrojar su lanza. Telémaco, mirando con la espada en la mano á Adrasto, dexó el dardo, y empuño tambien prontamente la suya.

Quando viéron á entrambos chocar así de cerca, silenciosos todos los otros, reposáron las armas por mirarlos con atencion, aguardando la decision de toda la guerra en este solo combate. Cruzáronse una con otra las dos espadas á fuer de dos relámpagos que son seguidos de espantosos rayos, y descargan en vano muchos golpes sobre las armas, que con ellos hacen estruendo. Estiéndense los dos combatientes, se

doblan, se baxan, se vuelven á levantar en un punto y últimamente se aferran. No aprieta con mayor estrechura al tronco duro y medroso la yedra que nace al pie de un olmo, y sube á la mas alta cima, enlazandose por las ramas, de lo que ambos guerreros se estrecháron el uno al otro. No habia Adrasto perdido nada de sus fuerzas; y Telémaco aun no tenia todas las suyas. Hizo el Dauno muchos esfuerzos por coger de improviso al enemigo, y derribarle; y procuró muchas veces, mas siempre en vano, el quitarle la espada. Miéntras que con la mano le buscaba, Telémaco le levantó de la tierra, y le derribó en el campo. Aquel impio que habia siempre despreciado á los dioses, mostró entónces un vil temor á la muerte: se avergonzaba de pedir la vida, y no podia hacer menos que mostrar, que la deseaba, y procuraba mover á compasion á Telémaco. Ahora, le dixo, ó hijo de Ulises, llego finalmente á conocer á los justos dioses, y confieso que me castigan segun mis méritos. Solas las desventuras abren á los hombres los ojos para ver la verdad. Al presente la reconozco: ella es la que me condena; mas la vista de un Rey desventurado debe haceros memoria de vuestro padre que va errante léjos de Itaca, y moveros á piedad de su suerte.

Telémaco que apretándole encima las rodillas, habia levantado el acero, para degollarlo, le respondió al momento: Yo no he tenido otro fin, sino el de la victoria y la paz de estos pueblos, en cuyo socorro he venido, ni gusto de derramar la sangre de ninguno: Vivid pues, Adrasto; pero vivid para emendar vuestras faltas: restituid todo lo que habeis usurpado: haced que de nuevo florezcan la paz y la justicia en toda la grande Hesperia, que con tantas traiciones habeis contaminado, y con tantos estragos: vivid y haceos un hombre totalmente diverso del primero. Aprended de vuestra caida, que los dioses son justos, que los malos son infelices, y que se engañan en buscar la dicha con la violencia, con la fiereza, con la mentira; y que finalmente no hay cosa tan dulce y venturosa, como una sencilla é inmutable virtud. Dadnos en rehenes á vuestro hijo, y con él doce de los principales de vuestros súbditos.

Habiendo dicho estas palabras, dexó Telémaco á Adrasto que se levantara, y le alargó la mano sin miedo de traicion; mas incontinenti Adrasto le tiró otro dardo harto corto que tenia escondido. Era él tan agudo, y le arrojó con tanta destreza, que si las armas de Telémaco no hubieran sido divinas, ciertamente las hubiera pasado. Al mismo tiempo se retiró el traidor detras de un arbol, porque no pudiera Telémaco seguirlo ni cogerlo. Entónces gritó el hijo de Ulises: Vosotros lo veis, Daunos: la victoria es nuestra; el impio no se salva sino á traicion. Quien no teme á los dioses, tiene miedo á la muerte: y al contrario, quien á ellos tiene miedo, de ninguno otro teme.

Diciendo estas palabras, se avanzó ácia los Daunos, é hizo seña á los suyos, que estaban á la otra parte del árbol, para que se opusieran al pérfido Adrasto, y atajasen su fuga. El, que tenia miedo de ser cogido, mostró que queria cejar, y quiso descomponer los Cretenses que se le ponian delante, para estorvarle el paso; pero arrebatado Telémaco, como un rayo que arroja la diestra de Júpiter desde el cielo sobre la cabeza de algun reo, llegó improvisamente á arrojársele encima. Ya lo aferra con mano victoriosa: ya lo abate de aquella misma forma que un Aquilon cruel aterra la cosecha de las mieses aun tiernas, con que se pone rubia la campaña, y no escuchándolo mas, bien que el impio procure nuevamente abusar de su bondad, le mete la espada en el pecho, y lo precipita á las llamas del Infierno, digno castigo de sus delitos.

FIN DEL LIBRO VIGESIMO.

TELÉMACO,

LIBRO XXI.

SUMARIO.

Muerto Adrasto, los Daunos tienden la mano á los aliados pidiendoles la paz y un rey de su nacion. Nestor inconsolable de haber perdido á su hijo, se ausenta de la junta de los Xefes, en la qual opinan muchos que se debe repartir el país de los vencidos, dando á Telemaco la tierra de Arpi. Lejos de aceptar lo que le ofrecen, Telemaco hace ver que el comun interes de los aliados es elegir á Polidamas por rey de los Daunos, dexando á estos sus tierras. Persuade despues á estos pueblos que den la tierra de Arpi á Diomedes sobrevenido casualmente. Acabados así los disturbios, se separan todos para volver cada uno á su país.

Apénas murió Adrasto, quando todos los Daunos, en lugar de dolerse de haber sido deshechos, y perdido su cabo, se alegráron de verse libres de aquel tirano, y tendiéron las manos ácia los coligados en señal de reconciliacion y de paz. Metrodoro, hijo de Adrasto, que le habia criado con ciertas máximas de disimulo, inhumanidad é injusticia, se puso vilmente en fuga; pero un esclavo, cómplice de sus delitos, y sus crueldades, que él mismo habia hecho libre, y enriquecido mucho, y en quien solo fió para huir, no pensó sino en hacerle traicion, movido de interes. El le mató de una herida que le dió al huir, en la espalda; y cortándole la cabeza, la llevó al campo enemigo, esperando un gran galardon de su delito, que ponia fin á la guerra. Pero los coligados se horrorizáron de tan atroz delito, y le hiciéron morir sin compasion. Habiendo visto Telémaco la cabeza de Metrodoro, jóven de maravillosa belleza, y de natural excelente, que se habia gastado con los placeres, y los malos exemplos, no pudo detener las lágrimas. ¡Ay de mí!

gritó : estos son los efectos que ocasiona en un jóven Príncipe la prosperidad? Quanto mas le levanta la fortuna, quanto es dotado de mayor viveza, tanto se aparta mas del camino derecho, y se aleja del todo de la virtud. Ahora por ventura me veria yo reducido á semejante estado, si las desgracias en que nací, por favor de los dioses, y de los documentos de Mentor, no me hubieran enseñado á moderarme.

Los Daunos juntos pidiéron como única condicion de la paz, que se les permitiera el elegirse Rey de su nacion, que pudiera con su virtud librar la grandeza Real de la ignominia con que la habia manchado el impio Adrasto. Daban á los dioses las gracias de haberles quitado el tirano, y venian en tropas á besar la mano á Telemaco, que la tenia bañada en la sangre de aquel horrible monstruo; y su destrozo les era como triunfo. Así cayó en un punto, sin que le quedára esperanza de levantarse mas, aquella potencia que amenazaba á todas las de la Hesperia, y hacia temblar tantos pueblos. Así como quando debáxo de tierra se caban poco á poco aquellos terrenos que parecen firmes, é inmobles; miéntras que largo tiempo rien los hombres de aquel trabajo, que procede tan lentamente, pretendiendo arruinar los fundamentos, y miéntras que parece que se mantienen unidas todas sus partes; que nada se enflaquece, nada se menea, de improviso se hunde el terreno, y se abre una sima; de la misma manera un poder engañoso é injusto, por mas que en qualquier forma se procure con la violencia hacer venturoso, se abre baxo sus pies un precipici horrible, y la fraude y crueldad caban poco á poco los fundamentos mas sólidos de la potencia ilegítima. Todos la admiran, todos la temen; y tiemblan á su vista hasta aquel lance en que parece abismada, y ella se precipita con su propio peso; ni se puede mas levantar, porque ha con su mano arruinado los verdaderos apoyos de la buena fe, y la justicia que le adquieren á un Príncipe la estimacion y amor de todos los hombres.

Juntáronse el dia siguiente los capitanes de los coligados, para deliberar si se habia de otorgar Rey á los Daunos. Era de sumo gusto ver entre sí mezclados ambos

ambos campos, con una tan no esperada amistad, y á los dos enemigos exércitos que componian ya uno solo. No pudo hallarse en congreso el discreto Nestor; porque el dolor, aumentado á la vejéz, le habia enflaquecido el corazon, como la lluvia al obscurecer de la tarde agosta, y abate una flor, que á la mañana al despuntar la aurora era gloria y adorno de la campaña. Los ojos del anciano infeliz se habian hecho dos fuentes de lágrimas que no era posible enxugar, ni se cerraban mas al apacible sueño, que acostumbra dar treguas hasta á las mas crueles penas, y la esperanza misma se habia en él totalmente apagado. Todos los manjares se le hacian amargos; aborrecia hasta la luz del sol, y no deseaba sino la muerte. Hablábanle los amigos en vano para aliviarle, porque á su desmayado corazon daba hastío toda amistad, como á un enfermo, á quien se hacen aborrecibles las viandas de mas sabor. A todas las razones mas fuertes, que se le podian decir, no respondia sino con gemidos y con sollozos, y oíase que de quando en quando decia así: Pisistrato, Pisistrato, tú me llamas, y yo estoy ya á punto para seguirte. Amado hijo, tú me harás suave el morir; porque solo deseo la fortuna de verte en el otro mundo. Despues de decir esto, se estaba horas enteras sin hacer movimiento: pero arrojaba muchos suspiros, y levantaba al cielo las manos y los ojos todos bañados de lágrimas.

Entretanto, congregados los Príncipes, aguardaban que llegára Telémaco, que cerca del cadáver de Pisistrato derramaba sobre él á manos llenas gran cantidad de flores, con muchos exquisitos perfumes; gimiendo al mismo tiempo con un deshecho llanto. Amado compañero mio, decia, nunca me olvidaré de haberte visto en Pilo, de haberte seguido á Esparta, y haberte al fin hallado en la Hesperia. Yo tengo obligacion de cuidar en todo de tí; porque habiéndote amado miéntras vivias, tú me correspondias tambien con igual cariño; y porque he conocido tu valor, que habia ya excedido al de muchos célebres Griegos. ¡Ay de mí! que tu mismo valor te ha hecho morir con gloria; mas juntamente ha arrebatado al mundo una virtud muy niña que hubiera emparejado con la de Aqui-

les. Si, tu cordura y facundia hubieran sido en edad madura semejantes á las del héroe tan grande que hizo quedar á tónita de admiracion á toda Grecia. Ya tenias aquel modo suave de insinuarte en los pechos de otros á quien no se podia resistir: aquel arte sencillo de referir, aquella sabia moderacion, que es un encanto dulce, para aplacar los ánimos mas irritados; y aquella autoridad que los hombres adquieren con la prudencia, y con la fuerza de los buenos consejos que dan á los demas. Quando hablabas, todos prestaban oidos atentos para escucharte: todos estaban prevenidos con la buena opinion que de tí tenian; y deseaban quedar persuadidos, de que tenias razon, y de ser obligados á concurrir con tu parecer. Tus palabras llanas y sin vanidad venian á caer dulcemente en los corazones, como el rocío sobre la yerba tierna. ¡Ay de mí! tantos bienes que pocas horas ha poseiamos, se nos han para siempre quitado! Ya se perdió Pisistrato, al qual esta mañana misma abracé, y no nos queda otra cosa de él, que una dolorosísima memoria! ¡Ah, si á lo ménos hubieras tú cerrado los ojos á Nestor, y no que háyamos nosotros de haber cerrado los tuyos; no tendria él la pena de ver tan funesto espectáculo, ni de ser el padre mas poco afortunado!

Habiendo dicho Telémaco estas voces, hizo lavar la sangrienta herida que tenia Pisistrato en el costado; despues hizo aprestar un lecho de púrpura, donde fué colocado el cadáver con la cabeza reclinada sobre los hombros, y todo demudado con mortal palidez. Así como una tierna planta que cubriendo con su sombra la tierra, y levantando ácia el cielo sus ramas llenas de flores, herida de la cruel segur, es separada no ménos de la propia raiz, que de su madre la fecunda tierra; sus marchitos ramos, que embarazando ántes el ayre, quitaban la vista de la hermosa esfera, arrastran ya en el polvo, y ella no es mas que un tronco despreciado y despojado de toda su belleza. Levantábanse ya las llamas de la funesta pira, y lo que en ella debian poner llevaba el cadáver de Pisistrato. Conducíanle muy á espacio muchos Pilios, marchando con los ojos baxos, vertiendo lágrimas, y arrastrando por tierra las puntas de las armas vueltas atrás. Que-

mado luego el cadáver, se recogiéron sus cenizas en una urna de oro; y Telémaco, que cuidaba de todo, la entregó á Calímaco, como un gran tesoro. Guardad, le dixo, estas cenizas, funestas sí, mas preciosas reliquias de una persona, que habeis amado tanto miéntras vivia é intruisteis desde su niñez. Guardadlas para su padre, mas dilatad en dárselas hasta tanto que recobrado el vigor, esté harto fuerte para pedirlas: lo que en un tiempo encrueleee el dolor, lo suaviza en otro.

Entró despues Telémaco en el congreso de los Reyes confederados, en donde luego que le miráron, todos hiciéron silencio para escucharlo. Coloriose él de esto, no podian hacerle hablar, ántes le hiciéron el sonrojo mayor las alabanzas que diéron á todo lo que habia obrado, con muchas públicas aclamaciones; y hubiera querido entónces haberse podido ocultar. Esta fué la primera vez que se reconoció Telémaco perplexo y confundido. Finalmente pidióles, como por favor que dexáran ya de alabarle. No es, dixo, porque no estime yo las alabanzas, y especialmente, quando procede el darlas de tan buenos juicios de la virtud; pero no las quiero, porque tengo temor de estimar las sobrado. Las alabanzas dañan á los hombres, los llenan de la estima de sí propios, y los hacen vanos y presuntuosos; conviene merecerlas y huirlas. Las alabanzas mejores, suelen parecerse á las falsas: y los tiranos que no son los mas alabados entre los hombres, son los que hacen que los alaben los lisonjeros mas que los demas. ¿Qué deleyte se encuentra en ser alabados como ellos? Las alabanzas verdaderas son las que me daréis en ausencia, si es que tengo la buena suerte de merecerlas. Si me teneis verdaderamente por bueno, debeis tambien tenerme por amante de la modestia, y temeroso de ensoberbecerme. Tenedme pues esta atencion, si me amais; y no me deis todos esos elogios, como á hombre que los desea.

Despues de haber hablado de esta suerte, no respondia cosa alguna mas á los que proseguian en ensalzarlo, y con un ayre de indiferencia puso término luego á los elogios que le formaban. Empezaron á temer todos de darle enfado con alabarlo; pero se au-

mentó mucho la maravilla, porque sabian las tiernas demostraciones, que habia hecho á Pisistrato, y el cuidado que habia tenido de hacer á su cadaver las postreras honras. Estas contraseñas de afecto, y la bondad de su corazon, moviéron harto mas al exército, que todos los milagros de prudencia, y valor, que poco ántes en él se habian visto. Telémaco es cuerdo y valiente, se decian secretamente unos á otros: es el favorecido de los dioses, y el heroe verdadero de nuestra edad, y superior á lo que tolera la condicion humana: mas todas estas cosas son maravillosas, y no hacen otro que causarnos asombro. Lo que es para el uso comun, y de que todos pueden sacar provecho; lo que nos mueve á amarlo, y lo que hace que diéramos por él nuestras vidas, es el ser verdaderamente hombre de un corazon tierno, compasivo, benéfico, que ama entrañablemente á aquellos que merecen ser amados, que es deleyte de los que viven con él, y ha depuesto su altivez, su indeferencia, y su primera soberbia.

Entre semejantes pláticas se pasó á hablar de la necesidad de elegir un sugeto que gobernára á los Daunos. Era de parecer la parte mayor de los Príncipes que se hallaban en el congreso, de que el Reyno de Adrasto, como conquistado con armas, se habia entre ellos de dividir. Ofreciéron por su parte á Telémaco el Pais fértil de Arpi, donde ofrece la tierra cada año dos cosechas; donde dobladamente se fecundan las vides, y donde los olivos, árboles consagrados á Minerva, duplican siempre sus verdes frutos. Este pais, le decian, debe hacer que olvideis á vuestra pobre Itaca, las incultas selvas de Zacinto, y los espantosos peñascos de Duliquio. Dexad de ir mas en busca de vuestro padre, que habrá muerto en el mar, entre las rocas del Promontorio Cafareo, en venganza de Nauplio, y en satisfaction de la cólera de Neptuno: ni busqueis mas á Penélope, que mucho tiempo ha que está en manos de sus amantes; ni á vuestra patria, á cuya tierra no favorece el cielo con tanto, como á esta que os ofrecemos.

Escuchaba con paciencia Telémaco sus razones; pero no son mas sordas, é insensibles á las quejas de

los brutos desesperados las rocas de Tesalia, ó de Tracia, que lo que él lo era á todas las ofertas que le hacia. Para mí, respondió, no cuido de riquezas ó delicias. ¿Qué importa pasar un mas dilatado espacio de tierra, y mandar á un número mayor de hombres? No sirve eso sino para tener mas estorbos, y harto menos de libertad. Está la vida harto llena de desventuras para las personas cuerdas y moderadas, sin que se le añada el enfado de gobernar á los otros hombres intratables, inquietos, injustos, engañosos, é ingratos. Quando alguno pretende ser dueño de los hombres, solo por amor de sí mismo, no cuidando de otro que de la autoridad propia de sus placeres y de su gloria, es un impío, un tirano, y un azote del linage humano; pero quando al contrario no quiere gobernarlos, sino conforme á las reglas de la razon, y solamente para bien de ellos, es mas tutor que dueño de los propios súbditos: no tiene sino la ocupacion de gobernarlos, que es infinita, y está del todo ageno de querer extender mas allá su potencia. El pastor que no se come las reses de la manada: que por defenderlas del lobo pone á riesgo la vida; y que noche y dia está en continua accion, para guiarlas á mejores pastos, no desea aumentar el número de su ganado, ni robar el vecino, porque esto fuera aumentarse á si mismo la fatiga. Aunque yo nunca he gobernado, proseguia Telémaco, he sin embargo aprendido de las leyes y de los hombres sabios que las hiciéron, quanto sea dificil y trabajoso gobernar las ciudades y Reynos. Estoy, pues, contento con mi pobre Itaca, aunque pequeña y pobre; y seré harto glorioso, con tal que llegue á reynar con justicia, con valor y temor de los dioses. Sé, á mas de esto, que en qualquiera tiempo en que llegue á reynar, llegaré demasiado presto. Quiera el cielo que mi padre escape de la furia del mar: que reyne en Itaca hasta una suma vejez, y que pueda yo de él aprender largamente quán necesario es vencer las propias, para saber gobernar las pasiones de todo un pueblo.

Pasó adelante Telémaco despues de este discurso, y prosiguió de este modo: Oid, Príncipes aquí juntos: oid lo que me parece deber deciros, por vuestra utili-

dad. Si diéreis á los Daunos un Rey justo, los gobernará con justicia, y les enseñará quanto importe, y sea provechoso guardar la buena fe, y no usurparse cosa de los pueblos sus confinantes. Esto es lo que baxo del impío Adrasto no han podido entender jamás. Mientras sean gobernados por un Rey sabio y moderado, no tendreis que temerles; y ellos os serán deudores del buen Rey, que habrán recibido de vosotros, y tambien de la paz y prosperidad, que gozarán por vuestro medio. En lugar de invadir, os alabarán de continuo, y no ménos el pueblo que su Rey, os reconocerán todo su ser. Si al contrario quereis entre vosotros dividir el pais, he aquí las desventuras que os pronostico. Constreñidos los Daunos á desesperar, volverán á empezar la guerra, pelearán justamente por mantenerse libres; y pelearán por ellos los dioses, enemigos de la tiranía. Haciendose á su parte los dioses, tarde, ó temprano quedaréis confundidos, y se desvanecerán como el humo todas vuestras prosperidades. Faltarán las resoluciones, y la prudencia á vuestros capitanes, el esfuerzo á vuestros exércitos, y la abundancia á vuestros territorios: os figuraréis ser invencibles: sereis temerarios en vuestras empresas; obligaréis á callar á todos los hombres de bien que querrán hablaros verdad, y seréis en un punto vencidos y arruinados. Diráse de vosotros entonces: Luego estas son las gentes que debian dar leyes á todo el mundo, y ahora huyen de sus enemigos, y son ultrages de todas las naciones que les pisan! Hé aquí lo que han hecho los dioses, y lo que merecen los pueblos injustos, vanagloriosos y crueles. Considerad mas que si os poneis á dividir este pais, para dar de él á cada uno una parte, venís á unir á todos los pueblos vecinos contra vosotros. Se hará vuestra alianza aborrecible, habiéndose formado para defender las libertades de toda Hesperia contra las usurpaciones de Adrasto: y os acusarán todos de que os quereis usurpar la universal tiranía.

Pero supongo que debeis vencer á los Daunos, y tambien a los demas pueblos; os destruirá sin embargo esa victoria misma; y hé aquí de qué manera. Haced reflexa en que la execucion de una tal idea os desunirá

á unos de otros; porque no fundándose en la justicia, no tendréis regla alguna, que pueda limitar las pretensiones de cada uno. Querrán todos que su porcion de pais sea proporcionada á su potencia; ni habrá de vosotros alguno que tenga suficiente autoridad sobre los pueblos, para hacer de ellos la pacífica division. Y hé aquí una nueva guerra, de la qual no verán el fin vuestros nietos. ¿Mas no es mucho mejor ser justo, y moderado que fomentar la discordia contemplando á la soberbia propia, con tanto riesgo, y por medio de tantas inevitables desgracias? ¿No son acaso bienes harto mas deseables, que la necia ambicion de conquistar agenos paises, una amabilísima paz, los suaves, é inocentes placeres que la acompañan, la feliz abundancia, el cariño de los vecinos, la gloria inseparable de la justicia, la autoridad que se adquiere, quando se llega con la buena fe á ser árbitro de todas las naciones estrañas? ¡O Príncipes! ¡ó Reyes! bien veis que os hablo sin interés: oid, pues, á quien tanto os ama, hasta contradeciros, y daros sinsabor, diciendoos la verdad.

Mientras discurria Telémaco de esta manera, con una autoridad que nunca se vió en algun otro; y mientras que admirados y atónitos todos los Príncipes celebraban sus sabios consejos, se oyó un rumor confuso, que se derramó por el campo, y llegó hasta aquel sitio, en que se tenia el congreso. Un extrangero, dixo uno, ha llegado á esa playa con una tropa de gente armada. Ese no conocido tiene un aspecto noble; todo en él se parece á heroico, y puede facilmente conocerse que ha padecido muchos, y dilatados contratiempos; pero que su gran corazon le ha hecho vencer todos los males que ha padecido. Al principio la gente del pais, que guarda las riberas, querian rechazarlo, teniéndole por contrario que venia á invadir; pero habiendo con brio intrépido puesto mano á la espada, ha protestado que quando fuere insultado, sabria bien defenderse; y ha añadido despues que no pedia otra cosa sino la paz y hospedage de amigo. Presentó luego un ramo de olivo con ademan de quien ruega. A esto se dió oido á sus vóces. Ha pedido ser conducido á la presencia de aquellos que tienen el do-

minió de esta parte de Hesperia, y viene á vuestra vista, para hablar con los Príncipes que aquí os habeis juntado.

Al fin de estas razones se vió entrar el incognito con una magestad, que causó maravilla á todos los que estaban en la asemblea. Facilmente se hubiera podido tener por Marte, quando en las montañas de Tracia junta sus crueles sequaces. Y entre las admiraciones, empezó á hablar así:

Oid, ¡ó pastores de los pueblos, que ciertamente estais juntos aquí, ó á defender la patria de enemigos, ó para hacer que florezcan las mas justas leyes! oid á un hombre perseguido de la fortuna. Quieran los dioses, que nunca vosotros probeis desgracias semejantes. Yo soy Diómedes, Rey de la Etolia, que en el asedio de Troya di á Venus una herida en una batalla. La venganza de esa deidad me persigue por todo el mundo. Neptuno, que no puede negar cosa ninguna á la hija divina del mar, me ha entregado en poder de los vientos, y de las ondas, que me han muchas veces llevado á luchar contra los escollos. La inexôrable Venus me ha quitado toda esperanza de restituirme á mi Reyno, mi familia, y aquel pais amado, en que empecé naciendo á ver la luz del dia. No, no tendré jamás el consuelo de volver á ver lo que tuve en el mundo de mas cariño mio. Despues de tantos naufragios, vengo al fin á buscar un poco de sosiego, y un asilo seguro en estas desconocidas riberas. Si teneis amor á los dioses, y en especial á Júpiter, que tiene la tutela de los extrangeros; y si teneis sentimientos de compasion, no me negueis en este dilatado pais algun ángulo de tierra estéril, algun desierto lóbrego, ó algun inaccessible peñasco, donde pueda fundar una ciudad con los que me acompañan, la qual sea á lo menos una imágen de la siempre cruel memoria de nuestra patria perdida. No pedimos sino un corto distrito de tierra inútil, donde se nos permita la libertad de vivir segun nuestras leyes. Por lo demas vivirémos en paz y en estrecha amistad con vosotros; vuestros contrarios serán los nuestros, y nos interesarémos con toda nuestras ventajas.

Mientras que Diómedes hablaba de esta manera, le

miraba Telémaco sin apartar los ojos, y se le descubrieron en el semblante diferentes afectos. Quando Diómedes empezó á razonar de sus prolixas desgracias, entró en alguna esperanza de que él era su padre. Luego que se descubrió por Diómedes, trocó el color, y se puso pálido, como una bella flor á los violentos soplos del borrascoso Aquilon: despues las palabras de Diómedes que se dolia del enojo tenaz de la diosa, le movieron á compasion, trayendole á la memoria los contratiempos mismos sufridos de su padre, y de sí proprio. Corrieronle algunas lágrimas á vueltas del dolor, y la alegria, y arrojóse improvisamente sobre Diómedes para abrazarlo.

Yo, le dixo, soy hijo de Ulises que conoceis muy bien; el qual, quando tomasteis los caballos del Reso, no os fue compañero inútil de aquella empresa. Los dioses lo han tratado con la misma crueldad que han usado con vos. Si no me engañan los Oráculos del infierno, Ulises vive aun; mas ¡ay de mi! que ya para mí no vive. Partime de mi patria para buscarle, y ahora no puedo volver á ver, ni á él ni á ella. Juzgad de mis desgracias, qué compasion me causan las de los otros. La ventaja que da el ser miserable, es hacer que se tenga compasion del dolor ageno. Aunque soy extrangero en esta tierra, bien puedo; ó gran Diómedes! (así os llamo, porque á despecho de los trabajos que en mi niñez han oprimido á mi patria, no he sido tan mal criado, que no haya tenido noticia de quán célebre hicisteis vuestro nombre en las guerras) bien puedo, ¡ó el mas invencible Griego despues de Aquiles! solicitaros algun socorro. Estos Príncipes, que mirais, son de genio cortes, y comun, que sin la cortesia no puede haber virtud, ni se halla verdadero valor, ni gloria cierta, ni duradera. A mas que á la reputacion de hombres grandes, se añade un nuevo lustre con la mala fortuna. Fáltales algo, quando nunca han sido infelices; porque no tienen en su virtud exemplo alguno de paciencia, y constancia. La virtud desgraciada mueve á piedad á todos quantos tienen alguna discrecion para conocerla. Dexadnos, pues, el cuidado de consolaros. Supuesto que los dioses os ponen en nuestras manos, este es un don, que

nos hacen, y debemos tenernos por dichosos; porque podemos dar algun consuelo á vuestras desgracias.

Maravillado Diómedes, miraba atentamente á Télemaco que hablaba, y se sentía todo enternecer. Abrazábanse ambos, como si antes hubieran estado largo tiempo unidos con estrecho vínculo de amistad. Digno hijo del sabio Ulises, decia Diómedes, reconozco en vos aquella apacibilidad, que se descubria en el rostro de vuestro padre, aquella gracia en el razonar, la fuerza de su eloqüencia, y la nobleza, y cordura de sus pensamientos.

En esto Filotetes tambien se adelantó á abrazar el grande hijo de Tideo. Despues que se contaron uno á otro sus desgracias, le dixo Filotetes: Persuadome por cierto, que no os disgustaréis de ver al sabio Nestor. Poco ha que ha perdido á Pisistrato, que era el último de sus hijos: no le queda ya en esta vida sino una senda toda de lágrimas, por donde se conduce al sepulcro. Venid pues: le consolareis, porque no hay nadie mas á propósito para aliviar sus penas, que un amigo infeliz. Fueronse luego pues al pavellon de Nestor, el qual apenas pudo reconocer á Diómedes: tan abatidos estaban de la tristeza del ánimo, y sentidos del miserable viejo. Al principio Diómedes lloró juntamente con él, y el verse uno á otro fué redoblarse el dolor; sin embargo se mitigó poco á poco la pena en el corazon de Nestor con la presencia de un tal amigo, y vino á conocerse facilmente, que el placer de contar las desgracias, que habia padecido, y oir recíprocamente á Diómedes referir sus trabajos, daba á sus males alguna suspension.

Conversaban ellos asi, y los Príncipes congregados éxâminaban lo que debian obrar. Telémaco aconsejaba, que dieran á Diómedes el pais de Arpi, y eligiesen Rey de los Daunos á uno de la misma nacion, llamado Polidamante. Era este un célebre capitan, de quien receloso Adrasto, no habia querido servirse jamas, temiendo que se atribuyera á un hombre tan valeroso el éxito feliz de una empresa, de la qual esperaba tener solo toda la gloria. Polidamante le habia muchas veces avisado, que exponia sobrado su vida, y el bien de su estado en aquella guerra contra tantas

naciones juntas para su daño, y habia querido obligarlo á usar una manera de proceder mas recta, y mas moderada con los pueblos sus confinantes. Pero los que aborrecen la verdad, aborrecen tambien á aquellos que tienen ánimo para decirla: ni les mueve nada conocer los sinceros, zelosos, y agenos del interes. La prosperidad engañosa endurecia á Adrasto el corazon contra los mas saludables consejos, y sin executarlos, no dexaba de triunfar cada dia de sus contrarios. Haciánlo victorioso siempre la altivez, la mala fé, y la violencia; y jamas sucedian las calamidades, con que por largo tiempo le habia amenazado Polidamante. Burlaba Adrasto de una temerosa prudencia, que siempre pronosticaba desordenes, y desventuras; y no pudiendo tolerarlo mas, despojado de todas las dignidades, lo dexó á padecer soledad, y pobreza.

Quedó Polidamante al principio oprimido de la desgracia; pero dióle ella lo que le faltaba, porque le abrió los ojos para que viera la vanidad de las grandes fortunas. Hízose cuerdo á expensas propias, y alegróse de haber sido infelíz, aprendiendo poco á poco á exercer la paciencia, á vivir parcamente, á alimentar sosegadamente con la verdad su espíritu, á cultivar en sí mismo las interiores virtudes, que son mas apreciables que las públicas, y ruidosas, y finalmente á no necesitar de los hombres. Resolvióse, pues, á morar en un desierto al pie del monte Gárgano, donde le servia de casa el hueco de un peñasco, que formaba la mitad de un arco: templábale la sed un arroyo, que corria de lo alto del monte; y servíanle de alimento las frutas de algunos árboles. Tenia dos esclavos, que cultivaban un pequeño campo, y trabajaba él en su compañía. Recompensábale con exceso la tierra todo su trabajo, y no le dexaba necesidad de cosa; porque no solamente tenia frutas, y legumbres en abundancia, sino que tenia á mas de esto muchas hermosas flores para el recreo. Lloraba allí la infelicidad de los pueblos á quienes arrastraba a una irreparable ruina la soberbia de un loco Rey; y esperaba de cada dia, que los dioses, aunque sufridos, pero sin embargo justos, precipitáran á Adrasto del auge de la fortuna á una ex-

tremada desgracia. Quanto crecia mas la prosperidad de aquel príncipe, tanto mas se pensaba que fuera irremediable su caida; porque la temeridad, que es dichosa en sus yerros, y el poder que se llega al mas sublime grado de una autoridad absoluta, son precursores de la ruina de los monarcas y de la destruccion de los reynos. Quando llegó la noticia á Polidamante de la derrota, y muerte de Adrasto, no mostró regocijo alguno, ni de haberlas previsto, ni de verse ya libre de un tan cruel tyrano; y suspiró solamente de miedo, de ver que llegarán los Daunos à ser esclavos de sus enemigos.

Este fué, pues, al que propuso Telémaco en el congreso para elegirle Rey. Hacía ya algun tiempo, que le eran bien conocidos el valor, y esfuerzo de Polidamante; porque segun los consejos de Mentor, no omitia tomar informes de las buenas, y malas calidades de qualquiera persona, que tuviera empleo, que mereciese alguna atencion, no solo entre las naciones confederadas, que militaban en aquella guerra, sino tambien entre los enemigos mismos. Su principal cuidado era descubrir, y buscar diligentemente por todas partes los hombres que tenian algun talento, ó relevante, y singular virtud.

Al principio tuviéron alguna repugnancia los Príncipes coligados en elevar á la dignidad Real á Polidamante. Hemos experimentado, decian, quan formidable sea á sus vecinos un Rey de los Daunos inclinado á la guerra, y que la sepa hacer. Este que proponeis, es un gran capitan, y nos puede meter en muchos graves riesgos. Confieso, respondió Telémaco, que Polidamante sabe hacer la guerra, sin embargo es amante de la paz; estas son las dos cosas que se han de desear. Un hombre, que conoce las desgracias y riesgos, y las dificultades de la guerra, estará harto mas dispuesto á evitarla, que no estaría quien no tuviera de ella experiencia alguna. Polidamante ha aprendido á gustar la felicidad de una vida pacífica, ha reprobado las injustas resoluciones de Adrasto, y ha previsto sus consequencias fatales. Mas habeis de temer á un Príncipe débil, é ignorante, que á un hombre, que sabrá conocer las cosas, y que por sí á todas dará de todas la de-

cision. El Príncipe flojo, é ignorante nada verá, sino con los ojos de un favorecido, tyranizado de las pasiones, ó de un ministro adulador, inquieto y ambicioso; así sin querer hácer guerra, se empeñará ciegamente en ella, y no podréis jamas fiar en él, porque él no podrá jamas fiar de sí. No os guardará las promesas, y os reducirá muy presto á una extremidad terrible, de donde será preciso, ó que le hagais perecer, ó que seais de el oprimidos. ¿No es por ventura cosa mas provechosa, mas segura, y al mismo tiempo mas justa, y mas noble, condescender facilmente á la buena opinion, que tienen de nosotros los Daunos, y concederles un Rey, que sea digno del mando?

Quedó todo el congreso persuadido de este discurso; y se envió luego á proponer á Polidamante por Rey á aquellos que estaban impacientes esperando respuesta. Quando los Daunos oyéron el nombre de Polidamante: Ahora conocemos bien, exclamáron, que los Príncipes aliados quieren tratar con nosotras con buena fé, y establecer una buena paz; pues quieren darnos por Rey á un hombre tan virtuoso, tan hábil para gobernarnos. Si nos hubieran propuesto un hombre desvalido, afeminado, y mal instruido, creyéramos, que no se buscaba sino oprimirnos, y adulterar las reglas de nuestro gobierno; y hubiéramos guardado secretamente en el ánimo una memoria de un proceder tan cruel y engañoso. Pero la eleccion de Polidamante nos muestra una verdadera abertura de corazon, y ciertamente que los aliados no aguardan de nosotros cosas, que no sean mas nobles, y justificadas; pues nos otorgan un Rey, no ménos incapaz de obrar cosa que se oponga á nuestra libertad, que á nuestra gloria. Podemos así protestar delante de los dioses, que cejarán los rios ácia sus fuentes, primero que dexemos de amar á un pueblo tan benéfico. Quiera el cielo que nuestros últimos nietos se acuerden del beneficio que recibimos hoy dia, y que renueven en toda Hesperia el siglo hermoso de oro, con la paz succesiva de generacion en generacion.

Propuso despues Telémaco á los Daunos, que dieran á Diomedes las campañas de Arpi, para fundar en ellas una colonia. Esta nueva gente, les dixo, os

deberá el haberse establecido en un pays, que no habitais vosotros. Acordaos, que todos los hombres se deben amar mútuamente: que les sobra la tierra: que es menester tener algun vecino, y que es mejor tener por confinantes á los que estan obligados por haber hallado un abrigo en donde asegurarse. Moveos á compasion de la desgracia de un Rey, que no puede volver á su pais. Unidos Polidamante, y Dfomedes con los lazos de la justicia, y virtud, que son los que solo duran, os mantendrán una quietísima paz, y os harán formidables á los pueblos circunvecinos, que intentarán ensancharse. Bien veis, ó Daunos, que hemos dado á vuestra nacion un Rey capaz de levantar vuestra gloria hasta las estrellas: dad, pues, tambien vosotros, pues nosotros os lo pedimos, un territorio, que no os sirve de nada á un Rey, que es digno de qualquier favor.

Respondiéron los Daunos, que no podian negar cosa á Telémaco, pues se habia él empleado en recabar que se les diese Rey; luego se encaminaron á buscar á Polidamante en su desierto, para hacerle admitir el cargo de gobernarlos. Primero que partieran, diéron á Diomedes las fértiles llanuras de Arpi, para que en ellas pudiera echar los fundamentos de un nuevo Reyno Tuviéron de esto los coligados sumo contento; porque aquella colonia Griega daba notables fuerzas á su faccion, si quisieran los Daunos renovar sus usurpaciones, cuyo mal exemplo habian recibido de Adrasto.

Todos los Príncipes no pensaron sino en separarse. Despues de haber Telémaco tiernamente abrazado al valeroso Dfomedes, al sabio, é inconsolable Néstor, y al célebre Filotetes, digno heredero de las flechas de Hercules, se partió con las lágrimas en los ojos en compañia de las milicias Creteuses.

FIN DEL LIBRO VIGESIMO-PRIMO.

TELÉMACO.

LIBRO XXII.

SUMARIO.

Telemaco llegando á Salento extraña ver los campos tan bien cultivados, y hallar tan poca magnificencia en la ciudad. Mentor le declara los motivos de esta mudanza haciendole observar los defectos que ordinariamente se oponen á la prosperidad de los estados, y le propone por modelo la conducta y gobierno de Idomenéo. Despues confia Telemaco á Mentor el amor que tenia á Antiope, hija de aquel rey, con la qual queria casarse. Alaba Mentor las buenas prendas de la princesa, asegura á Telémaco que los dioses se la destinan; pero que actualmente no debe pensar sino en marchar para Itaca, y libertar á Penelope de las persecuciones de sus pretendientes.

Ardia el hijo de Ulises con un impacientísimo deseo de volver á ver á Mentor en la ciudad de Salento, y de embarcarse otra vez con él, para restituirse á la patria, donde esperaba ya habria llegado su padre. Quando se acercó á Salento, quedó muy maravillado de ver toda la campaña vecina, que él habia dexado casi inculta, y desierta al partir, ahora cultivada, como un bello jardin, y llena de solícitos labradores; y entendió bien, que todo esto era efecto de las advertencias del sabio Mentor. Entrando despues en la ciudad, advirtió que no se veian en ella tantos artesanos, que sirviesen para el regalo; y que era mucho menor el número de los que se aplicaban á sola la magnificencia. Esto disgustó no poco á Telémaco, que amaba naturalmente la pompa, y el aliño; pero luego sobreviniéron otros pensamientos, que le ocupáron el entendimiento. Vió desde léjos á Idomenéo junto con Mentor, y sentióse luego movido interiormente de dos afectos, alegría, y ternura. A pesar de toda la buena fortuna, que habia tenido en la

guerra contra Adrasto, temia que su amigo no se diera por satisfecho, y miéntras caminaba para él, observaba con atencion los ojos de Mentor, para conocer si acaso se debia acusar de alguna cosa.

Primeramente Idomenéo abrazó á Telémaco con ternura de padre; despues Telémaco se le arrojó al cuello á Mentor, y bañole con muchas lágrimas. Yo, le dixo Mentor, estoy satisfecho de vos: habeis cometido sí algunos no pequeños errores; pero os han ayudádo á conoceros, y á desconfiar de vos mismo. Muchas veces los hombres sacan mayor provecho de sus errores, que de las buenas acciones que hacen. Las acciones grandes llenan el corazon de orgullo, é inspiran una presuncion arriesgada; pero los yerros obligan á que el hombre entre en sí mismo, y le dan la prudencia, que habia perdido con los sucesos prósperos. Lo que os queda que hacer es alabar á los dioses, y no querer ser alabado de otros. Habeis obrado muchas grandes cosas; mas confesad la verdad, que no las habeis hecho vos. ¿No es verdad que las ha obrado una virtud extraña, que estaba infundida en vos, como una cosa no vuestra? ¿Y que ántes erais capaz de echarlas á perder con el ímpetu de vuestro enojo, y con vuestra imprudencia? ¿No os acordábais de que Minerva, por decirlo así, os trocó en otro hombre superior á vos propio para hacer ella misma todo lo heroico que habeis executado? Sí, Minerva puso freno á todos vuestros defectos, como Neptuno, quando tiene al mar irritado, abonanza el furor de las tormentas.

Mientras que Idomenéo hablaba con sus Cretenses, que habian vuelto de militar con Telémaco, escuchaba éste los sabios avisos de Mentor; y mirando por todos lados en su contorno, le dixo: esta es una mudanza, cuya razon no acierto á comprehender. Ha sucedido acaso miéntras no he estado en Salento algun contratiempo? ¿De dónde viene, que no se ve ya mas aquella magnificencia primera, la qual ántes de partirme se veia por todas partes en la ciudad? Ya no veo, ni oro, ni plata, ni piedras preciosas: los vestidos son llanos, las fábricas que se hacen, ménos ador-

nadas, y ménos grandes: todas las artes han desmayado, y la ciudad parece un desierto.

Habeis reparado, le respondió sonriendo Mentor, el estado de la campaña del contorno de la ciudad! Si, dixo Telémaco, he visto en todas partes la labranza estimada, y los terrenos bien trabajados. ¿Quál es mejor, añadió Mentor, una ciudad magnífica, abundante de oro, y plata, con una campaña inculta, é infructuosa, ó una campaña cultivada, y fecunda, con una ciudad mediana, y de modestas costumbres? Una grande ciudad llena de artesanos, ocupados en afeminar las costumbres con las delicias, quando está ceñida de un Reyno pobre y mal cultivado, se semeja á un monstruo, cuya cabeza es de una excesiva grandeza, y todo el cuerpo extenuado, y falto de alimento, sin proporcion alguna; con ella la verdadera fuerza, y las verdaderas riquezas de un Reyno consisten en la muchedumbre del pueblo, y en la abundancia de los mantenimientos. Al presente tiene Idomenéo una cantidad infinita de vasallos infatigables, que llenan todo el distrito de su pais, y todo su pais no es mas que una ciudad sola, de la qual Salento no es mas que el centro. Hemos llevado de la ciudad ál campo los hombres que faltaban á este y sobraban en aquella. Ademas, hemos logrado que muchos pueblos extrangeros se viniesen á establecer en el pais. Quanto mas se multiplica la gente, tanto mas ella multiplica con el trabajo los frutos de la tierra; y esta multiplicacion tan suave, y tan pacífica, aumenta mucho mas á su reyno, que una conquista. No se han echado de la ciudad, sino las artes superfluas, que apartan á los pobres de poner la atencion debída á sus necesidades verdaderas, y vician á los ricos, despeñándolos en la afeminacion y en el fausto; pero no hemos hecho daño alguno á las bellas artes, ni á los hombres que tienen verdadero talento para cultivarlas: por eso Idomenéo es ahora mucho mas poderoso que no quando admirabais su soberbia magnificencia. Aquel esplendor demasiado ocultaba una debilidad, y miseria que bien presto hubieran abatido su potencia. Ahora tiene número mucho mayor de súbditos, y los sustenta mas fácilmente; y estos súbditos amaestrados del amor de las

buenas leyes, para exercitarse en la fatiga y trabajo y en despreciar la vida, estan todos á punto de pelear y defender las tierras, que han cultivado con sus propias manos. Veréis dentro de poco tiempo hecho maravilla de Hesperia á este reyno que os parece tan decaido de su primer estado.

Acordaos, Telémaco, que hay dos cosas dañosas en el régimen de los pueblos, á las quales no se pone remedio casi jàmas; la primera es una autoridad injusta y demasiado violenta en los Reyes; la segunda es el regalo, con el qual se corrompen las costumbres.

Quando se acostumbran los Reyes á no conocer otras leyes mas que sus voluntades, y quando no refrenan sus pasiones, todo lo pueden; pero en fuerza de poderlo todo, desmoronan el fundamento de su potencia. Entónces ellos no tienen regla cierta, ni máximas ajustadas para gobernar; y miéntras que á porfia les adulan todos, no les quedan, ni tienen súbditos, sino esclavos. ¿Quién se atreverá á decir la verdad á un Príncipe semejante? ¿Quién será quien se atreva á ponerle término? Cede todo á una fuerza tan impetuosa, huyen, se ocultan, y se lamentan los sabios, ni hay sino una violenta y repentina revolucion, que pueda restituir á su natural curso una potencia, que salió fuera de sus márgenes. Muchas veces tambien sucede, que el golpe que podria moderarla, la postra sin dexarle esperanza de levantarse mas. No hay cosa que amenace tanto á los Reyes una fatal caida, como una autoridad, que se extiende sobrado. Es puntualmente semejante á un arco flechado, que si no se afloxa, al cabo de improviso se rompe; ¿pero quién será el que tenga osadía para afloxarle? Idomenéo interiormente era justo; esta tan engañosa autoridad lo haria precipitado del trono, y todavia no se habia encontrado quien le hiciera conocer sus errores. Fué menester, que los dioses nos conduxeran acá á Salento, para mostrarle esta ciega y desmesurada potencia, que no conviene á un hombre. A mas fué menester, que para abrirle finalmente los ojos, se hicieran cierta especie, por decirlo así, de milagros.

El otro mal, casi incurable es el regalo. Como una autoridad demasiado grande vicia á los Reyes, asi el

regalo hasta las costumbres de todo un pueblo. Dicen, que el fausto sirve de alimentar los pobres á expensas de los ricos, como si no pudieran los pobres ganarse con mayor utilidad el sustento para su vida, cultivando la tierra, sin afeminar á los ricos con estudiados, y siempre nuevos regalos. Acostúmbrase todo un pueblo á mirar como necesarias para la vida las cosas que son mas superfluas; cada dia se inventan ciertas nuevas necesidades, ni pueden ya no haberse menester las cosas, de que no se tenia conocimiento treinta años há; y llámase este exceso buen gusto, perfeccion de las artes, y pulidez de la nacion. Es alabado como virtud un tal vicio, que consigo se lleva tantos otros, y es tan contagioso, que llega hasta inficionar á las últimas heces del pueblo. Quieren imitar la magnificencia del Rey los que le son ménos cercanos en sangre; los grandes la de los parientes del Rey; las personas de condicion mediana quieren hacerse iguales á los grandes; porque ¿quién es aquel que se hace justicia á si mismo? Los pequeños se ostentan por medianos; y en suma todos hacen mas de lo que pueden; los ricos por fausto, y por valerse de sus riquezas; y los otros por una mala vergüenza de parecer pobres. Aquellos mismos, que son harto cuerdos para condenar un tan gran desórden, no lo son suficientemente para tener esfuerzo de hacer los primeros cara, y dar exemplo, que se oponga al comun estilo. Arruínase una nacion entera, todas las condiciones se confunden, y el desmesurado deseo de enriquecer, para mantener gastos vanos, gasta aun los mas puros ánimos. De ninguna otra cosa se trata mas que de amontonar riquezas: es infamia la pobreza. Sea un hombre erudito, habil, virtuoso, instruya á los demas, gane batallas, salve su pátria, sacrifique todos sus intereses; se le desprecia si no realza el fausto sus talentos. Aquellos mismos que no tienen rentas quieren aparentar tenerlas; y gastan como si las tuvieran. Todos se empeñan, todos engañan, y usan mil artificios para enriquecerse. ¿Mas quién habrá que remedie estos males? Es menester trocar el gusto, y las costumbres de todo un pueblo, y darle tambien nuevas leyes. ¿Quién se podrá poner en tal empresa, sino es

un Rey filósofo, que sepa con el exemplo de su propia moderacion hacer colorearse de avergonzados á los que gustan de gastos magníficos y suntuosos, y animar á los hombres sabios, que tendrán sumo gusto de ver al Príncipe autorizar aquella decente templanza, que ellos profesan.

Oyendo este discurso Telémaco, estaba como un hombre que despierta de un pesado sueño: conocia la verdad de estas voces, y se le estampaban en el ánimo, como en el mármol se imprimen de mano de un valiente escultor aquellas facciones, que mas le agradan, dándole no solamente gracia, sino vida tambien y movimiento. Estuvo silencioso, sin responder, y recorriendo con el pensamiento lo que habia oido á Mentor, miraba al mismo tiempo las cosas, que se habian mudado en Salento; y finalmente vuelto á él, le dixo:

Habeis hecho á Idomenéo el mas sabio de todos los Reyes, y se han mudado tanto, así este Príncipe, como todo su pueblo que ya no los conozco. Confieso tambien, que las cosas que aquí habeis hecho, son infinitamente mayores que las victorias que nosotros habemos obtenido. El acaso, y la fuerza tienen mucha parte en el éxito de las guerras: tenemos que partir la gloria de las batallas con los soldados: pero una cabeza sola obró en lo que hicisteis; vos solo tuvisteis que resistir a un Rey y todo su pueblo, para enmendarlos. Los sucesos de la guerra son siempre funestos y odiosos. Aquí todo es obra de una sabiduría celestial, todo es dulce, todo es amable, todo es puro, y da á ver claramente una autoridad superior á la humana condicion. Quando los hombres quieren ganarse alguna gloria, ¿por qué no la procuran, aplicándose de esta suerte á beneficiar á los otros? ¡O quan mal se entienden, esperando alcanzar una firme gloria y maciza, dando á saco la tierra, y vertiendo la sangre humana!

Mostró Mentor entónces en el semblante una alegría sensible, viendo á Telémaco tan desengañado de las victorias, y las conquistas, en una edad en que era tan natural, que se hubiera embriagado de la gloria que le ceñia.

Es verdad, replicó despues Mentor, que todo esto que veis es bueno, y merece alabanza; pero sabed, Telémaco, que pudieran hacerse cosas mejores. Modera Idomenéo sus pasiones, é igualmente se aplica á moderar tambien á su pueblo; pero aun ahora no dexa de cometer muchos yerros, que son conseqüencias funestas de los que cometió antiguamente. Quando quieren los hombres dexar el mal, parece que aun el mal les persigue por largo tiempo; porque les quedan los malos hábitos, enflaquecida la naturaleza con los yerros pasados, y muchas faltas casi incurables. ¡Venturosos aquellos, que nunca se han desviado del camino derecho de la virtud! Pueden obrar bien con mas perfeccion que los otros: Los dioses, ó Telémaco, os pedirán á vos cosas mayores que á Idomenéo, porque habeis conocido la verdad desde jóven, y porque no habeis tenido una prosperidad demasiado grande, que os pudiera haber pervertido.

Idomenéo, proseguia Mentor, es cuerdo, y de un entendimiento penetrativo; mas se aplica sobrado á las cosas menudas, y no piensa quanto debiera en lo sólido de los negocios. El talento de un Príncipe no consiste en hacerlo todo por si: es una necia soberbia pensar llegar á tanto, ó querer dar á entender al mundo, que lo puede hacer. Un Rey debe gobernar á su pueblo, escogiendo, y guiando á aquellos que mandan á su mano, y no le es conveniente hacer tambien las cosas mas pequeñas; porque eso es hacer el oficio de sus Ministros. A estos debe solamente pedirles cuenta, y saber quanto baste para tener, y hacer que se le dé tal razon con la discrecion necesaria. Es gobernar muy bien, escoger y emplear á todos aquellos, que gobierna, conforme á sus talentos, conocerlos, corregirlos, y tenerlos á raya, y provocarlos á obrar con rectitud. Quererlo por sí mismo exáminar todo es desconfianza, es flaqueza, es tener zelo de los negocios medianos que consumen el tiempo, y ocupan la libertad de la mente, que se requiere para las cosas grandes. Es menester que el Príncipe tenga el ánimo libre y tranquilo para poder formar grandes ideas, y que piense con todo espacio los negocios dificiles, enteramente desocupado de otros. Un entendimiento,

que ha gastado su aplicacion en menudencias es como las heces del vino que no tienen delicadeza, ni fuerza. Aquellos que gobernando se toman el cuidado de qualquiera mínima cosa, se disponen á obrar con la consideracion de lo presente, sin pensar mas allá en un futuro que está distante. Déxanse llevar siempre del negocio del dia en que estan; y siendo este solo negocio el que les ocupa, hace en ellos demasiado grande impresion; porque no se hace juicio sano de algun negocio sino quando se parangonan todos á una, y se ponen en cierto órden, para que tengan entre sí proporcion y respeto unos á otros. El dexar de seguir esta regla en el gobierno, es parecerce á un músico que se contentase en hallar algunos tonos harmoniosos de voz; pero que no cuidara de unirlos, y acordarlos por junto, para formar con ellos una dulce, y suave melodía. Un tal Príncipe es puntualmente semejante á un arquitecto, que figurándose haberlo hecho todo, con tal que junte muchas grandes columnas, y muchas piedras bien trabajadas, sin pensar en él órden, y en la proporcion con que ha de disponer estos adornos, quando forma una grande sala, no considera que será menester hacer una grande escalera, que corresponda: quando trabaja el cuerpo de la fábrica, no cuida, ni del atrio, ni de la fachada; y toda la obra no es sino un monton confuso de partes magnificas, no hechas la una para la otra, y que en lugar de adquirir el artífice reputacion, hará su afrenta eterna; porque muestra que no tuvo idea harto capaz, para concebir de una vez todo el diseño general del edificio. Este es el carácter de un entendimiento menguado, y subalterno; y el que nació con ingenio tan limitado, no es suficiente sino para dexarse regir por otro, y executar los órdenes, que de él reciba. Aseguraos, mi querido Telémaco, el gobierno de un Reyno requiere una cierta harmonía, como la música, y algunas ajustadas proporciones, como las pide la arquitectura.

Si quereis que yo me sirva aun de la comparacion de estas dos Artes, os mostraré como son medianos hombres aquellos que gobiernan de modo semejante. No es mas que un cantor, el que en una capilla canta alguna cosa, aunque muy perfectamente, pero aquel

que gobierna toda la capilla, y regla al mismo tiempo todas sus partes, es el solo maestro: así igualmente, quien labra las columnas, ó levanta un costado del edificio, no es mas que un albañil, y solamente es el arquitecto, quien ha inventado la fábrica, y tiene en su idea todas las proporciones. De la misma manera, los que se fatigan, y despachan muchos negocios, gobiernan ménos que los demas, y no son sino artífices subalternos: el verdadero espíritu motor, que rige el estado, es el Príncipe, que sin hacer nada hace que se haga todo, que piensa, que idea, que prevee lo futuro, que se acuerda de lo pasado, que ordena, que proporciona, que mucho ántes previene las cosas, que hace cara continuamente para contrastar la fortuna, como el nadador contra la corriente del agua, y que noche y dia está siempre atento para reparar todos los acasos.

¿Creeis, Telémaco, que un pintor afane desde la mañana á la tarde continuamente para fenecer sus trabajos quanto ántes pueda? No, no, con esta continua, y violenta aplicacion abogaría en sí mismo el fervor y viveza de la fantasía, y no pintaría con mas inclinacion y gusto. Es menester que lo haga todo de una manera no regular, y segun su capricho, conforme se siente llevado del deseo, y estimulado de su propio genio. ¿Creeis por suerte, que pierde tiempo en moler los colores, y en prevenir los pinceles? Esta es la ocupacion de sus discípulos. El pintor se reserva el cuidado de meditar, y no piensa en otro, que en tirar sobre el lienzo pinceladas de maestro, para dar dulzura, nobleza y expresion á sus figuras. Estas tiene en el pensamiento, y los sentimientos de aquellos héroes, que quiere representar; y considera como presentes los siglos y circunstancias en que ellos se hallaron. Con esta especie de entusiasmo conviene que junte una discrecion, que le contenga, para que todas las partes de sus imágenes sean verdaderas, sean perfectas, y tengan proporcion unas con otras. ¿Podriais comprehender que se requieran pensamientos ménos sublimes, ménos ingeniosos, y menores esfuerzos de entendimiento, para hacer un gran Rey, que para hacer un valiente pintor? Concluid pues, que la ocu-

pacion de un Rey debe consistir en pensar y escoger aquellos que deben emplearse en el gobierno baxo su mano.

Paréceme, dixo Telémaco, comprehender lo que me decis; pero si las cosas corrieran de esa manera, un Rey seria muchas veces engañado; no exâminando él propio todos los negocios particulares. Vos os engañais respondió Mentor; quando el Príncipe tiene conocimiento general del gobierno, él impide que puedan engañarlo. Los que en la expedicion de los negocios no se proponen alguna máxîma fundamental, y no tienen discrecion verdadera para conocer los genios de los demas, andan siempre como á tientas; y quando no se engañan, lo deben totalmente á la fortuna. Esos, ni aun saben qué es lo que buscan precisamente, ni á qué blanco deben mirar: solo saben ser sospechosos, y desconfian ántes de los hombres honrados, que les contradicen, que de los engañosos que les adulan. Al contrario, aquellos que tienen verdadera idea del gobierno, y que como sabios conocen lo que hàn de desear, y los medios de que han de usar para llegar á ello, advierten por lo ménos en grueso si los hombres de que se sirven, son instrumentos hábiles para efectuar sus designios, y si han comprehendido su intencion, para encaminarse á aquel término, que se proponen. De allende, como no toman el empleo pesado de exâminar parte por parte todos los negocios, tienen el entendimiento mas despejado, para considerar con sola una ojeada lo macizo de la obra, y observar si sus Ministros se adelantan ácia el fin principal á que se deben enderezar. Si alguna vez se engañan, á lo ménos no es en lo esencial. Fuera de que son superiores á ciertos ligeros rezelos, que son indicios de un pobre entendimiento, y de un ánimo baxo, y que comprehenden, que no puede ser ménos, sino que han de ser engañados en los grandes negocios; porque es forzoso servirse de hombres que tan freqüentemente suelen ser engañosos. Mas se pierde estándose por resolver á causa de la desconfianza, que no se perderia en dexarse engañar un poco. Es dichosísimo el que no es engañado, sino en cosas medianas; porque no dexan de acabarse entretanto las mas importantes,

y

y estas son solas en las que ha de pensar un hombre grande. Es menester castigar el engaño severamente quando se llega á averiguarlo; pero si no se quiere ser verdaderamente engañado, es necesario no hacer caso de algun engaño. Un artesano en su tienda todo lo vé con sus ojos, y todo lo hace con sus manos: pero un Rey, en una monarquía grande, no puede hacerlo todo, ni verlo todo. El no debe hacer sino las cosas que otro no puede executar baxo su mando: no debe ver sino lo que hace parte de la decision de los asuntos importantes.

En conclusion, Mentor dixo á Telémaco: Los dioses os estiman, hijo de Ulises, y se disponen á haceros reynar con prudencia en vuestros pueblos. Todo lo que aquí veis, mas se ha hecho para vuestra enseñanza, que para gloria de Idomenéo. Estas sabias reglas, que apreciais tanto, y se han establecido en Salento, no son mas que sombra de lo que algun dia haréis en Itaca, si con vuestras virtudes correspondeis á aquellos sublímes intentos, que tiene ácia vos el destino. Tiempo es que nosotros pensemos en partirnos, y ya Idomenéo tiene prevenido un baxel para restituirnos á la patria.

Descubrióle luego Telémaco, si bien con alguna dificultad, una secreta aficion, que le hacia desapacible partirse de Salento. Por ventura me condenaréis, le dixo, como sobrado fácil de enamorarme por los lugares por donde paso; pero mi corazon me acusaría continuamente, si os ocultara que soy amante de Antiope, hija de Idomenéo. No, mi amado Mentor, no es ya esta una ciega pasion, como aquella de que me curásteis en la isla de Calipso. Conozco bien la profundidad de la herida amorosa, que la ninfa Eucaris me habia hecho en el corazon No puedo aun pronunciar su nombre, sin sentir turbacion; y el tiempo, y la distancia no han podido borrármelo de la memoria. Una tan funesta experiencia me enseña á desconfiar de mí propio: pero no siento cosa semejante en el afecto que tengo á Antiope. No es este un amor desmedido: es conocimiento, es estima, y es una firme opinion de que seré feliz, si pudiera vivir con ella. Si algun tiempo los dioses me restituyen á

mi padre, y si me permiten escoger á mi gusto muger, Antiope ha de ser mi esposa. Lo que en ella sumamente me agrada es el silencio y modestia: aquel estar retirada, y aquel trabajar sin interrupcion: la habilidad de texer y bordar: la aplicacion á regir despues de muerta su madre, toda la casa de Idomenéo: el desprecio en los vanos adornos, y aquel ver que se olvida, y aun que no conoce ser bella. Quando Idomenéo la manda que guie al son de los pífanos las danzas de las doncellas Cretenses, podria tenerse por Venus: tanto garvo y gracia tiene en executarlo. Si la lleva consigo á la caza, en las selvas se deja ver tan magestuosa, y tan diestra en tirar las flechas, que parece puntualmente á Diana en medio de sus ninfas: sola ella no lo sabe, y todo el mundo lo admira. Al verla entrar en el templo, y llevar en algun cestillo sobre la cabeza las cosas sagradas, fuera fácil tenerla por aquella misma deidad, que allá dentro mora; Con qué religioso temor, y con qué piedad la hemos visto ofrecer á los dioses sacrificios, é impedir los efectos de su enojo, quando ha sido preciso purgar alguna culpa, ó desviar algun fatal presagio! finalmente, quien la ve en compañía de muchas doncellas con la aguja en la mano, piensa que es Minerva, que con disfraz humano ha venido á inspirar á los hombres el amor de las buenas artes. Dando este estímulo, y brio á las otras para que trabajen, les templa la fatiga y enfado con la suavidad de su voz, cantando las historias de los dioses; y trabajando ella misma, excede la pintura mas delicada con lo primoroso de sus bordados. Venturoso de aquel, que se uniere con ella en amable coyunda, no tendrá que temer su esposo otra cosa sino perderla y alcanzarla en dias.

Pongo aquí por testigos á los dioses, amado Mentor mio, que estoy pronto á partirme: amaré á Antíope miéntras que viviere; pero no me detendrá ni un momento mi vuelta ácia la patria. Si hubiera otro de poseerla, pasaría afligido toda mi vida, y en perpetuo tormento; pero la dexaré finalmente, aunque sepa que puedo perderla con la ausencia. No quiero hablar á ella, ni á su padre en mi amor, porque no debo hablar á otro que á vos, miéntras que restituido Ulises

sobre su trono, no me diga estar de ello contento. Bien podeis comprehender por esto quán diferente sea este amor de aquella pasion con que me visteis en la isla de Calipso tan ciegamente amante de una de las ninfas.

Convengo tambien yo en vuestra opinion, Telémaco, respondió Mentor, y estoy persuadido de esta diversidad. Antíope es de apacibles costumbres, sencilla y cuerda. No desdeña el trabajo de sus manos: prevee mucho ántes las cosas, y tambien provee á todo: sabe callar quando conviene: trabaja sin cesar, pero sin demasiada priesa; y haciendo cada cosa á su tiempo, aunque ocupada siempre, nunca se embaraza. Pone toda su gloria en administrar bien la casa de su padre, y de esta gloria tiene mayor adorno, que de su beldad. Aunque de todo cuida, y tiene encargo, que la obliga á negar, á corregir y ahorrar cosas, que hacen odiosas á todas las mugeres, se ha hecho amable á todos los de la familia; porque no se halla en ella pasion, ó pertinacia, ó ligereza, ó extravagancia de genio, como en las otras. Hácese comprehender con un solo mirar, y temen todos no satisfacer á su voluntad: da los precisos órdenes quando encomienda la execucion de algun negocio; pero no ordena cosas, quo no puedan cumplirse: reprehende con dulzura, y anima reprehendiendo; en ella reposa el corazon de Idoméneo como un pasagero rendido del calor excesivo del sol, descansa á la sombra sobre la yerva fresca. Teneis razon, Telémaco: Antiope es tesoro digno de ser buscado, hasta en los mas apartados paises. Como ella no adorna el cuerpo con vanos aliños, así ni adorna el ingenio con noticias inútiles, y su fantasía, aunque viva, se enfrena con prudencia discreta. Jamas habla si no lo pide la necesidad, y si tal vez para hablar abre sus labios, tienen sus dichos cierta natural gracia, y persuaden con suavidad. Quando discurre, todos los demas callan, y ella se colorea con modesta vergüenza. Fuera menester poco para dexar de decir lo que quiere, quando repara, que con tanta atencion la escuchan. En suma, es tan silenciosa, y tan cauta, que apénas la hemos oido hablar.

¿Os acordais, Telémaco, de aquel dia que la hizo su

padre venir á su presencia? Compareció con los ojos baxos: y cubierta de un grande velo, ni habló, sino para mitigar el enojo de Idomenéo, que queria hacer castigar rigurosamente á un esclavo. Mostró ella al principio hacerse parte en su cólera; despues le sosegó, y lo hizo finalmente entender todas las razones, que podian excusar a aquel infeliz; y sin dar á conocer al Rey que se habia dexado arrebatar sobrado de la ira, le inspiró en el ánimo dictámenes de justicia, y de compasion. Quando acaricia Tetis el viejo Nereo, no sosiega con mas dulzura las irritadas ondas. Asi Antiope, sin arogarse autoridad alguna, y aun sin valerse de su hermosura, templará algun dia el corazon de su esposo, con aquella destreza misma con que ahora tañe la lira, quando con esta suele hacer la mas suave harmonía, ved, dixo otra vez, Telémaco, vuestro amor ácia Antiope es justo: los dioses os la destinan, y la amais con afecto racional: es menester no obstante que Ulises os la dé. Os alabo, porque á ella no habeis querido descubrir vuestro afecto: pero sabed, que si hubierais tomado algun pretexto para explicarle vuestros intentos, os los hubiera ella reprobado, y ya hubiera dexado de teneros estimacion. Antiope por sí sola no se prometerá nunca á alguno, sino que se dexará dar de su padre; sin embargo, no se resolverá á tomar por esposo sino á un hombre, que tema á los dioses, y satisfaga á todas las obligaciones. ¿Habeis reparado, como yo mismo lo he notado, que se dexa aun ver ménos, y baxa mas los ojos despues de vuestra vuelta? Sabe bien Antiope todo lo próspero, que os ha sucedido en la guerra: tiene entendido vuestro nacimiento, vuestros sucesos, y las raras prerogativas, que os han dado los dioses; y esto es lo que la hace tan modesta, y tan circunspecta. Vamos, Telémaco, vamos, á Itaca: no me queda mas sino hacer que encontreis á vuestro padre, y poneros en estado de alcanzar una esposa digna del siglo de oro. Aunque no fuera mas que una pastorcilla pobre en el pais frio de Algido, y no hija del Rey de Salento, como lo es, seriais felicísimo poseyéndola.

FIN DEL LIBRO VIGESIMO SECUNDO.

TELÉMACO.

LIBRO XXIII.

SUMARIO.

IDOMENÉO, temiendo la Salida de sus huespedes, propone á Mentor muchos negocios dificultosos, asegurandolo que no podra arreglarlos sino con su socorro. Mentor le declara como debe portarse, y se mantiene firme en llevarse á Telémaco. Procura Idomenéo todavía detenerlos animando la pasion de este hácia Antiope: los lleva á una partida de Caza, á la qual quiere que asista su hija. Un jabalí despedazaria á esta, si Telémaco no le salvará la vida. Le cuesta despues mucho trabajo el dexar á la princesa, y despedirse de su padre: pero animado por Mentor, vence su sentimiento, y se embarca para su pátria.

IDOMÉNEO, que temia la salida de Telémaco y Mentor, no pensaba si no en retardarla. Representó á Mentor que no podia arreglar sin el una disputa que se habia levantado entre Diofanes, sacerdote de Júpiter conservador, y Heliodoro, sacerdote de Apolo, sobre los agüeros que se sacan del vuelo de las aves y de las entrañas de las victimas.

¿Porque, le respondió Mentor, os habeis de meter en cosas sagradas? Dexad que lo decidan los Etruscos, que tienen la tradicion de los oráculos mas antiguos, y son inspirados para ser intérpretes de los dioses; emplead solamente vuestra autoridad para ahogar esas disputas en su mismo nacimiento. No se os conozca parcialidad ni preocupacion; contentáos con confirmar la decision quando se haya hecho: acordáos que debe un Rey sujetarse á la religion, sin pretender jamás arreglarla: de los dioses sale la religion, y es superior á los Reyes. Si quieren estos arreglarla, en lugar de protegerla la esclavizaran. Son tan poderosos los Reyes, y los demas hombres tan floxos, que estara

todo á pique de que lo trastornen aquellos á su arbitrio, si se les dexa meterse en las qüestiones que tocan á las cosas sagradas. Dexad pues que los amigos de los dioses decidan con entera libertad; y bastéos contener á los que no obedecieren á su sentencia, despues de declarada.

Despues Idomenéo se quexó del apuro en que se hallaba tocante á un gran numero de pleytos entre varios particulares, que querian que sentenciara á toda priesa.

Decidid, le respondió Mentor, todas las qüestiones nuevas que tiran á establecer máximas generales de jurisprudencia, y interpretar las leyes: pero no os encargueis jamás de juzgar las causas particulares: ellas vendrian desde luego á sitiaros. Seriais el unico juez de vuestro pueblo, todos los demas jueces subalternos se harian inutiles; os hallariais oprimido por negocios de corta importancia, abandonado á los mayores, sin poder acabar con las menudencias de los pequeños. Guardáos pues de entrar en semejante laberinto; dirigid los negocios particulares á los jueces ordinarios: no hagais sino lo que otro no puede hacer para aliviaros; entoñces cumplireis con las verdaderas obligaciones de un Rey.

Tambien me atormentan, decia Idomenéo, para ciertos casamientos. Los sujetos de distinguido nacimiento que me han seguido en todas las guerras, y que han perdido muy grandes haciendas sirviendome, quisieran hallar cierta recompensa casandose con doncellas ricas: con decir una palabra, les proporcionaré estos establecimientos.

Es verdad, respondió Mentor, que no os costaria sino una palabra; pero esta misma os saldria demasiado cara. ¿Quisierais quitar á los padres la libertad y el consuelo de escoger á sus yernos, y por consiguiente á sus herederos? Seria esto poner á todas las familias en la mas rigurosa esclavitud; os hariais responsable de todos los infortunios domesticos de vuestros ciudadanos. Bastantes espinas tienen los casamientos sin que se les añada todavia esta amargura. Si teneis que premiar á servidores leales, dadles tierras incultas, con honores y grados proporcionados á su nacimiento y servicios, añadiendo, si es menester, algun dinero

sacado de la propia economía: pero nunca debeis satisfacer vuestras deudas, sacrificando á las doncellas ricas, á pesar de sus padres.

Dexando esta pregunta Idoméneo pasó luego á otra. Los Sibaritas, decia el, se quexan de que hemos usurpado tierras suyas, para darlas, como incultas, á los extrangeros que, poco ha, hemos atraydo aqui. ¿Hé de ceder á estos pueblos? Si lo hago, creerá qualquiera que puede formar desde luego pretensiones contra nosotros.

No es justo, respondió Mentor que á los Sibaritas se les dé credito en la propia causa; pero tampoco á vos. ¿A quien se ha de dar pues, replicó Idomenéo? A ninguno, prosiguió Mentor. Pero se ha de tomar por árbitro á un pueblo vecino de que no desconfie uno ni otro; tales son los Sipontinos, que no tienen ningun interés contrario al vuestro.

¿Pero estoy yo obligado, respondia Idomenéo, á remitirme á algun arbitro? ¿No soy Rey? ¿Está obligado un soberano á someterse á unos extrangeros, quando se trata de la extension de sus dominios?

Siguió asi Mentor: una vez que os manteneis firme, os parecerá que vuestro derecho es inconcuso: por otra parte, no quieren ceder nada los Sibaritas; pretenden ellos que es cierto su derecho. En medio de aquellos pareceres tan opuestos, es menester que un arbitro escogido por ambas partes ajuste la disputa, ó que se decida por la suerte de las armas; no hay medio. Si entrarais en una republica en donde no hubiese magistrados ni jueces, y á cada familia le pareciese tener derecho de sostener con violencia sus pretensiones contra sus vecinos, llorariais la desgracia de semejante nacion, y os causaria horror aquel terrible desorden, en que se armarian unas contra otras todas las familias. ¿Pensais acaso que los dioses miran con menos horror el mundo entero que es la republica universal, si cada pueblo, que no es sino una familia grande, creyera tener derecho suficiente para hacerse violentamente á si mismo justicia en todas sus pretensiones contra los demas pueblos vecinos? Un particular que posee un campo, como herencia de sus mayores, no puede mantenerse en el sino por la autoridad de las leyes y

por sentencia de un magistrado : el seria castigado muy severamente como sedicioso, si quisiera conservar por la fuerza lo que la justicia le ha dado. ¿Pensais que los Reyes puedan valerse desde luego de la violencia para sostener sus pretensiones, sin haber probado primero todos los medios suaves y humanos? ¿ No es todavia mas sagrada é inviolable la justicia para los Reyes quando se trata de paises enteros, que para los particulares relativamente á algunos campos cultivados? ¿ Será injusto y robador el que no tome sino algunas yugadas de tierra? ¿ Será justo, será heroe el que tome provincias? ¿ Si se apasionan, si se lisonjean, si se ciegan en los pequeños intereses de los particulares, no deben temer todavia mas semejantes engaños en los grandes intereses del estado? ¿ Se dará uno crédito á si mismo, en una materia en que hay tantos motivos para desconfiar de si propio? ¿ No temeran engañarse en casos en que el error de un hombre solo tiene resultas horribles? El error de un Rey que se lisonjea en sus pretensiones ocasiona muchas veces estragos, hambres, matanzas, depravaciones de costumbres, cuyas funestas conseqüencias se extienden hasta los siglos mas remotos. ¿ Un Rey que junta siempre al rededor de su persona tantos aduladores, no temerá que le adulen en tales ocasiones? Si se refiere á algun arbitro para terminar la controversia, hace ver su equidad, buena fé y moderacion; el publica los solidos motivos sobre que se funda su causa. El arbitro escogido es mediador amigable, y no juez riguroso. No obedecen ciegamente á sus decisiones; pero merece su caracter la mayor atencion: el no sentencia como juez soberano; pero hace proposiciones, y por sus consejos se sacrifica algo para conservar la paz. Si llega la guerra á pesar de todos los cuidados que toma un Rey para conservar la paz, el tiene á lo menos á su favor el testimonio de su conciencia, el aprecio de sus vecinos, y la justa proteccion de los dioses. Movido Idoméneo de este discurso consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre el y los Sibaritas.

Entonces el Rey, viendo que se inutilizaban todos los medios para hacer que se quedasen ambos extrangeros, probó detenerlos con un lazo mas fuerte. El

habia notado que Telémaco queria á Antiope; y esperó ver cerle por esta pasion. Con esta mira la hizo cantar muchas veces en los convites. Ella lo hizo para no desobedecer á su padre, pero con tanta modestia y tristeza, que bien se conocia lo que sufria obedeciendo. Llegó Idomenéo hasta querer que ella cantase la victoria ganada contra los Daunos y Adrasto: pero nunca pudo ella resolverse á cantar las alabanzas de Telémaco; lo negó con muy respetoso modo, y su padre no se atrevió á violentarla. Su voz dulce y sensible penetraba el corazon del joven hijo de Ulises; el se hallaba del todo conmovido. Idoméneo que tenia los ojos fixados en el, gozaba del gusto de observar su turbacion. Pero Telémaco disimulaba, y hacia como que no conocia las intenciones del Rey. No podia dexar de ser muy agitado en tales ocasiones; pero podia mas con el la razon que el sentimiento; y ya no era aquel Telémaco á quien otra vez tiranizó una pasion loca en la isla de Calipso. Mientras cantaba Antiope, el guardaba un profundo silencio; y al instante que ella habia acabado, el dirigia luego la conversacion hacia otro asunto.

No pudiendo el Rey por este medio acertar con lo que deseaba, resolvió al fin hacer una batida muy grande para dar gusto á su hija. Antiope lloró no queriendo asistir á ella: pero al fin tubo que obedecer á la orden terminante de su padre. Monta ella un caballo ardiente, fogoso, y semejante á los que domaba Castor para los combates; ella le guía sin trabajo: una tropa de doncellas la sigue con ardor; y parece Antiope en medio de ellas como Diana en las selvas. El Rey la vé, y no puede hartarse de verla; en viendola olbida todas sus pasadas desgracias. Tambien la vé Telémaco, y le mueve mas todavia la modestia de Antiope, que su destreza y todas sus prendas.

Los perros perseguian á un jabalí enormemente grande, y tan furioso como el de Calidon: sus largas cerdas eran ásperas y erizadas como dardos; sus ojos centelleantes brotaban sangre y fuego; se oya á lo lejos su resuello, como el ruido sordo de los sediciosos vientos quando Eolo los vuelve á llamar á su antro para apaciguar las tempestades; sus colmillos largos y corvos como

la cortadora guadaña de los segadores, cortaban el tronco de los arboles. Todos los perros que se atrevian á embestirle salian despedazados: los mas atrevidos cazadores, al mismo tiempo que le seguian, temian alcanzarle.

Antiope que corria tan ligeramente como los vientos, no temió atacarle de cerca: le dispara un dardo que le atraviesa por encíma de la espalda. Sale á borbotones la sangre del feroz animal, y le hace mas furioso: se vuelve hacia la persona que le hirió. Al instante, el caballo de Antiope, no obstante su fiereza, se estremece y retrocede: el monstruoso jabalí se lanza contra el, semejante á las pesadas máquinas que sacuden las murallas de las plazas mas fuertes. Vacila el caballo y cae. Se vé Antiope en el suelo sin poder evitar el golpe del colmillo del jabalí animado contra ella. Pero Telemaco atento al peligro de la princesa, ya se habia apeado. Mas pronto que el rayo el se arroja entre el caballo abatido y el jabalí que vuelve para vengar su sangre: tiene en sus manos un dardo largo, y le mete casi entero en el vientre del horrible animal, que cae lleno de rabia.

Al instante Telémaco le corta la cabeza, que aun infunde miedo quando se mira de cerca, y asusta á todos los cazadores: el la presenta á Antiope. Ella se pone colorada: consulta los ojos de su padre, que, despues de haber tenido susto tan grande, se halla arrebatado por la alegria viendo á su hija fuera de peligro, y le hace seña que debe aceptar el don que se le ofrece. Tomandole, dixo ella á Telémaco: recibo con agradecimiento otro don vuestro todavia mayor: pues os debo la vida. Apenas acabó de hablar, quando temió haber dicho demasiado; baxó los ojos: y Telémaco, que vió su turbacion, no se atrevió sino á decirle estas palabras: ¡Dichoso el hijo de Ulises de haber conservado una vida tan preciosa! ¡Pero mas dichoso aun si pudiera pasar la suya junto á vos! Antiope, sin responderle, entró precipitadamente en la tropa de sus jovenes compañeras, y volvió á montar á caballo.

Idomenéo hubiera desde ese instante prometido su hija a Telémaco: pero esperó encender mas su pasion dexandole en la incertidumbre, y creyó aun detenerle

todavía en Salento por el deseo de asegurar su casamiento. Así discurria Idomenéo en su interior: pero los dioses se burlan de la prudencia de los hombres. Lo que habia de detener á Telémaco fue precisamente lo que apresuró su marcha: lo que empezaba a sentir le inspiró una justa desconfianza de si mismo.

Redobló Mentor sus diligencias para inspirar á Telemaco un deseo impaciente de volverse a Itaca. Hizo instancia, pues, á Idomenéo, para que le dexara partir, y ya estaba pronto el baxél; porque habia cuidado de hacerlo prevenir, luego que estuvo Telémaco de vuelta en Salento. Así Mentor, que reglaba todos los momentos de la vida de Telémaco al fin de levantarlo al mas alto grado de gloria, no le obligaba á que se detuviéra en cada lugar, sino quanto era preciso para exercitar su virtud, y hacerle adquirir experiencia.

Idomenéo, que lo habia visto aprestar con sumo disgusto suyo, cayó en una afliccion mortal, y en un abatimiento de espíritu, digno de mover compasion en qualquiera ánimo, entendiendo que sus huéspedes, de los quales habia recibido tantas asistencias, ya se hallaban á punto de dexarlo. Cerrábase en los sitios mas obscuros de la casa, y allí daba algun alivio á su pecho; echando fuera muchos suspiros, y derramando amarguísimas lágrimas. Olvidábase de comer, y no podia mitigar el sueno sus crueles penas; enflaquecíase de dia en dia, consumiéndose con sus continuos desasosiegos. Como un grande árbol, que asombra con sus espesas ramas una parte de la campaña, que jamas han podido arrancar los vientos, que la fecunda tierra gusta de criar en su seno, y que nunca fué herido de la segur: si un gusano comienza interiormente á roerle aquellos pequeños conductos, por donde corre el xugo á alimentarlo, se empieza luego á poner marchito, sin poder descubrirse la causa de su mal, y perdiendo el primer vigor, despojado de sus hojas, que le eran no de ménos gloria que adorno, no muestra mas que un tronco seco, cubierto de una corteza hendida en muchas partes, y algunas ramas del todo sin verdor; así se mostraba en su pena melancólico Idomenéo.

Enternecido Telémaco, no se atrevia á hablarle,

ántes temiendo que se llegaba el dia de la partida, buscaba algun pretexto para dilatarla; y hubiera largo tiempo estado en esta perplexidad, si Mentor no le hubiera hablado así: Bien tengo sumo contento de veros tan mudado del que fuisteis primero. Habíais nacido intratable y erguido, y no amabais sino á vuestras comodidades, é intereses; pero al fin os habeis hecho verdaderamente hombre, y comenzais con la experiencia de vuestros males á tener compasion de los agenos. Sin una tal compasion, ni se puede tener bondad, ni virtud, ni talento de gobernar; mas no es menester llevarla hasta el exceso, ni tolerar que decline á flaqueza el amor de la amistad. Yo hablaré gustoso á Idomenéo, para hacer que consienta en vuestra partida, y os ahorraré el embarrazo de una conservacion tan molesta; pero como no apruebo, que vuestro corazon se dexe dominar de la soberbia, así tampoco quiero, que se dexe ocupar de una perniciosa vergüenza. Debeis acostumbraros á mezclar el esfuerzo, y la constancia con un tierno y afectuoso amor. Es menester temer afligir á un hombre sin necesidad; ántes, si no puede ser ménos sino darle algun sinsabor, interesarse en su pena, y templar lo posible el golpe, quando no se puede excusarlo enteramente. Para que la noticia de vuestra partida, respondió Telémaco, se le haga ménos penosa, quisiera mas que la recibiera Idomenéo de vuestra boca que de la mia.

Os engañais, mi amado Telémaco, le replicó Mentor: vos habeis nacido como todos los hijos de los Reyes, criados entre las grandezas; que quieren que todo se haga á su modo, y que toda la naturaleza se doble á su voluntad; pero que cara á cará no tienen brio para resistir á qualquiera que sea. No es esto, porque hagan ellos caso de los hombres, ó teman afligirlos por bondad propia; pero lo hacen por conveniencia propia, porque no quieren ver junto á sí ciertos rostros melancólicos, y descontentos. Las tribulaciones y miserias agenas no les mueven á compasion, con tal que no las tengan á los ojos; y si en alguna ocasion las oyen referir, estos discursos les dan enfado, y llenan de tristeza. Para agradar á los príncipes, es menester siempre decirles, que todas las cosas van bien; porque

miéntras estan entre las delicias no quieren ver, ni oir cosa que pueda interrumpirles el gozo. Hase de reprehender, de corregir algun atrevido, de resistir á las pretensiones, é injustos deseosos de un importuno, primero que hablen ellos con un apacible brio, darán siempre á otro la comision. En tales ocasiones se dexarán mas presto arrebatar de las gracias mas injustas, y perderán los negocios mas importantes por no saber decidir contra la opinion de aquellos, con quienes cada dia han de tratar. Esta debilidad, que en ellos se repara, hace que todos piensen en sacar de ella conveniencia: todos los solicitan, los importunan, y aun los oprimen; y oprimiéndolos, llegan finalmente á alcanzar lo que buscan. Al principio los adula, y alaba quien quiere insinuarse en su gracia; pero quando ha ganado la confianza, y habiéndose asegurado en algun grado de autoridad, al punto los maneja á su discrecion. Ellos gimen, y quieren muchas veces sacudirse este yugo; mas lo arrastran miéntras que viven. Son zelosos de no mostrar al mundo, que son mandados de qualquiera que sea, y no obstante continuamente se dexan dominar; ántes no pueden hacer ménos de haberlos menester; porque son semejantes á aquellos delgados vástagos de la vid, que se enredan siempre al rededor del tronco de algun grande árbol, no teniendo en sí propios otro apoyo.

Nunca permitiré, Telémaco, que caigais vos en ese error, que hace inútil á un hombre, para el gobierno. Vos, que no teniendo brio para hablar á Idomenéo, teneis corazon tan tierno, no tendréis mas piedad de sus males, luego que hayais salido de Salento: ya su dolor no os moverá á compasion, y su presencia, que ahora os confunde. Id, pues, á hablarle, y aprended en esta ocasion á ser juntamente compasivo, y fuerte. Dadle á entender vuestro dolor en dexarle; pero mostradle tambien con palabras resueltas la necesidad de partiros.

No se atrevia Telémaco á resistir mas á Mentor, ni á ir á encontrar al afligidísimo Idomenéo: avergonzábase de su temor, y no tenia brio para vencerlo: estábase indeciso, daba dos pasos, y luego volvia á Mentor, para alegarle alguna nueva razon de dilatarlos: pero una sola mirada de Mentor le quitaba las

voces, y hacia desvanecer todos sus especiosos pretextos: ¿Luego es este, decia Mentor, aquel vencedor de los Daunos, aquel libertador de la grande Hesperia, aquel hijo del sabio Ulises, que ha de ser despues de él oráculo de la Grecia? El no osa decir á Idomenéo, que no puede dilatar mas la vuelta á la patria, para ver á su padre. ¡O quán infelices fuerais algun dia pueblos de Itaca, si tuvierais un Rey que se dexara llevar de una perniciosa vergüenza, y que en las cosas mínimas sacrificára á su propia flaqueza sus intereses mayores! Reparad, Telémaco, qué diferencia se halla entre el valor necesario en las batallas, y el brio que se requiere en los negocios. Vos no habeis temido á las armas de Adrasto, y temeis ahora la afliccion de Idomenéo. Esto es lo que hace perder la reputacion á los Príncipes, que han hecho las mayores, y mas nobles acciones: despues de parecer en la guerra heroes, se muestran los mas viles entre todos los hombres en las acciones comunes, en las quales los otros se portan con vigor.

Conociendo Telémaco la verdad de estas voces, y de tal reprehension, se partió con presteza, sin escucharse mas á sí mismo; pero apénas empezó á verse en donde Idomenéo estaba en una silla con los ojos baxos, desmayados, y maltratados de la tristeza, como si se temieran uno á otro, no se atrevia á mirar al Rey; y entendiéndose entresí, sin decir nada, temia cada uno que el otro iba á quebrantar el silencio, y al mismo tiempo se pusiéron ambos á llorar. Al fin Idomenéo, violentado del dolor excesivo, gritó: ¿De qué sirve procurar la virtud, si ella recompensa tan mal á los que la estiman? Despues de haberme hecho conocer mi flaqueza, mis huéspedes me dexan. Ahora bien, volveré á caer dentro de poco en todas mis desgracias primeras. No se me hable mas de gobernar bien: no, que no puedo recabarlo mas, porque estoy enfadado de los hombres. ¿Adónde quereis iros, Telémaco? Ya ha muerto vuestro padre, y viciosamente lo buscais: Itaca está en poder de vuestros enemigos: alguno de ellos habrá casado con Penélope, vuestra madre, y ellos os haran morir, quando os vieren de vuelta. Quedaos aqui: sereis mi hierno y heredero; reynareis despues de mi muerte: aun durante mi vida, tendreis

aquí un poder absoluto; mi confianza en vos no tendrá límites. Si sois insensible á tantas ventajas, á lo menos dexadme aquí á Mentor, que es mi único recurso. Hablad, respondedme; no se endurezca vuestro corazon, tened piedad del mas desdichado de los hombres. ¿Y que? ¡No me decis nada! Ah! ya conozco quan crueles son para mi los dioses, y lo siento con mas rigor aun que quando, en Creta, atravesé el pecho de mi mismo hijo.

Finalmente Telémaco con voz confusa, y tímida, le respondió así: Yo no soy dueño de mí mismo: los hados me llaman para mi patria. Mentor, que tiene todo el saber de los dioses, me ordena en su nombre la partida de este lugar: ¿Qué quereis pues, qué yo haga? ¿Renunciaré acaso á mis padres, y patria, que me deben ser mas amables que mi vida? Habiendo yo nacido para ser Rey, no estoy destinado para una vida dulce, y tranquila, ni para seguir mi genio. Vuestro Reyno es mas rico y poderoso que el de mi padre: pero yo debo preferir lo que me destinan los dioses á lo que me ofreceis con tanta bondad. Me creeria feliz teniendo á Antiope por esposa, aun sin la esperanza de vuestro Reyno: pero para hacerme digno de ella, es menester que yo vaya á donde me llama mi obligacion, y que sea mi padre quien os pida vuestra hija para mi. ¿No me habeis ofrecido remitirme á la patria? ¿No he peleado en la fe de esta promesa en compañía de los aliados contra Adrasto? Ahora es tiempo que piense yo en reparar mis desgracias domésticas. Los dioses, que me han dado á Mentor, han dado tambien á Mentor al hijo de Ulises, para cumplir los designios, que ha resuelto el hado. ¿Quereis pues, que yo pierda á Mentor, despues de haber perdido todo lo demas? No tengo mas riqueza, ni abrigo, ni padres, ni cierta patria: no me queda mas, que un hombre sabio y virtuoso, que es don de inestimable valor, que ha querido hacerme el gran Júpiter. Juzgad vos mismo, si puedo renunciarlo, y abandonarme a mí propio. No, no, ántes querré morir; quitadme, pues, la vida, que es nada; mas no querais quitarme á Mentor.

Al paso que iba hablando Telémaco, su voz se hacia mas fuerte, y se desvanecia en él aquel primer

temor. No sabia Idomenéo qué responder: mas no consentia por eso con las razones del otro; y quando no tenia que decir, procuraba á lo ménos con el mirar, y con las acciones moverle á compasion. En aquel punto mismo vió llegar á Mentor, que lo consoló con estas graves palabras.

No os aflijais, Idomenéo: nosotros os dexamos, es cierto; mas la sabiduría, que regla todos los consejos de los altísimos dioses del cielo, tendrá siempre cuidado de vos. Debeis solamente tener por suma fortuna vuestra, que nos haya enviado Júpiter á este lugar, para salvar vuestro Reyno, y para restituiros al camino derecho, de que os habiais desviado. Filocles que os habemos restituido, os servirá fielmente: él será siempre temeroso de los dioses: tendrá una discrecion acertada de la virtud: amará á los pueblos, y tendrá compasion á los infieles. Escuchad sus consejos, y servios de él con confianza, y sin algun rezelo. El obligaros á deciros francamente vuestros defectos, es el mayor servicio, que podeis conseguir que os haga. El mayor brio de un buen Rey consiste en buscar amigos verdaderos, que le hagan advertir todas sus faltas. Con tal que tengais ese brio, nuestra ausencia no os hará daño, y vos seréis feliz; mas si los zelos, que como una serpiente se introducen furtivamente en los ánimos, hallan camino para penetrar en vuestro corazon, y poneros en desconfianza de los sinceros consejos, que se os darán, no con algun otro fin que el de vuestra ventaja, sois perdido. No os dexeis rendir del dolor, sino esforzaos á seguir la virtud. He dicho ya á Filocles todo lo que ha de hacer para vuestro alivio, y para no abusar nunca de la confianza que tendréis en él, y puedo aseguraros de su buen ánimo. Os lo han dado los dioses, como á mí á Telémaco. Cada uno ha de seguir valerosamente su destino, y nada aprovecha el afligirse. Si algun tiempo teneis necesidad de mi asistencia, en habiendo restituido á su padre, y á su patria á Telémaco, os volveré á ver. ¿Que cosa podria yo hacer que me ocasionára mas gusto? No deseo riquezas, ni autoridad en la tierra: no quiero otro sino ayudar á aquellos que buscan la justicia y rectitud. ¿Podré acaso olvidar jamas el amor, y aprecio que me habeis mostrado?

Estas palabras trocáron de improviso á Idomenéo, y le sosegaron su terrible dolor en el corazon, como Neptuno abonanza en el mar las ondas sediciosas, y las mas obscuras borrascas. Tan solo le quedaba una suave, y tranquila pasion que mas era un sentimiento de tristeza, y cariño, que un vivo, y paciente dolor; y comenzaron a renacerle en el pecho el brio, la confianza, la virtud, y una esperanza firme, de que los dioses le asistirian en sus necesidades.

Ahora bien, dixo, mi querido Mentor, conviene consolarnos de perderlo todo, y sin embargo no abatirse. Acordaos por lo ménos de Idomenéo quando llegàreis á Itaca, donde vuestra cordura os hará que alcanceis la mas alta fortuna : no os olvideis jamás, que toda vuestra felicidad es obra de Salento, y que aquí habeis dexado un desdichado Rey, que en ninguna otra cosa coloca su esperanza sino es en vos. Andad, hijo digno de Ulises : no me opongo mas á vuestra partida, ni ya estoy para resistir á la voluntad de los dioses, que me habian prestado un tan gran temor. Id tambien vos, Mentor, el mas sabio, el mas grande de todos los hombres; si es que lo humano puede obrar todo lo que yo he visto que obrais vos, y sino sois alguna deidad, venida al mundo con figura no suya, para amaestrar á los hombres flacos, é ignorantes : andad, conducid al hijo de Ulises, que es mas feliz en teneros por guia, que en ser vencedor de Adrasto. Partid ambos, que no puedo hablaros mas, y perdonad mis suspiros. Sí, sí, partid, vivid, sed felices; pero sabed que á mí nada mas me queda en el mundo, que el recuerdo de haberos aquí logrado. ¡ O hermosos dias ! ¡ dias felices, cuyo precio total no supe conocer ! ¡ Dias que habeis pasado demasiadó presto, para no volver mas ! ¡ Jamás mis ojos volverán á ver al mismo que ahora miran !

Tomó Mentor ocasion de partirse á este punto. Abrazó á Filocles, que le bañó con lágrimas, sin poder hablar. Quiso tomar Telémaco á Mentor por la mano, para librarse de las de Idomenéo; pero éste encaminándose con ellos al Puerto, se puso entre los dos. Miraba á entrambos el infelice Rey, y suspirando,

empezaba algunas palabras; pero truncábalas, sin poder pronunciar alguna entera.

Ya se perciben muchos confusos gritos sobre la playa cubierta de marineros: tírause los cables, levántanse las velas, y el viento favorable empieza ya á soplar. Telémaco y Mentor derramando lagrimas, se despidiéron del Rey, que les tiene apretados largo tiempo entre sus brazos, y que les seguia aun con los ojos.

FIN DEL LIBRO VIGESIMO TERCIO.

TELÉMACO.

LIBRO XXIV.

SUMARIO.

Durante su navegacion, Telémaco hace que Mentor le explique muchas dificultades tocantes al modo de gobernar con acierto á los pueblos, entre otros el de conocer á los hombres, para no emplear sino los buenos, y no ser engañado por los malos. Hacia el fin de sus conversacion, una calma les obliga á pararse en una isla á donde Ulises acababa de llegar. Allí le vé Telémaco, y le habla sin conocerle: pero, despues de haberle visto embarcar, siente una turbacion secreta, cuya causa no puede concebir. Mentor se la explica, le consuela, le asegura que se juntará luego con su padre, y prueba su piedad y paciencia deteniendo su salida para hacer un sacrificio á Minerva. Enfin la diosa Minerva disfrazada baxo la figura de Mentor, vuelve á tomar su forma y se da á conocer. Da á Telémaco sus ultimas instrucciones, y desaparece. Despues Telémaco llega á Itaca, donde halla á Ulises su padre en casa del fiel Eumeo.

Ya se llenan las velas, levántanse con esto las áncoras para que el baxel huya de la tierra, y el experimentado piloto mira ya desde léjos los montes de Leucata, que tienen las cumbres cubiertas con una espesa niebla; y los montes Acroceraunos, que se levantan aun contra el cielo con su soberbia frente, despues que tantas veces les han castigado, como á escandalosos, los rayos.

En el discurso de esta navegacion Telémaco decia á Mentor: Ahora me parece que entiendo las maneras de gobernar, que me habeis explicado. Al principio me parecian como si fueran un sueño; pero poco á poco se me allanan para la inteligencia, y claramente se me representan, como por la mañana a los rayos primeros de la aurora parecen obscuros todos los objetos, y despues parece que salen como de un caos, quando la luz, que crece insensiblemente, volviendo

á cada uno su natural color, los distingue entre sí. Persuádome del todo, que el punto esencial del gobierno consiste en discernir bien las diferentes habilidades, y las varias inclinaciones de las personas, para elegirlas, y emplearlas conforme á sus talentos; mas fáltame saber, de qué suerte se pueden conocer.

Importa, respondió Mentor, exáminar los hombres atentamente, para adquirir conocimiento de ellos: es menester verlos, y tener comercio con ellos. Los que gobiernan deben hablar con los súbditos, hacerles que hablen, y pedirles su parecer: experimentarlos en la administracion de algunos empleos pequeños, de los quales les tomen cuenta, para ver si son á próposito para ser empleados en los mayores. ¿Cómo habeis aprendido en Itaca, querido Telémaco mio, á entender de caballos? A fuerza de verlos, y observar sus defectos, y perfecciones, con la asistencia de hombres experimentados. De la misma manera debeis puntualmente hablar muchas veces de las buenas, y malas calidades de las personas, con otros hombres sabios, y virtuosos, que han hecho largo estudio de sus costumbres, y aprenderéis insensiblemente de qué modo se hicièron, y lo que de ellos se puede esperar. ¿Quién os ha enseñado á discernir los buenos y malos poetas? La freqüente leccion, y las reflexiones hechas con personas que entendian de poesía. ¿Qué cosa os ha hecho adquirir una discrecion cuerda para juzgar de la música? Ha sido una aplicacion semejante á observar los cantores. ¿Ahora pues, cómo puede esperar un Príncipe gobernar bien á sus vasallos, quando ántes no los conoce? ¿Y de qué manera los podrá conocer, si nunca vive con ellos? No es vivir en su compañía el verlos á todos en público, donde habla cada uno solamente de cosas indiferentes, y discurre con arte. Se han de ver en particular sacar de lo íntimo del corazon todos los designios secretos, que en él oculta, exáminarlos parte por parte, y sondear sus maximas. Mas para juzgar bien de los hombres, es menester comenzar por saber de qué hechura deberian ser, y tener perfecto conocimiento del mérito, para distinguir los que le tienen, de los que se hallan sin él.

Hablan sin cesar de virtud y mérito, y sin saberlo que

es precisamente mérito y virtud. No son sino unos hermosos nombres, unos terminos vagos para la mayor parte de los hombres, que se vanaglorian de hablar de ellos á todas horas. Es menester tener algunos principios ciertos de justicia, de prudencia y virtud, para conocer quien es razonable, y virtuoso, y estar informado de las maximas de un recto y sabio gobierno, para discernir los hombres que las tienen, de los que con falsas sutilezas se apartan de ellas. En una palabra, así como para medir muchos cuerpos se requiere una fina medida, y determinada: así igualmente para hacer juicio de las personas, se han de tener algunas reglas estables, á las quales se pueda reducir todo. Conviene saber precisamente á qué fin se ha enderezado la vida humana, y quál es el que un Príncipe se debe proponer en el gobierno de sus vasallos. Este fin único y esencial, es no querer la autoridad, y grandeza para sí mismo; lo qual no sirve sino de contentar una soberbia tiránica, y sacrificarse á los infinitos trabajos, que consigo lleva el gobernar los pueblos; para hacerlos buenos, y felices. Quien procede de otra manera, camina á tientas, y acaso errará en toda su vida: semejante á una nave en alta mar, que no teniendo piloto, ni quien observe atentamente los astros, ó quien conozca las vecinas playas, no puede dexar de padecer naufragio.

Freqüentemente los Príncipes, no sabiendo en qué consiste la virtud verdadera, no saben qué es lo que han de buscar en los hombres. La verdadera virtud tiene para ellos no se qué aspereza, austeridad, é independencia, que los espanta, y por eso vuelven á la adulacion. En adelante ya no pueden hallar pureza, ni rectitud, desde luego corren tras de una vana fantasma de falsa gloria, que los hace indignos de la verdadera, ántes bien presto se acostumbran á creer, que en el mundo no la hay sino en apariencia; porque los buenos conocen á los malos; pero los malos no conocen á los buenos, y no pueden entender que los haya. Los Príncipes de esta hechura no saben sino desconfiar igualmente de todos: se ocultan, se cierran; son sospechosos, aun en las cosas mínimas; temen los hombres y se hacen temer de ellos, huyen de la luz, y no se atreven á parecer qua-

les naturalmente son. Aunque no lo quieran, son conocidos á su despecho; porque la curiosidad maliciosa de los súbditos descubre, y adivina todas las cosas: pero al contrario ellos no saben conocer á ninguno. Las personas interesadas, que les estan siempre al rededor, gustan sumamente de verlos inaccesibles á todos los otros porque un Rey inaccessible á los hombres tambien lo es á la verdad: de infamar con injuriosas relaciones, y de alejar a todos aquellos, que les podrian abrir los ojos. Entre tanto los miserables pasan su vida en una grandeza rústica y feroz; y temiendo continuamente que quieran engañarles, son inevitablemente engañados, y son dignos de serlo. Quien no habla sino con pocos, se pone en necesidad de embeberse de todas sus pasiones, y todas sus impresiones, y dexa dominarse de malos relatores, gente baxa y maligna, que se alimenta con el veneno, que vicia aun las cosas inocentes, que agranda las pequeñas, que inventa males, ántes que dexar de hacer daño, y que se burla por interés propio de la desconfianza, é indigna curiosidad de un Príncipe débil, y sospechoso.

Conoced pues, ó querido Telémaco, conoced *á los* hombres: exâminadlos, haced que hablen unos de otros, probadlos poco á poco, sin entregaros á ninguno. Aprovechaos de vuestra propia experiencia, quando habreis salido engañado en los conceptos que formareis; pues sereis engañado algunas veces: los malos son demasiado profundos para no sorprehender á los buenos por su habilidad en disfrazarse. Aprended de este modo á no formar con precipitacion concepto bueno ó malo de nadie; es muy peligroso uno y otro: así os instruiran utilmente vuestros errores pasados. Quando hubieréis encontrado en un hombre algun talento, y virtud, servios de él sin rezelo; porque las personas de honra quieren que se conozca su entereza, y tienen mayor satisfaccion con ser estimadas, y tenidas en aprecio del Príncipe, que de adquirirse muchos tesoros. Pero mirad bien no vicieis los hombres de semejante hechura, dándoles demasiada, y excesiva mano. Tal hubiera sido siempre virtuoso, que ya no lo es, porque le hizo su dueño sobrado autorizado, y demasiado rico. Qualquiera que tiene la

buena fortuna de hallar en todo un Reyno dos, ó tres amigos de prudencia sólida, y firme bondad, halla bien presto, por medio de ellos, muchas otras personas que les semejan, para emplearlas en los oficios ménos elevados. De los buenos de quien se fia, aprende el Príncipe aquellas cosas, que no puede comprehender por sí a solas.

Pero es menester, decia Telémaco, valerse de los malos, quando son dotados de algun talento, como tantas veces lo he oido decir. Muchas veces hay necesidad, respondió Mentor, de servirse de ellos. En una nacion, que esté desordenada, y descompuesta, se hallan freqüentemente hombres injustos, y fraudulentos en algun grado de autoridad. Administran estos ciertos cargos muy importantes, de que no pueden ser depuestos, y se han ganado la confianza de algunos poderosos, á quienes importa tener algun respeto: por eso es menester tambien atender á estos malvados; porque se han de temer, y pueden revolver el estado de arriba á baxo. Conviene servirse por algun tiempo de ellos; mas conviene tambien poco á poco inutilizarlos. Guardaos bien de no admitirlos á la verdadera, é intrínseca intimidad; porque pueden abusar de ella, y teneros obligado despues á condescender, á vuestro pesar, con todos sus antojos, por medio de vuestro secreto: lazo ántes mas difícil de romper, que qualquier cadena de acero. Valeos de ellos en algunos negocios de poca importancia, y que duran poco: tratadlos bien, y obligadlos con sus mismas pasiones á seros siempre fieles, porque de otra manera no los podréis tener unidos con vos; pero no los comuniqueis vuestras mas ocultas resoluciones: tened siempre algun modo secreto de hacerlos obrar á vuestro modo, y no les dexeis jamas en sus manos las llaves de vuestro pecho, ó de vuestros negocios. Quando se establece la quietud y el buen órden en un estado, y le reglan hombres dotados de prudencia, y entereza, de cuya virtud estais seguro; poco á poco los malos, de quienes estabais obligado á serviros, se hacen del todo inútiles. No es menester entónces dexar de tratarlos bien, porque jamas es lícito ser ingrato aun con los malos; mas tratándolos bien, conviene procurar que

ya que mi corazon entra á la parte de mi aflicion, sin saber el motivo: él me ha recibido de un modo muy descortes, y todavía no puedo hacer ménos que desear que tengan sus males buen fin.

Hé aquí, respondió sonriéndose Mentor, para qué sirven las desgracias; ellas hacen los Príncipes moderados, y piadosos en las penas de otros. Quando nunca han probado sino el veneno dulce de las prosperidades, se figuran ser dioses: quieren que se hagan las cosas aun imposibles para satisfacerles: no tienen de los hombres algun aprecio, y se burlan de toda la naturaleza. Quando sienten hablar de las desventuras que se padecen, no saben qué cosa son; ántes las tienen por meros sueños, porque jamas han visto la diferencia que hay en el bien y el mal. Las calamidades solas pueden introducir en ellos la compasion, y mudarles el corazon de peña en corazon humano. Quando advierten ser hombres, conocen que conviene tambien tener cuenta con los demas, que se semejan con ellos mismos. Si un incognito tanto os mueve piedad, ¿Quánto mas os deberá enternecer vuestro pueblo de Itaca, quando algun dia lo veréis padecer? Ese pueblo que los dioses hábrán encomendado á vuestra fé, como se encomienda al pastor un rebaño, será por ventura infelíz, por ocasion de vuestra soberbia, de vuestro fausto, y de vuestra imprudencia; porque no padecen mal alguno los subditos, sino por la culpa del Rey, que deberia poner en estorbarlo toda su atencion.

En tanto que así hablaba Mentor Telémaco se estaba hundido en su tristeza; mas respondiéle al cabo: Si todas estas cosas son verdaderas, infelícima es la condicion de un Rey: él es esclavo de todos aquellos, de los quales parece que se hace obedecer, y no es hecho tanto para mandarlos, como para servirlos. Debe el Príncipe sacrificarse todo á sus vasallos; tiene la carga de proveer á todas sus urgencias: él es el hombre de todo el pueblo junto, y de cada uno en particular. Impórtale acomodarse á sus flaquezas, corregirlos qual padre, hacerlos felices y cuerdos. La autoridad, que muestra tener, no es suya, porque no puede haber cosa, ni por su gloria, ni por su propio gusto: la del Rey no es otra, que la autoridad de las leyes: y á esas

está él obligado á obedecer, para dar á los súbditos este exemplo. Por hablar propiamente, el Soberano no es sino el defensor de las leyes, para hacer que ellas reynen: es menester que sea vigilante, y se afane por mantenerlas, y él es el hombre ménos libre, y ménos descansado de todo el Reyno. Es un esclavo que sacrifica su tranquilidad y libertad á la felicidad y libertad del publico.

Es verdad, volvió á decir Mentor, que el Rey no es Rey, sino para tener cuidado de su propio pueblo, como debe un pastor guardar la grey, ó como un padre su familia; ¿Pero os parece, mi querido Telémaco, que es esta gran desgracia para él, poder ayudar á un tan crecido número de personas? El corrige con el castigo á los malos, con la reprehension anima á los buenos; y guiando de esta manera á todo el linage humano á la virtud, representa á los dioses en la tierra. ¿No gana por ventura harta gloria con hacer observar las leyes? La de hacerse superior á las leyes es una gloria falsa, la qual hace al Príncipe odioso y despreciable de todos. No puede ese dexar de ser infeliz quando es malo, porque no puede hallar sosiego alguno en sus pasiones, y en su propia soberbia; pero si él es bueno, ha de gustar el placer mas puro, y mas sólido en afanarse por la virtud, y en aguardar de los dioses un galardon, que dura toda la eternidad.

Telémaco, agitado interiormente por una secreta pena, parecia como que no habia entendido jamas estas maximas, aunque las conocia perfectamente, y el mismo las habia enseñado á los demas. Un humor melancolico y contrario á su verdadero modo de sentir le inspiraba cierto espiritu de contradiccion y sutileza para rechazar las verdades que Mentor le explicaba. Oponia Telémaco á estas razones la ingratitud humana. ¿Para qué, decia, tanto discurrir en hacerse amar de los hombres, que por ventura nunca os amarán? ¿Y para qué ayudar á tantos malos, que se valdrán de vuestros beneficios para haceros daño?

Importa, respondió Mentor, no hacer caso de las ingratitudes, que usan los hombres, y beneficiarlos continuamente: conviene ayudarlos, mas por amor

de los dioses, que así lo mandan, que por amor de ellos mismos. Jamas se pierde aquel bien que á otro se hace; y si de él se olvidan los hombres, se acordarán los dioses, y le darán su premio. A mas de esto, si es ingrato el pueblo, hay siempre sin embargo en él hombres rectos y sabios, que se sienten mover á amar vuestra virtud: ántes el mismo pueblo, por mas instable que sea, no dexa de hacer una cierta especie de justicia á la virtud verdadera.

¿Pero quereis impedir el desagradecimiento de vuestros súbditos? No os empleeis solamente en hacerlos poderosos, ricos, formidables en la guerra, y felices con las delicias. Esta gloria y abundancia los vicia, y se harán todavia peores, y consiguientemente mas ingratos. Es hacerles un don funesto; es ofrecerles un veneno delicioso. Aplicaos, pues, á corregir sus costumbres, y persuadirles la justicia, sinceridad y temor de los dioses, que sean humanos, fieles, moderados, y sin el amor al interes. Haciéndolos buenos, los obligaréis á no seros ingratos, y los pondréis en la posesion del verdadero bien, que es la virtud; y quando esta virtud sea firme y maciza, los hará siempre afectos á quien se la haya enseñado. Asi, dandoles los verdaderos bienes, lograreis el propio, y no tendreis que temer su ingratitud. ¿Es acaso cosa de admirarse, que los vasallos traten con ingratitud á aquellos Soberanos, que no los han movido jamas, sino á la injusticia, á la ambicion, á los zelos contra los pueblos sus confinantes, á la inhumanidad, á la altivez, y á la mala fé? No puede el Príncipe esperar que ellos hagan, sino lo que han aprendido de él mismo á obrar; donde al contrario, si con sus exemplos, y con su autoridad los procura hacer buenos, hallará en su virtud el fruto de su trabajo, ó hallará por lo ménos en su misma virtud y en el amor de los dioses, gran motivo para el consuelo.

Apenas acabó este dicurso, quando Telémaco se adelantó apresuradamente hacia los Feacos del navio que estaba parado en la orilla. Se dirigió á un anciano de entre ellos, para preguntarle de donde venian, ádonde iban, y si no habian visto á Ulises. El anciano respondió:

Nosotros venimos de nuestra isla, que es la de los Feacos, y vamos á comerciar hacia el Epiro, Ulises, como ya os han dicho, ha pasado por nuestra patria, pero salió de ella. ¿Quien es, añadió luego Telémaco, aquel hombre tan triste que busca los lugares mas desiertos esperando que salga vuestro navio? Es, respondió en anciano, un extrangero á quien no conocemos: pero dicen que se llama Cleomenes; que nació en Frigia; que un oraculo habia declarado á su madre, antes de su nacimiento, que el llegaria á ser Rey, con tal que no quedase en su patria; y que, de lo contrario resultaria una cruel peste enviada por los dioses enojados contra los Frigios. Quando nació, sus padres le dieron á unos marineros que le llevaron á la isla de Lesbos. Alli le criaron secretamente á expensas de su patria, que tenia tanto interes en mantenerle apartado. El en poco tiempo adquirió estatura grande, robustez, agrado, y destreza en todos los exercicios del cuerpo: se dedicó aun con mucho gusto y talento á las ciencias y bellas artes: pero en ningun país le pudieron sufrir. Se hizo celebre el oraculo que habia profetizado de el: le conocieron en todos los payses á que llegó: en qualquier parte temian los Reyes que les quitase sus diademas. Asi anda el errando desde su juventud, y no puede hallar lugar alguno en el mundo donde pueda parar en libertad. El pasó muchas veces á pueblos muy distantes del suyo; pero apenas ha llegado á una ciudad, quando descubren alli su nacimiento y el oraculo que le toca. Por mas que el se esconda escogiendo en cada lugar algun género de vida obscura: siempre brillan sus talentos, á lo que dicen, á pesar suyo, sea para la guerra, sea para las letras, sea, para los negocios mas importantes; se presenta siempre en qualquier país alguna ocasion no prevista que le arrastra y le hace conocer del publico. Su mérito es lo que hace su desgracia, haciendole temer, y hechar de todos los países en donde quiere habitar. Es su destino el ser estimado, querido, admirado en todas partes, pero rechazado de todas las tierras conocidas. Ya no es joven, y sin embargo no ha podido hallar todavia ninguna costa, ni en Asia ni en Grecia, en la qual se le haya querido dexar vivir con alguna

quietud. Parece que el no tiene ambicion, ni busca fortuna alguna : demasiado feliz seria si jamas el oraculo le hubiese prometido el ser Rey. No le queda ninguna esperanza de volver á ver nunca su patria : pues sabe que no haria otra cosa que llenar de tristeza y lágrimas todas las familias. La misma corona, motivo de sus desgracias, no le parece deseable; tras ella corre, á pesar suyo, de un Reyno á otro, y ella parece que huye delante de el para burlarse del infeliz hasta su vejez : ¡ Funesto don de los dioses que atormenta sus dias mas hermosos, y no le causa sino trabajos, en la edad en que desvalido el hombre no necesita sino descanso ! El se va, segun dice, á buscar hacia la Tracia algun pueblo salvage y sin leyes á quien pueda juntar, civilizar y gobernar durante algunos años; los quales acabandose, y cumplido lo que profetizó el oraculo, ya no tendran que temerle en los reynos mas florecientes ; piensa entonces retirarse à una aldea de Caria, donde se dedicará á la agricultura, á que es apasionado en extremo. Es hombre sabio y moderado, que teme á los dioses, conoce bien á los hombres, y sabe vivir en paz con ellos, aunque no los aprecie. Hé aqui lo que cuentan de este extrangero de quien quereis que os dé noticias.

Durante esta conversacion, Telemaco volvia á menudó los ojos hacia la mar, que empezaba á agitarse. El viento levantaba las olas que venian á herir los peñascos, blanqueandolos con su espuma. En este momento, dixo el anciano á Telémaco : es menester que yo me marche : mis compañeros no me pueden esperar mas. Diciendo estas palabras, corrió á la orilla de la mar : se embarcan; ya no se oyen en la rivera sino confusos gritos de los marineros impacientes de salir.

Aquel incógnito, que llamaban Cleomenes, habia ido vagueando acá, y allá por la isla, subiéndose á la cumbre de cada uno de aquellos grandes peñascos, y considerando de allí el espacio inmenso del mar con profundidad melancólica. No lo habia Telémaco perdido de vista, y no dexaba de observarle todos sus pasos. Se enternecia su corazon al ver un hombre virtuoso, errante, desdichado, destinado á las cosas mas

grandes, y sirviendo de juguete á una rigurosa fortuna, lejos de su patria. A lo menos, se decia el á si mismo, quiza volveré á ver á Itaca: pero aquel Cleomenes no verá jamas la Frigia. Se disminuya la pena de Telémaco con el exemplo de un hombre todavia mas desdichado que el. Finalmente el incógnito, viendo á punto su nave, baxó con tanta presteza y agilidad de aquellos escabrosos precipicios, con quanta Apolo en las selvas de Licia, llevando sus rubios cabellos con galantería anudados, corre al través de los despeñaderos, para ir á atravesar con sus flechas los jabalies y los ciervos. Ya esta el incognito en la nave, que va hendiendo el cristal espumoso, y alejándose de la tierra.

Entonces un cierto interno dolor ocupó el corazon de Telémaco, que se afligia, sin saber por qué: cayéronle las lágrimas de los ojos, y no encontraba cosa de tanto gusto como llorar. Vió al mismo tiempo sobre la playa todos los marineros de Salento tendidos en la yerba, y profundamente dormidos. Estaban cansados, y oprimidos de la fatiga: habiase introducido en sus miembros el apacible sueño; y tenia el poder de Minerva atados los sentidos en lo lleno del dia. Quedó maravillado Telémaco al ver aquella tan universal somnolencia en los Salentinos, miéntras que los Feacios habian sido tan diligentes en valerse del viento favorable, que respiraba: estaba sin embargo mucho mas occupado en mirar al baxel Feacio, que en medio de la mar iba ya á desaparecer de sus ojos, que no en procurar que los Salentinos despertaran. Una no sé qué secreta violencia lo constreñia á tener vuelta la vista ácia aquel baxel ya partido, de quien ya no veia sino las velas, que blanqueaban algo sobre el azul del mar. El no atendia á mas, ni aun á Mentor, que le hablaba; y estaba transportado fuera de sí mismo, á manera de las Bacantes, quando corriendo con el Tirso en la mano, llenan de alaridos todas las orillas del Ebro, y hacen retumbar al Ismaro, y al Ródope con sus desatinados gritos.

Vuelto en sí finalmente un poco de esta especie de encanto, comenzó de nuevo á llorar, y entonces Mentor le dixo: No me asombro al veros llorar, mi querido

Telémaco: la ocasion de vuestro dolor, que se os oculta, no se esconde á Mentor; y la naturaleza, que habla, y que se hace entender de semejante modo, es la que aviva en vuestro corazon tales sentimientos de ternura. El incógnito por quien os sentís conmovido tan vivamente, es el grandes Ulises: lo que os contó de él un anciano Feaco no es sino una ficcion inventada para ocultar con mas seguridad la vuelta de vuestro padre á su Reyno, Ulises va de vuelta á la patria, y no está ya muy léjos del puerto, y vuelve al cabo á ver aquellos sitios tan largamente deseados. Vos lo visteis sin conocerlo, como se os predixo en otro tiempo; pero dentro de poco tiempo lo podréis ver y conocer, y ser de él igualmente conocido. Ahora no podian los dioses permitir fuera de Itaca vuestro mutuo reconocimiento. No se ha enternecido su corazon ménos que el vuestro; pero es Ulises demasiado sabio, para manifestarse á ninguno, en un sitio en donde los amantes de Penélope hubieran podido tal vez ponerle asechanzas, ó prevenirlo con algun insulto. Vuestro padre es el hombre mas sabio de quantos hay: su corazon es como un pozo profundo, y no puede sacársele secreto alguno. Ama la verdad, y no miente jamas: pero tampoco dice la verdad, sino quando la necesidad lo requiere; y la prudencia, como fiel candado, le tiene siempre cerrada la boca á todas las palabras inútiles. ¡Quantas veces hablandoos, se ha interiormente conmovido! ¡Qué no ha sufrido en veros! Esto es lo que hacia tan melancólico, y afligido. Con este razonamiento, enternecido Telémaco, y turbado, no podia tener á rienda las lágrimas, que se le desprendian de los ojos como un torrente, y sus repetidos sollozos le impidieron hasta el responder; pero al cabo gritó: Bien percibia yo, querido Mentor mio, en ese incógnito no sé qué cosa, que me forzaba á amarlo, y que conmovia todas mis entrañas. ¿Pero ya que lo conozcais, porqué no me habeis dicho, que era Ulises, ántes que se partiera? ¿Por qué le habeis dexado partir, sin hablarle, ni mostrar conocerlo? ¿Qué misterio es este? ¡Luego quieren los dioses indignados, que yo sea siempre infeliz, y tenerme, á manera de Tántalo, sediento, y engañado de la laguna, que tiene cerca, y

huye de sus labios! Ulises, Ulises, temo haberos perdido para siempre por ventura no tendré el consuelo de veros mas; tal vez los amantes de Penélope os harán caer en las asechanzas dispuestas contra mí. Si os hubiera por lo ménos seguido, me moria con vos. Ulises, Ulises, quando las tempestades no os arrojen á romper otra vez en algun peñasco, pues debo temer todo mal de la fortuna enemiga, tengo gran miedo de que llegueis á Itaca con tan funesta suerte, como Agamenon á Micenas. ¿Mas por qué me habeis invidiado, mi querido Mentor, esta mi buena fortuna? Ahora le estrecharia entre mis brazos; ya estaria en el puerto de Itaca, juntamente con él; y uno, y otro pelearémos para alcanzar la victoria de nuestros enemigos.

Mentor le respondió sonriendose: veis, querido Telémaco, lo que son los hombres: os hallais desconsolado del todo, porque habeis visto á vuestro padre sin conocerle. ¿Que no hubierais dado ayer para saber de cierto que el no habia muerto? Hoy lo habeis verificado con vuestros ojos mismos; y esta certidumbre que debia colmaros de gozó, os dexa en la amargura. Asi el corazon enfermo de los mortales no hace cuenta de lo que mas ha deseado, una vez que lo posée; y tiene habilidad para atormentarse relativamente á lo que todavia no ha alcanzado.

Los dioses os mantienen en esa perplexidad, para exercicio de vuestro sufrimiento. Considerais este tiempo como perdido; pero sabed, que es el mejor empleado de toda vuestra vida, porque os exercita en la mas necesaria virtud de todas á los que deben mandar. Importa ser sufrido para llegar á ser dueño, así de sí mismo, como de los otros: la impaciencia, que parece esfuerzo y vigor, es flaqueza de ánimo. Quien no sabe esperar y sufrir, parece al que no sabe callar un secreto; y uno, y otro estan faltos de brio para contenerse. Como un hombre que corre velozmente en un carro, y no tiene la mano harto firme para detener, quando importa, los impetuosos brutos, conoce al fin, que no obedecen al freno, y van á precipitarse, y el carretero débil, de cuya mano escapan, queda quebrantado, cayendo; así un impaciente es arrastrado á un abysmo de miserias de sus indomi-

tos, y feroces deseos, quanto su poder es mayor, tanto le es mas funesta su impaciencia. No puede tolerar que se interponga alguna tardanza á la consecucion de lo que desea; no se permite tiempo de ponderar las cosas; usa de la violencia para satisfacerse; rompe las ramas para coger el fruto ántes que se madure; despedaza las puertas mas presto que se le abran de voluntad; quiere segar quando el labrador cuerdo no atiende á otro, que á hacer su sementera: en suma, es mal executado quanto él obra de priesa, ni puede tener larga duracion, como no la pueden tener sus deseos volubles, é inconstantes. Tales son los designios desatinados de un hombre, que se imagina poderlo todo, y se abandona á las propias pasiones, por abusar de su poder. Los dioses, amado Telémaco mio, exercitan vuestra paciencia de esa manera y se burlan de vos, al parecer, con la vida errante que pasais en medio de la incertidumbre, porque aprendais á ser sufrido. Los bienes, que esperais, se os ponen delante de los ojos; pero luego se desvanecen, como ligero sueño, que desa parece al despertar, para mostraros, que las mismas cosas que creen los hombres tener en las manos, se les escapan de ellas en un momento. Los documentos mas cuerdos, que os dará Ulises, no os ocasionarán tanto provecho, quanto su larga ausencia, y los trabajos que padeceis en buscarlo.

Despues quiso Mentor por ultimo acrisolar la paciencia de Telémaco por un medio todavia mas fuerte. En el mismo instante en que iba el joven con el mas vivo ardor á excitar á los marineros á que apresurasen la marcha, Mentor le detubo subitamente, y le convidó á hacer sobre la rivera un sacrificio solemne á Minerva. Hace con docilidad Telemaco lo que Mentor quiere. Se levantan dos altares de cespedes: humea el incienso, y corre la sangre de las victimas. Suspira tiernamente Telemaco mirando al cielo, y conoce la poderosa proteccion de la diosa.

Apenas se acabó el sacrificio, quando sigue á Mentor por las sombrias sendas de un bosquecito inmediato. Alli repara de improviso, que el rostro de Mentor tomaba una nueva figura. Huian de su frente las arrugas, como se desvanecen las sombras, quando apa-

reciendo en Oriente la aurora, hace bermejear todo el Orizonte en contorno; los ojos, hundidos ántes, y severos, se trocáron en azules, de un hermoso color celeste, y centelleantes, con divina luz; desapareció la barba entrecana, y desaliñada; y apareció un semblante noble y soberano, mezclado de dulzura y gentileza, á la vista del desalumbrado Telémaco. Vió entónces el hijo de Ulises un rostro de muger, harto mas brillante, y mas terso que una flor, que poco ántes se desabrochó al sol. Reparábasele en la cara la blancura de la azucena esmaltada con el carmin de la rosa recien nacida; y florecia en ella, junta con una magestad llana, y sin afectacion, una juventud duradera, é inmortal. De su melena undosa se difundia el olor fragrante de la ambrosía; resplandecian en su ropage aquellos hermosos colores de que matiza el cielo el sol, quando amanece, y le halla aun ocupado de las obscuras sombras de la noche, y de las nubes, que llega él á dorar con sus rayos. No tocaba la diosa con sus pies la tierra, sino que discurria por el ayre ligeramente, como una ave: empuñaba con su poderosa diestra una lanza resplandeciente, que era bastante para hacer estremecer las ciudades, y naciones mas belicosas, y hubiera puesto espanto al mismo Marte. Su voz era dulce y templada; mas fuerte, y penetrante: todas sus palabras eran saetas de fuego, que atravesaban el corazon de Telémaco, y le hacian experimentar no se qué apacible dolor, y delicioso. Veíase encima del yelmo la triste ave de Atenas, y le centelleaba en el pecho la horrible Egide. Con estas señas Telémaco la reconoció por Minerva.

Luego vos sois, dixo, ó gran diosa, la que por amor de Ulises se ha dignado de servir de guia á su hijo. Queria proseguir, pero le faltáron palabras, y en vano se esforzaban sus labios á expresar aquellos conceptos, que impetuosamente iban á salir de la boca, y de lo profundo del corazon. Oprimiale la presencia de la diosa, y parecia á un hombre, que queda en un sueño angustiado de tal manera, que pierde hasta la respiracion; y moviendo los labios con gran trabajo, no puede sin embargo articular acento.

Finalmente Minerva le dixo de esta suerte: Escú-

chadme por último, Telémaco: nunca yo he doctrinado á algun hombre con tanto cuidado, quanto he aplicado ácia vos: os he por la mano llevado al traves de espantosos naufragios, de desconocidos paises, de sangrientas batallas, y de todos los males, que pueden hacer prueba del valor de un hombre; y os he mostrado con experiencias sensibles las verdaderas, y falsas máximas, con que se puede reynar. Los yerros, que habeis cometido, no os han sido de utilidad menor, que vuestras mismas desgracias; porque quién es aquel que puede gobernar sabiamente, si no ha sido jamas infelice, y si nunca ha sacado ningun provecho de los infortunios, que ha padecido, y en que le han sus errores arrojado:

Habeis, como vuestro padre, llenado las tierras, y mares de vuestras desventuras: andad pues, que ahora bien sois digno de caminar sobre las pisadas, que él os ha dexado estampadas. No os falta mas, que un breve, y fácil trecho para llegar á Itaca, adonde él ahora mismo llega: Andad, pelead en compañía de Ulises: obedecedle como el ínfimo de sus súbditos, y dad vos mismo exemplo de obediencia á todos los demas. Permitiráos vuestro padre poder tomar por esposa vuestra á la discreta Antiope, y viviréis con ella feliz, por haber en ella buscado mas la virtud, y prudencia, que la hermosura.

Quando reynaiers, colocad vuestra gloria en renovar la edad de oro: escuchad á todos, y creed á pocos; ántes mirad bien no os creais demasiado á vos mismo: tened temor de engañaros, pero no le tengais jamás de dexar ver á los otros, que alguna vez habeis quedado engañado:

Amad á los vasallos, y no dexeis de usar todos los medios, para que os amen ellos. El terror es preciso, quando falta el amor; mas conviene siempre emplearlo con disgusto, como los remedio violentos, y peligrosos.

Considerad en todo tiempo de léjos todas las consequencias de lo que querais emprender: prevenid los mayores inconvenientes; y sabed que consiste el verdadero esfuerzo en atender á todos los peligros, y despreciarlos quando se hacen forzosos. El que no quiere verlos, no tiene brio constante para sufrir su vista con

constancia; pero, quien los ve todos, y evita aquellos que pueden excusarse, y provoca á los otros sin turbacion, es solamente sabio, y magnánimo.

Huid de la afeminacion, del fausto, y de la prodigalidad, y poned vuestra gloria en el candor de vuestras costumbres. Vuestras virtudes, y vuestras buenas acciones sean los adornos, no ménos de vuestra casa, que de vuestra persona; sean estas las guardias que os rodean, y aprenda de vos todo el mundo en qué consiste la felicidad verdadera.

No os olvideis jamas de que los Reyes no reynan para adquirirse gloria, sino para asistir á sus pueblos: todo lo bueno que hacen, se extiende hasta los siglos mas distantes; y los males que obran, se multiplican de generacion en generacion, hasta la posteridad mas remota. De un reynado malo nace algunas veces la calamidad de muchos siglos.

Sobre todo tened cuidado con vuestro humor: es un enemigo que á todas partes llevareis con vos hasta la muerte; el entrará en vuestros consejos, y os venderá si le escuchais. El humor hace perder las ocasiones mas importantes: el da inclinaciones y aversiones de niño, con perjuicio de los mayores intereses; el hace que se decidan los negocios mas importantes por los motivos mas pequeños; el obscurece todos los talentos, abate el animo, y hace que un hombre se vuelva caprichoso, debil, vil é insoportable. Desconfiad de este enemigo.

Sed temeroso de los dioses, Telémaco; ese temor es el mayor tesoro del corazon del hombre, y juntamente con él adquiriréis la prudencia, la justicia, la paz, la alegria, los placeres puros, la libertad verdadera, la abundancia agradable, y una gloria sincera.

Yo os dexo, hijo de Ulises; pero nunca os desampararà mi sabiduria, con tal, que conozcais siempre, que no podeis nada sin ella. Tiempo es de que aprendais á andar solo. Yo no me he apartado de vos en Fenicia y Salento, sino para acostumbraros á quedar sin esta dulzura, como se destetan los niños, quando se les quiere quitar la leche, y alimentarlos con manjares mas sólidos.

Apenas puso fin la diosa á este razonamiento, se remontó en el ayre, y entró en una nube de oro, y azul, con la qual desapareció. Telémaco suspirando, atónito, y fuera de sí, se postró en tierra, levantando al cielo las manos; despues fué á despertar á los compañeros, dió priesa á la partida, llegó á Itaca, y reconoció á su padre en casa del fiel Eumeo.

FIN.

AVENTURAS

DE ARISTONOO.

Habiendo Sofrónimo perdido todos los bienes de sus antepasados en los naufragios, y por otros infortunios, retiróse á la isla de Delos, adonde buscaba en su propia virtud el consuelo de tantas pérdidas. Allí celebraba, cantando al son de su lyra de oro las maravillas del dios, que está adorado en aquella isla. Dedicábase á las Musas, que le aficionaban. Estudiaba con atencion, y curiosidad los secretos de la naturaleza, aplicándose á conocer el curso de los Astros, y movimiento de los cielos, el órden de los elementos, la fábrica del orbe, que media con su compas, las propiedades de las plantas, la composicion de los animales, y sobre todo á conocerse á sí mismo, y á perficionar su alma con el exercicio de las virtudes: de modo, que queriendo la fortuna oprimirle, elevóle á la verdadera gloria, que consiste en la sabiduria.

Mientras vivia feliz en su retiro sin bienes, un dia percibió en la orilla de la mar á un anciano venerable, á quien no conocia. Era este un extrangero, que acababa de llegar á la isla. Admiraba aquel anciano las márgenes de la mar, en la qual sabia, que en otro tiempo habia vagueado fluctuando la isla de Delos. Columbraba las costas, en cuyas arenas, y peñascos levantábanse unos collados agradables, por su continuo verdor, y perpetuas flores. No podia hartarse en considerar las fuentes de aguas puras y claras, las corrientes de los rios, que regaban aquellos tan deliciosos campos. Acercábase á los bosques sagrados, que rodeaban el templo de la divinidad: maravíllabale la verdura permanente, que nunca los aquilones se atrevian á marchitar, y contemplaba con pasmo la arquitectura del templo hecho de marmol de Paros, mas blanco que la nieve, y cercado de altas columnas de jaspe: No estaba Sofrónimo ménos atento en considerar al extrangero; su larga barba venia á parar en el pecho; su arrugado rostro, sin disformidad alguna, quedaba

aun esento de las injurias de una vejez caduca : mostraban sus ojos una viveza dulce : era de estatura alta, y magestuosa; pero algo corvado, sustentábale un bastón de marfil. O, forastero, dixole Sofrónimo, ¿Qué buscais en esta isla, que parece no conoceis? Si acaso buscais el templo del dios que la ampara, de allí lo podeis percibir, y me ofrezco á encaminaros á él; pues temo á los dioses, y sé lo que manda Júpiter se haga para socorrer á los extrangeros.

Acepto, respondió el anciano, gustoso lo que me ofreceis con tanta bondad, y cortesia. Ruego á los dioses remuneren vuestra piedad para con los peregrinos; vamos pues al templo. Explicó de camino á Sofrónimo los motivos de su viage. Mi nombre, dixole, es Aristonoo; nací en Clazomena, ciudad de Jonia, situada en una costa muy divertida, que se extiende en la mar, y parece va á unirse á la isla de Chio, afortunada patria de Homero. Fueron mis parientes pobres, aunque nobles, mi padre, llamado Polistrato, cargado ya de muchos hijos, no quiso hacerme criar, y encargó á uno de sus amigos de Teos el que me expusiese. Una vieja de Erytsirea, que tenia una alquería vecina al lugar adonde me habian expuesto, me crió en su casa con la leche de una cabra; pero siendo esta muger muy pobre, luego que alcancé la edad capaz de servicio, vendióme á un mercader de esclavos, el qual me llevó á la Licia. Vendióme otra vez el mercader en Patara á un hombre rico, y virtuoso llamado Alcino, quien cuidó de mi educacion en mi juventud. Parecíle dócil, moderado, sencillo, aficionado, é inclinado á todo lo bueno, y honesto, que se me podria enseñar. Dedicóme á las artes que favorece Apolo : dióme un maestro de música, esgrima, y danza, y sobre todo hizome aprender el arte de curar las llagas, en el qual me hice en breve muy célebre; y Apolo, quien me inspiraba, descubrióme secretos maravillosos. Alcino, cuyo cariño para conmigo iba siempre creciendo, extremamente contento con el buen suceso de sus cuidados para mi enseñanza, me dió la libertad, y envióme á Policrates, tyrano de Samos, quien en su inmensa prosperidad temia continuamente, que la fortuna, despues de haberle sido tanto tiempo favorable, le

volvierá en fin cruelmente las espaldas. Agradabale la vida, la qual para él estaba llena de delicias, y temia perderla: esforzábase en prevenir las mas mínimas apariencias de enfermedad; por eso estaba siempre rodeado de hombres los mas experimentados en la medicina. Alegróse sumamente Policrates viéndome resuelto á pasar mi vida en su compañía. Y á fin que le fuera mas estrechamente devoto, dióme grandes riquezas, y colmóme de honras. Detúveme largo tiempo en Samos, adonde no podia bastantemente admirarme de que parecia se complacia la fortuna en servirle conforme á sus deseos. Si empreudia la guerra, luego alcanzaba la victoria: bastaba que se propusiese las cosas mas difíciles: executábanse presto como por sí mismas. Multiplicábanse cada dia sus inmensos tesoros: estaban asolados todos sus adversarios, su salud, en vez de menguar, corroborábase de mas en mas. Habian ya corrido quarenta años desde que aquel tirano, quieto y dichoso, tenia á la fortuna como encadenada, y cautiva sin que jamás se hubiera atrevido á desmentirse de sus favores, ni causarle el mas mínimo contratiempo, ó estorbar sus designios. Una tan insólita prosperidad entre los hombres me hacia temer por él; amábale con sencillez, y no pude dexar de expresarle mis rezelos. Hiciéronle alguna impresion, pues aunque le hubieran afeminado los placeres, y ensoberbecido su poder excesivo, no obstante conservaba aun algunas trazas de humanidad, quando se le hacia presente la memoria de los dioses, y la inconstancia de las cosas humanas. Permitióme el decirle la verdad, y fué tan movido de mi temor por él, que determinóse en fin á interrumpir el progreso de su felicidad, por una pérdida que queria prepararse á sí mismo. Bien veo, me dixo, que no hay hombre en el mundo que no deba padecer alguna desgracia de parte de los hados: quanto mas han favorecido á alguno, tanto mas ha de temer este algun traves funesto. Yo, á quien han colmado de bienes de tantos años, he de sentir los mas extremos infortunios, sino rechazo los males que me amenazan. Quiero, pues, apresurarme, para prevenir las traiciones de la fortuna aduladora. En acabando de hablar, sacó de su dedo su anillo, el qual era muy

precioso, que le agradaba mucho: arrojóle en mi presencia de la cima de una alta torre en la mar, esperando haber con esta pérdida satisfecho á la necesidad de probar á lo ménos una vez en su vida los rigores de la fortuna; pero cegábale su prosperidad: los males que elegimos, y que nos causamos á nosotros mismos, no son verdaderamente tales: no somos sensibles, sino á las penas forzosas, é inopinadas con que nos afligen los dioses. No sabia Policrates, que el mas seguro medio para prevenir la fortuna, es el desasirse con prudencia y moderacion de los bienes caducos con que ella nos enriquece. Desdeñó la fortuna el anillo que le sacrificaba Policrates, y este fue forzosamente mas dichoso, que lo habia parecido nunca. Habia un pescado tragado el anillo, el qual, habiendo sido cogido, llevado á casa de Policrates, y adobado para su comida, encontró el cocinero en el vientre del pescado el anillo, el qual fué restituido al tirano, á quien causó asombro, y horror el ver que perseveraba obstinadamente la fortuna en favorecerle; pero ya se acercaba el tiempo en que sus prosperidades habian de mudarse de repente en las mas amargas adversidades.

El gran Rey de Persia *Dario*, hijo de Histaspes, declaró la guerra á los griegos, sujeto en muy poco tiempo á todas las colonias Griegas de la Asia, y de las islas vecinas en el mar Egeo; apoderóse de la isla de Samos, y venció al tirano, y Oranto, quien mandaba en el exército del gran Rey, habiendo hecho levantar una horca, mandó colgar á Policrates. Así el tirano, despues de haber gozado de tanta felicidad, sin haber aun podido encontrar el infortunio, que él mismo habia buscado, pereció de golpe por el mas cruel é infame suplicio. Nunca, pues, los hombres han de temer mas funesta caida, que quando son elevados en mas alto grado, y la fortuna, que se burla con aspereza de los hombres mas acreditados, así tambien ensalza á los mas humillados. Acababa de precipitar á Policrates de lo alto de su rueda, y á mí me habia librado de la mas extrema miseria, para colmarme de bienes. No me los quitáron los Persas; al contrario hiciéron mucho caso de mi habilidad en curar á los hombres, y de la moderacion; con la qual habia vivido

miéntras estaba favorecido del tirano. Los que habian mal usado de su confianza, y de su autoridad, fuéron castigados con diversos suplicios. Como nunca habia hecho agravio á nadie, y que al contrario habia procurado hacer todo el bien posible, á mí solo perdonáron los vencedores, y me tratáron con honra, y distincion: cada uno alegróse de mi dicha; pues todos se me aficionaban, y nadie envidiaba mi prosperidad; porque nunca habia manifestado dureza, ni ambicion, ni soberbia, ni injusticia alguna. Pasé aun algunos años en Samos con grande quietud; pero sentí en fin un fuerte deseo de volver otra vez á Licia, adonde habia pasado el tiempo de mi niñez en mucha tranquilidad. Esperaba encontrar allí á Alcino, quien me habia criado, y quien era el primer autor de mi elevacion. Al llegar á aquella isla, supe que Alcino, despues de perdidos todos sus bienes, y tolerado con admirable constancia los infortunios de su vejez, habia muerto. Quise esparcir flores, y derramar lágrimas sobre sus cenizas; puse una inscripcion muy honrosa en su túmulo, y pregunté qué se habian hecho sus hijos. Dixéronme, que el solo que habia quedado, llamado Orciloco, teniendo vergüenza de parecer sin bienes en su patria, adonde su padre habia vivido con tanto lustre y magnificencia, habíase embarcado en un navío extrangero, para retirarse, y pasar una vida escondida en alguna isla muy distante. Añadiéron, que habia este Orciloco hecho naufragio poco tiempo despues ácia la isla de Carpacia, y que por consequencia no quedaba ya nadie de la familia de mi bienhechor Alcino. Tomé luego la resolucion de comprar la casa que habia habitado, con los campos fértiles que la cercaban, y que habia poseido Alcino. Apetecia con anhelo grande el poder contemplar aun aquellos sitios, que me trahian á la memoria el tiempo dichoso de una edad agradable, y me acordaban de un tan bueno, y tan benévolo amo. Parecíame que estaba aun en la flor de mis primeros años, quando servia á Alcino. Apénas hube concluido con sus acreedores la compra de los bienes de su herencia, quando me fué preciso irme á Clazomena. Habíase puesto el sol de los dias de Polystrato mi padre, y de Phydila mi madre;

tenia muchos hermanos, que vivian mal juntos. En llegando á Clazomena, me presenté á ellos toscamente vestido, como un pobrecito, mostrándoles las señales, que no ignorais suelen poner á los expósitos. Admiráronse por ver así crecer el número de los herederos de Polystrato, quienes habian de tener parte en su pequeña sucesion. Ademas intentáron poner en duda mi orígen, y escusáron de reconocerme ánte los jueces. Para castigar su inhumanidad, declaré que consentia de buena gana en que me mirarán como á un extrangero, y pedí que fuesen excluidos para siempre de *mi* sucesion. Mandarónlo los jueces, y entonces manifesté las riquezas, que habia traido en mi navío; descubríles, que era yo aquel mismo Aristonoo, quien habia acaudalado tan inmensos tesoros en la corte de Policrates de Samos, y que nunca me habia casado.

Arrepintiéronse mis hermanos de haberme tratado con tanta injusticia; y deseando poder ser algun dia mis herederos, hiciéron el último esfuerzo para volver á mi benevolencía, y amistad; pero en vano se esmeráron. Su discordia fué causa de que se vendieran los bienes de mi padre: yo los compré, y viéron con dolor *toda la hacienda* de nuestro difunto padre pasar á poder de aquel, á quien no le habian querido dar, ni aun la mas mínima parte de ella. Así estuviéron ellos reducidos al último paso de la miseria; pero quando hubiéron bastantemente pagado la pena de su mal proceder, perdonéles su mal tratamiento: admitílos en mi casa: subministréles á cada uno lo necesario para acaudalar en el comercio marítimo: reconcilíelos, y estuviéronse todos quietos con sus hijos en mi casa: fuí el padre comun de todas aquellas familias, las quales por su concordia y aplicacion al trabajo, juntáron en poco tiempo considerable hacienda. Entretanto la vejéz, como lo veis, ha llamado á mi puerta, han encanecido mis cabellos, y arrugadose mi rostro: ella me anuncia, que no he de gozar largo tiempo de una tan cabal prosperidad. Antes de morir me ha entrado la gana de ver por la última vez esta tierra, que aprecio mucho, y de la qual hago mas caso, que de mi patria misma. Esta Licia, adonde he aprendido á ser bueno y sabio, baxo la disciplina, y mediante las enseñanzas del virtuoso Alcino. En

traspasando la mar, he encontrado un mercader de las islas Cicladas, el qual me ha certificado, que quebaba aun en Delos un hijo de Orciloco, quien imitaba la sabiduría, y las virtudes de su abuelo Alcino. Apartéme luego del rumbo de Licia, y he venido apresuradamente, baxo de la proteccion de Apolo, á buscar en esta isla aquel precioso resto de una familia, á la qual lo debo todo. Vase acabando mi vida: la parca, enemiga de aquel dulce sosiego, que raras veces conceden los dioses á los mortales cortará anticipadamente el hilo de mis dias; pero moriré contento, con tal que mis ojos, ántes de cerrarse á la luz del mundo, hayan visto al nieto de mi amo. Hablad, pues, ahora, ó vos que habitais con él en esta isla. ¿Le conoceis? ¿Podeis acaso decirme adónde le encontraré? Si me facilitais el verle, hagan los dioses por tanta merced, que descansen en vuestros regazos, y podais acariciar entre vuestros brazos á los hijos de vuestros hijos hasta la quinta generacion. Quieran los mismos dioses, que permanezcan en vuestra casa la paz y la abundancia en premio de vuestra virtud.

Miéntras hablaba así Aristonoo, derramaba Sofrónimo lágrimas mezcladas de alegriá, y de dolor. Por fin arrojáse, sin poder decir palabra, al cuello del anciano; abrázale, estréchale, y dando grandes sollozos, articula con mucha pena estas voces: Soy, ó padre mio, aquel á quien buscais: veis aquí á Sofrónimo, nieto de vuestro amigo Alcino: yo soy, y no puedo dudar, que os hayan enviado los dioses a esta isla, para mitigar mis dolores, y remediar mis males. La gratitud, que parecia haber sido desterrada del mundo se encuentra en vos solo. Habia oido decir en mi niñez, que un hombre illustre y rico, establecido en Samos, habia sido criado en casa de mi abuelo; pero habiendo mi padre Orciloco muerto jóven, miéntras estaba yo aun en la cuna, no sabia las cosas sino confusamente; no me he atrevido á ir á Samos, por no tener certidumbre; y he preferido quedarme en esta isla, consolándome de mis desgracias con el menosprecio de las vanas riquezas, y con aplicarme al agradable estudio de la poesia en el sagrado palacio de Apolo: la sabiduría que acostumbra a los hombres á

contentarse con poco, y á estarse quietos, supliéron la falta de todos los otros bienes.

Acabada la plática, reparando Sofrónimo, que habian llegado al templo, propuso Aristonoo de entrar en él, para rezar, y presentar sus ofrendas. Hiciéron á la divinidad un sacrificio de dos ovejas, cuyo albor excedia el de la nieve, y de un toro, que tenia en la frente entre las hastas una media luna. Cantáron despues versos en honor del dios, que illumina el Orbe, que arregla las estaciones, preside á las ciencias, y anima el coro de las nueve musas. Al salir del templo Sofrónimo, y Aristonoo, pasáron el resto del dia en contarse recíprocamente sus aventuras. Sofrónimo acogió en su casa al anciano con tanto cariño y respeto, quanto le hubiera podido manifestar á Alcino mismo, si fuera aun vivo. El dia siguiente partiéronse ambos juntos, é hiciéron á la vela, dirigiendo el baxel ácia Licia. Aristonoo llevó á Sofrónimo á unos campos fértiles en las riberas de un rio, en cuyas olas Apolo, cansado del exercicio de la caza, y cubierto de polvo, se chapuzó repetidas veces, y lavó muy á menudo sus hermosos cabellos rubios. Halláron plantados en las orillas de aquel rio álamos y sauces, cuyos ramos frondosos y verdes abrigan los nidos de una multitud infinita de toda especie de aves, que cantaban sin cesar de dia y de noche. Precipitándose el rio de una peña, ruidoso, y espumante, estrellaba sus olas en una canal llena de guijarros. Estaba toda la llanada cubierta de trigos dorados; los collados, que se levantaban ácia arriba á modo de anfiteatros, estaban cargados de viñas, y de todo género de frutales. Allí estaba la naturaleza toda deleytosa y graciosa, el ayre suave y sereno, y la tierra siempre dispuesta á echar de sus entrañas nuevas riquezas, para remunerar los trabajos de los labradores. Costeando Sofrónimo el rio, columbró una casa simple y mediocre; pero de una arquitectura agradable, y bien proporcionada: no percibió en ella oro, ni plata, ni marfil, ni alhajas de púrpura. Estaba todo aseado, cómodo y divertido, sin magnificencia alguna. Habia en el patio una fuente, cuyas aguas, formando un arroyuelo, rodeaban un prado verde: no eran espaciosos los jardines; habia en ellos frutas y hor-

salizas necesarias para el pasto de los hombres : junto á ambos lados del jardin habia dos árboledas, cuyos arboles tenian casi tantos años como la tierra, que los habia producido, y cuyas ramas frondosas hacian una sombra espesa, impenetrable á los ardores del sol. Entráron en un salon, adonde se les ofreció una comida agradable de todos los manjares, que producia la naturaleza en las huertas, y que no tenia nada de todo lo que la delicadeza de los hombres busca con tanta ansia, y tan léjos en las grandes ciudades, y compra tan caro. Fué, pues, su comida una leche tan dulce como la que sacaba Apolo, quando siendo pastor de Admeto, ordeñaba sus ovejas : era una miel mas exquisita, que la de las abejas de Iliba en Sicilia, ó del monte Hymeto en Atica. Habia tambien legumbres, y frutas recien cogidas : un vino mas delicioso que el nectar, se echaba de unos grandes vasos en copas esculpidas. Durante esta comida frugal, pero dulce y tranquila, no quiso Aristonoo sentarse á la mesa : hizo quanto pudo, alegando diversos pretextos para encubrir su modestia. En fin apretado por Sofrónimo, declaró que nunca se resolveria de comer en compañia del nieto de Alcino, á quien habia tanto tiempo servido en la misma mesa. Veis, decia el sabio anciano, el sitio adonde Alcino solia comer. Allí acostumbraba entretenerse con sus amigos : allí tomaba la recreacion con diversos juegos : allí paseaba leyendo á Homero y Hesiodo; aquí dormia : en corriendo estas circunstancias, enternecíasele el corazon, y desprendíanse las lágrimas de sus ojos. Acabada la comida llevó á Sofrónimo á sus vastos y hermosos prados, adonde pastaban sus ganados mayores, mugiendo á las orillas del rio; y luego viéron los carneros, que volvian engordados de los pastos. Los tiernos corderillos seguian saltando á las ovejas sus madres, que balaban, y por estar cargadas de leche, andaban mas pesadas. Por todas partes se notaba el fervor de los oficiales; aplicabanse los esclavos con zelo á los intereses de su dueño benigno y pacífico, el qual conciliaba su aficion, suavizando los disgustos de su esclavitud.

Habiendo Aristonoo enseñado aquella casa á Sofrónimo, así tambien aquellos esclavos, rebaños y tier-

ras hechas fértiles, mediante una exácta, y cuidadosa cultura, dixole estas palabras: Huélgome de veros en el antiguo patrimonio de vuestros antepasados. Estoy contento, ya que os he puesto en posesion del sitio adonde he servido tantos años á Alcino. Gozad en paz de lo que le pertenecia, vivid dichoso; y preparaos temprano, por medio de vuestra prudencia y cautela á un fin mas dulce, y mas feliz, que el de aquel desgraciado Alcino. Al mismo tiempo hízole una donacion de esta hacienda, en la forma que lo requieren las leyes; y declaró, que excluía de su sucesion á sus herederos naturales, si se mostraban jamas ingratos, hasta intentar cancelar la donacion, que hacia al nieto de Alcino su bienhechor: pero no le bastaban á Aristonoo tantas pruebas de agradecimiento; pues ántes de poner á Sofrónimo en posesion de su casa, hízola adornar con muebles nuevos, llanos y modestos á la verdad, pero aliñados y de buen gusto: llenó los graneros de los ricos dones de Ceres; y las bodegas de un generoso vino de Chio, digno de ser servido en la mesa del poderoso Júpiter, por el hermoso Ganimedes su copero. Puso tambien en ella algunos barriles de vino Parmeneano, con abundante provision de miel de Himeto y de Hibla, de aceyte de Atica, tan dulce como la misma miel. En fin añadió una cantidad infinita de vellones de lana, la mas fina, y mas blanca que la nieve; los quales eran tan ricos despojos de las mansas ovejas, que pacen en los montes de Arcadia, y en los pingües y fértiles campos de la Sicilia. Alhajada, pues, y abastecida la casa de Aristonoo en la forma que acabo de referir, entrególa á Sofrónimo, dándole ademas cincuenta talentos Euboicos, y reservó para sus parientes los bienes, que poseia en la Península de Clazomena, en la cercanía de Smirna, de Lobeda, y de Colofón, los quales eran de mucho valor. Concluida la donacion, embarcóse Aristonoo en su navío para restituirse á Jonia. Asombrado Sofrónimo, enternecido y movido de tantos beneficios, acompañó á su bienhechor hasta la embarcacion, llorando, estrechandole entre sus brazos, y llamándole su padre. Navegó Aristonoo felizmente, y llegó en poco tiempo á su casa. Ninguno de sus parientes se atrevió á que-

xarse

xarse de quanto habia hecho en favor de Sofrónimo. He dispuesto, le dixo, por mi última voluntad, y mandado en mi testamento, que se vendan todos mis bienes, y se distribuyan á los pobres de Jonia, si acaso alguno de vosotros se opusiere jamas á la donacion, que acabo de hacer al nieto de Alcino. Vivia quieto aquel sabio anciano, y gozaba en paz de las conveniencias con que habian los dioses premiado su virtud; y no obstante su extrema vejez, no dexaba de hacer cada año viage á la Licia para visitar á Sofrónimo, y hacer un sacrificio sobre el túmulo de Alcino, el qual habia adornado de quanto mas hermoso, y mas curioso pueden inventar la arquitectura, y la pintura. Dió órden por su testamento, que despues de su muerte, estuviesen sus cenizas depositadas en aquel mismo sepulcro, á fin que reposasen junto á las de su amantísimo amo.

Todos los años en la primavera, Sofrónimo, impaciente por ver á Aristonoo, tenia continuamente los ojos fixos ácia el mar con ánimo de descubrir el navío de aquel querido anciano, quien no dejaba de llegar en esta estacion. Cada año tenia la satisfaccion de divisar de léjos en la fluctuante superficie de las amargas aguas aquel navío tan estimable, cuya venida le causaba mas gusto, que todos los favores y delicias, que la naturaleza reproduce en la primavera, despues de los insufribles rigores del áspero invierno. Un año reparando en que habia pasado el tiempo en que solia llegar aquel tan deseado navío, suspiraba con sentimiento: la tristeza y el temor se notaban en su semblante: el dulce sueño se apartaba de sus ojos: ninguna comida, la mas exquisita, le agradaba: estaba inquieto: estremecíase al menor ruido: siempre los ojos fixos ácia el mar, preguntaba á cada instante, si no se habia visto una embarcation venida de Jonia. Advirtió una; pero ¡ay infeliz! no estaba en ella Aristonoo, sino que traia solamente sus cenizas en una urna de plata. Acompañábalas el triste Anficles, amigo íntimo, y coetáneo del difunto, executor fiel de sus últimas voluntades. En acercándose á Sofrónimo, faltóles la palabra á ambos, interrumpiéndoles la voz los sollozos y los llantos. Habiendo Sofrónimo besado l

urna, y bañádola con sus lágrimas, profirió estas voces: O, anciano, habeisme procurado la prosperidad de mi vida, y ahora me causais la mas rigurosa de todas las aflicciones: no volveré á veros; mas quisiera morir para veros y serviros en los campos Elísios, adonde vuestra sombra goza de la bienaventurada paz, que los justos dioses reservan para los virtuosos. Habeis restituido en nuestro siglo á los mortales la justicia, la piedad y la gratitud. Habeis mostrado en un siglo de hierro la bondad, y la pureza del siglo de oro. Los dioses, ántes de coronaros en el eterno descanso de los bienaventurados, os han concedido en esta tierrá largos, felices, y dulces años. Mas ay de mí, lo que habria de durar eternamente, nunca puede durar bastante tiempo; no me da gusto alguno el gozar de la vida fuera de vuestra compañía. O sombra querida, ¿quándo os seguiré? Cenizas preciosas, si puede aun moveros alguna cosa, os moverá sin duda el placer de estar mezcladas con las de Alcino. Uniránse tambien algun dia con ellas las mias. Entretanto todo mi consuelo será el guardar aquellas reliquias de lo que tuve en tanto aprecio. O, Aristonoo, no, no moriréis, y siempre viviréis en lo íntimo de mi corazon; y mas presto me olvidaré á mí mismo, ántes que se me borre la memoria de tan amable hombre, quien me quiso tanto, quien amó tanto la virtud, y á quien lo debia todo.

Acabado este discurso, no sin freqüentes intercadencias de suspiros y gemidos, colocó Sofrónimo la urna en el sepulcro de Alcino; inmoló muchas víctimas, cuya sangre inundó los altares de céspedes, levantados al rededor del sepulcro; derramó en ellos con abundancia el vino y la leche; quemó perfumes, traidos de los mas remotos extremos del oriente, cuyo fragrante humo formaba en el ayre una nube odorífera. Sofrónimo estableció para siempre juegos fúnebres, que se habian de representar cada año en la misma estacion, para honrar la memoria de Alcino, y de Aristonoo, á cuya solemnidad concurrian los pueblos de la Caria, dichosa, y abundante region; los que habitaban las orillas amenas del Meandro, el qual se juzga con tantos giros y rodeos, que parece le

pesa el apartarse del pais que riega. Acudian tambien á estos juegos los moradores de las deleitosas márgenes del Caistro de las riberas del Pactolo, cuyas aguas corren sobre la dorada arena. Venian los habitadores de la Panfila, provincia que Ceres, Pomona y Flora colman à porfia de sus dones. En fin, asistian á ellos las naciones, que ocupan las espaciosas llanuras de la Cilicia, regadas como una huerta, por los torrentes, que se descuelgan de la cumbre del monte Tauro siempre nevado. Durante aquella tan solemne fiesta, toda la lucida juventud, así varones, como doncellas, trayendo éstas ropas largas de lino mas blanco que la azucena, cantaban himnos en honor de Alcino, y de Aristonoo; pues no se podia alabar el uno sin el otro, ni separar dos hombres, tan íntimamente unidos aun despues de su muerte.

Lo que causó mas admiracion es, que desde el primer dia de la celebracion, miéntras hacia Sofrónimo libaciones de vino y leche, nació de repente un mirto del medio del sepulcro, y levantó de golpe su frondosa y verde cima, para abrigar las dos urnas con su hojarasca y sombra. Exclamáron todos, que los dioses, para premiar la virtud de Aristonoo, le habian mudado en tan hermoso árbol. Tomóse Sofrónimo el cargo de regarle él mismo, y de venerarle como á una divinidad. Este árbol, en vez de envejecerse, se remoza de diez en diez años; y quisiéron los dioses manifestar por esta maravilla, que la virtud, que echa en la memoria de los hombres tan suaves, y tan fragrantes olores, nunca se puede olvidar, ni extinguirse jamas.

FIN.

PARIS, EN LA IMPRENTA DE ROSSANGE, MASSON Y BESSON.

OCT 26 1942